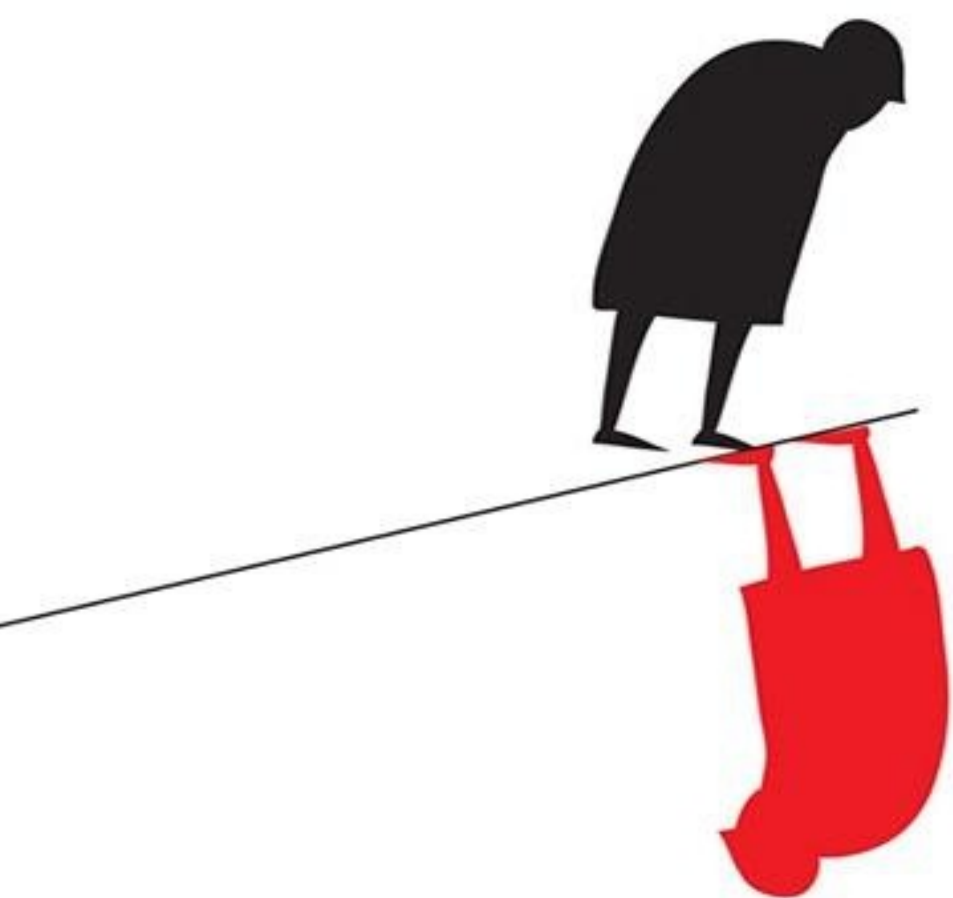


Fiódor Dostoievski  
**EL DOBLE**

DOS VERSIONES: 1846 Y 1866

Traducción, notas e introducción de Alejandro Ariel González



de

Lectulandia

Pocas obras literarias han generado tanta controversia como *El doble*, sobre todo respecto de cómo decodificarla. A Goliadkin, un retraído y patético funcionario de la burocracia rusa en épocas del zar Nicolás I, se le niega la entrada a la fiesta en honor a la hija de su benefactor de antaño, y a quien él pretendía cortejar. La situación de desprecio que vive lo turba profundamente, y es entonces cuando aparece en su camino ese otro hombre, idéntico a él. ¿Es una alucinación? ¿Hay una conspiración en su contra o todo es producto de su perturbada psiquis? ¿Sufre de paranoia, esquizofrenia o manía de grandeza? ¿O es *El doble* un relato fantástico y hay que hablar de duplicación?

Luego de las críticas negativas a la primera edición, y con algunos apremios económicos, Dostoievski decide reescribirla. En 1866 publica una versión modificada, que circuló hasta la actualidad. En esta edición crítica de Alejandro Ariel González se presentan por primera vez las dos versiones, con un estudio preliminar que releva las diferencias entre ambas (la casi desaparición del registro de aventuras, cómico y hasta grotesco, y el aligeramiento del estilo del relato, por ejemplo). Cierran este volumen los borradores para la reescritura que dejó el autor, documento de las nuevas inquietudes ideológicas y artísticas del Dostoievski de comienzos de 1860, y que prefiguraron algunas de las modificaciones realizadas al texto.

**Lectulandia**

Fiódor Dostoyevski

# **El doble**

**Dos versiones: 1846 y 1866**

ePub r1.0

Titivillus 18.09.16

Título original: Двойник, Dvoynik  
Fiódor Dostoyevski, 1866  
Traducción, prólogo y notas: Alejandro Ariel González

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# INTRODUCCIÓN

Pocas obras literarias han generado tanta controversia como *El doble*. Desde su publicación, críticos de toda época y lugar han divergido notoriamente en la valoración, lectura e interpretación del texto. Allí donde muchos admiran un trabajo genial, otros ven un mal paso de un autor joven e inexperto; allí donde algunos señalan su originalidad, otros protestan por su vaguedad y carácter imitativo. Más aún, a tales juicios positivos o negativos se llega desde disciplinas y enfoques muy diversos: teoría literaria, filosofía, historia, psicología, sociología, antropología, derecho. En rigor, esta circunstancia no tiene nada de nuevo. Sin duda hay libros que, por su complejidad, riqueza, valor simbólico o celebridad, están siempre en el centro del debate y de la crítica. Si comparamos cuantitativamente la bibliografía dedicada a *El doble* con aquella dedicada a *Crimen y castigo*, *Anna Karénina*, *Hamlet*, *La Divina Comedia* o *Don Quijote*, el primero, claro está, sale irremediabilmente perdiendo. Pero si en nuestra comparación nos atenemos solo a un criterio *cualitativo*, entonces *El doble* emerge como uno de los grandes nudos gordianos de la literatura moderna. Grafiquemos esto: mucho se puede discurrir acerca de las causas que llevan a Raskólnikov al crimen o a Anna Karénina al suicidio, de la psicología de ambos protagonistas, de la posición del narrador en cada historia, de la estructura de ambos textos, de su relación con la tradición literaria, etc.; lo que no está en discusión es la trama misma de esos relatos. Nadie duda de que Raskólnikov y Anna son quienes son, viven donde viven y hacen lo que hacen. No sucede lo mismo con *El doble*. En este caso, lo perturbador y desconcertante de la obra reside no tanto en su profundidad artística o en la amplitud de líneas y temas que la componen, sino, y sobre todo, en la dificultad para determinar *qué* ocurre exactamente en ella, *cómo* decodificarla. En efecto, si uno se sumerge en la historia de la crítica y recepción de *El doble*, verá que son muchos los interrogantes que atañen directamente a la trama: ¿Goliadkin menor es real? ¿Es una alucinación? ¿Es una proyección? ¿Solo Goliadkin ve a su doble o también lo ven los otros personajes? ¿Las cartas que escribe y recibe Goliadkin son reales o imaginarias? ¿Hay una conspiración en su contra o todo es producto de su perturbada psiquis? ¿Realidad y delirio están bien delimitados o se funden? De aquí surgen otras preguntas referidas a la interpretación de la obra: ¿*El doble* es solo la historia de una locura? ¿Es un relato fantástico? Si fuese lo primero, ¿Goliadkin está loco desde un principio o se vuelve loco durante el relato? ¿Goliadkin menor es causa o consecuencia de la locura del protagonista? ¿Cuál es su dolencia? ¿Paranoia? ¿Esquizofrenia? ¿Manía de grandeza? ¿Por qué enloquece? Si fuese lo segundo, ¿qué representa la figura del doble? ¿Cabe hablar de desdoblamiento de la personalidad o de duplicación? Más en general, ¿puede hablarse de crítica social? ¿De novela de tesis? ¿De parodia? Todas estas cuestiones están en el centro del debate. Como veremos, el texto en sí es parco a la hora de arrojar respuestas definitivas. No obstante, una lectura atenta, muy pegada a la letra,

permite desestimar algunas interpretaciones apresuradas o arbitrarias. Esa es la tarea que nos proponemos en este estudio previo. En primer lugar, expondremos las condiciones de creación de la obra, repasando a tal fin el contexto histórico, social y literario que la vio nacer, así como la relación entre ambos; nos detendremos también en el análisis del texto, en sus recursos estilísticos, en su trama, en las diferencias entre las ediciones de 1846 y de 1866. En segundo lugar, haremos un recorrido por la historia crítica de la obra en Rusia y en Occidente, lo cual, además de poner al lector al tanto del debate, echará luz, creemos, sobre la tradición en que se inserta la presente traducción.

# CONTEXTO

## Legado de Pedro el Grande

Quizás toda crónica sobre los modos de representación y autorrepresentación del pueblo ruso en los últimos trescientos años no pueda sino comenzar con el papel crucial que tuvo en la historia de ese país la figura de Pedro el Grande. Sin dudas, y más allá de la valoración positiva o negativa que pueda hacerse de su legado, fue en los años de su reinado (1696-1725) que esa nación conoció las reformas más audaces, más radicales y más trascendentales de su sistema político, social y económico, reformas que harían del coloso euroasiático una potencia mundial con pretensiones imperiales. El norte de Pedro el Grande fue la modernización de Rusia, lo que entonces significaba adoptar y adaptar pautas de vida occidentales en una sociedad tradicionalista y patriarcal. La política exterior de Pedro estuvo signada por la idea de expansión territorial y acceso a los mares, mientras que la política interior apuntó a dismantelar las viejas estructuras de poder medievales y consolidar el poder del Estado, del zar. Las transformaciones occidentalistas y europeizantes de Pedro encontraron, naturalmente, una fuerte resistencia de todos los estamentos de la sociedad rusa, principalmente de la nobleza terrateniente —boyardos— y la Iglesia. Las reformas de Pedro abarcaron toda la vida social, por lo que resulta imposible —e inconveniente— desarrollar en detalle este tema en el marco del presente estudio previo. Solo nos detendremos en aquellas dos que cambiaron definitivamente la historia del país y, por su peso material y sobre todo simbólico, más hondo calaron en la idiosincrasia rusa: la fundación de San Petersburgo y la introducción de la Tabla de rangos.

Pedro comprendió que una nueva idea, un nuevo imperio debía dejar atrás la pesada carga de la tradición y en 1703 decide construir una ciudad, San Petersburgo, llamada a cumplir el papel de capital del futuro Imperio ruso; para ello convocó a arquitectos e ingenieros europeos, puesto que la ciudad que soñaba debía servir de estandarte de su proyecto. La planificación urbana seguía parámetros racionales y geométricos, algo inédito en la historia de Rusia. En 1714 Pedro prohibió construir casas de ladrillo a lo largo y a lo ancho del país, con excepción de San Petersburgo. La intención era clara: el zar hizo todo lo posible por fortalecer la nueva capital en detrimento de la vieja, Moscú; todas las medidas tomadas durante su reinado fueron

en esa dirección. Así, en muy poco tiempo, una ciudad moderna, racional, europea se erigía en medio de los pantanos para abrirle a Rusia una «ventana a Europa<sup>[1]</sup>»; el carácter insólito y faraónico de semejante emprendimiento confirió a San Petersburgo un aura fantástica que la acompañaría por siempre. Y así, también, quedaría delineado un clivaje decisivo para comprender la historia moderna del país: la contraposición San Petersburgo-Moscú. La primera era símbolo de lo foráneo (su mismo nombre era alemán), lo extraño, lo impuro, lo ilustrado, lo secular. Moscú representaba lo autóctono, lo propio, lo puro, lo tradicional, lo sagrado. Desde su misma fundación, la ciudad de Pedro el Grande fue el doble político de Moscú, y en la cultura rusa esa división marcó la reflexión y la autorreflexión de los sectores intelectuales<sup>[2]</sup>.

En 1722, para combatir el poder de los boyardos, Pedro sanciona la Tabla de rangos: una nómina de posiciones en el servicio al Estado —inspirada en los modelos prusiano, francés, sueco y danés— que determinaba el grado de dignidad en la nobleza según la jerarquía de las funciones desempeñadas. Con esta medida, el estatus de una persona venía definido por su servicio al zar y no por su nacimiento o procedencia. La Tabla distribuía en catorce rangos a todo el personal del Estado: funcionarios de la Corte, de la administración, de la enseñanza, militares, miembros del clero. Entre los funcionarios civiles, los primeros cinco rangos otorgaban la nobleza hereditaria, los rangos seis, siete y ocho la nobleza vitalicia, y los demás rangos otorgaban derechos y privilegios nobiliarios mientras se ejerciera el cargo (los funcionarios militares accedían a estos títulos según otros parámetros). La Tabla se mostró efectiva para minar el poder de la nobleza, pero a la vez creó un sistema burocrático gigantesco y asfixiante en el que la competencia por los cargos era feroz. Cada rango tenía pormenorizadamente asignadas las facultades, las atribuciones, las restricciones; incluso se fijaba qué tipo de carruaje y de librea eran propios de él. Como era inevitable, este disciplinamiento desde «arriba» terminó impregnando las relaciones sociales, familiares y personales. Todo quedaba supeditado a la posición relativa en la escala jerárquica; todo se arreglaba, se convenía, se calculaba en función de este baremo. La Tabla de rangos fue una obsesión para la sociedad rusa hasta su abolición en 1917. La literatura fue sensible, desde luego, a este fenómeno, sobre todo a partir de los años 1830-1840, con la aparición y consolidación de la «escuela natural», como veremos más adelante. La reforma de Pedro y la Tabla de rangos son dos elementos fundamentales que el lector debe tener en cuenta a la hora de leer *El doble*, porque atraviesan de lado a lado la psicología y la caracterización de los personajes, así como la concepción misma de la obra.

Hemos expuesto muy someramente este devenir de la sociedad rusa, y lo hemos hecho desde un punto de vista objetivo. Mejor es penetrar en las propias representaciones de la época, en aquellas configuraciones de sentido que los rusos de entonces se daban a sí mismos. Veamos qué decía Dostoievski a principios de los años 1860 en el aviso de suscripción a la revista *El tiempo*:



La reforma de Pedro el Grande nos ha costado demasiado [...]: nos ha separado del pueblo. Desde el mismo comienzo el pueblo se rehusó a ella. Las formas de vida que les dejó la transformación no se avenían ni con su espíritu ni con sus aspiraciones, eran extemporáneas y no estaban hechas a su medida. Las llamó alemanas, y a los continuadores del gran zar los llamó extranjeros. Ya solo la disociación moral del pueblo con su sector más alto, con sus guías y caudillos, muestra qué caro nos ha costado la nueva vida de aquel entonces<sup>[3]</sup>.

Tres aspectos merecen nuestra atención en este fragmento. El primero es la valoración más bien negativa que hacía el escritor ruso de la reforma de Pedro. El segundo, el carácter extranjerizante que encerraba para el pueblo. El tercero, la disgregación moral que, a ojos de Dostoievski, produjo en la vida social; debido a ella, las autoridades y sus subordinados no estaban integrados en una relación armónica, orgánica, sino mecánica y forzada (la Tabla de rangos). Estos tres aspectos, que aquí aparecen explicitados, los encontramos artísticamente elaborados en *El doble*. La presentación de una San Petersburgo gris y sórdida, de personajes mediocres y calculadores, de funcionarios oscuros y mezquinos como único legado de Pedro el Grande corresponden al primer punto. El «tema alemán» corresponde al segundo. La disociación moral de Goliadkin y sus fracasados intentos de ser tomado como un «hijo» por sus jefes, es decir, de recomponer un vínculo orgánico con la autoridad, corresponden al tercero.

Si este es el marco general en que se inscribe *El doble*, examinemos más de cerca la época concreta que lo vio nacer.

## Época de Nicolás I

Rusia conoció, a partir del año 1825, uno de los períodos de mayor control y represión por parte del Estado de todas aquellas expresiones culturales vinculadas directa o indirectamente con los ideales de progreso, de reforma social, de mejoramiento de las condiciones de vida y de emancipación que habían comenzado a circular en el país a partir de 1812, con motivo de la invasión napoleónica y de la guerra con Francia; tras estos principios modernos se veía una amenaza y un ataque al poder del zar, de la aristocracia, de la Iglesia, de aquellas instituciones que encarnaban los valores de la «Rusia eterna» y que se resumían en el lema:

«Ortodoxia, Autocracia, Identidad nacional». Durante todo el reinado de Nicolás I, es decir, durante los treinta años que van desde 1825 a 1855, los censores ejercieron un poder ilimitado sobre los sectores más cultos y progresistas de la población, la *intelligentsia*. Esta se vio acorralada, imposibilitada de influir en algún modo sobre el curso de los acontecimientos de su país, separada fatalmente de su pueblo, de ese pueblo ruso, campesino, simple y cristiano que apenas conocía. Esta situación halló expresión en la literatura rusa de finales de los años 1830 y comienzos de los 1840, cuando apareció el tipo literario del «hombre superfluo». Fue Aleksandr Pushkin quien bautizó con ese nombre a su *Evgueni Oneguin* (1833). Desde entonces, las letras rusas se poblaron de personajes cultos, ilustrados, amantes de todo «lo bello y lo sublime», como se decía en la época, pero que desde el punto de vista social eran incapaces de llevar adelante reforma alguna y, por añadidura, desde el punto de vista individual eran incapaces de realizarse íntegramente como personas.

En cuanto al pensamiento social, fue para esta época que algunos sectores de la *intelligentsia* comenzaron a valorar negativamente la historia de Rusia y su identidad nacional. El primer hito en este sentido lo constituye la publicación, en 1836, de la primera de las *Cartas filosóficas* de P. I. Chadáiev<sup>[4]</sup>, en la que denunciaba la nulidad histórica y cultural de Rusia. Esta crítica furibunda, sumada a otras, acabaría polarizando a la *intelligentsia* rusa en dos campos ideológicamente opuestos: por un lado, los eslavófilos, quienes veían en la Rusia anterior a Pedro el verdadero modo de vida del pueblo, abogaban por un retorno a los principios nacionales y promovían acabar con el influjo europeizante; por otro lado, los occidentalistas, quienes veían en Europa el modelo a seguir y, por tanto, entraban en mayor o menor conflicto —según fueran moderados o radicales— con el poder zarista. Por detrás de los argumentos que esgrimían uno y otro bando, debemos prestar atención al carácter moderno del debate, en tanto está anclado en la tensión entre progreso y tradición, valores nuevos y viejos, ruptura y continuidad. Dostoievski es hijo de este debate y sus obras darán claro testimonio de ello. Vamos a remitirnos a dos textos suyos escritos, respectivamente, en 1844 y 1847. Ambos nos ayudarán a entrever la propia visión que el joven escritor tenía sobre su época y sobre los cambios que vivía la sociedad rusa. El primero es una carta a su tutor, Piotr Andréievich Karepin:

Vivir en estos tiempos es malo. Ni arriba, ni abajo, ni a los costados hay nada bueno. Cualquiera puede pudrirse y desaparecer como un perro, y aunque tuviera aquí hermanos uterinos, estos no solo no le darían nada de lo suyo [...] sino que hasta intentarían con todas sus fuerzas y por todos los medios, incluso en nombre de lo sagrado, escatimarle lo que por derecho le corresponde.

¡Cada uno para sí y Dios para todos! He aquí un dicho inventado por personas que se las arreglaron para gozar de la vida. Por mi parte, estoy dispuesto a reconocer toda la perfección de una regla tan sabia. Pero sucede

que ese dicho lo alteraron desde un mismo comienzo. Cada uno para sí, todos contra ti, y Dios para todos. Luego de ello, naturalmente, la esperanza de uno queda maltrecha<sup>[5]</sup>.

Como señalan los comentaristas de la edición rusa de la que recogemos la carta, Dostoievski vio en la expresión «*Chacun pour soi et Dieu pour tous*» la «fórmula social» de la Europa burguesa. La confrontación Occidente-Rusia se respiraba en el ambiente, y no es para menos si pensamos en las grandes conmociones sociales que sufrió la segunda desde 1812: la ya mencionada invasión napoleónica, la persecución de Napoleón por parte de las fuerzas rusas en la misma Europa, la revuelta decembrista de 1825, sumadas al empobrecimiento de la nobleza y aristocracia urbanas, la secularización de la cultura y la expansión de la burocracia imperial. Estos cambios, desde luego, minaron los valores tradicionales de la sociedad rusa. El individuo veía resquebrajarse bajo sus pies las creencias y certitudes que le servían de apoyo, la sensación de alienación ganaba terreno, la fragmentación y exclusión social se extendían. Puede decirse que, para el caso ruso, el carácter artificial de San Petersburgo y el avance de una maquinaria burocrática (y policial) implacable crearon las condiciones para esa experiencia de la modernidad de la que en el siglo XX pensadores como Max Weber y Georg Simmel expondrían sus rasgos traumáticos y trágicos. En efecto, creemos que *El doble* ofrece esa clave de lectura, toda vez que Goliadkin reiteradamente apela a la autoridad (en la persona de sus superiores) para intentar recomponer una identidad en crisis, para hallar un punto de referencia donde anclar la moralidad de sus acciones y las de los demás.

El segundo texto al que nos referíamos es uno de los folletines que Dostoievski escribió para la *Gaceta de San Petersburgo* entre abril y junio de 1847. En él, analizando el problema que la ambición y el amor propio representan en una sociedad como la de Nicolás I, el autor afirma:

[...] todos quieren una ocupación seria, muchos desean con ardor hacer el bien, ser útiles, y poco a poco comienzan a entender que la felicidad no consiste en tener la posibilidad social de quedarse sentado de brazos cruzados y acaso, para variar, hacerse el paladín si se presenta la ocasión, sino en una actividad constante e incansable y en el desarrollo práctico de todas nuestras disposiciones y capacidades [...] Si el hombre está insatisfecho, si no encuentra medios para expresarse y mostrar lo mejor que guarda en su interior (no por vanidad, sino como resultado de la muy natural necesidad humana de comprender, realizar y determinar su Yo en la vida real), tropieza de inmediato con algún acontecimiento de lo más inverosímil; ora —con perdón sea dicho— se entrega a la bebida, ora se vuelve un jugador empedernido y tramposo, ora se convierte en camorrero, ora acaba por volverse loco de amor propio, al tiempo que desprecia su amor propio e incluso sufre por tener que

sufrir a causa de algo tan nimio como el amor propio. Y uno mira y sin querer llega a la conclusión casi injusta, incluso hiriente, pero en apariencia muy factible, de que tenemos poca conciencia de la propia dignidad, de que tenemos poco del egoísmo necesario, y de que, por último, no estamos habituados a hacer el bien sin recompensa alguna<sup>[6]</sup>.

Estas líneas ilustran magníficamente la situación de la *intelligentsia* y de la pequeña nobleza urbana de los años 1840. Reconocemos en ellas, también, elementos que aparecen dramatizados en *El doble*: la insatisfacción, la inexistencia de un campo de acción para el individuo, el exagerado amor propio y la imposibilidad de contentarlo, la falta de dignidad y el cálculo interesado que impregna todas las relaciones humanas.

## **Pautas de socialidad y campo literario**

Hay una dimensión sociocultural que merece ser destacada, en especial porque tiende puentes con el fenómeno estrictamente literario. Nos referimos a las pautas de interacción social, a los códigos y normas que predominaban entre la elite cultural rusa. Desde las reformas de Pedro, la cúpula ilustrada de Rusia había crecido al calor de los influjos culturales de Occidente, en particular de Francia. Así, hacia mediados del siglo XIX, los miembros de la nobleza rusa habían creado una suerte de canon del refinamiento cultural que definía la pertenencia o no a la «sociedad distinguida». La educación de estilo occidental, el cosmopolitismo, el gusto, las buenas maneras, los usos lingüísticos y el honor eran criterios que funcionaban como «filtros» para ingresar en ella, y a la vez como factores cohesionantes del grupo. Esa cultura de salón era no solo de naturaleza estética, sino también moral. Así lo expresa William Mills Todd III, a quien seguimos en esta reflexión: «La sociedad distinguida se convirtió en árbitro no solo de la forma estética y social, sino de la existencia personal (el individuo armónico, el *honnête homme*, luego el dandi) y de la moralidad (civilidad, amistad, armonía social<sup>[7]</sup>)». Los miembros de la buena sociedad debían saber adaptarse a los distintos eventos y ocasiones, observar la etiqueta, manejar los tonos, adecuar los modales, el habla, la gestualidad; es decir, asumir diferentes roles. Por eso Todd agrega que «la ideología de la sociedad distinguida parecía imponer a sus miembros una fragmentación de la personalidad que impedía que estos se

convirtieran en sujetos unificados<sup>[8]</sup>». Dicha ideología, por otra parte, era propicia para el cultivo de la afectación, la hipocresía, la falsedad (la «máscara» de la que tanto abjura Goliadkin) y la impostura (que N. V. Gógol sería el primero en explotar en forma literaria)<sup>[9]</sup>.

Es preciso hacer hincapié en este rasgo de la vida social petersburguesa de aquellos años, ya que resulta crucial para comprender la dinámica del campo literario.

Veamos primero qué decía —con la ironía del caso— el propio Dostoievski en otro de los folletines antes mencionados:

Pero intereses públicos... es decir, claro que tenemos intereses públicos, no vamos a discutirlo. Todos amamos con ardor a la patria, amamos a nuestra Petersburgo natal, nos gusta jugar si se presenta la ocasión; en una palabra, hay muchos intereses públicos. Pero lo que más se estila entre nosotros son los círculos. Si hasta se sabe que toda Petersburgo no es más que una miríada de pequeños círculos, cada uno con sus propias reglas, su decoro, su ley, su lógica y su oráculo. Ello, en cierto modo, es resultado de nuestro carácter nacional, que todavía se siente un poco amedrentado ante la vida social y mira hacia el hogar<sup>[10]</sup>.

Esa «miríada de pequeños círculos», a la vez, estaba estratificada y, como no podía ser de otra manera, su configuración era piramidal. El gran crítico literario V. G. Belinski, en su clásico ensayo *Petersburgo y Moscú* (1845), sostenía: «Las personas de los diferentes sectores de la clase media [...] se preocupan tanto por la alta sociedad como si no pudieran respirar sin ella. No contentas con eso, se empeñan con todas sus fuerzas, pobres, en remedar el modo de vida de aquella, y —à force de forger— llegan a la dulce convicción de que ellas también son parte de ese mundo. Desde luego, la verdadera alta sociedad se echaría a reír de buena gana si conociera a esos innumerables individuos que pretenden ser afines a ella; pero de todos modos el ansia de considerarse parte del gran mundo, o próximo a él, alcanza el paroxismo en los sectores medios de Petersburgo. Por eso en esta ciudad hay un sinfín de diversos círculos de la ‘alta sociedad’. Todos se caracterizan, de arriba hacia abajo, por la mirada burlona, sea esta majestuosa o maliciosa; y de abajo hacia arriba, por el despecho del amor propio herido, con el consuelo, eso sí, de que no somos menos que los demás y nos defendemos con buen tono. El buen tono puede volver loco al habitante de Petersburgo. El último de los funcionarios, con un salario no mayor a setecientos rublos, en aras del buen tono está dispuesto a soltar, si llega el caso, una frase tergiversada en francés...»<sup>[11]</sup>.

Uniendo ambas citas, accedemos al paisaje social e ideológico que sirve de fondo a *El doble*. Una sociedad fragmentada, piramidal, la ambición de los sectores medios por ser o parecer miembros de la nobleza ilustrada, la convencionalidad de esta. Por otro lado, accedemos, si bien desde un punto de vista *externo*, a buena parte de la

psicología de Goliadkin, que también es un funcionario menor, gana poco y emplea con afectación e impropiedad los extranjerismos. Ese punto de vista externo ya lo conocía, por cierto, la literatura rusa. *Evgueni Oneguin* (1823-1831), de Pushkin, *Un héroe de nuestro tiempo* (1840), de M. I. Lérmontov y *Almas muertas* (1842), de Gógol cuestionaban el mundo de la alta aristocracia. Cada una a su modo, estas obras satirizaban la pretenciosidad y los aires de exclusividad que se daban la sociedad de San Petersburgo o la de provincias; sus protagonistas ponían en entredicho las normas vigentes por medio de una conducta inmoral o díscola. Ahora bien, en ellas la dimensión psicológica, la capacidad de autoanálisis de los personajes brillaba por su ausencia. Como señala Todd, quien dedica un análisis detallado a esos tres textos, el enfoque del personaje en términos de contraposición con las normas vigentes excluía el examen de su vida interior<sup>[12]</sup>. Esto venía dictado por las normas que regían el campo literario de los años 1830 y comienzos de los 1840. Si tomamos las creaciones de P. A. Viázemski, de A. S. Griboiédov, de los ya mencionados Pushkin, Lérmontov y Gógol y las de otros escritores de la época, veremos que la vida interna del alma, la psiquis, permanecía más allá de los límites del lenguaje. Solo en su correspondencia los escritores se permitían ejercicios de autoanálisis psicológico, los cuales, por cierto, solían limitarse a observaciones superficiales y generalidades de índole moral. Como ya indicamos, ello hundía sus raíces en la cultura de salón reinante entre los sectores nobles: había que saber interpretar un papel, adecuarse a la situación; no había lugar para la persona. No por nada Belinski, el líder de la siguiente generación intelectual, diría con toda perspicacia que «entre nosotros la personalidad apenas empieza a romper el cascarón<sup>[13]</sup>». Correspondería a Dostoievski, ya desde sus primeras obras, abrir esta dimensión psicológica y escrutar en la fragmentada vida interior del sujeto moderno. Sus personajes no provendrán de las filas de la alta sociedad, sino del pequeño funcionariado. Esto nos lleva al siguiente apartado.

## PRE-TEXTOS

Dos son las corrientes literarias que están en la base de *El doble*: la romántica, con su tratamiento del tema de la duplicidad humana, y la realista, que en Rusia venía ganando espacio desde las páginas de la revista *Anales Patrios*. Examinaremos cada una por separado.

### El modelo hoffmanniano

Naturalmente, no trazaremos aquí una historia del tema del doble; en rigor, eso nos llevaría fuera de la propia literatura y nos obligaría a indagar en mitos y leyendas. Lo que nos interesa son aquellos textos que, teniendo como eje central este tópico, sirvieron como antecedente directo e inmediato a la obra de Dostoievski.

En primer lugar, la referencia obligada son los escritores románticos alemanes, responsables del enfoque moderno del doble en literatura. Empezando por Jean Paul, quien en su obra *Siebenkäs* (1796-1797) acuñó el término *doppelgänger* —«quien camina al lado»—, y pasando por Adelbert von Chamisso (*La maravillosa historia de Peter Schlemihl*, 1814) y Achim von Arnim (*El príncipe Ganzgott y el cantante Halbgott*, 1818), sería en los trabajos de E. T. A. Hoffmann donde el motivo del doble alcanzaría máxima expresión y complejidad. A diferencia de los tratamientos anteriores, en los que la duplicidad perseguía efectos cómicos (*Anfitrión* —a quien debemos el término sosías— y *Los menecmos*, de Plauto, *Anfitrión* de Molière, *La comedia de las equivocaciones* de Shakespeare), los románticos alemanes confirieron al tema una dimensión existencial que, a tono con la filosofía idealista de la época, venía a interrogar la constitución misma del sujeto. El doble ahora emergía como fantasma, espectro, como un otro yo —generalmente hostil— que encarnaba los aspectos negativos y oscuros del protagonista. No poco había contribuido en esta dirección la narrativa gótica —*El castillo de Otranto* (1764), de Horace Walpole; *Los misterios de Udolfo* (1794), de Ann Radcliffe; *El monje* (1796), de Matthew Lewis—, la cual, entre otros rasgos distintivos, presentaba la naturaleza humana como escindida entre el mal y el bien, entre los arrebatos de la carne y las convenciones sociales. Ambas corrientes —la gótica y la romántica— reaccionaban contra el espíritu ilustrado del siglo XVIII y buscaban en las pasiones, los sentimientos, los escenarios medievales, los bosques encantados, las tradiciones folklóricas y las

experiencias sobrenaturales un refugio a un «Yo» que, a sus ojos, se presentaba encadenado por la razón. Quedaban así sentadas las bases para un cuestionamiento de la identidad del sujeto. El «Yo» romántico establece una oposición irreconciliable entre la vida interior y el mundo exterior, del que se siente escindido y alienado; eso no hace más que potenciar la sensación de inseguridad, en tanto el «Yo» no tarda en mostrarse frágil como medida de certeza. El individuo moderno no obtiene su existencia de una esencia social, religiosa, comunitaria a la que sabe que pertenece. Sintiendo solo en un mundo hostil —en el que va imperando una ética utilitarista y mercantil— más que integrado a él, el individuo se entrega en forma creciente al autoanálisis, pero descubre que la introspección lo sume aún más en el aislamiento, la desilusión y la desesperación. De esta manera, el dualismo y la división interna se constituyen en rasgos fundamentales de la vivencia romántica de la existencia.

Hoffmann, como hemos dicho, explotó al máximo esta dualidad. Sus obras —*Los elixires del diablo* (1815), *La aventura de la noche de San Silvestre* (1815), *El hombre de arena* (1817), *La princesa Brambilla* (1820), *Opiniones del Gato Murr* (1820), *Los dobles* (1821), entre otras— son fundantes de, por así decir, un canon en el tratamiento moderno del tema. Autómatas, espejos, reflejos, sombras, gemelos, locura, sueños, alucinaciones, desdoblamiento de la personalidad son elementos infaltables en sus historias sobre dobles. En otro apartado de esta introducción nos detendremos con detalle en algunas de sus creaciones que más huella dejaron en *El doble* de Dostoievski. Lo que aquí nos interesa resaltar es que, con Hoffmann, el doble engarza con un género nuevo, el fantástico. Si hasta allí el tópico pertenecía bien al ámbito de lo maravilloso o fabuloso (en los mitos y leyendas), bien al de lo insólito (comedias de enredos), con él ingresa en esa zona indefinida —y de conflicto— entre realidad y fantasía, entre orden natural y sobrenatural que caracteriza el relato fantástico<sup>[14]</sup>. Señala David Roas Deus: «Cuatro son las características fundamentales que nos permiten distinguir los cuentos de Hoffmann, y aquellos de otros autores que adoptaron su forma de cultivar el género: interiorización de lo fantástico, mayor realismo y, unido a esto, ambientación en el mundo contemporáneo del lector, así como el rechazo de la atmósfera y de los motivos típicos del cuento gótico y legendario (en sus relatos no suelen aparecer fantasmas, resucitados y otras figuras ya típicas del universo sobrenatural) [...] Hoffmann concibe lo fantástico como algo propio de la realidad cotidiana<sup>[15]</sup>». De aquí en más, podemos agregar, el doble se psicologiza, o acaso sea mejor decir que la literatura despeja el camino a la ciencia psicológica, al recuperar y disponer en otra dimensión (la de la vida interna del alma) motivos que antes correspondían al discurso mítico y habían quedado negados bajo el discurso racionalista de la Ilustración; sin ir más lejos, Freud se basó en el relato *El hombre de arena* para desarrollar el concepto de *Unheimlich*, que en castellano conocemos como *lo siniestro*.

La influencia de Hoffmann se extendió más allá de la lengua alemana. De Francia nos viene el concepto mismo de «literatura fantástica», surgido, por lo visto, de un



descuido —o acierto, según se mire— de traducción. François-Alphonse Loève-Weimars tradujo al francés las *Fantasías al estilo de Callot*, de Hoffmann (*Fantasiestücke in Callots Manier*, 1815), con el título *Contes fantastiques* (1830), siendo esa la primera vez que el adjetivo *fantastique* (hasta allí solo ligado a lo imaginario, aparente, irreal) se aplicaba en un sentido técnico-literario<sup>[16]</sup>. Hoffmann hizo escuela también en los Estados Unidos, con autores como E. A. Poe y Nathaniel Hawthorne. Y en Rusia, donde puede hablarse de la existencia de un «hoffmannismo ruso» ya en los años 1820. En efecto, las primeras traducciones de Hoffmann se publican en ruso en 1822, y en 1825 aparece la primera narración de clara inspiración hoffmanianna: *La vendedora de galletas de amapola del barrio Lafértovo*, de Antoni Pogorelski (seudónimo de Alekséi Alekséievich Perovski), que sería muy elogiado por Aleksandr Pushkin y citado por este en su relato *El fabricante de ataúdes* (1831). Pogorelski publicaría en 1828 una antología de relatos llamada *El doble, o mis veladas en Rusia menor*, la cual introduce el término *doble* (*dvoinik*) en la lengua rusa. Así hace su presentación el personaje del doble en las letras rusas:

La puerta se abrió sin crujir y en la habitación entró un hombre de mediana edad y estatura algo mayor a la media [...] ¡No pueden imaginarse cuánto me asombró su aparición! [...] Aunque no dudaba de que era la primera vez que lo veía, su andar, sus más pequeños movimientos y en general toda su apariencia me recordaban algo conocido y, por así decir, familiar [...]

—... ¿con quién tengo el honor de hablar?

—Mi nombre —dijo el desconocido— no tiene ninguna importancia, e incluso me resultaría difícil anunciárselo, puesto que, hasta donde sé, no existe en el idioma ruso.

—¿Cómo es eso? [...]

—Así es, muy señor mío; el asunto es que no tengo nombre propio, y si tuviera que adoptar sin falta alguno, entonces lo más inmediato sería llamarme como usted [...] No es extraño que los rasgos de mi cara le parezcan conocidos; usted y yo debemos parecernos como dos gotas de agua... y por eso, si usted, cosa que no dudo, se mira al menos de vez en cuando en el espejo, deberá reconocerse a sí mismo en mi persona [...]

—¡Es verdad, muy señor mío! Ahora veo lo que no había advertido en un principio... Soy miope. Pero dígame, dígame por favor, ¿quién es usted?

—No otro más que usted mismo —respondió el desconocido— [...] Ya le he dicho que no tengo nombre propio. Es muy improbable que los seres de mi especie tengan siquiera nombre en ruso, y por eso me resulta verdaderamente difícil responder a su pregunta. En Alemania, donde tales fenómenos suceden con mayor frecuencia, a nuestro compadre lo llaman *Doppeltgänger*. Podríamos, desde luego, adoptar esa palabra en nuestra lengua, y no sería menos acertada que otras, pero dado que, como dicen, tenemos ya demasiadas

palabras extranjeras, me atrevo a proponer que me llame Doble. ¿Qué dice a eso, honorable amigo mío?

Nos hemos extendido en la cita para que el lector aprecie que, en *El doble* de Dostoievski, pueden reconocerse rasgos de este primer prototipo: el protagonista es miope, tarda en reconocer a su doble, el trato entre ambos es familiar. También es de observar que tema y género van encontrando sus palabras y definiciones a medida que se inventan: *Doppelgänger*, *fantastique*, *dvoinik*.

La antología de Pogorelski abrió todo un ciclo en la literatura de los años 1830 y 1840; sirvió de precedente a las *Veladas en una aldea cerca de Dikanka* (1831-1832), de Gógol, y, ya en la fase de declinación del hoffmannismo en Rusia, a *Noches rusas* (1844), de Vladímir Odóievski<sup>[17]</sup>. Otros textos que abordaron el tema de la duplicidad, aunque ya no necesariamente en un registro hoffmanniano, son *Corazón y pensamiento* (1838), de A. F. Veltman, y los cuentos góticos *La sílfide* (1837) y *El cosmorama* (1840), del príncipe V. F. Odóievski, todos muy bien conocidos por Dostoievski<sup>[18]</sup>.

En conclusión, hacia 1845, cuando Dostoievski escribe *El doble*, existía una larga tradición literaria sobre este tópico, en Alemania y en Rusia. Los términos básicos ya habían sido acuñados, el canon fantástico establecido, múltiples abordajes ya habían sido explorados e incluso parodiados (por el mismo Hoffmann y, sobre todo, por Gógol en *La nariz*); es más, a partir de 1841 las traducciones de Hoffmann en las revistas literarias rusas comienzan a decaer, por lo que puede decirse que escribir en 1846 una historia fantástica sobre el doble era ya un anacronismo. Es importante que el lector tenga presente este trasfondo fantástico, y ello por dos motivos: primero, nos ayudará a comprender el diálogo que entabla Dostoievski con la tradición en la que inscribe su obra; segundo, porque es precisamente esta dimensión fantástica la que, en la mayoría de las interpretaciones (sobre todo occidentales), suele quedar en un segundo plano, subsumida a una lectura psicologicista del relato.

Veamos ahora qué ocurría con el incipiente realismo ruso.

## La escuela natural

Los años 1830-1840 están signados por el fortalecimiento de la corriente realista. Después de la derrota de los decembristas, la literatura comenzó a intentar acercarse a

todas las esferas de la realidad rusa y estudiarlas a fondo. Si bien pueden encontrarse gérmenes de esta nueva corriente en algunas obras de Pushkin, Lérmontov y Gógol, estos autores escribían sus obras bajo la égida del canon romántico —sobre todo los dos primeros— y de la novela de aventuras —el tercero—; no sería hasta más tarde que los escritores rusos encontrarían la formulación estética de su nuevo programa, definido por Belinski en los siguientes postulados: la literatura debe reflejar la realidad tal como es, sin embellecerla; el escritor no debe entregarse a fantasías que lo alejen o distraigan de la realidad; los temas hay que buscarlos en la vida real y cotidiana; el escritor debe buscar la verdad y expresar una problemática social.

El término «escuela natural» fue utilizado por primera vez por F. V. Bulgarin en el número del 26 de enero de 1846 del periódico conservador *La abeja del norte* para caracterizar despectivamente la creación de los jóvenes escritores. Sin embargo, a Belinski le gustó ese epíteto y en su artículo *Mirada sobre la literatura rusa de 1846* lo adoptó y resignificó. El realismo de la escuela natural conoce múltiples niveles y su estructura es compleja. A. G. Tseitlin señala: «En el realismo ruso de los años 40 comenzaron a formarse dos variantes diferentes. Una de ellas podría ser convencionalmente llamada ‘sociopsicológica’, la otra ‘sociopolítica’. La primera era característica de las obras de Grigórovich, Turguéniev, Goncharov, Dostoievski; la segunda era propia de Herzen y sobre todo de Saltikov-Shedrín y Nekrásov<sup>[19]</sup>». El primer grupo de escritores no era de tendencia revolucionaria; algunos de ellos eran nobles liberales, otros eran intelectuales demócratas de origen plebeyo («*raznochínets*»). El segundo grupo pertenecía a las filas revolucionarias, luego revolucionario-democráticas. Profundizando en esta categorización, en el primer grupo de escritores de inclinación sociopsicológica cabe distinguir un subgrupo de «naturalistas sentimentales», entre cuyas obras debe mencionarse *Los organilleros de Petersburgo* (1843) y *La aldea* (1846), de D. V. Grigórovich, y *Pobres gentes* (1845) y *Noches blancas* (1848), de Dostoievski. El relato *El capote* (1842), de Gógol, constituía el texto fundacional de esa línea. Según V. V. Vinográdov: «A base de nuevas búsquedas se perfila un modo singular de tratamiento del tema tradicional del pequeño funcionario: el contraste entre su insignificancia externa y la grandeza de la idea que lo consume. La representación de un ser poco atrayente y agobiado por el peso de un objetivo ilusoriamente grande, del pequeño funcionario con ‘ambición’ se entrevé ya en *Cumbres de Petersburgo* (1845-1846), de I. P. Butkov<sup>[20]</sup>». Más allá de estos matices, los escritores de la escuela natural se dirigen no a héroes ideales o inventados, no a las «agradables excepciones a la regla» (Belinski), sino a la multitud, a la masa, a las personas corrientes y, en especial, a las de bajo estamento.

El primer órgano para la promoción y desarrollo de la corriente realista fue la revista *Anales Patrios*, que desempeñó un papel de primerísima importancia en la historia literaria y social rusa del siglo XIX. En 1839 A. A. Kraievski asume el cargo de redactor y editor, lo que daría comienzo al ciclo dorado de la revista. La pléyade de escritores que desfiló por sus páginas es inagotable, en calidad y cantidad,

dejando, en apenas dos años, una colección representativa de lo mejor del realismo ruso de los años 1840<sup>[21]</sup>. Una de las tareas que se proponía *Anales Patrios* era disputar el espacio a los publicistas reaccionarios que habían monopolizado el periodismo literario ruso: F. V. Bulgarin, N. I. Grech y O. I. Senkovski<sup>[22]</sup>.

Otro hito en la conformación del realismo ruso es la antología *Fisiología de Petersburgo* editada por Nekrásov en 1845, compuesta por relatos y textos cuyo género se conoce en ruso como *fiziologuicheski ócherk*, es decir, bosquejo o boceto fisiológico, inspirado en las colecciones francesas *Les anglais peints par eux-mêmes* (1840), *Les français peints par eux-mêmes* (1839-1842), *Les enfants peints par eux-mêmes* (1842)<sup>[23]</sup>. Esta antología respondía a los principios de la escuela natural: se concentraba en personas comunes cuyas experiencias eran tratadas desde un punto de vista humanitario, lo que despertaba la simpatía por los menos afortunados y cuestionaba las opresivas condiciones sociales; los autores se desprendían de toda retórica e idealización de la realidad<sup>[24]</sup>.

La otra cumbre en la breve historia de la escuela natural la tenemos en *Antología de Petersburgo* (1846), también editada por Nekrásov, en la que justamente hizo su debut literario Dostoievski con *Pobres gentes*. Fue en relación a esta publicación (con textos de Herzen, Turguéniev, Odóievski, Nekrásov, Panáiev, Sollogub y otros) que Bulgarin, como hemos dicho, empleó el concepto de «escuela natural» para referirse a los seguidores de Gógol.

Señalábamos que una de las formas literarias que más importancia cobró dentro de la narrativa de la escuela natural fue el relato sobre pequeños funcionarios. Conviene hacer un poco de historia. El origen de este particular subgénero hay que rastrearlo en *El jinete de bronce* (1833), de Pushkin; aquí el gran poeta ruso fijó temas, conflictos e imágenes. Por primera vez San Petersburgo adquiría el estatus de símbolo, de imagen multidimensional; el autor vinculaba el tema de Petersburgo y su habitante corriente con el tema de Pedro el Grande, trazando así los caminos históricos de Rusia desde el pasado hasta el presente, viendo en este último las huellas de las reformas de Pedro. Pushkin creaba una singular lengua literaria que desplegaba el texto desde tres ángulos relacionados: el real, el fantástico y el simbólico. Bien mirado, el protagonista del relato no era el pequeño funcionario ni sus peripecias, sino esa San Petersburgo creada por la voluntad y audacia de Pedro el Grande; todo lo demás, aquello que le proporcionaba a la ciudad su vitalidad, no era más que un elemento que dependía de ella, una parte insignificante del enorme mecanismo estatal. Gógol daría una vuelta de tuerca a la innovación de Pushkin, situando la acción en un escenario más concreto, más próximo al lector, profundizando más en las aberraciones que dicho mecanismo estatal generaba, sobre todo en *Diario de un loco* (1835) y *El capote*. Las descripciones de la vida burocrática son muy vívidas en los relatos de Gógol, los funcionarios se nos muestran en todos sus defectos y falsas esperanzas, en todo su patetismo. La presentación de San Petersburgo también es algo diferente; ahora no luce tan majestuosa e imperial;

lo que vemos es su poder de ilusionar, de encantar, su cara más teatral y a la vez traicionera, como en *La Avenida Nevski* (1835). Ya analizaremos cómo Dostoievski sigue desplazando en el espacio urbano el escenario de la acción, y qué carga simbólica tiene ello.

La especial manera en la que Gógol retrataba al «hombre pequeño» produjo tanta impresión en el público lector que entre 1842 —año de publicación de *El capote*— y 1850 una cantidad aproximada de ciento cincuenta relatos, en mayor o menor medida influenciados por Gógol, vieron la luz en las revistas literarias rusas<sup>[25]</sup>. Sin embargo, aquí es menester hacer una precisión. A diferencia de lo que ocurría en *El jinete de bronce* y en los relatos de Gógol, en estas narraciones el protagonista era claramente el pequeño funcionario y su(s) miseria(s), no San Petersburgo. Ello derivaba del modo en que Gógol había sido leído por sus contemporáneos, modo que respondía a las necesidades de la joven intelectualidad petersburguesa. El enfoque realista que hallaba en Gógol a su padre y que ahora florecía en la representación del «hombre pequeño», si bien establecía una relación crítica con el entorno social que reinaba en la ciudad, no se elevaba hasta alcanzar una comprensión filosófica o simbólica de este. Sería Dostoievski quien regresaría, con *El doble*, a esa vena abierta por Pushkin, pero ya incorporando los aportes de Gógol y tomando para su creación los tópicos de la escuela natural. Esta distinción es de suma importancia a la hora de comprender la perplejidad que generó la publicación de *El doble* entre sus contemporáneos y el descontento de Belinski con Dostoievski, a quien reprochó alejarse de lo que él —Belinski— había leído en *Pobres gentes*, es decir, y en sus palabras, un «primer intento de novela social». Temas como la locura, el doble, la impostura, así como el «colorido fantástico» de *El doble* no se condecían con el programa literario propugnado desde las páginas de *Anales Patrios*.

La combinación que intenta Dostoievski del marco burocrático propio de la escuela natural y el romanticismo fantástico encarnado en la figura del doble será objeto de análisis en otro apartado del presente estudio. Solo añadiremos que dicho intento tenía un antecedente: la pieza en verso *La vida de un funcionario, misterio en tres actos*, de I. S. Aksákov. Esta obra satírica y vodevilesca, escrita en 1843, no fue publicada hasta 1861, pero circuló ampliamente en copias manuscritas a mediados de los años 1840; no hay datos que confirmen que Dostoievski la haya leído, pero parece muy probable. Ahora sigamos adelante.

# TEXTO

## Primera edición: expectativas y desazón

Dostoievski comienza a trabajar en *El doble* hacia otoño de 1845, luego de terminar su primera obra, *Pobres gentes*. La primera referencia a ello la tenemos en una carta sin fecha (se estima que de principios de septiembre) al hermano, en la que escribe:

Ahora soy un auténtico Goliadkin, en el cual, por cierto, me pondré a trabajar mañana mismo<sup>[26]</sup>.

Durante el proceso de escritura, Dostoievski tuvo la ocasión de leer en el círculo de Belinski los primeros capítulos de la obra, y la acogida fue entusiasta<sup>[27]</sup>. Ya antes de esa velada, Belinski, que por lo visto seguía muy de cerca los proyectos del escritor, lo había instado a que terminara de escribir el relato. Dostoievski, cabe aclarar, era entonces considerado como la gran promesa de la literatura rusa; Belinski había elogiado hasta el cansancio *Pobres gentes* y le había abierto las puertas del mundillo literario, en el que el joven autor, ciertamente, se conducía con suma torpeza; el éxito de su primera obra lo había mareado y no podía ocultar su vanidad. Una carta del 16 de noviembre ofrece testimonio de ello:

Bueno, hermano, creo que mi fama nunca alcanzará tal apogeo como ahora. En todas partes el respeto es inmenso, la curiosidad por mi persona, terrible. He conocido a una multitud de gente de lo más honrada. El príncipe Odóievski me pide que lo haga dichoso con una visita, y el conde Sollogub se arranca los pelos de desesperación. Panáiev le dijo que había un talento que tiraría a todos por el barro. Sollogub fue a ver a todos y, al llegar a lo de Kraievski, le preguntó de golpe: ¿Quién es ese Dostoievski? ¿Dónde puedo dar con Dostoievski? [...] Todos me toman por un prodigio. No hago más que abrir la boca que ya en todos los rincones andan repitiendo que Dostoievski dijo esto, que Dostoievski quiere hacer lo otro. Belinski me ama a más no poder. Hace unos días regresó de París el poeta Turguéniev (seguramente has oído hablar de él) y enseguida me profesó tanto cariño, tanta amistad, que Belinski lo explica afirmando que Turguéniev se enamoró de mí [...] Tengo

un sinfín de ideas; y basta que cuente sobre alguna de ellas a Turguéniev, por ejemplo, para que al otro día casi en todos los rincones de Petersburgo estén al corriente de que Dostoievski escribe esto y lo otro<sup>[28]</sup>.

Cuesta no leer en estas líneas a un joven fascinado por la fama. Las expectativas que depositaron tanto él como Belinski en *El doble* eran enormes y, como se sabría enseguida, desmedidas. En la misma carta del 16 de noviembre Dostoievski auguraba que Goliadkin sería su obra maestra<sup>[29]</sup>, y el 1.º de febrero de 1846 escribía a su hermano:

Hoy sale Goliadkin. Hace cuatro días aún lo estaba escribiendo. En *Anales Patrios*, ocupará once pliegos. Goliadkin es diez veces mejor que *Pobres gentes*. Los nuestros dicen que después de *Almas muertas* no ha habido nada parecido en Rusia, que es una obra genial. ¡Qué es lo que no dicen! ¡Con cuántas esperanzas me miran! En efecto, Goliadkin me ha salido mejor imposible. ¡Te gustará como no sé qué! Te gustará incluso más que *Almas muertas*, lo sé<sup>[30]</sup>.

Sin embargo, *El doble* fue un auténtico fracaso. A las pocas semanas empezó a cosechar críticas negativas. El 28 de febrero L. V. Brant, en el periódico *La abeja del norte*, escribía: «Es imposible imaginar algo más insulso, monótono y aburrido que el extenso, infinitamente dilatado, mortalmente agotador relato de las poco atractivas ‘aventuras del señor Goliadkin’, quien desde un mismo comienzo hasta el final es un alienado, incurre continuamente en lapsus y tonterías que no tienen nada de gracioso o de conmovedor, a pesar de todos los esfuerzos del autor por presentarlos como tales en su humor pretendidamente ‘profundo’ y abstruso. No conocen fin la verbosidad — pesada, enojosa, fastidiosa—, las repeticiones, los circunloquios sobre un mismo y único pensamiento, sobre unas mismas y únicas palabras que tanto gustan al autor. Sentimos sincera lástima por un joven con un concepto tan falso del arte, y evidentemente confundido por una ‘camarilla’ literaria que, siguiendo consideraciones propias, lo tiene por genio<sup>[31]</sup>».

El 3 de marzo, S. P. Sheviriov escribía en *El moscovita*: «[...] no entendemos cómo el autor de *Pobres gentes* —relato que no deja de ser admirable— pudo escribir *El doble* [...] Se trata de un pecado contra la conciencia artística, sin la cual no puede haber auténtico talento. Al principio uno se la pasa dando la bienvenida a personajes familiares de Gógol: ora a Chíchikov, ora a la nariz, ora a Petrushka, ora al pavo con forma de samovar, ora a Selifán; pero la lectura de todo el relato, en caso de que uno quiera sin falta leerlo hasta el final, produce el efecto de una pesadilla muy desagradable y fastidiosa tras una cena abundante [...] ¡Pobre del talento que ate su conciencia artística a los apremiantes pliegos de una revista y la imprenta extraiga

relatos de él! Entonces solo pueden engendrarse pesadillas, no creaciones poéticas. El señor Dostoievski nos comprenderá si su talento es auténtico<sup>[32]</sup>».

Por su parte, K. S. Aksákov, en 1847, afirmaba desde las páginas de *Antología literaria y científica de Moscú* (órgano de los eslavófilos, adversario de *Antología de Petersburgo*): «En este relato lo que vemos no es ya la influencia de Gógol, sino una imitación de él; pero dado que la creatividad no puede ser imitada (para ello se necesita ser creativo, entonces ya no cabe hablar de imitación), el señor Dostoievski imita los procedimientos, los movimientos externos de Gógol, su sola apariencia, sin comprender, por lo visto, que en Gógol todo eso es bello porque es genuino, vivo y emana de una causa interna; en cambio, cuando alguien que aspira a la semejanza toma solo el puro aspecto exterior, los meros procedimientos, sin asir el espíritu ni la vida plasmados en ellos, lo que resulta es insoportablemente inexpresivo, seco y aburrido. Es lo que ocurre con el señor Dostoievski en ese relato suyo, largo e increíblemente agotador. En él Dostoievski remeda constantemente a Gógol, imitándolo a menudo hasta tal punto que lo que resulta no es ya imitación, sino apropiación. Ni siquiera entendemos cómo pudo aparecer ese relato. Toda Rusia conoce a Gógol, lo conoce casi de memoria, y aquí, a la vista de todos, el señor Dostoievski rehace y repite por entero frases de Gógol. Desde luego, se trata solo de frases carentes de vida; no es más que la mera imitación del aspecto exterior de las grandes obras de Gógol. En eso solo consiste todo el relato; no hay en él ni sentido, ni imitación, ni idea, nada. El señor Dostoievski, con retazos de la brillante vestimenta del artista, cosió para sí un traje y se presentó intrépido ante el público<sup>[33]</sup>».

Por último, A. A. Grigóriev escribía en el N.º 9 de 1846 de *El mensajero finlandés*: «*El doble*, a nuestro humilde entender, es una obra patológica, terapéutica, pero en modo alguno literaria: es la historia de una locura, analizada, es verdad, al extremo, pero de todos modos repulsiva como un cadáver. Más aún: después de leer *El doble* involuntariamente pensamos que si el autor sigue adelante por ese camino estará destinado a desempeñar en nuestra literatura el mismo papel que Hoffmann en la literatura alemana [...] El señor Dostoievski se ha abismado tanto en el análisis de la vida de los funcionarios que la aburrida y desnuda realidad comienza ya a adquirir para él la forma de un delirio rayano en la locura. ¡Ay! Uno recuerda sin querer la idea de *El retrato* de Gógol...»<sup>[34]</sup>.

Belinski fue más ambiguo en la recepción de *El doble*. D. V. Grigórovich, presente en aquella velada de diciembre de 1845 en la que Dostoievski leyó los primeros capítulos, señala que durante la lectura Belinski «atrapaba con avidez» cada palabra del autor «y por momentos no podía ocultar su admiración, repitiendo que solo Dostoievski podía alcanzar esas asombrosas sutilezas psicológicas<sup>[35]</sup>». P. V. Ánnenkov refiere también que *El doble* gustó a Belinski «por la fuerza y plenitud con la que trata un tema singularmente extraño<sup>[36]</sup>». En febrero de 1846, en respuesta a los ataques que la obra recibía en *La abeja del norte*, el crítico sostenía: «Muchos considerarían glorioso y brillante incluso concluir su carrera literaria con una obra



así<sup>[37]</sup>». En marzo del mismo año, en un artículo dedicado a la *Antología de Petersburgo*, Belinski expuso un análisis más detallado de *El doble*: «Como extraordinario talento, el autor no se repitió en absoluto en su segunda obra, que presenta un mundo completamente nuevo. El protagonista de la novela —el señor Goliadkin— es una de esas personas susceptibles, locas de *amor propio*, que tan a menudo se encuentran en los sectores bajos y medios de nuestra sociedad. Constantemente le parece que lo ofenden con palabras, miradas y gestos, que por doquier arman intrigas contra él y le socavan el piso. Ello resulta más ridículo por cuanto su estatus, su rango, su puesto, su inteligencia y sus habilidades no le permiten en modo alguno despertar en los demás envidia hacia él. No es inteligente ni tonto, ni rico ni pobre, es muy bueno y su carácter es blando hasta la debilidad; podría vivir para nada mal en este mundo, pero la patológica susceptibilidad y desconfianza de su carácter es el demonio negro de su vida, destinado a hacer de su existencia un infierno. Si uno mira con más atención en torno suyo, ¡cuántos señores Goliadkin verá, pobres y ricos, tontos e inteligentes! El señor Goliadkin está extasiado por su única virtud, que consiste en no llevar máscara, no ser intrigante, actuar con franqueza e ir de frente. Ya en el principio de la novela, por la conversación con el doctor Krestián Ivánovich, no es difícil adivinar que el señor Goliadkin padece un trastorno mental. Así pues, ¡el protagonista de la novela es un loco! Una idea audaz y ejecutada con asombrosa maestría por el autor [...] Todo aquel que tenga acceso a los secretos del arte advertirá a primera vista que en *El doble* hay incluso más talento creativo y profundidad de pensamiento que en *Pobres gentes*<sup>[38]</sup>». Contestando a aquellos que criticaban la extensión de *El doble*, Belinski argumentaba que esa sensación era producto de la «riqueza» y «desmedida fertilidad» del talento «aún no maduro» de su autor: «*El doble* tiene el sello de un talento enorme y vigoroso, pero aún joven e inexperto; de ahí sus imperfecciones, pero de ahí también todas sus virtudes. Unas y otras están tan estrechamente vinculadas entre sí que si al autor ahora se le ocurriera reelaborar por entero *El doble* para dejar en él solo su belleza y eliminar todos sus defectos, estamos seguros de que lo arruinaría. El autor relata las aventuras de su héroe desde sí mismo, pero totalmente con la lengua y las ideas de aquel: eso, por un lado, manifiesta abundancia de humor en su talento, una capacidad infinitamente poderosa de contemplar con objetividad los fenómenos de la vida, una capacidad, por así decir, de ponerse en la piel de otro ser completamente ajeno a él; pero, por otro lado, eso mismo ha vuelto confusos muchos episodios de la novela; por ejemplo, todo lector tiene absoluto derecho a no comprender ni adivinar que el señor Goliadkin mayor redacta las cartas de Vajraméiev y del señor Goliadkin menor para sí mismo, en su perturbada imaginación, e incluso que el parecido exterior del señor Goliadkin menor con él no es en modo alguno tan grande y sorprendente como se le figura en su perturbada imaginación, y en general no todo lector adivina pronto la alienación misma de Goliadkin. Todo esto son imperfecciones, aun cuando están estrechamente ligadas a las virtudes y belleza de la obra en su conjunto. La obra tiene

un solo defecto fundamental: casi todos los personajes, más allá de la maestría con la que, por cierto, están trazados, hablan casi una idéntica lengua. No hay nada más para señalar<sup>[39]</sup>». Discutiremos más adelante esta interpretación de Belinski. Sigamos ahora con su lectura de *El doble*. En enero de 1847, en su artículo *Mirada sobre la literatura rusa de 1846*, el crítico, reconociendo que la obra no había tenido éxito entre el público, sostenía: «En *El doble* el autor puso de manifiesto una enorme fuerza creativa, el carácter del protagonista pertenece a las más profundas, audaces y auténticas concepciones de las que puede jactarse la literatura rusa; en esta obra hay muchísima inteligencia y verdad, así como maestría artística; pero además se observa en ella una terrible incapacidad de dominar y disponer en forma económica la abundancia de las propias fuerzas. Todo lo que en *Pobres gentes* eran defectos excusables propios de una primera experiencia, en *El doble* son defectos terribles, y ello se reduce a una sola cosa: la incapacidad de un talento demasiado rico en fuerzas para poner una medida razonable y límites al desarrollo artístico de su idea<sup>[40]</sup>». En relación con esto, Belinski añadía que si el autor hubiera acertado *El doble* en un tercio, incluso a costa de eliminar lo bueno, el éxito de la obra habría sido otro<sup>[41]</sup>. Inmediatamente, el crítico señalaba un aspecto que sería crucial en la historia crítica de la obra: «Lo fantástico en nuestro tiempo solo puede tener lugar en los manicomios, no en la literatura, y ser del dominio de los médicos, no de los poetas. Por todas estas razones *El doble* fue valorado solo por algunos diletantes del arte para los cuales las obras literarias constituyen no solamente objeto de placer, sino también de estudio. Sin embargo, el público se compone no solo de diletantes, sino de lectores corrientes que leen solo aquello que les gusta directamente, sin pararse a pensar en por qué les gusta, y que cierran de inmediato el libro cuando este comienza a aburrirlos, sin pensar tampoco en por qué ese libro no es de su gusto. Una obra que gusta a los entendidos y no gusta a la mayoría puede tener sus virtudes, pero una obra verdaderamente buena es aquella que gusta a ambas partes, o, por lo menos, gusta a la primera y es leída por la segunda; Gógol no gusta a todos, pero todos lo han leído...»<sup>[42]</sup>.

Posteriormente, con la publicación de *El señor Projarchin*, en octubre de 1846, Belinski tomaría ya más distancia de Dostoievski, y las relaciones entre ambos irían de mal en peor hasta verse interrumpidas.

Todo este panorama crítico nos permite entrever cuáles pudieron ser las motivaciones que llevaron a Dostoievski a desear reescribir *El doble* en sucesivos momentos de su vida. En rigor, podemos afirmar que la historia de la reelaboración de *El doble* comenzó prácticamente desde su misma publicación. La reacción de Dostoievski ha quedado testimoniada en distintas cartas de la época. El 1.º de abril de 1846 escribía:

Mi fama ha alcanzado el apogeo. Según mis cuentas, en dos meses han hablado de mí cerca de treinta y cinco veces en diferentes publicaciones. En

algunas me elogian hasta el cielo, en otras lo hacen con algunas reservas, y en otras me denuestan sin miramientos. ¿Qué puede ser mejor y superior? Pero esto es lo desagradable y penoso: los nuestros, Belinski y todo el resto, están descontentos conmigo a causa de Goliadkin. La primera impresión fue un éxtasis incontrolado, algarabía, bullicio, rumores. La segunda, la crítica. Concretamente: todos, en unanimidad, es decir los nuestros y todo el público, han hallado que Goliadkin es tan aburrido y flojo, tan extenso que resulta imposible de leer. Pero lo más cómico es que todos están enojados conmigo por su extensión y a la vez todos y cada uno lo leen y lo releen a lo loco. Uno de los nuestros no hace más que leer un capítulo por día para no agobiarse, y chasquea los labios de placer. Otros miembros del público gritan que es absolutamente imposible, que es estúpido escribir y publicar cosas así; otros gritan que sirvieron de modelo para el relato, mientras que de otros he oído tales madrigales que me da vergüenza repetirlos. En cuanto a mí, llegué incluso a quedar abatido por cierto tiempo. Tengo un terrible defecto: un amor propio y una ambición ilimitados. La idea de que he defraudado las expectativas y estropeado una cosa que podría haber sido grande me mata. Goliadkin me resulta odioso. Hay mucho en él escrito a las apuradas y en estado de extenuación. La primera mitad es mejor que la segunda. Junto a páginas brillantes hay basura, porquería, se revuelve el estómago, no dan ganas de leerlo. Eso mismo me creó un infierno por un tiempo, y terminé enfermando de aflicción<sup>[43]</sup>.

En octubre del mismo año, Dostoievski menciona por primera vez su proyecto de reescribir *El doble*:

[...] me propongo editar *Pobres gentes* y una versión reelaborada de *El doble* en libros separados. No voy a poner, por ejemplo, Parte 1 y Parte 2; será simplemente *Pobres gentes* por separado y *El doble* otro tanto: todo lo que he hecho en el curso del año<sup>[44]</sup>.

Sin embargo, el escritor no llevó adelante el proyecto. En una carta del 26 de noviembre le explica a su hermano que pospone el emprendimiento para el otoño siguiente, confiando en que el público lo conocería mejor y así su posición literaria sería otra<sup>[45]</sup>. Y el 17 de diciembre también comenta su intención de pasar el verano en Rével (hoy Tallin) y allí rehacer el material viejo y preparar una edición para el otoño<sup>[46]</sup>. En enero o febrero de 1847 continuaba:

De Goliadkin oigo a escondidas (y de mucha gente) tales rumores que es algo terrible. Unos directamente dicen que esa obra es un prodigio y no ha sido comprendida; que tendrá un papel tremendo en el futuro, que si solo hubiera

escrito Goliadkin ya sería suficiente por mi parte, y que es más interesante que Dumas. Sin embargo, mi amor propio quedó por el suelo. ¡Pero, hermano! Qué agradable es ser comprendido<sup>[47]</sup>.

En abril de 1847 todavía planeaba reeditar sus primeros tres trabajos con *El doble* reelaborado, a cuenta suya, con la esperanza de «mejorar su suerte<sup>[48]</sup>». No obstante, ninguno de estos planes se concretó, y la ulterior detención y deportación del escritor a Siberia paralizó su carrera literaria por diez años. Pese a ello, llama la atención que en 1854, apenas liberado de prisión, Dostoievski preguntara en una carta a su hermano Mijaíl quién era Chernov<sup>[49]</sup>, autor de una obra intitulada también *El doble* y publicada en *Anales Patrios* a comienzos de 1850<sup>[50]</sup>. El 9 de mayo de 1859, recién acabada su condena, repetía su intención de reeditar *El doble*<sup>[51]</sup>. Finalmente, aún en la ciudad de Tver, Dostoievski escribía el 1.º de octubre de 1859 a su hermano Mijaíl:

[...] hacia mediados de diciembre te enviaré (o te llevaré personalmente) *El doble* corregido. Créeme, hermano, que esa corrección, provista de un prólogo, valdrá una nueva novela. ¡Finalmente verán lo que es *El doble*! Espero incluso despertar un enorme interés. En una palabra, lanzo un reto a todo el mundo (finalmente, si no corrijo ahora *El doble*, ¿cuándo lo corregiré entonces? ¿Por qué debo perder una idea magnífica, un tipo grandioso por su importancia social, que fui yo el primero en descubrir y anunciar?)<sup>[52]</sup>

Pero ya el 9 de octubre renunciaba a la idea de reelaborar *El doble* para la edición de sus *Obras Completas*:

*El doble* queda excluido, lo editaré más adelante, si todo va bien, en forma separada, completamente rehecho y con un prólogo<sup>[53]</sup>.

Fue así que *El doble* no formó parte de las primeras *Obras Completas* de Dostoievski en dos tomos, publicadas en 1860 en Moscú por N. A. Osnovski. La crítica leyó en esta circunstancia la falta de deseo del escritor por volver a publicar su fallido relato<sup>[54]</sup>, pero sabemos que no es así. En los cuadernos de notas de los años 1872-1875, Dostoievski se refería a Goliadkin como su «principal tipo del subsuelo<sup>[55]</sup>». Las últimas palabras que Dostoievski dedicó a *El doble* son ya de 1877. En *Diario de un escritor* leemos:

Ese relato definitivamente no me salió, pero su idea era bastante clara, y nunca lancé nada más serio en la literatura que esa idea. Pero la forma de ese relato no me salió en absoluto. Más tarde le hice importantes correcciones, unos quince años después, para mis entonces *Obras Completas*, pero incluso

en esa ocasión me convencí de que la cosa era un total fracaso, y si ahora retomara esa idea y la expusiera de nuevo, elegiría una forma completamente diferente; pero en el año 46 esa forma aún no la había encontrado y no pude componer debidamente el relato<sup>[56]</sup>.

## Los borradores para la planeada reelaboración

De los sucesivos intentos y proyectos de revisión de *El doble* todo lo que nos queda son unas notas —bastante sueltas y caóticas— que se conservan en dos cuadernos de bolsillo de Dostoievski, y que en nuestra edición ofrecemos a modo de apéndice. El primero, aproximadamente, data de los años 1861-1862; el segundo, de 1862-1864. Desde luego, es muy difícil extraer de estas notas alguna conclusión general acerca de cómo hubiera sido esa versión que el autor nunca llegó a escribir. Sin embargo, nos permiten, hasta cierto punto, asomarnos a los temas y variantes argumentales que la hubieran compuesto; encontramos en ellas nuevos episodios, nuevos personajes, nuevas relaciones entre estos, observaciones psicológicas sueltas, referencias a las cuestiones políticas, sociales y religiosas de la época (años 1860).

En *El doble* se introduce, por ejemplo, el motivo del duelo. No queda claro con quién se hubiera batido a duelo el señor Goliadkin (un teniente, un general), pero en cualquier caso hubieran intervenido ambos Goliadkin, y ello en forma de sustitución, de impostura: «Duelo. Párgolovo. El señor Goliadkin men[or] se bate en su lugar»; «Goliadkin en vísperas del duelo. El menor, padrino de duelo, puso pies en polvorosa temprano por la mañana. Lo engañó como un bandido. El padrino se batió en lugar del duelista». Otro episodio que no está presente en la versión original es la declaración de amor de Goliadkin a Klara Olsúfevna: «El menor, antes de los *petits jeux*, le arranca al mayor una declaración de amor a Klara Olsúfevna (el menor ya lo sabe sin que el mayor se lo haya dicho). Comienza a enseñarle cómo conquistar a Klara Olsúfevna, lo instruye para ser desenvuelto». Ambos Goliadkin, como vemos, participan en la escena.

Estas y otras notas, como el lector podrá apreciar, no añaden aún nada sustancial al relato, pero hay algunas, inesperadas, que abren nuevas perspectivas. En la primera redacción, el trato de Goliadkin hacia sus superiores queda velado en detalles psicológicos concernientes a la vida íntima del protagonista. Goliadkin no se expresa resueltamente acerca de esta cuestión. En cambio, en la revisión los dos Goliadkin dialogan sobre el tema del poder: «El señor Goliadkin menor explica al mayor: eso

significa que tomo a la bienhechora autoridad como a un padre y que hay en ello algo caballeresco. Trato jurídico y patriarcal con la autoridad y que el propio gobierno pretende ser tomado como *un padre*. Aquí la anatomía de todas las relaciones rusas con la autoridad»; y luego, en el mismo cuaderno: «Desde el punto de vista jurídico, la autoridad solo actúa de acuerdo con la ley. Aquí solo hay burda subordinación y obediencia a la autoridad. Si se la toma como a un padre lo que hay es familiaridad, lo que hay, en lugar de autoridad, es subordinación total de la propia persona y de todos los suyos a ella. Principio de las relaciones infantiles con el padre. *Balbuceo infantil de inocencia, y eso es más agradable a la autoridad*. Esa es la teoría del menor. El menor es la encarnación de la vileza». Como señala Gueorgui Chulkov, esta valoración más bien negativa de las relaciones patriarcales indican aún la influencia de las ideas progresistas que Dostoievski acarició en los años 1840; todavía no había madurado en él la idea de una relación armónica entre pueblo y gobierno<sup>[57]</sup>. La deslealtad de Goliadkin menor, si bien es patente en la redacción de 1846, aparece enfatizada en estos borradores: «El menor, en compañía de otros, cuenta sobre el mayor todas esas cositas (esas secretas e íntimas que todos tenemos y que todos ocultamos como un secreto a los demás) y menudencias graciosas que Goliadk[in] mayor ocultaba celosamente al menor, absolutamente convencido de que este no las descubriría; pero el menor sí las descubrió. El señor Goliadkin *menor* sabe y descubre todo sobre el mayor. Poder sobrenatural. El menor resulta conocer todos los secretos del mayor, como si fuera la personificación de su conciencia». Otra novedad era que Goliadkin conocería al militante utopista M. V. Petrashevski, líder del círculo que frecuentaba Dostoievski en su juventud, y por cuya participación fue arrestado: «Al otro día el señor Goliadkin va a casa de [Petrashevski]. Encuentra a este leyendo al barrendero y a sus campesinos el sistema de Fourier, y le informa que *aquel* lo delatará».

Sin dudas, el aspecto más relevante de estas notas es que sirven como documento de las nuevas inquietudes ideológicas y artísticas del Dostoievski de comienzos de los años 1860. En efecto, encontramos en ellas algunas ideas en estado germinal que luego eclosionarían en sus obras de ese decenio. Primero, en *Memorias del subsuelo* (1864): «El señor Goliadkin se une a los progresistas. Oxígeno e hidrógeno»; y luego: «El oxígeno y el hidrógeno le dan vuelta la cabeza. No hay más un ser superior». Goliadkin se interesa en las ideas materialistas que empezaban a circular en la época, lo que tiene resonancias con el tratamiento irónico que recibirán dichas ideas en *Memorias del subsuelo*, aunque expresadas ya con otras alegorías: «leyes naturales», «teclas de órgano», «dos por dos son cuatro». Segundo, en *Crimen y castigo* (1866): «A solas con el *menor*. Sueños de convertirse en Napoleón, en Pericles, en caudillo de un levantamiento ruso. Liberalismo y revolución que restaura con lágrimas a Luis XVI y lo obedece (por bondad)»; y esta otra, en la que cuesta no ver el sueño de Raskólnikov en el final de la novela: «*Sueño*. Todo ha sido abolido. La gente es libre. Todos *se golpean* abiertamente, en la calle». Finalmente, la nota: «No hay más un ser

superior. ¿Qué pasará con el ministerio y con las autoridades?», nos recuerda a *Demonios* (1871-1872): «Si no hay Dios, ¿qué capitán soy yo?».

Si, como dijimos, las notas no habilitan generalizaciones acerca de la proyectada revisión, sí, en cambio, nos autorizan a constatar que ninguno de estos planes fue plasmado en la segunda edición. Dostoievski pensaba en una reelaboración radical de la obra, con mayor complejidad psicológica, más líneas argumentales y multiplicidad de planos; sin embargo, la edición de *El doble* finalmente publicada en 1866 no recoge nada de ello. Es hora de comparar en detalle las versiones de 1846 y 1866.

## Diferencias entre ambas ediciones

### 1) Formales

La edición de 1846 llevaba el subtítulo «Aventuras del señor Goliadkin», que en la edición de 1866 fue eliminado y sustituido por otro: «Poema de Petersburgo». Esta variación mucho ha dado que hablar a los críticos e investigadores. En principio, y como analizaremos más adelante, puede afirmarse que el subtítulo original ponía más directamente en línea la obra con *Almas muertas*, cuyo nombre completo es *Andanzas de Chíchikov, o almas muertas* (recordemos la carta del escritor a su hermano del 1.º de febrero de 1846, antes citada, en la que comparaba *El doble* con *Almas muertas*). Por otra parte, el subtítulo guardaba mayor consonancia con la estructura externa de la obra, que seguía los cánones de las novelas de aventuras. La influencia de Gógol se deja sentir con más fuerza en la primera redacción. Ahora bien, ¿qué pudo haber motivado a Dostoievski a cambiar el subtítulo? No hay una respuesta definitiva a esta pregunta. Es cierto que *Almas muertas* también fue llamado «poema» por su autor. Sin embargo, hay cierto consenso en atribuir este cambio al deseo de Dostoievski de subrayar, en 1866 —otra época cultural y social, signada por la liberación de los siervos de la gleba en 1861—, el vínculo de la obra con la tradición del período petersburgués de la historia rusa, en el que el tipo del «hombre pequeño», como ya hemos explicado, adquiriría un valor simbólico asociado a esa peculiar rebelión pasiva de los infortunados, de las personas humilladas y ofendidas en su dignidad personal. Ese gesto, entonces, colocaría a *El doble* en el terreno de los relatos de Petersburgo cuyo primer emergente fuera *El jinete de bronce*.

La primera edición colocaba además subtítulos humorísticos a cada capítulo, con excepción del número v («Un suceso absolutamente inexplicable»). Esto respondía al

estilo de las novelas de aventuras. Advertimos aquí cierta consecuencia en Dostoievski: a la eliminación del subtítulo de la obra sigue la eliminación de los subtítulos de los capítulos. Es esta una de las grandes diferencias que encontramos entre ambas ediciones; en la versión de 1846 el registro de aventuras, cómico y por momentos grotesco, casi desaparece en la versión de 1866<sup>[58]</sup>. Distintos investigadores atribuyen a diversos autores la presencia de los subtítulos de 1846: Jean Paul, E. T. A. Hoffmann, Charles Dickens, el mismo Gógol; la traductora Evelyn Harden traza incluso un paralelo con *Don Quijote de la Mancha*<sup>[59]</sup>. Como sea, el procedimiento en estos subtítulos es tomar alguna palabra, frase o peripecia de Goliadkin y parodiarla invirtiendo su significado; a veces solo se persigue un fin cómico, como en el subtítulo del capítulo VIII, en el cual, tautológicamente, leemos: «De cómo termina este capítulo».

Otra diferencia viene dada por la cantidad de capítulos. La edición de 1846 contiene catorce; la de 1866, trece. Ello es resultado de la fusión (con algunas omisiones) de los capítulos X y XI de la primera redacción, que pasan a ser el capítulo X en 1866.

## 2) Estilísticas

En la edición de 1866 Dostoievski procura aligerar el estilo del relato eliminando repeticiones, acortando frases, modificando la sintaxis, la puntuación, suprimiendo adverbios (de intensidad, de tiempo, de afirmación). Este tipo de modificaciones estilísticas suman aproximadamente trescientas a lo largo del relato. Veamos un ejemplo. En el capítulo VIII leemos:

1846: [...] se veía que Petrushka no estaba mintiendo, que su ultrajante mirada y la palabra *otro* que había utilizado, también ultrajante para el honor de nuestro héroe, eran tan solo consecuencia de todo el vil y consabido episodio, y que por último Petrushka estaba en cierto modo en su derecho al hablar y actuar así, y que quejarse o regañarlo por ello no era posible; por lo tanto, en ese sentido el señor Goliadkin podía por lo visto quedarse totalmente tranquilo, pero de todos modos comprendía [...].

1866: [...] se veía que Petrushka no estaba mintiendo, que su ultrajante mirada y la palabra *otro* que había utilizado eran tan solo consecuencia de todo el vil y consabido episodio, pero de todos modos comprendía [...].

También el habla de los personajes es menos reiterativa y enrevesada en la edición de 1866. En el capítulo VI dice Antón Antónovich:



1846: [...] y eso que uno pasa tantas veces a su lado, lo roza, lo empuja y no se da uno cuenta; es un elefante, como suele decirse, y no se da uno cuenta, Iákov Petróvich. Pero no se haga mala sangre, no se haga mala sangre por esta singular circunstancia. Estas cosas pasan.

1866: [...] y eso que uno pasa tantas veces a su lado, lo roza, lo empuja y no se da uno cuenta. Pero no se haga mala sangre. Estas cosas pasan.

Estas correcciones, evidentemente orientadas a reducir el volumen de la obra, redundan, por cierto, en un estilo más parco y conciso; sin embargo, y como veremos más adelante, crean algunas zonas oscuras en el texto que difícilmente escapen al ojo del lector atento.

### 3) *Argumentales*

Los primeros nueve capítulos de ambas versiones no difieren en cuanto a la trama. Sin embargo, a partir del capítulo x se introducen cambios significativos.

En el capítulo x (1846) el señor Goliadkin se despierta tarde, al mediodía, tras terribles pesadillas; reflexiona largo rato sobre su situación, se levanta, descubre la puerta cerrada, se echa nuevamente en la cama para comprobar si no se trata de un sueño, piensa otra vez con detalle en su situación, se viste, sale de su casa con otra llave, se dirige a la oficina, recapacita en el camino y regresa a su departamento; allí, tras largas consideraciones, escribe una extensa carta a Vajraméiev y una nota a Goliadkin menor, sale otra vez de su casa, se dirige a la oficina pensando en si era necesario haber escrito esas cartas y en ese tono, llega a la puerta del trabajo, habla con Ostáfey, luego con Pisarenko —a quien entrega las dos cartas—, ve salir y regresar a Goliadkin menor (en «misión especial») y decide subir a la oficina.

En 1866, como hemos dicho, Dostoievski une los capítulos x y xi de 1846 en el capítulo x. Y aquí las cosas cambian. Goliadkin se despierta tarde, al mediodía, tras terribles pesadillas; reflexiona largo rato sobre su situación; se levanta, descubre la puerta cerrada, luego escribe una nota a Goliadkin menor, se viste, sale con otra llave, se dirige a la oficina, llega a la puerta, habla con Ostáfey, luego con Pisarenko —a quien entrega la nota—, ve salir y regresar a Goliadkin menor y decide subir a la oficina.

La segunda mitad del capítulo x (1866) tiene muy pocos cambios con respecto al capítulo xi de 1846; el más importante es la mención al librepensamiento en el diálogo de Goliadkin con Antón Antónovich. Como vemos, Dostoievski decide eliminar la carta a Vajraméiev y, con ella, la mención a Otrépiev, el zar impostor, quitándole énfasis al tema de la impostura; de ahí también que en la nota a Goliadkin menor se elimine la referencia a la impostura y a la máscara.

En el capítulo XII de 1846 (XI de 1866), Goliadkin consigue persuadir a Goliadkin menor de ir a una cafetería para conversar; allí hablan por largo rato, aunque en realidad Goliadkin menor no hace más que mofarse de Goliadkin mayor; finalmente, el menor se va a la habitación contigua y luego abandona la cafetería; el mayor lo persigue, lo alcanza cuando subía a un coche ligero y viajan forcejeando; Goliadkin mayor cae del coche junto a las puertas de la casa de Olsufi Ivánovich, en la que ingresa Goliadkin menor; Goliadkin mayor huye a la carrera, tropieza con dos vendedoras ambulantes, encuentra en su bolsillo la carta de Vajraméiev que le había dado Pisarenko (cap. XI) y decide ir a una taberna para leerla; la carta, por lo visto, es en respuesta a la que había escrito Goliadkin; en ella vuelve a mencionarse el tema de la impostura, a Otrépiev, se explican también las relaciones de Karolina Ivánovna y se alude a la mala reputación de la que goza Goliadkin; este último vuelve en sí tras la lectura de la carta y descubre que todos en la taberna lo están mirando sospechosamente, que luce mal; descubre un frasquito de medicamento en su bolsillo, se le cae, se espanta al ver el líquido y atribuye todo a una conspiración para envenenarlo por parte de los alemanes que Vajraméiev menciona en la carta; huye a la carrera, sube al primer coche ligero que pasa, llega a su casa y allí encuentra a Mijéiev, quien le llevaba una nota oficial anunciando su despido; entra en su departamento y Petrushka, que recoge sus cosas para marcharse, le muestra otro sobre; Goliadkin lo abre y lee la carta de Klara Olsúfevna. Así termina el capítulo.

En el capítulo XI de 1866, Goliadkin consigue persuadir a Goliadkin menor de ir a una cafetería para conversar; el diálogo entre ellos, no obstante, es más breve y la escena entera tiene menor complejidad dramática; otra vez, el menor se va a la habitación contigua y luego abandona la cafetería; el mayor lo persigue, lo alcanza cuando subía a un coche ligero y viajan forcejeando; Goliadkin mayor cae del coche junto a las puertas de la casa de Olsufi Ivánovich, en la que ingresa Goliadkin menor; Goliadkin mayor huye a la carrera, tropieza con dos vendedoras ambulantes, encuentra en su bolsillo la carta que le había dado Pisarenko (cap. X) y decide ir a una taberna para leerla; la abre y descubre que está firmada por Klara Olsúfevna, quien lo invita a raptarla y huir con ella; la carta es más breve que en la primera edición y no hace referencia al tema de la impostura; Goliadkin vuelve en sí tras la lectura de la carta y descubre que todos en la taberna lo están mirando sospechosamente, que luce mal; descubre un frasquito de medicamento en su bolsillo, se le cae, se espanta al ver el líquido; huye a la carrera, sube al primer coche ligero que pasa, llega a su casa y allí encuentra a Mijéiev, quien le llevaba una nota oficial anunciando su despido; entra en su departamento y ve a Petrushka, que recoge sus cosas para marcharse.

Vemos entonces que Dostoievski elimina —consecuentemente— la respuesta de Vajraméiev y coloca en su lugar la de Klara Olsúfevna. En la segunda versión Goliadkin lee la carta de la joven en la taberna, en la primera versión al llegar a su casa. Lo curioso es que, procediendo así, toda la turbación de Goliadkin al leer la carta de Vajraméiev (1846) se atribuye ahora (1866) a la lectura de la carta de Klara

Olsúfevna. Esto genera una primera suspicacia acerca de qué tan atentamente acometió la revisión Dostoievski.

Los capítulos XIII (1846) y XII (1866) son prácticamente idénticos, con la excepción de las primeras líneas, que en la versión original recogen el estado de agitación de Goliadkin tras leer la carta de Klara Olsúfevna (recordemos que así terminaba el capítulo XII). Algunas réplicas de Goliadkin y de Petrushka también desaparecen en la segunda versión (Petrushka está menos al corriente de lo sucedido).

Los capítulos XIV (1846) y XIII (1866) tienen distinto final. Lo más ilustrativo aquí será seguir el ejemplo de R. I. Avanesov<sup>[60]</sup>, que en su análisis pone en dos columnas ambos finales.

1846:

[...] Cuando volvió en sí vio que los caballos lo llevaban por un camino casi desconocido; a izquierda y derecha se divisaba el negro contorno de unos bosques; reinaba el silencio y la desolación. No había alrededor ni un alma viviente. Comenzó a nevar. La angustia oprimía como una pesadilla el pecho del señor Goliadkin mayor. Sintió miedo... Totalmente agotado, angustiado, en agonía, intimidado y abatido, apoyó su hombro contra el del silencioso Krestían Ivánovich... Pero de pronto, aterrado, se echó hacia atrás y se apoyó contra el otro rincón del coche. Los pelos se le pusieron de punta. Un sudor frío le corrió por las sienes. Miró y... quedó pasmado de espanto... Dos ojos de fuego lo miraban en la oscuridad, y esos dos ojos brillaban con una alegría siniestra, infernal... Esos ojos se acercaban más y más al señor Goliadkin... Ya sentía un roce sobre su cuerpo, una respiración abrasadora sobre su rostro, unas manos extendidas sobre él y dispuestas a agarrarlo. ¡Este no es Krestían Ivánovich! ¿Quién es?... ¿O es él?... ¡Es él! Es Krestían Ivánovich, pero no el anterior, este es otro Krestían Ivánovich. «No hay que escaparle a la botella», surcó la cabeza del señor Goliadkin... Por lo demás, ya no pensaba nada. Lenta y temblorosamente cerró los ojos. Yerto, aguardaba algo terrible, aguardaba... pero ya lo oía, lo sentía y... finalmente...

Pero aquí, señores, termina la historia de las aventuras del señor Goliadkin.

1866:

[...] Cuando volvió en sí vio que los caballos lo llevaban por un camino desconocido. A izquierda y derecha se divisaba el negro contorno de los bosques; reinaba el silencio y la desolación. De pronto quedó pasmado: dos ojos de fuego lo miraban en la oscuridad, y esos dos ojos brillaban con una alegría siniestra, infernal. ¡Este no es Krestían Ivánovich! ¿Quién es? ¿O es él? ¡Es él! ¡Es Krestían Ivánovich, pero no el anterior, este es otro Krestían Ivánovich! ¡Este es un Krestían Ivánovich terrible!...

—Krestián Ivánovich, yo... yo creo que estoy bien, Krestián Ivánovich — comenzó nuestro héroe, tímido y tembloroso, deseando como fuese, con sumisión y humildad, enternecer al terrible Krestián Ivánovich.

—Ustet segá alojado en un depagtagamento del Eshtado, con leña, *licht* y criados, cosa que ustet no se merece —sonó severa y terrible como una sentencia la respuesta de Krestián Ivánovich.

Nuestro héroe lanzó un grito y se tomó la cabeza. ¡Ay, ya hacía tiempo que lo presentía!

El final de la primera versión es más fantástico, mientras que en la segunda se acentúa la locura de Goliadkin. El terror de esas dos manos que se ciernen sobre el protagonista es suavizado por el realismo de un doctor alemán que, con acento, da a entender que se dirigen al manicomio. La última frase también es eliminada, ya que guardaba relación con el registro de aventuras propio de la primera versión.

#### 4) Caracterológicas

Los múltiples cortes realizados por Dostoievski afectan parcialmente la representación de la vida interior del protagonista. En la primera redacción las tortuosas reflexiones de Goliadkin, sus dudas, su suspicacia, la lucha consigo mismo ocupan un lugar más central, así como el incesante y caótico flujo de ideas que conforman sus monólogos interiores. Por ejemplo, en el capítulo VI leemos (en cursiva indicamos los pasajes eliminados):

Resolvió y se dio palabra de mantenerse en lo posible al margen de todo lo que pudiera atraer la atención, de todo lo que pudiera involucrarlo directamente, fueran preguntas indiscretas, bromas o alusiones indecorosas a lo sucedido la noche anterior; resolvió incluso abstenerse de las habituales cortesías con los compañeros, es decir, preguntar por la salud, etc. *Por lo demás, el señor Goliadkin sabía y comprendía claramente que sus asuntos marchaban mal y que la partida estaba perdida. Es por eso que una honda e interna inquietud no lo abandonaba ni un solo momento, hundiendo sus venenosas raíces más y más profundamente en su alma y extendiéndose más y más, de modo que, por más que luchara, no podía en modo alguno adoptar su aspecto habitual de trabajo, es decir, dejar de preocuparse por todo lo accesorio y, agachado como corresponde, sin levantar la cabeza del escritorio, pasar serenamente la pluma por el papel unas cinco horas o más.* Pero también era evidente que no podía permanecer así, que eso era imposible.

En el capítulo VIII, tras el forcejeo con Goliadkin menor:

Nuestro héroe no comprendía aún del todo este nuevo incidente. No lograba aún volver en sí. Había sentido el golpe, pero pensaba que no era algo tan importante, *mientras susurraba para sus adentros: «Ya voy, Andréi Filíppovich, ya voy; ya estoy casi listo...»*. Sin embargo, al instante cayó en la cuenta, *si bien vagamente, aún pensando que aquello no era tan importante, que no era nada...* Embargado por una terrible e indescriptible angustia salió al fin disparado de su sitio y se lanzó [...].

En el capítulo IX, antes de leer la carta de Vajraméiev:

El señor Goliadkin tomó la carta de la mesa. Su corazón palpitaba terriblemente. «Seguro que la trajo este embustero —pensó— y la dejó aquí, y luego se olvidó; seguro que así ocurrió; seguro que fue así como ocurrió... *Por lo demás, ¿cómo es posible que esta carta?... ¿Quién pudo?... ¿Quién pudo haberme escrito así una carta?... ¡Daría cualquier cosa por saber qué contiene exactamente esta carta, por saberlo sin leerla!... ¡Señor, Señor!...*». El señor Goliadkin dejó por un momento la carta, sacó un pañuelo y se enjugó la transpiración de la frente; luego... luego se cruzó de brazos y estuvo largo tiempo murmurando cosas para sus adentros con inusual celo; luego, ya sin fuerzas para contener su impaciencia, rompió el sello, desplegó la hojita y leyó la firma. La carta era del empleado Vajraméiev [...].

Los fragmentos aquí expuestos indican que Dostoievski quiso desplazar el foco de los tormentos interiores del protagonista a la acción concreta, seguramente para conferirle mayor dinamismo a la narración. Creemos, en efecto, que la segunda redacción gana en agilidad gracias a los recortes, pero también es cierto que el conjunto del texto pierde organicidad a causa de ellos. Analizaremos esto aparte.

## **Segunda edición: recortes y ligeras inconsistencias**

Una lectura atenta de *El doble* tal como lo hemos conocido hasta ahora, es decir, en su versión de 1866, advertirá que hay algunos detalles confusos, episodios algo

extraños, reacciones no del todo claras. Dostoievski eliminó muchos pasajes, pero algunas huellas de ellos quedaron esparcidas por el texto, lo que solo es explicable a la luz de la versión original. Veamos algunos ejemplos.

En el capítulo VI, a la mañana siguiente de la aparición del doble, Goliadkin piensa sobre Petrushka:

«¡Lo sabe, lo sabe, lo sabe todo el bribón!», gruñó el señor Goliadkin disponiéndose a beber el té. Sin embargo, nuestro héroe no hizo pregunta alguna a su criado [...].

El «sin embargo» que abre la siguiente frase no parece tener relación con lo antedicho. No obstante, si vamos a la edición de 1846 leemos:

«¡Lo sabe, lo sabe, lo sabe todo el bribón! —gruñó el señor Goliadkin disponiéndose a beber el té—. Tendría que interrogarlo bien, sonsacarle algo, comenzar por algo lejano, delicadamente, obligarlo a que se vaya de lengua. Es testarudo el granuja... debería encararlo con amabilidad. Primero lisonjearlo así y asá, y después comenzar a interrogarlo». Sin embargo, nuestro héroe no hizo pregunta alguna a su criado [...].

Es este un detalle menor que seguramente pasa desapercibido. Pero no sucede lo mismo en otras escenas. En el capítulo VIII hay una réplica que confunde al lector. En el diálogo entre Goliadkin y Antón Antónovich leemos:

—O sea, usted otra vez... temo que malinterprete el sentido, o sea, el sentido de mis palabras, como usted mismo dice, Antón Antónovich.

No se entiende ese «como usted mismo dice» en el marco de la conversación. El texto de 1846 lo explica, porque en una réplica anterior Antón Antónovich decía:

—Disculpe, no lo entiendo del todo bien. O sea, ¿a quién se refiere ahora con el sentido que da a sus palabras?

Esta réplica desapareció, pero Dostoievski no eliminó la referencia a ella.

Más notorio es lo que ocurre en el capítulo X, otra vez en un diálogo entre Goliadkin y Antón Antónovich, en el que este le reprocha a aquel su conducta; Goliadkin se defiende así:

—No, Antón Antónovich. Yo, vea, solo escuche, Antón Antónovich... Lo mío no es librepensamiento, Antón Antónovich. Yo huyo del

librepensamiento.

¿De qué «librepensamiento» habla Goliadkin? El diálogo no lo explica. En la época de Nicolás I la acusación de librepensamiento era grave, y difícilmente alguien mentara esa palabra de buenas a primeras, más aún en una dependencia pública. La versión original acude en nuestra ayuda, ya que en ella leemos las palabras de Antón Antónovich que fueron suprimidas:

—Eso es precisamente en lo que se equivoca, Iákov Petróvich. Eso ya se llama librepensamiento, muy señor mío.

Por supuesto, es a estas palabras que reacciona Goliadkin.

Sigamos. En el capítulo XI Goliadkin, en la taberna, lee la carta de Klara Olsúfevna; al volver en sí sucede lo siguiente:

Nuestro héroe miró confusamente en torno suyo y advirtió que todos, decididamente todos lo estaban mirando con un aspecto siniestro y sospechoso. De pronto un militar retirado, con cuello rojo, pidió en voz alta *La gaceta policial*. El señor Goliadkin se estremeció y se sonrojó: sin querer bajó los ojos al suelo y vio que iba vestido de un modo indecente, con ropa que ni en su casa hubiera podido permitirse, ya no solo en un lugar público.

El texto nos induce a pensar aquí que el embarazo de Goliadkin se debe a su desaliño. Por otra parte, la mención del periódico *La gaceta policial* parece meramente accidental. La escena es muy distinta —y más densa simbólicamente— en la versión de 1846. En ella, la carta que Goliadkin lee en la taberna no es la de Klara Olsúfevna, sino la de Vajraméiev. En esta, el funcionario le reprocha a Goliadkin el trato que le dio a Karolina Ivánovna y le hace saber que

[...] su caso ya ha sido divulgado y es de público conocimiento; que nadie le dará alojamiento en ninguna parte; que ha perdido todo crédito y confianza; [...] que, por último, todas sus esperanzas y absurdas fantasías [...] quedarán por sí solas desbaratadas en cuanto se divulgue y haga pública su corrompida vida [...].

Inmediatamente, un militar retirado de alto rango (lo indica el detalle del cuello rojo de su uniforme) pide *La gaceta policial* y Goliadkin se estremece y sonroja. La frase que sigue y que explica su reacción es esta:

La carta de Vajraméiev y la divulgación oficial fulguraron en su mente.

Aquí lo que ocasiona el estupor de Goliadkin es el temor de ver su nombre publicado en un periódico oficial. *La gaceta policial* no es un simple detalle en la primera versión, pero sí se convierte en ello en la segunda, ya que Dostoievski se vio obligado a eliminar la frase con la referencia a la carta de Vajraméiev.

En ese mismo capítulo se produce un incidente inexplicable en la edición de 1866:

Quedó tan turbado que se vio obligado a hurgar en su bolsillo en búsqueda de su pañuelo, seguramente para hacer algo y no quedarse así sin más; pero, para indecible sorpresa suya y de los que lo rodeaban, en lugar del pañuelo sacó un frasquito con el medicamento que unos cuatro días antes le había recetado Krestían Ivánovich. «Los medicamentos en la misma farmacia», cruzó por la mente del señor Goliadkin... De pronto se estremeció y estuvo a punto de lanzar un grito de espanto. Una nueva luz emergía... El líquido negro, rojizo y repugnante brilló con un resplandor siniestro ante los ojos del señor Goliadkin... El frasquito se le cayó de las manos y ahí mismo se hizo añicos. Nuestro héroe lanzó un grito y saltó dos pasos hacia atrás ante el líquido derramado... le temblaban todos los miembros y el sudor le brotaba en las sienes y en la frente. «¡Quiere decir que mi vida está en peligro!».

¿Por qué Goliadkin recuerda las palabras de Krestían Ivánovich? ¿Por qué estuvo a punto de gritar de espanto? ¿Cuál es esa «nueva luz» que emerge en su caso? ¿Por qué siente su vida amenazada? No lo sabemos. Es una zona oscura en el texto. Sin embargo, todo es más claro en la edición de 1846. Allí, tras la frase «Una nueva luz emergía...» leemos:

En la etiqueta decía: «Farmacia \*\*\*, calle Serguiévskaja». Sin prestar atención a otra cosa, el señor Goliadkin tomó la carta de Vajraméiev y... ¡horror!... entre los que intercedían por Karolina Ivánovna se contaban, entre los demás, Krestían Ivánovich y el farmacéutico de la calle Serguiévskaja. En la carta se decía además que esa misma mañana el asunto había tomado un nuevo curso y que sus superiores ya habían sido prevenidos. Esa misma mañana también había desaparecido Petrushka y, finalmente, el señor Goliadkin había dormido hasta el mediodía. «¡Quizás sea veneno! Y por efecto del veneno dormí hasta el mediodía», surcó la cabeza del señor Goliadkin; agitó maquinalmente el medicamento e inspeccionó el frasquito a contraluz...

Y solo después el texto sigue con «El líquido negro, rojizo...». Es decir, la confabulación que entrevé Goliadkin deriva directamente de la carta de Vajraméiev que acaba de leer. En rigor, Dostoievski debería haber eliminado todo ese episodio en



la segunda edición, ya que no se corresponde con la lectura de la carta de Klara Olsúfevna.

Hay otros casos así en el texto. Nos detendremos en uno más, que acarrea sus dificultades porque habilita interpretaciones dispares. En la edición original, el doctor Krestián Ivánovich habla solamente en el capítulo II, y se expresa en un ruso correcto, aunque algo atravesado:

[...] lo que usted necesita es a mis prescripciones atenerse; ya le he explicado, ya le he explicado la vez pasada, que su tratamiento debe consistir en un cambio de costumbres... Diversiones, por ejemplo; bueno, vamos, a amigos y conocidos debe visitar, a la botella no escaparle [...] Lo que en general saber me interesa es si es usted gran aficionado a las alegres compañías, si pasa el tiempo de manera alegre.

Lo «alemán» se refleja en la sintaxis. En la segunda edición este rasgo se conserva en el capítulo II, pero en las palabras finales del doctor, en el capítulo XIII, leemos lo siguiente:

«Ustet segá alojado en un depagtamento del Eshtado, con leña, licht y criados, cosa que ustet no se merece».

Es decir, el doctor habla con acento muy marcado e introduciendo directamente palabras alemanas. ¿Cuál es el motivo de este cambio? Algunos críticos arriesgan la hipótesis de la existencia de dos Krestián Ivánovich<sup>[61]</sup>. Quizás la diferencia podría atribuirse a la percepción trastornada de la realidad de Goliadkin. Lo más seguro, nos parece, es que Dostoievski no prestó la debida atención al detalle. Esto forma parte de una discusión mayor, a saber: ¿cuáles pudieron ser los criterios que guiaron la revisión hecha por Dostoievski?

Hay quienes señalan motivos argumentales: descontento con tal o cual interpretación de la obra, Dostoievski habría intentado cargar las tintas en aquellos aspectos que a él le interesaba que quedaran claros. Así, algunos críticos ven en la revisión un intento de psicologizar el relato y darle tintes realistas; otros, por el contrario, piensan que el escritor quiso poner más de relieve su dimensión fantástica. Creemos que tanto unos como otros pierden de vista las condiciones en las que Dostoievski llevó adelante la nueva redacción. Muy apretado económicamente, el escritor se vio obligado a vender sus *Obras Completas* al editor F. T. Stellovski en un contrato leonino que le exigía, además, entregar una nueva novela antes del 1.º de noviembre (de 1866). Dostoievski venía trabajando desde enero en *Crimen y castigo*, y en otoño del mismo año dictó a toda prisa *El jugador* a la estenógrafa A. G. Snítkina —quien sería su futura esposa— para cumplir con el contrato. Para esa

misma época es que reelabora *El doble*, que finalmente sería publicado en la misma edición de *Obras Completas* junto con *El jugador*. Ese contexto, entendemos, arroja luz sobre el carácter de la revisión y su falta de cuidado. Dostoievski, en todo caso, tuvo en cuenta las críticas que acompañaron su publicación en 1846, en especial las de Belinski. Recordemos el «lamento» del crítico por que la obra no fuera un tercio más corta, y también las propias palabras del autor acerca de que «la primera mitad es mejor que la segunda». Eso fue lo que finalmente sucedió: la edición de 1866 es más corta y los cambios más sustanciales se dan en la segunda mitad.

De todo lo antedicho podemos concluir que la versión de *El doble* de 1866 difícilmente pueda ser considerada superadora o más acabada que la primera, como a menudo ocurre con las segundas ediciones. Nació hija de la necesidad y, más allá de algunos matices, no agrega nada esencial a la de 1846.

## INTERTEXTOS

Hemos hablado ya del campo literario en la San Petersburgo de los años 1830-1840 y de los modelos estéticos que están en la base de *El doble*: el romántico-hoffmaniano y el realista de la «escuela natural». Debemos destinar un apartado especial, ahora, a aquellos textos de los que Dostoievski abreva para su creación, con los que entra en directa o velada polémica, que parodia, invierte, complejiza. Dividiremos la exposición según los autores de esos textos. El orden de presentación no será casual: iremos «rodeando» a la obra en círculos concéntricos, desde el más alejado al más próximo.

### 1) Pushkin

Más arriba hemos mencionado el carácter fundante de *El jinete de bronce*, y lo hemos hecho apuntando a lo que más conoce la crítica occidental, es decir, la extensa narrativa sobre el «hombre pequeño» o el «pequeño funcionario» que se despliega a partir de ese texto. Pero *El jinete de bronce* constituye algo más: es una de las tres obras que introducen el motivo de la locura en la literatura rusa. En un mismo año — 1833— Pushkin escribe el poema *Dios me libre de perder la razón*, el relato *La dama de picas* y el poema narrativo *El jinete de bronce*; en estas creaciones, el autor se aparta del tratamiento típicamente romántico de la demencia y ahonda en sus dimensiones destructivas; en eso reside su novedad<sup>[62]</sup>. En el caso de *El jinete de bronce*, además, la locura se presenta en directa vinculación con la historia de San Petersburgo, con el orden social existente, con el poder y con la rebelión del simple ciudadano. Los ya citados *El doble, o mis veladas en Rusia menor* (1828), de Pogorelski, *La dicha de la locura* (1833), de N. A. Plevói, *Diario de un loco* (1835), de Gógol, y *La sílfide* (1837), de Odóievski (adviértase el detalle de los años), enfocan la demencia desde otra óptica, cuestión que aquí no desarrollaremos.

Dostoievski regresa a *El jinete de bronce* y lo toma como punto de referencia para caracterizar San Petersburgo y la locura del protagonista. En cuanto a lo primero, si el poema narrativo de Pushkin introducía un elemento de ambigüedad en el tratamiento de San Petersburgo —hasta entonces solo representada en sus aspectos positivos—, será con *El doble* que emergerá una ciudad sin resplandor, oscura, alejada del tema imperial y ajena a las ambiciones y aspiraciones de los zares. En efecto, en *El doble* son significativas las ausencias y las omisiones: no se menciona a Pedro el Grande ni la estatua ecuestre de Falconet; tampoco vemos el río Nevá ni el Palacio de Invierno, residencia del zar. Es decir, no vemos a San Petersburgo desde esa «fachada» que permitió crear toda una simbología urbana. Dostoievski elige calles periféricas y el río Fontanka, cuartos pequeños, lúgubres, oficinas estatales en penumbras, funcionarios de rango medio y bajo que pululan por pasillos, escaleras, tabernas. En

esa elección podemos leer una postura: el legado de Pedro el Grande, lejos de toda magnificencia, se reduce a la existencia de un aparato burocrático que parece vivir por sí solo, alimentado por funcionarios grises que no tienen más ambición que la de ascender en la escala jerárquica. Aquí no asistimos a todo el dramatismo del desesperado Evgueni enseñando el puño al zar, sino a la vida cotidiana y prosaica de un burócrata de baja categoría. En cuanto a lo segundo —la locura del protagonista—, Dostoievski la vacía de toda sagacidad: Evgueni alcanza a comprender, en su desesperación, quién es el causante de su infortunio, y ese rapto de lucidez será su condena; Goliadkin, por el contrario, nunca llegará a alzarse por encima de un vago presentimiento del desenlace final de sus aventuras. Aquí la locura ya ni siquiera es una vía para desafiar el poder. Evgueni es condenado, pero su demencia está revestida de grandeza; es el propio zar quien baja de su pedestal y lo persigue; Goliadkin, en cambio, será protocolarmente recluido en un manicomio. Afirma Gary Rosenshield en su brillante trabajo sobre Pushkin y la locura: «En *El doble* [...] Dostoievski despoetiza y desmitologiza a Pedro el Grande, su legado y a sus víctimas, vaciando su tema —en una kénosis negativa— de todo significado mitológico y sagrado<sup>[63]</sup>». La única salvedad que haríamos a esta aseveración es que, a nivel subtextual, sí subsisten elementos mitológicos, los cuales analizaremos en otro apartado.

Existen correspondencias entre las historias. El capítulo v de *El doble* contiene prácticamente una cita de la novela en verso de Pushkin; en esta leemos:

*Sobre la sombría Petrogrado  
Soplaba el gélido otoño de noviembre  
El Nevá, batiéndose en ruidosas olas  
Contra el canto del esbelto muelle,  
Se agitaba y sacudía cual enfermo en su lecho.  
Ya era tarde y estaba oscuro;  
La lluvia golpeaba furiosa contra los cristales  
Y el viento soplaba en tristes aullidos.  
En ese momento el joven Evgueni  
Regresaba a casa de una velada...*

Es en una noche semejante que Goliadkin camina por el Fontanka:

La noche era espantosa, una noche de noviembre, húmeda, nebulosa, lluviosa, nevosa, preñada de fluxiones, resfríos, fiebres, anginas, calenturas de todos los tipos y especies posibles, en una palabra, de todas las dádivas de un noviembre petersburgués. El viento aullaba en las calles desiertas, levantando las aguas negras del Fontanka por encima de las argollas de amarre y sacudiendo provocativamente los magros faroles del muelle, los cuales, a su vez, acompañaban su aullido con un chirrido agudo y penetrante,

conformando ese concierto infinito, chillón y tintineante tan conocido por los habitantes de Petersburgo.

El encuentro de Goliadkin con el doble remite al punto más crítico de la historia de Evgueni. Después de amenazar a la estatua ecuestre de Pedro, Evgueni:

*Se lanzó de repente  
A todo correr.*

Goliadkin, tras reconocer a su doble:

[...] de repente se lanzó a correr con todas sus fuerzas sin mirar atrás [...].

El funcionario ya no huye de una autoridad externa, sino de sí mismo. Acaso en semejante sustitución pueda verse una mayor complejidad psicológica: el hombre pequeño ha internalizado ya la instancia del castigo, que impediría la emergencia de cualquier actitud de rebeldía.

El contrapunto con *El jinete de bronce*, entonces, sirve de piedra basal a la segunda obra del joven escritor.

## 2) Hoffmann

Sabemos que Hoffmann fue una de las lecturas fundamentales del joven Dostoievski. Según cuenta en una carta a su hermano fechada el 9 de agosto de 1838, había leído «todo Hoffmann» en alemán y en ruso. Muchos elementos de *El doble* tienen su origen en obras del escritor alemán. Los subtítulos que acompañan a cada capítulo en la versión de 1846 bien pueden estar inspirados, ya hemos dicho, en varios de los cuentos en los que Hoffmann se vale de ese recurso. Otro procedimiento que resalta en la primera edición es la indefinición entre delirio y realidad; en el final, de hecho, no se indica que Goliadkin sea trasladado al manicomio. Algunos detalles son muy elocuentes. En el cuento *El pequeño Zaches, llamado Cinabrio* (1819) también encontramos el motivo de la impostura; Zaches, nombrado consejero secreto, es elogiado por el estilo y la letra de unos documentos escritos por otro funcionario; cuando este último aclara que fue él quien los escribió, es reñido por la autoridad; en ese mismo episodio, dicho funcionario es acusado de comer unas alondras asadas que en realidad no había probado, y que Zaches devoraba con apetito. Difícil no reconocer allí la escena en que Goliadkin menor roba los documentos al protagonista y se gana la gracia de sus superiores, así como el incidente en el restaurante con las empanadas. El momento previo a la aparición del doble, con Goliadkin apoyado

sobre la baranda del Fontanka y contemplando las negras aguas, presenta reminiscencias de una escena de *Opiniones del Gato Murr*, en la que el maestro de capilla Kreisler, tras contemplar las aguas de un lago desde un puente, se siente perseguido por su doble. También en *Los elixires del diablo* Medardo pelea con su doble, lo que en el caso de Goliadkin, por cierto, no pasa de un grotesco forcejeo arriba de un coche de punto. En *La elección de esposa* (1820), el secretario de cancillería Tumann se multiplica en un sinnúmero de secretarios de cancillería Tumann que bailan en torno suyo, en una visión que nos recuerda la pesadilla de Goliadkin. Klara, la hija de Olsufi, lleva el mismo nombre que la novia del protagonista de *El hombre de arena*. Hay otros detalles que, con mayor o menor rigurosidad, los críticos atribuyen a distintas obras de Hoffmann; creemos que los ejemplos citados son suficientes. Lo que nos importa es averiguar qué hizo el escritor con este material.

El estudio clásico de Charles E. Passage sobre la influencia de Hoffmann en Dostoievski denuncia desde su mismo título un sesgo interpretativo: *Dostoevski the adapter: a study in Dostoevski's use of the tales of Hoffmann* (1954)<sup>[64]</sup>. A nuestro entender, no corresponde hablar meramente de «adaptación». Si, como ya hemos señalado, Dostoievski, partiendo de *El jinete de Bronce*, despoetiza y desmitologiza el legado de Pedro, cabe afirmar otro tanto respecto al tratamiento romántico del doble. En rigor, a lo que asistimos en su segunda obra es a una *banalización* del motivo. Quien primero reparó en ello fue Víctor Shklovski: «El doble de Dostoievski es la variante más simple, triste y desesperanzada del doble. Los dos protagonistas no se distinguen en nada. Un funcionario desafortunado se imaginó a sí mismo tal como es, con las mismas metas, pero afortunado<sup>[65]</sup>». Es este uno de los rasgos que distinguen al doble dostoievskiano del hoffmanianno. El doble, por lo general, suele ser más interesante y enigmático que el protagonista, cosa que no sucede en el relato de Fiódor Mijáilovich; Goliadkin menor es simplemente un trepador, una persona sin escrúpulos que, por ende, se adapta mejor a su mundo. Tampoco observamos esa polaridad claramente expresada entre dos principios: bien y mal, terrenal y celestial, pasional y racional. La tensión creada no es de índole metafísico, sino social, entre un destino que le señala al pequeño funcionario su insignificante papel de «trapo» y la «ambición» y amor propio de este. «Es como si no hubiera doble, sino duplicación de la nulidad. Un mismo cliché impreso casi al lado: en un mismo lugar dos veces», agrega Shklovski<sup>[66]</sup>. Dostoievski, por tanto, apoyándose en los principios de la «escuela natural», toma como objeto de análisis la personalidad corriente de un consejero titular petersburgués y lo inscribe por entero en su medio cotidiano; la dimensión fantástica que introduce el doble le permite indagar en la psicología de su personaje, para abrir así «los secretos más arcanos del alma burocrática», como dice en sus cuadernos para la reelaboración del relato. Hay, empero, un eslabón entre Hoffman y Dostoievski.

### 3) Gógol

El gran interlocutor de Dostoievski en *El doble* es, sin duda alguna, Nikolái Vasílievich Gógol. Desde un primer momento los críticos advirtieron la semejanza, la relación, pero lo hicieron en términos negativos, como hemos visto anteriormente; solo detectaron imitación, copia, apropiación. Son varias las obras de Gógol que aparecen citadas, invertidas, resignificadas en *El doble: Almas muertas, El inspector, Diario de un loco, La nariz, El capote*, etc. Las referencias son tantas que nos obligan a clasificarlas<sup>[67]</sup>.

#### a) Onomásticas

Prácticamente todos los personajes de *El doble* llevan nombres gogolianos. El doctor Krestíán Ivánovich (Rutenspitz) recuerda al doctor alemán Jristián Ivánovich (Gibner) de *El inspector*. Karolina Ivánovna, también de origen alemán, es en *El capote* la amante de la «alta personalidad». El criado de Goliadkin, Petrushka, lleva el nombre del criado de Chíchikov en *Almas muertas*. Vajraméiev recuerda al mercader Vajrameikin de la comedia *Los jugadores* (1842) y a Vajraméi, a quien en *Almas muertas* Nozdriov confunde con Petrushka. En una carta de Jlestakov, de *El inspector*, se menciona al ordenanza Mijéiev. Los Bassabriúkov anunciados en *El doble* («un noble y buen apellido, originario de Ucrania», piensa Goliadkin) parecen salidos de *La noche de San Juan* (1830), donde Basavriuk, el diablo, es el doble del protagonista, Piotr.

Además, el recurso a conferir a los nombres y apellidos significados ocultos es de clara impronta gogoliana. En otro apartado analizaremos el nombre del protagonista. Indiquemos aquí que el apellido Rutenspitz es un anagrama: Spitzruten, que en ruso se pronuncia «shpitzruten», es la vara o baqueta que antiguamente se usaba para los castigos corporales. El apellido del doctor preanuncia así el destino de Goliadkin. También hay apellidos cuya sonoridad produce efectos cómicos, como el de la princesa Chevchejánova, inspirado seguramente en la señora Chejtariova de *La nariz*.

#### b) Argumentales

*El doble* se abre con una escena muy similar al comienzo del capítulo II de *La nariz*. En ambos casos, el protagonista se despierta con el deseo de mirarse al espejo para ver si todo está bien, si no hay algún granito sobre su rostro. Desde ese momento queda claro cuál es la obra de Gógol que más explota Dostoievski en *El doble*. Son innumerables las similitudes que podemos reconocer en ambos textos: la existencia de cartas más bien absurdas, las andanzas de Kovaliov y Goliadkin en las cafeterías —en donde se repiten detalles como espejos, periódicos, empanadas, niños que limpian e incluso consumiciones (taza de chocolate)—, las actitudes de ambos

protagonistas hacia sus dobles —la nariz y Goliadkin menor—, la caracterización física del doctor, etc. Más que llenar estas páginas de citas, creemos que es mejor invitar al lector a leer el relato de Gógol y comprobarlo por sí mismo. A. L. Bem, en su célebre trabajo *La nariz y El doble* (1936), plantea: «Supongo que *El doble* de Dostoievski surgió bajo el influjo directo del relato de Gógol *La nariz*, que cierto aspecto del contenido ideológico de esta obra de Gógol zahirió sensiblemente a Dostoievski y despertó una brusca réplica artística de su parte. Por su forma, cabe considerar dicha obra como una singular parodia con un contenido artístico e ideológico de distinta índole [...] Un mismo procedimiento literario sirve en Gógol y en Dostoievski a fines artísticos diferentes. Pero para nosotros tienen aún más relevancia aquellos pasajes de *La nariz* que insinúan la posibilidad de un ahondamiento de la trama en la que se basa. Y por ello, a nuestro entender, Dostoievski sintió precisamente en esos pasajes qué estupendo tema dejó pasar Gógol. Para él era orgánicamente inaceptable el enfoque gogoliano del tema de la nariz como ocurrencia chistosa para dar curso libre a la fantasía creadora [...] El hecho de la influencia aquí es indudable, pero no se trata de una influencia por atracción, sino por rechazo. Y en ese caso tenemos derecho a considerar *El doble* de Dostoievski como una singular réplica artística al relato de Gógol *La nariz*<sup>[68]</sup>».

Otro texto gogoliano que reconocemos en *El doble* es *Almas muertas*: el samovar que parece hablar, el andar de Chíchikov y de Goliadkin, la escena en la que ambos protagonistas son rechazados por los criados. Ya hemos mencionado el subtítulo que tenía la versión de 1846, que remitía en el acto a aquella obra. De *Diario de un loco* tenemos el motivo del funcionario que anhela casarse con la hija de su superior, quien prefiere a un joven en su lugar (ayudante de cámara Teplov; Vladímir Semiónovich), el rapto de lucidez de ambos protagonistas antes de ser trasladados al manicomio, la afición de ambos por la literatura popular de la época, que queda reflejada en sus incoherentes reflexiones (por ejemplo, la última frase de la obra de Gógol: «¿Saben ustedes que al bey de Argel le ha salido una verruga justo debajo de la nariz?», es evocada por Goliadkin: «El señor Goliadkin pasó a la más que interesante descripción de una barbería argelina sobre la que había leído en un libro, en la sección de misceláneas»). *El capote* parece inspirar los movimientos compulsivos de Goliadkin, su ensimismamiento cuando deambula por las calles de Petersburgo, el episodio en que Goliadkin menor le recuerda en tono conminatorio las relaciones jerárquicas («¿En presencia de quién se explica usted así? ¿Ante quién está? ¿En el despacho de quién se encuentra?»); hay una alusión más directa cuando Goliadkin es expulsado de casa de su Excelencia: «¡El capote, el capote, el capote, el capote de mi amigo!», grita mofándose Goliadkin menor.

Otro sello distintivo de los relatos de Gógol acerca de funcionarios es el motivo de la impostura, que, como ya hemos indicado, tiene mayor fuerza en la primera edición de *El doble*.



### c) Estilísticas

Metamorfosis e inversión son algunos de los rasgos más característicos de la narrativa gogoliana. Dostoievski se vale sobre todo del segundo recurso para dar una mayor complejidad psicológica a Goliadkin; acción e intención están desfasadas en él, y a cada momento el lector observa giros de ciento ochenta grados en sus determinaciones: decide regresar a casa e irrumpe en el baile, decide no ir al trabajo e inmediatamente se dirige allí, pide a Goliadkin menor que lea su carta al revés, etc. Esto, por cierto, quita algo de comicidad al efecto, pero nos permite entrever la dinámica espiritual del futuro «hombre del subsuelo».

El habla de Goliadkin también recuerda la de Akaki Akákievich en *El capote*: balbuceante, entrecortada, plena de interjecciones y anacolutos. Los instantes de autoafirmación del funcionario («¡Sí, así es! ¡Si miramos el asunto desde este ángulo, todo sucedió exactamente así! Ahora también queda del todo aclarada la aparición de ese miserable: todo está conectado [...] ¡Conque así era todo! ¡Conque así resultó ser! ¡Conque esa era la clave!») evocan a Poprîshin de *Diario de un loco* («Ahora todo está claro ante mí. Ahora todo lo veo como en la palma de la mano. En cambio antes, no lo comprendo, antes todo estaba ante mí como envuelto en la niebla»).

Frases enteras siguen muy de cerca las del narrador de *La nariz*, por ejemplo cuando ambos protagonistas se encuentran con sus dobles:

La nariz: «De pronto se quedó como clavado junto a la entrada de una casa; ante sus ojos ocurrió un fenómeno inexplicable: un carruaje se detuvo ante el portal, las portezuelas se abrieron, un señor de uniforme se encorvó, saltó a tierra y subió corriendo la escalinata. ¡Cuál no sería el horror y el asombro de Kovaliov cuando reconoció que se trataba de su propia nariz! Ante tan insólito espectáculo le pareció que todo daba vueltas a su alrededor: sentía que apenas podía mantenerse en pie, pero se decidió a aguardar a cualquier precio, todo temblando como si tuviera fiebre, a que volviera a subir al carruaje».

El doble: «Todos los presentimientos del señor Goliadkin quedaron plenamente confirmados. Todo lo que temía y adivinaba se había vuelto ahora realidad. La respiración se le cortó, la cabeza le dio vueltas. El desconocido estaba sentado allí ante él, en su propia cama, también con el capote y el sombrero puestos, esbozando una ligera sonrisa, y, con el ceño algo fruncido, le hizo un amistoso saludo con la cabeza. El señor Goliadkin quiso gritar, pero no pudo; protestar de algún modo, pero las fuerzas lo traicionaron. Se le erizó el cabello y, exánime de horror, se dejó caer. Y tenía motivos, por cierto. El señor Goliadkin había reconocido cabalmente a su amigo nocturno. Su amigo nocturno no era otro que él mismo, el propio señor Goliadkin, otro señor

Goliadkin, pero absolutamente igual a él, en suma, lo que se llama un doble en todo el sentido de la palabra...».

Como observa A. L. Bem, es significativo que en ninguna otra obra Dostoievski emplee la palabra *nariz* con la frecuencia con que lo hace en *El doble*<sup>[69]</sup>.

Los subtítulos de cada capítulo en la versión de 1846 se asemejan mucho a los del relato *De cómo se enemistaron Iván Ivánovich e Iván Nikíforovich* (1834); el empleo de la paralipsis y el registro lírico-cómico de la narración propios de esa obra también los reconocemos en el capítulo IV, en la descripción de la escena del baile («Si yo fuera poeta sin falta les pintaría con vivos colores y generoso pincel...»). La mirada de Goliadkin («lanzó una mirada terrible y desafiante [...], una mirada destinada a pulverizar en el acto a todos sus enemigos») parece salida de esas páginas («Lanzó a Iván Nikíforovich una mirada, ¡y qué mirada! Si esa mirada estuviera dotada de poder, habría pulverizado a Iván Nikíforovich»).

Por último, abundan en *El doble* cláusulas típicamente gogolianas:

Diario de un loco: «un vestido más parecido al aire que a un vestido».

El doble: «que en ese instante se asemejaba más a un consejero de Estado que a un registrador»; «todo en ese joven —más parecido a un anciano que a un joven [...]».

Para terminar, haremos propias las palabras de V. V. Vinográdov en su pormenorizado estudio sobre el estilo de la obra: «En *El doble* Dostoievski se valió de un recurso de composición de la trama característico de su poética, consistente en la transposición estilística de estructuras literarias conocidas (a menudo de una escuela artística recusada). Se obtiene así una singular ambigüedad en la semántica argumentativa, ya que en los nuevos procedimientos de composición parecen traslucirse las siluetas de las viejas formas, estrafalariamente modificadas. La realidad artística surgida en el tejido verbal de la obra parece apoyarse en un mundo literario recusado que se transparenta claramente en la nueva estructura argumentativa [...] La trama de *El doble* de Dostoievski se entiende en este nivel como una transformación naturalista de los ‘dobles’ románticos del hoffmannismo ruso<sup>[70]</sup>».

# SUBTEXTO

## Espacio y onomástica

El denso subtexto histórico y simbólico de *El doble* debe ser analizado por separado, ya que brinda valiosas claves de interpretación. Nos detendremos en dos dimensiones concretas: el espacio narrativo y la semántica del nombre propio del protagonista.

### 1) *San Petersburgo, de marco a coautor*

La referencia topográfica constituye un rasgo característico de la poética misma de las obras de Dostoievski. El lector pierde mucho si no conoce los lugares donde transcurre la acción de sus obras.

DMITRI SERGUÉIEVICH LIJACHIOV

Durante más de un siglo, y por curioso que parezca, los diferentes abordajes y estudios de la obra, tanto en Rusia como en Occidente, dejaron sistemáticamente de lado el espacio urbano en el que transcurren los hechos. A pesar de que Dostoievski es muy preciso a la hora de situar cada uno de los acontecimientos de la trama, San Petersburgo era tomada apenas como el marco de la acción. Corresponde a G. A. Fiódorov (1974) el mérito de indagar en la simbología urbana puesta en juego en *El doble*<sup>[71]</sup>. Creemos que esta línea de investigación abre perspectivas interesantes para toda aquella persona proclive a la lectura profunda. En lo siguiente, vamos a apoyarnos en sus trabajos.

Cuando examinábamos la relación intertextual entre *El jinete de bronce* y *El doble* mencionábamos ya que la San Petersburgo que emerge de las páginas del segundo relato es, por así decir, el «negativo» de la representación habitual de la ciudad. Veamos ahora más de cerca esta cuestión. La vida de Goliadkin gira en torno a dos grandes centros: el puente Izmáilovski, donde vive Berendéiev, y la calle Shestilávochnaia (hoy Maiakóvskogo), donde se halla su humilde cuarto. Entre ambos se extiende el río Fontanka. Surge la pregunta: ¿por qué precisamente ese es el lugar escogido por Dostoievski? Si de lo que se trataba era de ambientar la historia en lugares secundarios, periféricos, bien podía haber elegido otro. No obstante, el eje es puente Izmáilovski-calle Shestilávochnaia. ¿Cabe pensar que algo propio de ese

paisaje atrajo al escritor? Como el lector hispanohablante no está familiarizado con la geografía de San Petersburgo, creemos que el modo más gráfico de seguir adelante es recurriendo a un mapa de la ciudad tal como esta lucía a mediados del siglo XIX.



Mapa de San Petersburgo hacia 1845. Entre “A” y “B” hemos trazado el itinerario de Goliadkin.

Como puede verse, el río Fontanka, dada su situación espacial, constituía una suerte de «retaguardia» o «patio trasero» de aquella «fachada» tan ensalzada por poetas y admirada por extranjeros; era a la vez como un río Nevá en pequeñas proporciones, lo cual también será explotado por Dostoievski. Además, en aquel tiempo trazaba el límite de la ciudad (hoy está integrado en el centro histórico).

Provistos de nuestro mapa, acompañemos a Goliadkin en el camino que recorre aquella fatídica noche en la que encuentra a su doble (capítulo v).

En todas las torres de Petersburgo que marcan y dan las horas sonaron las doce de la noche cuando el señor Goliadkin, fuera de sí, corría en dirección al muelle del río Fontanka, cerca del puente Izmailovski, para ponerse a salvo de los enemigos [...].

Así, cual preámbulo, se abre la larga escena en la que el doble hará su fantástica aparición. Recordemos las palabras de Bajtún: «[Dostoievski —A. G.] siempre muestra al hombre en el *umbral* de una última decisión, en su momento de *crisis* y de cambio inconcluso —y *no predeterminado*— en su alma<sup>[72]</sup>». Y más adelante,

analizando la poética de *Crimen y castigo* y el papel fundamental de San Petersburgo en ella, especifica: «Umbral, vestíbulo, corredor, descanso de escalera, escalera, escalones, puertas abiertas a la escalera, portones y, fuera de esto, la ciudad: plazas, calles, fachadas, tabernas, antros, puentes, canales<sup>[73]</sup>».

Aquí el «umbral», la «intersección» es temporo-espacial. Advirtamos: *doce* de la noche. Goliadkin llega al muelle, a la *orilla* del río, cerca del *puente* Izmáilovski (en nuestro mapa, punto A). Comienza a caminar hacia el noreste, remontando la ribera derecha del Fontanka (cuyas aguas bajan desde el Nevá). Para llegar a su domicilio bordeará el Fontanka, lo cruzará en el puente Ánichkov, que es parte de la Avenida Nevski, seguirá por esta hasta la esquina de la calle (hoy avenida) Litéinaia, doblará a la izquierda y seguirá hasta la calle Italiánskaia (hoy Zhúkovskogo), girará a la derecha y llegará luego a su edificio sobre la calle Shestilávochnaia (punto B). Insistimos, es Dostoievski quien indica con detalle este recorrido. ¿Qué hay (había) en esta parte de la ciudad que tan bien se avenía a la intención artística del autor?

En los años 1760 comienzan a construirse en San Petersburgo puentes fijos y de piedra que venían a sustituir a los precarios puentes de madera —sobre pilotes y flotantes— con los que hasta entonces contaba la ciudad. En los años 1780 fueron construidos, a lo largo del Fontanka, siete puentes idénticos, con torres, cúpulas y pesadas cadenas que levantaban el tramo central (de madera) para que pasaran embarcaciones. En la historia y en las crónicas de San Petersburgo se habla de los «siete puentes *gemelos*». Eran (desde el Nevá): Simeónovski (hoy Belinski), Ánichkov, Chernishov (hoy Lomonósov), Semiónovski, Obújovski, Izmáilovski y Staro-Kalinkin. En la actualidad, solo dos de esos puentes conservan su aspecto original: Chernishov y Staro-Kalinkin (parcialmente).



Antiguo puente Simeónovski. Litografía de A. E. Martínov (aprox. 1820). Museo Ruso.



Antiguo puente Obújovski. Litografía de K. P. Beggrov (1823).  
Museo Ruso.

Goliadkin parte desde el puente Izmáilovski en dirección al río Nevá. En medio de esa noche tenebrosa y hostil sale a su paso, una y otra vez, la misma y sombría silueta de esos dos pares de columnas erigidas sobre las aguas: Obújovski, Semiónovski, Chernishov. Tres puentes gemelos que coinciden con las tres instancias de aparición del doble. Obújovski («le pareció que alguien, en ese mismo instante, estaba allí junto a él, a su lado, también acodado sobre la baranda del muelle»), Semiónovski («vio ante sí a un transeúnte que venía a su encuentro, quizás, al igual que él, también retrasado por algún motivo»), y diez minutos después, Chernishov («Otra vez ante él, a veinte pasos, emergió la negra silueta de un hombre que iba a su encuentro [...] el señor Goliadkin conocía cabalmente a ese hombre, sabía cómo se llamaba y cuál era su apellido»). ¿Casualidad? Difícilmente, tratándose de Dostoievski. Ninguna otra región de San Petersburgo se ajustaba tan bien al tema del relato. Decimos «se ajustaba», cuando en realidad es la misma ciudad la que desarrolla el tema<sup>[74]</sup>. Esto resultará aún más evidente si seguimos a Goliadkin en su derrotero.

[...] recobró algo sus sentidos y de repente se lanzó a correr con todas sus fuerzas sin mirar atrás [...] Al fin, el señor Goliadkin acertó un poquito el paso para cobrar aliento, miró de prisa en torno suyo y vio que, sin advertirlo, había recorrido ya todo su camino a lo largo del Fontanka, cruzado el puente Ánichkov, seguido una parte de la Nevski y ahora estaba en la esquina de la Litéinaia.

Hacia 1845, cuando Dostoievski escribe *El doble*, el puente Ánichkov, uno de los más emblemáticos de la ciudad, ya no lucía como sus otros seis «hermanos gemelos». La Avenida Nevski había debido ser ensanchada al ritmo del crecimiento urbano, y

en 1841 el puente fue reconstruido y rediseñado. Sin embargo, prolongaba a su modo —y de manera bastante elocuente— el tema de la duplicidad. Conviene repasar un poco la historia: hacia fines de 1832 y principios de 1833, el zar Nicolás I encarga al escultor Piotr Kárlovich Klodt la confección de dos grupos de esculturas para adornar el malecón del Almirantazgo, a orillas del Nevá. Los modelos propuestos por el escultor fueron aprobados, pero, hacia 1835, Nicolás I, que supervisaba el proyecto de decoración, decidió colocar jarrones en el lugar asignado a las estatuas. Klodt, al corriente del plan de reconstrucción del puente Ánichkov, sugirió entonces la idea de instalar las esculturas en el puente, sobre pedestales. La idea halló buena acogida en el zar y, el 20 de noviembre de 1841, el puente con las esculturas de Klodt fue solemnemente inaugurado (en enero de 1842 se abrió a la circulación). El evento gozó de una enorme trascendencia. Un testigo escribió: «El nuevo puente Ánichkov deja maravillados a todos los habitantes de Petersburgo. La gente se reúne en multitudes para admirar la asombrosa proporción de todas las partes del puente y los caballos, los cuales, nos atrevemos a decir, son únicos en el mundo [...] Ninguna otra obra de San Petersburgo ha causado tanta impresión en los habitantes de la ciudad como el puente Ánichkov». Tengamos presente este impacto y la centralidad que ocupaba este prodigio arquitectónico en las representaciones colectivas de los petersburgueses de la época. El nuevo puente lucía suntuoso, los pilares y los arcos estaban revestidos en granito, las barandas eran de hierro colado y estaban ornamentadas con *pares alternados* de caballos marinos y rusalkas (sirenas de la tradición eslava).

Ahora bien, ¿cuáles eran esas esculturas sobre el puente? Los Dioscuros. Sendas estatuas de Cástor y Pólux se erguían sobre las aguas del Fontanka en su representación habitual, domando caballos. Recordará el lector quiénes eran los Dioscuros en la mitología griega: hijos *gemelos* de Zeus (según sea la versión) y de Leda, hermanos de Helena de Troya y Clitemnestra; en latín eran conocidos como Gemini. El tema, repetimos, lo brinda la misma ciudad. Pero hay más. Las dos estatuas en bronce de Cástor y Pólux fueron colocadas sobre la derecha del puente (desde el Nevá), y sendas *copias* de las mismas (en yeso) fueron instaladas sobre la izquierda. Desde 1841 hasta 1844 esos dos pares de esculturas (originales y copias) permanecieron sobre el puente. Su disposición era cruzada: las estatuas iguales estaban en diagonal. Entre 1844 y 1846 convivieron, finalmente, cuatro esculturas en bronce, hasta que Nicolás I decidió enviar un par de regalo a Fernando I de las dos Sicilias. Entre 1846 y 1850, otra vez, un par de esculturas en yeso aguardaba la fundición de un nuevo par en bronce, pero eso ya no sucedió. Klodt decidió componer un único tema con cuatro esculturas y, en lugar de dos copias de las precedentes, continuó el motivo de la doma de caballos con dos estatuas diferentes. Así es como luce el puente Ánichkov hasta nuestros días.



Puente Ánichkov en 1847 (las esculturas de los Dioscuros del lado derecho reproducen en diagonal las del lado izquierdo).  
Litografía de L. Bonshtedt. Museo Hermitage.

Y bien, justamente ese puente es el que atraviesa en su carrera el señor Goliadkin. Tres puentes gemelos ya quedaron atrás, tres veces ya apareció su doble. Ahora Goliadkin pasa junto a los gemelos Dioscuros, toma la calle Litéinaia y pronto verá a su sosías... pero antes Dostoievski introduce un detalle:

Un perrito extraviado, todo mojado y transido de frío, se pegó al señor Goliadkin y empezó a correr junto a él, de costado, apurado, con el rabo y las orejas bajas, echándole de tanto en tanto una mirada tímida y despierta. Una idea lejana, ya largo tiempo olvidada —el recuerdo de una circunstancia ocurrida antaño—, acudió ahora a su mente, golpeaba como con un martillito su cabeza, lo disgustaba y no lo dejaba en paz. «¡Ay, qué perrito detestable!» —murmuró el señor Goliadkin, sin comprender él mismo lo que decía.

A primera vista, en una lectura rápida, este episodio puede pasar desapercibido. No parece guardar, en principio, relación alguna con la situación presente de Goliadkin. ¿Cuál puede ser esa «idea largo tiempo olvidada»? ¿Y por qué disgusta tanto a Goliadkin, que termina maldiciendo al animal? Dostoievski aquí está explotando al máximo los tópicos literarios vinculados a la duplicidad humana, al tratamiento fantástico del doble. Momentos antes de volver a encontrar a su desconocido (que ahora caminará en su mismo sentido, hacia su casa) aparece un perro. La literatura tiene un antecedente de ello, muy bien conocido por Dostoievski: Fausto, de Goethe. La escena en cuestión es la de la aparición de Mefistófeles, nada menos.

FAUSTO: ¿Ves aquel perro negro que anda vagando por entre los trigos y



rastros?

WAGNER: Mucho rato ha que le veía, y no me ha parecido que tenga importancia alguna.

FAUSTO: Obsérvalo bien. ¿Por quién tomas a ese animal?

WAGNER: Por un perro de aguas que, a su manera, se empeña con porfía en seguir las huellas de su amo.

FAUSTO: ¿Adviertes cómo, describiendo anchas espirales, corre en derredor nuestro y cada vez más cerca? Y, si no me engaño, deja a su paso, a modo de torbellino, un rastro de fuego.

WAGNER: No veo sino un perro de aguas negro. Eso bien podría ser una ilusión de vuestros ojos.

FAUSTO: Paréceme que tiende sutiles lazos mágicos alrededor de nuestros pies, para formar luego una atadura.

WAGNER: Véole inseguro y temeroso saltar en torno nuestro porque, en lugar de su amo, ve dos desconocidos.

FAUSTO: El círculo se va estrechando; ya está cerca.

WAGNER: Bien ves que aquello es un perro y no un fantasma [...]<sup>[75]</sup>.

Como sabemos, en *Fausto* ese perro negro es el demonio. El doble de Goliadkin traza los mismos movimientos circulares; primero se anuncia como una voz, luego sale dos veces a su encuentro, ahora caminará junto con Goliadkin<sup>[76]</sup>. Toda la atmósfera del capítulo v es fantástica: intemperie, tinieblas, puentes gemelos, esculturas gemelas, figuras mitológicas, fuerzas ajenas y hostiles, reminiscencias literarias, evocaciones demoníacas. Pero acompañemos a Goliadkin más allá.

Por fin vio a su desconocido en la esquina de la calle Italiánskaia. Solo que ahora el desconocido ya no caminaba a su encuentro, sino en el mismo sentido, y corría, también, varios pasos delante de él.

El itinerario del protagonista sigue siendo descrito pormenorizadamente. Calle Litéinaia e Italiánskaia. Esa esquina. No otra. Hay allí un hospital, el Mariinski, que hoy sigue funcionando, y que ya entonces ocupaba media manzana. Nada habría de extraño en él, si no fuera por la existencia de otro hospital Mariinski, en Moscú, construido al mismo tiempo y bajo los mismos planos del arquitecto italiano Giacomo Quarenghi. Ambos hospitales *gemelos* fueron inaugurados con apenas un año de diferencia, 1805 y 1806 respectivamente. Fueron los dos primeros hospitales para pobres, gratuitos, en la historia de Rusia. Dostoievski, evidentemente, apela a su experiencia vital, a su propia biografía. En la esquina de Litéinaia e Italiánskaia se encuentra el ala izquierda del hospital. En la misma ala izquierda, pero del Mariinski de Moscú, ocupaba un departamento el médico Mijaíl Andréievich Dostoievski,

padre de Fiódor Mijáilovich; el escritor nació en 1821 en el ala derecha y vivió en la izquierda<sup>[77]</sup>, con su familia, hasta 1837, cuando se trasladó a San Petersburgo.

Es en esa esquina donde Dostoievski quiere que Goliadkin vuelva a toparse con su doble. Si la ciudad puede pensarse como texto —idea motriz de los estudios culturales de Georg Simmel y Walter Benjamin—, entonces hay que concluir que Dostoievski era un lector privilegiado.

Mencionamos antes que el río Fontanka constituía el límite de San Petersburgo. Goliadkin lo recorre desde el puente Izmáilovski hasta el puente Ánichkov. En ese entonces, la toponimia añadía una carga simbólica al carácter fronterizo de la zona. Desde la fundación de San Petersburgo, el territorio que se extendía sobre la margen derecha del Fontanka era llamado «Petersbúrgskaia storoná» («lado de Petersburgo»), mientras que el territorio que se abría sobre la margen izquierda era conocido como «Moskóvskaia storoná» («lado de Moscú»). De esta parte, San Petersburgo; de la otra, Moscú. Seis puentes gemelos las unen, y el puente más céntrico de la ciudad despliega el motivo de los Dioscuros. ¿Había mejor lugar para escribir sobre el doble? ¿Cabe, en un caso así, hablar de la ciudad meramente como marco de la acción? ¿O, reintegrándole toda su dignidad, hay que considerarla «coautora» de la obra? Creemos que la respuesta a estas preguntas emerge de las páginas precedentes.

## 2) Onomástica

Un recurso característico en la literatura rusa es asignar a los personajes nombres, y sobre todo apellidos, cargados semánticamente. Desde luego, no todo escritor ni toda obra se valen de dicho recurso, pero su uso está muy extendido en las creaciones literarias. Hasta donde sabemos, la lengua española aún no tiene, como la inglesa o la rusa, una palabra afianzada para referirse a este fenómeno. En inglés existe *characteronym* cuando el personaje es literario, y *apronym* cuando la persona es real. Permitámonos entonces valernos de una versión castellanizada del concepto: *caractónimo*.

Si ya en las representaciones populares rusas podían encontrarse *caractónimos*, es a partir de mediados del siglo XVIII, con dramaturgos como V. I. Lukin y D. I. Fonvizin, que el recurso entra de lleno en la literatura. Desde entonces, fue utilizado inagotablemente por autores de la talla de Pushkin, Griboiédov y A. N. Ostrovski, entre otros. Cabría a Gógol extender y popularizar su uso en la prosa. En el caso de Dostoievski, el procedimiento de atribuir *caractónimos* a sus personajes atravesará toda su obra.

Los *caractónimos* pueden denotar los rasgos psicológicos o físicos de un personaje, su actitud hacia los demás, su posición social, su destino, o también la relación del autor con él (paródica, irónica, evocativa, etc.). Este tratamiento de los nombres propios permite al escritor cifrar en la onomástica de sus personajes

significados más o menos transparentes, más o menos ocultos<sup>[78]</sup>.

Veamos qué sucede en *El doble*, porque, otra vez, mediante el análisis de esta dimensión accederemos a niveles más hondos del texto, a las representaciones que este moviliza y que, a su vez, lo alimentan.

El protagonista se llama *Iákov Petróvich Goliadkin*. Desandemos ese nombre.

*Iákov*. *Iákov* es la forma rusa del nombre bíblico-hebreo Ya'akov, que en castellano conocemos como Jacob. Acaso el lector no esté familiarizado con el relato bíblico sobre Jacob en el libro del Génesis; lo resumiremos sucintamente.

Hijo de Isaac y de Rebeca, Jacob es el *hermano gemelo* de Esaú. Su nombre encierra la palabra «talón», ya que, siendo el menor de los dos gemelos, nació agarrándose del talón del primero. La raíz hebrea que da origen al nombre Ya'akov adquiere en otros pasajes bíblicos el sentido de «retaguardia», «huella», «iniquidad», y forma adjetivos como «insidioso», «falso», «engañoso». Lo habitual, más allá de la etimología, es atribuir a Jacob el papel de suplantador, pícaro, «quien toma la delantera», «quien deja atrás». Jacob lucha con Esaú ya en el seno materno, provocando la desazón de Rebeca. Yahvé, ante la consulta de esta, contesta: «Dos pueblos hay en tu vientre, dos naciones que, al salir de tus entrañas, se dividirán. La una oprimirá a la otra; el mayor servirá al menor» (25:21). Jacob justifica reiteradas veces este designio: compra la primogenitura a Esaú por un plato de lentejas; luego, con ayuda de la madre, se hace pasar por Esaú para recibir la bendición paterna, y en general recurre a diferentes tretas y astucias a lo largo de su vida. Dostoievski era un gran conocedor de la Biblia, una de sus lecturas infantiles, por lo que es imposible atribuir a la casualidad el nombre de pila de Goliadkin. Además, *Iákov* era y es un nombre muy poco frecuente en Rusia. Así, dos pares de gemelos mitológicos subyacen al relato: Cástor y Pólux, por un lado, Jacob y Esaú, por el otro.

*Petróvich*. En ruso, el segundo nombre de una persona es el patronímico. En el presente caso, *Petróvich* señala la filiación: «hijo de Piotr» (la forma femenina sería *Petrovna*). ¿Quién es ese Piotr que ha engendrado a ambos Goliadkin? La historia transcurre en San Petersburgo y, como ya hemos visto, se asienta —aunque críticamente— en los tópicos y en las representaciones literarias de la ciudad de Pedro. Goliadkin es hijo directo del proyecto de Pedro el Grande, de las dos capitales, de la Tabla de rangos, de un sistema burocrático impuesto desde arriba, de una ciudad sin organicidad alguna con la historia y el desarrollo espiritual rusos<sup>[79]</sup>. El patronímico *Petróvich* sitúa en el tiempo y en el espacio a su personaje.

*Goliadkin*. Este es un buen ejemplo de cómo pueden funcionar los caractónimos en un plano conciente, por un lado, y cómo servir al escritor para componer la obra, por el otro. En ruso, el apellido Goliadkin dispara una serie de asociaciones con palabras referidas a la pobreza, la indigencia, el desamparo, la desnudez, (*gol*, *goli*, *golish*, *golitbá*). El propio Goliadkin se hace reproches a sí mismo con su apellido:

«[...] ¡Eres un badulaque, un Goliadka cualquiera, tu apellido ya lo dice!...».

El narrador, con férrea consecuencia, llama al protagonista «señor Goliadkin». Eso sirve a los fines grotescos del relato, toda vez que, en ruso, no es habitual hablar de una persona llamándola exclusivamente por su apellido, y más aún anteponiendo la palabra «señor»; eso es algo en extremo formal y señala un trato distante. Puede verse en ello, también, un contraste que va al fondo de la problemática del personaje: un hombre pequeño, un don nadie, un mero engranaje del sistema pretende ser valorado por su nobleza, honestidad y rectitud; el narrador parece tomar nota de ello en clave irónica. Esto es lo que se ofrece a la percepción del lector.

Ahora bien, si tenemos en cuenta la raíz *goliad*, podremos ver de dónde abreva Dostoievski para estructurar el relato. Recordemos que los sucesos de *El doble* se desenvuelven entre dos polos, el departamento de Goliadkin en la calle Shestilávochnaia y el edificio situado junto al puente Izmáilovski, donde tiene su departamento Olsufi Ivánovich Berendéiev. Goliadkin es expulsado dos veces de la casa de Berendéiev, es allí donde sufre el oprobio, y es desde allí donde lo trasladan al manicomio; antes de eso, allí se había decidido negarle el ascenso y él había armado un escándalo. La tensión está cifrada en los términos Goliadkin-Berendéiev... muy similares a los nombres de dos pueblos que habitaron el suelo ruso y que aparecen registrados en *Historia del Estado ruso*, de Nikolái Karamzín, los *goliadi* y los *berendéi*<sup>[80]</sup>. Los *goliadi* eran una tribu proveniente del Báltico que se instaló en las inmediaciones de la actual Moscú hacia los siglos XI-XII, mientras que los *berendéi* eran una tribu túrquica, seminómada, que habitó las estepas rusas entre los siglos XI-XIII. Los *goliadi* provenían del oeste, los *berendéi* eran orientales<sup>[81]</sup>. Entre las distintas leyendas acerca de la fundación de Moscú, existe una según la cual el pueblo de Kuchkovo, futura Moscú, se encontraba entre las aldeas Goliadinka y Berendéievo, habitadas por sendos pueblos<sup>[82]</sup>. Este y oeste como polos en la constitución misma de Rusia. La raíz asiática de Berendéiev queda señalada, además, en su nombre de pila, Olsufi. Como vemos, Dostoievski explota a fondo el tema de la duplicidad, de la rivalidad, hurgando en el acervo folklórico y cultural de su nación. Este plano, si bien no es inmediatamente perceptible por el lector, sí nos permite echar luz sobre la concepción misma de la obra, sobre el enfoque del autor y sobre la problemática que este intenta recrear artísticamente.

## EL MOSAICO DE LA CRÍTICA

Sería titánica la tarea de pasar revista a todas y cada una de las interpretaciones de *El doble*, más aún si quisiéramos dar cuenta de ellas en sus más finos matices<sup>[83]</sup>. Por suerte, y como suele suceder, las diferentes lecturas de la obra se entroncan en abordajes relativamente fáciles de categorizar. Ese será nuestro objetivo en las siguientes páginas: presentarle al lector la historia de la crítica de *El doble* en Rusia, en primer lugar, y en Occidente, en segundo.

### **Rusia: negación, cuestionamiento, revalorización. (O de la lectura rápida a la lenta)**

Podemos reconocer varias etapas en la recepción de *El doble* en su país de origen.

#### 1) *La crítica de los contemporáneos*

Ya hemos expuesto cómo fue recibida la obra apenas salió a la luz. Vimos que, en general, fue tomada como una copia anacrónica y devaluada de Gógol<sup>[84]</sup>, como un relato de naturaleza patológica y poco artística. No obstante, ya en esos años hubo voces que entrevieron algo más. El propio Belinski, quien criticó su extensión y «colorido romántico», no escatimó por ello elogios al joven autor, le auguró un futuro promisorio y subrayó la audacia y maestría de su concepción; a la vez, indicaba el carácter social del relato (recordemos sus palabras: «El protagonista de la novela —el señor Goliadkin— es una de esas personas susceptibles, locas de *amor propio*, que tan a menudo se encuentran en los sectores bajos y medios de nuestra sociedad [...] Si uno mira con más atención en torno suyo, ¡cuántos señores Goliadkin verá, pobres y ricos, tontos e inteligentes!»). Acaso el análisis más lucido en esos años provino de la pluma de V. N. Máikov; en *Algo sobre la literatura rusa en 1846*, el joven crítico sostenía: «*El doble* despliega ante uno la anatomía de un alma que sucumbe por la conciencia de la disparidad de los intereses particulares en una sociedad bien organizada [...] Recuerden a ese pobre Goliadkin, lleno de un patológico amor propio [...] y pregúntense si no tienen ustedes mismos algo goliadkinesco, algo que ninguno desea reconocer, pero que se explica enteramente por la excepcional armonía que

reina en la sociedad humana<sup>[85]</sup>». Son estas palabras —no carentes de ironía— que hacen de Goliadkin un tipo social y no un demente solitario. En el mismo artículo, incluso, Máikov negaba una supuesta imitación de Gógol por parte de Dostoievski y analizaba con gran sagacidad la relación entre ambos: «Gógol es un poeta preponderantemente social, mientras que Dostoievski es preponderantemente psicológico. Para uno el individuo importa en tanto representante de cierta sociedad o de cierto círculo; para el otro la misma sociedad es interesante por su influencia sobre la personalidad del individuo<sup>[86]</sup>». Esto último, creemos, va al corazón de la idea artística de *El doble*. Pero no nos adelantemos. Máikov también apuntaba: «En esta obra [Dostoievski —A. G.] caló tan hondo en el alma humana, escrutó con tanta intrepidez y pasión los arcanos meandros de los sentimientos, pensamientos y actos humanos, que la impresión producida por la lectura de *El doble* puede ser comparada solo con la de un hombre curioso que penetra en la composición química de la materia. Es extraño: al parecer, ¿qué puede ser más positivo que una mirada química sobre la realidad? Y sin embargo, el cuadro del mundo que abre esta mirada siempre se le presenta al hombre como envuelto en una luz mística<sup>[87]</sup>». Lo novedoso de esta mirada que introducía Dostoievski, en la que el objeto de representación no era la realidad, sino su refracción en la mente de un personaje característico de la San Petersburgo de los años 1840, sería la causa principal de la incompreensión de la obra por sus contemporáneos. Como veremos, la lectura de Máikov también cayó en el olvido por más de cien años.

El otro contemporáneo cuya interpretación marcó una época en la recepción de la obra fue N. A. Dobroliúbov. En su artículo *Gente oprimida* (1861) el crítico, motivado por la publicación de las *Obras Completas* de Dostoievski, regresaba al primer período creativo del escritor. A pesar de que, como hemos señalado, *El doble* no formó parte de esa edición, Dobroliúbov le dedicó buena parte de sus reflexiones. ¿Qué es lo esencial de su análisis? La lectura humanista y social del relato. Según él, Goliadkin es una persona oprimida por un sistema social injusto, rígido y despótico, un ser insignificante que, ante la imposibilidad de protestar, pierde la razón; lo que observamos en Goliadkin es «el desdoblamiento de un hombre débil, apocado y sin instrucción entre una vacilante rectitud de acción y una tendencia platónica por la intriga, desdoblamiento bajo cuyo peso se quebranta finalmente el juicio del desdichado<sup>[88]</sup>». De este modo, Goliadkin menor es una proyección —creada por la imaginación de Goliadkin mayor— de aquellos rasgos de personalidad que asegurarían al protagonista éxito en su medio social, pero de los que él concientemente reniega. Dostoievski, por tanto, inclina su simpatía por el pobre funcionario, ya que su demencia desenmascara la injusticia del orden social vigente. Lo fantástico del relato se funde así con la dimensión psicopatológica, quedando a la sombra de esta. Esta interpretación fue universalmente aceptada, y ello a pesar de que el propio autor la planteaba meramente como hipótesis y haciendo reservas: «No sé si comprendo bien la idea principal de *El doble*; hasta donde sé, nadie de los que

intentaron esclarecerla quiso ir más allá de que ‘el protagonista de la novela es un loco’. Pero me parece que [...] lo más natural es la explicación que yo propongo, que acudió por sí sola a mi mente mientras hojeaba el relato (confieso que no pude acabar con él<sup>[89]</sup>)». Por más de cien años, nadie salió al cruce de esta lectura, y puede decirse que aún hoy subyace a la mayoría de los análisis.

En vida del autor la crítica ya no se ocupó de *El doble*. Solo mencionaremos que en 1882 N. K. Mijáilovski publicó su artículo *Un talento cruel*, que mucho contribuyó en la conformación del mito acerca de Dostoievski como un ser atormentado, oscuro, despiadado. En él, Mijáilovski tomaba cierta distancia de la lectura de Dobroliúbov y señalaba algo que, en el futuro, sería objeto de discusión: «Si Dobroliúbov hubiera tenido paciencia no para hojear, sino para leer *El doble*, entonces, desde luego, habría renunciado a su explicación. Sucede que Goliadkin N.º 2, el ‘doble’, no es solo fruto de la perturbada imaginación de Goliadkin N.º 1. Si eso fuera así, la explicación de Dobroliúbov no solo sería inteligente, sino también cierta o por lo menos probable; nos las veríamos solo con un tipo singular y extraordinariamente interesante de alienación. Pero Goliadkin N.º 2 no es solo una alucinación, sino un personaje real del relato. Por cierto, la alucinación y el personaje real se trenzan y se destrenzan a lo largo de la obra, de modo que por momentos resulta incluso imposible saber quién está ante uno, si un hombre vivo de carne y hueso o solo la creación de la fantasía de un hombre enfermo<sup>[90]</sup>». Por su parte, V. F. Chiz publicó en 1885 el tratado *Dostoievski como psicopatólogo*, inaugurando de ese modo los estudios no literarios, sino psicológicos, de la obra de Dostoievski.

## 2) La crítica formal de los años 1920

La segunda «oleada» en los estudios sobre *El doble* tuvo lugar entre los años 1921 y 1939; en ese período se publicaron una miríada de trabajos concernientes al estilo, la estructura, la composición de la obra (Tiniánov, 1921; Vinográdov, 1922; Tseitlin, 1923; Bajtín, 1929; Chizhevski, 1929; Bem, 1936); otros compararon las ediciones de 1846 y 1866 (Avanésov, 1927; Chulkov, 1939); y N. I. Osípov (1929) seguiría las exploraciones psiquiátricas, ahora apoyándose en el hoy clásico estudio de Otto Rank sobre el doble (1914)<sup>[91]</sup>. Los investigadores de esos años (hemos mencionado solo los principales) hicieron una enorme contribución en la comprensión del texto, pusieron de manifiesto su gran complejidad, detectaron influencias, socavaron la lectura simplista de los contemporáneos y, con la ventaja del tiempo, pudieron ver y establecer relaciones con las obras posteriores del escritor.

Bajtín analiza el habla de Goliadkin, compuesta, según él, por tres voces («yo para mí», «yo para otro», «voz ajena que no reconoce la voz de Goliadkin») y llega a la conclusión de que a lo que asistimos en *El doble* es a la dramatización de la autoconciencia del personaje: «La novela narra cómo Goliadkin quiso arreglárselas

sin la conciencia ajena, sin el reconocimiento del otro, cómo quiso evitar al otro y autoafirmarse solo, y qué resultó de ello. Dostoievski concibió *El doble* como una confesión (no en sentido personal, desde luego), es decir, como representación de un acontecimiento que se produce dentro de los límites de una autoconciencia. *El doble* es la *primera confesión dramatizada* en la obra de Dostoievski<sup>[92]</sup>». También sostiene que la voz del narrador tiende a fundirse con la segunda voz de Goliadkin, lo que crea la sensación de que la narración está dialógicamente dirigida al propio protagonista; este la escucha como la voz de su doble, aunque formalmente el relato esté dirigido al lector<sup>[93]</sup>. El doble, por tanto, es una instancia de la conciencia de Goliadkin convencional y artísticamente materializada.

Chizhevski, por su parte, en uno de los trabajos más agudos sobre *El doble*, afirma que «el estilo artístico de Dostoievski está estructurado sobre la interpenetración de elementos ‘naturalistas’ e irreales [...] Dostoievski constantemente subraya, desde las primeras páginas de *El doble*, que si el extraño hecho de la aparición de Iákov Petróvich Goliadkin bien puede ser explicado en un plano real —existencia de un auténtico Goliadkin menor—, el *sentido* de ese hecho reside exclusivamente en la singular ‘situación’ psíquica de Goliadkin mayor [...] Así pues, el doble del señor Goliadkin, sea cual fuere su realidad física, corresponde a una necesidad psíquica, surge, emerge de las entrañas del alma del protagonista. Y aunque desde el punto de vista de la psicopatología pueda revelarse la necesidad causal de dicho surgimiento, para nosotros lo esencial es que la ‘situación psíquica’ del señor Goliadkin delineada por Dostoievski al principio del relato conduce inevitablemente al final trágico de este<sup>[94]</sup>». Según el autor, lo fundamental no se juega en el comportamiento de Goliadkin menor, sino en los sufrimientos y la autoconciencia de Goliadkin mayor. El miedo a perder el «lugar» manifiesta el carácter ilusorio de todo «lugar social» en una sociedad como la de Nicolás I. De ahí Chizhevski pasa a su hipótesis central: «La *realidad* de la persona humana no viene determinada por su mera *existencia* en el plano empírico del ser, sino que exige otras condiciones y premisas (extraempíricas<sup>[95]</sup>)». Luego su análisis sale del terreno propiamente literario y ahonda en las raíces ético-ontológicas del sujeto moderno.

Hemos escogido estos dos análisis porque, además de su valor intrínseco, ilustran muy bien el abordaje de aquellos años (los dos se publicaron en 1929). La preocupación por la forma, la estructura, el estilo, y sobre todo por los modos de percepción y autopercepción, conciencia y autoconciencia, pagaba tributo al neokantismo imperante en el primer cuarto de siglo (no es casual que ambos autores citen a Simmel en sus trabajos). No obstante, estos enfoques, a pesar de su novedad, audacia y profundidad, arrojan poca luz sobre el plano argumental del relato. Si, como sostiene Bajtín, Goliadkin menor solo existe en la conciencia de Goliadkin mayor, ¿cómo se explica que Goliadkin menor *interactúe* con los otros personajes? Chizhevski, como hemos visto, deja abierta la duda respecto a la existencia de Goliadkin menor. Señalamos esto porque el estatuto ontológico del doble será uno de



los grandes enigmas y desafíos que enfrentará la crítica.

### 3) *La crítica marxista vulgar*

Sabido es que Dostoievski cayó en desgracia durante los años de la Unión Soviética. Durante décadas, por caso, fue difícil encontrar en las bibliotecas y librerías ejemplares de *Demonios*, obra considerada antirrevolucionaria por el Kremlin. En lo que toca a *El doble*, la lectura «oficial» la veía como un paso atrás respecto al primer trabajo de Dostoievski, *Pobres gentes*. Así lo leemos en la Gran Enciclopedia Soviética (1952): «[...] ya en su segundo relato se deja ver el apartamiento de Dostoievski de la tendencia social y humanista de *Pobres gentes*, de los principios democráticos de Gógol y Belinski. Afirmando la idea reaccionaria y pesimista de una supuesta y eviterna dualidad de la naturaleza humana, el escritor procura demostrar que en el hombre, junto a impulsos morales positivos, existirá necesariamente un principio egoísta y malvado. Esa concepción reaccionaria fue desarrollada posteriormente en las novelas de Dostoievski. *El doble*, que recibió una valoración negativa de Belinski, condujo a una ruptura ideológica entre él y Dostoievski<sup>[96]</sup>». Era esta una lectura tendenciosa y, sobre todo, falsa. Dejemos de lado la tendenciosidad. ¿De dónde sacaban los redactores de la enciclopedia que Belinski había hecho una valoración negativa del relato? Hemos visto ya que en modo alguno fue así. Como sea, este enfoque fue por años incuestionado. Investigadores como V. I. Kirpotin (1947), V. V. Ermílov (1956), V. I. Kuleshov (1959), M. S. Gus (1962), entre otros, continuaron —a veces matizando, otras reforzando— esta línea. Poco agregan estos trabajos a lo que ya había sido escrito. *El doble* es en ellos la historia de una locura, un relato sombrío sobre un funcionario escindido entre dos principios ahistóricos (bien y mal) que estarían presentes en todo ser humano; el sentido antropológico del relato es antihumanista y está en relación con el pensamiento reaccionario y escéptico del Dostoievski maduro.

En este contexto marcan una disonancia las palabras de K. V. Mochulski provenientes de París, que apuntan a la raíz social del drama de Goliadkin: «El consejero titular Iákov Petróvich Goliadkin es un engendro de la pútrida niebla petersburguesa, un fantasma que vive en una ciudad fantasmagórica. Gira en un mundo fantástico de departamentos, oficinas, solicitudes, documentos salientes, ‘regaños’ administrativos e intrincados informes, intrigas y rangos. Es un pequeño engranaje en la máquina estatal, un insignificante granito de arena que se pierde entre la masa de funcionarios. El régimen burocrático del imperio de Nicolás I oprime con su pesada mole la personalidad humana. El Estado conoce número y rango, pero no personas. El esquema de los valores humanos es reemplazado por la Tabla de rangos. Todos los funcionarios se parecen, y su valor no se define internamente, por su dignidad, sino externamente, por su posición, su cargo. Las relaciones entre las

personas están mecanizadas y las propias personas se ven convertidas en cosas. En la oficina aparece el doble de Goliadkin, pero ningún funcionario advierte ese ‘prodigio de la naturaleza’. Nadie siquiera mira a la cara al hombre, ¿acaso las cosas tienen rostro? Las cosas son mutuamente reemplazables, y la sustitución de Goliadkin por su doble no sorprende a nadie<sup>[97]</sup>».

#### 4) Los años 1960

En este decenio comienza a repensarse la interpretación tradicional y, abrevando en los logros de la crítica formal de los años 1920, vuelve a ponerse en cuestión la concepción y sentido mismos de la obra. El impulso en esta dirección lo dio F. I. Evnín (1965), quien refutó radicalmente los postulados de la crítica soviética: entre *Pobres gentes* y *El doble* no veía ruptura alguna, sino continuidad y profundización; tampoco Dostoievski se apartaba de Gógol y Belinski; el texto estaba impregnado de humanismo; no había en él escepticismo ni una mirada sombría sobre la naturaleza humana; lo psicopatológico no sustituía a lo social, sino que estaba al servicio de él; Belinski había acogido positivamente la obra, aunque con algunas reservas. Evnín fue más allá y planteó una tesis cuyo carácter polémico acabaría reavivando los estudios sobre la obra: «Un análisis atento del texto sugiere una interpretación diferente. El sentido de la duplicidad de Goliadkin no reside en su desdoblamiento interior, sino *en su sustitución exterior, en su desplazamiento del lugar que ocupa en la vida* [...] El doble no encarna las cualidades y los anhelos ocultos en la profundidad del alma del protagonista —el débil, apocado y pasivo Goliadkin no tiene ninguna ‘mala mitad’<sup>[98]</sup>—, sino los anhelos y las cualidades (astucia, maña, inescrupulosidad en la lucha por la ‘carrera y la fortuna’) inherentes al medio que lo rodea y de los que Goliadkin carece para triunfar en la vida. El delirio del protagonista expresa en forma aguda y patológica el hecho real de que la carencia de esas características expulsa a las personas como Goliadkin de la vida, las priva de ‘un lugar bajo el sol’»<sup>[99]</sup>. El doble, en esta lectura, si bien sigue siendo pensado como producto de la imaginación perturbada de Goliadkin, reviste una naturaleza *social* y no *psicológica*. Es en esta clave que deben entenderse las palabras de Dostoievski acerca de ese «tipo grandioso por su importancia social» que él fue el primero en «descubrir y anunciar»: «La concepción tradicional, que reduce el contenido principal del relato a una lucha *interna* en el alma del protagonista entre diferentes principios, ignora injustamente (o subestima por completo) el conflicto vital *externo* que le sirve de base: la colisión trágica de Goliadkin con ese mundo en el que prosperan Berendéiev, Andréi Filíppovich, Vladímir Semiónovich. Ahora bien, dicha colisión es enteramente real, no está condicionada por la demencia del protagonista; al contrario, y como ya hemos señalado, la demencia del héroe es el resultado de esa colisión. En este conflicto social un hombre pequeño e indefenso se opone, como en otros relatos de

funcionarios de los años 1840, a los prósperos representantes de la cima burocrática, las ‘altas personalidades’»<sup>[100]</sup>.

El trabajo de Evnín obligó a los críticos a regresar a la obra y a echar un manto de duda sobre la interpretación «tradicional». Desde luego, no todos acordaron con él (Kóvach 1976, Udóvov 1978, entre otros), pero su aporte estaba hecho: desde entonces, los estudios se multiplicaron exponencialmente y hoy puede decirse que *El doble* constituye, después de las cinco grandes novelas de Dostoievski, el texto más discutido. Las preguntas que alimentaron el debate giraban en torno a la naturaleza de la polaridad representada en el desdoblamiento de Goliadkin (psicológica, social, moral, metafísica), en el estatuto ontológico del doble (alucinación, proyección, existencia real), en la índole fantástica del relato (cómo entendía Dostoievski lo «fantástico»).

##### 5) De los años 1970 hasta hoy

Entre los innumerables análisis que desde entonces se han hecho sobre *El doble*, creemos que el más sugerente lo ofreció V. N. Zajárov (1978, 1985). Cual navaja de Ockham, este investigador propuso: «La interpretación tradicional del elemento fantástico en *El doble* es a su modo lógica y está bien elaborada. Solo tiene un defecto: no está demostrada por nadie, es una hipótesis. Se considera que el doble es un engendro de la mórbida conciencia de Goliadkin, que el ‘delirio’ de un loco y la realidad no están delimitados, que la realidad parece vista a través de los ojos de un demente, que todo lo que ocurre es fruto de su ‘perturbada’ imaginación. Esa es la lectura universalmente aceptada de la ‘suposición’ de Dobroliúbov [...] Sin embargo, en el relato sencillamente no hay doble—‘alucinación’. El doble del protagonista, Iákov Petróvich Goliadkin menor, es un personaje tan real en el relato como el propio señor Goliadkin, como Antón Antónovich Setóchkin, Olsufi Ivánovich Berendéiev, Klara Olsúfevna, Andréi Filíppovich, Vladímir Semiónovich, ‘su Excelencia’, Krestián Ivánovich Rutensptiz, Vajraméiev, los amanuenses Ostáfev y Pisarenko, Guerasímich, Petrushka, el mozo, el cochero y demás [...] En reiteradas ocasiones Goliadkin intenta poner en duda la realidad de su doble (cierra los ojos, atina a pellizcarse y desea pellizcar a otros) y cada vez Dostoievski persuade al protagonista y al lector de que el doble no es un fantasma, no es una alucinación, sino un personaje real, no un sueño de Goliadkin, sino la realidad en el mundo artístico de la obra<sup>[101]</sup>». Muchos detalles textuales dan la razón a Zajárov. Hay episodios que son incomprensibles, absurdos, si solo hubiera un Goliadkin que sufre alucinaciones. Mencionemos solo dos: ¿por qué Petrushka, en la segunda noche, cuando los dos Goliadkin apenas llegan a casa y todavía no han cruzado palabra, pregunta si sirve comida «para dos»? Podría objetarse: Petrushka se da cuenta (no importa cómo) de que Goliadkin delira e imagina a un interlocutor; pero en tal caso, ¿por qué le sigue el

juego? ¿Por malicia? ¿Para bromear? Al siguiente día, cuando Goliadkin se despierta y no ve a su doble, se produce la siguiente escena:

«¿Dónde está? ¿Dónde está?», dijo con voz apenas audible nuestro héroe, señalando con el dedo el lugar que ayer había sido reservado al invitado. Petrushka primero no respondió nada, ni siquiera miró a su señor, sino que volvió los ojos hacia el rincón de la derecha, de tal modo que el propio señor Goliadkin se vio obligado a mirar hacia allí. Sin embargo, tras breve silencio, Petrushka, con voz ronca y áspera, respondió que el señor no estaba en casa.

—Imbécil, si yo soy tu señor, Petrushka —dijo el señor Goliadkin con voz entrecortada y mirando con los ojos bien abiertos a su criado.

Petrushka no respondió nada, pero miró al señor Goliadkin de tal modo que este enrojeció hasta las orejas; era una mirada de ultrajante reproche, semejante a un insulto a la cara. El señor Goliadkin bajó los brazos, como suele decirse. Al fin Petrushka anunció que el otro se había retirado hacía una hora y media y no había querido esperar.

¿Cómo puede Petrushka confundir a su señor con su doble? Suponiendo que ha advertido que Goliadkin sufre de alucinaciones, ¿cómo sabe cuál es la forma concreta de esa alucinación? ¿Cómo sabe que Goliadkin ve a su doble y no a cualquier otro? Lo más lógico en ese caso, si partimos de la premisa de que está siguiéndole el juego a su señor, es que dijera: «la otra persona no estaba en casa». Pero hay más. ¿Por qué la mirada de reproche de Petrushka hace enrojecer a Goliadkin? La interpretación psicologicista encuentra ahí un escollo. ¿Cuál es el origen de esa vergüenza? ¿Acaso Goliadkin comprende que estaba alucinando, que Petrushka ha advertido su trastorno y lo ha sorprendido *in fraganti*? El problema es que si Goliadkin comprendiera que sufre de alucinaciones todo el relato quedaría desbaratado. Hay una explicación más sencilla: el doble existe, pasa la noche en casa de Goliadkin, quien, en lugar de ofrecerle al huésped el mejor lugar de la casa, como dictaban las normas de hospitalidad rusas, le ofrece acostarse sobre unas sillas, mientras él lo hace en su cama; al otro día, Petrushka espera encontrar en la cama al huésped —el doble— y no a su señor; de ahí la confusión del criado, su perplejidad, su reproche y la vergüenza de Goliadkin.

No es casual que Zajárov haya dedicado gran parte de su producción intelectual al estudio de la dimensión fantástica en Dostoievski. Según él, los críticos —tantos los contemporáneos al escritor como los de hoy— son renuentes a aceptar sin más la intromisión fantástica en el relato; es la búsqueda de una explicación racional, «sensata», la que estaría en la base de todas las lecturas que recurren a alucinaciones, proyecciones, delirios, etc. Si esto es así, podemos afirmar que en Occidente la renuencia ha sido aún mayor. Zajárov continúa: «El sentido y los orígenes de la colisión ‘Goliadkin-doble’ hasta hoy los han buscado en ‘la singular situación

psíquica' de Goliadkin mayor. Pero esa 'singular situación psíquica' de Goliadkin, al igual que la 'situación' de Fausto en Goethe o del mayor Kovaliov en Gógol, adquiere una singular continuación en la existencia real del doble en el mundo artístico del relato de Dostoievski (Mefistófeles en Goethe, la nariz en Gógol). Lo psíquico se encarna en lo real, esa es la lógica de desarrollo de estos argumentos fantásticos en Goethe, Gógol y Dostoievski. Las tradicionales consideraciones sobre la 'duplicidad' de Goliadkin, su desdoblamiento interno, tan habitual en cualquiera de los personajes 'del subsuelo' de Dostoievski, y sobre todo en el 'principal', son en gran medida justas, pero resultan insuficientes en el análisis de la colisión 'Goliadkin-doble'. La creación de esta colisión es una salida a una esfera artística diferente. El doble tiene directa relación no con la 'duplicidad' del protagonista (que es 'duplicidad' sin doble), sino con la realidad social de la Rusia de los años 40 del siglo XIX. El mundo artístico del relato es el entorno histórico real de la capital imperial, y no su mediación por la conciencia de un 'demente'. La aparición del doble amplía el 'espacio de la tragedia' del relato de Dostoievski, sacándolo del estrecho círculo de la personalidad del señor Goliadkin. El hecho de que el doble actuara en las condiciones reales de la vida petersburguesa de los años 1840 y no en condiciones mediadas por la mórbida conciencia de Goliadkin permitía trasladar el análisis artístico de un nivel (la personalidad de Goliadkin en los primeros capítulos) a otro (Rusia, Petersburgo, los años cuarenta, 'nuestra época'). La creación de la colisión 'Goliadkin-doble' es el modo en que Dostoievski plantea el problema del valor de la persona humana en los destinos históricos de Rusia<sup>[102]</sup>». Goliadkin, por tanto, no estaría mentalmente insano desde un comienzo, sino que se volvería loco en el transcurso de la obra. El doble sería más causa que consecuencia de su desarreglo mental.

Acaso la objeción más seria a esta lectura tan bien argumentada y convincente es que si Dostoievski quería crear un ambiente fantástico fácilmente aceptable por el lector, en el que la existencia real —en términos fantásticos— del doble quedara fuera de duda, ¿por qué permanentemente pone en entredicho la percepción de Goliadkin? ¿Para qué introduce un espejo en la cafetería en la que Goliadkin encuentra a su doble? ¿Por qué las cartas que escribe y recibe desaparecen sin más? Podemos pensar que la intención de Dostoievski era precisamente generar la vacilación en el lector y mantener el estado de indeterminación. En este sentido nos parecen acertadas las palabras de G. V. Bambuliak cuando sostiene: «Dostoievski abordó de lleno una esfera de la existencia humana que no pueden explicar ni la lógica, ni la psicología, ni la ética, ni la sociología. Dicha esfera no puede convertirse en objeto de las mencionadas formas de conocimiento porque su principal propiedad es la radical imposibilidad de esclarecer su sentido [...] Dostoievski, como ningún otro escritor ruso, se encontró con un material humano que solo puede ser 'elaborado' y reflejado por medio del arte [...] Pero hay allí una dificultad: esa parte de la existencia individual de la que se habla es indeterminable e inasible por fuera del mundo interior de la persona; ella es tal como la ve el individuo [...] *El doble* no es el

delirio de un loco escrito por él mismo ni la historia de una enfermedad descrita desde un punto de vista externo, sino la historia de la irrupción en la vida espiritual de un individuo de una forma de existencia diferente: la de lo posible [...] El doble (Goliadkin menor) debe ser percibido como real. Es real porque es parte de la conciencia real del protagonista. A la vez, la realidad de Goliadkin mayor puede ser puesta en duda, puesto que cabe la pregunta: ¿no era él una máscara, y su rostro quedó al descubierto solo ahora, con la aparición de Goliadkin menor? ¿Quién es el doble de quién? *El doble*, por su composición artística, está destinado no a aclararle al lector qué es lo que sucede, sino a inducirlo a un estado psicológico singular en el que el delirio y la realidad se interpenetran [...] Toda la situación creada en *El doble* puede concebirse como un símbolo, como una esfinge literaria, como un misterio sobre la esencia humana. Desde luego, los contemporáneos no estaban preparados para acoger una forma semejante [...] Precisamente la forma de *El doble* determina su recepción, compuesta por perplejidad, preguntas, conjeturas, suposiciones inseguras [...] Dostoievski parece introducirnos en el mundo de un espíritu ajeno en el que reinan dimensiones insólitas para nosotros [...] Dostoievski no solo crea una nueva forma artística, sino que forma un nuevo tipo de percepción artística<sup>[103]</sup>».

Otros trabajos que merecen mención son los de D. Kirái (1969), M. F. Lomáguina (1971), G. A. Fiódorov (1974), V. E. Vetlóvskaia (1982) y V. S. Efrémov (2006).

El primero de ellos también enfatiza la necesidad de entender la duplicidad de Goliadkin como procedimiento narrativo para indagar en el mecanismo de funcionamiento del orden social y no como caracterización de su personalidad; además, examina en detalle la relación entre lo que considera la primera trama del relato —que es «extra-argumental», es decir, viene dada por las consecuencias de la «rebelión» de Goliadkin dos días antes de que comience la historia— y la segunda —la forma en que esas consecuencias se refractan en la psicología del protagonista, y que constituyen propiamente el texto que leemos<sup>[104]</sup>. Kirái y Zajárov coinciden en que la idea central de la obra no fue directamente expresada en ella, sino apenas sugerida: el rechazo de un orden social jerarquizado y el anhelo de igualdad.

A Lomáguina debemos un puntilloso análisis lingüístico del texto que da cuenta de la posición del narrador en la historia. Matizando y profundizando la afirmación de Bajtín acerca de la relación dialógica entre narrador y protagonista, la investigadora demuestra que las voces de ambos nunca llegan a fundirse (como afirmaban V. V. Vinográdov y otros), que en todo momento persiste una distancia y que el narrador ironiza y parodia la voz, los pensamientos y las actitudes de Goliadkin.

De G. A. Fiódorov ya hemos hablado. Su investigación, además de echar una nueva luz sobre el paisaje de la San Petersburgo de *El doble* y el trasfondo simbólico del relato, proponía una lectura en clave más fantástica: «En los trabajos sobre *El doble* el protagonista está loco. Sobre él han escrito muchos psicólogos y psicopatólogos de renombre. Se ha establecido un diagnóstico certero: paranoia. Pero

las conclusiones de esas buenas personas de la ciencia coinciden demasiado con la opinión del ‘doctor en medicina y cirugía’ Rutenspitz. El doble es fruto no de la perturbada imaginación de Goliadkin, sino de sus enemigos. El títere-fantasma fue creado por algún Coppélius petersburgués. El ‘prodigio’ del doble lo sufre solo el protagonista. Todos los demás no advierten lo sucedido: uno o dos funcionarios idénticos. Lo importante no es cómo se luce, sino cómo se sirve al Estado. Así el segundo se convierte en el único. Y el que protesta es un loco a los ojos del mundo. La sustitución de un hombre en Hoffmann tiene lugar en Prusia [...] La sustitución de un hombre por un títere sucede en la capital imperial y acaba con la ruina de esa persona, con su eliminación de la vida. No es Goliadkin el loco, sino que la ‘realidad loquea’»<sup>[105]</sup>.

V. E. Vetlónskaia indagó en las raíces folklóricas del relato e identificó innumerables alusiones y referencias que reconocen su origen en cuentos y leyendas populares. Algunos rasgos de Goliadkin menor recuerdan las descripciones del diablo, así como muchas de sus actitudes cuando este adquiere forma humana. Hay en *El doble* un tema —o subtema— «alemán»: el doble aparece, como hemos visto, con claras referencias mefistofélicas; los ojos rojos que brillan con una «alegría infernal» son los del doctor alemán Rutenspitz (ya hemos hablado de este apellido), quien —sobre todo en la primera edición— parece llevarlo al infierno más que al manicomio; Karolina Ivánovna, la «génesis» de la tragedia de Goliadkin, es alemana, así como la moza por quien se siente atraído Goliadkin menor en la cafetería; también mencionamos que el propio nombre de la capital es de procedencia alemana, así como la Tabla de rangos. Dostoievski juega con la simbología que vincula lo foráneo, lo demoníaco y lo alemán.

Por último, el libro de V. S. Efrémov analiza en clave psiquiátrica *El doble*. El autor —psiquiatra de profesión— pasa cuidadosa revista a las diversas lecturas psicologicistas del relato y, a contracorriente de ellas, establece que —a excepción de los últimos capítulos, en los que Goliadkin efectivamente pierde la razón—, ninguno de los «síntomas» que presenta el protagonista permiten aseverar la existencia de alucinaciones, delirios, tendencias suicidas, etc., lo que vuelve a poner en duda la efectividad del abordaje psicológico de una obra literaria.

## **Occidente: de la obsesión por el diagnóstico a la mirada literaria**

La historia de la recepción de *El doble* en Occidente es más breve y lineal. En parte, eso es natural: las primeras traducciones de Dostoievski empiezan a llegar a Europa tras la muerte del autor. En 1906 se publican en Alemania las primeras *Obras Completas*, y el escritor se convierte en uno de los más leídos en ese país. No es casual, por tanto, que el primer artículo crítico sobre la obra saliera de la pluma de un alemán. Antes de iniciar nuestro recorrido, no obstante, debemos detenernos en una circunstancia no menor: todas las traducciones a lenguas europeas de *El doble* tomaron como original la versión de 1866. Solo en 1985 se publicó en inglés una edición crítica que recoge las diferencias entre las versiones de 1846 y 1866. Esto quiere decir, en pocas palabras, que los críticos occidentales, excepto aquellos que manejaban el ruso y tenían acceso a la primera versión —que recién volvió a publicarse en 1972—, se vieron severamente limitados en su análisis. Un solo ejemplo: ¿cómo entender los reproches de los contemporáneos acerca de la extensión de la obra cuando lo que tenemos delante es una traducción del texto abreviado de 1866? Vale decir, los lectores occidentales (salvando que fuera en traducciones) y los contemporáneos de Dostoievski leyeron *textos diferentes*. Todo acercamiento serio desde un punto de vista crítico-literario y filológico no puede, de ninguna manera, soslayar este hecho. La existencia de dos versiones ha sido el gran escollo de la crítica occidental. No juzgaremos aquí, desde luego, la calidad de las traducciones, lo que requeriría una investigación aparte y, seguramente, un equipo de traductores.

Así pues, nuestro punto de partida es Alemania, 1914. Allí Otto Rank publicó su clásico tratado sobre el doble desde un punto de vista psicoanalítico. Este libro fundó un modo de lectura: independientemente del rigor científico de las afirmaciones de Rank, el sesgo psicologicista impregnó la abrumadora mayoría de los análisis. No abordaremos sus planteamientos generales (la figura del doble tendría relación con el miedo a la muerte); de la obra de Dostoievski afirma: «La novela describe el comienzo de la enfermedad mental en una persona que no tiene conciencia de ella, ya que no puede reconocer sus síntomas y, de manera paranoica, ve en todas sus penosas experiencias las persecuciones de sus enemigos. Su gradual transición a un estado de ilusión, y de confusión con la realidad (el tema real de esta obra, en otros sentidos escasa en sucesos exteriores), se describe con destreza insuperable. Reconocemos aquí el gran logro artístico por las descripciones desde todo punto de vista objetivas; no solo incluyen cada una de las características del cuadro clínico paranoico, sino que también hacen que las configuraciones de ilusión produzcan un efecto sobre el ambiente de la propia víctima<sup>[106]</sup>». Goliadkin recibe así su primer diagnóstico: paranoia. Más adelante, Rank avanza en la hipótesis de que la personalidad de un escritor es determinante en la elección del tema del doble; también da por sentada la «grave enfermedad mental de Dostoievski». El flamante psicoanálisis se adentraba así en el terreno del análisis literario<sup>[107]</sup>.

Desde entonces, la cantidad de trabajos consagrados a *El doble* desde un punto de vista psicológico (psicoanalítico, psiquiátrico) florecieron en Alemania, Francia,



Inglaterra, Estados Unidos. Distintos investigadores fueron haciendo los más variados diagnósticos: manía persecutoria (Tymms, 1949), esquizofrenia (Passage, 1954; Arban, 1968), autoscopía (Kohlberg, 1963), proyección (Rogers, 1970; Cadot, 1990), delirio de persecución (Green, 1980; Brugière, 1983), paranoia esquizofrénica y desdoblamiento de la personalidad (Troubetzkoy, 1995).

Estos enfoques tan disímiles tienen un rasgo en común: subsumen lo fantástico a lo psicológico. En ellos, por ejemplo, la naturaleza de Goliadkin menor es explicada bien como alucinación, bien como proyección (Goliadkin cree ver a su doble en un empleado real); la correspondencia de Goliadkin también es ficticia, ninguna carta es real, todo es imaginación del protagonista. Ahora bien, ya hemos visto que el texto ofrece resistencia a esa lectura; son muchos los episodios que no se comprenden desde una óptica estrictamente alucinatoria. Por otro lado, se habla de manía persecutoria, pero es Goliadkin quien persigue a su doble, y no al revés. Nuestra objeción no es que estas interpretaciones sean «débiles» o «pobres», sino que son unilaterales: cifran el sentido de la obra en la personalidad y en la perturbación mental de Goliadkin. Sin duda han aportado mucho en el análisis de la psicología del protagonista, pero poco en la comprensión del *hecho literario* que es *El doble*.

Hay otra vertiente de trabajos que, sin soslayar la dimensión psicopatológica, concentran la mirada en las condiciones sociohistóricas (Girard, 1963; Terras, 1969; Fanger, 1970; Frank, 1984; Berman, 1988; Bourmeyster, 1995; Conio, 2001). René Girard desarrolla su teoría del deseo mimético y la violencia recíproca tomando como base obras de Dostoievski. En su opinión, la proliferación de dobles está ligada a la despersonalización y masificación ocasionadas por la sociedad moderna. Los valores y pautas de diferenciación de la sociedad tradicional son sustituidos por un aparato estatal centralizado, burocratizado, y por relaciones mercantiles que prescinden de la singularidad del individuo. En ese contexto, el impulso por afirmar la propia personalidad lleva a los sujetos a aferrarse a falsas diferencias románticas ancladas en una supuesta originalidad individual. El doble viene a desnudar el artificio y vacuidad de la identidad moderna.

Victor Terras (1969) analiza las obras de juventud de Dostoievski y ofrece un valioso estudio sobre *El doble*. Según él, Goliadkin no es una mera víctima del sistema, sino que es partícipe de su trágico final; no es pobre como Dévushkin de *Pobres gentes*, tiene cierto grado de instrucción, tiene «ambición» y amor propio; en efecto, es su «rebelión» la que lo conduce al manicomio. En cuanto a sus observaciones argumentales, que son muchas, Terras señala el carácter real de la correspondencia de Goliadkin; encuentra en las cartas de Vajraméiev un estilo artificialmente pretencioso que difiere del de Goliadkin, lo que demostraría su verdadera autoría; la carta de Klara Olsúfevna la atribuye, como muchos otros, a una trampa urdida por los compañeros de oficina para atraer a Goliadkin. Respecto a la existencia o no de Goliadkin menor, Terras es ecléctico: según él, convive la alucinación con la proyección del doble en un funcionario real.

Joseph Frank plantea que la idea del escritor era la «descripción de una conciencia totalmente saturada de las fórmulas y de los lemas de su sociedad<sup>[108]</sup>». El intento, no obstante, fue fallido ya que los lectores no captaron la raíz sociocultural de la psicología de los personajes: «El doble, como proyección imaginaria derivada del delirio de Goliadkin, es un fenómeno perfectamente concebible; en cambio, como su imagen refractada con existencia propia y su mismo nombre, resulta perturbador y misterioso<sup>[109]</sup>».

Una tercera agrupación de trabajos está representada por aquellos que contemplan abiertamente la posibilidad de atribuir la obra al género fantástico (Guerard, 1967; Herdman, 1990; Ponnau, 1997; Jourde y Tortonese, 1996; Kovacsazy 2012). John Herdman consagra un capítulo de su investigación sobre el doble en la literatura del siglo XIX a Dostoievski. En él ya señala explícitamente que el elaborado realismo psicológico de *El doble* y la reducción de lo fantástico a las alucinaciones de Goliadkin se ven contrapesados por una estructura narrativa que sugiere la existencia real de Goliadkin menor<sup>[110]</sup>. Cécile Kovacsazy sugiere además que la principal novedad de *El doble* con respecto al legado gogoliano es que Goliadkin sería un Akaki Akákievich que habría tomado conciencia de sí. Con Dostoievski, el motivo del doble se desplaza entonces desde una realidad desdoblada (como en *La nariz*) a la descripción de la toma de conciencia de esa realidad<sup>[111]</sup>.

Otros trabajos exploran la dimensión onírica en la percepción de Goliadkin y en la estructuración del relato (Pachmuss, 1963; Gasperetti 1989). Temira Pachmuss acuña el concepto de «*dream-logic*» para referirse a la técnica del escritor; según ella, el conflicto de Goliadkin se cifra en la colisión entre su realidad personal, ideal, compuesta de sueños, y la realidad de los otros; la imposibilidad de imponer su realidad conduce a Goliadkin a la locura<sup>[112]</sup>. David Gasperetti, por su parte, ofrece una lectura muy heterodoxa; según él, la historia entera transcurre en un solo día; los desplazamientos temporales y espaciales solo tienen lugar en la imaginación tan propensa a la ensoñación de Goliadkin; así, todo lo que ocurre desde el momento en que a Goliadkin no lo admiten en casa de Berendéiev es producto de su fantasía; el día cuatro para él es en realidad el día uno para los demás, y como los sucesos están narrados desde la perspectiva del protagonista, el lector participa de su confusión<sup>[113]</sup>. De esta manera, concluye Gasperetti, lo que *El doble* propone es una deconstrucción del discurso ficcional, en la que el personaje mismo —Goliadkin— representa una metáfora de la dificultad para interpretar un texto<sup>[114]</sup>.

Por último, cabe mencionar algunas investigaciones centradas en la relación entre lenguaje y conciencia (Troubetzkoy, 1995; Kovacsazy 2012). Partiendo de la distinción saussuriana entre lengua y habla o de los registros lacanianos de lo psíquico (real, imaginario y simbólico), estos estudios hacen observaciones de índole formal sobre la dinámica mental y social de Goliadkin, quien estaría sujeto a la lengua y no podría —o perdería la capacidad de— pronunciar su palabra, emitir su

habla, particularizarse e interactuar con los otros (de ahí que su discurso sea balbuceante y esté saturado de lugares comunes); su final es el aislamiento, vale decir, la retirada del campo de lo simbólico. Troubetzkoy examina además el componente simbólico de algunos episodios; al igual que Passage (1954), ve en la última escena una parodia grotesca del Juicio Final.

\*

No podemos cerrar nuestro recorrido sin mencionar una circunstancia llamativa. Tzvetan Tóodorov, en su clásico libro *Introducción a la literatura fantástica* (1970), ofrece una definición del género fantástico que ha sido universalmente reconocida y aceptada: «Llegamos así al corazón de lo fantástico. En un mundo que es el nuestro, el que conocemos, [...] se produce un acontecimiento que no se puede explicar por las leyes de ese mismo mundo familiar. El que percibe el acontecimiento debe optar por una de las dos soluciones posibles: o bien se trata de una ilusión de los sentidos, de un producto de la imaginación, y las leyes del mundo siguen siendo lo que son, o bien el acontecimiento se produjo realmente, es parte integrante de la realidad, y entonces esta realidad está regida por leyes que desconocemos [...] Lo fantástico ocupa el tiempo de esta incertidumbre [...] Lo fantástico es la vacilación experimentada por un ser que no conoce más que las leyes naturales, frente a un acontecimiento aparentemente sobrenatural [...] Hay un fenómeno extraño que puede ser explicado de dos maneras, por tipos de causas naturales y sobrenaturales. La posibilidad de vacilar entre ambas crea el efecto fantástico<sup>[115]</sup>». Estas palabras, según hemos visto, pueden aplicarse por entero a *El doble*. Sin embargo, el propio Tóodorov no solo omite este relato en su trabajo, sino que excluye —no sabemos por qué— a Dostoievski del género fantástico, atribuyendo sus obras al ámbito de lo *extraño*, en el cual «se relatan acontecimientos que pueden explicarse perfectamente por las leyes de la razón, pero que son, de una u otra manera, increíbles, extraordinarios, chocantes, singulares, inquietantes, insólitos<sup>[116]</sup>».

Curioso. Y más curioso aún si tenemos en cuenta la concepción de Dostoievski de lo fantástico, que no se aleja demasiado de la que propone Tóodorov. En una carta de 1880 dirigida a la cantante I. F. Abaza, el escritor elogiaba *La dama de picas* en los siguientes términos:

Lo fantástico debe estar tan en contacto con lo real que uno debe casi creer en él [...] Uno cree que Guermann efectivamente tuvo una visión, visión que se corresponde además con su concepción del mundo; y sin embargo, al final del relato, es decir, al terminar de leerlo, uno no sabe a qué atenerse: ¿esa visión salió de la naturaleza de Guermann o él es uno de aquellos que han entablado contacto con otro mundo habitado por espíritus malvados y hostiles a la

humanidad? [...] ¡Eso sí que es arte<sup>[117]</sup>!

Ya en 1861, incluso, negaba por razones similares el carácter fantástico de los cuentos de Poe:

Sus obras no pueden ser calificadas puramente como fantásticas, y si él es fantástico, lo es, por así decir, solo en apariencia. En sus obras admite, por ejemplo, que una momia que yace hace cinco mil años en una pirámide cobre vida por medio del galvanismo. Admite que un hombre muerto cuente, también por medio del galvanismo, sobre el estado de su alma, etc., etc. Pero eso no es aún género puramente fantástico. Edgar Poe solo admite la posibilidad aparente de un acontecimiento no natural (demostrando, además, su posibilidad, y a veces incluso con excepcional astucia); una vez admitido ese acontecimiento, en todo lo demás se mantiene fiel a la realidad. No es así lo fantástico en Hoffmann<sup>[118]</sup>.

La historia de la crítica que hemos trazado nos permite identificar los tres núcleos «problemáticos» alrededor de los cuales han gravitado las diferentes interpretaciones de *El doble*. Ellos son: a) la concepción de la persona humana; b) el problema de la duplicidad; y c) la naturaleza de lo fantástico en el relato.

Si en Rusia la lectura social e histórica prevaleció por sobre la psicológica, en Occidente sucedió lo contrario, y en ambos casos la apertura hacia lo fantástico estuvo precedida por la incomprensión, la negación y la subsunción a lo psicológico.

## AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi agradecimiento a aquellas personas que dedicaron parte de su tiempo a atender mis consultas durante el proceso de traducción e investigación: Serguéi Akímovich Kibálnik, investigador principal del Grupo de Estudios Dostoievski de la Casa Pushkin, quien, además de su gran cordialidad, predispuso de la mejor manera al personal de la biblioteca de dicha institución; Aleksandra Vitálievna Tóichkina, quien me orientó y contribuyó en las pesquisas bibliográficas; Nikita Aleksándrovich Kashúrnikov, Konstantín Abrékovich Barsht y Vladímir Nikoláevich Zajárov, quienes respondieron por correo electrónico a mis diversas preguntas; Borís Nikoláevich Tijomírov, subdirector científico de la Casa Museo Dostoievski, con quien mantuve un largo y ameno encuentro en la biblioteca de ese lugar, situado en el mismo edificio de San Petersburgo en el que Fiódor Mijáilovich, en enero de 1846, terminó de escribir *El doble*.

ALEJANDRO ARIEL GONZÁLEZ,  
San Petersburgo, septiembre de 2013

## SOBRE LA TRADUCCIÓN

Hemos intentado conservar y recrear los rasgos estilísticos del texto original. Dostoievski moviliza en este relato innumerables figuras retóricas (pleonasmos, hipérbolos, oxímoros, quiasmos, paralipsis, hipérbatos, antítesis, prosopopeyas, repeticiones, comparaciones, anfibologías, anáforas, anacolutos, antífrasis, polisíndeton) que a veces pasan desapercibidas en la lectura rápida. En la mayoría de los casos, ellas sirven para transmitir el estado emocional de Goliadkin y su perturbada percepción de la realidad; en otras ocasiones, el narrador se vale de ellas para tomar distancia del protagonista o del entorno de este.

Otro aspecto que intentamos verter al castellano es el registro oral. Acaso sea esta una de las características más gogolianas del texto. No hemos subordinado la oralidad a las reglas del castellano escrito o literario; cuando así se hace, se opaca la expresividad y la vivacidad del original. El lector encontrará por tanto lenguaje popular, barbarismos, extranjerismos.

Por otro lado, hemos prestado especial atención a los refranes. El habla de Goliadkin está atravesada de expresiones coloquiales, dichos y proverbios no siempre empleados en el momento oportuno, lo que enfatiza lo caótico de su pensamiento y lo descuidado de su habla.

Desde luego, las diferencias de puntuación entre las ediciones rusas de 1846 y 1866 no siempre son reproducibles en la traducción; solo las hemos observado cuando eran significativas.

Trabajar con las fuentes más confiables existentes en ruso nos ha permitido reparar en un detalle que no parece ser menor. El capítulo v es sin duda el más extraño o, por así decir, el más disonante con el conjunto de la obra. En la edición de 1846 vemos que, a diferencia de lo que ocurre con los demás capítulos, el subtítulo que lo acompaña dice lacónicamente: «Un suceso absolutamente inexplicable». Ahora bien, su final también es enigmático: Dostoievski lo cierra con dos renglones de puntos suspensivos. Bien puede ignorarse ese detalle, pero no deja de resultar curioso. Hasta donde sabemos, el único investigador que ha intentado dar una explicación es V. N. Zajárov (1978), quien cree que el escritor, acaso inspirándose en un recurso empleado por Hoffmann en *La princesa Brambilla*, estaría señalando una transición hacia el plano de lo fantástico<sup>[119]</sup>.

# **EL DOBLE**

**Aventuras del señor Goliadkin (1846)**

\*

**Poema de Petersburgo (1866)**

## NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

Hemos dispuesto el material de la siguiente manera: del capítulo I al IX el lector podrá leer la edición de 1866 y, en las notas, las diferencias con la edición de 1846. Eso es posible debido a que en la primera mitad del relato las diferencias no son considerables. A partir del capítulo X fue necesario separar ambas ediciones: el lector encontrará primero los capítulos X-XIII de la versión de 1866 y luego los capítulos X-XIV de la versión de 1846. De esta manera la edición de 1866 está presentada en forma continua. El mismo criterio siguió la edición crítica inglesa de 1985, solo que en ella las diferencias entre los capítulos I-IX de ambas versiones se reponen entre corchetes en el propio cuerpo del texto, lo cual, a nuestro entender, dificulta la lectura; hemos optado por las notas. Sabemos que en estos casos lo ideal sería publicar ambas versiones en forma paralela, pero, por un lado, las escasas diferencias entre los capítulos I-IX no justifican esa decisión, y, por el otro, las grandes diferencias a partir del capítulo X impiden físicamente esa forma de presentación.



## CAPÍTULO I<sup>[120]</sup>

Faltaba poco para las ocho de la mañana cuando el consejero titular<sup>[121]</sup> Iákov Petróvich Goliadkin se despertó tras un largo sueño, bostezó, se desperezó y, al fin, abrió bien los ojos. Durante unos dos minutos, sin embargo, permaneció inmóvil en la cama como un hombre aún no del todo seguro de haberse despertado<sup>[122]</sup> o de seguir durmiendo, de si todo lo que ahora sucedía en torno suyo era real, verdadero o la continuación de sus confusos sueños. Pronto, no obstante, los sentidos del señor Goliadkin empezaron a percibir con mayor claridad y precisión sus impresiones cotidianas y habituales. Familiarmente lo miraban las paredes verdosas y mugrientas de su pequeña habitación, cubiertas de polvo y hollín, la cómoda de caoba, las sillas imitación caoba, la mesa pintada de rojo, la otomana tapizada de un hule color rojizo y con florcitas verdes y, por último, el traje que se había quitado ayer a toda prisa y había dejado hecho un bollo sobre la otomana. Finalmente un otoñal día gris, turbio y sucio lanzó sobre él una mirada tan hostil y una mueca tan acerba a través de la opaca ventana de su habitación que el señor Goliadkin no pudo ya en modo alguno dudar de que se hallaba no en algún remoto reino, sino en la ciudad de Petersburgo, en la capital, en la calle Shestilávochanaia, en el tercer piso de un enorme edificio de vecindad, en su propio departamento. Tras hacer tan importante descubrimiento, el señor Goliadkin cerró convulsivamente los ojos, como añorando el reciente sueño y deseando recuperarlo por un instante. Pero un momento después<sup>[123]</sup> saltó de la cama, seguramente por haber dado al fin con la idea en torno a la cual habían girado hasta entonces sus dispersos y desordenados pensamientos, y corrió de inmediato hacia el pequeño espejito redondo que estaba sobre la cómoda. Si bien la imagen soñolienta, miope y bastante calva que en él se reflejó era en efecto tan insignificante que a primera vista no llamaría decididamente la atención de nadie, al parecer su poseedor quedó plenamente satisfecho de todo lo que vio en el espejo. «Vaya chasco —dijo el señor Goliadkin a media voz—, vaya chasco hubiera sido si hoy me faltara algo; si, por ejemplo, tuviera algo fuera de lugar, un granito extraño, o hubiera sucedido alguna otra cosa desagradable; aunque de momento las cosas no van mal, de momento todo marcha bien». Muy contento de que todo marchara bien, el señor Goliadkin dejó el espejo en su lugar y, a pesar de estar descalzo y de llevar la ropa en que solía dormir, se acercó raudo a la ventana y con gran interés se puso a buscar algo en el patio al que daba su departamento. Por lo visto, lo que buscaba en el patio lo satisfizo por completo; su rostro irradió una sonrisa autocomplaciente. Después —pero echando primero un vistazo tras el tabique, hacia el tabuco que ocupaba Petrushka, su criado, y asegurándose de que este no estaba allí— se acercó de puntillas a la mesa, abrió con llave un cajón, tanteó en el rincón más lejano, sacó por fin, de debajo de unos viejos papeles amarillentos y otras porquerías, una billetera verde y raída, la abrió con cautela y miró con cuidado y deleite en su compartimento

más oculto y apartado. Probablemente, el fajo de billetes verdecitos, grisesitos, azulitos, rojitos y demás colores abigarrados también miró al señor Goliadkin con afabilidad y aprobación, ya que este, con cara radiante, puso delante de él, sobre la mesa, la billetera abierta y se frotó fuertemente las manos en señal de profundo regocijo. Por último, sacó su reconfortante fajo de papel moneda y, por centésima vez desde la víspera, se puso a contar los billetes, frotando celosamente cada uno de ellos entre el pulgar y el índice. «¡Setecientos cincuenta rublos! —dijo al final casi en un susurro—. Setecientos cincuenta rublos... ¡Una suma admirable! Una suma agradable —continuó con voz trémula y algo debilitada por la emoción, apretando el fajo entre sus manos y sonriendo con aire significativo—. ¡Una suma muy agradable! ¡Agradable para cualquiera! ¡Ya quisiera ver quién la encuentra insignificante! Esta suma puede llevar lejos a un hombre...»<sup>[124]</sup>.

«Pero ¿qué es esto? —pensó el señor Goliadkin—. ¿Dónde estará Petruskha?», y siempre con su ropa de dormir volvió a echar un vistazo tras el tabique. Petruskha otra vez no estaba, pero sí había sobre el suelo un samovar que, enfadado, enardecido y fuera de sí, amenazando a cada momento con derramarse, farfullaba excitado y a toda prisa algo en su enrevesada lengua, ceceando y tartajeando, como diciéndole al señor Goliadkin: «¡Pero tómenme de una vez, buena gente, si ya herví y estoy a punto!».

«¡Que se lo lleve el diablo! —pensó el señor Goliadkin—. Este bestia y holgazán es capaz de sacar de quicio a cualquiera. ¿Por dónde estará dando vueltas?». Con justa indignación pasó al recibidor, que era un pequeño pasillo en cuyo extremo se hallaba la puerta que daba al zaguán; la abrió apenas y vio a su criado rodeado por un grupo bastante nutrido de lacayos y toda suerte de gentuza. Petruskha contaba algo y los demás escuchaban. Por lo visto, ni el tema de la conversación ni la conversación misma agradaron al señor Goliadkin. Enseguida llamó de un grito a Petruskha y regresó a su habitación completamente disgustado, incluso apesadumbrado. «Este bestia es capaz de vender a cualquiera por dos monedas, y más aún a su señor —pensó—. Y me ha vendido, seguro que me ha vendido; apostarí a que me ha vendido por menos de un centavo».

—Bueno, ¿qué hay?

—Han traído la librea, señor.

—Póntela y ven aquí.

Petrushka se puso la librea y, sonriendo tontamente, entró en la habitación del señor. Estaba ataviado del modo más extraño que se pudiera imaginar. Llevaba una librea verde y muy raída con galones dorados a medio colgar y, al parecer, cosida para un hombre medio metro más alto que él. Tenía en las manos un sombrero galoneado también y con plumas verdes, y sobre la cintura llevaba una espada de lacayo en una funda de cuero.

Por último, para completar el cuadro, Petruskha, fiel a su amada costumbre de andar siempre a medio vestir, como en casa, iba ahora también descalzo. El señor

Goliadkin examinó a Petrushka de pies a cabeza y al parecer quedó satisfecho. La librea, por lo visto, había sido alquilada para alguna ocasión solemne. También era de notar que, durante el examen, Petrushka miraba al señor con extraña expectación y seguía con singular curiosidad cada uno de sus movimientos, lo que azoraba en extremo al señor Goliadkin.

—Y bien, ¿el coche?

—Ya ha llegado.

—¿Para todo el día?

—Para todo el día. Veinticinco rublos.

—¿Y las botas las han traído?

—Sí, las han traído.

—¡Imbécil! ¿No puedes decir «las han traído, señor»? Tráemelas.

Tras mostrarse satisfecho de que las botas le fueran bien, el señor Goliadkin pidió té y agua para asearse y afeitarse. Se afeitó con sumo cuidado y de igual forma se lavó, bebió el té aprisa y se abocó a la última e importante tarea de vestirse: se puso unos pantalones casi nuevos, luego una pechera con botoncitos de bronce, un chaleco con florcitas muy llamativas y agradables; se ató al cuello una abigarrada corbata de seda y, por último, se puso un uniforme también nuevito y pulcramente cepillado. Mientras se vestía miró varias veces encantado sus botas, levantando a cada instante ora un pie, ora el otro, admirando su corte, murmurando todo el tiempo algo entre dientes y haciendo cada tanto guiños expresivos a lo que ocupaba su mente. Esa mañana, sin embargo, el señor Goliadkin andaba sumamente distraído, porque casi no reparó en las sonrisitas y en las muecas que a sus expensas soltaba Petrushka mientras lo ayudaba a vestirse. Finalmente, tras hacer todo lo que es debido y ya vestido por completo, el señor Goliadkin se metió la billetera en el bolsillo, admiró por última vez a Petrushka, que se había puesto las botas y estaba por tanto listo también, y cerciorándose de que nada quedaba por hacer ni nada había que esperar, descendió por la escalera de prisa, agitadamente, con una ligera palpitación. Un coche de punto celeste con unos escudos en las portezuelas<sup>[125]</sup> rodó con estrépito hacia el porche. Petrushka, intercambiando un guiño con el cochero y otros pazguatos que andaban por allí, ayudó a su amo a tomar asiento en el vehículo; con una voz inusual y apenas conteniendo su estúpida risa gritó: «¡En marcha!», saltó al estribo trasero y todo ese conjunto echó a rodar con ruido y estrépito, tintineando y rechinando, en dirección a la Avenida Nevski. En cuanto el carruaje celeste atravesó el portón, el señor Goliadkin se frotó convulsivamente las manos y prorrumpió en una risa queda e inaudible, como un hombre de carácter alegre al que le sale bien una broma y está la mar de contento de ella. Sin embargo, inmediatamente después del ataque de alegría, la risa del señor Goliadkin se trocó en una expresión de extraña preocupación. A pesar de que el tiempo estaba húmedo y nublado, bajó las dos ventanillas del coche y se puso a observar detenidamente a los transeúntes, a derecha e izquierda, adoptando enseguida un aire grave y decoroso cuando advertía que alguien lo miraba. En la

esquina de Litéinaia y Avenida Nevski se estremeció, presa de una sensación desagradable, y frunciendo el ceño como un desgraciado al que sin querer le han pisado un callo se echó precipitadamente, incluso con pavor, contra el rincón más oscuro de su coche. Sucede que había encontrado a dos compañeros suyos de trabajo, dos jóvenes empleados de la misma oficina en la que trabajaba él. Los empleados, según le pareció al señor Goliadkin, mostraban por su parte gran perplejidad al encontrar así a su compañero; uno de ellos hasta señaló con el dedo al señor Goliadkin. A este le pareció incluso que el otro lo había llamado de un grito por el nombre, lo cual, desde luego, resultaba muy indecoroso en la calle. Nuestro héroe se escondió y no respondió. «¡Vaya chiquillos! —empezó a reflexionar consigo mismo—. ¿Si qué tiene esto de extraño? Un hombre en coche; un hombre necesita un coche y toma uno. ¡Canallas de mala muerte! Yo los conozco. ¡Son apenas unos chiquillos a los que todavía hay que azotar! Lo único que les importa es jugarse el sueldo a cara o cruz y deambular por ahí. Ya les cantarían las cuarenta a todos ellos, si no fuera porque...». El señor Goliadkin no terminó la frase y quedó pasmado. Dos vigorosos caballos de Kazán, muy conocidos por el señor Goliadkin y enganchados a un elegante *drozhki*<sup>[126]</sup>, pasaban raudamente junto al lado derecho de su vehículo. El señor que viajaba en el *drozhki*, al ver por casualidad el rostro del señor Goliadkin, que había asomado la cabeza por la ventanilla con bastante imprudencia, también quedó visiblemente sorprendido ante tan inesperado encuentro e, inclinándose cuanto pudo, se puso a escrutar con gran curiosidad e interés el rincón del coche en el que nuestro héroe había tenido el súbito impulso de esconderse. El señor del *drozhki* era Andréi Filíppovich, jefe de departamento en la misma dependencia en la que el señor Goliadkin cumplía sus servicios como ayudante de jefe de despacho. El señor Goliadkin, al ver que Andréi Filíppovich lo había reconocido por entero, que lo miraba con los ojos bien abiertos y que esconderse ya era imposible, se puso rojo hasta las orejas. «¿Lo saludo o no? ¿Le respondo o no? ¿Reconozco que soy yo o no? —pensaba con indescriptible angustia nuestro héroe—. ¿O simulo que no soy yo, sino otro con un parecido sorprendente a mí, y lo miro como quien no quiere la cosa? ¡Eso mismo! ¡No soy yo! ¡No soy yo y punto! —dijo el señor Goliadkin quitándose el sombrero ante Andréi Filíppovich y sin apartar los ojos de él—. Yo, yo... no tengo problema —susurró a duras penas— yo... no tengo problema alguno; no soy yo, Andréi Filíppovich, no soy en absoluto yo, no soy yo y punto». Pronto, sin embargo, el *drozhki* dejó atrás a Goliadkin y el magnetismo de la mirada del jefe cesó<sup>[127]</sup>. No obstante, el señor Goliadkin seguía encarnado, sonriendo y murmurando algo entre dientes... «He sido un tonto en no responder —pensó por último—. Tendría que haber actuado con atrevimiento y con una franqueza no privada de hidalguía. Haberle dicho que así y asá, Andréi Filíppovich, yo también estoy invitado al almuerzo, y punto». Luego, recordando de pronto el chasco que se había llevado, nuestro héroe se encendió como el fuego, frunció el ceño y lanzó una mirada terrible y desafiante al rincón delantero del coche, una mirada destinada a pulverizar en el acto a todos sus

enemigos. Finalmente, guiado por una súbita inspiración, tiró del cordón atado al codo del cochero, hizo detener el coche y ordenó regresar a la calle Litéinaia. Sucede que el señor Goliadkin sintió la inmediata necesidad, seguramente para su propia tranquilidad, de decirle algo muy importante a Krestión Ivánovich, su médico. Y aunque conocía a este desde hacía muy poco tiempo, pues lo había visitado solamente una vez la semana anterior a raíz de ciertos inconvenientes, un doctor, como suele decirse, es un confesor; ocultarle algo sería una tontería, ya que es obligación suya conocer a su paciente. «Pero ¿estará bien esto? —continuó nuestro héroe al bajar en la entrada de un edificio de cuatro pisos de la calle Litéinaia ante el cual había ordenado detener el coche—. ¿Estará bien esto? ¿Será correcto? ¿Vendrá al caso? Aunque, ¿qué tiene? —continuó mientras subía por la escalera, tomando aliento y conteniendo los latidos de su corazón, que tenía la costumbre de palpitar en todas las escaleras ajenas—. ¿Qué tiene? Vengo por un asunto mío y no hay en ello nada censurable<sup>[128]</sup>... Ocultarle algo sería una tontería. Haré como que no vengo por ningún problema, sino así, de paso... Él verá que está en el orden de las cosas».

Razonando así, el señor Goliadkin subió hasta el primer piso y se detuvo ante el departamento número cinco, en cuyas puertas colgaba una bella plaquita de bronce con la inscripción:

KRESTIÁN IVÁNOVICH RUTENSPITZ  
DOCTOR EN MEDICINA Y CIRUGÍA

Allí detenido, nuestro héroe se apresuró a conferir a su rostro un aspecto decoroso, desenvuelto, no sin cierta afabilidad, y se dispuso a tirar del cordón de la campanilla. Cuando ya estaba a punto de tirar del cordón de la campanilla, pensó inmediata y muy oportunamente si no sería mejor dejarlo para mañana, ya que por el momento no había gran necesidad<sup>[129]</sup><sup>7</sup>. Pero como de repente oyó unos pasos en la escalera, desechó enseguida su nueva decisión y al mismo tiempo, cobrando el aspecto más resuelto, llamó a la puerta de Krestión Ivánovich.

## CAPÍTULO II<sup>[130]</sup>

El doctor en medicina y cirugía Krestián Ivánovich Rutenspitz, hombre muy saludable aunque ya entrado en años, dueño de unas cejas y patillas espesas y entrecanas, una mirada expresiva y chispeante que, al parecer, ahuyentaba por sí sola todas las enfermedades y, por último, una condecoración importante, estaba sentado esa mañana sobre el cómodo sillón de su consultorio bebiendo el café que le había servido su esposa, fumando un cigarro y prescribiendo de cuando en cuando recetas a sus pacientes. Tras recetar un último frasquito a un viejito que padecía de hemorroides y despedirlo por una puerta lateral, Krestián Ivánovich se sentó a la espera de la siguiente consulta. Entró el señor Goliadkin.

Por lo visto, Krestián Ivánovich no esperaba ni deseaba en lo más mínimo ver ante sí al señor Goliadkin, porque de pronto, por un instante, se azoró y su rostro dibujó un mohín extraño, podría incluso decirse de descontento. Dado que, por su parte, el señor Goliadkin casi siempre caía inoportunamente y se embrollaba en aquellos momentos en los que tenía ocasión de abordar a alguien con sus asuntillos personales, también ahora, no habiendo preparado la primera frase, que para él resultaba en tales casos un verdadero escollo, se turbó terriblemente, balbuceó algo —al parecer, pidió perdón— y, sin saber qué hacer, tomó una silla y se sentó. Pero, dándose cuenta de que se había sentado sin que lo invitaran, sintió de inmediato su falta de decoro y se apresuró a reparar su error contra las normas de cortesía y el buen tono, levantándose enseguida del sitio que había ocupado sin invitación. Después, recapacitando y advirtiéndole que había cometido dos estupideces a la vez, se decidió, sin más dilación, a una tercera, es decir, intentó ofrecer una disculpa, murmuró algo sonriendo, se puso rojo, se azoró, guardó un expresivo silencio y, por fin, acabó por sentarse ya definitivamente, armándose por las dudas de esa misma mirada desafiante que tenía el extraordinario poder de pulverizar y aniquilar imaginariamente a todos los enemigos del señor Goliadkin. Por encima de todo, esa mirada expresaba cabalmente la independencia del señor Goliadkin, es decir, anunciaba claramente que el señor Goliadkin no tenía problema alguno, que era un hombre hecho y derecho como todo el mundo y que en cualquier caso no se metía donde no lo llamaban. Krestián Ivánovich carraspeó, tosió por lo visto en señal de aprobación y conformidad con todo ello y lanzó una mirada escrutadora e inquisitiva al señor Goliadkin.

—Yo, Krestián Ivánovich —comenzó el señor Goliadkin con una sonrisa—, he venido a molestarlo por segunda vez, y por segunda vez me atrevo a solicitar su indulgencia... —era evidente que al señor Goliadkin le resultaba difícil dar con las palabras justas.

—Hum... ¡sí! —dijo Krestián Ivánovich, soltando una bocanada de humo y colocando el cigarro sobre la mesa—, pero lo que usted necesita es a mis

prescripciones atenerse; ya le he explicado<sup>[131]</sup> que su tratamiento debe consistir en un cambio de costumbres... Diversiones, por ejemplo; bueno, vamos, a amigos y conocidos debe visitar, a la botella no escaparle; mantenerse regularmente en compañía de gente alegre.

El señor Goliadkin, siempre sonriendo, señaló raudo que le parecía ser uno más, que era dueño de sí mismo, que se divertía como todo el mundo... que, por supuesto, podía ir al teatro, ya que también, al igual que todos, disponía de medios, que de día estaba en el trabajo y por la tarde en su casa, que no tenía problema alguno; incluso señaló a la pasada que, según le parecía, no era peor que los demás, que vivía en casa, en su propio departamento, y que, por último, tenía a Petrushka. Ahí el señor Goliadkin se cortó.

—Hum, no, no me refería a ese régimen de vida, no era eso precisamente lo que quería preguntarle. Lo que en general saber me interesa es si es usted gran aficionado a las alegres compañías, si pasa el tiempo de manera alegre... Bueno, vamos, ¿es un modo de vida alegre o melancólico el que ahora lleva?

—Yo, Krestián Ivánovich...

—Hum... lo que digo —lo interrumpió el doctor— es que usted una transformación radical de toda su vida necesita, y en cierto sentido quebrantar su carácter —Krestián Ivánovich acentuó con énfasis la palabra «quebrantar» y se detuvo un momento con aire muy significativo—. No rehuir la vida alegre; los espectáculos y el club frecuentar, y en todo caso a la botella no escaparle. Quedarse en casa no sirve... usted no debe quedarse en casa bajo ningún aspecto.

—Yo, Krestián Ivánovich, prefiero la calma —dijo el señor Goliadkin lanzando una mirada expresiva al doctor, buscando visiblemente las palabras para exponer con la mayor precisión su pensamiento—. En casa solo vivimos Petrushka y yo... quiero decir mi criado, Krestián Ivánovich. Quiero decir, Krestián Ivánovich, que yo sigo mi camino, mi propio camino, Krestián Ivánovich. Me mantengo aparte y, según me parece, no dependo de nadie. Yo, Krestián Ivánovich, también salgo a pasear.

—¿Cómo?... ¡Sí! Bueno, pero pasear en esta época no es nada agradable; el tiempo es horrible.

—Así es, Krestián Ivánovich. Yo, Krestián Ivánovich, soy un hombre pacífico, como, me parece, ya he tenido el honor de explicarle, pero mi camino va por separado, Krestián Ivánovich. El camino de la vida es amplio... Yo quiero... yo quiero, Krestián Ivánovich, decir con esto... Disculpeme, Krestián Ivánovich, no soy un maestro de la elocuencia.

—Hum... usted hable...

—Digo que me disculpe, Krestián Ivánovich, por no ser, según me parece, un maestro de la elocuencia —dijo el señor Goliadkin en un tono semiofendido, despistándose y embrollándose un poco—. En este sentido yo, Krestián Ivánovich, no soy como otros —añadió con una sonrisita algo singular—, y no sé hablar mucho; no he aprendido a embellecer el estilo. Pero, en cambio, Krestián Ivánovich, actúo. ¡En

cambio actúo, Krestión Ivánovich!

—Hum... ¿Cómo es eso... de que actúa? —respondió Krestión Ivánovich. Luego se produjo un breve silencio. El doctor miró de un modo extraño y receloso al señor Goliadkin. Por su parte, el señor Goliadkin también miró de reojo y con bastante recelo al doctor.

—Yo, Krestión Ivánovich —continuó el señor Goliadkin siempre en el mismo tono, algo irritado y desconcertado por la dura obstinación del doctor—, yo, Krestión Ivánovich, gusto de la tranquilidad y no del mundanal ruido. Allí, con ellos, me refiero a la alta sociedad, Krestión Ivánovich, hay que saber lustrar el *parquet* con las botas... —ahí el señor Goliadkin arrastró ligeramente un pie por el suelo—, allí esto lo exigen, señor, y también exigen retruécanos... es necesario saber perfumar los cumplidos, señor... eso es lo que allí exigen. Y yo no he aprendido eso, Krestión Ivánovich, todas esas astucias no las he aprendido; no he tenido tiempo<sup>[132]</sup>. Soy un hombre sencillo, llano, sin brillo exterior. En eso depongo las armas, Krestión Ivánovich; me rindo en ese sentido.

El señor Goliadkin, desde luego, dijo todo eso con un aspecto que daba a entender que nuestro héroe no lamentaba en absoluto rendirse en ese sentido y no haber aprendido astucias, sino más bien todo lo contrario. Krestión Ivánovich, mientras lo escuchaba, miraba hacia abajo con una mueca muy desagradable en el rostro, como presintiendo algo. Luego de la tirada del señor Goliadkin sobrevino un silencio bastante largo y significativo.

—Me parece que se ha desviado un poco del tema —dijo por fin Krestión Ivánovich a media voz—. Debo confesar que no le he entendido del todo.

—No soy un maestro de la elocuencia, Krestión Ivánovich; ya he tenido el honor de informarle, Krestión Ivánovich, que no soy un maestro de la elocuencia —dijo el señor Goliadkin, esta vez con tono cortante y resuelto.

—Hum...

—¡Krestión Ivánovich! —empezó otra vez el señor Goliadkin con voz queda y grave, con algo de solemnidad y haciendo hincapié en cada frase—. ¡Krestión Ivánovich! Al entrar aquí comencé a disculparme. Ahora repito lo anterior y vuelvo a solicitar su indulgencia por un rato. No tengo nada que ocultarle, Krestión Ivánovich. Soy un hombre pequeño, usted mismo lo sabe; pero, por fortuna para mí, no lamento ser un hombre pequeño. Más bien al contrario, Krestión Ivánovich. Y para decirlo todo, hasta me enorgullezco de no ser un gran hombre, sino uno pequeño. No soy un intrigante, y de eso también me enorgullezco. No juego a las escondidas, sino que actúo francamente, sin astucias; y aunque podría causar daño, y mucho si quisiera —sé incluso a quién y cómo hacerlo—, Krestión Ivánovich, no quiero ensuciarme y, en ese sentido, me lavo las manos. ¡En ese sentido digo que me las lavo, Krestión Ivánovich! —el señor Goliadkin guardó un expresivo silencio por un instante; hablaba con dócil fervor—. Yo voy de frente, Krestión Ivánovich —continuó nuestro héroe—, francamente y sin rodeos, porque desprecio los rodeos y se los dejo a otros.



No trato de humillar a quienes quizás son más probos que usted y yo... es decir, quiero decir que ellos y yo, Krestián Ivánovich, no he querido decir usted<sup>[133]</sup>. No me gustan las medias palabras; no aprecio las personas de dos caras; detesto las calumnias y los cotilleos. Uso máscara solo en las mascaradas, no la llevo todos los días entre la gente. Solo quiero preguntarle, Krestián Ivánovich, cómo se vengaría usted de su enemigo, de su acérrimo enemigo, de aquel a quien usted considerase tal —concluyó el señor Goliadkin, lanzando una mirada desafiante al doctor.

Si bien el señor Goliadkin dijo todo eso del modo más claro y preciso posible, con firmeza, sopesando las palabras y escogiéndolas para producir el máximo efecto, ahora miraba a Krestián Ivánovich con inquietud, con gran inquietud, con extrema inquietud. Ahora era todo ojos y tímidamente, con irritada y angustiosa impaciencia, aguardaba la respuesta del doctor. Pero, para sorpresa y total estupefacción del señor Goliadkin, Krestián Ivánovich se limitó a murmurar algo entre dientes; luego arrimó el sillón a la mesa y con bastante sequedad, aunque no sin cortesía, le comunicó algo así como que su tiempo era valioso y que no lograba entender cabalmente; que, por lo demás, estaba dispuesto a ayudar en la medida de lo posible, pero que en todo aquello que no concerniera a su persona no se entrometería. Entonces tomó una pluma, acercó un papel, cortó un trozo del tamaño de una receta y le anunció que le prescribiría ya mismo lo que necesitaba.

—¡No, señor, no hace falta, Krestián Ivánovich! ¡No, señor, no hace ninguna falta! —dijo el señor Goliadkin incorporándose y tomándole al doctor la mano derecha—. Eso no es en absoluto necesario, Krestián Ivánovich...

Y sin embargo, mientras decía eso, en el señor Goliadkin sucedió una extraña transformación. Sus ojos grises brillaron de un modo raro, sus labios comenzaron a temblar, todos los músculos, todas las facciones de su rostro se conmovieron, se estremecieron. Todo él empezó a temblar. Luego de su primer movimiento y de haber detenido la mano del doctor, el señor Goliadkin permanecía ahora de pie, inmóvil, como si no confiara en sí mismo y aguardara la inspiración para sus siguientes actos.

Entonces se produjo una escena bastante extraña.

Krestián Ivánovich, algo desconcertado, quedó por un instante como clavado a su sillón y, sin saber qué hacer, miraba con los ojos bien abiertos al señor Goliadkin, quien lo miraba del mismo modo. Finalmente Krestián Ivánovich se levantó, aferrándose ligeramente de una solapa del uniforme del señor Goliadkin. Durante unos segundos ambos permanecieron así, inmóviles, sin apartar los ojos uno del otro. Entonces, de un modo sumamente extraño, sobrevino el segundo movimiento del señor Goliadkin. Sus labios comenzaron a sacudirse, la barbilla le tembló y nuestro héroe rompió a llorar inopinadamente. Sollozando, meneando la cabeza y golpeándose el pecho con la mano derecha, mientras con la izquierda aferraba a su vez la solapa del batín de Krestián Ivánovich, quiso decir algo, ofrecer una inmediata explicación, pero no pudo decir palabra. Por fin, Krestián Ivánovich salió de su asombro.

—¡Basta, tranquilícese, siéntese! —dijo al cabo, intentando hacer sentar al señor Goliadkin en un sillón.

—Tengo enemigos, Krestión Ivánovich, tengo enemigos; tengo enemigos malvados que han jurado destruirme... —respondió el señor Goliadkin en un temeroso susurro.

—¡Basta, basta! ¡Qué enemigos ni enemigos! ¡No hace falta a los enemigos mencionar! No hace ninguna falta. Siéntese, siéntese —continuó Krestión Ivánovich, sentando por fin al señor Goliadkin en un sillón.

El señor Goliadkin se sentó por fin sin apartar los ojos del doctor. Krestión Ivánovich, visiblemente disgustado, empezó a ir y venir de una punta a otra de su despacho. Siguió un largo silencio.

—Le estoy agradecido, Krestión Ivánovich, muy agradecido, y aprecio mucho lo que ahora ha hecho por mí<sup>[134]</sup>. Recordaré hasta la muerte su cordialidad, Krestión Ivánovich —dijo por último el señor Goliadkin, levantándose con aire ofendido de su asiento.

—¡Basta, basta! ¡Le digo que basta! —respondió con bastante severidad Krestión Ivánovich, haciendo sentar otra vez al señor Goliadkin en su sitio—. A ver, dígame, ¿qué le pasa? Cuénteme qué es lo que le produce malestar —continuó Krestión Ivánovich— y cuáles son esos enemigos de los que habla. ¿Qué es lo que lo aqueja?

—No, Krestión Ivánovich, mejor dejemos eso ahora —respondió el señor Goliadkin bajando la vista—. Mejor dejemos todo eso a un lado hasta... hasta otra ocasión, Krestión Ivánovich, hasta una ocasión más propicia, cuando todo se haya revelado; cuando a algunas personas se les haya caído la máscara y algo quede al descubierto. Pero de momento, desde luego, después de lo que ha sucedido entre nosotros... usted mismo convendrá, Krestión Ivánovich... Permítame desearle buenos días, Krestión Ivánovich —dijo el señor Goliadkin, esta vez levantándose con resolución y gravedad de su asiento y tomando el sombrero.

—Bueno... como quiera... hum... —Siguió una breve pausa—. Yo, por mi parte, ya sabe, en lo que pueda... y sinceramente le deseo lo mejor.

—Lo entiendo, Krestión Ivánovich, lo entiendo; lo entiendo perfectamente ahora... En cualquier caso, discúlpeme por haberlo molestado, Krestión Ivánovich.

—Hum... No, no es eso a lo que me refería. Pero bueno, no importa. Continúe con los medicamentos de antes<sup>[135]</sup>...

—Seguiré con ellos como usted indica, Krestión Ivánovich, seguiré con ellos, y los seguiré comprando en la misma farmacia... Hoy hasta ser farmacéutico es cosa importante, Krestión Ivánovich...

—¿Cómo? ¿En qué sentido lo dice?

—En el sentido más corriente, Krestión Ivánovich. Quiero decir que hoy el mundo va de tal manera...

—Hum...

—Y que hoy cualquier chiquillo, no solo un farmacéutico, levanta la cresta ante

un hombre decente.

—Hum. ¿Cómo entiende usted eso?

—Me refiero, Krestián Ivánovich, a cierto hombre... a un hombre que ambos conocemos, Krestián Ivánovich, digamos por caso Vladímir Semiónovich...

—¡Ah!...

—Sí, Krestián Ivánovich. Yo también conozco a algunas personas, Krestián Ivánovich, que no comulgan demasiado con la opinión general y a veces dicen la verdad.

—¡Ah!... ¿Y cómo es eso?

—Pues así de simple, señor. Por lo demás, no viene al caso. Y vaya que a veces sacan cada conejo de la galera.

—¿Qué? ¿Sacan qué?

—Un conejo de la galera, Krestián Ivánovich; es un refrán ruso. A veces saben felicitar a alguien muy a propósito, por ejemplo. Hay personas así, Krestián Ivánovich.

—¿Felicitar?

—Así es, felicitar, Krestián Ivánovich, como lo hizo el otro día uno de mis íntimos conocidos...

—Uno de sus íntimos conocidos... ¡Ah! ¿Y cómo es eso? —dijo Krestián Ivánovich mirando atentamente al señor Goliadkin.

—Sí, señor, uno de mis íntimos conocidos felicitó por la promoción, por el ascenso al rango de asesor, a otro conocido también muy cercano, amigo además, un gran amigo, como suele decirse. Así fue como dijo: «Me alegro profundamente de tener la ocasión de acercarle mis felicitaciones, Vladímir Semiónovich, mis más *sinceras* felicitaciones por su ascenso. Y más me alegro aún porque actualmente, como todo el mundo sabe, han desaparecido los favoritismos» —ahí el señor Goliadkin sacudió la cabeza con aire burlón y, entornando los ojos, miró a Krestián Ivánovich.

—Hum. Así que dijo eso...

—Dijo eso, Krestián Ivánovich, dijo eso, y ahí mismo echó una mirada a Andréi Filíppovich, tío de nuestra cosita Vladímir Semiónovich. Pero ¿a mí qué me importa, Krestián Ivánovich, que lo hayan nombrado asesor? ¿Yo qué tengo que ver? Y encima quiere casarse cuando todavía, con permiso sea dicho, tiene fresca la leche en los labios. Y así se lo dije. «¡Ahí tiene usted, Vladímir Semiónovich!». Ahora he dicho todo, permítame retirarme.

—Hum...

—Sí, Krestián Ivánovich, le digo que ahora me permita retirarme. Y ahí mismo, para matar dos pájaros de un tiro, después de abatir al joven con lo del favoritismo, me dirijo a Klara Olsúfevna (esto ocurrió anteayer en casa de su padre, Olsufi Ivánovich), que acababa de cantar una romanza sentimental, y le digo: «Usted se ha dignado cantar con mucho sentimiento unas romanzas, pero los que la escuchan no lo

hacen con el corazón limpio». Y con ello insinuó claramente, vea usted, Krestían Ivánovich, insinuó claramente que ahora le andan atrás por interés...

—¡Ah! Pero ¿y él qué hizo?

—Puso una cara como si hubiera mordido un limón, como dice el refrán, Krestían Ivánovich.

—Hum...

—Así es, Krestían Ivánovich. Y al viejo también le digo: «Olsufi Ivánovich, sé cuánto le debo, doy el justo valor a todos los favores con los que me ha colmado casi desde la infancia. Pero abra los ojos, Olsufi Ivánovich. Mire. Yo actúo con franqueza y sin trampas, Olsufi Ivánovich».

—¡Ah! ¡Pues así son las cosas!

—Sí, Krestían Ivánovich. Así son las cosas...

—¿Y él qué dijo?

—¿Y qué iba a decir, Krestían Ivánovich? Masculló algo, que esto y que lo otro, que ya te conozco, que su Excelencia es un bienhechor; se largó a hablar y le dio largas al asunto... ¿Qué más se podía esperar? Como suele decirse, está un poco tocado por la vejez.

—¡Ah! ¡Conque así están las cosas!

—Sí, Krestían Ivánovich. ¡Así andamos! ¡Está hecho un vejestorio! Tiene un pie en el cajón, está en las últimas, como suele decirse, pero en cuanto las mujeres empiezan con sus cotilleos él para la oreja; no se puede decir nada sin él...

—¿Cotilleos dice?

—Sí, Krestían Ivánovich, andan cotilleando. Ahí tienen parte nuestro oso y su sobrino, nuestra cosita; se juntaron con las viejas, por supuesto, y pergeñaron el asunto. ¿Qué cree usted? ¿Qué cree usted que inventaron para matar a un hombre?...

—¿Para matar a un hombre?

—Sí, Krestían Ivánovich, para matar a un hombre, para matarlo moralmente. Hicieron correr... yo siempre me refiero a mi íntimo conocido...

Krestían Ivánovich asintió con la cabeza.

—Hicieron correr un rumor sobre él... Confieso que hasta me da vergüenza decirlo, Krestían Ivánovich.

—Hum...

—Hicieron correr el rumor de que había firmado un compromiso de matrimonio cuando ya era el prometido de otra... ¿Y quién cree usted que es esa otra, Krestían Ivánovich?

—Pues a decir verdad...

—Una cocinera, una alemana indecente que le preparaba el almuerzo; a cambio de la deuda le ofreció su mano.

—¿Eso dicen?

—¿Lo cree usted, Krestían Ivánovich? Una alemana, una vil, mezquina y desvergonzada alemana; Karolina Ivánovna, por si la conoce...

—Confieso que por mi parte...

—Lo entiendo, Krestían Ivánovich, lo entiendo, y por mi parte siento también que...

—Dígame, por favor, ¿dónde vive usted ahora?

—¿Que dónde vivo ahora, Krestían Ivánovich?

—Sí... quiero... me parece que antes usted vivía...

—Vivía, Krestían Ivánovich, vivía, también antes vivía. ¡Cómo no vivir! —respondió el señor Goliadkin, acompañando sus palabras con una ligera risa y desconcertando un poco con su respuesta a Krestían Ivánovich.

—No, no me ha entendido bien; por mi parte yo quería...

—Yo también quería, Krestían Ivánovich, por mi parte yo también quería —continuó entre risas el señor Goliadkin—. Pero<sup>[136]</sup> ya le he robado mucho tiempo, Krestían Ivánovich. Espero que ahora me permita... desearle buenos días...

—Hum...

—Sí, Krestían Ivánovich, lo entiendo; ahora lo entiendo perfectamente... —dijo nuestro héroe pavoneándose un poco ante el doctor—. Así pues, permítame desearle buenos días...

Entonces nuestro héroe chocó los talones y salió de la habitación, dejando en el mayor asombro a Krestían Ivánovich. Al bajar por la escalera, se sonreía y se frotaba alegre las manos. En el soportal, al respirar el aire fresco y sentirse en libertad, casi estuvo a punto de reconocerse el más feliz de los mortales y de dirigirse directamente a la oficina, pero de pronto en la entrada retumbó su coche; lo miró y recordó todo. Petrushka ya abría las portezuelas. Una sensación extraña y sumamente desagradable se apoderó por entero del señor Goliadkin. Por un instante pareció ruborizarse. Sintió una punzada. Ya se disponía a poner el pie en el estribo del coche cuando de pronto se volvió y miró hacia las ventanas de Krestían Ivánovich. ¡Eso era! Krestían Ivánovich estaba de pie junto a una ventana, acariciándose las patillas con la mano derecha y observando con bastante curiosidad a nuestro héroe.

«Este doctor es un tonto —pensó el señor Goliadkin entrando en el<sup>[137]</sup> coche—, un tonto de remate. Puede que cure bien a sus pacientes, pero así y todo... es tonto como un burro».

El señor Goliadkin se sentó, Petrushka gritó: «¡En marcha!» y el coche echó a rodar otra vez en dirección a la Avenida Nevski.

## CAPÍTULO III<sup>[138]</sup>

Toda esa mañana el señor Goliadkin la pasó en medio de terribles trajines. Al llegar a la Avenida Nevski nuestro héroe ordenó detener el coche frente a las grandes tiendas Gostini Dvor. Saltó de su coche, corrió bajo la arcada en compañía de Petrushka y se encaminó directo al puesto de artículos de oro y plata. Con solo ver el aspecto del señor Goliadkin se advertía que estaba hasta el cuello de ocupaciones y atiborrado de gestiones. Tras convenir el precio de un servicio completo de almuerzo y de té en algo más de mil quinientos rublos, incluyendo en esa suma una cigarrera de rebuscada forma y un juego completo para afeitarse de plata, y tras consultar finalmente el precio de otras cositas útiles y agradables a su modo, el señor Goliadkin acabó prometiendo pasar sin falta al día siguiente o incluso enviar ese mismo día a recoger su compra; luego anotó el número del puesto y, tras escuchar atentamente al mercader, que le pedía un pequeño anticipo, prometió que también habría anticipo a su debido tiempo. Luego de ello se apresuró a despedirse del perplejo mercader, continuó por la hilera de puestos, seguido de todo un enjambre de tenderos, volviéndose a cada instante para mirar a Petrushka y buscando minuciosamente algún puesto nuevo. Pasó raudo por un puestito de cambio y cambió todos sus billetes grandes por pequeños, y aunque en la transacción salió perdiendo, engrosó considerablemente su billetera, lo que por lo visto le proporcionó un gran placer. Por último se detuvo en una tienda de géneros para mujer. Acordó una compra por una suma notable, y allí también el señor Goliadkin prometió al mercader pasar sin falta, tomó el número del puesto y, a la pregunta por el anticipo, volvió a repetir que habría anticipo a su debido tiempo. Después visitó varios puestos más; en todos regateaba, consultaba el precio de diferentes cositas, discutía a veces largo rato con los mercaderes, saliendo del puesto y entrando hasta tres veces; en una palabra, desplegó una extraordinaria actividad. Del Gostini Dvor nuestro héroe se dirigió a una conocida tienda de muebles en la que acordó la compra de mobiliario para seis habitaciones, admiró un tocador femenino bastante rebuscado, a la última moda, y, asegurándole al comerciante que mandaría recoger todo ello sin falta, salió de la tienda prometiendo, según su costumbre, un anticipo; luego pasó por más lugares y acordó más compras. En una palabra, su trajín no parecía tener fin. Por último todo aquello, al parecer, acabó por hartar profundamente al propio señor Goliadkin. Incluso, y sabrá Dios por qué motivo, empezaron a atormentarlo, de buenas a primeras, remordimientos de conciencia. Ahora no hubiera consentido por nada del mundo encontrarse, por ejemplo, con Andréi Filíppovich, o siquiera con Krestián Ivánovich. Finalmente, los relojes de la ciudad dieron las tres de la tarde. Cuando el señor Goliadkin ocupó otra vez su sitio en el coche, de todas las adquisiciones que había hecho por la mañana solo resultaron ser reales apenas un par de guantes y un frasquito de perfume de un rublo y medio. Puesto que para el señor Goliadkin era aún bastante temprano, ordenó a su cochero detenerse junto a un famoso restaurante sobre

la Avenida Nevski que hasta entonces solo conocía de oídas; se apeó del coche y corrió a picar algo, descansar y aguardar la hora señalada.

Luego de picar como quien tiene en vistas una suntuosa comida de gala, es decir, picoteando esto y lo otro para, como suele decirse, matar el gusanillo, y de beber una copita de vodka, el señor Goliadkin se apoltronó en un sillón y, mirando con discreción en torno suyo, se puso a leer un magro periódico nacional<sup>[139]</sup>. Leyó dos renglones, se levantó, se miró al espejo, se arregló el uniforme y se alisó el pelo; luego se acercó a una ventana y miró a ver si su coche seguía allí... luego volvió a sentarse en su sitio y tomó el periódico. Podía advertirse que nuestro héroe era presa de una gran agitación. Consultó su reloj y, al ver que recién eran las tres y cuarto y aún tenía, por tanto, una larga espera por delante, y tras reflexionar además que quedarse así sentado resultaba indecoroso, el señor Goliadkin ordenó un chocolate del que en ese momento no sentía mayor apetencia. Luego de beber el chocolate y notar que había transcurrido cierto tiempo se dirigió a pagar. De repente alguien le dio un golpecito en el hombro.

Giró y vio ante sí a dos de sus compañeros de oficina, los mismos que se había encontrado por la mañana sobre la calle Litéinaia, unos muchachos aún muy jóvenes por edad y por rango. La relación que nuestro héroe tenía con ellos era ni fu ni fa, ni de amistad ni de abierta hostilidad. Desde luego, ambas partes observaban el decoro, pero sus vínculos no iban más allá, ni podían hacerlo. El presente encuentro fue muy desagradable para el señor Goliadkin. Frunció un poco el ceño y por un instante quedó turbado.

—¡Iákov Petróvich, Iákov Petróvich! —gorjearon los dos registradores colegiados—. ¿Usted aquí? ¿Qué lo ha...?

—¡Ah! ¡Pero si son ustedes, señores! —se apresuró a interrumpirlos el señor Goliadkin, algo azorado y escandalizado por la sorpresa que delataban los empleados y, a la vez, por su familiaridad en el trato, pero, sin embargo, asumiendo a la fuerza un aire desenvuelto y jovial—. ¡Han desertado, señores, je, je, je!... —entonces, para no comprometerse y adoptar un tono condescendiente con la juventud de la oficina, de la que siempre se había mantenido a la distancia debida, quiso incluso dar una palmada en el hombro a uno de los muchachos, pero esa vez el compañerismo no le salió nada bien al señor Goliadkin; en lugar de un gesto familiar y decoroso, resultó algo completamente diferente.

—Y bien, ¿nuestro oso está en la oficina?...

—¿A quién se refiere, Iákov Petróvich?

—Vamos, al oso, como si no supieran a quién llamamos oso... —el señor Goliadkin se echó a reír y se volvió hacia el encargado para recoger el vuelto—. Me refiero a Andréi Filíppovich, señores —continuó tras acabar con el encargado, esta vez dirigiéndose a los empleados con aspecto muy serio. Los jóvenes intercambiaron guiños significativos.

—Todavía está allí y preguntaba por usted, Iákov Petróvich —respondió uno de

ellos.

—¡Conque está allí, eh! En ese caso, que allí se quede, señores. ¿Y preguntaba por mí, eh?

—Sí, Iákov Petróvich. Pero ¿por qué anda usted<sup>17</sup> así perfumado, untado, de punta en blanco?...

—¡Así es, señores, así es! Pero basta... —respondió el señor Goliadkin mirando hacia un lado y forzando una sonrisa. Al ver que el señor Goliadkin sonreía, los empleados prorrumpieron en carcajadas. El señor Goliadkin se sintió un poco tocado<sup>[140]</sup>.

—Les diré algo como amigo, señores —dijo<sup>[141]</sup> nuestro héroe tras breve pausa, como si se hubiera decidido (y así era, en efecto) a revelarles un secreto—. Todos ustedes me conocen, señores, pero hasta ahora solo han conocido una de mis facetas. No hay a quién reprocharle esa circunstancia, aunque en parte debo confesar que yo mismo soy el culpable.

El señor Goliadkin apretó los labios y miró expresivamente a los empleados. Estos volvieron a intercambiar guiños.

—Hasta ahora, señores, ustedes no me han conocido<sup>[142]</sup>. Explicárselos aquí y ahora no sería lo más adecuado. Solo les diré algo de pasada y muy por encima. Hay gente, señores, a la que no le gusta andarse con rodeos y solo usa máscara en las mascaradas. Hay gente para la cual la finalidad última del hombre no es saber lustrar el *parquet* con las botas. También hay gente, señores, que no se sentirá feliz ni vivirá plenamente porque, por ejemplo, los pantalones le calzan bien. Por último, señores, hay gente a la que no le gusta andarse con brincos y volteretas así porque sí, embaucar y adular, y, sobre todo, señores, meter la nariz donde nadie la llama... Señores, les he dicho casi todo; permítanme ahora que me retire...

El señor Goliadkin se detuvo. Los señores registradores, ahora plenamente satisfechos, rompieron a reír con extrema descortesía. El señor Goliadkin se inflamó.

—¡Ríanse, señores, ríanse por ahora! Vivan y ya verán —dijo con sentimiento de dignidad ofendida, tomando el sombrero y encaminándose a las puertas—. Pero les diré algo más, señores —añadió dirigiéndose por última vez a los señores registradores—. Les diré algo más ahora que los tengo cara a cara<sup>[143]</sup>. Estas son mis reglas, señores: si no resulta me vuelvo más fuerte, y si resulta me mantengo firme; en todo caso, no le serrucho el piso a nadie. No soy un intrigante, y me enorgullezco de ello. No serviría para diplomático. Además, señores, dicen que el ave vuela sola hacia el cazador. Que así sea, puedo convenir en ello, pero ¿quién es aquí el ave y quién el cazador? ¡Ahí tienen otra pregunta, señores!

El señor Goliadkin guardó un silencio elocuente y con un mohín muy significativo, es decir, levantando las cejas y apretando los dientes a más no poder, hizo sendas reverencias a los empleados y se retiró, dejando a estos en el mayor asombro.

—¿Adónde manda? —preguntó con bastante severidad Petrushka, harto por lo



visto de deambular en el frío—. ¿Adónde manda? —le preguntó al señor Goliadkin al recibir la terrible y aniquiladora mirada<sup>[144]</sup> de la que nuestro héroe ya se había armado aquella mañana y a la que ahora recurría por tercera vez al bajar la escalera.

—Al puente Izmáilovski.

—¡Al puente Izmáilovski! ¡En marcha!

«La comida en casa de ellos no empezará hasta después de las cuatro o incluso hasta las cinco —pensaba el señor Goliadkin—. ¿No será temprano todavía? Aunque bien puedo llegar antes; además, se trata de una comida familiar. Yo puedo caer así, *sans façon*, como suele decirse entre la gente bien. ¿Por qué no podría yo caer *sans façon*? Nuestro oso también dijo que todo será *sans façon*, y por eso yo también...». Así pensaba el señor Goliadkin, y entretanto su agitación era cada vez más grande. Se advertía que se estaba preparando para algo muy dificultoso, por decir lo menos; mascullaba entre dientes, hacía gestos con la mano derecha, miraba sin cesar por la ventanilla del coche, de modo que, al mirar ahora al señor Goliadkin, nadie diría en efecto que se disponía a comer bien, sin ceremonia, y además en su círculo familiar, *sans façon*, como suele decirse entre la gente bien. Por fin, junto al puente Izmáilovski, el señor Goliadkin señaló un edificio; el coche entró con estruendo por las puertas y se detuvo ante la entrada de la fachada derecha. Al ver una figura femenina en la ventana del primer piso, el señor Goliadkin le envió un beso con la mano. Por lo demás, ni él mismo sabía lo que hacía, porque en ese momento no estaba decididamente vivo ni muerto. Bajó del coche pálido, confundido; subió al soportal, se quitó el sombrero, se arregló el uniforme maquinalmente y, sintiendo un pequeño temblor en las rodillas, empezó a subir la escalera.

—¿Olsufi Ivánovich? —le preguntó al hombre que le había abierto la puerta.

—Está en casa, señor; es decir, no, señor, no está en casa.

—¿Cómo? ¿Qué dices, querido<sup>[145]</sup>? Vengo a la comida, hermano. ¿Acaso no me conoces?

—¡Cómo no voy a conocerlo, señor! Me han ordenado no recibirlo.

—Tú... tú, hermano..., seguramente te equivocas, hermano. ¡Soy yo<sup>[146]</sup>! Estoy invitado, hermano; vengo a la comida —dijo el señor Goliadkin, arrojando el capote y mostrando la visible intención de pasar a las habitaciones.

—Permítame, señor, pero no se puede. Me han ordenado no recibirlo, me han ordenado no permitir su ingreso. ¡Así es!

El señor Goliadkin palideció. En ese mismo momento la puerta que daba a las habitaciones interiores se abrió y apareció Guerásimich, el viejo ayuda de cámara de Olsufi Ivánovich.

—Emelián Guerásimovich, aquí el señor quiere pasar y yo...

—Es usted un tonto, Alekséich. Vaya a las habitaciones y envíe aquí al canalla de Semiónich. Imposible, señor —dijo con tono cortés pero resuelto dirigiéndose al señor Goliadkin—. Absolutamente imposible, señor. Me pide que lo disculpe, pero no puede recibirlo, señor.

—¿Así ha dicho, que no puede recibirme? —preguntó indeciso el señor Goliadkin  
—. Disculpe usted, Guerásimich, pero ¿por qué es imposible?

—Es absolutamente imposible, señor. Yo lo he anunciado, señor, y me ha dicho que lo perdone. Dice que no puede recibirlo, señor.

—Pero ¿por qué? ¿Cómo es esto? ¿Cómo...?[147]

—¡Permítame, permítame!...

—Ah, bueno, esto ya es otra cosa<sup>[148]</sup>, me pide que lo perdone. De todas formas<sup>[149]</sup>, permítame, Guerásimich, pero ¿cómo es esto?

—¡Permítame, permítame! —respondió Guerásimich, apartando con bastante resolución al señor Goliadkin con la mano y abriendo el paso a dos señores que en ese mismo instante entraban en el recibidor. Eran Andréi Filíppovich y su sobrino Vladímir Semiónovich. Ambos miraron con perplejidad al señor Goliadkin. Andréi Filíppovich quiso decir algo, pero el señor Goliadkin ya había tomado una decisión; ya salía del recibidor de Olsufi Ivánovich con la mirada baja, enrojecido, sonriendo, con el rostro totalmente desconcertado.

—Pasaré luego, Guerásimich; me explicaré; confío en que todo esto no tardará en esclarecerse —dijo en el umbral y empezando a bajar la escalera...

—¡Iákov Petróvich, Iákov Petróvich!... —se oyó la voz de Andréi Filíppovich, que iba en pos del señor Goliadkin.

El señor Goliadkin ya se hallaba en el primer descanso de la escalera. Se volvió rápidamente hacia Andréi Filíppovich.

—¿Qué desea, Andréi Filíppovich? —preguntó con tono bastante resuelto.

—¿Qué le pasa, Iákov Petróvich? ¿Cómo es que...?

—No me pasa nada, Andréi Filíppovich. Estoy aquí porque así lo deseo. Es mi vida privada, Andréi Filíppovich<sup>[150]</sup>.

—¿Cómo dice, señor?

—Digo, Andréi Filíppovich, que es mi vida privada, y que aquí, según me parece, no hay nada censurable respecto a mis funciones oficiales.

—¿Cómo? Respecto a sus<sup>[151]</sup>... ¿Qué es lo que le pasa, muy señor mío?

—Nada, Andréi Filíppovich, no tengo problema alguno; una muchachita impertinente y nada más...

—¡¿Qué?!... ¡¿Qué?! —Andréi Filíppovich quedó<sup>[152]</sup> pasmado de asombro. El señor Goliadkin, que hasta entonces había hablado con Andréi Filíppovich desde unos escalones más abajo, mirándolo de tal modo que parecía dispuesto a saltarle directamente a los ojos, al ver que el jefe de departamento estaba un poco azorado, dio, casi sin percatarse, un paso adelante. Andréi Filíppovich se hizo atrás. El señor Goliadkin subió otro escalón, y luego otro. Andréi Filíppovich miró inquieto en torno suyo. El señor Goliadkin empezó de pronto a subir rápido la escalera. Más rápido aún se escurrió Andréi Filíppovich en la habitación y dio un portazo tras de sí. El señor Goliadkin quedó solo. Los ojos se le nublaron. Se extravió por completo y ahora permanecía de pie sumido en absurda meditación, como recordando cierto episodio

también muy absurdo ocurrido hacía poco tiempo. «¡Ay, ay!», susurró sonriendo con esfuerzo. Entretanto, en la parte baja de la escalera se oyeron voces y pasos, seguramente de otros invitados que llegaban a casa de Olsufi Ivánovich. El señor Goliadkin volvió parcialmente en sí, se levantó raudo el cuello de mapache, se ocultó tras él como pudo y a pasitrote, dando tropiezos y trompicones, se precipitó escaleras abajo. Sentía en su interior una especie de debilidad y entumecimiento. Su turbación era tal que, al salir al soportal, no esperó siquiera a que se acercara el<sup>[153]</sup> coche, sino que caminó directamente hasta él a través del patio cubierto de barro. Al llegar al vehículo y disponerse a ocupar su sitio, el señor Goliadkin deseaba que se lo tragara la tierra, o desaparecer en una ratonera junto con el<sup>[154]</sup> coche. Le parecía que todas las personas presentes en casa de Olsufi Ivánovich lo miraban en ese momento desde cada una de las ventanas. Sabía que sin falta moriría allí mismo si se daba vuelta.

—¿De qué te ríes, imbécil? —dijo a toda prisa a Petrushka, que se preparaba para acomodarlo en el coche.

—¿De qué me río? De nada. ¿Adónde manda?

—A casa, vamos...

—¡A casa! —gritó Petrushka, montando al estribo trasero.

«¡Qué voz de cuervo tiene!», pensó el señor Goliadkin. Mientras tanto, el coche ya se había alejado bastante del puente Izmáilovski. De repente nuestro héroe tiró con todas sus fuerzas del cordón y le gritó al cochero que regresara de inmediato. El cochero hizo volver a los caballos y dos minutos más tarde entraba otra vez en el patio de Olsufi Ivánovich.

—¡No hace falta, estúpido, no hace falta, regresa! —gritó el señor Goliadkin, y el cochero reaccionó como si aguardara esa orden: sin objeción alguna ni detenerse junto a la entrada, dio una vuelta completa al patio y salió de nuevo a la calle.

El señor Goliadkin no llegó a casa, sino que, tras atravesar el puente Semiónovski, ordenó girar en un pasaje y se detuvo junto a una taberna de aspecto bastante modesto. Nuestro héroe salió del coche, pagó al cochero y de ese modo se liberó al fin de su coche. A Petrushka le ordenó volver a casa y esperar su regreso. Luego entró en la taberna, tomó un reservado y pidió que le trajeran de comer. Se sentía muy mal, su cabeza era puro caos y confusión. Largo tiempo estuvo yendo y viniendo, agitado, por la habitación; finalmente se sentó a la mesa, apoyó la frente en las manos y, reuniendo todas sus fuerzas, se dispuso a analizar y resolver algunas cosas respecto a su situación actual...

## CAPÍTULO IV<sup>[155]</sup>

El cumpleaños, el solemne cumpleaños de Klara Olsúfevna, hija única del consejero de Estado Berendéiev, antaño benefactor del señor Goliadkin, se celebró con una magnífica y espléndida comida de gala, una comida tal como hacía mucho no se veía en los departamentos de los funcionarios que pueblan los alrededores del puente Izmáilovski, una comida que semejaba más el festín de Baltasar que una comida, que trasuntaba algo babilónico en cuanto a brillo, lujo y decoro, con champaña Veuve Clicquot, ostras y frutos de las tiendas Eliséiev y Miliutin, jugosas terneras y toda la jerarquía de rangos; ese solemne día, celebrado con tan solemne comida, se cerró con un magnífico baile, un baile de familia pequeño e íntimo, pero magnífico en cuanto a gusto, refinamiento y decoro. Por supuesto, reconozco que suele haber tales bailes, pero rara vez<sup>[156]</sup>. Bailes semejantes, más parecidos a festejos familiares que a bailes, solo pueden tener lugar en casas tales como, por ejemplo, la del consejero de Estado Berendéiev. Diré más: dudo de que en todas las casas de los consejeros de Estado puedan ofrecerse bailes semejantes. ¡Oh, si yo fuera poeta! Por lo menos uno como Homero o Pushkin, desde luego; con menos talento es imposible meterse en estos asuntos. Si yo fuera poeta sin falta les pintaría con vivos colores y generoso pincel, ¡oh, lectores!, todo ese día de sublime solemnidad. No, comenzaría mi poema por la comida, pondría especial énfasis en ese instante asombroso y a la vez solemne en que se levantaron las copas para el primer brindis en honor a la zarina de la fiesta. Les describiría, primero, a esos invitados sumidos en un silencio devoto y expectante, más parecido a la elocuencia de Demóstenes que al silencio. Les describiría luego a Andréi Filíppovich como al mayor de los invitados, con cierto derecho a la primacía, adornado con canas y condecoraciones apropiadas a sus canas, de pie en su sitio y levantando por encima de la cabeza su copa de vino espumante, vino traído especialmente de un reino lejano para ser saboreado en ocasiones como esas, vino más parecido a néctar de los dioses que a vino. Les describiría a los invitados y a los felices padres de la zarina de la fiesta levantando también sus copas tras Andréi Filíppovich y fijando en éste ojos rebosantes de expectación<sup>[157]</sup>. Les describiría cómo este Andréi Filíppovich, tan repetidamente mencionado aquí, dejó caer primero una lágrima en la copa, pronunció un discurso de felicitaciones y buenos deseos, anunció un brindis y bebió a la salud... Pero confieso, confieso sin rodeos, que no podría describir toda la solemnidad del momento en que la propia zarina de la fiesta, Klara Olsúfevna, enrojeciendo como una rosa de primavera, con un rubor de beatitud y pudor, se dejó caer, sobrepasada por los sentimientos, en los brazos de su tierna madre; cómo su tierna madre se echó a llorar, y cómo entonces prorrumpió en sollozos el propio padre, el venerable anciano y consejero de Estado Olsufi Ivánovich, privado del uso de las piernas tras un prolongado servicio y premiado por el destino, en reconocimiento a su celo, con un capitalito, una casita, unos campitos y

una bella hija; prorrumpió en sollozos como un niño y dijo entre lágrimas que su Excelencia era un bienhechor. No podría, no, nunca podría, describirles el arrebató general que, como corresponde, siguió a ese momento, arrebató claramente expresado incluso en la conducta de un joven registrador colegiado (que en ese instante se asemejaba más a un consejero de Estado que a un registrador), el cual también derramó lágrimas al atender las palabras de Andréi Filíppovich. Por su parte, Andréi Filíppovich en esa hora solemne no parecía en absoluto un consejero colegiado y jefe de división de un departamento; no, parecía otra cosa diferente... no sé exactamente qué, pero no un consejero colegiado<sup>[158]</sup>. ¡Estaba por encima de eso! Por último... ¡oh! ¿Por qué no poseo el secreto del estilo sublime, majestuoso, del estilo solemne capaz de describir todos esos momentos hermosos y edificantes de la vida humana que parecen especialmente arreglados para probar que a veces la virtud triunfa sobre la mala intención, el librepensamiento, el vicio y la envidia? No diré nada, pero en silencio —lo que será mejor que cualquier elocuencia— les señalaré a ese dichoso joven que entraba en su vigesimosexta primavera, Vladímir Semiónovich, el sobrino de Andréi Filíppovich, quien se levantó a su vez del asiento, quien pronunció a su vez un brindis y en quien se concentraron los ojos lagrimosos de los padres de la zarina de la fiesta, los ojos orgullosos de Andréi Filíppovich, los ojos pudorosos de la propia zarina de la fiesta, los ojos exaltados de los invitados e incluso los ojos sanamente envidiosos de algunos jóvenes compañeros de ese brillante muchacho. No diré nada, aunque no puedo dejar de advertir que todo en ese joven —más parecido a un anciano que a un joven, dicho sea en beneficio suyo—, todo, desde sus lozanos carrillos hasta el rango de asesor que lo distinguía, todo ello en ese momento solemne parecía decir: «¿Hasta dónde puede elevar la buena conducta a un hombre?». No describiré cómo, por último, Antón Antónovich Sietóchkin, jefe de despacho de cierto departamento, compañero de Andréi Filíppovich y antaño de Olsufi Ivánovich, y además viejo amigo de la casa y padrino de Klara Olsúfevna, un viejito de canas blancas como la nieve, propuso a su vez un brindis, cantó como un gallo y entonó alegres versos; cómo, con ese decoroso olvido del decoro, si es posible expresarse así, hizo reír hasta las lágrimas a todos los presentes, y cómo la propia Klara Olsúfevna, por indicación de sus padres, le dio un beso por tanta alegría y amabilidad. Solo diré que, por último, los invitados, que luego de semejante comida debían naturalmente sentirse parientes y hermanos, se levantaron<sup>[159]</sup> de la mesa; cómo después los ancianos y los hombres de fuste, tras un breve rato dedicado a la conversación amistosa e incluso a intercambiar, desde luego, cumplidos muy francos y decorosos, pasaron ceremoniosamente a otra habitación y, sin perder un tiempo precioso, se dividieron en grupos y, con el sentimiento de la propia dignidad, se sentaron a unas mesas forradas de paño verde; cómo las señoras, tras acomodarse en el salón, se volvieron de pronto todas extraordinariamente amables y empezaron a hablar de diferentes temas; cómo, por último, el muy respetado anfitrión, privado del uso de las piernas al servicio de la fe y la verdad, y recompensado con todo lo que ya ha sido mencionado

anteriormente, comenzó a pasearse en muletas entre sus invitados, sostenido por Vladímir Semiónovich y Klara Olsúfevna, y cómo, volviéndose de pronto también extraordinariamente amable, decidió improvisar un pequeño y humilde baile, sin reparar en los gastos; cómo para ello envió a un joven desenvuelto (aquel mismo que durante la comida semejaba más un consejero de Estado que un joven) en busca de músicos; cómo luego llegaron los músicos, en cantidad de once, y cómo, por último, a las ocho y media en punto, resonaron las notas que llamaban a la cuadrilla francesa y demás danzas... Huelga decir que mi pluma es débil, marchita y obtusa para describir con propiedad el baile improvisado con inusitada amabilidad por el canoso anfitrión. ¿Y cómo, pregunto, cómo puedo yo, el modesto narrador de las muy curiosas, por cierto, aventuras del señor Goliadkin, cómo puedo yo describir esa mezcla excepcional y decente de belleza, brillo, decoro, jovialidad, amable seriedad y seria amabilidad, vivacidad, alegría, todos esos juegos y risas de todas esas señoras de funcionarios más parecidas a hadas que a señoras —dicho sea en beneficio suyo—, con sus caritas y hombros rosados y níveos, sus cinturas etéreas, sus piecitos vivaces y juguetones, homeopáticos, para decirlo en estilo elevado<sup>[160]</sup>? ¿Cómo describiré yo, por último, a esos brillantes caballeros con cargos públicos, a los divertidos y a los serios, a los joviales y a los moderados, a los alegres y a los decorosamente pensativos, a los que entre danza y danza fumaban pipa en una pequeña habitación verde y apartada y a los que entre danza y danza no fumaban pipa; caballeros que portaban, del primero al último, un rango y un apellido respetable; caballeros profundamente imbuidos del sentimiento de lo fino y del sentimiento de la propia dignidad; caballeros que en su mayoría hablan en francés con las damas, y si hablan ruso solo se valen de expresiones del más elevado tono, cumplidos y frases profundas; caballeros que acaso solo en la habitación para fumar se permiten algunas amables desviaciones del lenguaje de elevado tono, algunas frases de amistosa y afable intimidad, del tipo: «¡Qué te tiró, Petka, vaya polka que te echaste!», o: «¡Qué te tiró, Vasia, zamarreaste a tu damita cuanto quisiste!»? Para todo eso, como ya he tenido el honor de explicarles, ¡oh, lectores!, mi pluma es insuficiente, y por eso guardo silencio. Mejor volvamos al señor Goliadkin, el único y verdadero héroe de nuestro muy verosímil relato.

Ocurre que se encontraba ahora en una situación muy extraña, por decir lo menos. Él, señores, también estaba allí, es decir, no en el baile, pero casi en el baile. Él, señores, no tenía problema alguno, y aunque era un hombre hecho y derecho, en ese momento no lucía muy bien que digamos; estaba ahora —resulta hasta extraño decirlo—, estaba ahora en el zaguán, en la escalera de servicio de Olsufi Ivánovich. Pero que allí estuviera no tenía nada de malo; estaba allí tranquilito. Él, señores, estaba en un rincón, agazapado en un sitio que, si no más cálido, era cuando menos más oscuro, oculto en parte por un enorme armario y por unos viejos biombos, entre toda suerte de trastos, cachivaches y cacharros, escondido hasta que llegara la hora, y entretanto limitándose a seguir el curso de los acontecimientos en calidad de

espectador ajeno. Él, señores, ahora se limitaba a observar. Él, señores, también podía entrar... ¿y por qué no hacerlo? Solo bastaba dar un paso y entrar, y entraría a sus anchas. Solo entonces —después de permanecer de pie más de dos horas en el frío, entre el armario y los biombos, entre toda suerte de trastos, cachivaches y cacharros — citó, para justificarse, una frase del llorado ministro francés Villèle, a saber: «Todo llega a su tiempo si se sabe esperar». Esa frase el señor Goliadkin la había sacado una vez<sup>[161]</sup> de un libro que, por lo demás, trataba de un tema por completo diferente, pero que ahora acudió muy al caso a su memoria. Primero, la frase se adecuaba muy bien a su situación actual, y segundo, ¿qué no pasa por la cabeza de una persona que espera el feliz desenlace de sus asuntos casi tres horas enteras en un zaguán, en la oscuridad y en el frío? Luego de citar, como ya ha sido dicho, la muy oportuna frase del ex ministro francés Villèle, el señor Goliadkin, sin saber<sup>[162]</sup> por qué, recordó enseguida al antiguo visir turco Martsimiris, así como a la bella margravina Luisa, cuyas historias había leído también una vez en un libro<sup>[163]</sup>. Luego acudió a su memoria que los jesuitas se habían impuesto incluso como regla emplear todos los medios con tal de lograr el objetivo. Recobrando un poco el ánimo por ese dato histórico, el señor Goliadkin se preguntó qué eran los jesuitas. Los jesuitas eran todos, del primero al último, unos grandísimos tontos a los que él dejaría chiquitos si tan solo el buffet (la habitación cuya puerta daba directo al zaguán, a la escalera de servicio en la que ahora se hallaba el señor Goliadkin) quedara libre por un instante; entonces él, a pesar de todos los jesuitas, agarraría y pasaría directamente, primero del buffet a la sala de té, luego a la habitación donde jugaban a las cartas, y de allí directo al salón donde ahora bailaban una polka. Y pasaría, sin falta pasaría, pese a todo pasaría, se colaría, nada más, y nadie lo notaría. Y una vez allí ya sabía qué debía hacer. Ahí tienen, señores, la situación en la que encontramos ahora al héroe de nuestro del todo verosímil relato, aunque, por cierto, es difícil explicar qué era precisamente lo que pasaba con él en dicho momento. Ocurre que hasta el zaguán y la escalera había sabido llegar por la sencilla razón de que por qué no habría de hacerlo cuando todos lo hacen; pero no se atrevía a penetrar más allá, era claro que no se atrevía a hacerlo... no porque hubiera algo a lo que no se atreviera, sino porque sí, porque él mismo no quería, porque prefería pasar con disimulo. Y es por eso, señores, que ahora estaba allí esperando calladito, y que llevaba esperando dos horas y media exactas. ¿Y por qué no esperar? Si hasta el propio Villèle esperaba. «¡Pero qué Villèle ni Villèle! —pensó el señor Goliadkin—. ¿Qué tiene que ver Villèle? ¿Y qué tal si ahora mismo<sup>[164]</sup>... agarro y me meto?... ¡Ay, no eres más que un figurante! —dijo el señor Goliadkin, pellizcándose la mejilla entumecida con la mano entumecida—. ¡Eres un badulaque, un Goliadka<sup>[165]</sup> cualquiera, tu apellido ya lo dice!...». Por lo demás, esos halagos dirigidos en tal momento a su propia persona acudían a su mente porque sí, a la pasada, sin ningún propósito aparente. Estaba a punto de meterse y dio un paso adelante; había llegado la ocasión; el buffet quedó desierto, no había nadie en él; el señor Goliadkin vio todo eso por una ventanita; dio dos pasos más, se encontró

junto a la puerta y la empezó a abrir. «¿Voy o no voy? Vamos, ¿voy o no voy? Iré... ¿por qué no he de ir? ¡El mundo es de los valientes!». Dándose ánimos de esa manera, nuestro héroe de pronto, de modo completamente inusitado, se ocultó tras los biombos. «No —pensó—. ¿Y si llega a entrar alguien<sup>[166]</sup>? Ahí está, acaban de entrar. ¿Por qué me dormí cuando no había nadie? ¡Tenía que agarrar y meterme!...<sup>[167]</sup> ¡No, qué te vas a meter con el carácter que tienes! ¡Qué temperamento más ruin! Te acobardaste como una gallina. ¡Lo tuyo es acobardarte! ¡Eso es! ¡Arruinar siempre todo! De eso no caben dudas. ¡Aquí estoy<sup>[168]</sup>, plantado como un zopenco, ni más ni menos! Ahora podría estar en casa tomando un tecito<sup>[169]</sup>... Qué agradable sería tomarme un tecito. Si llego tarde Petrushka quizás rezongue. ¿Y si me voy a casa? ¡Que se vaya al diablo todo esto! ¡Me voy y listo!». Resolviendo así su situación, el señor Goliadkin se lanzó con rapidez hacia delante, como si alguien hubiera activado un resorte en él. Dio dos pasos y se encontró en el buffet, arrojó el capote, se quitó el sombrero, metió todo ello en un rincón<sup>[170]</sup>, se arregló el uniforme y se alisó el cabello; después... después ingresó en el buffet, de allí se precipitó a otra habitación, se coló casi inadvertidamente entre los exaltados jugadores; después... después... en ese punto el señor Goliadkin perdió registro de todo lo que sucedía a su alrededor, y de repente, como caído del cielo, apareció en la sala de baile.

Como si fuera a propósito, en ese momento nadie bailaba. Las damas paseaban por la sala en pintorescos grupos. Los hombres formaban corrillos o iban y venían por la habitación invitando a bailar a las damas. El señor Goliadkin no advirtió nada de todo ello. Solo vio a Klara Olsúfevna, junto a esta a Andréi Filíppovich, luego a Vladímir Semiónovich y a dos o tres oficiales más, y aun a dos o tres jóvenes también muy interesantes que, según podía juzgarse a primera vista, prometían o ya habían cumplido ciertas esperanzas... Vio también a alguien más. O no; ya no veía a nadie, ya no miraba a nadie... y movido por ese mismo resorte que lo había hecho ingresar bruscamente al baile sin haber sido invitado, siguió adelante, después más adelante, y luego más; tropezó a la pasada con cierto consejero y le dio un pisotón; muy oportunamente pisó el vestido de una venerable anciana y se lo rasgó ligeramente; empujó a un hombre con una bandeja, empujó a otro más y, sin reparar en todo ello, o mejor dicho, reparando pero así nomás, a la pasada, sin mirar a nadie, siguió más y más adelante, hasta que de pronto se encontró ante la mismísima Klara Olsúfevna. Sin duda, en ese momento hubiera deseado, con el mayor placer y sin inmutarse, que se lo tragara la tierra; pero lo hecho, hecho está, y no se puede volver atrás... vaya que no se puede. ¿Qué debía hacer? «Si no resulta vuélvete más fuerte, y si resulta mantente firme». El señor Goliadkin, claro está, no era un intrigante ni un maestro en lustrar el *parquet* con las botas... Y así fue. Además, los jesuitas de algún modo se mezclaron en el asunto... ¡Pero, por lo demás, el señor Goliadkin no tenía tiempo para ocuparse de ellos! Todo lo que caminaba, hacía ruido, hablaba, reía, de pronto, como por encanto, calló, y poco a poco se fue apiñando alrededor del señor Goliadkin. El señor Goliadkin, por lo demás, parecía no oír ni ver nada; no podía



mirar... por nada del mundo podía mirar; bajó los ojos al suelo y así se quedó, dándose, por cierto, a la pasada, palabra de honor de que de un modo u otro se pegaría un tiro esa misma noche. Tras darse esa palabra de honor, el señor Goliadkin se dijo mentalmente: «¡Que sea lo que sea!», y, para gran asombro suyo, rompió de súbito a hablar.

El señor Goliadkin empezó con felicitaciones y buenos deseos. Las felicitaciones pasaron bien, pero en los buenos deseos nuestro héroe se cortó. Sentía que si se cortaba todo se iría enseguida al diablo. Y así sucedió: se cortó y se trabó... se trabó y enrojeció, enrojeció y se extravió, se extravió y levantó los ojos, levantó los ojos y miró alrededor, miró alrededor y... y quedó pasmado... Todo estaba inmóvil, todo callaba, todo aguardaba; un poco más lejos se oyó un susurro; un poco más cerca se oyeron carcajadas. El señor Goliadkin lanzó una mirada sumisa y desesperada a Andréi Filíppovich. Este le respondió con una mirada tal que si nuestro héroe no estuviera ya total y completamente aniquilado, hubiera sin falta caído aniquilado una vez más, si acaso ello fuera posible. El silencio se prolongaba.

—Esto tiene más que ver con asuntos domésticos y con mi vida privada, Andréi Filíppovich —dijo con voz apenas audible el moribundo señor Goliadkin—. No es un lance oficial, Andréi Filíppovich...

—¡Avergüéncese, señor mío, avergüéncese! —dijo Andréi Filíppovich en un susurro, con una inenarrable mueca de indignación. Tras decir eso tomó de la mano a Klara Olsúfevna y dio la espalda al señor Goliadkin...

—No tengo por qué avergonzarme, Andréi Filíppovich —respondió el señor Goliadkin también en un susurro, lanzando miradas desesperadas a su alrededor, azorado e intentando hallar su propio ambiente y estatus social en medio de esa perpleja multitud.

—¡Vamos, no es nada! ¡No es nada, señores! A ver, ¿qué tiene? Vamos, a cualquiera puede pasarle —susurró el señor Goliadkin, desplazándose un poco de su sitio e intentando zafarse de la multitud que lo rodeaba. Le abrieron camino. Nuestro héroe pasó a duras penas entre dos filas de espectadores curiosos y perplejos. La fatalidad lo arrastraba. El propio señor Goliadkin sentía que era la fatalidad la que lo arrastraba. Por supuesto, hubiera dado cualquier cosa por poder hallarse ahora, sin perjuicio del decoro, en su estancia anterior, en el zaguán, junto a la escalera de servicio; pero dado que ello era decididamente imposible, se puso a buscar la forma de escabullirse en algún rincón y quedarse allí tranquilo, con modestia, decoro, separado, sin tocar a nadie, sin llamar la menor atención, pero, a la vez, ganándose la benevolencia de los invitados y del anfitrión. Por lo demás, el señor Goliadkin sentía como si el suelo se abriera bajo sus pies, como si tambaleara y cayera. Por último, llegó hasta un rinconcito y se quedó allí como un observador ajeno, bastante indiferente, apoyando las manos en los respaldos de dos sillas, aferrándolas como si tomara posesión de ellas e intentando en lo posible mirar con animación a todos los invitados de Olsufi Ivánovich que se agrupaban a su alrededor. Quien estaba más

cerca de él era un oficial, un muchacho alto y guapo ante el cual el señor Goliadkin se sentía un verdadero insecto.

—Estas dos sillas, teniente, están reservadas: una para Klara Olsúfevna y otra para la princesa Chevchejánova, que está aquí bailando; se las estoy guardando, teniente —dijo ahogándose el señor Goliadkin, lanzando una mirada implorante al señor teniente. Este, silencioso y con una sonrisa asesina, se apartó. Habiendo fracasado en un sitio, nuestro héroe quiso probar suerte en algún otro lugar, y para ello fue derecho hacia un consejero con una cruz importante en el cuello. Pero el consejero lo midió con una mirada tan gélida que el señor Goliadkin sintió claramente que derramaban sobre él un balde entero de agua fría. El señor Goliadkin se calmó. Decidió que lo mejor era callar, no hablar, mostrar que era un hombre hecho y derecho, igual a los demás, y que su situación, según su parecer al menos, era también decorosa. Con ese fin clavó la vista en las bocamangas de su uniforme, después levantó los ojos y los fijó en un señor de apariencia muy venerable. «Ese señor lleva peluca —pensó el señor Goliadkin—. Si se la quitara se vería una cabeza desnuda, punto por punto como la palma de mi mano». Tras tan importante descubrimiento, el señor Goliadkin recordó los emires árabes, a los cuales, si se les quita el turbante verde que llevan en señal de parentesco con el profeta Mahoma, también les queda una cabeza desnuda y calva. Luego, tal vez siguiendo una singular concatenación de ideas relativas a los turcos en su cabeza, el señor Goliadkin llegó hasta las babuchas turcas, y allí recordó al paso que Andréi Filíppovich llevaba botas más parecidas a babuchas que a botas. Podía advertirse que el señor Goliadkin se iba acostumbrando poco a poco a su situación. «Si ahora esa araña —vino a la mente del señor Goliadkin—, si ahora esa araña se desprendiera y cayera sobre los invitados, yo me arrojaría de inmediato a salvar a Klara Olsúfevna, y luego de salvarla le diría: ‘No se preocupe, señora mía, no ha sido nada, yo soy su salvador’. Después...». Ahí el señor Goliadkin volvió los ojos hacia un lado, buscando a Klara Olsúfevna, y vio a Guerásimich, el viejo ayuda de cámara de Olsufi Ivánovich. Guerásimich, con el más solícito, el más oficial y solemne de los aspectos avanzaba directo hacia él. El señor Goliadkin se estremeció y frunció el ceño presa de una sensación indefinida y, a la vez, muy desagradable. Miró maquinalmente en torno suyo; se le ocurrió que habría algún medio sencillo, al alcance de la mano, de escabullirse de costado y en silencio de su desgracia; agarrar así nomás y esfumarse, es decir, actuar como si tal cosa, como si no tuviera nada que ver en el asunto. Sin embargo, antes de que nuestro héroe tuviera tiempo de decidirse a cualquier acción, Guerásimich ya estaba de pie ante él.

—Vea, Guerásimich —dijo nuestro héroe, dirigiéndose con una sonrisita a Guerásimich<sup>[171]</sup>—. Usted vea y comuníquelo; mire allí, la vela del candelabro, Guerásimich, se está por caer, así que ¿sabe usted?, mande que la enderecen; en verdad se está por caer, Guerásimich...

—¿La vela, señor? No, señor, la vela está derecha. Allí hay alguien que pregunta

por usted, señor.

—¿Quién pregunta por mí, Guerásimich?

—En verdad, señor, no sé exactamente quién. Un hombre de parte de no sé quién, señor. Pregunta si aquí se encuentra Iákov Petróvich Goliadkin. «Si está, llámelo — me ha dicho—, es por un asunto urgente y muy importante»... así me ha dicho, señor.

—No, Guerásimich, se equivoca usted. En eso, Guerásimich, está usted equivocado.

—Lo dudo, señor...

—No, Guerásimich, no lo dude; aquí no hay nada dudoso, Guerásimich. Nadie pregunta por mí, Guerásimich, no hay quien pueda preguntar por mí, y aquí estoy a gusto, o sea, en mi lugar, Guerásimich.

El señor Goliadkin tomó aliento y miró alrededor. ¡Así era! Todos los que estaban en la sala apuntaban su mirada y su oído hacia él en una suerte de solemne expectación. Los hombres se apiñaban cerca de él y aguzaban el oído. Más lejos, las damas cuchicheaban alarmadas. El propio anfitrión apareció a una distancia bastante corta del señor Goliadkin, y si bien por su aspecto era imposible advertir que él también, por su parte, tenía un interés directo e inmediato en los asuntos del señor Goliadkin, ya que todo se desarrollaba con la mayor delicadeza, todo ello, no obstante, hizo sentir claramente al héroe de nuestro relato que había llegado para él el instante decisivo. El señor Goliadkin veía con claridad que había llegado el momento de dar un golpe audaz, de llenar de oprobio a sus enemigos. El señor Goliadkin estaba alterado. El señor Goliadkin sintió cierta inspiración y con voz trémula y solemne comenzó de nuevo, dirigiéndose al expectante Guerásimich:

—No, amigo mío, nadie pregunta por mí. Te equivocas. Te diré más: también estabas equivocado hoy por la mañana, al asegurarme... al atreverte a asegurarme, quiero decir —aquí el señor Goliadkin levantó el tono—, que Olsufi Ivánovich, mi benefactor desde tiempos inmemoriales, que en cierto sentido ha sido un padre para mí, me cerraba su puerta en un momento en que su corazón paterno se henchía de solemne alegría familiar —el señor Goliadkin, satisfecho de sí mismo, pero con honda emoción, miró a su alrededor; en sus pestañas brillaron lágrimas—. Te repito, amigo mío —concluyó nuestro héroe—, te has equivocado, te has equivocado cruel e imperdonablemente...

Fue un momento triunfal. El señor Goliadkin sentía que el efecto producido era el correcto. El señor Goliadkin estaba de pie, mirando sumiso el suelo aguardando el abrazo de Olsufi Ivánovich. Entre los invitados se percibía la agitación y la perplejidad; hasta el inexorable y terrible Guerásimich tropezó al decir: «lo dudo, señor»... cuando de repente la despiadada orquesta, de buenas a primeras, estalló en una polka. Todo estaba perdido, todo se lo había llevado el viento. El señor Goliadkin se estremeció, Guerásimich retrocedió, todos los que estaban en la sala comenzaron a agitarse como el mar, Vladímir Semiónovich voló a toda prisa con Klara Olsúfevna, encabezando la danza, seguido por el bello teniente y la Chevchejánova. Los

espectadores se apiñaban con curiosidad y entusiasmo para ver a los que bailaban la polka, una danza interesante, nueva y de moda que volvía loco a todo el mundo. El señor Goliadkin fue momentáneamente olvidado. Pero de pronto todo se alteró, se confundió, se conmocionó; la música cesó... un extraño suceso había ocurrido. Klara Olsúfevna, extenuada por la danza y casi sin aliento a causa del cansancio, con las mejillas encendidas y el pecho profundamente agitado, se dejó caer al fin, agotada, en un sillón. Todos los corazones se volvieron hacia la encantadora hechicera, todos luchaban por ser el primero en felicitarla y agradecerle por el placer que procuraba, cuando de pronto apareció ante ella el señor Goliadkin. El señor Goliadkin estaba pálido y desencajado; parecía que él también estaba extenuado, apenas se movía. Por algún motivo sonreía y tendió una mano implorante. Klara Olsúfevna, asombrada, no hizo a tiempo a retirar la suya, y maquinalmente se levantó ante la invitación del señor Goliadkin. Este se tambaleó hacia delante, primero una vez, luego otra; luego levantó un piecito, luego como que lo arrastró, luego como que pateó, luego como que tropezó... él también quería bailar con Klara Olsúfevna<sup>[172]</sup>. Klara Olsúfevna lanzó un grito; todos se lanzaron a liberar su mano de la del señor Goliadkin, y en el acto nuestro héroe fue empujado por la multitud a casi diez metros de distancia. En torno a él también se formó un círculo. Se oyeron el chillido y el grito de dos viejas a las que el señor Goliadkin casi derriba en su retirada. La turbación era terrible; todos preguntaban, todos gritaban, todos discutían. La orquesta calló. Nuestro héroe se revolvió en su círculo y maquinalmente, sonriendo a medias, balbuceaba entre dientes: «Pero ¿por qué no? Si una polka, según mi parecer al menos, es una danza nueva y muy interesante creada para el regocijo de las damas... pero<sup>[173]</sup> bueno, si las cosas son así, entonces consiento en no bailarla». Pero el consentimiento del señor Goliadkin, por lo visto, no era requerido por nadie. Nuestro héroe sintió de pronto que una mano caía sobre la suya, que otra se apoyaba ligeramente sobre su espalda, y que con especial solicitud lo apartaban hacia un lado. Por último advirtió que iba directo hacia las puertas. El señor Goliadkin quiso decir algo, hacer algo... Pero no, ya no quería nada. Solo reía maquinalmente. Por último sintió que le echaban encima el capote y le encasquetaban el sombrero hasta los ojos; que, por último, se sentía en el zaguán, en la oscuridad y en el frío, y por último en la escalera. Por último tropezó y creyó caer a un abismo; quiso lanzar un grito y de pronto apareció en el patio. El aire fresco sopló sobre él y por un segundo se detuvo; en ese mismo instante llegaron hasta él los sonidos de la orquesta, que nuevamente atronaba. El señor Goliadkin de pronto lo recordó todo; parecía que todas las fuerzas que lo habían abandonado ahora regresaban a él. Se arrancó del lugar en el que hasta entonces parecía clavado y se echó a correr hacia delante, a cualquier parte, al aire libre, a la libertad, adonde lo llevara el viento...

## CAPÍTULO V<sup>[174]</sup>

En todas las torres de Petersburgo que marcan y dan las horas sonaron las doce de la noche cuando el señor Goliadkin, fuera de sí, corría en dirección al muelle del río Fontanka, cerca del puente Izmáilovski, para ponerse a salvo de los enemigos, de las persecuciones, de la lluvia de afrentas que caía sobre él, del grito de las viejas alarmadas, de los «¡oh!» y los «¡ah!» de las mujeres y de las miradas asesinas de Andréi Filíppovich. El señor Goliadkin había sido aniquilado, aniquilado por completo, en el cabal sentido de la palabra, y si en ese momento conservaba la capacidad de correr se debía únicamente a un milagro, a un milagro en el que él mismo, en última instancia, se negaba a creer. La noche era espantosa, una noche de noviembre, húmeda, nebulosa, lluviosa, nevosa, preñada de fluxiones, resfríos, fiebres, anginas, calenturas de todos los tipos y especies posibles, en una palabra, de todas las dádivas de un noviembre petersburgués. El viento aullaba en las calles desiertas, levantando las aguas negras del Fontanka por encima de las argollas de amarre y sacudiendo provocativamente los magros faroles del muelle, los cuales, a su vez, acompañaban su aullido con un chirrido agudo y penetrante, conformando ese concierto infinito, chillón y tintineante tan conocido por los habitantes de Petersburgo. Llovía y nevaba al mismo tiempo. Las ráfagas de lluvia desgarradas por el viento caían casi horizontalmente, como eyectadas por una manguera de incendio, y picaban y punzaban el rostro del desdichado señor Goliadkin como si fueran alfileres y agujas. En el silencio nocturno, interrumpido tan solo por el lejano rumor de los coches, el aullido del viento y el chirrido de los faroles, se oía el lúgubre crepitar y el murmullo del agua que caía de todos los tejados, soportales, canaletas y cornisas sobre las veredas de granito. No había un alma por ninguna parte, y parecía que no podía haberla a esas horas y con ese tiempo. Así pues, únicamente el señor Goliadkin, a solas con su desesperación, trotaba entonces por la vereda del Fontanka con su pasito habitual, corto y ligero, apurándose por llegar cuanto antes a su calle Shestilávochnaia, a su tercer piso, a su departamento.

Aunque la nieve, la lluvia y todo aquello para lo que ni siquiera hay nombre cuando en el cielo de Petersburgo se desata la borrasca y se cierne la tempestad atacaron de pronto y a la vez al ya de por sí desdichado señor Goliadkin, sin clemencia ni tregua alguna, calándolo hasta los huesos, azotándole los ojos, sacudiéndolo por todas partes, sacándolo del camino y del poco quicio que le quedaba, aunque todo ello se abatió de una vez sobre el señor Goliadkin, como habiéndose confabulado y conspirado contra él para dar el toque final a un díita, una tardecita y una nohecita de maravillas, a pesar de todo ello el señor Goliadkin era casi insensible a esa última prueba de su adversa fortuna: ¡tanto lo había conmovido y afectado todo lo que le había sucedido unos minutos atrás en casa del señor consejero de Estado Berendéiev! Si ahora cualquier observador ajeno y desinteresado mirara así nomás, de costado, el paso angustiado del señor Goliadkin, se vería atravesado en el

acto por todo el espantoso horror de su desgracia, y sin falta diría que el señor Goliadkin tenía el aspecto como de alguien que quiere esconderse de sí mismo, como de alguien que quiere huir de sí mismo. ¡Sí! Así era en efecto. Diremos más: el señor Goliadkin no solo deseaba ahora huir de sí mismo, sino incluso aniquilarse, no ser, reducirse a cenizas. En ese momento no prestaba atención a nada de lo que lo rodeaba, no entendía nada de lo que a su alrededor pasaba, y miraba como si para él no existieran en realidad ni las contrariedades de una noche horrible, ni el largo camino, ni la lluvia, ni la nieve, ni el viento, ni todo ese clima hostil. El chanclo que se desprendió de la bota derecha del señor Goliadkin quedó allí en el barro y la nieve, sobre la vereda del Fontanka, y el señor Goliadkin no pensó siquiera en regresar por él, ya que ni siquiera había reparado en la pérdida. Iba tan desconcertado que varias veces, de pronto, a despecho de todo cuanto lo rodeaba, atravesado por la conciencia de su reciente y terrible caída, se detenía y permanecía inmóvil como un poste en medio de la vereda; en ese momento se sentía morir, desaparecer; después, de repente, se arrancaba del lugar como enloquecido y corría, corría sin mirar atrás, como poniéndose a salvo de una persecución, de una desgracia aún más terrible... ¡En verdad, su situación era terrible!... Por último, ya extenuado, el señor Goliadkin se detuvo, se apoyó contra la baranda del muelle adoptando la pose de un hombre al que de pronto, del modo más inesperado, le empieza a salir sangre de la nariz, y por unos instantes se quedó mirando fijamente el agua negra del Fontanka. No se sabe cuánto tiempo exactamente pasó en esa contemplación. Solo se sabe que en ese momento el señor Goliadkin alcanzó tal desesperación, se sentía tan deshecho, tan agotado, tan abrumado, tan privado del poco ánimo que ya de por sí le quedaba, que se olvidó de todo, del puente Izmáilovski, de la calle Shestilávochnaia, de su situación actual... ¿Y qué, después de todo? Si todo le daba lo mismo: el asunto estaba consumado, terminado<sup>[175]</sup>, la decisión refrendada y firmada. ¿Qué le importaba a él?... De pronto... de pronto se estremeció con todo el cuerpo y sin querer saltó dos pasos hacia un costado. Presa de una inexplicable inquietud comenzó a mirar en torno suyo, pero no había nadie ni ocurría nada de particular; y sin embargo... sin embargo le pareció que alguien, en ese mismo instante, estaba allí junto a él, a su lado, también acodado sobre la baranda del muelle, y —¡cosa extraña! — incluso le había dicho algo, algo rápido, entrecortado, no del todo inteligible, pero que le atañía muy de cerca, algo relacionado con él. «¿Qué es esto? ¿Me habrá parecido? —dijo el señor Goliadkin volviendo a mirar en torno suyo—. Pero ¿dónde estoy?... ¡Ay, ay!», concluyó agachando la cabeza, y sin embargo, imbuido de un sentimiento de inquietud, de angustia, hasta de miedo, empezó a escrutar la turbia y húmeda lejanía, aguzando al máximo la vista y haciendo un máximo esfuerzo por atravesar con su mirada miope todo el ambiente cubierto de agua que se extendía ante él. No obstante, no había nada nuevo; nada de particular saltó a la vista del señor Goliadkin. Parecía que todo estaba en orden, como debe ser, es decir, la nieve se abatía con más fuerza, en copos más grandes y densos; a veinte pasos no se distinguía

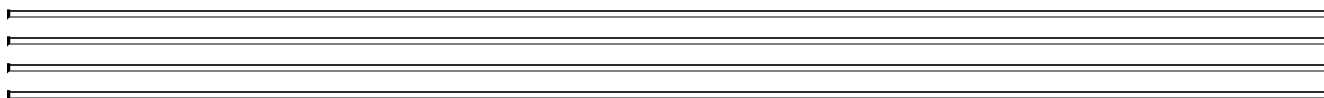
nada; los faroles chirriaban más penetrantemente que antes, y el viento parecía entonar su canción en tono más lastimoso y plañidero, como mendigo fastidioso que implora una moneda para comer. «¡Ay, ay! ¿Qué es lo que me pasa?», repitió una vez más el señor Goliadkin, poniéndose otra vez en camino y siempre espiando en torno suyo. Entretanto, una nueva sensación se apoderó de todo su ser, mezcla de angustia y pavor... un temblor febril surcó sus nervios. ¡Era un momento insoportablemente penoso! «Vamos, no es nada —dijo para darse ánimo—. Vamos, no es nada. Puede que todo esto no sea nada ni mancille el honor de nadie. Puede que así debiera ocurrir —continuó sin comprender lo que decía—, puede que todo esto se arregle a su debido tiempo y ya no haya de qué quejarse y todos queden justificados». Diciendo así y aliviando su pesar con palabras, el señor Goliadkin dio un ligero respingo, se sacudió los copos de nieve que habían formado una espesa capa sobre el sombrero, el cuello, el capote, la corbata, las botas y todo él, pero el extraño sentimiento, la extraña y sombría angustia no podía apartarla o arrojarla de sí. A lo lejos se oyó el disparo de un cañón. «¡Qué tiempito! —pensó nuestro héroe—. ¡Escucha! ¿Habrá inundación? Por lo visto el agua subió demasiado». No bien dijo o pensó eso el señor Goliadkin cuando vio ante sí a un transeúnte que venía a su encuentro, quizás, al igual que él, también retrasado por algún<sup>[176]</sup> motivo. Al parecer, era un asunto insignificante, fortuito; pero sin saber por qué, el señor Goliadkin se turbó y hasta se acobardó. Quedó algo aturdido. No era que temiera encontrarse con un sujeto peligroso, pero de todas formas, en una de esas... «¡Quién sabe lo que será este rezagado! —cruzó por la mente del señor Goliadkin—. Bien puede ser lo principal, bien puede ser lo más importante del asunto y que no ande aquí en vano, sino con la intención de cortarme el camino y provocarme». Sin embargo, puede que el señor Goliadkin no pensara eso exactamente, sino que apenas sintiera por un instante algo semejante y muy desagradable. Por lo demás, no había tiempo para pensar y percibir; el transeúnte ya estaba a dos pasos. Enseguida el señor Goliadkin, siguiendo su inveterada costumbre, se apresuró a adoptar un aspecto muy especial, un aspecto que daba a entender que él, Goliadkin, era un hombre hecho y derecho, que no tenía problema alguno, que el camino es lo suficientemente amplio para todos, y que él, Goliadkin, no se metía con nadie. De pronto se detuvo como clavado al suelo, como impactado por un rayo, y rápidamente se volvió en pos del transeúnte que acababa de pasar junto a él; se volvió como si le hubieran dado un tirón por detrás, como si el viento lo hubiera dado vuelta como a una veleta. El transeúnte desaparecía rápidamente entre los torbellinos de nieve. También caminaba apurado, también, al igual que el señor Goliadkin, iba vestido y arropado de pies a cabeza, y también, al igual que él, avanzaba por la vereda del Fontanka a pasitrote, dando pasitos cortos y rápidos, con un ligero balanceo. «¿Qué... qué es esto?», susurró el señor Goliadkin con incrédula sonrisa, pero temblando<sup>[177]</sup> con todo el cuerpo. Un escalofrío le corrió por la espalda. Entretanto, el transeúnte había desaparecido por completo, ya ni sus pasos se oían, pero el señor Goliadkin permanecía allí, mirando por donde se había ido. Al fin

recobró poco a poco sus sentidos. «¿Pero qué es esto? —pensó enfadado—. ¿Qué es esto? ¿Acaso de verdad me he vuelto loco?». Giró y siguió su camino, acelerando y apretando más y más el paso, intentando mejor no pensar en nada. Hasta cerró los ojos con ese fin. De pronto, a través del aullido del viento y el fragor de la tempestad, llegó otra vez a sus oídos el ruido de pasos cercanos. Se estremeció y abrió los ojos. Otra vez ante él, a veinte pasos, emergió la negra silueta de un hombre que iba a su encuentro. Caminaba rápido, apurado, apretando el paso; la distancia entre ellos se reducía. El señor Goliadkin pudo ahora examinar de pies a cabeza a su nuevo compañero rezagado; lo examinó y lanzó un grito de asombro y horror; las piernas le flaquearon. Era el mismo transeúnte ya familiar, el mismo junto al cual había pasado diez minutos antes y que, de pronto, de manera totalmente inesperada, reaparecía ante él. Pero no fue solo ese prodigio lo que pasmó al señor Goliadkin; este quedó tan pasmado que se detuvo, lanzó un grito, quiso decir algo y se lanzó en persecución del desconocido; incluso le gritó algo, seguramente deseando detenerlo cuanto antes. El desconocido se detuvo, en efecto, a unos diez pasos del señor Goliadkin, de suerte que la luz de un farol cercano caía sobre toda su figura; se detuvo, se volvió hacia el señor Goliadkin y con aspecto impaciente y preocupado aguardó las palabras de este. «Disculpe, quizás me he equivocado», dijo con voz trémula nuestro héroe. El desconocido se volvió en silencio, enfadado, y siguió raudo su camino como queriendo recuperar los dos segundos perdidos con el señor Goliadkin. En lo que respecta a este, todos los nervios le temblaban, las rodillas se le doblaban, le flaqueaban, y soltando un gemido se sentó en un guardacantón. Por cierto, había sobrados motivos para su turbación. Ocurre que el desconocido le pareció ahora de algún modo familiar. Eso todavía no sería nada. El asunto es que lo había reconocido, había reconocido casi del todo a ese hombre. Lo había visto con frecuencia, lo había visto alguna vez, incluso no hacía mucho. Pero ¿dónde había sido? ¿El día anterior? Por lo demás, lo principal, otra vez, no era que el señor Goliadkin lo hubiera visto con frecuencia; no había en ese hombre casi nada de singular, nada que llamara especial atención a primera vista. Era un hombre como los demás, un hombre, desde luego, decente como todos los hombres decentes, y puede incluso que tuviera algunas cualidades bastante notables; en<sup>[178]</sup> una palabra: un hombre hecho y derecho. El señor Goliadkin no sentía ni odio, ni hostilidad, ni siquiera la más ligera animadversión hacia ese hombre; más bien parecía lo contrario, y sin embargo (y en esa circunstancia residía lo principal) no hubiera deseado encontrarse con él por ningún tesoro del mundo, y en particular encontrarse con él como acababa de suceder ahora, por ejemplo. Más aún: el señor Goliadkin conocía cabalmente a ese hombre, sabía cómo se llamaba y cuál era su apellido. Y sin embargo por ningún precio, otra vez lo decimos, por ningún tesoro del mundo hubiera querido pronunciar su nombre, avenirse a confesar que sí, tal era su nombre, tal su patronímico y tal su apellido. Si la perplejidad del señor Goliadkin se prolongó por mucho o poco tiempo, si permaneció sentado largo rato en el guardacantón, no puedo decirlo, pero al fin recobró algo de



sus sentidos y de repente se lanzó a correr con todas sus fuerzas sin mirar atrás; la respiración se le cortaba; tropezó dos veces, casi cayó, y en todo ello quedó huérfana la otra bota del señor Goliadkin, también abandonada por su chancho. Al fin, el señor Goliadkin acertó un poquito el paso para cobrar aliento, miró de prisa en torno suyo y vio que, sin advertirlo, había recorrido ya todo su camino a lo largo del Fontanka, cruzado el puente Ánichkov, seguido una parte de la Nevski y ahora estaba en la esquina de la Litéinaia. El señor Goliadkin tomó esta avenida. Su situación, en ese instante, semejaba la de un hombre que se halla al borde de un terrible despeñadero cuando la tierra se desmorona bajo sus pies, tiembla, se mueve, trepida por última vez, se hunde y lo arrastra al abismo, mientras el desgraciado no tiene ni fuerzas ni firmeza de ánimo para saltar hacia atrás, para apartar los ojos del vacío que se lo traga; el abismo lo lleva y él mismo acaba por saltar en él, acelerando el momento de su perdición. El señor Goliadkin sabía, sentía y estaba completamente seguro de que el camino le deparaba sin falta algo funesto, de que otra desgracia se abatiría sobre él, de que, por ejemplo, volvería a encontrar a su desconocido; pero, cosa extraña, él mismo ya deseaba ese encuentro, lo consideraba inevitable, y solo pedía que todo aquello acabara cuanto antes, que su situación se resolviera de cualquier modo pero cuanto antes. Entretanto, corría y corría como movido por una fuerza ajena, ya que en todo su ser sentía debilidad y entumecimiento; no podía pensar en nada, aunque sus ideas, como la zarza, se agarraban a todo<sup>[179]</sup>. Un perrito extraviado, todo mojado y transido de frío, se pegó al señor Goliadkin y empezó a correr junto a él, de costado, apurado, con el rabo y las orejas bajas, echándole de tanto en tanto una mirada tímida y despierta. Una idea lejana, ya largo tiempo olvidada —el recuerdo de una circunstancia ocurrida antaño—, acudió ahora a su mente, golpeaba como con un martillito su cabeza, lo disgustaba y no lo dejaba en paz. «¡Ay, qué perrito detestable!», murmuró el señor Goliadkin, sin comprender él mismo lo que decía. Por fin vio a su desconocido en la esquina de la calle Italiánskaia. Solo que ahora el desconocido ya no caminaba a su encuentro, sino en el mismo sentido, y corría, también, varios pasos delante de él. Al fin tomaron la calle Shestilávochnaia. Al señor Goliadkin se le cortó la respiración. El desconocido se detuvo sin más ante el mismo edificio en el que vivía el señor Goliadkin. Se oyó el tintineo de una campanilla y casi al mismo tiempo el chirrido del pestillo de hierro. El postigo se abrió, el desconocido se agachó, se escurrió y desapareció. Casi en el mismo instante llegó el señor Goliadkin, y como flecha entró por el postigo. Sin escuchar al portero, que refunfuñaba algo, entró corriendo al patio, sofocándose, y enseguida vio a su interesante compañero de viaje, al que había perdido por unos segundos. El desconocido apareció en la entrada de la escalera que conducía al departamento del señor Goliadkin, quien se lanzó en su persecución. La escalera era oscura, húmeda y sucia. En todos los descansos había acumulados montones de trastos de los inquilinos, de modo que toda persona extraña, ajena al lugar, que daba con esa escalera cuando estaba oscura, se veía obligada a viajar por ella una media hora,

arriesgándose a romperse las piernas y maldiciendo, además de la escalera, a sus conocidos que fueron a vivir a un sitio tan incómodo. Pero el compañero de ruta del señor Goliadkin parecía estar familiarizado, ser uno de allí; subía ágilmente, sin dificultad y con un conocimiento cabal del terreno. El señor Goliadkin casi lo alcanzó; incluso en dos o tres oportunidades el faldón del capote del desconocido le dio en la nariz. El corazón apenas le latía. El misterioso hombre se detuvo justo ante la puerta del departamento del señor Goliadkin, llamó a la puerta y (cosa que, por lo demás, hubiera sorprendido en otra ocasión al señor Goliadkin) Petrushka, como si hubiera estado esperando sin acostarse, abrió de inmediato la puerta y marchó en pos del recién ingresado con una vela en sus manos. El héroe de nuestro relato irrumpió en su vivienda fuera de sí; sin quitarse el capote y el sombrero, atravesó el pasillito y, como alcanzado por un rayo, se detuvo en el umbral de su habitación. Todos los presentimientos del señor Goliadkin quedaron plenamente confirmados. Todo lo que temía y adivinaba se había vuelto ahora realidad. La respiración se le cortó, la cabeza le dio vueltas. El desconocido estaba sentado allí ante él, en su propia cama, también con el capote y el sombrero puestos, esbozando una ligera sonrisa, y, con el ceño algo fruncido, le hizo un amistoso saludo con la cabeza. El señor Goliadkin quiso gritar, pero no pudo; protestar de algún modo, pero las fuerzas lo traicionaron. Se le erizó el cabello y, exánime de horror, se dejó caer. Y tenía motivos, por cierto. El señor Goliadkin había<sup>[180]</sup> reconocido cabalmente a su amigo nocturno. Su amigo nocturno no era otro que él mismo, el propio señor Goliadkin, otro señor Goliadkin, pero absolutamente igual a él, en suma, lo que se llama un doble en todo el sentido de la palabra...



## CAPÍTULO VI<sup>[181]</sup>

A las ocho en punto del día siguiente el señor Goliadkin despertó en su cama. En el acto, todos los sucesos extraordinarios de la víspera, toda la inverosímil y salvaje noche con sus aventuras casi imposibles acudieron a su imaginación y memoria de una sola vez, de golpe, en toda su espantosa plenitud. La encarnizada e infernal maldad de sus enemigos y, en particular, la prueba más reciente de esa maldad helaron el corazón del señor Goliadkin. Pero a la vez todo aquello había sido tan extraño, incomprensible y salvaje, resultaba tan inverosímil que en efecto era difícil darle crédito; el señor Goliadkin estaba incluso dispuesto a considerar todo aquello un vano delirio, un momentáneo trastorno de la imaginación, un ofuscamiento de la razón, si por fortuna no supiera, por su amarga experiencia de la vida, a lo que puede llegar a veces el hombre en su maldad, a lo que puede llegar a veces el ensañamiento del enemigo que quiere vengar su honor y amor propio. Además, los miembros molidos del señor Goliadkin, su cabeza embotada, su cintura deshecha y su maligno resfrío eran fiel testimonio en defensa de la cabal verosimilitud de su paseo nocturno, y en parte también de todo lo ocurrido durante este. Y por último el señor Goliadkin sabía ya hacía largo tiempo que algo se traían entre manos<sup>[182]</sup>, que tenían a alguien más<sup>[183]</sup>. Pero<sup>[184]</sup> ¿y qué? Tras meditarlo bien, el señor Goliadkin decidió callar, resignarse y no quejarse hasta el momento oportuno. «<sup>[185]</sup> Puede que solo hayan querido asustarme, y en cuanto vean que no me importa, que no me quejo y me resigno por completo, que lo llevo con resignación<sup>[186]</sup>, retrocederán, ellos mismos retrocederán, serán ellos los primeros en retroceder<sup>[187]</sup>».

Tales eran los pensamientos que poblaban la cabeza del señor Goliadkin cuando este, desperezándose en la cama y estirando sus molidos miembros, aguardaba la, esta vez, habitual aparición de Petrushka en su habitación. Llevaba ya un cuarto de hora aguardando; oía que el perezoso Petrushka iba y venía tras el tabique con el samovar, y sin embargo no se decidía a llamarlo. Más aún: el señor Goliadkin incluso tenía cierto temor en ese momento de una confrontación con Petrushka. «Dios sabrá — pensó—, Dios sabrá cómo considerará todo el asunto este embustero<sup>[188]</sup>. Está ahí calladito, calladito, pero algo debe estar barruntando en su cabeza<sup>[189]</sup>»». Por último, la puerta crujió y apareció Petrushka con una bandeja en las manos. El señor Goliadkin lo miró tímidamente de reojo, aguardando con impaciencia lo que pasaría, aguardando a ver si diría algo por fin respecto al consabido episodio. Pero Petrushka no dijo nada, sino que, al contrario, estaba más taciturno, severo y enfurruñado de lo habitual; miraba todo de lado y con el ceño fruncido; era visible que estaba muy descontento por algún motivo; ni siquiera dirigió una mirada a su señor, lo que, dicho sea de paso, zahirió un poco al señor Goliadkin; dejó sobre la mesa todo lo que había traído, se volvió y regresó a su cuchitril sin decir palabra. «¡Lo sabe, lo sabe, lo sabe todo el bribón!», gruñó el señor Goliadkin disponiéndose a beber el té<sup>[190]</sup>. Sin

embargo, nuestro héroe no hizo pregunta alguna a su criado, por más que Petrushka entrara luego varias veces a su habitación por diversos menesteres. El señor Goliadkin se hallaba en un estado de extrema agitación<sup>[191]</sup>. Lo aterraba tener que ir a la oficina. Tenía el fuerte presentimiento de que justamente allí algo malo le sucedería. «Si vas, seguro que te encuentras con algo —pensó—. ¿No será mejor aguantar un poco ahora? ¿No será mejor esperar un poco? En cuanto a ellos, que se las arreglen como puedan. Yo hoy esperaré aquí, reuniré fuerzas, me repondré, reflexionaré mejor sobre todo el asunto; después aprovecharé el momento oportuno y les caeré de golpe y porrazo como si tal cosa». Reflexionando así, el señor Goliadkin fumaba pipa tras pipa; el tiempo volaba; ya eran casi las nueve y media. «Ya son las nueve y media —pensó el señor Goliadkin—. Es tarde para presentarme. Y además estoy enfermo, desde luego que estoy enfermo, sin duda estoy enfermo. ¿Quién se atreverá a negarlo? ¡A mí qué! Y si mandan<sup>[192]</sup> a cerciorarse, ¡que venga el inspector! ¿A mí qué me importa en realidad? Me duele la espalda, tengo tos, estoy resfriado; y por último no puedo ir, no puedo de ninguna manera salir con este tiempo; puedo enfermarme y después quizás morirme; con la mortalidad que hay actualmente...». Con tales razonamientos el señor Goliadkin acabó por tranquilizar del todo su conciencia y se justificó de antemano ante la reprimenda que esperaba de Andréi Filíppovich por descuidar el servicio. En general, en todas las situaciones semejantes nuestro héroe sentía un especial gusto en justificarse a sus propios ojos con diversos razonamientos irrefutables y tranquilizar así plenamente su conciencia. Así pues, habiendo ahora tranquilizado plenamente su conciencia, tomó la pipa, la llenó y apenas le hubo dado la primera chupada saltó a toda prisa del diván, arrojó la pipa, se lavó prontamente, se afeitó, se alizó el pelo, se puso el uniforme y todo lo demás, tomó unos papeles y salió volando hacia la oficina.

El señor Goliadkin entró en su oficina tímidamente, en trémula expectación de que pasaría algo<sup>[193]</sup> funesto, expectación inconciente, vaga, pero no por ello menos desagradable; tímidamente se sentó en el lugar de siempre junto al jefe de despacho, Antón Antónovich Sietóchkin. Sin levantar la vista, sin distraerse con nada, se sumió en el contenido de los papeles que yacían ante él. Resolvió y se dio palabra de mantenerse en lo posible al margen de todo lo que pudiera atraer la atención, de todo lo que pudiera involucrarlo directamente, fueran preguntas indiscretas, bromas o alusiones indecorosas a lo sucedido la noche anterior; resolvió incluso abstenerse de las habituales cortesías con los compañeros, es decir, preguntar por la salud, etc<sup>[194]</sup>. Pero también era<sup>[195]</sup> evidente que no podía permanecer así, que eso era imposible. La inquietud y el desconocimiento de una cosa que le concerniera de cerca siempre lo habían atormentado más que la cosa misma. Y es por eso que, a pesar de haberse dado palabra de no meterse en nada de lo que sucediera y de mantenerse al margen de todo lo que ocurriera, el señor Goliadkin de tanto en tanto, a hurtadillas, con disimulo, levantaba la cabeza y miraba furtivamente hacia ambos lados, a derecha e izquierda, espiaba el rostro de sus compañeros, y por ellos intentaba inferir si no

había algo nuevo y particular que estuviera relacionado con él y que, con fines deshonestos, se le mantuviera oculto. Sospechaba la existencia de un vínculo inequívoco entre lo que había acontecido la noche anterior y todo lo que ahora lo rodeaba<sup>[196]</sup>. Finalmente, presa de la angustia, empezó a desear que todo se resolviera cuanto antes, de cualquier modo, aunque fuese con una desgracia, ¡no importaba<sup>[197]</sup>! Fue ahí que el destino se abatió sobre el señor Goliadkin: no bien hubo expresado su deseo cuando sus dudas quedaron disipadas, y ello del modo más extraño e inesperado.

La puerta de la habitación contigua de pronto crujió queda y suavemente, como anunciando que la persona que entraba era de muy poca importancia, y una figura, que por lo demás el señor Goliadkin conocía bien, apareció con timidez ante el mismo escritorio que ocupaba nuestro héroe. Nuestro héroe no levantó la cabeza, no, solo miró a la ligera, con el rabillo del ojo, pero ya lo había reconocido todo, lo había comprendido todo, hasta los menores detalles. Ardió de vergüenza y hundió su desdichada cabeza en el papel, con el mismo fin con que un avestruz perseguido por un cazador oculta la suya en la arena ardiente. El recién llegado hizo una reverencia a Andréi Filíppovich y, luego, se oyó esa voz oficial y cariñosa con la que los superiores se dirigen en todos los lugares de trabajo a los subordinados recién ingresados. «Siéntese aquí —dijo Andréi Filíppovich señalándole al novato el escritorio de Antón Antónovich—. Aquí mismo, frente al señor Goliadkin, ahora mismo le daremos algún trabajo». Andréi Filíppovich terminó haciendo un rápido y decoroso gesto de respeto al recién ingresado, e inmediatamente se sumió en el contenido de diversos papeles que tenía apilados en su escritorio.

El señor Goliadkin levantó al fin los ojos y, si no se desmayó, fue únicamente porque desde un primer momento ya había presentado todo aquello, porque desde un primer momento ya había sido advertido de todo, porque en su corazón había adivinado quién era el extraño. El primer movimiento del señor Goliadkin fue lanzar una mirada en torno suyo para ver si no había algún cuchicheo, si no corría al respecto alguna ocurrencia de oficina, si alguien no torcía el rostro en un gesto de asombro, si alguien, por último, no se había desplomado de espanto bajo su escritorio. Pero, para gran sorpresa del señor Goliadkin, nadie daba la menor muestra de algo parecido. El comportamiento de sus compañeros y colegas lo dejó asombrado. Parecía más allá del sano juicio. El señor Goliadkin incluso se asustó ante tan extraordinario silencio. La realidad hablaba por sí misma; el asunto era extraño, incongruente, absurdo. Había de qué estremecerse. Todo ello, desde luego, solo pasaba fugazmente por la cabeza del señor Goliadkin. Sentía que ardía a fuego lento. Y había motivo, por cierto<sup>[198]</sup>. El que estaba ahora sentado frente al señor Goliadkin era el terror del señor Goliadkin, era la vergüenza del señor Goliadkin, era la pesadilla de la víspera del señor Goliadkin; en una palabra, era el propio señor Goliadkin; no el señor Goliadkin que ahora estaba sentado sobre la silla boquiabierto y con la pluma petrificada en la mano; no el que trabajaba como ayudante de su jefe

de despacho; no el que gustaba de esfumarse y ocultarse en la muchedumbre; no el que, por último, tenía un andar que decía a las claras: «No me toque y yo no lo tocaré», o: «No me toque, porque yo no lo estoy tocando»; no, era otro señor Goliadkin, otro completamente, pero, a la vez, completamente similar al primero, de la misma estatura, de la misma complexión, con la misma ropa, con la misma calvicie; en una palabra, nada, decididamente nada había sido olvidado para una similitud completa, de modo tal que si se los agarrara y se los pusiera uno al lado del otro nadie, decididamente nadie se habría arriesgado a decir cuál era precisamente el verdadero señor Goliadkin y cuál el falso, cuál el viejo y cuál el nuevo, cuál el original y cuál la copia.

Nuestro héroe, si cabe la comparación, se hallaba ahora en la situación de un hombre al que un bromista, por mera diversión, enfoca a escondidas una lente ustoria. «¿Qué es esto? ¿Es un sueño o no? —pensaba<sup>[199]</sup>—. ¿Es real o es la continuación de anoche? ¿Cómo es posible? ¿Con qué derecho ocurre todo esto? ¿Quién ha admitido a este empleado? ¿Quién lo ha autorizado? ¿Estaré durmiendo, acaso? ¿Estaré soñando?». El señor Goliadkin atinó a pellizcarse, incluso atinó a darse ánimos para pellizcar a otro... No, no era un sueño, y punto<sup>[200]</sup>. El señor Goliadkin sintió que se bañaba en sudor, que le ocurría algo inaudito y hasta entonces nunca visto, y por ello mismo, para colmo de desgracias, indecoroso, ya que el señor Goliadkin comprendía y percibía toda la desventaja de ser el primer ejemplo de un suceso tan pasquinesco. Hasta empezó a dudar de su propia existencia, y si antes estaba dispuesto a todo y él mismo deseaba que sus dudas se disiparan de cualquier modo, la realidad misma del episodio excedía desde luego toda expectativa. La angustia lo oprimía y atormentaba. Por momentos perdía enteramente la razón y la memoria. Al volver en sí tras unos de esos instantes advirtió que estaba pasando la pluma por el papel maquinal e inconscientemente. Sin confiar en sí mismo, se puso a verificar todo lo que había escrito... y no entendió nada. Al fin, el otro señor Goliadkin, sentado hasta entonces mansa y decorosamente, se levantó y desapareció por la puerta de otra sección para atender algún asunto. El señor Goliadkin miró alrededor... y nada, todo estaba tranquilo; se oía tan solo el chirrido de las plumas, el roce de las hojas al ser dadas vuelta y el murmullo de las conversaciones en los rincones más apartados del sillón de Andréi Filíppovich. El señor Goliadkin echó un vistazo a Antón Antónovich y como, con toda probabilidad, el rostro de nuestro héroe reflejaba cabalmente su situación actual y armonizaba con el significado general del asunto, es decir, que en cierto modo llamaba mucho la atención, el bueno de Antón Antónovich dejó a un lado su pluma y con inusual interés preguntó por la salud del señor Goliadkin.

—Yo, Antón Antónovich, gracias a Dios... —dijo tartamudeando el señor Goliadkin—. Yo, Antón Antónovich, me encuentro perfectamente. Yo, Antón Antónovich, no tengo nada por ahora —añadió indeciso, sin creer del todo en el tantas veces mencionado Antón Antónovich.

—¡Ah! Pues me pareció que no estaba bien. Por lo demás, no tendría nada de

extraño, ¡bien podría pasar! Con las epidemias que hay por estos días, mire...

—Sí, Antón Antónovich, sé que hay tales epidemias... No se debe a eso, Antón Antónovich... —continuó el señor Goliadkin, mirando fijamente a Antón Antónovich—. Yo, vea usted, Antón Antónovich, ni siquiera sé cómo decírselo, o sea, quiero decir, desde qué ángulo encarar el asunto, Antón Antónovich...

—¿Cómo, señor? Yo a usted... mire... confieso que no lo entiendo bien. Usted... mire, explíquese con más detalle, ¿cuál es<sup>[201]</sup> la dificultad en la que se encuentra? —dijo Antón Antónovich también con cierta dificultad, al ver lágrimas en los ojos del señor Goliadkin.

—Yo, a decir verdad... aquí, Antón Antónovich... aquí hay un empleado, Antón Antónovich...

—¡Vaya, señor! Sigo sin entender.

—Quiero decir, Antón Antónovich, que aquí hay un empleado nuevo.

—Sí, en efecto; tiene su mismo apellido.

—¿Cómo? —exclamó el señor Goliadkin.

—Digo que tiene su mismo apellido. También es Goliadkin. ¿No será su hermano?

—No, Antón Antónovich, yo...

—¡Hum! ¡Qué me dice! Y yo que pensaba que sería un pariente cercano suyo. Mire usted, hay cierto aire de familia.

El señor Goliadkin quedó pasmado de asombro y por unos instantes perdió el don de la palabra. ¡Tratar con tanta frivolidad un asunto tan insólito y absurdo, un asunto en verdad raro en su género, un asunto que dejaría estupefacto incluso al observador más desinteresado! ¡Hablar de aire de familia cuando era como mirarse en un espejo!

—¿Sabe qué le recomiendo, Iákov Petróvich? —continuó Antón Antónovich—. Vaya y consulte a un doctor. Tiene usted muy mal *aspecto*. Sobre todo sus ojos, vea usted..., tienen una expresión algo singular.

—No, Antón Antónovich, yo desde luego siento... es decir, quería preguntarle cómo es eso del nuevo empleado.

—¿Qué tiene?

—Es decir, ¿no ha notado usted, Antón Antónovich, algo singular en él... algo demasiado significativo?

—¿O sea?

—O sea, quiero decir, Antón Antónovich, un parecido asombroso con alguien, por ejemplo, o sea conmigo, por ejemplo. Usted, Antón Antónovich, habló recién de un aire de familia<sup>[202]</sup>, hizo esa observación a la pasada... ¿Sabe usted que a veces hay gemelos que se parecen como dos gotas de agua, al punto que es imposible distinguirlos? Bueno, a eso me refiero, señor.

—Sí —dijo Antón Antónovich tras una breve reflexión y como si el asunto lo sorprendiera por primera vez—. ¡Sí! Es cierto: el parecido es en realidad chocante, y ha dicho usted bien, en efecto es posible tomar al uno por el otro —continuó,

abriendo más y más los ojos—. Mire, Iákov Petróvich, es un parecido hasta prodigioso, fantástico, como a veces dicen, o sea, es absolutamente idéntico a usted... ¿Lo ha notado, Iákov Petróvich? Yo también quería preguntárselo, pero confieso que al principio no presté la debida atención. ¡Es un prodigio! ¡En verdad es un prodigio! Y mire, Iákov Petróvich, ¿usted no es de aquí, cierto?

—No, señor.

—Pues él tampoco es de aquí. Quizás es del mismo lugar que usted. Perdón por el atrevimiento, pero ¿su madrecita dónde pasó la mayor parte de su vida?

—¿Ha dicho usted... ha dicho usted, Antón Antónovich, que él no es de aquí?

—Sí, señor, no es de aquí. Y de veras, qué prodigioso es esto —continuó locuaz Antón Antónovich, para quien charlar de cualquier cosa era una verdadera fiesta—. En efecto es algo capaz de despertar curiosidad; y eso que uno pasa tantas veces a su lado, lo roza, lo empuja y no se da uno cuenta<sup>[203]</sup>. Pero no se haga mala sangre<sup>[204]</sup>. Estas cosas pasan. Mire, le cuento que lo mismo le sucedió a mi tía por parte materna; ella también se vio a sí misma antes de morir...

—No, señor. Yo, disculpe que lo interrumpa, Antón Antónovich. Yo, Antón Antónovich, quería saber cómo es eso del nuevo empleado, o sea, ¿en virtud de qué está aquí?

—Ocupa el puesto del difunto Semión Ivánovich, que quedó vacante. Se abrió la vacante y<sup>[205]</sup> lo designaron a él. Pues mire, el bueno de Semión Ivánovich dicen que dejó tres hijos, uno más pequeño que el otro. La viuda se echó a los pies de su Excelencia. Aunque dicen que finge: tiene platita, pero la esconde...

—No, señor. Antón Antónovich, yo me sigo refiriendo a lo otro.

—¿O sea? ¡Ah, sí! Pero ¿por qué está tan interesado en eso? Ya le digo: no se haga mala sangre. Eso es algo en parte pasajero. ¿Qué tiene? A usted no lo atañe; así lo dispuso Dios, es Su voluntad, y murmurar contra eso es pecado. En ello se ve Su sabiduría. Y hasta donde yo entiendo, usted en ello, Iákov Petróvich, no tiene ninguna culpa. ¡Como si no hubiera prodigios en este mundo! La madre naturaleza es generosa; a usted nadie le pedirá explicaciones por ella, usted no tendrá que responder por ello. Pues mire, un ejemplo que viene al caso: imagino que ha oído hablar de estos... ¿cómo se llaman?, ah, sí, los hermanos siameses, que nacieron unidos por la espalda y así viven, comen y duermen juntos; dicen que hacen buen dinero.

—Permítame, Antón Antónovich...

—¡Lo comprendo, lo comprendo! ¡Sí! Pues eso ¿qué tiene de malo? ¡Nada! Ya le digo que, a mi humilde entender, no tiene por qué hacerse mala sangre. ¿Qué tiene de malo? Es un empleado como cualquier otro. Un hombre práctico, por lo visto. Dice que se llama Goliadkin, que no es de aquí, que es consejero titular. Habló personalmente con su Excelencia.

—¿Ah, sí? ¿Y qué tal?

—Pues todo bien; dicen que dio sobradas explicaciones, que presentó sus razones,



«que así y asá, su Excelencia, que no tengo recursos y deseo trabajar, especialmente bajo su halagüeño mando...», bueno, y todo lo que conviene decir, mire usted, lo expresó con gran soltura. Debe ser un hombre inteligente. Bueno, desde luego que llegó con una recomendación, sin ella es imposible...

—Ajá, ¿y de parte de quién?... o sea, quiero decir, ¿quién metió la mano en este asunto escabroso?

—Así es. Dicen que era una buena recomendación; parece que su Excelencia se rió con Andréi Filíppovich.

—¿Se rió con Andréi Filíppovich?

—Sí; solo se sonrió y dijo que bueno, que seguramente por su parte no tenía nada en contra siempre que trabajara bien...

—Ajá, continúe. Me está devolviendo un poco el ánimo, Antón Antónovich; le ruego que continúe.

—Perdón, pero otra vez no lo... Ah, sí; pues no tiene importancia, es un asunto sencillo; ya le he dicho que no se haga mala sangre, no hay aquí nada sospechoso...

—No, señor. Yo, o sea, quiero preguntarle, Antón Antónovich, si su Excelencia no añadió algo más... sobre mí, por ejemplo.

—¡Pues claro! ¡Sí! Pero no, no dijo nada; puede quedarse totalmente tranquilo. Por supuesto, mire, el asunto desde luego es bastante chocante y al principio... yo mismo, por ejemplo, al principio casi ni lo advertí. En verdad, no sé cómo no lo advertí hasta que usted no me lo dijo. Pero, por lo demás, puede quedarse totalmente tranquilo. No dijo nada especial, nada en absoluto —agregó el bueno de Antón Antónovich, levantándose de su sitio.

—Entonces yo, Antón Antónovich...

—Ah, discúlpeme. Me puse a charlar de tonterías y tengo un asunto importante, urgente. Tengo que ocuparme de él.

—¡Antón Antónovich! —resonó cortés y demandante la voz de Andréi Filíppovich—. Su Excelencia lo llama<sup>[206]</sup>.

—Ya voy, ya voy, Andréi Filíppovich, ya voy —y tomando una pila de papeles, Antón Antónovich salió volando primero hacia Andréi Filíppovich y luego al despacho de su Excelencia.

«Pero ¿cómo es esto? —pensó el señor Goliadkin—. ¡Vaya juego tenemos aquí! Vaya vientito que empezó a soplar... Nada mal. Así que el asunto toma el cariz más agradable<sup>[207]</sup> —dijo para sí nuestro héroe, frotándose las manos y sin sentir, de la alegría, la silla bajo él<sup>[208]</sup>—. Así que nuestro asunto es de lo más corriente. Así que todo son tonterías y al final no pasa nada. En efecto, nadie dice nada; ni chistan los bandidos, están sentaditos y cada uno en lo suyo. ¡Qué bien, qué bien! Me gustan las buenas personas, siempre me han gustado y siempre estoy dispuesto a respetarlas... Aunque qué sé yo, si uno lo piensa bien, ese Antón Antónovich... da miedo fiarse de él: tiene demasiadas canas y está un poco tocado por la vejez. Pero lo más formidable e importante del asunto es que su Excelencia no dijo nada y lo dejó pasar. ¡Eso está

bien! ¡Lo apruebo! Solo está ese Andréi Filíppovich, ¿qué tiene que meterse con sus risitas? ¿A él qué le va en esto? ¡Viejo zorro! Siempre se mete en mi camino, siempre intentando cruzarse en el camino de los demás como un gato negro, siempre atravesándose y fastidiando, fastidiando y atravesándose...».

El señor Goliadkin volvió a mirar en torno suyo y otra vez renació en él la esperanza. Sin embargo, sentía que un pensamiento vago, un pensamiento nefasto perturbaba su alma. Incluso se le ocurrió la idea de granjearse la simpatía de los empleados, de tomar la delantera por medio de astucias (por ejemplo, al salir de la oficina o acercándose a ellos con la excusa de algún asunto) y en medio de la conversación hacer una alusión así y así, señores, vaya que el parecido es chocante, es algo extraño, una comedia de pasquín, es decir, reírse él mismo de todo ello y sondear así la gravedad del peligro. Después de todo, ¡en río quedo no metas tu dedo!, concluyó mentalmente nuestro héroe. Por lo demás, aquello no fueron más que pensamientos; el señor Goliadkin recapacitó a tiempo. Comprendió que eso sería ir demasiado lejos. «¡Qué naturaleza la tuya! —dijo para sí, dándose un golpecito en la frente—. ¡Ya piensas en jugar y te alegras! ¡Qué cándida es tu alma! No, mejor tengamos paciencia, Iákov Petróvich, esperemos y tengamos paciencia». Sin embargo, y como ya hemos mencionado, el señor Goliadkin renació lleno de esperanzas, como si hubiera resucitado de entre los muertos. «¡Qué bien! —pensó—. ¡Es como si me hubieran quitado una tonelada de encima! ¡Vaya un asunto! El cofrecito se abría con solo levantar la tapa, como dice la fábula de Krilov. Krilov tiene razón, Krilov tiene razón... ¡Qué ojo tenía ese zorro de Krilov, y qué gran fabulista! En cuanto a aquel, pues que trabaje, que trabaje y aproveche siempre que no moleste ni se meta con nadie; que trabaje, ¡estoy de acuerdo y lo apruebo!».

Mientras tanto las horas pasaban, volaban, y sin que nadie se percatara de ello dieron las cuatro. La oficina se cerró; Andréi Filíppovich tomó su sombrero y, como es costumbre, todos siguieron su ejemplo. El señor Goliadkin se demoró un poquito, el tiempo necesario, y salió a propósito más tarde que los demás, el último, cuando ya todos se habían dispersado en diferentes direcciones. Al salir a la calle se sintió como en el paraíso, al punto que tuvo ganas de dar un rodeo y pasear por la Nevski. «¡Vaya destino! —dijo nuestro héroe—. Qué giro inesperado ha tomado el asunto. Hasta el tiempito se despejó; hay helada y salen los trineos. La helada sienta bien al ruso. ¡Qué bien se lleva el ruso con la helada! Amo al ruso. Y hay nievecita, nieve en polvo, como diría un cazador. ¡Qué bonito sería cazar liebres con la primera nieve! ¡Ah! ¡Bueno, no importa!».

Así se expresaba el entusiasmo del señor Goliadkin; sin embargo, algo seguía carcomiéndole la cabeza, cierta angustia indefinida, y por momentos el corazón se le encogía de tal modo que no sabía cómo encontrar alivio. «Por lo demás, esperemos un día y entonces nos alegraremos. Aunque, ¿qué es esto? Bueno, reflexionemos, veamos. Bueno, reflexionemos, joven amigo mío, vamos a reflexionar. A ver, un hombre idéntico a ti, en primer lugar, completamente idéntico. Bueno, ¿y eso qué

tiene? ¿Porque el hombre sea así tengo que ponerme a llorar? ¿Si a mí qué me importa? Yo estoy al margen. ¡Me importa un bledo y punto! ¡Es así y punto! ¡Que trabaje! A ver, es un prodigio y una rareza; dicen que los hermanos siameses... Pero ¿a qué vienen los hermanos siameses? Supongamos que sean gemelos, pero también ha habido grandes personas con aspecto estrafalario. Hasta la historia nos cuenta que el célebre Suvórov cantaba como un gallo... Bueno, pero todo eso era por política; los grandes generales, en cambio... aunque, por cierto, ¿qué hay con los generales? Yo sigo mi camino y punto, no quiero ocuparme de nadie, y en mi inocencia desprecio a mi enemigo. No soy un intrigante y me enorgullezco de eso. Soy decente, franco, pulcro, agradable, manso...».

De pronto el señor Goliadkin se calló, se paró en seco y empezó a temblar como una hoja, incluso cerró los ojos por un momento. Con la esperanza, sin embargo, de que el objeto de su terror fuera solo una ilusión abrió al fin los ojos y tímidamente miró de reojo a la derecha. ¡No, no era una ilusión! Junto a él trotaba su conocido de la mañana, sonreía, lo miraba a la cara y, por lo visto, aguardaba la ocasión para entablar conversación. No obstante, la conversación no se entabló. Ambos caminaron unos cincuenta pasos así. Todo el afán del señor Goliadkin era hundirse y enterrarse lo más posible en su capote y encasquetarse el sombrero al máximo, hasta los ojos. Para colmo de agravios, el capote y el sombrero de su conocido también eran idénticos a los del señor Goliadkin, como si se los hubieran quitado a este.

—Muy señor mío —pronunció por último nuestro héroe, tratando de hablar casi en un susurro y sin mirar a su conocido—. Me parece que vamos por caminos distintos... Estoy bien seguro de ello —dijo tras breve pausa—. Por último, estoy seguro de que me ha comprendido perfectamente —remató con tono bastante severo.

—Yo quisiera... —dijo al fin el conocido del señor Goliadkin—, yo quisiera... usted seguramente tendrá la magnanimidad de disculparme... no sé a quién recurrir aquí... mi situación... espero que disculpe mi atrevimiento... pero me pareció que usted, movido por la compasión, mostró interés por mí esta mañana. Por mi parte, me sentí atraído hacia usted desde el primer momento que lo vi... —ahí el señor Goliadkin deseó mentalmente que la tierra tragara a su nuevo compañero—. Si me atreviera a esperar que usted, Iákov Petróvich, se dignase a escucharme con indulgencia...

—Nosotros... aquí, nosotros... mejor vayamos a mi casa —respondió el señor Goliadkin—. Ahora cruzaremos al otro lado de la Nevski, allí hablaremos más cómodos, y luego tomaremos un pasajito... mejor tomemos un pasajito<sup>[209]</sup>.

—Muy bien, señor. Tomemos un pasajito si usted lo desea —dijo tímidamente el pacífico compañero de ruta del señor Goliadkin, como dando a entender por el tono de su respuesta que no era él quien podía decidir, y que en su situación estaba dispuesto a contentarse con el pasajito. En cuanto al señor Goliadkin, no entendía en absoluto qué era lo que le ocurría. No creía en sí mismo. No lograba salir de su asombro.

## CAPÍTULO VII<sup>[210]</sup>

Volvió un poco en sí en la escalera, ante la entrada de su departamento. «¡Ay, si seré borrego! —se maldijo mentalmente—. A ver, ¿adónde lo estoy llevando<sup>[211]</sup>? Me estoy echando yo mismo la soga al cuello. ¿Qué pensará Petrushka cuando nos vea juntos? ¿Qué se atreverá a pensar ese miserable? Con lo suspicaz que es...». Pero ya era tarde para arrepentirse; el señor Goliadkin llamó a la puerta, esta se abrió y Petrushka ayudó al invitado y al señor a quitarse el capote. El señor Goliadkin lo miró furtivamente, con un golpe de vista, tratando de leer su rostro y desentrañar sus pensamientos. Pero, para gran sorpresa suya, vio que su criado no daba indicio alguno de sorpresa; más bien al contrario, parecía como si hubiera estado esperando algo así. Por supuesto, ahora también tenía cara de pocos amigos, miraba de través y parecía dispuesto a devorarse a alguien. «<sup>[212]</sup> ¿Estarán todos embrujados hoy? —pensó nuestro héroe—. ¡Ni que hubiera un demonio suelto! Sin duda hoy todos tienen<sup>[213]</sup> algo raro<sup>[214]</sup>. ¡Diablos, qué tortura!». Sumido en tales pensamientos y reflexiones, el señor Goliadkin condujo al<sup>[215]</sup> visitante a su habitación y lo invitó humildemente a sentarse. El invitado, por lo visto, era presa de una gran turbación, se mostraba muy apocado, seguía sumiso todos los movimientos del dueño de casa, atrapaba sus miradas y parecía que por medio de ellas quería adivinar sus pensamientos. Cierta dejo de humillación, opresión y espanto se dejaba ver en cada uno de sus gestos, de modo que, si se permite la comparación, en ese momento semejaba un hombre que, carente de ropa, se pone la de otro: las mangas se le suben, el talle le queda casi en la nuca, a cada instante se arregla el chalequito, se pone de costado en actitud evasiva, trata de ocultarse, espía a todos a los ojos y aguza el oído ansioso por saber si los demás no hablan de su situación, o si se ríen de él, o si se avergüenzan de él, y el hombre enrojece, se aturulla, su amor propio sufre... El señor Goliadkin puso su sombrero sobre el alféizar; un falso movimiento hizo caer el sombrero al suelo. El invitado se arrojó de inmediato a levantarlo, le sacudió el polvo, lo devolvió con cuidado a su sitio y puso el suyo en el suelo, junto a una silla, al borde de la cual tomó dócilmente asiento. Ese pequeño incidente le abrió en parte los ojos al señor Goliadkin; comprendió que el hombre pasaba grandes necesidades, por lo que no tuvo ya que preguntarse por dónde empezar la conversación y dejó el asunto, como era debido, en manos de este. Pero el invitado, por su parte, tampoco hablaba, bien fuera por timidez, por vergüenza o porque aguardaba a que comenzara su anfitrión; difícil era decir por qué. En ese momento entró Petrushka, se detuvo junto a la puerta y apuntó los ojos hacia el lado exactamente opuesto a aquel donde se habían instalado el invitado y su señor.

—¿Mandaré servir comida para dos? —dijo con negligencia y voz algo ronca.

—No... no sé... usted... sí, hermano, sirve comida para dos.

Petrushka salió. El señor Goliadkin echó una mirada a su invitado. Este estaba

rojo hasta las orejas. El señor Goliadkin era un buen hombre, y por ello, en virtud de su bondad de alma, formuló enseguida una teoría:

«Pobre hombre —pensó—. Ha sido apenas su primer día en el trabajo; seguramente ha sufrido en el pasado; quizás todo lo que posea sea esa ropita decente y no tenga qué comer. ¡Vaya, qué aspecto agobiado tiene! Bueno, no importa; eso en parte es mejor...».

—Discúlpeme por... —comenzó el señor Goliadkin—. Aunque, permítame saber cómo debo llamarlo.

—Yo... yo soy... Iákov Petróvich —dijo casi en un susurro su invitado, como con escrúpulos y avergonzado, como pidiendo perdón por llamarse también Iákov Petróvich.

—¡Iákov Petróvich! —repitió nuestro héroe, sin poder ocultar su turbación.

—Sí, señor, así es... Soy tocayo suyo —respondió el humilde invitado del señor Goliadkin, atreviéndose a sonreír y decir algo jocoso. Pero enseguida, al advertir que su anfitrión no estaba para bromitas, recapacitó y adoptó un aspecto muy serio y, por cierto, algo confuso.

—Usted... permítame que le pregunte, ¿a qué debo el honor...?

—Conociendo su magnanimidad y virtudes —lo interrumpió, aprisa pero con voz apocada, el invitado, levantándose de la silla<sup>[216]</sup>—, me he atrevido a acudir a usted para pedirle su... amistad y protección... —concluyó su invitado, expresándose con visible dificultad y escogiendo palabras ni tan lisonjeras u obsequiosas que comprometieran su amor propio ni tampoco tan osadas que denunciaran una indecorosa pretensión de igualdad. En general podía decirse que el invitado del señor Goliadkin se conducía como un mendigo de origen noble, con un frac remendado y un documento en el bolsillo que acreditaba su noble cuna, y que no había aprendido aún a tender la mano como corresponde.

—Usted me desconcierta —respondió el señor Goliadkin, paseando la mirada sobre sí mismo, las paredes y su invitado—. ¿En qué podría yo...? O sea, quiero decir, ¿de qué manera exactamente podría yo serle útil?

—Iákov Petróvich, me sentí atraído hacia usted desde el primer momento que lo vi, y tenga la magnanimidad de disculparme, pero he cifrado mis esperanzas en usted; me he atrevido a cifrar mis esperanzas en usted, Iákov Petróvich. Yo... aquí soy un hombre perdido, Iákov Petróvich; soy pobre, he sufrido mucho, Iákov Petróvich, y aquí todo me resulta nuevo. Al saber que usted, con las cualidades naturales e innatas de su hermosa alma, tenía el mismo apellido que yo...

El señor Goliadkin frunció el ceño.

—... el mismo apellido que yo y es oriundo del mismo lugar, me decidí a acudir a usted y exponerle mi difícil situación.

—Está bien, está bien, señor. En verdad no sé qué decirle —respondió con voz turbada el señor Goliadkin—. Mire, hablaremos después de comer...

El invitado hizo una reverencia. Trajeron la comida. Petrushka puso la mesa y el

invitado y el dueño de casa empezaron a saciar el apetito. La comida no se prolongó mucho tiempo, ya que ambos tenían prisa: el dueño de casa porque estaba de mal talante, y además porque sentía vergüenza de que la comida fuera tan mala; vergüenza que, en parte, se debía a que le hubiera gustado alimentar bien al invitado, y en parte a que le hubiera gustado demostrar que no vivía como un indigente. Por su parte, el invitado era presa de la mayor turbación y azoramiento. Habiendo tomado una vez el pan y comido una rebanada, temía tender la mano hacia una segunda; evitaba escrupulosamente tomar los mejores pedazos y a cada momento aseguraba que no tenía nada de hambre, que la comida era maravillosa y que, por su parte, estaba totalmente satisfecho y lo recordaría hasta la muerte. Cuando la comida terminó, el señor Goliadkin encendió su pipa, ofreció al visitante otra reservada para los amigos, ambos se sentaron frente a frente y el invitado empezó a relatar sus aventuras.

El relato del señor Goliadkin menor duró unas tres o cuatro horas. No obstante, la historia de sus aventuras se componía de los más frívolos y, por así decir, más míseros incidentes. Algo respecto a su servicio en un tribunal de provincias, a fiscales y presidentes, a ciertas intrigas de oficina, a la degradación espiritual de un jefe de despacho, a un inspector, a un brusco cambio de jefes, a cómo el señor Goliadkin segundo había sufrido sin tener culpa alguna, a su anciana tía, Pelaguéia Semiónovna, a cómo él, víctima de diversas intrigas de sus enemigos, había perdido el trabajo y venido a pie a Petersburgo, a los padecimientos y adversidades que había pasado aquí, en Petersburgo, a cómo había buscado larga e infructuosamente trabajo, se había arruinado, se había gastado todo el dinero en comida, había vivido casi en la calle, había comido pan duro humedecido con sus propias lágrimas, había dormido a suelo pelado y, por último, a cómo una buena persona había hecho gestiones por él, lo había recomendado y generosamente ubicado en su nuevo trabajo. El invitado del señor Goliadkin lloraba mientras narraba, y se secaba las lágrimas con un pañuelo azul a cuadros que parecía más bien un trozo de hule. Acabó abriendo por entero su corazón al señor Goliadkin y confesando que por ahora no solo no tenía con qué vivir ni hallar una vivienda decente, sino tampoco para vestirse como era debido; que no le alcanzaba ni para unas botas de mala muerte y que el uniforme se lo habían prestado por breve tiempo.

El señor Goliadkin estaba enternecido, sinceramente conmovido. Por lo demás, y aunque la historia de su invitado era una historia baladí, las palabras que la componían se habían ido depositando sobre su corazón como maná celestial. Ocurre que el señor Goliadkin había olvidado sus últimas dudas, abierto su corazón a la libertad y la alegría y, por último, acabó considerándose un estúpido para sus adentros. ¡Todo era tan natural! ¡Y vaya si había motivo para afligirse, para alarmarse! Bueno, en verdad había una circunstancia espinosa, pero no se trataba de ninguna desgracia: no podía mancillar a un hombre, ni herir su amor propio, ni arruinar su carrera, ya que el hombre no es culpable cuando la que se inmiscuye es la

propia naturaleza. Además, el invitado pedía protección, el invitado lloraba, el invitado acusaba al destino, parecía tan ingenuo, tan cándido y bondadoso, tan lamentable e insignificante; y por lo visto él mismo se avergonzaba, aunque quizás en otro sentido, de su extraña semejanza con el dueño de casa. Se conducía de un modo que inspiraba la mayor confianza, procuraba complacer a su anfitrión, y miraba como lo hace un hombre atormentado por remordimientos de conciencia y que siente culpa ante el otro. Si la conversación, por ejemplo, giraba en torno a una cuestión controvertida, el invitado acordaba de inmediato con la opinión del señor Goliadkin. Si de algún modo, por error, expresaba una opinión contraria a la del señor Goliadkin y luego advertía que se había despistado, corregía de inmediato su discurso, se explicaba y enseguida daba a entender que comprendía el asunto del mismo modo que su anfitrión. En una palabra, el invitado hacía todos los esfuerzos posibles por «comprarse» al señor Goliadkin, de modo que este acabó decidiendo que su invitado debía ser un hombre muy amable en todo sentido. A todo esto sirvieron el té; eran más de las ocho. El señor Goliadkin se sentía en una estupenda disposición de ánimo, se alegró, se regocijó, se soltó un poco y se entregó, por último, a una animada y entretenida conversación con su invitado. El señor Goliadkin, bajo el efecto de la alegría, gustaba a veces de contar cosas interesantes. Y así sucedió ahora: le contó a su invitado muchas cosas sobre la capital, sus distracciones y bellezas, el teatro, los clubes, un cuadro de Briullov; sobre cómo dos ingleses viajaron especialmente de Inglaterra a Petersburgo para apreciar la reja del Jardín de Verano y enseguida se volvieron; sobre el trabajo, Klara Olsúfevna y Andréi Filíppovich; sobre cómo Rusia avanza hora a hora hacia la perfección, y que «aquí florece hoy el arte de las letras<sup>[217]</sup>»; un chiste que había leído hacía poco en *La abeja del norte*, y que en India había una boa constrictora de extraordinaria fuerza; por último, sobre el barón Brambeus<sup>[218]</sup>, etc., etc. En una palabra, el señor Goliadkin sentía plena satisfacción; primero, porque estaba completamente tranquilo; segundo, porque no solo no temía a sus enemigos, sino que ahora estaba dispuesto a retarlos a un combate decisivo; tercero, porque ejercía protección con su propia persona y, a fin de cuentas, hacía algo bueno. Sin embargo, en su fuero íntimo reconocía que aún no era del todo feliz en ese instante, que habitaba en él un gusanillo —muy pequeño, por cierto— que le seguía royendo el corazón. Lo atormentaba indeciblemente el recuerdo de lo ocurrido la víspera en casa de Olsufi Ivánovich. Daría cualquier cosa en ese momento por que no se hubieran producido varios de los eventos del día anterior. «¡Bueno, después de todo, no importa!», concluyó al fin nuestro héroe, y tomó la firme decisión de que en adelante se comportaría bien y no incurriría en semejantes desatinos. Como el señor Goliadkin se había soltado por completo y se sentía casi en el colmo de la felicidad, se le ocurrió oportuno entregarse a ciertos placeres. Petrushka trajo ron y prepararon un ponche. El invitado y el dueño de casa apuraron un vaso y luego otro. El invitado se volvió más amable que antes y dio a su vez sobradas muestras de su carácter feliz y franco, hacía las delicias del señor Goliadkin, parecía alegrarse solo por la alegría

de este y lo miraba como a su único y auténtico bienhechor. Tomando una pluma y una hojita de papel, le pidió al señor Goliadkin que no mirara lo que iba a escribir, y luego, cuando hubo terminado, le mostró lo escrito al anfitrión. Era una cuarteta bastante sentida, compuesta además con espléndida letra y estilo, y por lo visto obra del amable invitado:

*Si tú llegaras a olvidarme,  
Yo no me olvidaré de ti;  
Pase lo que pase en la vida,  
¡Tú tampoco te olvidas de mí!*

Con lágrimas en los ojos, el señor Goliadkin abrazó a su invitado y, ya plena y profundamente conmovido, le reveló algunos secretos y confidencias, en los que se hacía mucho hincapié en Andréi Filíppovich y Klara Olsúfevna. «Bueno, pero tú y yo, Iákov Petróvich, nos entenderemos —dijo nuestro héroe a su invitado—. Tú y yo, Iákov Petróvich<sup>[219]</sup>, viviremos como el pez y el agua, como hermanos de sangre; nosotros, amigazo, vamos a emplear astucias, astucias vamos a emplear; armaremos intrigas para fastidiarlos... para fastidiarlos armaremos intrigas. En<sup>[220]</sup> cuanto a ellos, no confíes en ninguno. Porque te conozco, Iákov Petróvich, y entiendo tu carácter: ¡eres justamente de los que cuentan todo, alma cándida! Mantente al margen de ellos, hermano». El invitado se mostró en un todo de acuerdo, agradeció al señor Goliadkin y a lo último también rompió en lágrimas. «¿Sabes qué, Iasha<sup>[221]</sup>? —continuó el señor Goliadkin con voz trémula y débil—. Iasha, quédate en mi casa por un tiempo, o quédate para siempre. Nos entenderemos. ¿Qué dices, hermano? No te hagas mala sangre ni murmures por esta extraña circunstancia que hay entre nosotros: murmurar es pecado, hermano<sup>[222]</sup>. ¡Así lo quiso la naturaleza! Y la madre naturaleza es generosa, ¡así es, hermano Iasha! Te lo digo con cariño, con fraternal cariño. Tú y yo, Iasha, vamos a emplear astucias y a serrucharles el piso, vamos a ganarles de mano». Llegaron al tercer y al cuarto vaso de ponche, y entonces el señor Goliadkin empezó a experimentar dos sensaciones: una, que era extraordinariamente feliz; otra, que no podía mantenerse en pie<sup>[223]</sup>. El visitante, desde luego, fue invitado a pasar la noche. La cama fue hecha a las apuradas con dos filas de sillas. El señor Goliadkin menor expresó que, bajo un techo amigo, hasta el suelo resulta mullido; que, por su parte, se dormiría en cualquier sitio, con humildad y gratitud; que ahora se sentía en el paraíso y que, por último, en su vida había sufrido muchas desgracias y penas, había visto y sobrellevado muchas cosas, y —¿quién conoce el futuro?— quizás debiera sobrellevar más. El señor Goliadkin mayor protestó contra ello y se puso a demostrar que hay que depositar toda la esperanza en Dios. El invitado se mostró en un todo de acuerdo y dijo que, desde luego, nadie hay como Dios. Ahí el señor Goliadkin mayor señaló que los turcos tienen en cierta medida razón cuando invocan



hasta en sueños el nombre de Dios. Después, en desacuerdo con ciertos científicos a propósito de ciertas calumnias lanzadas contra el profeta turco Mahoma, y reconociendo en este una suerte de gran político, el señor Goliadkin pasó a la más que interesante descripción de una barbería argelina sobre la que había leído en un libro, en la sección de misceláneas. El invitado y el dueño de casa se rieron mucho de la ingenuidad de los turcos; por cierto, no pudieron dejar de reconocer el asombro que les producía su fanatismo, excitado por el opio... El invitado al fin comenzó a desvestirse, mientras el señor Goliadkin fue tras el tabique, en parte por bondad de alma, porque en una de esas aquel no tenía una camisa decente y no quería azorar al ya de por sí sufrido hombre, y en parte para tranquilizarse en lo posible respecto a Petrushka, sondearlo, alegrarlo si podía, ser gentil con él<sup>[224]</sup>, para que todos fueran felices y, como suele decirse, no quedara sal esparcida sobre la mesa. Cabe señalar que Petrushka seguía produciendo cierta inquietud en el señor Goliadkin.

—Piotr, ya vete a dormir —dijo con suavidad el señor Goliadkin al entrar en el habitáculo de su criado—. Ya vete a dormir, y mañana despiértame a las ocho. ¿Me entiendes, Petrusha<sup>[225]</sup>?

El señor Goliadkin hablaba en un tono inusualmente suave y cariñoso. Pero Petrushka callaba. En ese momento iba y venía junto a su cama y ni siquiera se volvió para mirar a su señor, lo que, por cierto, debería haber hecho por simple respeto.

—Piotr, ¿me has oído? —continuó el señor Goliadkin—. Ya vete a dormir, Petrusha, y mañana despiértame a las ocho. ¿Me entiendes?

—¡Pero si ya lo sé, qué tanto! —rezongó entre dientes Petrushka.

—Vaya, vaya, Petrusha. Te digo esto solo para que estés tranquilo y feliz. Ahora todos somos felices, así que tú también debes estar tranquilo y feliz. Y ahora te deseo buenas noches. Duerme, Petrusha, duerme; todos debemos trabajar... Y, hermano, no vayas a pensar cualquier cosa...

El señor Goliadkin iba a decir algo pero se detuvo. «¿No será demasiado? —pensó—. ¿No estaré yendo demasiado lejos? Siempre es así, siempre hablo de más». Nuestro héroe salió del habitáculo de Petrushka muy descontento consigo mismo. Además, la grosería e intratabilidad de Petrushka lo habían ofendido un poco. «Al granuja lo miman, el señor le hace ese honor y él ni siquiera se entera —pensó el señor Goliadkin—. ¡En fin, así son todos los de esta ralea!». Tambaleándose un poco, regresó a la habitación y, al ver que su invitado ya se había acostado, se sentó un instante junto a él. «Vamos, admítelo, Iasha —comenzó en un susurro y meneando la cabeza—, tú tienes la culpa, canalla, porque tú, tocayo, mira...», continuó dirigiéndose con bastante familiaridad a su invitado. Por último, despidiéndose de él amistosamente, se fue a dormir. El invitado a todo esto empezó a roncar. El señor Goliadkin, a su vez, se dispuso a acostarse, y mientras lo hacía reía y susurraba para sus adentros: «¡Pero si estás borracho hoy, palomito mío, Iákov Petróvich, menudo canalla eres, vaya Goliadka que eres, tu apellido ya lo dice! A ver, ¿de qué te alegras? Si mañana te echarás a llorar, con lo llorón que eres, ¿qué voy a hacer contigo?». Ahí

una sensación bastante extraña atravesó de lado a lado al señor Goliadkin, algo semejante a la duda o al remordimiento. «Me he soltado hoy —pensaba—, y ahora me zumba la cabeza y estoy borracho. ¡No pudiste contenerme, zopenco! Decías tonterías por los codos y encima hablabas de emplear astucias, canalla. Por supuesto, perdonar y olvidar las ofensas es la primera de las virtudes. ¡Pero igual está mal! ¡Está mal!». Ahí el señor Goliadkin se levantó, tomó una vela y, en puntas de pie, se dirigió otra vez a examinar a su invitado. Permaneció largo tiempo inclinado sobre él, sumido en profunda meditación. «¡Un cuadro desagradable! ¡Un pasquín, un pasquín con todas las letras, ni más ni menos!».

Por último, el señor Goliadkin se acostó. La cabeza le zumbaba, le crujía, le retumbaba. Empezó a adormecerse, a adormecerse... pugnó por pensar en algo más, por recordar algo muy interesante, por resolver algo muy importante, un asunto delicado... pero no pudo. El sueño se abatió sobre su desdichada cabeza y se durmió como suele hacerlo la gente que no está acostumbrada a beberse de golpe cinco vasos de ponche en una amistosa velada.

## CAPÍTULO VIII<sup>[226]</sup>

Como de costumbre, al otro día el señor Goliadkin se despertó a las ocho; se despertó y recordó de inmediato todos los sucesos de la noche anterior; recordó y frunció el ceño. «¡Ay, ayer me comporté como un<sup>[227]</sup> imbécil!», pensó, levantándose y mirando hacia la cama de su invitado. ¡Pero cuál no fue su sorpresa al ver que faltaba no solo el invitado, sino también la cama en la que este había dormido! «¿Qué es esto? —dijo casi en un grito el señor Goliadkin—. Pero ¿qué ha pasado? ¿Qué significa esta nueva ocurrencia?». Mientras el señor Goliadkin, perplejo, miraba boquiabierto el lugar vacío, crujió la puerta y Petrushka entró con el servicio de té. «¿Dónde está? ¿Dónde está?», dijo con voz apenas audible nuestro héroe, señalando con el dedo el lugar que ayer le había sido reservado al invitado. Petrushka primero no respondió nada, ni siquiera miró a su señor, sino que volvió los ojos hacia el rincón de la derecha, de tal modo que el propio señor Goliadkin se vio obligado a mirar hacia allí. Sin embargo, tras breve silencio, Petrushka, con voz ronca y áspera, respondió que el señor no estaba en casa.

—Imbécil, si yo soy tu señor, Petrushka —dijo el señor Goliadkin con voz entrecortada y mirando con los ojos bien abiertos a su criado.

Petrushka no respondió nada, pero miró al señor Goliadkin de tal modo que este enrojeció hasta las orejas; era una mirada de ultrajante reproche, semejante a un insulto a la cara. El señor Goliadkin bajó los brazos, como suele decirse. Al fin Petrushka anunció que *el otro* se había retirado hacía una hora y media y no había querido esperar<sup>[228]</sup>. Desde luego, la respuesta era plausible y verosímil; se veía que Petrushka no estaba mintiendo, que su ultrajante mirada y la palabra *otro* que había utilizado<sup>[229]</sup> eran tan solo consecuencia de todo el vil y consabido episodio<sup>[230]</sup>, pero de todos modos comprendía, aunque vagamente, que algo andaba mal, y que el destino le tenía preparado aún otro regalito, no del todo agradable. «Bien, veremos —pensó—. Veremos y a su debido tiempo descifraremos todo el asunto... ¡Ay, Dios mío! —gimió a modo de cierre con voz ya totalmente distinta—. ¿Para qué lo habré invitado, a santo de qué hice todo esto? Si en verdad yo mismo me echo la maldita sogá al cuello y yo mismo aprieto el nudo. ¡Ay, qué cabeza tienes, qué cabeza! ¡No, si no pierdes ocasión de comportarte como un chiquillo cualquiera, como un oficinista de mala muerte, como una porquería sin rango, como un trapo, como un harapo podrido! ¡Chismoso! ¡Vieja comadre!... ¡Por todos los santos! ¡Y el canalla me escribió versitos, me declaró su amor! ¿Cómo hacer para...? ¿Cómo hacer para enseñarle la puerta con decoro si regresa? Desde luego, hay diversas formas y modos. Podría decirle, por ejemplo, que así y asá, que con mi módico sueldo... O asustarlo de alguna manera, decirle que tomando en consideración tal y cual cosa, me veo obligado a poner las cosas en su lugar... por ejemplo, decirle que hay que pagar el alquiler y la comida a medias y entregar el dinero por adelantado. ¡Hum! ¡No,

diablos, no! Eso mancillará mi honor. ¡No sería nada delicado! Quizás, qué sé yo, debería hacer así: agarrar y sugerirle a Petrushka que le juegue alguna mala pasada, que lo trate con cierto desdén, que le diga alguna<sup>[231]</sup> grosería, y quizás así lo obligue a irse. Ponerlos a uno contra el otro... ¡No, diablos, no! Eso sería peligroso, y otra vez, bien mirado... ¡vamos, estaría muy mal! ¡Muy mal! ¿Y si no regresa? ¿Eso también estaría mal<sup>[232]</sup>? ¡Con todo lo que le conté anoche!... ¡Ay, qué mal, qué mal! ¡Ay, qué flojo anda nuestro asunto! ¡Ay, qué maldita cabeza la mía! ¡No puedes meter en ella lo que corresponde, no puedes meterle razones ni a martillazos! ¿Y si viene<sup>[233]</sup> y se rehúsa? ¡Dios quiera que venga! Me pondría muy contento si volviera; daría cualquier cosa con tal de que volviera...». Así razonaba el señor Goliadkin mientras bebía su té con los ojos clavados en el reloj de pared. «Ya son las nueve menos cuarto, es hora de irse. ¿Y qué pasará ahora? ¿Qué pasará? Quisiera saber qué es exactamente lo que se oculta tras todo esto, el objetivo, la intención y demás tretas. Sería bueno saber qué está pergeñando toda esa gente, y cuál será su primer paso...». El señor Goliadkin no pudo aguantarlo más, dejó su pipa a medio fumar, se vistió y se dirigió a la oficina con el deseo de descubrir el peligro y cerciorarse de todo personalmente. Y el peligro existía, él sabía muy bien que el peligro existía. «Ahora lo... descifraremos —dijo el señor Goliadkin quitándose el capote y los chanclos en el recibidor—, ahora mismo llegaremos al fondo del asunto». Resuelto a actuar de ese modo, nuestro héroe se arregló la ropa, adoptó un aspecto digno y formal y se dispuso a penetrar en la habitación contigua cuando de pronto, en la misma puerta, tropezó con su conocido, amigo y allegado de la víspera. El señor Goliadkin menor, al parecer, no reparó en el señor Goliadkin mayor, aunque casi se habían topado de narices. El señor Goliadkin menor estaba al parecer muy ocupado, llevaba prisa, jadeaba; tenía un aspecto tan oficial, tan ajetreado que, por lo visto, cualquiera podía leer directamente en su rostro: «comisionado en misión especial»...

—¡Ah, es usted, Iákov Petróvich! —dijo nuestro héroe, tomando del brazo a su invitado de la víspera.

—Después, después, discúlpeme, después me dice —exclamó el señor Goliadkin menor pugnando por seguir su camino...

—Pero permítame. Me parece que usted, Iákov Petróvich, quería...

—¿Qué, señor? Explíquese cuanto antes —ahí el invitado de la víspera del señor Goliadkin se detuvo como a regañadientes y de mala gana, y pegó la oreja casi contra la nariz del señor Goliadkin.

—Debo decirle, Iákov Petróvich, que me sorprende su acogida... acogida que, por lo visto, no podía en modo alguno esperar.

—Hay una forma apropiada para todo, señor. Vaya a ver al secretario de su Excelencia y luego diríjase como corresponde al señor director de la oficina. ¿Trae una solicitud?...

—Usted... ¡no sé qué decir, Iákov Petróvich! ¡Usted sencillamente me sorprende, Iákov Petróvich! Seguramente no me reconoce o está bromeando, fiel a su carácter

alegre.

—¡Ah, es usted! —dijo el señor Goliadkin menor, como si recién ahora hubiera reconocido al señor Goliadkin mayor—. ¿Conque es usted<sup>[234]</sup>? Bueno, ¿qué? ¿Ha pasado bien la noche? —ahí el señor Goliadkin menor, con una ligera sonrisa, una sonrisa oficial y formal, aunque no totalmente adecuada (porque en todo caso debía estar agradecido al señor Goliadkin mayor), así pues, con una sonrisa oficial y formal, añadió que por su parte se alegraba mucho de que el señor Goliadkin hubiera descansado bien; luego hizo una ligera reverencia, dio unos pasitos en su sitio, miró a la derecha, a la izquierda, luego bajó los ojos al suelo, clavó la vista en una puerta lateral y, susurrando a toda prisa que estaba a cargo de una misión especial, se coló en la habitación contigua. Apenas si lo vieron<sup>[235]</sup> desaparecer.

—¡Vaya una broma!... —susurró nuestro héroe, pasmado por un instante—. ¡Vaya una broma! ¡Conque así están las cosas!... —ahí el señor Goliadkin, sin saber por qué, sintió un hormigueo que le recorrió todo el cuerpo—. Por lo demás — continuó para sus adentros, ingresando en su sección—, por lo demás ya hace tiempo que venía hablando de esta situación, ya hace tiempo que presentía que él estaba en misión especial; ayer mismo dije que este hombre estaba sin duda siendo utilizado por alguien para alguna misión especial<sup>[236]</sup>...

—¿Ha terminado el papel de ayer, Iákov Petróvich? —preguntó Antón Antónovich Sietóchkin al señor Goliadkin cuando este hubo tomado asiento cerca de él—. ¿Lo tiene aquí?

—Aquí está —susurró el señor Goliadkin, mirando a su jefe de despacho con aspecto algo extraviado.

—Está bien, señor. Se lo digo porque Andréi Filíppovich ya preguntó dos veces por él. De un momento a otro su Excelencia puede reclamarlo...

—Sí, señor, ya lo tengo listo...

—Bueno, señor, mejor así.

—Yo, Antón Antónovich, creo que siempre he cumplido con mi deber como corresponde, he sido muy cuidadoso de los encargos de mis superiores y me ocupo de ellos con diligencia.

—Así es, señor. Pero ¿qué quiere decir con eso, señor?

—Nada, Antón Antónovich. Yo solo quiero explicar, Antón Antónovich, que yo... o sea, yo quería decir que a veces la mala intención y la envidia no se compadecen de nadie en la búsqueda de su repugnante alimento diario...

—Disculpe, no lo entiendo del todo bien. O sea, ¿a quién está aludiendo ahora<sup>[237]</sup>?

—O sea, yo solo quiero decir, Antón Antónovich, que yo voy de frente, que desprecio los rodeos, que no soy un intrigante, y que de eso, si se me permite la expresión, puedo enorgullecerme con toda justicia...

—Sí, señor. Todo eso es cierto, y hasta donde alcanzo a comprender doy plena justicia a su forma de razonar. Pero permítame señalarle, Iákov Petróvich, que las

alusiones personales en buena sociedad no son del todo admisibles; a espaldas mías, por ejemplo, estoy dispuesto a tolerarlas —¡a quién no injurian a sus espaldas!—, pero a la cara, qué quiere que le diga, ni yo, señor mío, permitiré que me digan insolencias. Yo he sacado canas sirviendo al Estado<sup>[238]</sup>, señor mío, y en la vejez no permitiré que nadie me diga insolencias...

—No, señor. Yo, Antón Antónovich, vea usted, Antón Antónovich... usted, por lo visto, Antón Antónovich, no me ha comprendido bien<sup>[239]</sup>. En cuanto a mí, disculpe, Antón Antónovich, por mi parte no puedo menos que tener a honor...

—Pues yo también le pido que nos perdone, señor. Hemos sido educados a la antigua, señor. Ya es tarde para que nos inculquen sus nuevos modales. Creo que hasta ahora hemos tenido suficiente inteligencia para servir a la patria. Como usted bien sabe, señor mío, he recibido una condecoración por veinticinco años de intachable servicio...

—Lo comprendo, Antón Antónovich, por mi parte comprendo todo ello perfectamente. Pero no me refería a eso, sino a la máscara, Antón Antónovich...

—¿A la máscara?

—O sea, usted otra vez... temo que malinterprete el sentido, o sea, el sentido de mis palabras, como usted mismo dice, Antón Antónovich. Yo no hago más que desarrollar el tema, o sea, plantear la idea, Antón Antónovich, de que las personas que llevan máscara ya no son pocas, y que ahora es difícil reconocer al hombre que se oculta tras ella...

—Bueno, mire, no es tan difícil, señor. A veces incluso es bastante fácil, a veces no hace falta ir a buscar muy lejos, señor.

—No, yo me refiero, mire, Antón Antónovich, yo me refiero a mi persona, a que yo, por ejemplo, solo llevo máscara cuando es necesario, o sea, únicamente en carnaval y en reuniones divertidas, hablando en sentido propio, pero que no uso máscara ante los demás todos los días, hablando en un sentido diferente, más oculto. Eso es lo que quería decir, Antón Antónovich.

—Bueno, está bien, dejemos todo eso por ahora, que tampoco tengo tiempo —dijo Antón Antónovich levantándose de su sitio y recogiendo unos papeles para presentárselos a su Excelencia—. Supongo que su asunto no tardará en esclarecerse. Usted mismo verá a quién debe culpar y a quién acusar, y luego le pido humildemente que me exima de ulteriores explicaciones y conversaciones personales que afectan el servicio...

—No, señor. Yo, Antón Antónovich —comenzó el señor Goliadkin palideciendo un poco, mientras Antón Antónovich se alejaba—, yo, Antón Antónovich, en modo alguno he pensado... Pero ¿qué está pasando? —continuó ya solo y para sus adentros nuestro héroe—. ¿Qué vientos son estos que están soplando? ¿Y qué significa este nuevo enredo<sup>[240]</sup>?

En el mismo momento en que nuestro perplejo y moribundo héroe se disponía a resolver esa nueva<sup>[241]</sup> cuestión, en la habitación contigua se oyó ruido, hubo como

un movimiento febril, la puerta se abrió y Andréi Filíppovich, que acababa de ausentarse para atender un asunto en el despacho de su Excelencia, apareció jadeante en la puerta y llamó al señor Goliadkin. Sabiendo de qué se trataba y no deseando hacer esperar a Andréi Filíppovich, el señor Goliadkin saltó de su silla y, como corresponde, se puso a preparar y ordenar frenéticamente el cuaderno requerido y se dispuso él mismo a dirigirse con este y Andréi Filíppovich al despacho de su Excelencia. De pronto, y casi por debajo del brazo de Andréi Filíppovich, que se hallaba junto a la puerta, se coló en la habitación el señor Goliadkin menor, agitado, jadeando, extenuado por el servicio, con un aspecto resueltamente grave y formal; se precipitó hacia el señor Goliadkin mayor, que lo que menos esperaba era un asalto semejante...

—Los papeles, Iákov Petróvich, los papeles... su Excelencia se ha dignado preguntar si los tiene listos —balbuceó a toda prisa el conocido del señor Goliadkin mayor—. Andréi Filíppovich lo está esperando...

—No hace falta que me lo diga —dijo el señor Goliadkin mayor, también a toda prisa y en un susurro.

—No, Iákov Petróvich, no me refiero a eso. No me refiero en absoluto a eso, Iákov Petróvich. Yo le tengo aprecio, Iákov Petróvich, y le profeso una cordial simpatía.

—De la que le pido humildemente me exima. Permítame, permítame, señor...

—Por supuesto, los pondrá usted en una carpeta, Iákov Petróvich, y la tercera hoja la marcará con un señalador. Permítame, Iákov Petróvich...

—Pero permítame de una vez...

—Pero aquí hay un borroncito, Iákov Petróvich<sup>[242]</sup>, ¿ha notado usted el borroncito?...

Ahí Andréi Filíppovich llamó por segunda vez al señor Goliadkin.

—Ya voy, Andréi Filíppovich, ya casi termino, aquí está... Muy señor mío, ¿no entiende usted el ruso?

—Lo mejor sería rasparlo con el cortaplumas, Iákov Petróvich; será mejor que me lo deje a mí, usted mejor no lo toque, Iákov Petróvich, deje que lo haga yo, le doy aquí un poquito con el cortaplumas...

Andréi Filíppovich llamó por tercera vez al señor Goliadkin.

—¡Pero qué dice usted! ¿Dónde ve el borroncito? Si no parece haber aquí borrón alguno.

—Un borrón enorme, ¡ahí lo tiene! Mire, permítame, lo vi aquí; aquí está, permítame... usted solo permítame, Iákov Petróvich<sup>[243]</sup>, le doy un poquito aquí con el cortaplumas, por simpatía hacia usted, Iákov Petróvich, con el cortaplumas, de puro corazón<sup>[244]</sup>... así, le doy un poquito y asunto cerrado...

Entonces, y de modo completamente inesperado, el señor Goliadkin menor venció al señor Goliadkin mayor en una lucha momentánea surgida entre ellos, y en todo caso contra la voluntad de este, de repente, sin más ni más, se apoderó del papel

requerido por la autoridad superior y, en lugar de rasparlo un poquito con el cortaplumas y de puro corazón, como había asegurado pérfidamente al señor Goliadkin mayor, lo enrolló rápido, se lo metió bajo el brazo y en dos saltos apareció junto a Andréi Filíppovich, que no había advertido ninguno de sus trucos, y voló con él al despacho del director. El señor Goliadkin mayor se quedó como clavado al suelo, con el cortaplumas en las manos y como disponiéndose a raspar algo con él...

Nuestro héroe no comprendía aún del todo este nuevo incidente. No lograba aún volver en sí. Había sentido el golpe, pero pensaba que no era algo tan importante<sup>[245]</sup>. Embargado por una terrible e indescriptible angustia salió al fin disparado de su sitio y se lanzó directamente hacia el despacho del director, rogándole al cielo, por lo demás, que de algún modo todo acabara bien y no pasara a mayores... En la última habitación antes del despacho del director se topó de narices con Andréi Filíppovich y con su tocayo. Ambos regresaban ya: el señor Goliadkin se hizo a un lado. Andréi Filíppovich hablaba con alegría y sonreía. El tocayo del señor Goliadkin mayor también sonreía, trotaba halagüeño a respetuosa distancia de Andréi Filíppovich y con aire encantado le susurraba algo al oído, a lo que este respondía con el más benevolente movimiento de cabeza. Nuestro héroe comprendió todo al instante. Su trabajo (como supo después) casi había superado las expectativas de su Excelencia y en efecto fue entregado en tiempo y forma. Su Excelencia estaba sumamente contento. Incluso decían que su Excelencia había dado las gracias al señor Goliadkin menor, unas gracias sentidas; dijo que lo recordaría en caso necesario y que no lo olvidaría... Desde luego, lo primero que debía hacer el señor Goliadkin era protestar, protestar con toda energía, hasta agotar las posibilidades. Casi fuera de sí y pálido como la muerte, se abalanzó sobre Andréi Filíppovich. Pero Andréi Filíppovich, al oír que el asunto del señor Goliadkin era de índole personal, se negó a escuchar, afirmando resueltamente<sup>[246]</sup> que no tenía un minuto libre siquiera para atender sus propios asuntos.

La sequedad de tono y la rudeza del rechazo dejaron pasmado al señor Goliadkin. «<sup>[247]</sup> Mejor encaro el asunto por otro lado... mejor me dirijo a Antón Antónovich». Para desgracia del señor Goliadkin, Antón Antónovich tampoco estaba disponible: andaba por ahí también ocupado en algo. «¡No fue sin intención que me pidió que lo eximiera de explicaciones y conversaciones! —pensó nuestro héroe—. ¡Era eso a lo que se refería el viejo zorro<sup>[248]</sup>! En ese caso, me tomaré el atrevimiento de suplicarle a su Excelencia».

Pálido aún y sintiendo un verdadero caos en su cabeza, sin la menor idea de qué decisión debía tomar, el señor Goliadkin se sentó en su silla<sup>[249]</sup>. «Sería mucho mejor que todo esto hubiera pasado así porque sí —pensaba sin cesar<sup>[250]</sup>—. En efecto, un asunto tan sombrío resulta incluso inverosímil. En primer lugar es absurdo, y en segundo lugar no puede suceder. Seguramente me pareció u ocurrió de otra manera a como en verdad sucedió; o en verdad fui allí... y de algún modo me tomé por otro... en una palabra, es un asunto del todo imposible».



El señor Goliadkin acababa de decidir que era un asunto del todo imposible cuando de repente entró volando a la habitación el señor Goliadkin menor con papeles en ambas manos y bajo el brazo. Tras decir a la pasada dos palabras necesarias a Andréi Filíppovich, cruzar unas palabras con alguien más, unas frases amables con este, unas frases cómplices con aquel, el señor Goliadkin menor, al parecer sin tiempo que perder, se disponía ya, por lo visto, a salir del cuarto, pero, para fortuna del señor Goliadkin mayor, se detuvo junto a la puerta y se puso a hablar a la pasada con dos o tres jóvenes empleados que se hallaban allí. El señor Goliadkin mayor se lanzó hacia él. En cuanto el señor Goliadkin menor vio la maniobra del señor Goliadkin mayor se puso enseguida a mirar en torno suyo con gran inquietud para ver por dónde escabullirse. Pero nuestro héroe ya sujetaba por la manga a su invitado de la víspera. Los empleados que rodeaban a los dos consejeros titulares se abrieron y aguardaban con curiosidad qué iría a pasar. El viejo consejero titular comprendía bien que la consideración general no estaba entonces de su lado; comprendía bien que intrigaban contra él, por lo que más necesario era ahora mantenerse firme. El momento era decisivo.

—¿Y bien? —dijo el señor Goliadkin menor, mirando con bastante descaro al señor Goliadkin mayor.

El señor Goliadkin mayor apenas respiraba.

—Muy señor mío —comenzó—, no sé cómo explicará ahora el modo extraño que tiene de comportarse conmigo.

—Bien. Continúe, señor —ahí el señor Goliadkin menor miró en torno suyo y le guiñó el ojo a los empleados que los rodeaban, como dando a entender que ahora comenzaría la comedia.

—La insolencia y desvergüenza de sus modales para conmigo en este mismo momento, muy señor mío, lo dejan aún más al descubierto... que todas mis palabras. No se fíe de su juego, es bastante malo...

—Bueno, Iákov Petróvich, y ahora dígame, ¿cómo ha pasado la noche? —respondió el señor Goliadkin menor, mirando fijo a los ojos al señor Goliadkin mayor.

—Usted, muy señor mío, se está propasando —dijo con la mayor turbación el consejero titular, apenas sintiendo el suelo bajo sus pies—. Espero que cambie su tono...

—¡Encanto mío! —dijo el señor Goliadkin menor, haciendo una mueca bastante indecente al señor Goliadkin mayor, y de pronto, del modo más imprevisto, fingiendo cariño, le tomó con dos dedos la mofletuda mejilla derecha. Nuestro héroe se inflamó como fuego... Tan pronto como el conocido del señor Goliadkin mayor advirtió que su adversario, con todos sus miembros temblando, mudo de indignación, rojo como un cangrejo, había llegado al último grado de exasperación y podía emprender un ataque en regla, se apresuró a impedirlo del modo más descarado. Tras darle unas dos palmaditas en la mejilla, hacerle dos o tres cosquillas, jugarle —para gran placer de

los jóvenes que los rodeaban— unos segundos más con nuestro héroe, inmóvil y pasmado de rabia, el señor Goliadkin menor, con un descaro que indignaba el alma, dio finalmente al señor Goliadkin mayor una palmada en la prominente panza y con la sonrisa más venenosa e insinuante le dijo: «¡Eres un travieso, Iákov Petróvich, eres un travieso, hermano! Tú y yo vamos a emplear astucias, Iákov Petróvich, astucias». Luego, y antes de que nuestro héroe tuviera tiempo de recuperarse del último ataque, el señor Goliadkin menor de pronto (lanzando previamente una sonrisita a los espectadores que los rodeaban) adoptó el aspecto más atareado, más ocupado, más formal, bajó los ojos al suelo, se encogió, se contrajo y, diciendo a toda prisa «en misión especial», dio una patada con su pierna cortita y se coló en la habitación contigua. Nuestro héroe no daba crédito a sus ojos y no podía aún volver en sí...

Por fin volvió en sí. Comprendiendo al instante que estaba muerto, que en cierto sentido se había aniquilado, que se había llenado de oprobio y había mancillado su reputación, que había sido ridiculizado y humillado en presencia de terceros, que había sido pérfidamente vejado por quien todavía ayer consideraba su mejor y más confiable amigo, que había, por último, mordido el polvo, el señor Goliadkin se lanzó en persecución de su enemigo. En ese momento ya no quería ni pensar en los testigos de su vejación. «Es una confabulación —dijo para sus adentros—. Cada uno apoya y azuza al otro contra mí». Sin embargo, tras dar diez pasos, nuestro héroe vio claramente que toda persecución era vana e inútil, y por eso regresó. «No escaparás —pensaba—, ya te haré caer en su momento y las pagarás todas juntas». Con furiosa sangre fría y con la más enérgica resolución llegó el señor Goliadkin hasta su silla y se sentó. «¡No escaparás!», dijo otra vez. Ahora la cuestión no giraba en torno a una defensa pasiva cualquiera; soplaban vientos de determinación y acción ofensiva, y quien hubiera visto en ese instante cómo el señor Goliadkin, todo colorado y apenas conteniendo su agitación, clavaba la pluma en el tintero y con qué furia la hacía correr por el papel, hubiera decidido ya de antemano que el asunto no quedaría así, que no acabaría como cosa de mujeres. En lo profundo de su alma había tomado una decisión y en lo profundo de su corazón se juró ejecutarla. A decir verdad, todavía no sabía muy bien cómo actuar, o sea, mejor dicho, no lo sabía en absoluto, ¡pero igual eso no importaba! «Con la impostura y el descaro, muy señor mío, hoy no se llega a ninguna parte. La impostura y el descaro, muy señor mío, no conducen a nada bueno, sino al dogal. Grishka Otrépiev<sup>[251]</sup> fue el único, muy señor mío, que sacó provecho de la impostura burlando a un pueblo ciego, y tampoco por mucho tiempo». A pesar de esta última consideración, el señor Goliadkin decidió esperar hasta que se les cayera la máscara a ciertas personas y algunas cosas quedaran al descubierto. Para ello era preciso, primero, que acabara cuanto antes la jornada de trabajo, y nuestro héroe decidió no emprender nada hasta ese momento. Después, una vez acabada la jornada de trabajo, tomaría una medida. Luego de tomar esa medida ya sabría cómo actuar, cómo organizar todo su plan de acción para destruir el cuerno de la arrogancia, para aplastar a la serpiente y hacerle morder el polvo en abyecta

impotencia. El señor Goliadkin no podía permitir que lo trataran como a un trapo con el que la gente se limpia las botas sucias. Avenirse a ello no podía él, y sobre todo en el presente caso. Si no fuera por la última humillación, nuestro héroe quizás hubiera decidido hacer de tripas corazón, quizás hubiera decidido callar, resignarse y no protestar con demasiada obstinación; vamos, habría discutido, se habría quejado un poco, habría demostrado que estaba en su derecho, luego habría cedido un poquito, luego quizás otro poquito, y al fin se habría avenido por entero; luego, sobre todo cuando la parte adversaria reconociera solemnemente que él estaba en su derecho, habría quizás hasta hecho las paces, hasta se habría enternecido un poco, quizás — ¿quién sabe?— hasta habría entablado una nueva amistad, una amistad fuerte y apasionada, aún más grande que la de ayer, de modo que esa amistad pudiera eclipsar, por último, la contrariedad de ese parecido bastante indecente entre dos personas, de modo que ambos consejeros titulares estuvieran la mar de contentos y vivieran, por último, hasta los cien años, etc. Digámoslo todo de una vez: el señor Goliadkin incluso empezaba a arrepentirse un poco<sup>[252]</sup> de haber salido en defensa de sí mismo y de su derecho y de no haber obtenido de ellos más que un disgusto. «Si se diera por vencido —pensaba el señor Goliadkin—, si dijera que bromeaba, entonces lo perdonaría, y tanto más lo perdonaría si lo reconociera en voz alta. Pero que me usen de trapo, eso no lo permitiré. Si a personas muy diferentes a él no les he permitido que me traten así, menos aún permitiré que lo haga este hombre perverso. ¡Yo no soy un trapo! ¡Yo no soy un trapo, muy señor mío!». En una palabra, nuestro héroe tomó una resolución. «¡Usted es el culpable, muy señor mío!». Resolvió protestar, protestar con toda energía, hasta agotar las posibilidades. ¡Así era el hombre! No podía permitir en modo alguno que lo ofendieran, menos aún a dejarse tratar como un trapo, y menos que todo por un hombre perverso. Nadie lo discute, por otra parte, nadie lo discute. Tal vez si alguien quisiera, si a alguien le entrara en ganas, por ejemplo, así, imperiosamente, convertir al señor Goliadkin en un trapo, lo lograría, lo lograría sin resistencia alguna y con total impunidad (el propio señor Goliadkin lo reconocía así en ocasiones), y el resultado sería un trapo y no el señor Goliadkin, un trapo infame y sucio, pero no un trapo común y corriente, sino un trapo con amor propio, un trapo con vida y sentimientos... amor propio y sentimientos sumisos a decir verdad, escondidos en lo más hondo de sus sucios pliegues, pero sentimientos al fin y al cabo...

Las horas se extendían increíblemente; por fin dieron las cuatro. Poco después todos se levantaron y, precedidos por sus superiores, se dirigieron a sus hogares. El señor Goliadkin se mezcló en la multitud; su ojo avizor no perdía de vista al hombre indicado. Por último nuestro héroe vio que su conocido se acercó a toda prisa a los ordenanzas que repartían los capotes y, fiel a su vil costumbre, aguardaba adúlón a que le dieran el suyo. El momento era decisivo. Como pudo, el señor Goliadkin se abrió paso entre la multitud y, no deseando rezagarse, también pugnó por su capote. Pero primero se lo dieron al conocido y amigo del señor Goliadkin, que también allí

había logrado su cometido a su manera, insinuándose, ganándose el favor, susurrando cumplidos y haciendo bajezas.

El señor Goliadkin menor se echó el capote a los hombros, miró con ironía al señor Goliadkin mayor, lanzándole así una afrenta directa y descarada; luego, con la insolencia que lo caracterizaba, miró alrededor, trajinó un poco más junto a los empleados —seguramente para causar buena impresión en ellos—, dijo una palabrita a uno, susurró algo a otro, lisonjeó respetuosamente a un tercero, dirigió una sonrisa a un cuarto, dio la mano a un quinto y se lanzó alegre escaleras abajo. El señor Goliadkin mayor fue tras él y, para su indecible placer, le dio alcance en el último escalón y lo tomó del cuello del capote. El señor Goliadkin menor pareció amedrentarse un poco y miró a su alrededor con aspecto extraviado.

—¿Cómo debo entender esto? —susurró por fin con voz débil al señor Goliadkin.

—Muy señor mío, si es usted un hombre noble, espero que recuerde el trato amistoso que tuvimos ayer —dijo nuestro héroe.

—¡Ah, sí! ¿Y bien? ¿Cómo ha pasado la noche?

La rabia le quitó un instante el habla al señor Goliadkin mayor.

—Yo he pasado la noche bien, señor... Pero permítame decirle, muy señor mío, que su juego es sumamente escabroso...

—¿Quién dice eso? Eso lo dicen mis enemigos —respondió con voz entrecortada ese que se hacía llamar señor Goliadkin, mientras inesperadamente se libraba de las débiles manos del verdadero señor Goliadkin. Tras librarse, se lanzó escaleras abajo, miró en torno suyo y, al ver a un cochero, corrió hacia él, tomó asiento en el *drozhki* y al instante ya había desaparecido a los ojos del señor Goliadkin mayor. Desesperado y abandonado por todos, el consejero titular miró a su alrededor, pero no había otro cochero. Atinó a correr, pero las piernas le flaqueaban. Con el rostro abatido, la boca abierta, aniquilado, encogido, impotente, se apoyó contra el poste de un farol y permaneció varios minutos así en medio de la vereda. Parecía<sup>[253]</sup> que todo había acabado para el señor Goliadkin...

## CAPÍTULO IX<sup>[254]</sup>

Todo, por lo visto, hasta la misma naturaleza, se había armado contra el señor Goliadkin; pero él aún se mantenía en pie y no estaba vencido; él sentía que no estaba vencido. Estaba dispuesto a luchar. Cuando volvió en sí de su primer asombro se frotó las manos con tal ardor y con tal energía que ya por el solo aspecto del señor Goliadkin podía vaticinarse que no cedería<sup>[255]</sup>. Por cierto, el peligro era palpable, inminente; el señor Goliadkin también sentía eso, pero ¿cómo abordarlo? Esa era la cuestión. Incluso por un momento al señor Goliadkin se le ocurrió el siguiente pensamiento: «¿No será mejor dejar todo como está, retirarse sin más ceremonia? Después de todo, ¿qué tiene? Es muy sencillo. Me mantendré al margen, como si no fuera yo; dejaré pasar todo; no soy yo y punto; él también se mantendrá al margen, y quizás también se retire; el granuja andará un tiempo más dando vueltas y adulando y luego se retirará. ¡Eso es! Tomaré el partido de la resignación. Si además ¿cuál es el peligro? A ver, ¿cuál es el peligro? Desearía que alguien me dijera qué peligro encierra todo esto. ¡Un asunto baladí! ¡Un asunto común y corriente!...». Ahí el señor Goliadkin se paró en seco. Las palabras quedaron tiasas sobre su lengua, hasta se injurió por haber concebido ese pensamiento, hasta se acusó de bajeza y de cobardía por ese pensamiento; sin embargo, su asunto no avanzaba un solo paso. Sentía que tomar una decisión cualquiera en ese momento era para él una estricta necesidad; incluso sentía que daría cualquier cosa a quien le dijera cuál era exactamente la decisión que debía tomar. Pero ¿cómo adivinarlo? Por lo demás, no había tiempo para andar con adivinanzas<sup>[256]</sup>. En cualquier caso, para no perder<sup>[257]</sup> tiempo, llamó a un cochero y regresó volando a casa. «<sup>[258]</sup> ¿Y? ¿Cómo te sientes ahora? —pensaba—. ¿Cómo dignas sentirte ahora, Iákov Petróvich? ¿Qué harás? ¿Qué harás ahora, vil granuja? ¿Te llevaste al límite y ahora no haces más que llorar y gimotear?». Así se zahería el señor Goliadkin, brincando bajo las sacudidas que daba el coche. Zaherirse e irritar de tal modo sus heridas constituía en ese momento un profundo placer, rayano en la voluptuosidad. «A ver —pensaba—, si ahora se presentara un mago, o si ocurriera de alguna manera oficial y me dijeran: ‘Goliadkin, dame un dedo de tu mano derecha y quedamos en paz, no habrá otro Goliadkin y serás feliz<sup>[259]</sup>, solo que con un dedo menos’, yo daría el dedo, sin falta lo daría, lo daría sin inmutarme. ¡Al diablo con todo esto! —gritó al fin desesperado el consejero titular—. Pero ¿por qué todo esto? ¡Vaya falta que hacía todo esto, esto precisamente, esto mismo, como si no pudiera haber sucedido otra cosa! Todo estaba bien al principio, todos estaban contentos y felices. Pero no, ¡hacía falta esto! Por lo demás, con las palabras no cambias nada. Hay que actuar<sup>[260]</sup>».

Así pues, casi decidido a emprender algo, el señor Goliadkin, al entrar en su departamento, tomó de inmediato la pipa y, chupándola con todas las fuerzas y soltando bocanadas de humo a diestra y siniestra, comenzó a ir y venir por la

habitación presa de la mayor agitación. Entretanto, Petrushka había comenzado a poner la mesa. Finalmente, el señor Goliadkin se decidió del todo, arrojó de pronto la pipa, se echó el capote a los hombros, dijo que no comería en casa y salió corriendo. En la escalera lo alcanzó Petrushka, que, jadeando, le llevaba el sombrero que había olvidado. El señor Goliadkin tomó el sombrero, quiso justificarse a la pasada a los ojos de Petrushka para que este no pensara nada raro, diciendo algo así como: «Vaya, qué curioso, se ha olvidado el sombrero, etc.», pero dado que Petrushka no quiso ni mirarlo y enseguida se volvió, el señor Goliadkin, sin ulteriores explicaciones, se puso el sombrero, bajó corriendo la escalera y, repitiendo que quizás todo sería para mejor y que el asunto se arreglaría de algún modo, lo que no le impedía, por cierto, sentir un escalofrío que le llegaba hasta los talones, salió a la calle, llamó a un cochero y partió a toda prisa hacia la casa de Andréi Filíppovich. «Aunque ¿no sería mejor mañana? —pensó el señor Goliadkin, mientras tomaba el cordón de la campanilla ante la puerta del departamento de Andréi Filíppovich<sup>[261]</sup>—. ¿Si qué le puedo decir en particular? Si aquí no hay nada de particular. Es un asunto insignificante, si en efecto es un asunto insignificante, baladí, es decir, casi baladí... Si en el fondo todo este asunto...». De pronto el señor Goliadkin tiró de la campanilla; esta sonó y adentro se oyeron unos pasos... Ahí el señor Goliadkin llegó incluso a maldecirse, en parte por su precipitación y atrevimiento. Los recientes disgustos, que el señor Goliadkin casi había olvidado en el trabajo, y la desavenencia con Andréi Filíppovich acudieron súbitamente a su memoria. Pero ya era tarde para huir: la puerta se abría. Para fortuna del señor Goliadkin, le respondieron que Andréi Filíppovich no había regresado a casa por asuntos de trabajo, y que no comería en casa. «Sé dónde come: junto al puente Izmáilovski», pensó nuestro héroe, y se alegró terriblemente. A la pregunta del criado sobre cómo debía anunciarlo, respondió: «Está bien, amigo, vendré más tarde, amigo», y se echó a correr escaleras abajo hasta con cierto ánimo. Al salir a la calle decidió librarse del coche y le pagó al cochero. Cuando este le pidió un adicional, alegando que «he esperado largo tiempo, señor, y no me compadecí de mi trotón para servirlo», le dio cinco kopeikas más y hasta con gusto, mientras él partió a pie.

«El asunto es de tal índole —pensó el señor Goliadkin—, que en verdad no es posible dejarlo así<sup>[262]</sup>. Sin embargo, pensándolo bien, pensándolo con sensatez, ¿a qué vienen en realidad tantos desvelos? A ver, no, caramba, voy a considerar por qué debería andarme con desvelos, por qué debería atormentarme, devanarme los sesos, martirizarme, matarme. En primer lugar, a lo hecho, pecho, ya no se puede dar marcha atrás... ¡porque no se puede dar marcha atrás! Veámoslo así: aparece un hombre... aparece un hombre con una buena recomendación, parece ser un empleado capaz, de buena conducta, solo que es pobre y ha sufrido diversos disgustos... lances de todo tipo... bueno, pero la pobreza no es un vicio; por tanto, yo no tengo nada que ver. Pero entonces, ¿qué tontería es esta? A ver, por designio y voluntad de la propia naturaleza aparece un hombre que se parece a otro como dos gotas de agua, ¿eso es

motivo para que no lo acepten en la oficina? Si el destino, solo el destino, solo la ciega fortuna es la culpable, ¿por qué tratar al hombre como un trapo, no dejarlo trabajar?... Si ese fuera el caso, ¿dónde quedaría la justicia<sup>[263]</sup>? El hombre es pobre, está abandonado, atemorizado. Conmueve el corazón. ¡La compasión exige socorrerlo! ¡Sí! ¡Ni falta hace decirlo! ¡Qué buenos serían los superiores si pensaran igual que un calavera como yo! ¡Qué cabeza de chorlito la mía! ¡A veces su estupidez alcanza para diez personas! ¡No, no! Han hecho bien, y hay que agradecerles el haber socorrido a un pobre diablo... Bueno, sí, supongamos, por ejemplo, que somos gemelos, que vinimos al mundo como hermanos gemelos, y que eso es todo... ¡Eso es! ¿Y entonces qué? ¡Y entonces nada! Todos los empleados de la oficina se acostumbrarán... y cuando alguien de afuera entre en nuestro departamento seguramente no encontrará nada indecente u ofensivo en el asunto. Hasta hay en ello algo conmovedor, un pensamiento digamos así: ‘La providencia divina creó dos seres exactamente iguales, y los superiores, bienhechores, al ver la providencia divina, dieron cobijo a esos dos gemelos’. Aunque, por supuesto —continuó el señor Goliadkin, tomando aliento y bajando un poco la voz—, aunque, por supuesto... aunque, por supuesto, sería mejor que no hubiera sucedido nada<sup>[264]</sup> conmovedor, y que tampoco hubiera habido gemelos... ¡Al diablo con todo esto! ¿Qué necesidad había de ello? ¿Qué necesidad particular era esa que no admitía dilaciones? ¡Dios mío<sup>[265]</sup>! ¡Vaya lío que armó el diablo! Y encima el carácter que tiene, un temperamento coquetón, detestable, ¡es un canalla, un revoltoso, un adulón, un chupamedias, un Goliadkin! Puede que siga comportándose mal y termine mancillando mi apellido, el muy infame. ¡Y ahora tengo que cuidarlo y velar por él! ¡Qué castigo! Aunque ¿por qué? Después de todo, ¡qué importa! Pues bien, él es un canalla... bien, que sea un canalla; el otro, en cambio, es un hombre honrado. Bueno, él será canalla y yo seré honrado, y todos dirán que ese es el Goliadkin canalla, no le preste atención y no lo confunda con el otro; y aquí está el honrado, el virtuoso, el manso, el bondadoso, muy confiable en el trabajo y digno de un rango superior. ¡Eso es! Bueno, está bien... pero... pero y si en una de esas... ¿nos confunden? ¡Todo se puede esperar de él! ¡Ay, Dios mío!... Se hará pasar por uno, se hará pasar por uno, el muy canalla... se hará pasar por uno como si uno fuera un trapo, sin detenerse a pensar que uno no es un trapo. ¡Ay, Dios mío! ¡Qué desgracia!...».

Reflexionando y lamentándose de ese modo, el señor Goliadkin corría sin distinguir el camino y casi sin saber adónde. Volvió en sí en la Avenida Nevski, y eso solo porque tropezó con un transeúnte tan de plano y con tanta fuerza que vio las estrellas. El señor Goliadkin, sin levantar la cabeza, balbuceó una disculpa, y solo cuando el transeúnte, refunfuñando algo no demasiado halagüeño, se había apartado lo suficiente, levantó la nariz para mirar dónde estaba y cómo había ido a parar allí. Tras mirar y advertir que se encontraba precisamente junto al restaurante en el que había descansado cuando se preparaba para la comida en casa de Olsufi Ivánovich, nuestro héroe sintió de repente punzadas y retorcijones en el estómago; recordó que

no había comido y que no tenía por delante ninguna invitación a comer, y por ello, sin perder un minuto de su valioso tiempo, subió corriendo la escalera del restaurante para picar algo cuanto antes y demorarse lo menos posible. Aunque el restaurante era bastante carito, ese pequeño detalle no detuvo esta vez al señor Goliadkin; tampoco había tiempo ahora de detenerse en semejantes fruslerías. En la sala claramente iluminada, junto a un mostrador con una gran variedad de todo lo que la gente decente consume como entremés, se apiñaba un grupo bastante denso de visitantes. El mozo apenas hacía a tiempo a servir, despachar, cobrar y dar el vuelto. El señor Goliadkin aguardó su turno y, cuando llegó, estiró humildemente la mano hacia una empanada. Se apartó hacia un rincón, dio la espalda a los presentes y comió con apetito; luego se volvió al mozo, dejó el platito sobre la mesa y, sabiendo el precio, sacó una moneda de diez kopeikas y la puso sobre el mostrador, buscando la mirada del mozo para señalarle que «ahí está la moneda; una empanada», etc.

—Debe usted un rublo con diez kopeikas —dijo entre dientes el mozo.

El señor Goliadkin se sorprendió no poco.

—¿Me habla a mí?... Yo... creo que he tomado solo una empanada.

—Ha tomado once —replicó con firmeza el mozo.

—Usted... que yo sepa... me parece que se equivoca... Yo, en verdad, creo que he tomado solo una empanada.

—Las he contado; ha tomado usted once. Si las toma, las tiene que pagar; aquí no regalamos nada.

El señor Goliadkin quedó pasmado. «¿Qué es esto? ¿Qué brujería es la que me persigue<sup>[266]</sup>?», pensó. Mientras tanto, el mozo esperaba la decisión del señor Goliadkin, que fue rodeado por los visitantes. El señor Goliadkin se llevaba ya la mano al bolsillo para sacar un rublo, para pagar de inmediato, para evitar disgustos. «Bueno, si son once, que sean once —pensó, rojo como un cangrejo—. ¿Qué tiene de malo que haya comido once empanadas? Vamos, el hombre tenía hambre y se comió once empanadas; pues que se las coma y le sienten bien; vamos, aquí no hay nada de qué asombrarse ni de qué reírse...». De pronto fue como si sintiera un pinchazo; levantó los ojos y enseguida comprendió el enigma, toda aquella brujería; enseguida se resolvieron todas las dificultades... Junto a la puerta de la habitación contigua, casi a las espaldas mismas del mozo y de frente al señor Goliadkin, junto a la puerta que, por otra parte, nuestro héroe había tomado hasta entonces por un espejo, se hallaba de pie un hombre... era él, el propio señor Goliadkin, no el viejo señor Goliadkin, no el héroe de nuestro relato, sino el otro señor Goliadkin, el nuevo señor Goliadkin. El otro señor Goliadkin se encontraba, por lo visto, en una estupenda disposición de ánimo. Le sonreía al señor Goliadkin primero, le sacudía la cabeza, le guiñaba los ojos, daba pasitos en el lugar con el ademán de que a la primera de cambio se esfumaría, pasaría a la habitación contigua y huiría quizás por la puerta trasera... y toda persecución sería vana<sup>[267]</sup>. En sus manos sostenía el último pedazo de la décima empanada que, ante los ojos mismos del señor Goliadkin, se llevó a la boca



chasqueando los labios de placer<sup>[268]</sup>. «¡Se ha hecho pasar por mí el canalla! —pensó el señor Goliadkin, inflamándose como el fuego de la vergüenza—. ¡No tiene pudor de hacerlo en público! ¿Lo ven los demás? Parece que nadie lo advierte...». El señor Goliadkin arrojó la moneda de un rublo como si le quemara en los dedos y, sin notar la sonrisa más que descarada del mozo, sonrisa triunfal y de serena autoridad, se arrancó del grupo y salió sin mirar atrás. «¡Menos mal que por lo menos no ha comprometido a nadie! —pensó el señor Goliadkin mayor—. Gracias al bandido, a él y al destino, por que todo haya salido relativamente bien. El único que se mostró insolente fue el mozo. ¡Pero qué va, está en todo su derecho! Era un rublo con diez y estaba en todo su derecho<sup>[269]</sup>. ¡Dijo que ahí no se regalaba nada! ¡Podría haber sido más cortés, el bribón!...».

El señor Goliadkin decía todo eso mientras bajaba la escalera y llegaba a la puerta de entrada. Sin embargo, en el último escalón se detuvo como clavado al suelo y se puso de pronto tan rojo que hasta los ojos se le llenaron de lágrimas: era un ataque de amor propio ultrajado. Permaneció medio minuto rígido como un poste, luego dio una resuelta patada, bajó de un salto a la calle y, sin mirar atrás, jadeando, sin sentir el cansancio, regresó a su casa, a la calle Shestilávochnaia. Una vez allí, sin quitarse siquiera la ropa, pese a su costumbre de vestirse de entrecasa, ni tomar previamente la pipa, se sentó enseguida en el diván, arrimó el tintero, tomó una pluma, una hoja de papel de cartas y, con mano trémula por la agitación interior, empezó a garrapatear la siguiente epístola:

*Muy señor mío, Iákov Petróvich:*

*En modo alguno habría tomado la pluma si las circunstancias y usted mismo, muy señor mío, no me hubieran obligado a ello. Créame que solo la necesidad me constriñe a entrar en explicaciones con usted, y por ello le ruego ante todo tenga a bien considerar esta medida mía no como una intención deliberada de agraviarlo, muy señor mío, sino como consecuencia inevitable de las circunstancias que ahora nos ligan.*

«Creo que quedó bien, decente, cortés, pero no carente de vigor y firmeza... No parece que haya aquí nada que pueda ofenderlo. Además, estoy en mi derecho», pensó el señor Goliadkin releiendo lo escrito.

Su inesperada y extraña aparición, muy señor mío, en una noche tormentosa, luego del grosero e indecoroso trato al que fui sometido por mis enemigos, cuyo nombre no menciono por el desprecio que me inspiran, fue el germen de todos los malentendidos que actualmente hay entre nosotros. Pero su tenaz deseo, muy señor mío, de salirse con la suya e inmiscuirse por la fuerza en el ámbito de mi existencia y de todas mis relaciones en la vida práctica, excede incluso los límites impuestos ya solamente por la cortesía y la simple

convivencia. Creo que huelga mencionar aquí el hurto que usted, muy señor mío, hizo de mis papeles y de mi propio y honrado nombre para recibir el beneplácito del jefe, beneplácito que usted no merece. Huelga mencionar aquí su premeditada y ofensiva reticencia a dar las explicaciones que el caso requiere. Por último, y para decirlo todo, no mencionaré aquí su última, extraña y hasta diría incomprensible actitud para conmigo en la cafetería. Lejos estoy de lamentar el gasto inútil de un rublo, pero no puedo menos que expresar toda mi indignación al recordar, muy señor mío, su manifiesto maltrato en detrimento de mi honor, y, encima, en presencia de varias personas que, aunque desconocidas para mí, eran no obstante muy distinguidas...

«¿No estaré yendo muy lejos? —pensó el señor Goliadkin—. ¿No será mucho? ¿No será demasiado ofensiva esa alusión a la distinción, por ejemplo?... ¡Bueno, no importa! Hay que mostrarle firmeza de carácter. Por lo demás, también puedo, para suavizar el tono, lisonjearlo y halagarlo un poco al final. Ya veremos».

*No me habría puesto, muy señor mío, a importunarle con mi carta si no estuviera firmemente convencido de que la nobleza de sus cordiales sentimientos y su carácter abierto y franco le señalarán los medios de reparar todos los descuidos y volver las cosas a su estado anterior.*

*Con plena esperanza me atrevo a permanecer seguro de que no tomará usted mi carta como una ofensa de mi parte, y que por ello no se negará a dar explicaciones sobre este asunto por escrito, por intermedio de mi criado.*

*En espera de su respuesta, muy señor mío, tengo el honor de quedar su humilde servidor,*

I. Goliadkin.

«Bueno, así está bien. Es cosa hecha; se ha llegado al punto de escribir cartas. Pero ¿quién tiene la culpa? Él la tiene; ha sido él quien lleva a uno a la necesidad de exigir documentos escritos. En cuanto a mí, estoy en mi derecho...».

El señor Goliadkin releyó una última vez la carta, la plegó, la selló y llamó a Petrushka. Este apareció, según su costumbre, con los ojos soñolientos y muy furioso por algo.

—Hermano, toma esta carta... ¿entiendes?

Petrushka callaba.

—La tomas y la llevas a la oficina; allí buscas al oficial de guardia, el secretario regional Vajraméiev. Vajraméiev hoy está de guardia. ¿Me entiendes?

—Entiendo.

—«¡Entiendo!». ¿No puedes decir: «Entiendo, señor»? Pregunta por el empleado

Vajraméiev y le dices así y asá, que el señor ordenó saludarlo y pedirle humildemente buscar en el registro de direcciones de nuestro departamento dónde vive el consejero titular Goliadkin.

Petrushka permaneció callado y, según le pareció al señor Goliadkin, había esbozado una sonrisa.

—Bueno, entonces, Piotr, ¿le pedirás la dirección y averiguarás dónde vive el nuevo empleado Goliadkin?

—Lo haré.

—Le pides la dirección y llevas allí esta carta, ¿entiendes?

—Entiendo.

—Si allí... en la dirección adonde llevas la carta... el hombre al que se la das, ese Goliadkin... ¿De qué te ríes, imbécil?

—¿De qué habría de reírme? ¡Si yo qué tengo que ver! No me río de nada, señor. La gente como yo no tiene de qué reírse...

—Bueno, entonces... si ese señor Goliadkin te pregunta cómo está tu señor, en qué anda y cosas así... bueno, si llega a preguntarte algo, tú cállate y dile que tu señor está bien y que pide que le responda de puño y letra. ¿Entiendes?

—Entiendo, señor.

—Bueno, entonces, dile que tu señor está bien, con buena salud, y que ahora se dispone a hacer visitas, y que espera que usted le responda por escrito. ¿Entiendes?

—Entiendo.

—Bueno, ve.

«¡Encima qué trabajo me da este imbécil! Se ríe y nada más. ¿De qué se ríe? ¡A qué desgracia he llegado! ¡A qué desgracia he llegado al fin! Aunque puede que todo cambie para mejor... Este embustero seguro que ahora se pasa dos horas deambulando y después desaparece Dios sabe dónde. No se lo puede enviar a ninguna parte. ¡Qué desgracia!... ¡Qué desgracia la mía!...».

Sintiendo así todo el peso de su desgracia, nuestro héroe se resignó a un rol pasivo de dos horas en espera de Petrushka. Una hora se la pasó yendo y viniendo por la habitación, fumando; luego abandonó la pipa y se sentó a leer un libro; luego se recostó en el diván; luego volvió a tomar la pipa; luego volvió a ir y venir por la habitación<sup>[270]</sup>. Quería reflexionar, pero no estaba en condiciones de reflexionar sobre nada. Por último, la agonía de la pasividad llegó al máximo y el señor Goliadkin decidió tomar una medida. «Petrushka vendrá recién dentro de una hora —pensó—. Puedo dejarle la llave al portero y yo mientras tanto... investigo el asunto, investigo el asunto por mi cuenta». Sin perder tiempo y apresurándose a investigar el asunto, el señor Goliadkin tomó su sombrero, salió de la habitación, cerró con llave el departamento, pasó por lo del portero, le entregó la llave junto con diez kopeikas —el señor Goliadkin se había vuelto inusualmente generoso— y se encaminó adonde debía. El señor Goliadkin marchó a pie, primero, en dirección al puente Izmáilovski. El camino duró media hora. Al llegar a destino entró directamente en el patio de su

conocido edificio y miró las ventanas del departamento del consejero de Estado Berendéiev. Excepto tres ventanas cubiertas con cortinas rojas, todas las demás lucían oscuras. «Olsufi Ivánovich no debe tener invitados hoy —pensó el señor Goliadkin—, así que ahora deben estar todos en casa». Nuestro héroe permaneció en el patio unos momentos, tratando de tomar alguna decisión. Pero, por lo visto, estaba escrito que la decisión no cobraría forma. El señor Goliadkin cambió de parecer, hizo un gesto de desdén con la mano y regresó a la calle. «No, no tendría que haber venido aquí. ¿Si qué voy a hacer aquí?...<sup>[271]</sup> Ahora será mejor... este... que investigue el caso personalmente». Tomada esa decisión, el señor Goliadkin se dirigió a su oficina. El camino era largo, y encima había un fango terrible; el aguanieve caía en densos copos. Pero para nuestro héroe, al parecer, no había en ese momento obstáculo alguno. Lo que es calarse se caló, es verdad, y se ensució no poco, «pero eso no importa mientras se alcance el objetivo». Y en efecto, el señor Goliadkin ya se estaba acercando a su objetivo. La oscura masa del enorme edificio público negreaba ya a lo lejos. «¡Alto! —pensó—. ¿Adónde estoy yendo? ¿Y qué voy a hacer allí? Supongamos que averigüe dónde vive; pero a todo esto Petrushka seguro que ya regresó y me trajo una respuesta. No hago más que perder mi valioso tiempo; no he hecho más que perder el tiempo. Bueno, no importa; todavía todo esto puede repararse. Pero, de todas maneras, ¿no debería pasar a ver a Vajraméiev? ¡Pero no! Después... ¡Vaya! No hacía ninguna falta salir. ¡No, si qué carácter el mío! ¡Qué habilidad tengo para intentar siempre adelantarme a los hechos, haga falta o no! Hum... ¿qué hora será? Ya deben ser las nueve. Petrushka puede regresar y no hallarme en casa. He cometido una verdadera estupidez al salir... ¡Ay, en verdad, qué fastidio!».

Reconociendo con esa sinceridad que había cometido una verdadera estupidez, nuestro héroe corrió de regreso a la calle Shestilávochnaia. Llegó cansado, agotado. Ya por el portero supo que Petrushka no había dado señales de vida. «¡Ajá! Me lo figuraba —pensó nuestro héroe—. Y a todo esto ya son las nueve. ¡Ay, qué canalla es! ¡Siempre emborrachándose en algún sitio! ¡Dios mío! ¡Qué diíta me tocó en desgracia!». Razonando y lamentándose de este modo, el señor Goliadkin abrió la puerta de su departamento, encendió una vela, se desvistió por completo, prendió la pipa, y extenuado, cansado, deslomado y hambriento se recostó en el diván en espera de Petrushka. La vela ardía débilmente, la luz temblaba sobre las paredes... El señor Goliadkin miraba y miraba, pensaba y pensaba, hasta que al final se quedó dormido como un tronco.

Se despertó ya tarde. La vela se había consumido casi por completo, humeaba y se disponía a extinguirse de un momento a otro. El señor Goliadkin dio un salto, se estremeció y recordó todo, decididamente todo. Tras el tabique se oía el pesado ronquido de Petrushka. El señor Goliadkin se abalanzó hacia la ventana: no se veía luz en ninguna parte. Abrió el postigo de la ventana: todo en silencio, la ciudad dormía como privada de vida. Serían por tanto las dos o las tres; así era: el reloj hizo

un esfuerzo y dio las dos. El señor Goliadkin se arrojó al otro lado del tabique.

De alguna manera, luego de largos esfuerzos y sacudidas, consiguió despertar a Petrushka y hacer que se sentara en la cama. En ese momento la velita se apagó por completo. Pasaron unos diez minutos hasta que el señor Goliadkin lograra encontrar y encender otra. Para entonces Petrushka ya se había vuelto a dormir. «¡Miserable! ¡Canalla! —dijo el señor Goliadkin, sacudiéndolo otra vez—. ¿Te levantarás de una vez? ¿Te despertarás de una vez?». Tras media hora de esfuerzos, el señor Goliadkin logró, con todo, despabilar del todo a su criado y sacarlo de su tabique. Solo ahí nuestro héroe vio que Petrushka estaba, como suele decirse, borracho como una cuba y apenas se tenía en pie.

—¡Eres un bribón! —gritó el señor Goliadkin—. ¡Eres un bandido! ¡Me has jugado una mala pasada! ¡Dios! ¿Dónde habrá tirado la carta? ¡Ay, Dios Santo! Si ella... ¿Para qué la escribí? ¡Qué falta me hacía escribirla! ¡Me dejé llevar por el amor propio como un papanatas! ¡A eso te arrastra el amor propio! ¡Ahí tienes el amor propio, canalla, ahí lo tienes!... ¡Y a ver, tú! ¿Dónde has metido la carta, bandido? ¿A quién se la has dado?...

—No le he dado ninguna carta a nadie, ni tampoco tenía carta alguna... ¡eso es! El señor Goliadkin se torcía las manos de desesperación.

—Escucha, Piotr... escucha, escúchame bien...

—Escucho...

—¿Dónde has estado? Responde...

—¿Que dónde he estado?... ¡Con buena gente! ¡A mí qué me importa!

—¡Ay, Dios Santo! ¿Adónde fuiste primero? ¿Has estado en la oficina?... Escucha, Piotr. ¿No estarás borracho?

—¿Borracho yo? Le juro por lo que quiera que no he tomado ni una g... go... gota... eso es...

—No, no, no importa que estés borracho... Solo preguntaba; está bien que estés borracho; no es por nada, Petrushka, no es por nada... Quizás te has olvidado, pero luego recordarás. Pero vamos, recuerda, a ver: ¿has estado con el empleado Vajraméiev? ¿Has estado o no?

—Ni he estado ni existe ese empleado. Le juro por lo...

—¡No, no, Piotr! No, Petrushka, te digo que no me importa. Ya ves que no me importa... ¡Vamos! ¿Si cuál es el problema? A ver, en la calle hace frío, está húmedo; vamos, el hombre ha bebido un poco y nada más. No me enfado. Yo también he bebido hoy, hermano... Vamos, confiesa, trata de recordar, hermano: ¿has estado con el empleado Vajraméiev?

—Bueno, si vamos a eso, palabra de honor... he estado allí, pero le juro por lo...

—Bueno, está bien, Petrushka, está bien que hayas estado allí. Ya ves que no me enfado... A ver, a ver —continuó nuestro héroe, lisonjeando aún más a su criado, sacudiéndolo por el hombro y sonriéndole—, a ver, canalla, ¿conque has chupado un poquito?... ¿Por diez kopeikas, cierto? ¡Qué pícaro<sup>[272]</sup> eres! Pero no importa, vamos,

ya ves que no me enfado... no me enfado, hermano, no me enfado...

—No, no soy un pícaro, señor, diga lo que quiera... Solo he estado con buena gente, no soy un pícaro ni nunca lo he sido...

—¡Pero no, no, Petrushka! Tú escucha, Piotr: no estoy diciendo nada, no te llamo pícaro para regañarte. Eso lo digo para consolarte, lo digo en el buen sentido. Petrushka, hay quien escucha como una lisonja que lo llames zorro o bribón, que le digas que es rápido de sesera y que nadie logra engatusarlo. Hay quien gusta de eso<sup>[273]</sup>... ¡Bueno, bueno, no importa! Vamos, ahora dime<sup>[274]</sup>, Petrusha, sin guardarte nada, francamente, como a un amigo... vamos, ¿has estado con el empleado Vajraméiev y te ha dado la dirección?

—Me dio la dirección, también me dio la dirección. ¡Un buen empleado! Y tu señor, me dice, es un buen hombre, un hombre muy bueno, me dice; mándale un saludo de mi parte, me dice, agradécele y dile que lo quiero... ¡que respeto mucho a tu señor! Porque, me dice, tú, tu señor, me dice, Petrusha, es un buen hombre, me dice, y tú, me dice, también eres un buen hombre, Petrusha... eso es...

—¡Ay, Dios Santo! ¿Y la dirección, la dirección? ¡Maldito Judas! —el señor Goliadkin pronunció estas últimas palabras casi en un susurro.

—Y la dirección... y la dirección me la dio<sup>[275]</sup>.

—¿Te la dio? A ver, ¿dónde vive él, Goliadkin, el empleado Goliadkin, el consejero titular?

—A Goliadkin lo encontrarás, me dice, en la calle Shestilávochnaia. En cuanto tomas la Shestilávochnaia, me dice, a la derecha, luego la escalera, en el tercer piso. Ahí encontrarás, me dice, al señor Goliadkin...

—¡Embustero! —gritó nuestro héroe perdiendo al fin la paciencia—. ¡Bandido! ¡Pero si ese soy yo! ¡Pero si soy yo de quien hablas! Hay otro señor Goliadkin. ¡Yo hablo del otro, embustero!

—¡Bueno, como quiera! ¡A mí qué! Como quiera... ¡eso es!...

—Y la carta, la carta...

—¿Qué carta? No había ninguna carta, yo no vi ninguna carta.

—Pero ¿dónde la metiste, granuja?...

—Se la entregué, se la entregué a él. Mándale un saludo y agradécele, me dice; es bueno tu señor, me dice. Mándale un saludo a tu señor, me dice...

—Pero ¿quién dijo eso? ¿Goliadkin?

Petrushka guardó un breve silencio y con sonrisa franca e irónica miró fijamente a su señor.

—¡Escucha bien, bandido! —comenzó el señor Goliadkin, sofocado y fuera de sí de la rabia—. ¿Qué has hecho conmigo? ¡Dime qué has hecho conmigo! ¡Me has jugado una mala pasada, malvado! ¡Te has burlado de mí, Judas!

—¡Bueno, como usted quiera! ¡A mí qué me importa! —dijo con tono resuelto Petrushka, retirándose a su tabique.

—¡Ven aquí, ven aquí, bandido!...

—Ahora no iré a su cuarto, no iré por nada del mundo. ¡A mí qué me importa! Iré con la buena gente... Las buenas personas viven con honradez, las buenas personas viven sin falsedad y nunca andan por partida doble...

Al señor Goliadkin se le helaron las manos y los pies y se le cortó el aliento.

—Sí, señor —continuó Petrushka—. Nunca andan por partida doble<sup>[276]</sup>, nunca ofenden a Dios ni a las personas honradas...

—¡Haragán! ¡Borracho! ¡Duerme ahora, bandido! ¡Mañana ya verás! —dijo con voz apenas audible el señor Goliadkin. En cuanto a Petrushka, murmuró todavía algo más; luego se oyó cómo se echó en la cama de tal modo que la hizo crujir, lanzó un largo bostezo, se estiró y finalmente comenzó a roncar con el sueño de los justos, como suele decirse. El señor Goliadkin no estaba ni vivo ni muerto. La conducta de Petrushka, sus alusiones tan extrañas y, al mismo tiempo, tan vagas que no cabía enfadarse por ellas, más aún cuando provenían de un borracho, así como, por último, el cariz pernicioso que tomaba el asunto, todo ello lo había conmovido hasta el fondo de su ser<sup>[277]</sup>—. ¿Qué diablos me llevó a regañarlo en medio de la noche? —dijo nuestro héroe con todo el cuerpo temblando, presa de una sensación mórbida—. ¡Qué falta me hacía meterme con un borracho! ¿Qué sensatez se puede esperar de un borracho? A cada palabra una mentira. Pero ¿a qué aludía el muy bandido? ¡Dios mío! ¡Y para qué escribí esa carta! ¡Soy un facineroso! ¡Soy un suicida! ¡No podía quedarme callado! ¡Tenía que soltar la lengua! Pues ya ves: estás perdido, pareces un trapo, pero no, tienes que meter en el medio el amor propio, como diciendo: «¡Mi honor sufre y debo salvarlo!». ¡Vaya suicida que soy<sup>[278]</sup>!

Así hablaba el señor Goliadkin, sentado en su diván y tan horrorizado que no se atrevía a moverse. De pronto sus ojos se detuvieron en un objeto que despertó en grado sumo su atención. Horrorizado —¿no sería una ilusión, un engaño de su imaginación ese objeto que despertaba su atención?— tendió la mano hacia él, con esperanza, con timidez, con indecible curiosidad... ¡No, no era un engaño! ¡No era una ilusión! Era una carta, una auténtica carta, indudablemente una carta, y dirigida a él... El señor Goliadkin tomó la carta de la mesa. Su corazón palpitaba terriblemente. «Seguro que la trajo este embustero —pensó— y la dejó aquí, y luego se olvidó; seguro que así ocurrió; seguro que fue así como ocurrió...»<sup>[279]</sup>. La carta era del empleado Vajraméiev, un joven compañero que alguna vez había tenido amistad con el señor Goliadkin. «Por lo demás, todo esto ya lo presentía —pensó nuestro héroe<sup>[280]</sup>—, y todo lo que ahora habrá en la carta también lo presentía...»<sup>[281]</sup>. La carta decía lo siguiente:

*Muy señor mío, Iákov Petróvich:*

*Su criado está borracho, y no se puede esperar nada sensato de él; por ese motivo prefiero responderle por escrito. Me apresuro a informarle que el encargo que me hace, consistente en entregar personalmente una carta a*

cierto individuo de su conocimiento, lo realizaré con toda fidelidad y exactitud. Ese individuo que usted conoce muy bien y que ahora ocupa el lugar de un amigo para mí, cuyo nombre callo (porque no quiero mancillar en vano la reputación de un hombre del todo inocente), vive con nosotros en el departamento de Karolina Ivánovna, en la misma habitación que antes, cuando usted vivía con nosotros, ocupaba en sus viajes un oficial de infantería de Tambov. Por lo demás, puede encontrar a ese individuo en todas partes, siempre rodeado de gente honrada y sincera, cosa que no se puede decir de otros<sup>[282]</sup>. En cuanto a mis relaciones con usted, tengo intención de cortarlas desde la fecha de hoy; no podemos mantener el tono amistoso y la mutua camaradería que antes teníamos, y por ello le pido, muy señor mío, que tan pronto como reciba esta sincera carta mía me envíe los dos rublos que me debe por las navajas de afeitar de fabricación extranjera que, si se digna recordar, le vendí a crédito hace siete meses, cuando vivía aún con nosotros en casa de Karolina Ivánovna<sup>[283]</sup>, a quien respeto con toda mi alma. Procedo así porque usted, según cuentan personas inteligentes, ha perdido el amor propio y la reputación y se ha vuelto un peligro para la moralidad de las personas inocentes e impolutas, puesto que algunos individuos no viven de acuerdo a la verdad, y además sus palabras son falsas y su aspecto bienintencionado sospechoso. Para salir en defensa de la agraviada Karolina Ivánovna, que siempre ha tenido una conducta intachable y, en segundo lugar, es una mujer honrada, y además una señorita que, aunque ya no en sus años mozos, porta un buen apellido extranjero, se encontrará siempre y en todas partes gente capaz de hacerlo, cosa que algunas personas me han pedido que mencione a la pasada en esta carta y que yo, a mi vez, ratifico. En cualquier caso, sabrá usted todo a su debido tiempo, si es que aún no lo sabe pese a que, según cuentan personas inteligentes, se ha desacreditado usted en todos los rincones de la<sup>[284]</sup> capital y que, por tanto, ya en muchos lugares pueda haber oído los comentarios que circulan sobre su persona, muy señor mío. Como<sup>[285]</sup> conclusión, le informo, muy señor mío, que el individuo que conoce, cuyo nombre no menciono aquí por razones de nobleza, es muy respetado por la gente bienpensante; además, siendo dueño de un carácter alegre y agradable, prospera tanto en el servicio como entre la gente de buen juicio, es fiel a su palabra y a la amistad y no ofende por la espalda a aquellos con quienes se encuentra en buenos términos.

En cualquier caso, quedo su humilde servidor,

N. Vajraméiev.

P. D.: Despida a su criado, es un borrachín y seguramente le produce muchos desvelos; tome en su lugar a Evstafi, que antes servía en nuestro domicilio y ahora se encuentra sin trabajo. Su criado actual no solo es un borrachín, sino



*encima un ladrón, ya que la semana pasada vendió una libra de azúcar en terrón a Karolina Ivánovna a un precio reducido, lo que en mi opinión no pudo haber hecho más que robándosela a usted subrepticamente, poco a poco y en diferentes momentos. Escribo esto por su bien, a pesar de que algunos individuos no hacen más que ofender y engañar a todo el mundo, especialmente a las personas honradas y de buen carácter, difamándolas además por la espalda y presentándolas como lo contrario de lo que realmente son, únicamente por envidia y porque ellos mismos no pueden ser considerados tales.*

V.

Al terminar de leer la carta de Vajraméiev, nuestro héroe permaneció largo tiempo inmóvil en el diván. Una nueva luz se abrió paso a través de la confusa y misteriosa niebla que lo envolvía ya hacía dos días. Nuestro héroe comenzó poco a poco a comprender... Quiso levantarse del diván y pasear por la habitación una y otra vez para reavivarse, reunir de algún modo sus fragmentados pensamientos, dirigirlos a un objeto determinado y luego, cuando ya se hubiera en parte restablecido, examinar maduramente su situación<sup>[286]</sup>. Pero en cuanto atinó a incorporarse volvió a caer, enfermo y débil, en el diván. «Por supuesto, todo esto ya lo presentía<sup>[287]</sup>; sin embargo, ¿qué es esto que escribe y cuál es el sentido directo de estas palabras? El sentido supongamos que lo conozca, pero ¿adónde llevará todo esto<sup>[288]</sup>? Si hubiera<sup>[289]</sup> dicho sin rodeos que bueno, que esto es así y asá<sup>[290]</sup>, que se exige esto y aquello, yo habría cumplido<sup>[291]</sup>. ¡Qué cariz, qué giro más desagradable toma el asunto! ¡Ah, si ya fuera mañana y pudiera pasar a la acción! Porque ahora sé lo que debo hacer<sup>[292]</sup>. Diré así y asá, que estoy de acuerdo con las razones, que no venderé mi honor, pero eso... quizás; por lo demás, ¿cómo es que él, ese cierto individuo, ese personaje maligno, vino a entereverse en todo esto? ¿Y por qué precisamente? ¡Ah, si ya fuera mañana! ¡Hasta entonces me calumniarán, intrigarán contra mí, me mortificarán! Lo principal es no perder tiempo, y ya mismo, por ejemplo, escribir una carta y admitir solamente que bueno, que esto y que lo otro, que estoy de acuerdo con esto y con aquello. Y mañana a primera hora enviarla y yo mismo ir más temprano, este... y por otra parte contraataco y advierto a esos señoritos... ¡Me calumniarán, no cabe duda!».

El señor Goliadkin arrimó un papel, tomó una pluma y escribió la siguiente epístola en respuesta al secretario regional Vajraméiev:

*Muy señor mío, Néstor Ignátévich:*

*He leído con un asombro penoso para mi corazón la agravante carta que usted me dirigió, puesto que veo claramente que bajo el nombre de ciertos individuos indecentes y otras personas falsamente bienintencionadas se*

*refiere usted a mi persona. Con auténtico pesar veo con qué rapidez, éxito y profundidad ha echado raíces la calumnia divulgada en detrimento de mi prosperidad, mi honor y mi buen nombre. Y ello resulta tanto más doloroso y agravante cuanto que gente honrada, con un modo de pensar genuinamente noble y, sobre todo, dotada de un carácter franco y recto, abandonan los intereses de personas nobles y adhieren con las mejores cualidades de su corazón a la perniciosa corrupción que, por desgracia, se ha propagado con tanta virulencia e insidia en los tiempos aciagos e inmorales en que vivimos<sup>[293]</sup>. Para concluir le diré que considero un deber sagrado devolverle en su totalidad la deuda de dos rublos que usted menciona.*

*En cuanto a sus alusiones, muy señor mío, a cierto individuo de sexo femenino, a sus intenciones, cálculos y diversos designios, le diré, muy señor mío, que solo las he comprendido de un modo vago y confuso. Permítame, muy señor mío, conservar impolutos la nobleza de mis pensamientos y mi honorable nombre. En cualquier caso, estoy dispuesto a condescender a una explicación personal, prefiriendo la fidelidad del contacto personal a la del escrito, y además estoy dispuesto a aceptar acuerdos de conciliación, siempre y cuando, desde luego, sean recíprocos. A este fin, le ruego, muy señor mío, que transmita a ese individuo mi disposición para alcanzar un entendimiento personal y que, además, le pida fijar hora y lugar del encuentro. He leído con amargura, muy señor mío, sus alusiones a que lo he agraviado, a que he traicionado nuestra prístina amistad y a que he hablado mal de usted. Atribuyo todo ello a un malentendido, a la vil calumnia, envidia y malevolencia de aquellos a los que justamente puedo llamar acérrimos enemigos míos. Pero ellos seguramente ignoran que la inocencia es fuerte ya por su sola inocencia, que el descaro, la insolencia y la indignante familiaridad de algunos individuos se ganan tarde o temprano el estigma del desprecio general, y que esos individuos sucumben no por otra cosa más que por la indecencia que les es propia y por la depravación de su corazón. Para concluir, le ruego, muy señor mío, transmitir a esos individuos que su extraña pretensión y su innoble y fantástico deseo de desplazar a otros del ámbito que ocupan con su sola existencia en este mundo, a fin de ocupar sus puestos, son dignos de asombro, desprecio, lástima y, sobre todo, del manicomio; que, además, tales comportamientos están estrictamente prohibidos por las leyes, lo cual, en mi opinión, es justo, puesto que cada uno debe darse por satisfecho con su propio puesto. Todo tiene sus límites, y si esto es una broma, es de mal gusto; más aún: absolutamente inmoral, pues me atrevo a asegurarle, muy señor mío, que mis ideas arriba expuestas acerca de los propios puestos son enteramente morales.*

*En cualquier caso, tengo el honor de quedar su humilde servidor,*

*I. Goliadkin.*



## CAPÍTULO X - 1866

En general puede decirse que los acontecimientos de la víspera habían conmocionado al señor Goliadkin hasta el fondo de su ser. Nuestro héroe pasó muy mal la noche, es decir, no pudo conciliar el sueño ni siquiera por cinco minutos; era como si un bromista le hubiera echado cerdas en la cama. Toda la noche la pasó como a medio camino entre el sueño y la vigilia, dando vueltas de un lado para otro, gimiendo y quejándose, durmiéndose por un momento y al momento otra vez despertándose, y todo ello acompañado de una extraña angustia, de recuerdos vagos, de visiones imprecisas, en una palabra, de todo lo desagradable que pueda imaginarse... Ora aparecía ante él, en una penumbra extraña y misteriosa, la figura de Andréi Filíppovich, una figura seca, una figura irritada, con mirada seca y cruel y un gesto de reprobación duro y cortés... Y en cuanto el señor Goliadkin quería acercarse a Andréi Filíppovich para justificarse ante él de alguna manera, así o asá, y demostrarle que él no era en absoluto como lo pintaban sus enemigos, que él era así y asá, y que poseía, además de sus cualidades normales e innatas, esto y lo otro... aparecía entonces un individuo conocido por sus maneras indecentes y, del modo más indignante, desbarataba en el acto todas las intenciones del señor Goliadkin, y ahí mismo, casi ante sus propios ojos, mancillaba escrupulosamente su reputación, hundía en el barro su amor propio y enseguida ocupaba su puesto en el trabajo y en la sociedad. Ora le picaba la cabeza a consecuencia de algún pellizcón bien ganado poco antes y humillantemente aceptado, recibido en sociedad o en cumplimiento de sus obligaciones, y contra el cual era difícil protestar... Y mientras el señor Goliadkin empezaba a devanarse los sesos acerca de por qué exactamente era difícil protestar siquiera contra ese pellizcón, la idea misma de este adquiría inadvertidamente otra forma, la forma de una pequeña o más bien considerable infamia que había visto, oído o cometido recientemente... y cometido a menudo, aunque no por bajeza, no siguiendo un impulso vil, sino porque sí... a veces, por ejemplo, al caso... por delicadeza... otra vez por su absoluta indefensión, y por último bueno, porque... porque, en una palabra, ¡el señor Goliadkin sabía muy bien *por qué!* Ahí el señor Goliadkin se ponía rojo en su sueño y, reprimiendo su rubor, murmuraba algo acerca de que en tal ocasión, por ejemplo, podría mostrar firmeza de carácter, de que podría mostrar una firmeza considerable de carácter... para luego concluir que «¿y qué es la firmeza de carácter?... ¿por qué tengo que traerla a colación en este momento?...». Pero lo que más enfurecía e irritaba al señor Goliadkin era que ahí mismo, en ese preciso instante, lo llamaran o no, aparecía un individuo conocido por su escandalosa y pasquinesca conducta, y también, a pesar de que, al parecer, el asunto era sabido, también murmuraba con una sonrisita indecente algo así como que «¿a qué viene aquí la firmeza de carácter? ¿De qué firmeza de carácter podemos hablar tú y yo, Iákov Petróvich?...». Ora soñaba que se hallaba en la estupenda compañía de personas reconocidas por su ingenio y noble distinción; que el señor Goliadkin, a su vez, se

distinguía por su amabilidad e ingenio, que todos lo querían, incluso algunos de sus enemigos que allí se encontraban, lo que le resultaba muy agradable; que todos le daban prioridad a él y que, por último, escuchaba con placer cómo el dueño de casa, llevándose aparte a uno de los invitados, llenaba de elogios al señor Goliadkin... pero de pronto, de buenas a primeras, aparecía otra vez un individuo conocido por sus malas intenciones y bestiales impulsos bajo la forma del señor Goliadkin menor, y ahí mismo, de una vez, en un abrir y cerrar de ojos, con su sola aparición, Goliadkin menor aniquilaba todo el triunfo y toda la gloria del señor Goliadkin mayor, eclipsaba con su persona a Goliadkin mayor, hundía en el barro a Goliadkin mayor, y por último mostraba a las claras que Goliadkin mayor, es decir el verdadero, no era en absoluto el verdadero, sino una falsificación, mientras que él era el verdadero; que, por último, Goliadkin mayor no era en absoluto lo que aparentaba, sino que era así y asá y, por consiguiente, no debía ni tenía derecho a pertenecer a la sociedad de gente bienintencionada y distinguida. Y todo esto sucedía con tal rapidez que el señor Goliadkin mayor no hacía a tiempo a abrir la boca que ya todos se entregaban de cuerpo y alma al repugnante y falso señor Goliadkin y con el más profundo desprecio lo rechazaban a él, el verdadero e inocente señor Goliadkin. No quedaba nadie cuya opinión no fuera tergiversada, al instante y a su manera, por el repugnante señor Goliadkin. No quedaba nadie, ni siquiera el más insignificante de la compañía, de quien el despreciable y falso señor Goliadkin no intentara ganarse la simpatía a su modo, de la manera más empalagosa, a quien no adulara a su manera, ante quien no quemara, según su costumbre, un agradable y dulce incienso, de suerte que el individuo envuelto en su humo no hacía más que inhalar y estornudar hasta las lágrimas en señal de supremo placer. Y lo principal es que todo sucedía en un segundo: ¡la rapidez de la jugada del sospechoso y despreciable señor Goliadkin era asombrosa! Apenas hacía a tiempo, por ejemplo, a lisonjear a uno y ganarse su benevolencia que ya, en un simple parpadeo, había acometido a otro. Lisonjea y lisonjea a otro con disimulo, le arranca una sonrisa de condescendencia, da una patadita al suelo con su piecito cortito, redondito y, por cierto, bastante tosco, y ya está haciéndole la corte a un tercero, al que también lisonjea amigablemente; no llegas a abrir la boca, no haces a tiempo a asombrarte que ya está haciendo lo mismo con un cuarto... ¡Un horror, pura brujería! ¡Y todos están encantados de él, todos lo quieren, todos lo ensalzan, todos proclaman a coro que su afabilidad y sensibilidad satírica es incomparablemente mejor que la afabilidad y espíritu satírico del verdadero señor Goliadkin, y rechazan al justo señor Goliadkin, y ya echan a empujones al bienintencionado señor Goliadkin, y ya le dan pellizcones al verdadero señor Goliadkin, tan conocido por su amor al prójimo!... Angustiado, horrorizado y furioso, el atormentado señor Goliadkin salía corriendo a la calle y llamaba un coche para volar directo a casa de su Excelencia, y si no al menos a la de Andréi Filíppovich, pero... ¡horror!, los cocheros no se avenían a llevar al señor Goliadkin, diciendo cosas así como que «no, señor, no se puede llevar a dos personas

exactamente iguales; su Excelencia es un buen hombre que trata de vivir con honradez y no de cualquier modo, y no suele andar por partida doble». En un arranque de vergüenza, el perfectamente honrado señor Goliadkin miraba alrededor y en efecto comprobaba por él mismo, con sus propios ojos, que los cocheros y Petrushka, confabulado con ellos, llevaban razón, puesto que el depravado señor Goliadkin se hallaba en efecto allí, junto a él, a corta distancia, y, fiel a las ruines costumbres de su genio, ahora también, en ese caso crítico, se preparaba sin falta a hacer algo muy indecoroso, algo que no denotaba en absoluto la singular nobleza de carácter que proporciona habitualmente la educación... nobleza de la que tanto se jactaba a la menor ocasión el detestable señor Goliadkin segundo. Fuera de sí, avergonzado y desesperado, el acabado pero perfectamente justo señor Goliadkin se echaba a correr adonde lo llevara el viento, adonde quisiera la suerte, a la buena de Dios; pero a cada paso, a cada golpe de pie contra el granito de la vereda, brotaba, como de debajo de la tierra, un señor Goliadkin exactamente igual, absolutamente idéntico, con su repugnante perversión de corazón. Y todos ellos, tan pronto como aparecían, se echaban a correr uno tras otro, y formando una larga cadena, como una fila de gansos, se estiraban y cojeaban tras el señor Goliadkin mayor, por lo que no había manera de huir de todos esos perfectos sosías; por lo que al señor Goliadkin, digno de la mayor compasión, se le cortaba el aliento del espanto; por lo que surgía al fin una aterradora multitud de perfectos sosías que acababa invadiendo toda la capital, de modo tal que un agente de policía, al ver semejante violación del decoro, se veía obligado a agarrar de las solapas a todos esos sosías y encerrarlos en una garita que casualmente se encontraba cerca de él... Helado y rígido de espanto, nuestro héroe se despertaba, y helado y rígido de espanto sentía que la vigilia apenas si le deparaba algo mejor... Se sentía oprimido y atormentado... Su angustia era tal que le parecía que alguien le arrancaba el corazón a dentelladas...

Finalmente, el señor Goliadkin no pudo soportarlo más. «¡No sucederá!», exclamó incorporándose con resolución en la cama, y tras esa exclamación despertó por completo.

El día, por lo visto, ya estaba bien avanzado. En la habitación reinaba una inusual claridad; los rayos de sol se filtraban densos a través de los vidrios cubiertos de escarcha y se esparcían generosos por la habitación, lo que sorprendió no poco al señor Goliadkin, puesto que era solo al mediodía cuando el sol se asomaba a su morada; antes casi nunca se habían producido tales excepciones en el derrotero del astro celeste, al menos hasta donde podía recordar el señor Goliadkin. Apenas tuvo tiempo nuestro héroe de sorprenderse por ello cuando el reloj de pared empezó a zumbiar tras el tabique y se dispuso a dar la hora. «¡Ah, ahora!», pensó el señor Goliadkin, y con angustiada expectación se dispuso a escuchar... Pero, para total y definitivo asombro del señor Goliadkin, el reloj hizo un gran esfuerzo y sonó solo una vez. «¿Qué historia es esta?», exclamó nuestro héroe, saltando de una vez de la cama. Así como estaba, sin dar crédito a sus oídos, se arrojó al otro lado del tabique. El reloj

en efecto marcaba la una. El señor Goliadkin lanzó una mirada a la cama de Petrushka, pero en la habitación no quedaba de este ni el olor; su cama, por lo visto, había sido hecha hacía rato y dejada tal como estaba; sus botas tampoco se veían por ningún lugar, signo inequívoco de que Petrushka en efecto no se encontraba en casa. El señor Goliadkin se arrojó a la puerta: estaba cerrada. «Pero ¿dónde estará Petrushka?», continuó en un susurro, presa de una gran agitación y sintiendo un temblor bastante fuerte en todos sus miembros... De pronto un pensamiento surcó su cabeza... El señor Goliadkin se abalanzó sobre su escritorio, lo examinó, rebuscó... así era: su carta de ayer a Vajraméiev no estaba... Petrushka tampoco estaba tras el tabique; el reloj marcaba la una, y en la carta de ayer de Vajraméiev había algunos puntos nuevos, puntos que, por lo demás, resultaban a primera vista bastante confusos, pero que ahora quedaban del todo aclarados. En fin, evidentemente Petrushka... ¡también había sido comprado! ¡Sí, sí, eso era!

«¡Conque ahí está el nudo del asunto! —exclamó el señor Goliadkin, dándose un golpe en la frente y abriendo cada vez más los ojos—. ¡Conque es en el nido de esa avarienta alemana donde se oculta ahora toda esa fuerza maligna! ¡Quiere decir que no hizo más que una maniobra estratégica de diversión al enviarme al puente Izmáilovski... distrajo mi atención, me confundió (¡bruja maldita!) y así fue como me socavó el terreno! ¡Sí, así es! ¡Si miramos el asunto desde este ángulo, todo sucedió exactamente así! Ahora también queda del todo aclarada la aparición de ese miserable: todo está conectado. Ya hacía tiempo que lo tenían en reserva y preparado, se lo guardaban para los días malos. ¡Conque así era todo! ¡Conque así resultó ser! ¡Conque esa era la clave! ¡Bueno, no importa! ¡Aún no se ha perdido tiempo!...». Ahí el señor Goliadkin recordó con horror que era más de la una. «¿Y qué si ya han tenido tiempo...?». Un gemido escapó de su pecho... «Pero no, mienten, no han tenido tiempo... ya veremos...». Se vistió a las apuradas, tomó un papel, una pluma y garrapateó la siguiente epístola:

*Muy señor mío, Iákov Petróvich:*

*¡O usted o yo, pero los dos es imposible! Y por eso le declaro que su extraño, ridículo y a la vez irrealizable deseo de parecer mi hermano gemelo y hacerse pasar por tal no conducirá más que a su completa derrota y deshonor. Y por eso le ruego, por su propio bien, hacerse a un lado y dejar el camino libre a las personas verdaderamente nobles y de buenas intenciones. En caso contrario estoy dispuesto a tomar las medidas más extremas. Dejo la pluma y aguardo... Por lo demás, quedo dispuesto a servirle y... a las pistolas.*

*I. Goliadkin.*

Nuestro héroe se frotó las manos con frenesí cuando terminó la nota. Después se

puso el capote, se calzó el sombrero, abrió la puerta del departamento con una llave de repuesto y se encaminó a la oficina. A la oficina llegó, pero no se decidió a entrar; en efecto, ya era demasiado tarde; su reloj marcaba las dos y media. De pronto, una circunstancia muy trivial en apariencia despejó algunas de sus dudas: detrás del edificio público se dejó ver de repente una figurilla jadeante y encarnada que a hurtadillas, con el paso de una rata, se coló por el portal y pasó enseguida al zaguán. Era el amanuense Ostáfev, muy conocido del señor Goliadkin, hombre útil en ocasiones y dispuesto a todo por diez kopeikas. Conociendo el lado débil de Ostáfev y comprendiendo que, tras ausentarse de la oficina para atender algún asunto impostergable, seguramente se mostraría aún más propenso a recibir diez kopeikas, nuestro héroe se decidió a no escatimarlas, se coló en el portal y luego en el zaguán en pos de Ostáfev, lo llamó y con aire misterioso lo invitó a apartarse a un rincón retirado, tras una enorme estufa de hierro. Una vez allí, nuestro héroe empezó a interrogarlo.

—Y bien, amigo mío, ¿cómo está todo?... ¿Me comprendes?...

—A sus órdenes, su Señoría, le deseo buena salud, su Señoría.

—Está bien, mi amigo, está bien; te lo retribuiré, querido. Mira, ¿ves esto, amigo?

—¿Qué desea preguntar, señor? —ahí Ostáfev se llevó la mano al mentón para retener su boca involuntariamente abierta.

—Yo, mira, amigo, este... no vayas a pensar... A ver, ¿Andréi Filíppovich está aquí?...

—Sí, está aquí, señor.

—¿Y los empleados también?

—Los empleados también, señor, como corresponde.

—¿Y su Excelencia también?

—Su Excelencia también, señor —ahí el amanuense, otra vez, se llevó la mano al mentón para retener su boca de nuevo abierta y miró con cierta curiosidad y extrañeza al señor Goliadkin. Por lo menos, así le pareció a nuestro héroe.

—¿Y no ocurre nada fuera de lo corriente, amigo?

—No, señor, en absoluto.

—¿No hay nada raro con respecto a mí, amigo, alguna cosa..., eh? Es solo para saber, amigo, ¿me entiendes?

—No, señor, por ahora no he oído nada —ahí el amanuense otra vez se llevó la mano al mentón y otra vez miró con cierta extrañeza al señor Goliadkin. Ocurre que nuestro héroe intentaba ahora penetrar el rostro de Ostáfev, leer algo en él, descubrir si ocultaba algo. Y en efecto, era como si algo escondiera, pues Ostáfev se iba poniendo cada vez más grosero y áspero, y no se involucraba en los intereses del señor Goliadkin con la misma simpatía que al comienzo de la conversación. «En parte está en su derecho —pensó el señor Goliadkin—, después de todo, ¿yo qué le importo? Quizás recibió algo de la otra parte y por eso se ausentó para atender un asunto impostergable. Pues yo ahora le...». El señor Goliadkin comprendió que había



llegado el momento de las diez kopeikas.

—Aquí tienes, amigo...

—Le estoy profundamente agradecido, su Señoría.

—Te daré más.

—A sus órdenes, su Señoría.

—Ahora te daré más, y cuando todo haya acabado te daré otro tanto. ¿Entiendes?

El amanuense callaba, se mantenía firme y miraba fijo al señor Goliadkin.

—Bueno, ahora dime, ¿no has oído nada sobre mí?...

—Creo que por ahora no... este... por ahora nada, señor —respondió pausadamente Ostáfev, adoptando, al igual que el señor Goliadkin, un aire algo misterioso, sacudiendo levemente las cejas, mirando al suelo, atinando a dar con el tono justo y, en una palabra, intentando con todas sus fuerzas ganarse lo prometido, porque lo recibido lo consideraba ya definitivamente suyo.

—¿Y no se sabe nada?

—Por ahora no, señor.

—Pues escucha... este... ¿quizás después algo se sepa?

—Desde luego, señor, quizás después algo se sepa.

«¡Qué mal!», pensó nuestro héroe.

—Mira, aquí tienes más, amigo.

—Le estoy profundamente agradecido, su Señoría.

—¿Vajraméiev estuvo aquí ayer?...

—Sí, estuvo, señor.

—¿Y no hubo alguien más?... Haz memoria, hermano.

El amanuense escarbó un momento en su memoria pero no recordó nada apropiado.

—No, señor, no hubo nadie más.

—¡Hum!

Siguió una pausa.

—Mira, hermano, aquí tienes más. Dime todo lo que sabes.

—Sí, señor —Ostáfev parecía ahora una seda, justamente lo que necesitaba el señor Goliadkin.

—Ahora cuéntame, hermano, ¿cómo está ahora él?

—No tiene nada, señor... está bien, señor —respondió el amanuense, mirando al señor Goliadkin con los ojos bien abiertos.

—O sea, ¿cómo que está bien?

—O sea, pues eso, señor —ahí Ostáfev frunció significativamente el ceño. Por lo demás, estaba en una encerrona y no sabía qué decir.

«¡Qué mal!», pensó el señor Goliadkin.

—¿No ha habido algo más con respecto a Vajraméiev?

—Pues todo está como antes, señor.

—Piénsalo bien.

—Dicen que algo hay, señor.

—¡Ah! ¿Y qué es eso?

Ostáfev se sostuvo el mentón con la mano.

—¿No hay una carta para mí?

—Pues hoy el ordenanza Mijéiev ha ido al departamento de Vajraméiev, allí donde vive la alemana esa, así que puedo ir allí y preguntar, si es necesario.

—¡Hazme el favor, hermano, por Dios!... Es solo para saber... Tú, hermano, no vayas a pensar nada raro, es solo para saber. Pero tú indaga, hermano, averigua si no se está preparando algo contra mí. ¿Cómo actúa él? Eso es lo que necesito saber, así que averígualo, amigo, y luego te lo retribuiré...

—A sus órdenes, su Señoría. Hoy han sentado en su sitio a Iván Semiónich.

—¿A Iván Semiónich? ¡Ah, sí! ¿En serio?

—Andréi Filíppovich le ordenó que se sentara ahí...

—¿En serio? ¿Y por qué razón? Averigua eso, hermano; por Dios, averigua eso, hermano; averígualo todo... y te lo retribuiré, amigo; eso es lo que necesito... Y no vayas a pensar nada raro, hermano...

—A sus órdenes, señor, a sus órdenes, ya mismo voy para allá. Y usted, su Señoría, ¿no va a entrar hoy a la oficina?

—No, amigo. He venido así porque sí, de paso, he venido solamente a mirar... y después te lo retribuiré, amigo.

—A sus órdenes, señor —el amanuense subió con rapidez y celo la escalera y el señor Goliadkin quedó solo.

«¡Qué mal! —pensó—. ¡Ay, qué mal, qué mal! Este asuntito nuestro... ¡qué mal que luce! ¿Qué significado tendría todo ello? ¿Qué habrá querido decir este borrachín con sus alusiones, por ejemplo, y quién está detrás de esto? ¡Ah! Pero ahora sé quién está detrás. Ya veo de qué se trata. Seguramente se enteraron y lo sentaron allí... Aunque, ¿por qué digo lo sentaron? Fue Andréi Filíppovich quien sentó a ese Iván Semiónovich. Y de veras, ¿para qué lo habrá sentado? ¿Con qué objetivo exactamente? Seguramente se enteraron... Esto es trabajo de Vajraméiev, o sea, no de Vajraméiev, que es tonto como un poste; son todos ellos los que trabajan en su nombre, y al otro canalla lo trajeron aquí para lo mismo. ¡Y esa alemana tuerta debe haberse quejado! Siempre sospeché que toda esta intriga no es casual, y que en todo este comadreo de viejas seguramente se esconde algo; es lo que le dije a Krestián Ivánovich: se han jurado matar a un hombre, en el sentido moral de la expresión, y se han servido de Karolina Ivánovna. ¡No, esto evidentemente es un trabajo de maestros! Aquí se advierte la mano de un maestro, señor mío, no la de Vajraméiev. Ya he dicho que Vajraméiev es un tonto, y esto... ahora sé quién está detrás de todos ellos: ¡ese canalla, ese impostor! De eso solo se agarra, lo que explica en parte sus éxitos en la alta sociedad. Y en efecto, sería bueno saber qué trato... tiene ahora con ellos. Pero ¿por qué tomaron a ese Iván Semiónovich? ¿Para qué diablos necesitaban a Iván Semiónovich? Como si no hubieran podido conseguir a otro. Pero da igual a

quién sentaran, nada cambiaría; lo único que sé es que él, Iván Semiónovich, ya hacía tiempo que me resultaba sospechoso, y hacía tiempo que lo venía advirtiendo: es un viejito tan detestable, tan mezquino... dicen que presta dinero y cobra intereses de judío. Todo este tejemaneje es obra del oso. El oso está involucrado en todo el asunto. Así fue como empezó esto. Empezó en el puente Izmáilovski, así fue como empezó...». Ahí el señor Goliadkin hizo una mueca como si hubiera mordido un limón, seguramente al recordar algo muy desagradable. «¡Pero bueno, no importa! —pensó—. No hago más que pensar en mis cosas. ¿Por qué no viene Ostáfev? Puede que esté trabajando o que algo lo haya demorado. En parte es bueno que yo también intrigue y haga trabajo de zapa. A Ostáfev solo basta con darle diez kopeikas y él... este... ya está de mi lado. Solo que ese es el punto: si estará justamente de mi lado; quizás ellos también por su parte... y, poniéndose por su parte de acuerdo con él, lleven adelante una intriga. Porque el embustero tiene pinta de bandido, ¡de bandido redomado! ¡Algo esconde el muy canalla! ‘No, no hay nada’, dice, y: ‘Le estoy profundamente agradecido, su Señoría’. ¡Menudo bandido!».

Se oyó un ruido... el señor Goliadkin se encogió y de un salto se escondió tras la estufa. Alguien bajó por la escalera y salió a la calle. «¿Quién será ese y adónde irá?», pensó nuestro héroe. Un momento después volvieron a oírse pasos... Ahí el señor Goliadkin no se aguantó y asomó la pequeña puntita de la nariz por detrás de su parapeto... la asomó y enseguida retrocedió en seco, como si alguien le hubiera pinchado la nariz con un alfiler. Esa vez el que pasaba era alguien conocido, es decir, el canalla, intrigante y depravado... pasaba, según su costumbre, con su pasito menudo y vil, a pasitrote, lanzando los piecitos por delante como si se dispusiera a patear a alguien. «¡Canalla!», dijo entre dientes nuestro héroe. Por lo demás, el señor Goliadkin no pudo dejar de advertir que el canalla llevaba bajo el brazo un enorme portafolio verde que pertenecía a su Excelencia. «Otra vez en misión especial», pensó el señor Goliadkin, enrojeciendo y encogiéndose aún más del enojo. En cuanto el señor Goliadkin menor pasó fugaz junto al señor Goliadkin mayor, sin reparar en este, se oyeron pasos por tercera vez, y en esta ocasión el señor Goliadkin adivinó que eran pasos de amanuense. En efecto, una figurilla de amanuense con el pelo alisado se asomó tras la estufa, pero no era la de Ostáfev, sino la de otro amanuense apodado Pisarenko<sup>[294]</sup>. Aquello sorprendió al señor Goliadkin. «¿Para qué mete a otros en el secreto? —pensó nuestro héroe—. ¡Qué bárbaros son! ¡No hay nada sagrado para ellos!».

—¿Qué hay, amigo? —dijo dirigiéndose a Pisarenko—. ¿Quién te envía, amigo?

...

—Es por su asunto, señor. Por el momento no hay noticias de nadie, señor. En cuanto las haya le informaremos.

—¿Y Ostáfev?...

—No puede venir, su Señoría. Su Excelencia ha pasado ya dos veces por la oficina, y yo ahora tampoco tengo tiempo.

—Gracias, querido, te agradezco... Solo dime...

—Le juro que no tengo tiempo, señor... En cualquier momento puede llamarme... Usted sírvase quedarse aquí un rato más, y si se llega a saber algo respecto a su asunto, señor, enseguida le informaremos...

—No, amigo, tú dime...

—Permítame, señor, pero no tengo tiempo —dijo Pisarenko, arrancándose del señor Goliadkin, que lo tenía sujetado por el faldón—. En verdad no puedo. Sírvase quedarse aquí un rato más, señor, y le informaremos.

—¡Un segundo, un segundo, amigo! ¡Solo un segundo, querido! Pues mira: aquí tienes una carta, amigo, te lo retribuiré.

—A sus órdenes, señor.

—Trata de entregársela al señor Goliadkin, amigo.

—¿A Goliadkin?

—Sí, amigo, al señor Goliadkin.

—Muy bien, señor. Apenas vaya, se la llevo. Y usted quédese aquí por ahora. Aquí nadie lo verá...

—No, amigo, yo, no vayas a pensar... no estoy aquí para que nadie me vea. Yo, amigo, ahora no me quedaré aquí... estaré aquí en el pasajito. Allí hay una cafetería, así que estaré esperando allí, y tú, si llega a pasar algo, me informas de todo, ¿entiendes?

—Muy bien, señor. Solo suélteme. Entiendo...

—¡Te lo retribuiré, querido! —gritó el señor Goliadkin a Pisarenko, que al fin había logrado librarse...

«El canalla pareció ponerse grosero hacia el final —pensó nuestro héroe, saliendo a hurtadillas de detrás de la estufa—. Aquí hay otro enredo. Eso está claro... Primero que esto y que lo otro... Aunque en verdad llevaba prisa; quizás haya mucho trabajo. Y su Excelencia pasó dos veces por la oficina... ¿Por qué razón lo habrá hecho?... ¡Oh! ¡Pero bueno, no importa! Quizás no sea nada. Ya veremos...».

El señor Goliadkin iba a abrir la puerta para salir a la calle cuando de pronto, en ese mismo instante, ante el portal retumbó el carruaje de su Excelencia. Antes de que el señor Goliadkin pudiera recobrase de su asombro, las portezuelas del coche se abrieron desde dentro y el señor que viajaba en él saltó al portal. El pasajero no era otro que el mismo señor Goliadkin menor que se había ausentado diez minutos antes. El señor Goliadkin mayor recordó que el departamento del director se hallaba a solo dos pasos de allí. «Está en misión especial», pensó nuestro héroe. Entretanto, el señor Goliadkin menor, tomando del coche un grueso portafolio verde y otros papeles, dio al fin una orden al cochero, abrió la puerta casi empujando con ella al señor Goliadkin mayor y, no reparando adrede en él para fastidiarlo, subió a toda prisa la escalera de la oficina. «¡Qué mal! —pensó el señor Goliadkin—. ¡Adónde ha ido a parar nuestro asunto! ¡Vaya con él! ¡Santo Dios!». Nuestro héroe permaneció inmóvil medio minuto, hasta que finalmente se decidió. Sin pararse a pensar, sintiendo

además fuertes palpitaciones en el pecho y un temblor en todos los miembros, corrió en persecución de su conocido. «¡Ah, que sea lo que sea! ¿A mí qué me importa? No tengo parte en este asunto», pensaba mientras se quitaba el sombrero, el capote y los chanclos en el recibidor.

Cuando el señor Goliadkin entró en su oficina ya reinaba allí el crepúsculo. Ni Andréi Filíppovich ni Antón Antónovich estaban en la sala. Ambos se hallaban en el despacho del director presentando informes; por su parte, el director, según los rumores, tenía prisa a su vez para entrevistarse con su superior. Por estas circunstancias, y además porque el crepúsculo contribuía a ello y se terminaba ya el horario de oficina, algunos de los empleados, particularmente los jóvenes, se entregaban a cierta ociosidad cuando entró nuestro héroe; se agrupaban, hablaban, conversaban, reían, e incluso algunos de los más jóvenes, es decir de los empleados con rango más bajo, a hurtadillas y aprovechando el bullicio general, jugaban al cara o cruz en un rincón, junto a una ventanita. Sabiendo cómo debía comportarse y sintiendo en ese momento una especial necesidad de acercamiento y complacencia, el señor Goliadkin se acercó de inmediato a aquellos con los que se llevaba mejor para desearles buenos días, etc. Pero los compañeros respondieron de un modo extraño al saludo del señor Goliadkin. Este quedó pasmado ante la general frialdad, sequedad e incluso puede decirse severidad del recibimiento. Nadie le tendió la mano. Otros simplemente dijeron «hola» y se apartaron; otros apenas sacudieron la cabeza; más de uno sencillamente le dio la espalda e hizo como que no había reparado en él; por último —y eso fue lo que más ofendió al señor Goliadkin—, algunos de los jóvenes con menor rango, muchachos de los que el señor Goliadkin tan justamente afirmaba que todo lo que sabían hacer era jugarse el sueldo a cara o cruz y deambular por ahí, poco a poco empezaron a rodearlo, a agruparse en torno a él, impidiéndole casi la salida. Todos lo miraban con una curiosidad diríase insultante.

Era una mala señal. El señor Goliadkin así lo sentía y se dispuso con mucha prudencia a no darse por enterado. De pronto una circunstancia totalmente inesperada vino, como suele decirse, a dar el golpe de gracia al señor Goliadkin, a acabar con él por completo.

En medio del grupo de jóvenes compañeros que lo rodeaban apareció de pronto y como adrede, en el instante de mayor angustia para el señor Goliadkin, el señor Goliadkin menor, alegre como siempre, con su sonrisita de siempre, revoltoso también como siempre; en una palabra: juguetón, retozón, adulón, zumbón, ligero de lengua y de pies, como siempre, como antes, igual que ayer, por ejemplo, en un momento que había sido muy desagradable para el señor Goliadkin mayor. Enseñando los dientes, dando volteretas y saltitos, con una sonrisita que decía «buenas tardes» a todos, se coló en el grupo de empleados, le tendió la mano a uno, dio una palmadita en el hombro a otro, dio un rápido abrazo a un tercero, explicó a un cuarto para qué exactamente lo había requerido su Excelencia, adónde había ido, qué había hecho, qué había traído; a un quinto, que probablemente era su mejor amigo, le

dio un beso en los labios... en una palabra, todo ocurría punto por punto como en el sueño del señor Goliadkin mayor. Luego de brincar hasta el hartazgo, luego de acabar con cada uno a su manera, poniendo a todos a su favor, fuera ello necesario o no, y deshaciéndose en cumplidos con todos y cada uno, el señor Goliadkin menor, de pronto y seguramente por error, puesto que aún no había tenido tiempo de reparar en su viejo amigo, tendió la mano al señor Goliadkin mayor. Seguramente por error también, aunque había tenido tiempo de sobra para reparar en el innoble señor Goliadkin menor, nuestro héroe tomó en el acto y con ansia la mano que inesperadamente le tendían y la estrechó fuerte y del modo más amistoso, la estrechó movido por un extraño e inesperado impulso íntimo, por un sentimiento lacrimoso. Si nuestro héroe fue engañado por el primer gesto de su indecente enemigo o si simplemente no supo qué hacer, o si sintió y reconoció en lo profundo de su alma toda la magnitud de su indefensión, difícil es decirlo. El hecho es que el señor Goliadkin mayor, con plena lucidez y por propia voluntad, y ante testigos, estrechó solemnemente la mano de aquel a quien llamaba su mortal enemigo. Pero cuál no fue la sorpresa, indignación y rabia, cuál no fue el horror y la vergüenza del señor Goliadkin mayor cuando su hostil y mortal enemigo, el innoble señor Goliadkin menor, advirtiendo el error de ese hombre inocente y pérfidamente engañado al que acosaba, sin ningún pudor, sin sentimiento, sin compasión ni conciencia, con un descaro y una grosería intolerables, arrancó de golpe su mano de la del señor Goliadkin mayor; peor aún, la sacudió como si se la hubiera ensuciado con algo abominable; peor aún, escupió hacia un costado, acompañando todo ello con el gesto más agravante; peor aún, sacó su pañuelo y ahí mismo, del modo más escandaloso, se limpió uno tras otro los dedos que acababan de descansar por un instante en la mano del señor Goliadkin mayor. Mientras obraba de tal modo, el señor Goliadkin menor, siguiendo su vil costumbre, miraba adrede en torno suyo, procurando que todos vieran su conducta; miraba a todos a los ojos, intentando a todas luces inculcar en ellos el ánimo más desfavorable respecto al señor Goliadkin. Por lo visto, la conducta del repugnante señor Goliadkin menor despertó la indignación de todos los empleados que los rodeaban; incluso la frívola juventud mostró su descontento. Alrededor se alzaron murmullos y comentarios. Ese revuelo general no podía escapar a los oídos del señor Goliadkin mayor; pero de pronto una bromita muy oportuna acudió a la mente del señor Goliadkin menor y brotó de sus labios, destruyendo y aniquilando las últimas esperanzas de nuestro héroe e inclinando la balanza otra vez a favor de su mortal y despreciable enemigo.

—Este es nuestro Faublas<sup>[295]</sup> ruso, señores. Permítanme presentarles al joven Faublas —zahirió el señor Goliadkin menor, brincando y escurriéndose entre los empleados con el descaro que le era propio, y señalándoles al pasmado y por demás indignado auténtico señor Goliadkin—. ¡Besémonos, encanto mío! —continuó con intolerable familiaridad, avanzando hacia el hombre que tan pérfidamente había agraviado. La bromita del despreciable señor Goliadkin menor pareció encontrar el

eco que buscaba, tanto más por cuanto encerraba una artera alusión a una circunstancia por lo visto ya pública y notoria. Nuestro héroe sintió sobre sus hombros la pesada mano de sus enemigos. Por lo demás, ya había tomado una decisión. Con mirada ardiente, rostro pálido y rígida sonrisa logró escapar como pudo del grupo y con paso desparejo y rápido se encaminó directamente al despacho de su Excelencia. En la anteúltima habitación se encontró con Andréi Filíppovich, que acababa de salir del despacho de su Excelencia, y aunque había en ella bastantes personas del todo ajenas en ese momento al señor Goliadkin, nuestro héroe no quiso prestar atención a esa circunstancia. Directamente, con resolución y valentía, casi sorprendiéndose y elogiándose a sí mismo en su fuero íntimo por tal acto de arrojo, abordó sin perder un segundo a Andréi Filíppovich, que se asombró no poco ante semejante asalto.

—¡Ah!... ¿Qué... qué desea? —preguntó el jefe de departamento sin escuchar al señor Goliadkin, trabado en medio de una frase.

—Andréi Filíppovich, yo... ¿Puedo yo, Andréi Filíppovich, tener ahora, ya mismo y cara frente a cara, una entrevista con su Excelencia? —dijo con elocuencia y claridad nuestro héroe, lanzando la más resuelta mirada a Andréi Filíppovich.

—¿Cómo dice, señor? Por supuesto que no —contestó Andréi Filíppovich midiendo de pies a cabeza al señor Goliadkin.

—Yo, Andréi Filíppovich, digo todo esto porque me sorprende que nadie aquí desenmascare a ese impostor y canalla.

—¿Có-mo dice, señor?

—A ese canalla, Andréi Filíppovich.

—¿Y de quién se permite hablar así?

—De cierta persona, Andréi Filíppovich. Yo, Andréi Filíppovich, aludo a cierta persona; estoy en mi derecho... Creo, Andréi Filíppovich, que nuestros superiores deberían alentar estas iniciativas —añadió el señor Goliadkin, evidentemente fuera de sí—. Andréi Filíppovich..., usted mismo verá, Andréi Filíppovich, que es una iniciativa noble y denota toda mi buena intención... de tomar a mi jefe como a un padre, Andréi Filíppovich, quiero decir que tomo a la bienhechora autoridad como a un padre, y le confío ciegamente mi suerte. Quiero decirle así y asá... eso es todo... —la voz del señor Goliadkin tembló, su rostro se ruborizó y dos lágrimas asomaron en sus pestañas.

Andréi Filíppovich, al escuchar al señor Goliadkin, se sorprendió tanto que sin querer retrocedió dos pasos. Luego miró inquieto en torno suyo... Era difícil predecir en qué acabaría el asunto... Pero de pronto la puerta del despacho de su Excelencia se abrió y este apareció en compañía de algunos empleados. Todos los que estaban en la habitación lo siguieron. Su Excelencia llamó a Andréi Filíppovich y partió junto con él hablando de ciertos asuntos. Cuando todos se pusieron en marcha y salieron, el señor Goliadkin volvió en sí. Más calmado, buscó refugio bajo el ala de Antón Antónovich Sietóchkin, que iba cojeando por detrás de los demás y, según le pareció

al señor Goliadkin, tenía un aspecto severo y preocupado. «Me fui de lengua y estropeé las cosas —pensó—. Bueno, no importa».

—Espero que por lo menos usted, Antón Antónovich, se digne a escucharme y considerar mi situación —dijo por lo bajo, con una voz que aún temblaba de la emoción—. Rechazado por todos, acudo a usted. Aún no logro comprender qué significaban las palabras de Andréi Filíppovich, Antón Antónovich. Explíquemelas, si es posible...

—Todo se aclarará a su debido tiempo, señor —respondió severa y pausadamente Antón Antónovich, y, según le pareció al señor Goliadkin, con un aspecto que daba a entender claramente que no tenía el menor deseo de continuar la conversación—. Pronto lo sabrá todo. Hoy mismo será usted informado oficialmente.

—¿Qué es eso de oficialmente, Antón Antónovich? ¿Por qué oficialmente, señor? —preguntó tímido nuestro héroe.

—No nos incumbe a nosotros discutir las decisiones de nuestros superiores, Iákov Petróvich.

—¿Por qué nuestros superiores, Antón Antónovich? —dijo el señor Goliadkin, más tímido aún—. ¿Por qué nuestros superiores? No veo motivo para importunar a nuestros superiores, Antón Antónovich... ¿Usted quizás se refiere a lo sucedido ayer, Antón Antónovich?

—Pues no, señor, no me refiero a lo de ayer; hay otras cosas que andan mal en usted.

—¿Qué es lo que anda mal, Antón Antónovich? Me parece, Antón Antónovich, que en mí todo anda bien.

—¿Y con quién se proponía emplear astucias? —cortó en seco Antón Antónovich al señor Goliadkin, que quedó estupefacto. El señor Goliadkin se estremeció y se puso pálido como un pañuelo.

—Por supuesto, Antón Antónovich —dijo con voz apenas audible—, que si se hace caso a la calumnia y se presta oído a nuestros enemigos sin escuchar la justificación de la otra parte, entonces claro... claro, Antón Antónovich, entonces puede uno sufrir, Antón Antónovich, puede uno sufrir sin culpa y sin haber hecho nada.

—Ahí está la cosa, señor. ¿Y su indecente actitud en perjuicio de la reputación de una noble joven de una familia virtuosa, venerable y conocida que le hizo a usted muchos favores?

—¿A qué actitud se refiere, Antón Antónovich?

—Ahí está la cosa, señor. Y respecto a otra joven que, aunque pobre, lleva un honorable apellido extranjero, ¿tampoco está al tanto de su loable actitud, señor?

—Permítame, Antón Antónovich... Sírvase escucharme, Antón Antónovich...

—¿Y su pérfida actitud y calumnias dirigidas a otra persona? ¿Acusar a otro del pecado que uno mismo ha cometido? ¿Eh? ¿Cómo se llama eso?

—Yo, Antón Antónovich, no lo eché de mi casa —dijo nuestro héroe



comenzando a temblar—. Y a Petrushka, o sea a mi criado, no lo induje a nada semejante... Él comió de mi pan, Antón Antónovich, gozó de mi hospitalidad —añadió con expresividad y honda emoción nuestro héroe, de modo tal que su barbilla se sacudió y las lágrimas otra vez estuvieron a punto de saltarle.

—Eso de que él comió de su pan lo dice por decir, Iákov Petróvich —respondió enseñando los dientes Antón Antónovich, y en su voz sonó una nota de picardía que hirió el corazón del señor Goliadkin.

—Permítame, Antón Antónovich, hacerle otra humilde pregunta: ¿su Excelencia está enterada de todo este asunto?

—¡Pues claro, señor! Pero ahora déjeme. No tengo tiempo para hablar con usted... Hoy mismo sabrá todo lo que debe saber, señor.

—Por Dios, permítame un segundo más, Antón Antónovich...

—Después me cuenta, señor...

—No, Antón Antónovich. Yo, vea, solo escuche, Antón Antónovich... Lo mío no es librepensamiento, Antón Antónovich. Yo huyo del librepensamiento. Por mi parte estoy dispuesto, y hasta he contemplado la idea de...

—Está bien, señor, está bien. Ya he oído eso...

—No, señor, no ha oído usted eso, Antón Antónovich. Es otra cosa, Antón Antónovich, es algo bueno, en verdad bueno, y agradable de oír... Como le he explicado antes, Antón Antónovich, he contemplado la idea de que la providencia divina creó dos seres exactamente iguales, y los superiores, bienhechores, al ver la providencia divina, dieron cobijo a esos dos gemelos. Eso es bueno, Antón Antónovich. Puede usted ver que es algo muy bueno, Antón Antónovich, y que estoy lejos de ser un librepensador. Tomo a la bienhechora autoridad como a un padre. Quiero decirle así y asá, bienhechora autoridad, usted ya sabe... el joven necesita trabajo... Apóyeme, Antón Antónovich, interceda por mí, Antón Antónovich... Yo estoy bien, señor... Antón Antónovich, por el amor de Dios, una palabrita más... Antón Antónovich...

Pero Antón Antónovich ya estaba lejos del señor Goliadkin... Nuestro héroe no sabía dónde estaba, qué oía, qué hacía, qué le pasaba ni qué harían aún con él... así de desconcertado y conmovido lo había dejado todo lo que acababa de oír y de sucederle.

Con mirada implorante buscó entre la multitud de empleados a Antón Antónovich para seguir justificándose a sus ojos y decirle algo sumamente cargado de buena intención, algo muy noble y agradable respecto a sí mismo... Pero poco a poco una nueva luz empezó a brotar por entre su confusión, una luz nueva y terrible que iluminó de pronto ante él, de golpe, toda una perspectiva de circunstancias hasta allí absolutamente desconocidas e incluso insospechadas... En ese momento nuestro héroe, completamente extraviado, sintió que alguien lo empujaba en el costado. Se volvió. Ante él estaba Pisarenko.

—La carta, su Señoría.

—¡Ah!... ¿Ya fuiste, querido?

—No, esta la trajeron hoy a las diez de la mañana, señor. Serguéi Mijéiev, el ordenanza, la trajo de casa del secretario regional Vajraméiev.

—Está bien, amigo, está bien, te lo retribuiré, querido.

Diciendo esto, el señor Goliadkin guardó la carta en el bolsillo lateral de su uniforme y se abrochó este hasta arriba; luego miró alrededor y, para gran sorpresa suya, se percató de que ya se encontraba en el zaguán, en medio de una multitud de empleados que se apiñaba para salir, puesto que la jornada de trabajo había acabado. El señor Goliadkin no solo no había advertido hasta entonces esta última circunstancia, sino que ni siquiera había advertido ni recordaba cómo de pronto se encontraba con el capote y los chanclos puestos y con el sombrero en las manos. Todos los empleados permanecían inquietos y en respetuosa espera. Sucede que su Excelencia se había detenido en la parte inferior de la escalera en espera de su carruaje, demorado por algún motivo, y mantenía una conversación muy interesante con dos consejeros y con Andréi Filíppovich. Un poco más allá de los dos consejeros y de Andréi Filíppovich se hallaban Antón Antónovich Sietóchkin y otros empleados que sonreían de buena gana al ver que su Excelencia se permitía bromear y reír. Los empleados que se apiñaban en la parte superior de la escalera también sonreían y aguardaban a que su Excelencia volviera a reír. El único que no sonreía era Fedoséich, el portero barrigón que sostenía la manija de la puerta en posición de firmes y aguardaba impaciente su porción cotidiana de placer, consistente en abrir con amplitud, de una sola vez, con un solo golpe de mano, un batiente de la puerta, para luego, doblándose por la cintura, dejar pasar reverentemente a su Excelencia. Pero, por lo visto, quien más alegre estaba y sentía el placer era el indigno e innoble enemigo del señor Goliadkin. En ese instante hasta se había olvidado de todos los empleados, había incluso dejado de aullar y brincar entre ellos, según su vil costumbre, se había incluso olvidado de aprovechar la ocasión para adular a alguien. Era todo ojos y oídos y se encogía de un modo extraño, quizás para escuchar mejor, sin apartar la vista de su Excelencia, y solo por momentos sus manos, piernas y cabeza se sacudían en contracciones apenas perceptibles que denunciaban los movimientos íntimos y secretos de su alma.

«¡Mira lo excitado que está! —pensó nuestro héroe—. ¡Luce como un favorito el muy embustero! Quisiera saber por qué prende en la alta sociedad. No tiene inteligencia, ni carácter, ni educación, ni sentimiento. ¡Tiene suerte el canalla! ¡Dios mío! ¡Pensar lo rápido que puede ir un hombre y ganarse la simpatía de todos! ¡Y llegará lejos, juro que llegará lejos el muy canalla! ¡Tiene suerte el cretino! Quisiera saber también qué es exactamente lo que les susurra al oído. ¿Qué secretos tiene con toda esta gente y qué confidencias pueden decirse? ¡Dios mío! Si yo también pudiera... hablar un poco con ellos... decirles así y asá... quizás deba pedirle a él... decirle así y asá, que no lo haré más, que bueno, yo tengo la culpa, y que un joven, su Excelencia, debe trabajar en nuestros tiempos, que por mi oscura situación no me

hago mala sangre... ¡eso es! En cuanto a protestar de alguna manera, no lo haré, y sobrellevaré todo con paciencia y resignación... ¡eso es! ¿Acaso deba obrar así?... Pero nada lo afecta al muy canalla, con palabras no le entras; no hay manera de hacer entrar en razón al calavera... Pero igual probemos. Si se presenta la ocasión probemos...».

Presa de una gran agitación, con angustia y turbación, sintiendo que no podía quedarse así, que había llegado el momento decisivo, que tenía que explicarse con alguien, nuestro héroe quiso arrimarse un poquito al lugar en donde se hallaba su indigno y misterioso amigo, pero en ese instante retumbó en la entrada el carruaje largamente esperado de su Excelencia. Fedoséich dio un tirón a la puerta y, doblándose casi hasta el suelo, dejó pasar a su Excelencia. Todos los que habían estado aguardando se precipitaron hacia la salida y separaron por un momento al señor Goliadkin mayor del señor Goliadkin menor.

—¡No escaparás! —dijo nuestro héroe, abriéndose paso entre el gentío y sin apartar los ojos de quien debía. Finalmente, la multitud se dispersó. Nuestro héroe se sintió en libertad y se lanzó en persecución de su enemigo.

## CAPÍTULO XI - 1866

Al señor Goliadkin se le cortaba la respiración; parecía volar en persecución de su enemigo, que se alejaba a paso rápido. Sentía la presencia de una terrible energía interior. Sin embargo, a pesar de la presencia de esa terrible energía interior, el señor Goliadkin podía confiar sin vacilar que en ese momento hasta un simple mosquito, siempre que este pudiera vivir en esa época del año en Petersburgo, lo habría derribado muy fácilmente con una de sus alas. Sentía también una extrema debilidad y agotamiento, y que lo que lo impulsaba hacia delante era una fuerza del todo singular y extraña, que no era él quien caminaba, que más bien sus piernas le flaqueaban y se negaban a obedecerlo. Pero todo aquello podría ser para mejor. «Para mejor o no —pensaba el señor Goliadkin casi ahogándose por la carrera—, el asunto igual está perdido, de eso ahora no cabe la menor duda; que estoy definitivamente perdido ya es cosa sabida, cierta, resuelta y firmada». A pesar de ello, nuestro héroe pareció resucitar de entre los muertos, pareció haber ganado una batalla, pareció haberse alzado con la victoria cuando logró aferrar del capote a su enemigo en el momento en que este ponía un pie en el estribo de un *drozhki* y había dado ya la orden al cochero.

—¡Muy señor mío! ¡Muy señor mío! —gritó al innoble señor Goliadkin menor una vez que lo atrapó—. Muy señor mío, espero que usted...

—No, usted por favor no espere nada —respondió evasivamente el insensible enemigo del señor Goliadkin, apoyando un pie en el estribo y agitando el otro vanamente en el aire, pugnando por meterlo en el coche sin perder el equilibrio, a la vez que trataba con todas sus fuerzas de desprender su capote de manos del señor Goliadkin mayor, quien, por su parte, se había aferrado a él con toda la fuerza de que la naturaleza lo había dotado.

—¡Iákov Petróvich! Solo diez minutos...

—Disculpe, no tengo tiempo, señor.

—Convenga, Iákov Petróvich..., por favor, Iákov Petróvich..., por Dios, Iákov Petróvich..., de algún modo u otro tenemos que explicarnos... valientemente... ¡Un segundito, Iákov Petróvich!...

—Querido, no tengo tiempo —respondió con descortés familiaridad, pero aparentando bondad de alma, el falsamente noble enemigo del señor Goliadkin—, en otro momento, créame, con toda mi alma y de todo corazón; pero ahora en verdad no puedo.

«¡Canalla!», pensó nuestro héroe.

—¡Iákov Petróvich! —gritó angustiado—. Yo nunca he sido su enemigo. Malas personas me han descrito injustamente... Por mi parte estoy dispuesto... Iákov Petróvich, ¿no quiere que usted y yo, Iákov Petróvich, entremos ahora allí?... Y allí, de todo corazón, como usted acaba justamente de decir, y con un lenguaje franco y noble... allí en esa cafetería; entonces todo se aclarará por sí mismo... ¡Así es, Iákov

Petróvich! Entonces sin falta todo se aclarará por sí mismo...

—¿A esa cafetería? Está bien. No me opongo, entremos a esa cafetería, pero con una condición, tesoro, con una condición: que allí todo se aclare por sí mismo. Así y asá, encanto —dijo el señor Goliadkin menor, apeándose del coche y dándole descaradas palmaditas en el hombro a nuestro héroe—; vaya amigazo que eres; por ti, Iákov Petróvich, estoy dispuesto a tomar el pasajito (como una vez usted, Iákov Petróvich, se sirvió señalar tan justamente). ¡Pues he aquí un bribón, realmente, hace con uno lo que quiere! —continuó el falso amigo del señor Goliadkin con una ligera sonrisita, volviéndose y haciendo gracias cerca de él. La cafetería a la que entraron ambos señores Goliadkin, alejada de las calles principales, estaba en ese momento completamente vacía. Una alemana bastante gorda apareció tras el mostrador apenas se oyó el sonido de la campanilla. El señor Goliadkin y su indigno enemigo pasaron a la segunda habitación, donde un niño regordete con el pelo rapado trajinaba junto a la estufa con un manojo de astillas tratando de avivar el fuego que en ella languidecía. Por pedido del señor Goliadkin menor, les sirvieron chocolate.

—Apetitosa la muchacha —dijo el señor Goliadkin menor, guiñando pícaramente un ojo al señor Goliadkin mayor.

Nuestro héroe se ruborizó y guardó silencio.

—Ah, sí, lo he olvidado, disculpe. Conozco su gusto. Nosotros, señor, gustamos de las alemanas delgaditas; digamos que tú y yo, Iákov Petróvich, alma cándida, gustamos de las alemanas delgaditas, aunque no por ello privadas de encanto; les alquilamos departamentos, ponemos a prueba su moralidad, les entregamos nuestro corazón por sus *Biersuppe* y sus *Milchsuppe*<sup>[296]</sup>, y nos comprometemos con ellas... eso es lo que hacemos. ¡Eres todo un Faublas! ¡Todo un traidor!

Todo eso lo dijo el señor Goliadkin menor, haciendo así una alusión completamente inútil pero maligna y astuta a cierto individuo de sexo femenino, mientras hacía gracias cerca del señor Goliadkin y le sonreía fingiendo amabilidad, mostrando falsamente, de esa manera, cordialidad hacia él y alegría por el encuentro. Pero al advertir que el señor Goliadkin mayor no era en absoluto tan tonto, ni estaba tan privado de educación y de buenos modales como para que le creyese sin más, el innoble hombre se decidió a cambiar de táctica y llevar el asunto con franqueza. Tras haberse expresado de manera tan vil, el falso señor Goliadkin acabó por dar una palmada en el hombro al adusto señor Goliadkin con una familiaridad y un descaro que sublevaban el alma; no contento con ello, se puso a jugar con él de un modo completamente indecente entre la gente de buen tono y se dispuso a repetir exactamente su anterior vileza, es decir, dar un pellizcón en la mejilla al señor Goliadkin mayor a pesar de la resistencia y los ligeros gritos de indignación de este. A la vista de tanta depravación, nuestro héroe se encolerizó y guardó silencio... hasta que llegara el momento, por cierto.

—Eso es lo que dicen mis enemigos —respondió al fin con voz trémula y conteniéndose prudentemente. Al mismo tiempo, nuestro héroe se volvió con

inquietud hacia la puerta. Sucede que el señor Goliadkin menor se hallaba, por lo visto, en una excelente disposición de ánimo, listo para hacer diversas bromitas inconvenientes en un lugar público y, hablando en general, censuradas por las leyes de la alta sociedad, sobre todo entre la gente distinguida.

—Bueno, está bien, en ese caso, como usted quiera —replicó con seriedad el señor Goliadkin menor al pensamiento del señor Goliadkin mayor, dejando sobre la mesa su taza vacía, que había bebido con indecente avidez—. Pues bien, no tengo mucho tiempo para hablar con usted... Y bien, ¿cómo está usted, Iákov Petróvich?

—Solo puedo decirle una cosa, Iákov Petróvich —respondió con sangre fría y dignidad nuestro héroe—: nunca he sido su enemigo.

—Hum... bueno, ¿y Petrushka? ¿Cómo se llama él? Petrush-ka, ¿cierto?... ¡sí! ¿Y? ¿Cómo está él? ¿Bien? ¿Como antes?

—Él también está como antes, Iákov Petróvich —respondió algo sorprendido el señor Goliadkin mayor—. Yo no sé, Iákov Petróvich... por mi parte... por mi noble y franca parte, Iákov Petróvich, convenga, Iákov Petróvich...

—Sí. Pero usted mismo sabe, Iákov Petróvich —respondió en voz baja y expresiva el señor Goliadkin menor, fingiéndose un hombre triste, lleno de contrición y digno de compasión—, usted mismo sabe que en nuestros difíciles tiempos... Cito sus palabras, Iákov Petróvich; es usted un hombre inteligente y razona con justicia —añadió el señor Goliadkin menor, lisonjeando vilmente al señor Goliadkin mayor—. La vida no es un juego, usted mismo lo sabe, Iákov Petróvich —concluyó con aire significativo el señor Goliadkin menor, fingiéndose un hombre inteligente y letrado que puede versar sobre temas elevados.

—Por mi parte, Iákov Petróvich —respondió animado nuestro héroe—, por mi parte, despreciando los rodeos y hablando con atrevimiento y franqueza, hablando en un lenguaje directo y noble, y poniendo todo el asunto en un plano de nobleza, le diré, puedo afirmar franca y noblemente, Iákov Petróvich, que estoy completamente limpio y que, usted mismo lo sabe, Iákov Petróvich, se trata de un error recíproco... todo puede suceder... el juicio de la sociedad, la opinión de la rastrera multitud... Le digo francamente que todo puede suceder, Iákov Petróvich. Le diré más, Iákov Petróvich: si se lo juzga así, si se lo mira desde un punto de vista noble y elevado, me atrevo a decir sin falsa vergüenza, Iákov Petróvich, que me será incluso agradable descubrir que me he equivocado, me será incluso agradable reconocerlo. Usted mismo lo sabe, es usted un hombre inteligente y por sobre todo noble. Sin vergüenza, sin falsa vergüenza, estoy dispuesto a reconocerlo... con dignidad y nobleza —concluyó nuestro héroe.

—¡La fatalidad, el destino! Iákov Petróvich..., pero dejemos todo eso —dijo suspirando el señor Goliadkin menor—. Mejor empleemos los breves minutos de nuestro encuentro en una conversación más útil y agradable, como corresponde entre dos compañeros de trabajo... En verdad no he tenido ocasión de cruzar dos palabras con usted en todo este tiempo... No soy yo el culpable de ello, Iákov Petróvich...

—¡Ni yo tampoco! —interrumpió nuestro héroe con ardor—. ¡Ni yo tampoco! Mi corazón me dice, Iákov Petróvich, que yo tampoco tengo la culpa de todo esto. Acusemos al destino de todo esto, Iákov Petróvich —añadió el señor Goliadkin mayor en un tono completamente conciliador. Su voz comenzaba poco a poco a flaquear y a temblar.

—¿Y bien? ¿Cómo está en general su salud? —preguntó el descarriado con voz dulzona.

—Tengo un poco de tos —respondió nuestro héroe con voz aún más dulce.

—Cuídese. Ahora hay cada epidemia que no es extraño agarrarse una angina, y yo, debo confesarle, comienzo ya a abrigarme con ropa de franela.

—En efecto, Iákov Petróvich, no es extraño agarrarse una angina... ¡Iákov Petróvich! —dijo nuestro héroe tras una breve pausa—. ¡Iákov Petróvich! Veo que me he equivocado... Recuerdo con ternura los felices minutos que pasamos juntos bajo mi pobre aunque, me atrevo a decir, hospitalario techo...

—En su carta, por cierto, no escribió eso —dijo con aire de reproche el completamente justo (aunque completamente justo solo en este respecto) señor Goliadkin menor.

—¡Iákov Petróvich! Me equivoqué... Ahora veo claramente que me equivoqué también en esa dichosa carta mía. Iákov Petróvich, me da vergüenza mirarlo, Iákov Petróvich, no lo creerá usted... Deme esa carta para romperla ante sus ojos, Iákov Petróvich, o, si eso es imposible, le ruego leerla al revés, totalmente al revés, es decir, con una intención expresamente amistosa, dándoles el sentido opuesto a todas las palabras de mi carta. Me equivoqué. Perdóneme, Iákov Petróvich, estaba completamente... penosamente equivocado, Iákov Petróvich.

—¿Dice usted? —preguntó bastante distraído e indiferente el pérfido amigo del señor Goliadkin mayor.

—Digo que estaba completamente equivocado, Iákov Petróvich, y que por mi parte, sin la menor falsa vergüenza...

—¡Ah, bueno, está bien! Está muy bien que estuviese equivocado —respondió groseramente el señor Goliadkin menor.

—Yo, Iákov Petróvich, tuve incluso una idea —añadió con aspecto noble nuestro sincero héroe, sin advertir en absoluto la terrible perfidia de su falso amigo—, tuve incluso la idea de que, como quien dice, fueron creados dos hombres perfectamente iguales...

—¡Ah! ¡Conque esa es su idea!...

Ahí el señor Goliadkin menor, conocido por su futilidad, se levantó y tomó su sombrero. Sin advertir aún el engaño, se levantó también el señor Goliadkin mayor, sonriendo con candidez y nobleza a su falso amigo, intentando en su inocencia de agradarlo, animarlo y trabar con él, de ese modo, una nueva amistad...

—¡Adiós, su Excelencia! —gritó de pronto el señor Goliadkin menor. Nuestro héroe se estremeció al advertir en el rostro de su enemigo algo incluso báquico, y,

únicamente para librarse de él, puso dos dedos en la mano que le tendía aquel inmoral; pero entonces... entonces el descarado del señor Goliadkin menor superó toda medida. Tomando y estrechando primero los dos dedos del señor Goliadkin mayor, el indigno, ante los mismos ojos del señor Goliadkin, decidió repetir su descarada broma de la mañana. Aquello era más de lo que la paciencia humana podía tolerar...

Ya se guardaba en el bolsillo el pañuelo con el que se había limpiado los dedos cuando el señor Goliadkin mayor se recobró y se lanzó tras él a la habitación contigua, adonde, siguiendo su vil costumbre, se había escabullido su irreconciliable enemigo. Como si tal cosa, estaba lo más campante junto al mostrador comiendo empanadas y galanteando tranquilamente, como un hombre de bien, a la alemana de la confitería. «Delante de señoras no se puede», pensó nuestro héroe, y, fuera de sí de la agitación, se acercó también al mostrador.

—¡Pues en verdad no está mal la muchacha! ¿Qué cree usted? —comenzó otra vez con sus salidas indecentes el señor Goliadkin menor, seguramente confiando en la infinita paciencia del señor Goliadkin. La robusta alemana, por su parte, miraba a ambos visitantes con ojos turbios e inexpresivos, sonriendo con afabilidad y evidentemente sin comprender el ruso. Nuestro héroe se encendió como el fuego ante las palabras del señor Goliadkin menor, que no conocía el pudor, y, sin fuerzas para contenerse, se lanzó al fin sobre él con la visible intención de despedazarlo y acabar con él de una vez por todas; pero el señor Goliadkin menor, siguiendo su vil costumbre, ya estaba lejos: había puesto los pies en polvorosa y ya estaba casi en el soportal. Va de suyo que, tras un primer momento de natural estupefacción, el señor Goliadkin mayor se recobró y se echó a todo correr en persecución de su ofensor, que ya ocupaba su asiento en un coche que lo esperaba y que, evidentemente, estaba confabulado con él. Pero en ese mismo instante la robusta alemana, al ver la fuga de sus dos visitantes, lanzó un chillido e hizo sonar con todas sus fuerzas la campanilla. Nuestro héroe casi se volvió al vuelo, le arrojó, sin reclamar el vuelto, el dinero de su consumición y de la del descarado que se había ido sin pagar y, a pesar de que se había retrasado, consiguió, aunque otra vez al vuelo, atrapar a su enemigo. Aferrándose al guardabarros del coche con toda la fuerza de que lo había dotado la naturaleza, nuestro héroe corrió un momento por la calle intentando trepar al vehículo, mientras el señor Goliadkin menor trataba de impedirselo por todos los medios. Entretanto, el cochero arreaba con el látigo, las riendas, a patadas y a los gritos a su deslomado penco, que de repente se echó al galope, se desbocó y empezó a cocear, según su vil costumbre, con las patas traseras cada tres pasos. Finalmente, nuestro héroe logró pese a todo encaramarse al *drozhki* y sentarse de cara a su enemigo, con la espalda apoyada contra el cochero, las rodillas contra las rodillas del descarado, mientras con la mano derecha aferraba con todas sus fuerzas el raído cuello de piel del capote de su perverso y acérrimo enemigo...

Los enemigos marcharon cierto tiempo en silencio. Nuestro héroe apenas contenía el aliento; el camino era horroroso, y brincaba a cada paso con el riesgo de



romperse el cuello. Además, su acérrimo enemigo no se avenía aún a darse por vencido e intentaba hacer caer al barro a su adversario. Para colmo de disgustos, el tiempo estaba horrible. La nieve caía en copos e intentaba por todos los medios colarse de algún modo bajo el capote desabrochado del auténtico señor Goliadkin. Alrededor todo estaba turbio y no se veía nada. Era difícil distinguir adónde se dirigían y qué calles tomaban... Al señor Goliadkin le pareció que le estaba pasando algo familiar. Por un instante trató de recordar si no había presentido algo el día anterior... en sueños, por ejemplo... Al fin, su angustia alcanzó el paroxismo. Apoyado contra su despiadado enemigo, tuvo deseos de gritar. Pero el grito se extinguió en sus labios... Hubo un momento en el que el señor Goliadkin se olvidó de todo y decidió que todo aquello no tenía la menor importancia, que aquello pasaba así porque sí, de un modo inexplicable, y que protestar por ello habría sido algo innecesario y una pérdida de tiempo... Pero de pronto, y casi en el mismo instante en que nuestro héroe llegaba a tales conclusiones, una sacudida imprudente cambió todo el sentido del asunto. El señor Goliadkin cayó del *drozhki* como un saco de harina y salió rodando, reconociendo con toda justicia, al momento de caer, que en efecto se había enardecido muy inoportunamente. Se levantó de un salto y vio que habían llegado a un lugar; el *drozhki* se hallaba ante un patio, y nuestro héroe advirtió a primera vista que era el patio del mismo edificio en el que vivía Olsufi Ivánovich. En ese mismo instante advirtió que su amigo ya se encaminaba hacia el soportal y, probablemente, iba a visitar a Olsufi Ivánovich. Presa de una angustia inenarrable, se lanzó al alcance de su enemigo, pero para fortuna suya recapacitó a tiempo. Sin olvidar pagar al cochero, el señor Goliadkin se lanzó a la calle y echó a correr a más no poder, sin mirar adónde. La nieve caía como antes, en copos, y como antes, estaba turbio, húmedo y oscuro. Nuestro héroe no caminaba, sino que volaba, derribando a todos en el camino —hombres, mujeres y niños—, y él mismo rebotaba contra mujeres, hombres y niños. En torno a él y a sus espaldas se oían voces de susto, chillidos, gritos... Pero el señor Goliadkin, por lo visto, había perdido el sentido y no quería prestar atención a nada... Volvió en sí, no obstante, junto al puente Semiónovski, y eso solo porque se las había ingeniado para embestir y derribar a dos vendedoras ambulantes con sus mercancías y él mismo dar por tierra<sup>[297]</sup>. «No importa —pensó el señor Goliadkin—, todo esto quizás aun sea para bien», y ahí mismo se llevó la mano al bolsillo deseando salir del paso con un rublo a cambio de los melindres, manzanas, guisantes y demás cosas desparramadas por el suelo. De pronto una nueva luz iluminó al señor Goliadkin; en el bolsillo palpó la carta que por la tarde le había entregado el amanuense. Recordando de paso que no lejos de allí había una taberna que conocía, se dirigió raudo a ella, sin perder un minuto ocupó una mesita iluminada por una vela de sebo y, sin prestar atención a nada, sin escuchar al mozo que apareció para tomar su pedido, rompió el sello y se puso a leer lo siguiente, que terminó de pasmarlo:

*¡Noble hombre que sufre por mí y siempre caro a mi corazón!:*

*Sufro, sucumbo... ¡sálvame! ¡Un calumniador, un intrigante, un hombre conocido por la vanidad de sus pretensiones me enredó en sus redes y estoy perdida! ¡He sucumbido! Pero él me repugna, mientras que tú... Nos han separado, han interceptado las cartas que te escribí, y todo eso lo hizo aquel inmoral valiéndose de su mejor cualidad: el parecido contigo. En todo caso se puede ser feo, pero cautivar con la inteligencia, los nobles sentimientos y los buenos modales... ¡Sucumbo! Me entregan a la fuerza, y el que más intriga aquí es mi padre, mi bienhechor, el consejero de Estado Olsufi Ivánovich, quien seguramente desea sustituirme en mi lugar y en mis vínculos entre la gente de buen tono... Pero me he resuelto y protesto con toda la fuerza de la que me ha dotado la naturaleza. Espérame con un coche hoy a las nueve en punto bajo las ventanas del departamento de Olsufi Ivánovich. En casa otra vez habrá baile y vendrá el bello teniente. Saldré y nos iremos volando. Además, hay aún otros puestos en los que se puede ser útil a la patria. En cualquier caso recuerda, amigo, que la inocencia es fuerte ya por su sola inocencia. Adiós. Espérame con un coche junto a la entrada. Me arrojaré al refugio de tus brazos a las dos en punto de la noche.*

*Tuya hasta la tumba,*

*Klara Olsúfevna.*

Después de leer la carta, nuestro héroe permaneció varios minutos como fulminado. Con una angustia y una agitación terribles, pálido como un pañuelo, con la carta en sus manos, se paseó varias veces por la habitación; para colmo de desgracias, nuestro héroe no advirtió que en ese momento era objeto de la atención exclusiva de todos los allí presentes. Seguramente el desaliño de su ropa, la incontenible agitación, su modo de andar o, mejor dicho, de corretear, los gestos que hacía con ambas manos, acaso algunas palabras misteriosas dichas al viento y por distracción... seguramente todo ello hablaba bastante mal del señor Goliadkin a los ojos de los visitantes; incluso el mozo empezó a mirarlo con recelo. Cuando volvió en sí, nuestro héroe advirtió que estaba en medio de la habitación contemplando casi de un modo indecente y descortés a un viejito de aspecto muy venerable que, luego de comer y de rezar ante un icono, había vuelto a sentarse y tampoco apartaba los ojos del señor Goliadkin. Nuestro héroe miró confusamente en torno suyo y advirtió que todos, decididamente todos lo estaban mirando con un aspecto siniestro y sospechoso. De pronto un militar retirado, con cuello rojo, pidió en voz alta *La gaceta policial*. El señor Goliadkin se estremeció y se sonrojó: sin querer bajó los ojos al suelo y vio que iba vestido de un modo indecente, con ropa que ni en su casa hubiera podido permitirse, ya no solo en un lugar público. Las botas, los pantalones y todo su lado izquierdo estaban cubiertos de barro, la trabilla de la pierna derecha suelta y el frac

rasgado en varios sitios. En su inagotable angustia, nuestro héroe se dirigió a la mesa donde había leído la carta y vio que se le acercaba el dependiente de la taberna con una expresión extraña e insolentemente pertinaz. Desconcertado y abatido, nuestro héroe se puso a examinar la mesa ante la que ahora se hallaba parado. Sobre la mesa había platos sin retirar, una servilleta sucia, y un cuchillo, un tenedor y una cuchara recién usados. «¿Quién habrá comido esto? —pensó nuestro héroe—. ¿Habré sido yo? ¡Todo puede ser! He comido y no me he dado cuenta. ¿Qué debo hacer?». El señor Goliadkin alzó los ojos y vio otra vez a su lado al mozo, que se disponía a decirle algo.

—¿Cuánto te debo, hermano? —preguntó nuestro héroe con voz trémula.

Una sonora risotada estalló alrededor del señor Goliadkin; hasta el mozo se sonrió. El señor Goliadkin comprendió que también en esto había metido la pata y cometido una terrible tontería. Quedó tan turbado que se vio obligado a hurgar en su bolsillo en búsqueda de su pañuelo, seguramente para hacer algo y no quedarse así sin más; pero, para indecible sorpresa suya y de los que lo rodeaban, en lugar del pañuelo sacó un frasquito con el medicamento que unos cuatro días antes le había recetado Krestián Ivánovich. «Los medicamentos en la misma farmacia», cruzó por la mente del señor Goliadkin... De pronto se estremeció y estuvo a punto de lanzar un grito de espanto. Una nueva luz emergía... El líquido negro, rojizo y repugnante brilló con un resplandor siniestro ante los ojos del señor Goliadkin... El frasquito se le cayó de las manos y ahí mismo se hizo añicos. Nuestro héroe lanzó un grito y saltó dos pasos hacia atrás ante el líquido derramado... le temblaban todos los miembros y el sudor le brotaba en las sienes y en la frente. «¡Quiere decir que mi vida está en peligro!». Entretanto, en la habitación se produjo una conmoción, un tumulto; todos rodeaban al señor Goliadkin, todos le hablaban al señor Goliadkin, algunos incluso sujetaban al señor Goliadkin. Pero nuestro héroe estaba mudo e inmóvil, sin ver nada, sin oír nada, sin sentir nada... Finalmente, pareció arrancarse del lugar y se lanzó fuera de la taberna apartando a todos y cada uno de los que intentaban retenerlo, se dejó caer casi sin sentido en el primer *drozhki* que le salió al paso y salió volando a su casa.

En el zaguán de su vivienda se encontró con Mijéiev, el ordenanza de la oficina, con un sobre oficial en las manos. «Lo sé, amigo, lo sé todo —respondió con voz débil y angustiada nuestro extenuado héroe—. Es oficial...». En el sobre había en efecto una orden dirigida al señor Goliadkin, con firma de Andréi Filíppovich, en la que se le exigía transferir todos los asuntos a su cargo a Iván Semiónovich. Tras recibir el sobre y dar al ordenanza diez kopeikas, el señor Goliadkin entró en su departamento y vio que Petrushka preparaba y amontonaba todos sus trapos y cachivaches, todas sus cosas, con la evidente intención de abandonarlo y mudarse a casa de Karolina Ivánovna, que lo había atraído para reemplazar a Evstafi.

## CAPÍTULO XII - 1866

Petrushka entró tambaleándose, sosteniéndose con extraña negligencia y con cierto ademán servil y triunfal en el rostro. Era evidente que se había propuesto algo, que se sentía en todo su derecho y que tenía un aire completamente ajeno, es decir, como si fuera el criado de otra persona y no el antiguo criado del señor Goliadkin.

—Pues ya ves, querido —comenzó, ahogándose, nuestro héroe—. ¿Qué hora es, querido?

Petrushka, en silencio, se dirigió al otro lado del tabique; luego regresó y con un tono bastante independiente le informó que iban a ser las siete y media.

—Bueno, está bien, querido, está bien. Pues bien, mira, querido... permíteme que te diga, querido, que entre nosotros, por lo visto, ahora todo está terminado.

Petrushka callaba.

—Bueno, ahora que entre nosotros todo está terminado, dime francamente, como amigo, dónde has estado, hermano.

—¿Que dónde he estado? Con buena gente, señor.

—Lo sé, amigo, lo sé. Yo siempre he estado contento contigo, querido, y te daré una carta de recomendación... Pues bien, ¿qué haces con ellos ahora?

—¡Qué dice, señor! Usted mismo lo sabe, señor. Ya se sabe, una buena persona no te enseña a hacer el mal.

—Lo sé, querido, lo sé. Hoy las buenas personas escasean, amigo; valóralas, amigo. Y bien, ¿cómo están ellos?

—Ya se sabe cómo están, señor. Solo que ahora, señor, ya no puedo ser más su criado; usted mismo lo sabe, señor.

—Lo sé, querido, lo sé; conozco tu celo y empeño; he visto todo ello, amigo, lo he notado. Yo te respeto, amigo. Yo a un hombre bueno y honrado lo respeto, por más que sea un lacayo.

—¡Pues sí, señor, ya lo sé! Las personas como nosotros, por supuesto, van adonde están mejor, usted mismo lo sabe. Así es. ¿Yo qué puedo hacer? Ya se sabe, señor, que sin una buena persona es imposible.

—Bueno, está bien, hermano, está bien; lo comprendo... Bueno, aquí tienes el dinero y la recomendación. Ahora besémonos, hermano, y despedámonos... Bueno, ahora, querido, quiero pedirte un favor, el último —dijo el señor Goliadkin con tono solemne—. Ya ves, querido, todo puede pasar en esta vida. La desgracia, amigo, se oculta hasta en los palacios cubiertos de oro, y no hay forma de escapar de ella. Tú sabes, amigo, que yo, creo, siempre he sido amable contigo...

Petrushka callaba.

—Yo, creo, siempre he sido amable contigo, querido... Pues bien, ¿cuánta ropa blanca me queda, querido?

—Pues todo está ahí, señor. Seis camisas de lienzo, tres pares de medias, cuatro pecheras, una chaqueta de franela, dos juegos de ropa interior. Usted ya lo sabe. Yo,

señor, no he tocado nada de lo suyo... Yo, señor, cuido los bienes del señor. Yo, señor, a usted, este... ya lo sabe... no tengo ningún pecado... nunca, señor; usted mismo lo sabe, señor...

—Te creo, amigo, te creo. No me refiero a eso, amigo, no me refiero a eso. Pues mira, se trata de esto, amigo...

—Ya lo sé, señor, eso ya lo sé. A mí, cuando todavía vivía en casa del general Stolbniakov, me dejaban sin más y ellos se iban a Sarátov... a la propiedad que tenían allí...

—No, amigo, no me refiero a eso. No digo nada... no pienses cualquier cosa, querido amigo...

—Ya lo sé, señor. Es que a gente como nosotros, usted mismo lo sabe, señor, se la puede calumniar sin más. Y conmigo todos han quedado contentos. Hubo ministros, generales, senadores, condes. Estuve en casa de todos: del príncipe Svinchatkin, del coronel Pereborkin, del general Nedobárov; y ellos también nos visitaban, venían a la propiedad de mi señor. Ya se sabe...

—Sí, amigo, sí; está bien, amigo, está bien. Y yo también ahora viajo, amigo... Todos tenemos caminos diferentes, querido, y no se sabe en qué camino puede caer cada cual. Bueno, amigo, ahora ayúdame a vestirme; sí, también pon mi uniforme... los otros pantalones, sábanas, frazadas, almohadas...

—¿Ordena que haga un lío con todo ello, señor?

—Sí, amigo, sí, haz un lío si quieres... ¿Quién sabe lo que puede pasar con nosotros? Bueno, amigo, ahora ve y llama un coche...

—¿Un coche, señor?...

—Sí, amigo, un coche, uno espacioso y por cierto tiempo. Y tú, amigo, no vayas a pensar...

—¿Y quiere viajar muy lejos, señor?

—No lo sé, amigo, eso tampoco lo sé. Me parece que también habría que poner el edredón. ¿Tú qué crees, amigo? Confío en ti, querido...

—¿De veras quiere viajar ahora mismo, señor?

—¡Sí, amigo, sí! Así se han dado las cosas... así es, querido, así es...

—Lo sé, señor; en nuestro regimiento pasó lo mismo con un teniente; a un propietario... le raptó a la hija...

—¿La raptó?... ¡Cómo! Querido, tú...

—Sí, señor, la raptó y se casaron en otra finca. Todo había sido preparado de antemano. Hubo una persecución; enseguida intervino el difunto príncipe... y bueno, el asunto se arregló...

—Y se casaron, vaya... Pero tú, querido, ¿cómo sabes eso?

—¡Pero si es cosa sabida, qué va! El mundo está lleno de rumores, señor. Lo sabemos todo, señor..., por supuesto, todos tienen sus pecados. Le diré solo una cosa, señor, y permítame decírsela con llaneza, como siervo que soy; ya que estamos debo decírselo: tiene usted un enemigo, señor... un adversario tiene, un adversario

poderoso, eso es...

—Lo sé, amigo, lo sé; tú mismo lo sabes, querido... Pues bien, confío en ti. ¿Qué debemos hacer ahora, amigo? ¿Qué consejo me das?

—Pues mire, señor, si usted ahora, por así decir, ha tomado esa dirección, deberá comprar algo... bueno, unas sábanas, almohadas, otro edredón, de dos plazas, una buena frazada... aquí la vecina de abajo tiene; es mercader, señor, y tiene un buen abrigo de zorro; puede ir a verlo y comprarlo, señor, puede ir a verlo ahora mismo. Ahora lo necesita, señor; es un buen abrigo, forrado de paño, con piel de zorro...

—Bueno, está bien, amigo, está bien; estoy de acuerdo, querido, confío en ti, confío plenamente; que sea el abrigo si quieres, querido... ¡Solo que rápido, rápido! ¡Por Dios, rápido! Compraré el abrigo, pero por favor, ¡rápido! Pronto serán las ocho. ¡Por Dios, amigo, rápido! ¡Date prisa, amigo!...

Petrushka dejó sin atar el lío con ropa blanca, almohadas, frazadas, sábanas y demás trapos que había juntado y salió corriendo de la habitación. El señor Goliadkin, entretanto, tomó una vez más la carta, pero no pudo leerla. Tomándose la desdichada cabeza con ambas manos, se apoyó pasmado contra la pared. No podía pensar ni tampoco hacer nada; ni él mismo sabía lo que le pasaba. Finalmente, al ver que el tiempo pasaba y que ni Petrushka ni el abrigo aparecían, el señor Goliadkin decidió ir por su cuenta. Al abrir la puerta del zaguán oyó abajo ruido, rumores, discusiones y voces... Varias vecinas estaban charlando, gritando, deliberando, disputando sobre algo... y el señor Goliadkin sabía exactamente sobre qué. Se oyó la voz de Petrushka; después se oyeron unos pasos. «¡Dios mío! ¡Van a reunir aquí a todo el mundo!», dijo en un gemido el señor Goliadkin, retorciéndose las manos de desesperación y regresando raudo a su cuarto. Al entrar en este se dejó caer casi sin sentido en el diván, con la cara hundida en la almohada. Permaneció un minuto así tendido; luego se levantó de un salto y, sin esperar a Petrushka, se puso los chanclos, el sombrero, el capote, tomó la billetera y bajó corriendo la escalera.

—¡No necesito nada, nada, querido! Lo haré solo, lo haré todo solo. Por ahora no me haces falta, y además puede que el asunto se arregle —murmuró el señor Goliadkin a Petrushka al tropezar con él en la escalera; después salió corriendo al patio y luego a la calle; tenía el corazón en vilo; no sabía aún qué decisión tomar... cómo obrar, qué hacer, cómo proceder en su crítica situación actual...

—Porque esa es la cuestión: ¿cómo proceder, Santo Dios? ¡Y vaya falta que hacía todo esto! —gritó al fin desesperado, cojeando por la calle adonde lo llevara el viento—. ¡Vaya falta que hacía todo esto! Porque si esto, precisamente esto no hubiera pasado, todo se arreglaría de una vez, de golpe, de un golpe hábil, enérgico y firme. ¡Que me corten un dedo si no se arreglaría! E incluso sé de qué modo preciso se arreglaría. Todo sucedería así: yo agarraría y este... le diría así y asá, que a mí, muy señor mío, dicho sea con su permiso, no me va ni me viene; que las cosas no se hacen así; que las cosas, señor, muy señor mío, no se hacen así, con la impostura no se nos engaña; el impostor, muy señor mío, es un hombre este... despreciable, que no aporta

ningún beneficio a la patria. ¿Lo comprende usted? ¿Lo comprende usted, muy señor mío? Así es como sucedería... Pero no, qué va... no es en absoluto así, no es en absoluto así... ¡No hago más que mentir, tonto de remate! ¡Vaya suicida que soy! Eres todo un suicida, te digo, la cosa no es así... ¡Y sin embargo ahí tienes cómo suceden ahora las cosas, hombre depravado!... A ver, ¿adónde me meto ahora? A ver, ¿qué voy a hacer ahora, por ejemplo, conmigo mismo? A ver, ¿para qué sirvo ahora? A ver, ¿para qué sirves ahora, por ejemplo, pedazo de Goliadkin, pedazo de indigno? A ver, ¿y ahora qué? Hay que alquilar un coche; agarra y consíguele un coche, porque si no nos mojaremos los piecitos... Vaya, ¿quién lo hubiera imaginado? ¡Ay, señorita, ay, señora mía! ¡Vaya una doncella de buena conducta! ¡Ay, alabada nuestra! ¡Se ha distinguido, señora, se ha distinguido, ni que decir tiene!... Todo eso ocurre a causa de una educación inmoral; ahora que he examinado y comprendido el fondo del asunto veo que esto no puede más que provenir de la inmoralidad. Si desde niña la hubieran... azotado alguna que otra vez... pero no, ellos la tienen a bombones, la llenan de dulces de todo tipo, y hasta el vejestorio llora por ella y le dice que eres mi esto y lo otro, mi cosita linda, te casaremos con un conde... Y así les salió ella, y ahora nos ha mostrado sus cartas, como diciendo: «¡A mi juego me llamaron!». Si desde niña la hubieran criado en casa... pero no, ellos la enviaron al internado, a lo de *madame* la francesa, a lo de la emigrante Falbalá<sup>[298]</sup> o algo así; y en lo de la emigrante Falbalá aprendió muchas cosas buenas... y así es como terminó saliendo todo. «¡Venga y alégrese!», me dice. Que la espere con un coche a tal hora bajo las ventanas y que le cante en español una sentida romanza; lo esperaré, y sé que me ama, y huiremos juntos, y viviremos en una cabaña<sup>[299]</sup>. Sí, pero a fin de cuentas, eso es imposible; eso, señora mía —si así son las cosas—, no se puede. ¡Las leyes prohíben eso de raptar a una honrada e inocente doncella de casa de sus padres sin la autorización de estos! Y a fin de cuentas, ¿por qué, para qué, qué necesidad hay? Bueno, si se hubiera casado con quien corresponde, con quien hubiera elegido el destino, sería asunto cerrado. Pero yo soy empleado público y puedo perder mi puesto por una cosa así. ¡Yo, señora mía, puedo ir a juicio por una cosa así! ¡Eso es! Por si no lo sabía. Esto es trabajo de la alemana. Esa bruja es el origen de todo, ella es la que encendió la mecha. Porque han calumniado a un hombre, porque han montado contra él un comadreo, una mentira descarada a instancias de Andréi Filíppovich... de ahí viene todo. Si no, ¿por qué Petrushka se habría involucrado? ¿A él qué le importa? ¿Qué necesidad tenía el granuja? No, no puedo, señora, de ninguna manera, por nada del mundo... Usted, señora, esta vez deberá disculparme de algún modo. Es usted la causa de todo, señora, no la alemana, no aquella bruja, sino únicamente usted, porque la bruja es una buena mujer, porque la bruja no tiene culpa alguna, mientras que usted, señora mía, sí tiene la culpa... ¡eso es! Usted, señora, me acusa sin razón... Aquí hay un hombre que va a la ruina, aquí hay un hombre que se pierde y no puede evitarlo... ¡qué boda ni boda! ¿Y cómo terminará todo esto? ¿Y cómo se arreglará esto ahora? ¡Daría lo que no tengo por averiguarlo!...

Así desesperado reflexionaba nuestro héroe. De pronto volvió en sí y advirtió que estaba sobre la calle Litéinaia. El tiempo estaba horrible: deshelaba, caía nieve, llovía... punto por punto como en aquel inolvidable momento en que, a esa terrible hora de la medianoche, comenzaron todas las desgracias del señor Goliadkin. «¡Qué viaje ni viaje! —pensó el señor Goliadkin al observar el tiempo—. Todo está muerto... ¡Dios Santo! A ver, ¿dónde voy a encontrar un coche aquí, por ejemplo? Allá en la esquina parece que asoma uno. Veamos e investiguemos... ¡Dios Santo! —continuó nuestro héroe, dirigiendo sus débiles e inseguros pasos hacia el lugar donde le pareció ver algo parecido a un coche—. No, esto es lo que haré: iré, caeré a sus pies, si es posible, y pediré su mano humildemente. Diré así y asá, que pongo mi suerte en sus manos, en manos de mis superiores, que, su Excelencia, proteja y beneficie a este hombre; que esto y que lo otro, que así y asá, que es un acto ilegítimo; que no me arruine, que lo tomo a usted por un padre, no me deje... salve mi amor propio, mi honor, mi nombre y mi apellido... y sálveme de ese malvado, de ese hombre depravado... Él es otro hombre, su Excelencia, y yo también soy otro hombre; él sigue su camino y yo el mío; en verdad, yo sigo el mío, su Excelencia, yo sigo el mío, así es. Le diré que no puedo parecerme a él, que lo sustituya, que tenga la benevolencia de ordenar su sustitución y acabe con un reemplazo impío y arbitrario... para que no sirva de ejemplo a otros, su Excelencia. Lo tomo a usted por un padre; los superiores, desde luego, los superiores bienhechores y venerables deben alentar iniciativas como la mía... Hay en ellas incluso algo de caballeresco. Lo tomo a usted por un padre, autoridad bienhechora, le entrego mi destino sin objeción alguna, me entrego por entero y me aparto yo mismo del servicio... ¡eso es!».

—Y bien, querido, ¿eres cochero?

—Sí...

—Un coche, hermano, para esta noche...

—¿Y desea viajar lejos, señor?

—Para esta noche, para esta noche; adonde haga falta, querido, adonde haga falta.

—¿No querrá usted salir de la ciudad?

—Sí, amigo, puede que salga de la ciudad. Todavía ni yo lo sé a ciencia cierta, amigo, no puedo decírtelo con certeza, querido. Pues ya ves, querido, puede que todo se arregle. Ya sabes, amigo...

—Sí, ya lo sé, señor, desde luego. Dios lo permita.

—Sí, amigo, sí. Te lo agradezco, querido. Y bien, ¿cuánto me cobras, querido?...

—¿Desea viajar ahora, señor?

—Sí, ahora, es decir, no, me esperarás en un lugar... así, un poquito, no esperarás mucho tiempo, querido...

—Bueno, si lo alquila por toda la noche no puedo cobrarle menos de seis rublos, con el tiempo que hace...

—Bueno, está bien, amigo, está bien; te lo agradeceré, querido. Bueno, entonces ahora llévame, querido.



—Tome asiento. Permítame que arregle esto un poquito... sírvase sentarse ahora. ¿Adónde ordena viajar?

—Al puente Izmáilovski, amigo.

El cochero se encaramó al pescante, arrancó con esfuerzo a sus flacos jamelgos de la artesa de heno y los arreó en dirección al puente Izmáilovski. Pero de pronto el señor Goliadkin tiró del cordón, hizo detener el coche y pidió con voz suplicante volver atrás, no hacia el puente Izmáilovski, sino hacia otra calle. El cochero tomó esa otra calle y al cabo de diez minutos el recientemente adquirido carruaje del señor Goliadkin se detuvo ante el edificio en el que vivía su Excelencia. El señor Goliadkin salió del coche, le pidió encarecidamente al cochero que lo esperara y con el corazón en vilo subió corriendo al primer piso, tiró del cordón de la campanilla, la puerta se abrió y nuestro héroe se encontró en el recibidor de su Excelencia.

—¿Su Excelencia tiene a bien hallarse en casa? —preguntó el señor Goliadkin, dirigiéndose así al hombre que le abrió la puerta.

—¿Y usted qué desea, señor? —preguntó el lacayo, midiendo de pies a cabeza al señor Goliadkin.

—Yo, amigo, soy este... Goliadkin, el empleado, el consejero titular Goliadkin. Anúnciame así y asá, di que he venido a explicarme...

—Aguarde. Imposible, señor...

—Amigo, no puedo aguardar, mi asunto es importante, es un asunto que no admite dilación...

—¿De parte de quién viene usted? ¿Trae documentos consigo?...

—No, amigo, vengo por mi cuenta... Anúnciame así y asá, amigo, di que he venido a explicarme. Te lo agradeceré, querido...

—Imposible, señor. Tengo órdenes de no recibir gente. En casa hay invitados, señor. Sírvase venir mañana a las diez de la mañana, señor...

—Pero anúnciame, querido. No puedo, me es imposible esperar... Usted, querido, responderá por ello...

—Pero ve y anúncialo. ¿Qué? ¿Te da lástima gastar suela, acaso? —dijo otro lacayo que, tendido sobre un banco, no había dicho hasta entonces una palabra.

—¡Al diablo las suelas! Se ha ordenado no recibir, ¿entiendes? El desfile de gente es por las mañanas.

—Anúncialo. ¿Qué? ¿Temes perder la lengua?

—Lo que es por mí, lo anunciaría. No perderé la lengua. Pero hay órdenes. Así como lo digo: hay órdenes. Pase a la habitación.

El señor Goliadkin entró en la primera habitación; sobre una mesa había un reloj. Le echó un vistazo: las ocho y media. El corazón se le encogió. Tenía ya ganas de dar marcha atrás, pero en ese mismo instante un lacayo larguirucho, de pie en el umbral de la siguiente habitación, pronunció en voz alta el apellido del señor Goliadkin. «¡Qué garganta!... —pensó nuestro héroe con una angustia inenarrable—. A ver, si hubieras dicho: ‘este... que así y asá, que ha venido sumisa y humildemente a

explicarse... este... tenga la benevolencia de recibirlo...'. Pero ahora el asunto es causa perdida, todo mi asunto se lo llevó el viento. Por otra parte... sí, bueno, no importa...». Por lo demás, no había nada que reflexionar. El lacayo se volvió, dijo «por favor» y condujo al señor Goliadkin al despacho.

Cuando entró, nuestro héroe sintió como si hubiera perdido la vista, ya que no veía absolutamente nada. Dos o tres figuras, sin embargo, fulguraron ante sus ojos. «Ah, sí, son los invitados», surcó la cabeza del señor Goliadkin. Al fin, nuestro héroe empezó a distinguir claramente la estrella sobre el frac negro de su Excelencia; luego, gradualmente, pasó al frac negro, y por último recobró su plena capacidad de percepción...

—¿Qué desea, señor? —dijo una voz conocida por encima del señor Goliadkin.

—Soy el consejero titular Goliadkin, su Excelencia.

—¿Y bien?

—He venido a explicarme...

—¿Cómo?... ¿Qué?...

—Pues eso. Digo que he venido a explicarme así y así, su Excelencia...

—Pero usted... ¿usted quién es?

—El se-se-señor Goliadkin, su Excelencia, consejero titular.

—Bueno, ¿pero qué es lo que necesita?

—Decirle que así y así, que lo tomo por un padre, que yo mismo me aparto del servicio, y que me proteja del enemigo... ¡eso es!

—¿Qué significa esto?...

—Es cosa sabida...

—¿Qué es cosa sabida?

El señor Goliadkin guardó silencio. La barbilla empezó a temblarle ligeramente...

—¿Y bien?

—Pensé que era algo caballeresco, su Excelencia... Me dije que había en esto algo caballeresco, y que tomaba a la autoridad por un padre... que así y así, protéjame, se lo pido con lá... lágrimas en los ojos, y que ini... iniciativas como la mía de... deben ser alen... alen... alentadas...

Su Excelencia le volvió la espalda. Nuestro héroe estuvo unos instantes sin poder distinguir nada con sus ojos. El pecho se le oprimía, se le cortaba la respiración. No sabía dónde estaba... Lo embargó cierta vergüenza y tristeza. Dios sabía qué iría a suceder... Cuando se recobró, nuestro héroe advirtió que su Excelencia hablaba con sus invitados y parecía deliberar en un tono seco y brusco con ellos. El señor Goliadkin reconoció de inmediato a uno de los invitados. Era Andréi Filíppovich. A otro no lo reconoció, pero su rostro también le resultaba conocido: era una figura alta, robusta, ya entrada en años, dotada de unas cejas y patillas bastante espesas y de una mirada expresiva y penetrante. El desconocido llevaba una condecoración en el cuello y un cigarro en la boca; fumaba sin quitarse el cigarro de los labios, asentía significativamente con la cabeza y de vez en cuando echaba un vistazo al señor

Goliadkin. El señor Goliadkin empezó a sentirse incómodo; apartó los ojos a un lado y allí vio a otro invitado muy extraño. Junto a una puerta que nuestro héroe había tomado hasta entonces por un espejo, como ya le había pasado en otras ocasiones, apareció él, bien se sabe quién, el muy íntimo conocido y amigo del señor Goliadkin. El señor Goliadkin menor, en efecto, había estado hasta ese momento en otra pequeña habitación, escribiendo algo a toda prisa; ahora, por lo visto, se requería su presencia, y él apareció con unos documentos bajo el brazo, se acercó a su Excelencia y con mucha habilidad, aguardando una exclusiva atención hacia su persona, logró entremezclarse en la conversación y conciliábulo, ocupando un sitio un poco a espaldas de Andréi Filíppovich y ocultándose a medias tras el desconocido del cigarro. Al parecer, el señor Goliadkin menor participaba con sumo interés en la conversación, que ahora escuchaba con aire noble, moviendo la cabeza, no dejando quietos sus pies, sonriendo, mirando a cada momento a su Excelencia como implorándole con los ojos que también a él le permitieran aportar su granito de arena. «¡Canalla!», pensó el señor Goliadkin, dando involuntariamente un paso hacia delante. En ese instante el general se volvió y con bastante irresolución se acercó al señor Goliadkin.

—Bueno, está bien, está bien, vaya con Dios. Examinaré su caso y ordenaré que lo acompañen... —ahí el general cruzó una mirada con el desconocido de patillas espesas. Este, en señal de aprobación, movió la cabeza.

El señor Goliadkin sentía y comprendía claramente que lo tomaban por otra cosa, y en absoluto como correspondía. «De algún modo u otro tengo que explicarme —pensó—, decirle que así y asá, su Excelencia». En su embarazo bajó los ojos al suelo y, para gran sorpresa suya, vio en las botas de su Excelencia una considerable mancha blanca. «¿Acaso se le rompieron?», pensó el señor Goliadkin. Pronto, sin embargo, el señor Goliadkin descubrió que las botas de su Excelencia no estaban para nada rotas, sino que reflejaban vivamente la luz, fenómeno perfectamente explicable por el hecho de que las botas eran de charol y brillaban con intensidad. «Eso se llama *realce* —pensó nuestro héroe—, nombre que se emplea sobre todo en los talleres de los pintores; en otros sitios a ese reflejo lo llaman *arista luminosa*». Ahí el señor Goliadkin levantó los ojos y vio que era hora de hablar, porque el asunto podía terminar muy mal... Nuestro héroe dio un paso adelante.

—Digo que así son las cosas, su Excelencia, y que con la impostura no se va a ninguna parte en nuestros tiempos.

El general no respondió nada, pero tiró fuerte del cordón de la campanilla. Nuestro héroe dio otro paso adelante.

—Es un hombre ruin y depravado, su Excelencia —dijo nuestro héroe fuera de sí y pasmado de espanto, pero, pese a ello, señalando con resolución y valentía a su indigno gemelo, que en ese instante daba pasitos junto a su Excelencia—. Así son las cosas, estoy aludiendo a una persona conocida.

Las palabras del señor Goliadkin fueron seguidas de una conmoción general.

Andréi Filíppovich y el desconocido menearon las cabezas; su Excelencia tiró impaciente y con todas sus fuerzas del cordón de la campanilla para llamar a sus criados. Ahí el señor Goliadkin menor dio a su vez un paso adelante.

—Su Excelencia —dijo—, le pido humildemente permiso para hablar —en la voz del señor Goliadkin menor sonó una nota de extrema resolución; todo en él indicaba que se sentía enteramente en su derecho.

—Permítame preguntarle —comenzó de nuevo, anticipando en su celo la respuesta de su Excelencia y dirigiéndose esta vez al señor Goliadkin—, permítame preguntarle: ¿en presencia de quién se explica usted así? ¿Ante quién está? ¿En el despacho de quién se encuentra?... —el señor Goliadkin menor era presa de una extraordinaria agitación, lucía todo encarnado y ardía de indignación e ira; incluso le asomaron lágrimas a los ojos.

—¡Los señores Bassavriúkov! —bramó a voz en cuello un lacayo que apareció a la puerta del despacho.

«Un noble y buen apellido, originario de Ucrania», pensó el señor Goliadkin, y enseguida sintió que alguien apoyaba muy amistosamente una mano sobre su espalda; luego se apoyó otra; el vil gemelo del señor Goliadkin se lanzó solícito hacia delante para mostrar el camino, y nuestro héroe vio claramente que, por lo visto, lo conducían hacia la gran puerta del despacho. «Punto por punto como en casa de Olsufi Ivánovich», pensó, y se encontró en el recibidor. Miró en torno suyo y vio cerca de él a los dos lacayos de su Excelencia y a su gemelo.

—¡El capote, el capote, el capote, el capote de mi amigo! ¡El capote de mi mejor amigo! —empezó a gorjear el perverso, arrancando de las manos de un criado el capote y arrojándolo por la cabeza al señor Goliadkin, para someterlo al más vil y bochornoso escarnio. Mientras se quitaba de encima el capote, el señor Goliadkin mayor oyó claramente la risa de los dos lacayos. Pero, sin escuchar ni prestar atención a nada de lo que lo rodeaba, salió del recibidor y se encontró en la escalera iluminada. El señor Goliadkin menor fue tras él.

—¡Adiós, su Excelencia! —le gritó al señor Goliadkin mayor.

—¡Canalla! —dijo nuestro héroe fuera de sí.

—Y bueno, seré un canalla...

—¡Perverso!

—Y bueno, seré un perverso... —respondió al digno señor Goliadkin su indigno enemigo, y, fiel a su inherente vileza, miró desde lo alto de la escalera, directamente y sin pestañear, a los ojos del señor Goliadkin, como incitándole a que continuara. Nuestro héroe escupió de indignación y salió corriendo al soportal; estaba tan aniquilado que no comprendía quién ni cómo lo sentó en el coche. Al volver en sí vio que lo llevaban por el Fontanka. «¿Quiere decir que vamos al puente Izmáilovski?», pensó el señor Goliadkin... Entonces el señor Goliadkin quiso reflexionar sobre algo más, pero no pudo; era algo tan horrible que resultaba imposible de explicar... «¡Bueno, no importa!», concluyó nuestro héroe, y se dirigió al puente Izmáilovski.

## CAPÍTULO XIII - 1866

[...] Parecía que el tiempo quería mejorar. En efecto, el aguanieve que hasta entonces había caído a cántaros empezó poco a poco a menguar y menguar, y por último cesó por completo. Se dejó ver el cielo, y sobre él, por aquí y por allí, chispeaban estrellitas. Pero todo seguía mojado, embarrado, húmedo y sofocante, sobre todo para el señor Goliadkin, que ya sin eso apenas podía contener el aliento. El capote empapado y más pesado le impregnaba todos los miembros con una humedad desagradablemente cálida, y con su peso doblegaba sus ya de por sí muy debilitadas piernas. Cierta temblor febril recorría como un hormigueo punzante y corrosivo todo su cuerpo; el agotamiento le producía un sudor frío, enfermizo, de modo que el señor Goliadkin esta vez olvidó, pese a lo oportuno de la ocasión, repetir con la firmeza y resolución que le eran inherentes su frase favorita, que en una de esas, a lo mejor, de algún modo, seguro y sin falta, todo aquello se arreglaría. «Por lo demás, todo esto no tiene aún importancia», añadió nuestro fuerte héroe sin perder el ánimo, enjugando de su rostro las gotas de agua fría que chorreaban en todas direcciones desde el ala redonda de su sombrero, tan calado que ya no podía contener el agua. Tras añadir que todo ello no tenía aún importancia, nuestro héroe trató de sentarse en un tocón bastante grueso cerca de un montón de leña en el patio de Olsufi Ivánovich. Por supuesto, en serenatas españolas y escaleras de seda no cabía ya siquiera pensar; pero en un rinconcito apartado que fuera, si no cálido, al menos acogedor y oculto, sí cabía pensar. Lo seducía fuertemente, dicho sea de paso, el mismo rinconcito en el zaguán del departamento de Olsufi Ivánovich, donde ya anteriormente, casi al comienzo de esta verídica historia, nuestro héroe había pasado sus dos horas entre un armario y unos biombos viejos, entre toda suerte de trastos, cachivaches y cacharros. Sucede que ahora también el señor Goliadkin estaba de pie y llevaba ya dos horas enteras esperando en el patio de Olsufi Ivánovich. Pero en cuanto al rinconcito apartado y acogedor de marras había ahora algunos inconvenientes que antes no se habían presentado. El primer inconveniente era que, probablemente, ese lugar estaba ahora marcado y respecto a él se habían tomado algunas medidas preventivas desde aquella historia en el último baile de Olsufi Ivánovich; y el segundo era que debía esperar una señal convenida de parte de Klara Olsúfevna, porque sin falta debía existir una señal convenida cualquiera. Así siempre ocurría y «por así decir, no somos los primeros ni seremos los últimos». El señor Goliadkin recordó a propósito cierta novela que ya había leído hacía mucho tiempo en la que la heroína dio una señal convenida a su Alfred en una circunstancia exactamente similar a esta, atando a la ventana una cintita rosa. Pero una cintita rosa ahora, de noche y bajo el clima petersburgués, célebre por su humedad y destemplanza, poco tenía que ver en el asunto, y, en una palabra, era del todo imposible. «No, aquí no caben escaleras de seda —pensó nuestro héroe—. Yo mejor me quedo aquí, tranquilito, apartado y escondido... yo mejor me quedo aquí, por ejemplo», y eligió un lugarcito en el patio enfrente mismo

de las ventanas, junto a un montón de leña apilada. Por supuesto, por el patio iban y venían muchas personas ajenas, postillones, cocheros; también traqueteaban las ruedas, resollaban los caballos y demás; pero igual el lugar era cómodo: lo advirtieran o no, al menos tenía la ventaja de que el asunto transcurría en cierto modo a la sombra, y al señor Goliadkin nadie lo veía, mientras que él podía ver decididamente todo. Las ventanas estaban vivamente iluminadas; se celebraba una reunión de gala en casa de Olsufi Ivánovich. Los músicos, sin embargo, aún no se oían. «Quiere decir que no es un baile, sino que se han reunido por otro motivo —pensó con cierta angustia nuestro héroe—. Pero ¿era hoy? —cruzó por su cabeza—. ¿No me habré equivocado de fecha? Puede ser, todo puede ser... Así es, todo puede ser... También puede ser que la carta haya sido escrita ayer y no me haya llegado, y que no me haya llegado porque Petrushka se entrometió en el asunto, ¡canalla que es! O quizás fue escrita mañana, es decir, que yo... que había que hacer todo mañana, es decir esperar con el coche...». Ahí nuestro héroe quedó definitivamente aterido de frío y hurgó en su bolsillo en busca de la carta para cerciorarse. «Pero ¿cómo es esto? —susurró medio muerto el señor Goliadkin—. Pero ¿dónde la dejé? ¿La habré perdido? ¡Lo único que faltaba! —dijo al fin en un gemido, como conclusión—. ¿Y si ahora cae en malas manos? ¡Si no es que ya cayó! ¡Dios! ¡Qué consecuencias tendrá esto! Lo que pasará si... ¡Ay, qué destino aborrecible el mío!». Ahí el señor Goliadkin empezó a temblar como una hoja ante la idea de que, acaso, su indecente gemelo, al arrojarle el capote por la cabeza, tuviera precisamente el objetivo de hurtar la carta, de la cual se enteró, de algún modo, por los enemigos del señor Goliadkin. «Además, la intercepta como prueba... —pensó nuestro héroe—. ¡Y vaya prueba!...». Tras el primer acceso y pasmo de terror, la sangre afluyó a la cabeza del señor Goliadkin. Lanzando un gemido y rechinando los dientes se tomó la ardiente cabeza, se dejó caer en el tocón y se puso a pensar en algo... Pero las ideas no lograban hilvanarse en su mente. Fulguraron algunos rostros, acudieron, ora confusa, ora nítidamente, algunos sucesos largo tiempo olvidados, vinieron a su recuerdo motivos de estúpidas canciones... ¡Su angustia, su angustia excedía todo límite! «¡Dios mío! ¡Dios mío! —pensó cuando se recobró un poco nuestro héroe, reprimiendo un hondo sollozo en el pecho—. ¡Dame fortaleza de espíritu en la insondable profundidad de mi desgracia! Que estoy perdido, acabado por completo, no cabe ya ninguna duda, y eso está en el orden de las cosas, pues no puede ser de otra manera. En primer lugar, he perdido mi puesto, sin falta lo he perdido, es imposible que no lo haya perdido... A ver, supongamos que las cosas se arreglen de alguna manera. Supongamos que mi dinerito me alcance para un primer momento; allá habrá que conseguir otro departamentito, harán falta algunos mueblecitos... Petrushka, en primer lugar, ya no estará conmigo. Puedo arreglármelas sin ese canalla... me ayudarán los otros inquilinos. ¡Bueno, está bien! Entraré y saldré cuando me dé la gana, y Petrushka no rezongará con que regreso tarde... eso es; por eso son buenos los inquilinos... Bueno, supongamos que todo va bien; solo que ¿por qué me pongo a hablar de cualquier cosa menos de la que debo

hablar?». Entonces la idea de su situación actual volvió a iluminar la memoria del señor Goliadkin. Miró en torno suyo. «¡Ay, Dios mío, Dios mío! ¡Dios mío! ¿De qué estoy hablando ahora?», pensó, desconcertado por completo y tomándose la ardiente cabeza...

—¿Piensa irse pronto, señor? —dijo una voz por encima del señor Goliadkin. El señor Goliadkin se estremeció, pero ante él estaba su cochero, también calado y aterido hasta los huesos, que debido a la impaciencia y al aburrimiento tuvo la idea de ir a ver lo que hacía el señor Goliadkin tras la leña.

—Yo, amigo, estoy bien... yo, amigo, pronto, muy pronto, tú espera...

El cochero se alejó murmurando entre dientes. «¿Por qué murmura? —pensó entre lágrimas el señor Goliadkin—. Si lo contraté por toda la noche, si yo... estoy en mi derecho ahora... ¡eso es! Lo contraté por toda la noche y asunto cerrado. Aunque pases la noche ahí parado es lo mismo. Hago lo que quiero. Si quiero, viajo, y si no quiero, no viajo. Y que esté aquí parado detrás de la leña no significa nada... y no te atrevas a abrir la boca; si el señor quiere estar detrás de la leña, pues que esté detrás de la leña... no mancilla el honor de nadie... ¡eso es! Así es, señora mía, si eso es lo que quiere saber. Y en una cabaña, señora mía, es decir, así y asá, en nuestros tiempos nadie vive. ¡Eso es! Y sin buenas costumbres en nuestros tiempos industriales, señora mía, no se llega a ninguna parte, de lo que usted misma sirve ahora de nefasto ejemplo... Dirá usted que un jefe de despacho puede trabajar y vivir en una cabaña a orillas del mar. En primer lugar, señora mía, a orillas del mar no hay jefes de despacho, y en segundo lugar, el puesto de jefe de despacho no es algo que usted y yo podamos alcanzar. Porque, supongamos, por ejemplo, que presento una solicitud, que aparezco y digo así y asá, que quiero trabajar como jefe de despacho, que este... protéjame del enemigo... entonces le dirán, señora, que este... jefes de despacho hay muchos, y que no está usted en casa de la emigrante Falbalá, donde aprendió buenas costumbres, de lo que usted misma sirve de nefasto ejemplo. Buena costumbre, señora, es quedarse en casa, respetar al padre y no pensar en noviecitos antes de tiempo. Los noviecitos, señora, ya aparecerán a su tiempo... ¡eso es! Por supuesto, nadie discute que se necesitan diversos talentos, por ejemplo, tocar un poco el piano en ciertas ocasiones, hablar francés, saber algo de historia, geografía, religión y aritmética... ¡eso es!... pero no hace falta más. Y también cocina. ¡Sin duda la cocina debe formar parte del ámbito de conocimientos de toda doncella morigerada! En cambio, ¿qué tenemos aquí? En primer lugar, hermosa mía, muy señora mía, no la dejarán fugarse; la perseguirán, la atraparán y la mandarán al monasterio. ¿Entonces qué, señora mía? ¿Entonces qué me ordenará hacer? ¿Me ordenará, señora mía, siguiendo el ejemplo de algunas estúpidas novelas, hacerme al monte más cercano y derretirme en lágrimas contemplando los fríos muros de su prisión para finalmente morir, según la costumbre de algunos horribles poetas y novelistas alemanes, señora? Pero, en primer lugar, permítame decirle como amigo que las cosas no se hacen así, y, en segundo lugar, que le daría unos buenos azotes a usted por leer libritos franceses y

a sus padres por habérselo permitido; porque los libritos franceses no enseñan nada bueno. ¡Son veneno... un veneno putrefacto, señora mía! ¿O usted cree, permítame que le pregunte, o usted cree que, por así decir, huiremos así y asá, impunemente, y que... hay una cabaña esperándola a orillas del mar? ¿Y que comenzaremos a arrullarnos y a hablar sobre diversos sentimientos, y que así pasaremos toda la vida, felices y contentos? ¿Y que luego, cuando aparezca el polluelo, nosotros este... diremos que así y asá, padre nuestro y consejero de Estado, Olsufi Ivánovich, nos apareció un polluelo, así que aproveche tan favorable ocasión para quitar la maldición que pesa sobre nosotros y bendiga nuestro matrimonio? No, señora, otra vez se lo digo, las cosas no se hacen así, y sepa ante todo que no habrá arrullos de ningún tipo, no se haga ilusiones. Hoy el marido, señora mía, es amo y señor, y una esposa buena y bien educada debe darle todos los gustos. Hoy, en nuestros tiempos industriales, las ternezas no son amadas, señora; ya pasaron los tiempos de Jean-Jacques Rousseau. Hoy, por ejemplo, el marido llega con hambre del trabajo y dice: ‘Encanto, ¿hay algo para picar, vodkita para beber, algún arenquito para comer?’. Y usted, señora, tendrá que tener el vodkita y el arenquito preparados al instante. El marido comerá con apetito, a usted ni siquiera la mirará y le dirá: ‘Ve a la cocina, gatito, y vigila la comida’, y a lo sumo le dará un besito una vez por semana, y encima con indiferencia... ¡Así es como hacemos hoy, señora mía! ¡Encima con indiferencia!... Así es como será si se lo piensa bien, si llegados a este punto miramos la cuestión desde ese ángulo... ¿Y yo qué tengo que ver? ¿Por qué me metió en sus caprichos, señora? ‘Noble hombre que sufre por mí y siempre caro a mi corazón, etc.’. Pero, en primer lugar, yo, señora mía, no le convengo, usted misma lo sabe; no soy un maestro en cumplidos, no me gusta decir bagatelas perfumadas a las damas, los falderos no son de mi estima, y mi aspecto, debo reconocerlo, no es el mejor. No encontrará en mí falsa jactancia y pudor, se lo confieso ahora con toda sinceridad. Pues así es, solo poseo un carácter recto y abierto, y sentido común; no me ando con intrigas. No soy un intrigante, y me enorgullezco de ello... ¡eso es!... Voy sin máscara entre la buena gente, y para decirle todo...».

De pronto el señor Goliadkin se estremeció. La barba pelirroja y empapada de su cochero volvió a asomarse tras la leña...

—Ya voy, amigo; yo, amigo, ¿sabes?, enseguida voy; yo, amigo, enseguida —respondió el señor Goliadkin con voz débil y trémula.

El cochero se rascó la nuca, luego se alisó la barba, luego dio un paso adelante... se detuvo y miró con recelo al señor Goliadkin.

—Ya voy, amigo; ya ves..., amigo..., todavía un poquito, ya ves, amigo, un segundito más... ya ves, amigo...

—¿No piensa ir a ninguna parte? —dijo al fin el cochero, acercándose al señor Goliadkin con aire firme y resuelto...

—No, amigo, ya voy. Yo, ya ves, amigo, estoy esperando...

—Sí...



—Yo, ya ves, amigo..., ¿de qué aldea eres, amigo?

—Soy siervo...

—¿De buenos amos?...

—Puede ser...

—Sí, amigo; tú espera aquí, amigo. Ya ves, amigo, ¿hace mucho que estás en Petersburgo?

—Pues ya hace un año...

—¿Y te va bien, amigo?

—Puede ser.

—Sí, amigo, sí. Da gracias a la providencia, amigo. Tú, amigo, búscate a un buen hombre. Hoy las buenas personas escasean, querido; uno que te mantenga limpio, te dé de comer y de beber, querido, un buen hombre... A veces ves que los ricos también derraman lágrimas, amigo..., ves algún ejemplo lamentable; así es, querido...

El cochero pareció sentir lástima del señor Goliadkin.

—Como quiera, señor, esperaré. ¿Piensa esperar mucho tiempo?

—No, amigo, no; yo, ¿sabes?, este... pues no voy a esperar más, querido. ¿Qué crees, amigo? Confío en ti. No voy a esperar más aquí...

—¿No piensa ir a ninguna parte?

—No, amigo; no, te lo agradeceré, querido..., eso es. ¿Cuánto te debo, querido?

—Pues lo que hemos convenido, señor. He esperado mucho señor; no ofenda usted a este hombre, señor.

—Bueno, aquí tienes, querido, aquí tienes —el señor Goliadkin le dio seis rublos al cochero y, decidido a no perder más tiempo, es decir, irse sano y salvo, más aún por cuanto el asunto estaba definitivamente resuelto y el cochero había sido despachado, por lo que no tenía ya nada que esperar, abandonó el patio, salió a la calle, giró a la izquierda y sin mirar atrás, jadeante y alegre, se echó a correr. «Quizás todo se arregle —pensó—, y de este modo he evitado una desgracia». En efecto, de pronto el alma del señor Goliadkin experimentó un alivio inusual. «¡Ah, si todo se arreglara! —pensó nuestro héroe, aunque apenas dando crédito a sus palabras—. Entonces yo este... —pensó—. No, yo mejor lo encaro así, por el otro lado... ¿O mejor hacer así?...». De esta guisa, vacilando y buscando la clave para resolver sus dudas, nuestro héroe llegó al puente Semiónovski, y una vez allí decidió juiciosa y definitivamente dar la vuelta. «Será mejor —pensó—. Será mejor que lo encare por el otro lado, es decir, de esta manera. Haré así: seré un observador ajeno y asunto cerrado; diré que soy un observador, una persona ajena... y listo, y pase lo que pase no seré yo el culpable. ¡Eso es! Así es como será ahora».

Una vez que tomó la decisión de regresar, nuestro héroe en efecto regresó, más aún por cuanto, de acuerdo con su feliz idea, era ahora una persona completamente ajena. «Así será mejor: no respondes por nada y verás lo que corresponde... ¡eso es!». Es decir, el cálculo era bien preciso y asunto cerrado. Más calmado, volvió a

deslizarse bajo el pacífico amparo de su tranquilizador y protector montón de leña y se puso a mirar atentamente las ventanas. Esa vez no tuvo que mirar y esperar largo tiempo. De pronto, en todas las ventanas a la vez, se dejó ver una agitación extraña, fulguraron figuras, se corrieron cortinas, grupos enteros de personas se apiñaban en las ventanas de Olsufi Ivánovich, todos buscaban con sus miradas algo en el patio. Parapetado tras su montón de leña, nuestro héroe, a su vez, también se puso a seguir con curiosidad esa agitación general y a estirar con interés su cabeza a diestra y siniestra, al menos cuanto se lo permitía la escasa sombra del montón de leña que lo ocultaba. De pronto quedó pasmado, se estremeció y, del horror, a punto estuvo de dejarse caer. Le pareció —en una palabra, adivinó por entero— que lo que buscaban no era algo o a alguien, sino que lo buscaban sencillamente a él, al señor Goliadkin. Todos miraban y señalaban en su dirección. Huir era imposible: lo verían... Pasmado, el señor Goliadkin se apretó lo más posible contra la leña, y solo entonces reparó en que la pérfida sombra lo había traicionado, que no lo cubría por completo. Nuestro héroe en ese momento habría aceptado con el mayor placer escabullirse en alguna ratonera abierta en medio de la leña y quedarse allí tranquilito, si ello fuera posible. Pero era absolutamente imposible. En su agonía, decidió al fin mirar resuelta y directamente todas las ventanas a la vez; ello sería lo mejor... Fue ahí que se consumió de vergüenza. Todos lo habían visto, todos al mismo tiempo, todos le hacían señas con las manos, todos le sacudían la cabeza, todos lo llamaban; crujieron y se abrieron varios postigos; algunas voces empezaron a gritarle algo al mismo tiempo... «Me sorprende cómo no azotan a esas muchachas desde la infancia», murmuró para sus adentros nuestro héroe, totalmente desconcertado. De pronto del soportal salió corriendo *él* (ya se sabe quién), sólo con el uniforme puesto, sin sombrero, sofocado, haciendo gracias, dando pasitos y brincando, expresando pérfidamente la más terrible alegría de ver por fin al señor Goliadkin.

—Iákov Petróvich —gorjeó el hombre conocido por su futilidad—, Iákov Petróvich, ¿está usted aquí? Se va a resfriar. Aquí hace frío, Iákov Petróvich. Sírvase entrar.

—¡Iákov Petróvich! No, estoy bien, Iákov Petróvich —murmuró con voz sumisa nuestro héroe.

—No, no se puede, Iákov Petróvich. Preguntan por usted, preguntan humildemente por usted, lo están esperando. «Háganos el favor de traer aquí a Iákov Petróvich», dicen. Eso es.

—No, Iákov Petróvich. Yo, vea, haría mejor en... Haría mejor en regresar a casa, Iákov Petróvich... —dijo nuestro héroe, ardiendo a fuego lento y estupefacto de vergüenza y terror, todo al mismo tiempo.

—¡No, no, no, no, no! —gorjeó el repugnante hombre—. ¡No, no, no! ¡Por nada del mundo! ¡Vamos! —dijo con resolución, y arrastró hacia el soportal al señor Goliadkin mayor. El señor Goliadkin mayor no quería ir en absoluto, pero dado que todos lo miraban y hubiera sido estúpido resistirse y porfiar, nuestro héroe se puso en

marcha, si bien no se puede decir que marchara, ya que no tenía la menor idea de lo que le sucedía. ¡Después de todo, no importaba!

Antes de que nuestro héroe tuviera tiempo de arreglarse y recobrase un poco se encontró en una sala. Estaba pálido, desgredado, destrozado; con los ojos turbios echó una mirada a toda la multitud... ¡horror! Las salas, todas las habitaciones, todo, todo estaba abarrotado a más no poder. Había un sinfín de personas, toda una miriada de damas; todo eso se estrechaba en torno al señor Goliadkin, todo eso tendía hacia el señor Goliadkin, todo eso llevaba sobre los hombros al señor Goliadkin, que notaba claramente que lo conducían en cierta dirección. «Pero no es hacia la puerta», surcó la cabeza del señor Goliadkin. En efecto, lo conducían no hacia la puerta, sino directamente hacia el confortable sillón de Olsufi Ivánovich. A un lado del sillón estaba Klara Olsúfevna, pálida, lánguida, triste, pero pomposamente engalanada. Saltaron especialmente a los ojos del señor Goliadkin unas pequeñas florcitas blancas sobre sus cabellos negros, lo que producía un efecto magnífico. Al otro lado del sillón se hallaba Vladímir Semiónovich, de frac negro, con su nueva condecoración en el ojal<sup>[300]</sup>. Al señor Goliadkin lo llevaban del brazo, y, como ha sido dicho, directamente hacia Olsufi Ivánovich: a un lado iba el señor Goliadkin menor, que había adoptado un aire en extremo decoroso y bienintencionado, lo que alegró indeciblemente a nuestro héroe; al otro lado iba Andréi Filíppovich con el gesto más solemne dibujado en el rostro. «¿Qué será esto?», pensó el señor Goliadkin. Pero, cuando vio que lo llevaban hacia Olsufi Ivánovich, fue como si lo fulminara un rayo. El pensamiento de la carta interceptada refulgió en su mente... Con una agonía infinita, nuestro héroe compareció ante el sillón de Olsufi Ivánovich. «¿Qué haré ahora? —pensó—. Desde luego, actuar con atrevimiento, es decir, con una franqueza no privada de hidalguía; decir así y asá y etc.». Pero lo que nuestro héroe al parecer temía no sucedió. Olsufi Ivánovich acogió, por lo visto, muy bien al señor Goliadkin, y aunque no le tendió su mano, al menos, al mirarlo, meneó su canosa cabeza que tanto respeto inspiraba, la meneó con aire solemne y afligido, pero al mismo tiempo benévolo. Así por lo menos le pareció al señor Goliadkin. Le pareció incluso que una lágrima brillaba en los turbios ojos de Olsufi Ivánovich; levantó la vista y vio que en las pestañas de Klara Olsúfevna también parecía brillar una lagrimita; que en los ojos de Vladímir Semiónovich parecía suceder otro tanto; que, por último, la imperturbable y tranquila dignidad de Andréi Filíppovich también participaba del lagrimeo general; que, por último, el muchacho que una vez le había resultado tan similar a un importante consejero también sollozaba con amargura, aprovechando el momento... Aunque quizás todo ello solo le pareciera al señor Goliadkin, porque él mismo se había echado a llorar y sentía claramente cómo sus ardientes lágrimas corrían por sus frías mejillas... Con una voz plena de sollozos, reconciliado con la gente y el destino, lleno de amor en ese instante no solo por Olsufi Ivánovich, no solo por todos los invitados tomados en conjunto, sino incluso por su maléfico gemelo, que ahora, por lo visto, no era en absoluto maléfico y ni siquiera gemelo del señor

Goliadkin, sino un hombre completamente ajeno y muy amable, nuestro héroe quiso dirigirse a Olsufi Ivánovich en una conmovedora efusión de alma; pero la abundancia de todo lo que había en él acumulado le impidió explicar nada, y solo se limitó, en un gesto muy elocuente, a señalarse el corazón en silencio... Finalmente, Andréi Filíppovich, quizás deseando compadecerse de la sensibilidad del canoso anciano, llevó al señor Goliadkin un poco a un costado y lo dejó, por cierto, en una posición de aparente independencia. Sonriendo, murmurando algo entre dientes, algo perplejo, pero en todo caso reconciliado casi por completo con la gente y el destino, nuestro héroe comenzó a caminar al azar a través de la densa masa de invitados. Todos le daban paso, todos lo miraban con extraña curiosidad y con un interés inexplicable y enigmático. Nuestro héroe pasó a otra habitación: la misma atención en todas partes; percibía vagamente que toda la multitud se apretujaba a sus espaldas, cómo reparaban en cada uno de sus pasos, cómo todos conversaban en silencio de algo muy interesante, meneaban las cabezas, hablaban, deliberaban, discutían y susurraban. El señor Goliadkin bien hubiera querido saber sobre qué deliberaban, discutían y susurraban todos. Nuestro héroe se dio vuelta y vio a su lado al señor Goliadkin menor. Sintiendo la necesidad de tomarlo de la mano y llevarlo hacia un costado, el señor Goliadkin le pidió encarecidamente al otro Iákov Petróvich que lo ayudara en todas sus futuras iniciativas y no lo abandonara en los momentos críticos. El señor Goliadkin menor asintió gravemente con la cabeza y estrechó con fuerza la mano del señor Goliadkin mayor. El corazón de nuestro héroe empezó a palpar de la emoción. Pero al mismo tiempo se ahogaba, sentía una opresión cada vez mayor, sentía que todos esos ojos dirigidos a él lo abrumaban y agobiaban... El señor Goliadkin vio a la pasada a aquel consejero que llevaba peluca. El consejero lo observaba con una mirada severa, inquisitiva, para nada enternecida por la simpatía general... Nuestro héroe quiso ir derecho hacia él para sonreírle y explicarse en el acto con él, pero el asunto no prosperó. Por un instante el señor Goliadkin se olvidó de todo, perdió la memoria y los sentidos... Cuando se recobró, advirtió que daba vueltas dentro de un amplio círculo de invitados que lo rodeaban. De pronto, desde otra habitación gritaron el nombre del señor Goliadkin; el grito se extendió enseguida por toda la multitud. Todos se conmocionaron, todos levantaron bullicio, todos se precipitaron hacia la puerta de la primera sala; nuestro héroe fue casi llevado en alzas por el gentío, y el despiadado consejero de la peluca quedó codo a codo con él. Finalmente, tomó al señor Goliadkin de la mano y lo sentó a su lado, frente al sillón de Olsufi Ivánovich, aunque a una distancia bastante considerable. Todos los presentes se sentaron formando diferentes filas en torno al señor Goliadkin y Olsufi Ivánovich. Todos se callaron y calmaron, todos observaban un silencio solemne, todos miraban a Olsufi Ivánovich, aguardando evidentemente algo no del todo corriente. El señor Goliadkin advirtió que junto al sillón de Olsufi Ivánovich, y directamente enfrente del consejero, se habían instalado el otro señor Goliadkin y Andréi Filíppovich. El silencio se prolongaba; en verdad algo aguardaban. «Punto por punto como en una

familia cuando alguien va a emprender un largo camino; solo falta que nos levantemos y elevemos una oración», pensó nuestro héroe. De pronto se produjo una conmoción extraordinaria que interrumpió todas las reflexiones del señor Goliadkin. Sucedió lo que habían esperado largo tiempo. «¡Ahí viene, ahí viene!», resonó entre la multitud. «¿Quién será el que viene?», resonó en la cabeza del señor Goliadkin, y se estremeció ante una sensación extraña. «¡Ya es hora!», dijo el consejero, mirando atentamente a Andréi Filíppovich. Este, por su parte, miró a Olsufi Ivánovich, quien asintió grave y solemnemente con la cabeza. «De pie», dijo el consejero, levantando al señor Goliadkin. Todos se pusieron de pie. Entonces el consejero tomó de la mano al señor Goliadkin mayor, Andréi Filíppovich hizo lo propio con el señor Goliadkin menor y ambos juntaron a los dos seres perfectamente iguales en medio de aquella multitud llena de expectación. Nuestro héroe miró perplejo en torno suyo, pero enseguida lo detuvieron y le señalaron al señor Goliadkin menor, que le tendió la mano. «Quieren reconciliarnos», pensó nuestro héroe, y, enternecido, tendió la mano al señor Goliadkin menor; después... después le tendió el rostro. Lo mismo hizo el otro señor Goliadkin... Ahí al señor Goliadkin mayor le pareció que su pérfido amigo se sonreía, que hacía un guiño fugaz y picaresco a la multitud que los rodeaba, que había algo siniestro en el rostro del indecente señor Goliadkin menor, que incluso hacía una mueca en el momento de darle su beso de Judas... La cabeza comenzó a zumbarle al señor Goliadkin y los ojos se le nublaron; le pareció que un sinfín, una fila interminable de Goliadkins perfectamente iguales irrumpían con estrépito por todas las puertas de la habitación; pero ya era demasiado tarde... Un beso estridente y traidor resonó, y...

Entonces sucedió algo completamente inesperado... La puerta de la sala se abrió con estrépito y en el umbral apareció un hombre cuya sola visión dejó helado al señor Goliadkin. Sus pies quedaron clavados al suelo. Un grito se ahogó en su oprimido pecho. Por lo demás, el señor Goliadkin sabía todo de antemano y ya hacía mucho que presentía algo así. El desconocido se acercó con aire grave y solemne al señor Goliadkin... El señor Goliadkin conocía muy bien esa figura. La había visto, la había visto con frecuencia, la había visto ese mismo día... El desconocido era un hombre alto, robusto, llevaba un frac negro y una importante condecoración en el cuello, y estaba dotado de unas cejas y patillas negras bastante espesas; solo le faltaba el cigarro en la boca para completar el parecido... Sin embargo, la mirada del desconocido, como ya ha sido dicho, dejó helado de espanto al señor Goliadkin. Con gesto grave y solemne, el terrible hombre se acercó al lamentable héroe de nuestro relato... Nuestro héroe le tendió la mano; el desconocido se la tomó y lo arrastró tras sí... Nuestro héroe miró en torno suyo desconcertado, aniquilado...

—¡Es... es Krestión Ivánovich Rutenspitz, doctor en medicina y cirugía, viejo conocido suyo, Iákov Petróvich! —gorjeó una voz repugnante al oído mismo del señor Goliadkin. Este se dio vuelta y vio a ese hombre detestable por las abyectas cualidades de su alma, el gemelo del señor Goliadkin. Una alegría indecente y

siniestra resplandecía en su rostro; con frenesí se frotaba las manos, con frenesí volvía la cabeza a su alrededor, con frenesí daba pasitos alrededor de todos y de cada uno; parecía dispuesto a ponerse a bailar allí mismo del entusiasmo; finalmente, dio un brinco hacia delante, le arrebató una velita a uno de los criados y se puso a la cabeza, iluminando el camino al señor Goliadkin y a Krestión Ivánovich. El señor Goliadkin sentía claramente que todos los presentes en la sala se precipitaban tras él, que todos se apiñaban, se apretujaban, y que todos juntos, al unísono, empezaban a repetir a sus espaldas: «No es nada, no tema, Iákov Petróvich, se trata de su viejo amigo y conocido Krestión Ivánovich Rutenspitz...». Finalmente salieron a la escalera principal, vivamente iluminada; en la escalera también había un sinfín de personas; las puertas del soportal se abrieron con estrépito y el señor Goliadkin se encontró en la escalinata junto con Krestión Ivánovich. Al pie había un coche tirado por cuatro caballos que resollaban de impaciencia<sup>[301]</sup>. Embargado de una alegría maliciosa, el señor Goliadkin menor bajó de tres saltos la escalera y abrió la portezuela del coche. Krestión Ivánovich, con gesto persuasivo, le pidió al señor Goliadkin que se sentara. Por lo demás, el gesto persuasivo no era en absoluto necesario, ya que había bastante gente para hacerlo subir... Pasmado de espanto, el señor Goliadkin miró a sus espaldas: toda la radiante escalera estaba abarrotada de personas; ojos curiosos lo miraban desde todas partes; el propio Olsufi Ivánovich presidía la ceremonia desde el descanso superior de la escalera, sentado en su confortable sillón, mirando con atención y gran interés todos los acontecimientos. Todos aguardaban. Un rumor de impaciencia recorrió la multitud cuando el señor Goliadkin miró hacia atrás.

—Espero que no haya aquí nada... nada censurable... o que pueda despertar el rigor... y la atención de todos... respecto a mis relaciones oficiales... —dijo desconcertado nuestro héroe.

El rumor y el bullicio se levantaron por todas partes; todos meneaban negativamente la cabeza. Las lágrimas afloraron a los ojos del señor Goliadkin.

—En ese caso, estoy dispuesto... me entrego por completo... confío mi destino a Krestión Ivánovich...

Apenas hubo dicho el señor Goliadkin que confiaba su destino a Krestión Ivánovich cuando un grito terrible, ensordecedor y alegre se arrancó de todos los que lo rodeaban y se extendió como un eco siniestro por toda aquella multitud expectante. Entonces Krestión Ivánovich, por un lado, y Andréi Filíppovich, por el otro, tomaron de los brazos al señor Goliadkin y lo empezaron a subir al coche; el doble, fiel a su vil costumbre, ayudaba por detrás. El desdichado señor Goliadkin mayor lanzó una última mirada a todos y a todo y, temblando como un gatito al que le han arrojado agua fría —si se permite la comparación—, entró en el coche; tras él se sentó enseguida Krestión Ivánovich. La portezuela se cerró bruscamente; se oyó el chasquido del látigo, los caballos tiraron del coche... y todos se precipitaron tras el señor Goliadkin. Los gritos penetrantes y desaforados de sus enemigos lo perseguían

a modo de despedida. Durante un tiempo siguieron fulgurando algunos rostros en torno al coche que llevaba al señor Goliadkin; pero poco a poco fueron quedando rezagados hasta que, por último, desaparecieron por completo. El último en desaparecer fue el indecente gemelo del señor Goliadkin. Con las manos metidas en los bolsillos del pantalón verde de su uniforme, corría con aspecto satisfecho, brincando ora por un lado, ora por el otro del carruaje; a veces, aferrándose al marco de la ventanilla y suspendido de ella, asomaba su cabeza y, en señal de despedida, enviaba besitos al señor Goliadkin; pero él también empezó a fatigarse y fue apareciendo cada vez más raramente, hasta que por último desapareció del todo. Un sordo pesar embargó el corazón del señor Goliadkin; la sangre bullía en su cabeza; se ahogaba, quería desabrocharse, descubrir su pecho, rociarlo de nieve y agua fría. Finalmente, perdió el conocimiento... Cuando volvió en sí vio que los caballos lo llevaban por un camino desconocido. A izquierda y derecha se divisaba el negro contorno de los bosques; reinaban el silencio y la desolación. De pronto quedó pasmado: dos ojos de fuego lo miraban en la oscuridad, y esos dos ojos brillaban con una alegría siniestra, infernal. ¡Este no es Krestión Ivánovich! ¿Quién es? ¿O es él? ¡Es él! ¡Es Krestión Ivánovich, pero no el anterior, este es otro Krestión Ivánovich! ¡Este es un Krestión Ivánovich terrible!...

—Krestión Ivánovich, yo... yo creo que estoy bien, Krestión Ivánovich —comenzó nuestro héroe, tímido y tembloroso, deseando como fuese, con sumisión y humildad, enternecer al terrible Krestión Ivánovich.

—Ustet segá alojado en un depagtamento del Eshtado, con leña, *licht*<sup>[302]</sup> y criados, cosa que ustet no se merece —sonó severa y terrible como una sentencia la respuesta de Krestión Ivánovich.

Nuestro héroe lanzó un grito y se tomó la cabeza. ¡Ay, ya hacía tiempo que lo presentía!

## CAPÍTULO X – 1846

*Opinión del señor Goliadkin acerca de qué es jugar con carta ganadora y sin ella. Un hombre perverso ocupa el puesto del señor Goliadkin en la vida práctica. De cómo consideran todo este asunto diversos cocheros y Petrushka, que comparte la opinión de estos. El señor Goliadkin se despierta, escribe una carta y mancilla un poco la reputación de Grishka Otrépiev. El señor Goliadkin comienza a intrigar. Amanuenses. De cómo el señor Goliadkin acabó con sus intrigas y a qué se resolvió finalmente.*

En general puede decirse que los acontecimientos de la víspera habían conmocionado al señor Goliadkin hasta el fondo de su ser; lo más terrible de todo era la última palabra de sus enemigos. Por supuesto, esta última palabra aún no había sido dicha... Todo ello se hallaba envuelto en una tiniebla misteriosa y amenazante, pero era precisamente esa circunstancia —que todo se hallaba en tinieblas y era misterioso— la que carcomía al señor Goliadkin. «Si jugaran con franqueza —pensó el señor Goliadkin a través del sueño, en un momento de vigilia—, no les permitiría llevarse así el triunfo; entonces les mostraría lo que es jugar sin carta ganadora». Lo que más atormentaba al señor Goliadkin era la carta de Vajraméiev. ¿Qué significaban todas esas alusiones? ¿Qué quería decir ese tono brusco y conminador hasta la extrañeza? Por supuesto, el señor Goliadkin ya había presentido todo aquello... es decir, en realidad no, pero todo extrañamente se había dado y producido de tal modo que fue a parar en aquello y no en otra cosa; por lo tanto, el señor Goliadkin había presentido ello también. Nuestro héroe no pasó muy bien la noche, es decir, no pudo conciliar el sueño ni siquiera por cinco minutos; era como si un bromista le hubiera echado cerdas en la cama. Toda la noche la pasó como a medio camino entre el sueño y la vigilia, dando vueltas de un lado para otro, gimiendo y quejándose, durmiéndose por un momento y al momento otra vez despertándose, y todo ello acompañado de una extraña angustia, de recuerdos vagos, de visiones imprecisas, en una palabra, de todo lo desagradable que pueda imaginarse... Ora aparecía ante él, en una penumbra extraña y misteriosa, la figura de Andréi Filíppovich, una figura seca, una figura irritada, con mirada seca y cruel y un gesto de reprobación duro y cortés... Y en cuanto el señor Goliadkin quería acercarse a Andréi Filíppovich para justificarse ante él de alguna manera, así o asá, y demostrarle que él no era en absoluto como lo pintaban sus enemigos, que él era así y asá, y que poseía, además de sus cualidades normales e innatas, esto y lo otro... aparecía entonces un individuo conocido por sus maneras indecentes y, del modo más indignante, desbarataba en el acto todas las



intenciones del señor Goliadkin, y ahí mismo, casi ante sus propios ojos, mancillaba escrupulosamente su reputación, hundía en el barro su amor propio y enseguida ocupaba su puesto en el trabajo y en la sociedad. Ora le picaba la cabeza a consecuencia de algún pellizcón bien ganado poco antes y humillantemente aceptado, recibido en sociedad o en cumplimiento de sus obligaciones, y contra el cual era difícil protestar... Y mientras el señor Goliadkin empezaba a devanarse los sesos acerca de por qué exactamente era difícil protestar siquiera contra ese pellizcón, la idea misma de este adquiría inadvertidamente otra forma, la forma de una pequeña o más bien considerable infamia que había visto, oído o cometido recientemente... y cometido a menudo, aunque no por bajeza, no siguiendo un impulso vil, sino porque sí... a veces, por ejemplo, al caso... por delicadeza... otra vez por su absoluta indefensión, y por último bueno, porque... porque, en una palabra, ¡el señor Goliadkin sabía muy bien *por qué!* Ahí el señor Goliadkin se ponía rojo en su sueño y, reprimiendo su rubor, murmuraba algo acerca de que en tal ocasión, por ejemplo, podría mostrar firmeza de carácter, de que podría mostrar una firmeza considerable de carácter... para luego concluir que «¿y qué es la firmeza de carácter?... ¿por qué tengo que traerla a colación en este momento?...». Pero lo que más enfurecía e irritaba al señor Goliadkin era que ahí mismo, en ese preciso instante, lo llamaran o no, aparecía un individuo conocido por su escandalosa y pasquinesca conducta, y también, a pesar de que, al parecer, el asunto era sabido, también murmuraba con una sonrisita indecente algo así como que «¿a qué viene aquí la firmeza de carácter? ¿De qué firmeza de carácter podemos hablar tú y yo, Iákov Petróvich?...». Ora soñaba que se hallaba en la estupenda compañía de personas reconocidas por su ingenio y noble distinción; que el señor Goliadkin, a su vez, se distinguía por su amabilidad e ingenio, que todos lo querían, incluso algunos de sus enemigos que allí se encontraban, lo que le resultaba muy agradable; que todos le daban prioridad a él y que, por último, escuchaba con placer cómo el dueño de casa, llevándose aparte a uno de los invitados, llenaba de elogios al señor Goliadkin... pero de pronto, de buenas a primeras, aparecía otra vez un individuo conocido por sus malas intenciones y bestiales impulsos bajo la forma del señor Goliadkin menor, y ahí mismo, de una vez, en un abrir y cerrar de ojos, con su sola aparición, Goliadkin menor aniquilaba todo el triunfo y toda la gloria del señor Goliadkin mayor, eclipsaba con su persona a Goliadkin mayor, hundía en el barro a Goliadkin mayor, y por último mostraba a las claras que Goliadkin mayor, es decir el verdadero, no era en absoluto el verdadero, sino una falsificación, mientras que él era el verdadero; que, por último, Goliadkin mayor no era en absoluto lo que aparentaba, sino que era así y asá y, por consiguiente, no debía ni tenía derecho a pertenecer a la sociedad de gente bienintencionada y distinguida. Y todo esto sucedía con tal rapidez que el señor Goliadkin mayor no hacía a tiempo a abrir la boca que ya todos se entregaban de cuerpo y alma al repugnante y falso señor Goliadkin y con el más profundo desprecio lo rechazaban a él, el verdadero e inocente señor Goliadkin. No quedaba nadie cuya

opinión no fuera tergiversada, al instante y a su manera, por el repugnante señor Goliadkin. No quedaba nadie, ni siquiera el más insignificante de la compañía, de quien el despreciable y falso señor Goliadkin no intentara ganarse la simpatía a su modo, de la manera más empalagosa, a quien no adulara a su manera, ante quien no quemara, según su costumbre, un agradable y dulce incienso, de suerte que el individuo envuelto en su humo no hacía más que inhalar y estornudar hasta las lágrimas en señal de supremo placer. Y lo principal es que todo sucedía en un segundo: ¡la rapidez de la jugada del sospechoso y despreciable señor Goliadkin era asombrosa! Apenas hacía a tiempo, por ejemplo, a lisonjear a uno y ganarse su benevolencia que ya, en un simple parpadeo, había acometido a otro. Lisonjea y lisonjea a otro con disimulo, le arranca una sonrisa de condescendencia, da una patadita al suelo con su piecito cortito, redondito y, por cierto, bastante tosco, y ya está haciéndole la corte a un tercero, al que también lisonjea amigablemente; no llegas a abrir la boca, no haces a tiempo a asombrarte que ya está haciendo lo mismo con un cuarto... ¡Un horror, pura brujería! ¡Y todos están encantados de él, todos lo quieren, todos lo ensalzan, todos proclaman a coro que su afabilidad y sensibilidad satírica es incomparablemente mejor que la afabilidad y espíritu satírico del verdadero señor Goliadkin, y rechazan al justo señor Goliadkin, y ya echan a empujones al bienintencionado señor Goliadkin, y ya le dan pellizcos al verdadero señor Goliadkin, tan conocido por su amor al prójimo!... Angustiado, horrorizado y furioso, el atormentado señor Goliadkin salía corriendo a la calle y llamaba un coche para volar directo a casa de su Excelencia, y si no al menos a la de Andréi Filíppovich, pero... ¡horror!, los cocheros no se avenían a llevar al señor Goliadkin, diciendo cosas así como que «no, señor, no se puede llevar a dos personas exactamente iguales; su Excelencia es un buen hombre que trata de vivir con honradez y no de cualquier modo, y no suele andar por partida doble». En un arranque de vergüenza, el perfectamente honrado señor Goliadkin miraba alrededor y en efecto comprobaba por él mismo, con sus propios ojos, que los cocheros y Petrushka, confabulado con ellos, llevaban razón, puesto que el depravado señor Goliadkin se hallaba en efecto allí, junto a él, a corta distancia, y, fiel a las ruines costumbres de su genio, ahora también, en ese caso crítico, se preparaba sin falta a hacer algo muy indecoroso, algo que no denotaba en absoluto la singular nobleza de carácter que proporciona habitualmente la educación... nobleza de la que tanto se jactaba a la menor ocasión el detestable señor Goliadkin segundo. Fuera de sí, avergonzado y desesperado, el acabado pero perfectamente justo señor Goliadkin se echaba a correr adonde lo llevara el viento, adonde quisiera la suerte, a la buena de Dios; pero a cada paso, a cada golpe de pie contra el granito de la vereda, brotaba, como de debajo de la tierra, un señor Goliadkin exactamente igual, absolutamente idéntico, con su repugnante perversión de corazón. Y todos ellos, tan pronto como aparecían, se echaban a correr uno tras otro, y formando una larga cadena, como una fila de patos, se estiraban y cojeaban tras el señor Goliadkin mayor, por lo que no

había manera de huir de todos esos perfectos sosías; por lo que al señor Goliadkin, digno de la mayor compasión, se le cortaba el aliento del espanto; por lo que surgía al fin una aterradora multitud de perfectos sosías que acababa invadiendo toda la capital, de modo tal que un agente de policía, al ver semejante violación del decoro, se veía obligado a agarrar de las solapas a todos ellos y encerrarlos en una garita que casualmente se encontraba cerca de él... Helado y rígido de espanto, nuestro héroe se despertaba, y helado y rígido de espanto sentía que la vigilia apenas si le deparaba algo mejor... ¡Se sentía oprimido y atormentado!... Su angustia era tal que le parecía que alguien le arrancaba el corazón a dentelladas...

Finalmente, el señor Goliadkin no pudo soportarlo más. «¡No sucederá!», exclamó incorporándose con resolución en la cama, y tras esa exclamación despertó por completo.

El día, por lo visto, ya estaba bien avanzado. En la habitación reinaba una inusual claridad; los rayos de sol se filtraban densos a través de los vidrios cubiertos de escarcha y se esparcían generosos por la habitación, lo que sorprendió no poco al señor Goliadkin, puesto que era solo al mediodía cuando el sol se asomaba a su morada; antes casi nunca se habían producido tales excepciones en el derrotero del astro celeste, al menos hasta donde podía recordar el señor Goliadkin. Apenas tuvo tiempo nuestro héroe de sorprenderse por ello cuando el reloj de pared empezó a zumbar tras el tabique y se dispuso a dar la hora. «¡Ah, ahora!», pensó el señor Goliadkin, y con angustiada expectación se dispuso a escuchar... Pero, para total y definitivo asombro del señor Goliadkin, el reloj hizo un gran esfuerzo y sonó solo una vez. «¿Qué historia es esta?», exclamó nuestro héroe, saltando de una vez de la cama. Así como estaba, sin dar crédito a sus oídos, se arrojó al otro lado del tabique. El reloj en efecto marcaba la una. El señor Goliadkin lanzó una mirada a la cama de Petrushka, pero en la habitación no quedaba de este ni el olor; su cama, por lo visto, había sido hecha hacía rato y dejada tal como estaba; sus botas tampoco se veían por ningún lugar, signo inequívoco de que Petrushka en efecto no se encontraba en casa. El señor Goliadkin se arrojó a la puerta: estaba cerrada. Sin dar largas al asunto, el señor Goliadkin regresó aprisa a su habitación, se echó en la cama, se cubrió con la frazada y cerró fuerte los ojos...

Nuestro héroe permaneció un minuto inmóvil; después con precaución, timidez y lentitud abrió ambos ojos. ¡No! Nada había cambiado. Todo estaba igual que antes. «¡Entonces no es un sueño! —exclamó el señor Goliadkin—. ¡Entonces en efecto, de verdad, en realidad he dormido hasta el mediodía! Pero ¿dónde estará Petrushka?», continuó en un susurro, presa de una gran agitación y sintiendo un temblor bastante fuerte en todos sus miembros... De pronto un pensamiento surcó su cabeza... El señor Goliadkin se abalanzó sobre su escritorio, lo examinó, rebuscó... así era: su carta de ayer a Vajraméiev no estaba... Petrushka tampoco ahora estaba tras el tabique; el reloj marcaba la una, y en la carta de ayer de Vajraméiev había algunos puntos nuevos, puntos que, por lo demás, resultaban a primera vista bastante

confusos, pero que ahora quedaban del todo aclarados, puntos que atañían a la persona y el apellido del señor Goliadkin... Por último, Petrushka también, aunque borracho (y por tanto en su derecho, por lo que no había motivos para hacerlo responsable) le había comunicado ayer mismo que había gente que no vivía por partida doble, sino con honradez... ¡Entonces todo ello sucedió así! La alusión era clara, las artimañas de los enemigos habían sido descubiertas y el juego estaba a punto de comenzar; el juego por tanto ahora se hacía manifiesto... Ahora era claro que estaban socavando la raíz misma de su prosperidad; era claro que estaban sobornando, husmeando, embrujando, adivinando, espionando; que, por último, querían la ruina definitiva del señor Goliadkin; quizás ya habían elegido el día... quizás ya habían elegido la hora... Entonces Petrushka había sido comprado y también había ahora desertado a sus filas. ¡Entonces sucedió así! ¡Entonces este era el cariz que ahora empezaban a tomar las cosas!... Si no, ¿cómo podía explicarse la desaparición de Petrushka, su extraña conducta de ayer, la carta de Vajraméiev con sus puntos acusatorios, la sequedad y severidad con que lo habían tratado sus superiores, y por último, la desaparición de la carta y el hecho de que el señor Goliadkin había dormido hasta el mediodía?... ¿Cómo explicar todo ello si no por la presencia, si no por la malintencionada participación de una persona nueva e indecente en todas sus adversidades, si no por las artimañas ocultas y subterráneas de esa persona para causar toda suerte de daño al señor Goliadkin?... Y el señor Goliadkin sabía cómo era esa persona, sabía cómo era ese nuevo individuo que se había entrometido y sabía por qué se había entrometido. Se había entrometido porque todo comenzó en el puente Izmáilovski. «Y eso es suficiente para entender el resto —pensó el señor Goliadkin—. ¡Pero si el asunto estaba claro! ¿Cómo es posible que hasta ayer mismo no se me hubiera ocurrido una idea tan sencilla? ¿Cómo no caí en la cuenta de ello desde un primer momento? Porque así comenzó todo; y aunque no sea más que un comadreo, aunque no sea más que una invención de viejas chismosas, una invención de ciertas viejas que se han confabulado con ciertas personas para confundir a la gente, para acabar definitivamente con una persona en sentido moral, ¡todo ello sucedió exactamente así! ¡Conque ahí está el nudo del asunto! —exclamó el señor Goliadkin, dándose un golpe en la frente y abriendo cada vez más los ojos—. ¡Conque es en el nido de esa avarienta alemana donde se oculta ahora toda esa fuerza maligna! ¡Quiere decir que no hizo más que una maniobra estratégica de diversión al enviarme al puente Izmáilovski... distrajo mi atención, envenenó mi paz, me confundió (¡bruja maldita!) y así fue como me socavó el terreno! ¡Sí, así es! ¡Si miramos el asunto desde este ángulo, todo sucedió exactamente así! ¡Sin falta debió suceder así! Ahora también queda del todo aclarada la aparición de ese miserable: todo está conectado. Ya hacía tiempo que lo tenían en reserva y preparado, se lo guardaban para los días malos. Él es el fermento de toda esta indecente intriga y fue creado por ellos para ayudarlos a alcanzar su principal y malintencionado objetivo. ¡Conque así era todo! ¡Conque así resultó ser! ¡Conque esa era la clave! ¡Quiere decir

que ahora caerá la máscara, que todo quedará al descubierto! Quiere decir que el descaro, la perversión y el desenfreno no se avergüenzan ahora de su desnudez y se deciden a plena luz del día a marchar a cara descubierta y con la frente alta... ¡Pero ahí es precisamente donde se llevarán el chasco; ahí es donde morderán el polvo!... —gritó nuestro héroe, recordando, pese a su difícil situación, que la inocencia es fuerte ya por su sola inocencia—. ¡Es admirable cómo metí la pata ayer y no advertí nada! ¡Bueno, no importa! Aún no se ha perdido tiempo. ¡Gracias a Dios ha pasado muy poco tiempo, apenas si he perdido algo de él!...». Ahí el señor Goliadkin recordó con horror que era más de la una. «¿Y qué si ya han tenido tiempo...?». Un gemido escapó de su pecho... «Pero no, mienten, no han tenido tiempo... ya veremos... ahora iremos y veremos, hablaré sin rodeos... y veremos...», murmuró el señor Goliadkin sin entender demasiado lo que decía, confuso, poniéndose pálido y temblando de angustia y agitación. Por último, nuestro héroe tomó su ropa y empezó a vestirse lo más rápido posible...

Se vistió como pudo; sin perder tiempo, abrió la puerta con otra llave, bajó corriendo la escalera y ya sin detenerse a interrogar al portero sobre su criado, sabiendo que todo ello sería superfluo, que todo era una confabulación donde cada uno sacaba provecho del otro, salió rápido a la calle y se encaminó al trabajo. Sin embargo, en la esquina de la calle Italiánskaia y Shestilávochnaia nuestro héroe logró recapacitar a tiempo, cambió de decisión y resolvió regresar a casa por un momento. «No importa que llegue un poco tarde —pensó—. Después de todo, esa palabra aún sin pronunciar no puede quedar así. Primero, por más tarde o temprano que llegue al trabajo el desenlace va a ser el mismo. Todo gira en torno a ello. Aunque también puedo este... así lo haré... Puedo ir a ver a su Excelencia por la tarde, decir así y asá, que... es un caso extraordinario... que me encomiendo a él, y al mismo tiempo le expongo este... ¡Así es como sucederá todo! Y en cuanto al asunto principal, parece que más ya no habrá de empeorar; todo está bien, todo marcha viento en popa. En cualquier caso, tengo que escribirle otra vez a ese, y escribirle cuanto antes; tengo que prevenir y amedrentar a ese imbécil, precisamente amedrentarlo, sin falta amedrentarlo; decirle así y asá, muy señor mío, que usted este... ¡y amedrentarlo! Yo a usted, muy señor mío, le abro los ojos, y por lo demás deseo de todo corazón quedar con usted en términos amistosos, etc... eso es absolutamente necesario. Y a ese otro debo anunciarle resuelta y francamente que su juego es muy intrincado, decirle que es demasiado intrincado, se lo aseguro... Que si se mira el asunto de tal y cual manera, muy señor mío y miserable, dejaremos que su juego lo desenrede alguien ubicado más arriba, alguien más limpio que usted y yo... que lo pasaremos a otra instancia... que lo enviaremos más arriba, que nosotros, muy señor mío, también sabemos aprovechar las ocasiones, que cada uno, muy señor mío, protege su propia nariz, la mima y la cuida, y nosotros, muy señor mío, no nos sonamos la nuestra de cualquier modo, etc. Eso es lo que haremos. Así es. O sea, hablaremos con atrevimiento, con lenguaje franco y noble, con una resolución de acero, como se dice

en buen estilo, y con una firmeza de hierro, lo cual, como sabe todo el mundo, cualquier canalla teme, etc. O quizás también pueda hacerse así... es decir, este... es decir darle al asunto un giro diferente, es decir así y asá, y... usar as-tu-cias... es decir, no, ¿por qué andarse con astucias?... ¡la astucia es vil! Pero así, también usando un lenguaje franco, noble y del todo atrevido, o sea, este... decir así y asá... que si alguna culpa pesa sobre mí estoy dispuesto a llegar a un acuerdo, que puede que esté dispuesto, que tenga la culpa... aunque también, este... bueno, y de una manera noble, desde luego...».

Ahí el señor Goliadkin se detuvo y notó que estaba lanzando su conocida, terrible y desafiante mirada al retrato grabado del bufón Balakírev<sup>[303]</sup> que colgaba en su habitación, encima de la cama. Pero Balakírev solo se limitaba a enseñar los dientes mientras contemplaba al señor Goliadkin. Turbado, nuestro héroe miró alrededor y solo entonces advirtió que ya hacía largo tiempo que había regresado a su habitación, cosa en la que al principio no había reparado en absoluto, sumido como estaba en sus pensamientos... Escupiendo con enfado, el señor Goliadkin se sacó el capote y todo lo que era innecesario para estar en casa, se sentó a la mesa, tomó una pluma y en seguida garrapateó las siguientes dos epístolas: una a Vajraméiev y la otra al innoble señor Goliadkin menor. La carta a Vajraméiev decía así:

*Muy señor mío, Néstor Ignátievich:*

*Conservando íntegra e inmune la nobleza de alma, impoluto el corazón y limpia la conciencia (¡verdadera dicha y riqueza de todo mortal!), me veo obligado, muy señor mío, por segunda vez y sin aguardar respuesta a mi carta de ayer, a entrar en explicaciones con usted y expresar de una vez por todas mi última palabra. Me avergüenzo de mi carta de ayer, puesto que en mi inocencia y candidez —cualidades que contienen indicios ciertos de una formación auténticamente noble adquirida ante todo a través de la educación (de la que tan falsa y descaradamente se enorgullecen algunas personas hipócritas y en cualquier caso despreciables)—, en mi inocencia y candidez, repito, le he hablado a usted, muy señor mío, en mi última carta, en un lenguaje no de subterfugios ni de ocultas artimañas subterráneas, sino en uno franco, noble, inculcado en mí por la auténtica convicción en la pureza de mi conciencia y en el desprecio que albergo hacia la repugnante y en todo sentido digna de lástima hipocresía. Cambio mi lenguaje y a la vez le pido encarecidamente, muy señor mío, considerar mi carta de ayer, que me fuera furtivamente tomada por Petrush-ka, como no recibida, como del todo inexistente, o, si ello es imposible, le ruego por lo menos, muy señor mío, leerla exactamente al revés, en sentido contrario, es decir, interpretando el significado de mis palabras en un sentido deliberadamente opuesto. Porque no solo no deseo ahora entrevistarme con un individuo de sexo femenino que usted conoce, sino que me niego terminantemente, por el bien de mi propia*

seguridad personal y de mis intereses, a mantener con él incluso las más remotas y las más inocentes relaciones. De hecho, ya había rechazado a ese individuo y me había apartado de él cuando, sin pretexto alguno por mi parte para infringir las reglas del decoro, vivía en compañía de usted y de otros, personas que por siempre serán caras a mi corazón, en el departamento de dicho individuo, beneficiándome de su mesa y de su servidumbre. Del mismo modo estoy dispuesto a apartarme de él también ahora, cuando, por el contenido de la carta que usted escribió el día \*\* del presente mes, tomé conocimiento de la ilegal y —en todo caso, para un individuo de buena educación— deshonesto adquisición de una libra de azúcar en terrón a través del ladrón Petrushka, de lo que incluso me alegro, puesto que ahora tengo en mis manos un documento escrito y original sobre sus falsas virtudes. Por último, también confío en que usted, en la rectitud de su carácter verdaderamente franco, estará en un todo de acuerdo con que haber sobornado a Petrushka, haberlo atraído a su servicio y, por su parte, muy señor mío, poner a mi disposición a Evstafi, al que sus astutas palabras presentan como apto para servir a un hombre soltero y joven de buena conducta —y ello a pesar de que Evstafi es un canalla de esos que el mundo jamás ha visto—, habla a favor mío incluso más de lo que corresponde. Créame, muy señor mío (si es que aún no se ha convencido), que para todo en el mundo existen represalias, y que sobre nosotros existen también nuestros superiores. En cuanto a mis embusteras cartas dirigidas a ese individuo, como usted afirma injustamente en su carta, muy señor mío, jamás han existido, y, por lo tanto, no hay documentos de ningún tipo en mi contra. En cuanto al desgraciado sujeto conocido por sus vergonzosas inclinaciones, y que ahora desempeña el lamentable y a la vez peligroso papel de sustituto e impostor, dígame que primero 1) la impostura, y más aún el descarado y la insolencia jamás han llevado a nadie a nada bueno y moral; 2) que los Otrépiev son imposibles en nuestro tiempo; 3) que las cuartetas supuestamente escritas y compuestas por él durante su estancia en mi casa, con lágrimas de cocodrilo —y por tanto engañosas— de tierna emoción, las conservo como evidencia ante el mundo entero contra una perversión y un descarado indignantes —cualidades que llevan a la ruina—, y que, por último, 4) nunca me he llamado ni nunca he sido gemelo de nadie, que esa queja le granjeará más el ridículo y el oprobio por parte de la gente que cualquier cumplimiento de sus infames deseos, y que, por último, no le permitiré que se burle de mí. Dígales a todos, muy señor mío, que yo no soy de esa clase de personas que temen el juicio o la confrontación cuando sienten que llevan algún pecadillo en el alma y por eso se andan con lisonjas; que yo no soy de esa clase de personas siempre dispuestas a estirar la nariz para recibir un pellizcón y luego encima dar las gracias por ello; que yo, por último, no soy

*de esa clase de personas que, por ejemplo, si se hacen coser por el sastre unos pantalones a la moda, con buenas trabillas, se sienten, por su propia estupidez, todo el día felices como tontos. Para concluir le diré que considero el deber más sagrado devolverle en su totalidad el dinero que le adeudo, muy señor mío, por la compra de las hojas de afeitar, y hacerlo con el más profundo agradecimiento.*

*Por lo pronto, le envío mis respetos y quedo de usted, muy señor mío, su más humilde servidor,*

*I. Goliadkin.*

La carta al señor Goliadkin menor decía lo siguiente:

*Muy señor mío, Iákov Petróvich:*

*¡O usted o yo, pero los dos es imposible! Y por eso le declaro que su extraño, ridículo y a la vez quimérico deseo de parecer mi hermano gemelo y hacerse pasar por tal no conducirá más que a su completa derrota y deshonor. No sé, o mejor dicho, no recuerdo bien de dónde era usted oriundo, pero le advierto como buen cristiano que aquí entre nosotros, en nuestros tiempos, con la impostura no se logra nada, y que no somos ningunos brutos. Y por eso le ruego, por su propio bien, quitarse la máscara, hacerse a un lado y dejar el camino libre a las personas verdaderamente nobles y de buenas intenciones. En caso contrario estaré dispuesto a tomar las medidas más extremas; entonces la máscara caerá por sí misma y algo quedará al descubierto; lo notifico de todo esto por lástima. En cualquier caso, se lo advierto ahora por última vez. Después ya será tarde. Dejo la pluma y aguardo... Por lo demás, quedo en cualquier caso dispuesto a servirle.*

*I. Goliadkin.*

Nuestro héroe se frotó las manos con frenesí cuando terminó sus dos cartas. El señor Goliadkin estaba visiblemente agitado, como si ya hubiera aniquilado por completo a todos sus enemigos y acabado definitivamente con todas sus viles y repugnantes artimañas. Sobre todo se había exaltado al escribir las últimas líneas. Sucede que él mismo sintió por fin que se encontraba en su derecho. Con amor y esperanza miró una vez más esas líneas ardientes, aunque ya frías, luego plegó ambas cartas y las selló en dos sobres separados. «Y ahora manos a la obra —dijo al cabo el señor Goliadkin, levantándose de su diván—. Ahora a lanzar el contraataque, y lo más pronto posible. Porque todavía pueden ser advertidos, eso es muy posible. Si tan solo no llegara tarde. ¡Ay, ay, y ya son más de las dos!».

En efecto, el reloj del señor Goliadkin ya indicaba las dos y cuarto cuando este terminó su correspondencia. A pesar de que ambas cartas no eran muy extensas, dar



con el estilo debido no resultaba fácil para nuestro héroe. Sobre todo había sido necesario trabajar con ahínco al principio, en las primeras páginas. El señor Goliadkin tomó en silencio su sombrero y con bastante lentitud se empezó a poner el capote. El asunto era en verdad extraño. ¡Una broma que, por lo demás, otra vez era pesada! Aunque, desde luego, examinado así, mirado desde ese ángulo, el asunto quizás no fuera nada... bueno, sí; pero si se lo miraba por el otro lado no parecía ser así, sino que lucía muy distinto. El hecho era que ahora, después de haber escrito, admirado y sellado sus dos cartas, nuestro héroe seguía vacilante. «Ahora bien, ¿para qué he escrito estas cartas? —dijo para sus adentros, tomando su sombrero y saliendo por segunda vez del departamento—. ¿Para qué en verdad he escrito esto? Bueno, por supuesto que... pero ¿no será temprano? ¿No será mejor esperar?... así nomás... mantenerme prudentemente callado hasta que se presente la ocasión, fingir que no deseo desafiar, que no quiero salir al cruce de disgustos por mi cuenta, y por el momento hacer oídos sordos... ¡eso es! Porque, de otro modo, sería un paso decisivo, un paso atrevido, un paso incluso demasiado decisivo si empezara por decirlo todo... un paso que consigo podría acarrear... podría acarrear algo muy desagradable... Hum... ¡Ay, qué mal, qué mal! ¡Qué mal que luce nuestro asunto ahora!... ¡Hum!... Ya de por sí está muy mal que llegue imperdonablemente tarde... ¿Qué debo hacer ahora? Entrar allí me da un poco de espanto; además ya está casi oscureciendo... ¡Ay, qué mal, qué mal!... Aunque sería interesante saber cómo están las cosas allí, y cómo está ahora él... Le diré: ‘¿Cómo está ahora usted, muy señor mío? —murmuró el señor Goliadkin cuando llegó y se apeaba del coche—. ¿Qué decisión ha tomado y qué está haciendo ahora, quisiera saber?... ’ —continuó murmurando mientras le pagaba al cochero, y algo fuera de sí por la agitación—. Pero ¡qué va! No es nada después de todo —dijo al fin como conclusión—. Y sin embargo no hago más que seguir con eso... Está mal, en verdad está mal haber escrito esas dos cartas; y además las escribí con ese estilo; habría sido mucho mejor si las hubiera escrito en un tono más amistoso y ameno... A Vajraméiev, por ejemplo, así nomás, a la pasada... así y asá, querido amigo, recuerdo los agradables momentos que pasamos juntos, y sobre todo esa velada inolvidable, etc., y ahí, como quien no quiere la cosa, reprocharle solamente... que bueno, te envío, querido, dos rublos por las hojas de afeitar, gracias por habérmelo recordado, y a propósito permítame decirte como amigo, querido, que así y asá, que he leído tu carta (aquí podría gastar una bromita) y veo que tú, faldero y astuto traidor (pues eso es lo que eres), haces el papel de caballero ante una bella alemana con un leucoma en el ojo, es decir, ante un individuo de sexo femenino que ambos conocemos... Aunque no vendría mal omitir eso del leucoma. El tonto realmente tiene intenciones por ese lado... pero bueno, no importa, eso está de más; mejor decirle que así es, querido, después de explicarte esto y aquello, concluyo mi carta y quedo tu fidelísimo Goliadkin, etc... ¡eso es! Sin embargo, de un modo u otro la cosa sigue siendo... ¡Ay, qué mal, qué mal! Tendría que haberme precavido, tendría que haber esperado hasta que el asunto se aclarara algo más... ¡Ah, pero

bueno, no importa! Vive y te acostumbrarás; pero ahora nosotros haremos esto, investigaremos el asunto; en efecto es incumbencia nuestra investigar el asunto; a fin de cuentas, siempre fue incumbencia nuestra investigar cualquier asunto... Hay que agarrar y desentrañarlo... —dijo el señor Goliadkin, deteniéndose vacilante ante la escalera de la oficina—. El asunto es si debo entrar o no. Por un lado, por supuesto, puede que sea así, pero, por otro lado, puede que sea más de lo mismo. ¡Ay, qué mal, qué mal! ¡Qué mal que luce nuestro asunto ahora!...». Al fin, el señor Goliadkin se decidió un poquito. Aunque, tras haberse decidido un poquito, el señor Goliadkin descubrió que quizás fuera mejor hacerlo más tarde, que quizás fuera mejor hacerlo así, de alguna manera, por así decir, más tarde; pero ahora a actuar con atrevimiento y de algún otro modo, si no sería mostrar demasiado las cartas y meterse a sí mismo la soga al cuello. Y nunca es del todo bueno mostrar mucho las cartas; para decirlo todo, si de lo que se trata es de decirlo todo, nunca es bueno asomar demasiado la nariz ni permitir que otros espíen nuestras cartas. El hecho es que el señor Goliadkin en verdad presentía, y con mucho acierto, que se aproximaba el momento decisivo, que el asunto llegaba a su desenlace, que la intriga, la perfidia y la traición estaban en funcionamiento, y que, por último, sus enemigos se le habían adelantado, habían prevalecido, y que, por último, el desenlace era ya inminente. «Por supuesto —pensó nuestro héroe—, por supuesto, puedo enterarme de todo esto por anticipado y en secreto, puedo enterarme de todo esto con antelación, puedo averiguar, por ejemplo, incluso en el recibidor cómo está él ahora y cómo se está conduciendo, sin asomar demasiado mi nariz, como diciendo: ‘Ahora hay que cuidar la propia nariz, porque es perjudicial para el hombre asomarla demasiado... eso es, etc.’».

Así fue como nuestro héroe desfalleció y se azoró, sin saber qué hacer ni cómo actuar en su difícil situación. De pronto, una circunstancia muy trivial en apariencia despejó algunas de sus dudas, y si bien lo ayudó solo en parte, al menos lo colocó en un camino trillado, en un rumbo cierto. De detrás del edificio público se dejó ver de repente una figurilla jadeante y encarnada, acaso por la acelerada marcha, que a hurtadillas, con el paso de una rata, se coló por el portal y pasó enseguida al zaguán. Era el amanuense Ostáfev, muy conocido del señor Goliadkin, hombre útil en ocasiones y dispuesto a todo por diez kopeikas. Conociendo el lado débil de Ostáfev y comprendiendo que, tras ausentarse de la oficina para atender algún asunto impostergable, seguramente se mostraría aún más propenso a recibir diez kopeikas, nuestro héroe se decidió a no escatimarlas, se coló en el portal y luego en el zaguán en pos de Ostáfev, lo llamó y con aire misterioso lo invitó a apartarse a un rincón retirado, tras una enorme estufa de hierro. Una vez allí, nuestro héroe empezó a interrogarlo.

—Y bien, amigo mío, ¿cómo está todo?... ¿Me comprendes?...

—A sus órdenes, su Señoría, le deseo buena salud, su Señoría.

—Está bien, mi amigo, está bien; luego te lo retribuiré, querido. Mira, ¿ves esto, amigo?

—¿Qué desea preguntar, señor? —ahí Ostáfev se llevó la mano al mentón para retener su boca involuntariamente abierta.

—Yo, mira, amigo, este... no vayas a pensar... A ver, ¿Andréi Filíppovich está aquí?...

—Sí, está aquí, señor.

—¿Y los empleados también?

—Los empleados también, señor, como corresponde.

—¿Y su Excelencia también?

—Su Excelencia también, señor —ahí el amanuense, otra vez, se llevó la mano al mentón para retener su boca de nuevo abierta y miró con cierta curiosidad y extrañeza al señor Goliadkin. Por lo menos, así le pareció a nuestro héroe.

—¿Y no ocurre nada fuera de lo corriente, amigo?

—No, señor, en absoluto.

—¿No hay nada raro con respecto a mí, amigo, alguna cosa..., eh? Es solo para saber, amigo, ¿me entiendes?

—No, señor, por ahora no he oído nada —ahí el amanuense otra vez se llevó la mano al mentón y otra vez miró con cierta extrañeza al señor Goliadkin. Ocurre que nuestro héroe intentaba ahora penetrar el rostro de Ostáfev, leer algo en él, descubrir si ocultaba algo. Y en efecto, era como si algo escondiera, pues Ostáfev se iba poniendo cada vez más grosero y áspero, y no se involucraba en los intereses del señor Goliadkin con la misma simpatía que al comienzo de la conversación. «En parte está en su derecho —pensó el señor Goliadkin—, después de todo, ¿yo qué le importo? Quizás recibió algo de la otra parte y por eso se ausentó para atender un asunto impostergable. Pues yo ahora le...». El señor Goliadkin comprendió que había llegado el momento de las diez kopeikas.

—Aquí tienes, amigo...

—Le estoy profundamente agradecido, su Señoría.

—Te daré más.

—A sus órdenes, su Señoría.

—Ahora te daré más, y cuando todo haya acabado te daré otro tanto. ¿Entiendes?

El amanuense callaba, se mantenía firme y miraba fijo al señor Goliadkin.

—Bueno, ahora dime, ¿no has oído nada sobre mí?...

—Creo que por ahora no... este... por ahora nada, señor —respondió pausadamente Ostáfev, adoptando, al igual que el señor Goliadkin, un aire algo misterioso, sacudiendo levemente las cejas, mirando al suelo, atinando a dar con el tono justo y, en una palabra, intentando con todas sus fuerzas ganarse lo prometido, porque lo recibido lo consideraba ya definitivamente suyo.

—¿Y no se sabe nada?

—Por ahora no, señor.

—Pues escucha... este... ¿quizás después algo se sepa?

—Desde luego, señor, quizás después algo se sepa.

«¡Qué mal!», pensó nuestro héroe.

—Mira, aquí tienes más, amigo.

—Le estoy profundamente agradecido, su Señoría.

—¿Vajraméiev estuvo aquí ayer?...

—Sí, estuvo, señor.

—¿Y no hubo alguien más?... Haz memoria, hermano.

El amanuense escarbó un momento en su memoria pero no recordó nada apropiado.

—No, señor, no hubo nadie más.

—Hum...

Siguió una pausa.

—Mira, hermano, aquí tienes más. Dime todo lo que sabes.

—Sí, señor —Ostáfev parecía ahora una seda, justamente lo que necesitaba el señor Goliadkin.

—Ahora cuéntame, hermano, ¿cómo está ahora él?

—No tiene nada, señor..., está bien, señor —respondió el amanuense, mirando al señor Goliadkin con los ojos bien abiertos.

—O sea, ¿cómo que está bien?

—O sea, pues eso, señor —ahí Ostáfev frunció significativamente el ceño. Por lo demás, estaba en una encerrona y no sabía qué decir.

«¡Qué mal!», pensó el señor Goliadkin.

—¿No ha habido algo más con respecto a Vajraméiev?

—Pues todo está como antes, señor.

—Piénsalo bien.

—Dicen que algo hay, señor.

—¡Ah! ¿Y qué es eso?

Ostáfev se sostuvo el mentón con la mano.

—¿No hay una carta para mí?

—Pues hoy el ordenanza Mijéiev ha ido al departamento de Vajraméiev, allí donde vive la alemana esa, así que puedo ir allí y preguntar, si es necesario.

—¡Hazme el favor, hermano, por Dios!... Es solo para saber... Tú, hermano, no vayas a pensar nada raro, es solo para saber. Pero tú indaga, hermano, averigua si no se está preparando algo contra mí. ¿Cómo actúa él? Eso es lo que necesito saber, así que averígualo, amigo, y luego te lo retribuiré...

—A sus órdenes, su Señoría. Hoy han sentado en su sitio a Iván Semiónich.

—¿A Iván Semiónich? ¡Ah, sí! ¿En serio?

—Andréi Filíppovich le ordenó que se sentara ahí...

—¿En serio? ¿Y por qué razón? Averigua eso, hermano; por Dios, averigua eso, hermano; averígualo todo... y te lo retribuiré, amigo; eso es lo que necesito... Y no vayas a pensar nada raro, hermano...

—A sus órdenes, señor, a sus órdenes, ya mismo voy para allá. Y usted, su

Señoría, ¿no va a entrar hoy a la oficina?

—No, amigo. He venido así porque sí, de paso, he venido solamente a mirar... y después te lo retribuiré, amigo.

—A sus órdenes, señor —el amanuense subió con rapidez y celo la escalera y el señor Goliadkin quedó solo.

«¡Qué mal! —pensó—. ¡Ay, qué mal, qué mal! Este asuntito nuestro... ¡qué mal que luce! ¿Qué significado tendría todo ello? ¿De qué se habrán agarrado ahora? ¿Qué habrá querido decir este borrachín con sus alusiones, por ejemplo, y quién está detrás de esto? ¡Ah! Pero ahora sé quién está detrás. Ya veo de qué se trata. Seguramente se enteraron y lo sentaron allí... Aunque, ¿por qué digo lo sentaron? Fue Andréi Filíppovich quien sentó a ese Iván Semiónovich. Y de veras, ¿para qué lo habrá sentado? ¿Con qué objetivo exactamente? Seguramente se enteraron... Esto es trabajo de Vajraméiev, o sea, no de Vajraméiev, que es tonto como un poste; son todos ellos los que trabajan en su nombre, y al otro canalla lo trajeron aquí para lo mismo. ¡Y esa alemana tuerta debe haberse quejado! Siempre sospeché que toda esta intriga no es casual, y que en todo este comadreo de viejas seguramente se esconde algo; es lo que le dije a Krestián Ivánovich: se han jurado matar a un hombre, en el sentido moral de la expresión, y se han servido de Karolina Ivánovna. ¡No, esto evidentemente es un trabajo de maestros! Aquí se advierte la mano de un maestro, señor mío, no la de un Vajraméiev cualquiera. Ya he dicho que Vajraméiev es un tonto, y esto... ahora sé quién está detrás de todos ellos: ¡ese canalla, ese impostor! De eso solo se agarra, lo que explica en parte sus éxitos en la alta sociedad. Y en efecto, sería bueno saber qué trato... tiene ahora con ellos. Pero ¿por qué tomaron a ese Iván Semiónovich? ¿Para qué diablos necesitaban a Iván Semiónovich? Como si no hubieran podido conseguir a otro. Pero da igual a quién sentaran, nada cambiaría; lo único que sé es que él, Iván Semiónovich, ya hacía tiempo que me resultaba sospechoso, y hacía tiempo que lo venía advirtiendo: es un viejito tan detestable, tan mezquino... dicen que presta dinero y cobra intereses de judío. Todo este tejemaneje es obra del oso. El oso está involucrado en todo el asunto. Así fue como empezó esto. Empezó en el puente Izmáilovski, así fue como empezó...». Ahí el señor Goliadkin hizo una mueca como si hubiera mordido un limón, seguramente al recordar algo muy desagradable. «¡Pero bueno, no importa! —pensó—. No hago más que pensar en mis cosas. ¿Por qué no viene Ostáfev? Puede que esté trabajando o que algo lo haya demorado. En parte es bueno que yo también intrigue y haga trabajo de zapa. A Ostáfev solo basta con darle diez kopeikas y él... este... ya está de mi lado. Solo que ese es el punto: si estará justamente de mi lado; quizás ellos también por su parte... y, poniéndose por su parte de acuerdo con él, lleven adelante una intriga. Porque el embustero tiene pinta de bandido, ¡de bandido redomado! ¡Algo esconde el muy canalla! ‘No, no hay nada’, dice, y: ‘Le estoy profundamente agradecido, su Señoría’. ¡Menudo bandido! Todo esto es exactamente así, y como acabo de decir, sin duda cada uno saca provecho del otro; aunque puede que no sea así... quizás no sea en

absoluto así, y que sencillamente se haga de un modo diferente y oculto. ¡Ay, qué mal, qué mal! ¡Ay, qué mal, qué mal! ¡Pero bueno, no es nada! Puede que todo esto no sea nada. ¡Si tan solo él viniera, si tan solo él viniera a verme! ¿Qué es lo que hace allí? Si no qué buena intriga saldría, una intriga que les haría daño; yo diría: ‘Es asunto mío, ustedes hagan las cosas así y asá, a su manera, que aquí nosotros las hacemos a la nuestra. Así es, señor mío. Estamos urdiendo una intriga contra usted, y la llevamos adelante de un modo noble y franco...’».

Se oyó un ruido... el señor Goliadkin se encogió y de un salto se escondió tras la estufa. Alguien bajó por la escalera y salió a la calle. «¿Quién será ese y adónde irá?», pensó nuestro héroe. Un momento después volvieron a oírse pasos... Ahí el señor Goliadkin no se aguantó y asomó la pequeña puntita de la nariz por detrás de su parapeto... la asomó y enseguida retrocedió en seco, como si alguien le hubiera pinchado la nariz con un alfiler. Esa vez el que pasaba era alguien conocido, es decir, el canalla, intrigante y depravado... pasaba, según su costumbre, con su pasito menudo y vil, a pasitrote, lanzando los piecitos por delante como si se dispusiera a patear a alguien. «¡Canalla!», dijo entre dientes nuestro héroe. Por lo demás, el señor Goliadkin no pudo dejar de advertir que el canalla llevaba bajo el brazo un enorme portafolio verde que pertenecía a su Excelencia. «Otra vez en misión especial», pensó el señor Goliadkin, enrojeciendo y encogiéndose aún más del enojo. En cuanto el señor Goliadkin menor pasó fugaz junto al señor Goliadkin mayor, sin reparar en este, se oyeron pasos por tercera vez, y en esta ocasión el señor Goliadkin adivinó que eran pasos de amanuense. En efecto, una figurilla de amanuense con el pelo alisado se asomó tras la estufa, pero no era la de Ostáfev, sino la de otro amanuense apodado Pisarenko. Aquello sorprendió al señor Goliadkin. «¿Para qué mete a otros en el secreto? —pensó nuestro héroe—. ¡Qué bárbaros son! ¡No hay nada sagrado para ellos!».

—¿Qué hay, amigo? —dijo dirigiéndose a Pisarenko—. ¿Quién te envía, amigo?

...

—Es por su asunto, señor. Por el momento no hay noticias de nadie, señor. En cuanto las haya le informaremos.

—¿Y Ostáfev?...

—No puede venir, su Señoría. Su Excelencia ha pasado ya dos veces por la oficina, y yo ahora tampoco tengo tiempo.

—Gracias, querido, te agradezco... Solo dime...

—Le juro que no tengo tiempo, señor... En cualquier momento puede llamarme... Usted sírvase quedarse aquí un rato más, y si se llega a saber algo respecto a su asunto, señor, enseguida le informaremos...

—No, amigo, tú dime...

—Permítame, señor, pero no tengo tiempo —dijo Pisarenko, arrancándose del señor Goliadkin, que lo tenía sujetado por el faldón—. En verdad no puedo. Sírvase quedarse aquí un rato más, señor, y le informaremos.

—¡Un segundo, un segundo, amigo! ¡Solo un segundo, querido! Pues mira: aquí tienes dos cartas, amigo, te lo retribuiré.

—A sus órdenes, señor.

—Esta carta la tomas, querido; luego tomas al ordenanza, al recadero o a cualquiera y se la entregas para que la lleve a la dirección del secretario regional Vajraméiev; te lo retribuiré, querido...

—Entiendo, señor. Apenas vaya, se la llevo.

—Y esta segunda carta, querido, trata de entregársela al señor Goliadkin, amigo.

—¿A Goliadkin?

—Sí, amigo, al señor Goliadkin. Ya lo ves, amigo, hay aquí dos señores Goliadkin. Así sucedió... es una historia extraña, querido —añadió nuestro héroe con una sonrisa forzada, por decoro, a fin de que Pisarenko no fuera a pensar cualquier cosa y para darle a entender que aquello no tenía ninguna importancia y que al señor Goliadkin nada lo azoraba.

—Muy bien, señor. Apenas vaya, se la llevo. Y usted quédese aquí por ahora. Aquí nadie lo verá...

—No, amigo, yo, no voy a pensar... no estoy aquí para que nadie me vea. Yo, amigo, ahora no me quedaré aquí...

—Está bien, señor, está bien...

—Yo, amigo, estaré aquí en el pasajito. Allí hay una cafetería, así que estaré esperando allí, y tú, si llega a pasar algo, me informas de todo, ¿entiendes?

—Muy bien, señor. Solo suélteme. Entiendo...

—¡Te lo retribuiré, querido! —gritó el señor Goliadkin a Pisarenko, que al fin había logrado librarse...

«El canalla pareció ponerse grosero hacia el final —pensó nuestro héroe, saliendo a hurtadillas de detrás de la estufa—. Aquí hay otro enredo. Eso está claro... Primero que esto y que lo otro... Aunque en verdad llevaba prisa; quizás haya mucho trabajo. Y su Excelencia pasó dos veces por la oficina... ¿Por qué razón lo habrá hecho?... ¡Oh! ¡Pero bueno, no importa! Quizás no sea nada. Ya veremos...».

El señor Goliadkin iba a abrir la puerta para salir a la calle cuando de pronto, en ese mismo instante, ante el portal retumbó el carruaje de su Excelencia. Antes de que el señor Goliadkin pudiera recobrase de su asombro, las portezuelas del coche se abrieron desde dentro y el señor que viajaba en él saltó al portal. El pasajero no era otro que el mismo señor Goliadkin menor que se había ausentado diez minutos antes. El señor Goliadkin mayor recordó que el departamento del director se hallaba a solo dos pasos de allí. «Está en misión especial», pensó nuestro héroe. Entretanto, el señor Goliadkin menor, tomando del coche un grueso portafolio verde y otros papeles, dio al fin una orden al cochero, abrió la puerta casi empujando con ella al señor Goliadkin mayor y, no reparando adrede en él para fastidiarlo, subió a toda prisa la escalera de la oficina. «¡Qué mal! —pensó el señor Goliadkin—. ¡Adónde ha ido a parar nuestro asunto! ¡Vaya con él! ¡Santo Dios!». Nuestro héroe permaneció inmóvil

medio minuto, hasta que finalmente se decidió. Sin pararse a pensar, sintiendo además fuertes palpitaciones en el pecho y un temblor en todos los miembros, corrió en persecución de su conocido. «¡Ah, que sea lo que sea! ¿A mí qué me importa? No tengo parte en este asunto —pensaba mientras se quitaba el sombrero, el capote y los chanclos en el recibidor—. Además la cosa está aún por delante, ¡déjala! Y yo ahora obraré con atrevimiento, así, con decisión y osadía, de un modo noble, quitándome la máscara, y además soy un hombre en su derecho... este... etc... ¡bueno, no importa!».



## CAPÍTULO XI - 1846

*Los enemigos del señor Goliadkin avanzan de frente, a algunos de ellos se les cae definitivamente la máscara, y mucho —absolutamente innecesario, por cierto— queda al descubierto. El señor Goliadkin explica en esa ocasión propicia que hay impulsos del alma por los que cualquier superior debería sentir máxima simpatía; pero Antón Antónovich Sietóchkin, pasándose al bando de los enemigos del señor Goliadkin, demuestra exactamente lo contrario. De hasta qué punto la actitud del señor Goliadkin es bienintencionada. A pesar de ello, nadie simpatiza con el señor Goliadkin, y él no puede entenderse con nadie.*

Cuando el señor Goliadkin entró en su oficina ya reinaba allí el crepúsculo. Ni Andréi Filíppovich ni Antón Antónovich estaban en la sala. Ambos se hallaban en el despacho del director presentando sus informes; por su parte, el director, según los rumores, tenía prisa a su vez para entrevistarse con su superior. Por estas circunstancias, y además porque el crepúsculo contribuía a ello y se terminaba ya el horario de oficina, algunos de los empleados, particularmente los jóvenes, se entregaban a cierta ociosidad cuando entró nuestro héroe; se agrupaban, hablaban, conversaban, reían, e incluso algunos de los más jóvenes, es decir de los empleados con rango más bajo, a hurtadillas y aprovechando el bullicio general, jugaban al cara o cruz en un rincón, junto a una ventanita. Sabiendo cómo debía comportarse y sintiendo en ese momento una especial necesidad de acercamiento y complacencia, el señor Goliadkin se acercó de inmediato a aquellos con los que se llevaba mejor para desearles buenos días, etc. Pero los compañeros respondieron de un modo extraño al saludo del señor Goliadkin. Este quedó pasmado ante la general frialdad, sequedad e incluso puede decirse severidad del recibimiento. Nadie le tendió la mano. Otros simplemente dijeron «hola» y se apartaron; otros apenas sacudieron la cabeza; más de uno sencillamente le dio la espalda e hizo como que no había reparado en él; por último —y eso fue lo que más ofendió al señor Goliadkin—, algunos de los jóvenes con menor rango, muchachos de los que el señor Goliadkin tan justamente afirmaba que todo lo que sabían hacer era jugarse el sueldo a cara o cruz y deambular por ahí, poco a poco empezaron a rodearlo, a agruparse en torno a él, impidiéndole casi la salida. Todos lo miraban con una curiosidad diríase insultante.

Era una mala señal. El señor Goliadkin así lo sentía y se dispuso con mucha prudencia a no darse por enterado. «No es nada, al fin y al cabo; quizás todo sea para mejor», pensó, presa de la mayor confusión y en indecible turbación. De pronto una circunstancia totalmente inesperada vino, como suele decirse, a dar el golpe de gracia

al señor Goliadkin, a acabar con él por completo.

En medio del grupo de jóvenes compañeros que lo rodeaban apareció de pronto y como adrede, en el instante de mayor angustia para el señor Goliadkin, el señor Goliadkin menor, alegre como siempre, con su sonrisita de siempre, revoltoso también como siempre; en una palabra: juguetón, retozón, adulón, zumbón, ligero de lengua y de pies, como siempre, como antes, igual que ayer, por ejemplo, en un momento que había sido muy desagradable para el señor Goliadkin mayor. Enseñando los dientes, dando volteretas y saltitos, con una sonrisita que decía «buenas tardes» a todos, se coló en el grupo de empleados, le tendió la mano a uno, dio una palmadita en el hombro a otro, dio un rápido abrazo a un tercero, explicó a un cuarto para qué exactamente lo había requerido su Excelencia, adónde había ido, qué había hecho, qué había traído; a un quinto, que probablemente era su mejor amigo, le dio un beso en los labios... en una palabra, todo ocurría punto por punto como en el sueño del señor Goliadkin mayor. Luego de brincar hasta el hartazgo, luego de acabar con cada uno a su manera, poniendo a todos a su favor, fuera ello necesario o no, y deshaciéndose en cumplidos con todos y cada uno, el señor Goliadkin menor, de pronto y seguramente por error, puesto que aún no había tenido tiempo de reparar en su viejo amigo, tendió la mano al señor Goliadkin mayor. Seguramente por error también, aunque había tenido tiempo de sobra para reparar en el innoble señor Goliadkin menor, nuestro héroe tomó en el acto y con ansia la mano que inesperadamente le tendían y la estrechó fuerte y del modo más amistoso, la estrechó movido por un extraño e inesperado impulso íntimo, por un sentimiento lacrimoso. Si nuestro héroe fue engañado por el primer gesto de su indecente enemigo o si simplemente no supo qué hacer, o si sintió y reconoció en lo profundo de su alma toda la magnitud de su indefensión, difícil es decirlo. El hecho es que el señor Goliadkin mayor, con plena lucidez y por propia voluntad, y ante testigos, estrechó solemnemente la mano de aquel a quien llamaba su mortal enemigo. Pero cuál no fue la sorpresa, indignación y rabia, cuál no fue el horror y la vergüenza del señor Goliadkin mayor cuando su hostil y mortal enemigo, el innoble señor Goliadkin menor, advirtiendo su error ante los ojos mismos de ese hombre inocente y pérfidamente engañado al que acosaba, sin ningún pudor, sin sentimiento, sin compasión ni conciencia, con un descaro y una grosería intolerables, arrancó de golpe su mano de la del señor Goliadkin mayor; peor aún, la sacudió como si se la hubiera ensuciado con algo abominable; peor aún, escupió hacia un costado, acompañando todo ello con el gesto más agravante; peor aún, sacó su pañuelo y ahí mismo, del modo más escandaloso, se limpió uno tras otro los dedos que acababan de descansar por un instante en la mano del señor Goliadkin mayor. Mientras obraba de tal modo, el señor Goliadkin menor, siguiendo su vil costumbre, miraba adrede en torno suyo, procurando que todos vieran su conducta; miraba a todos a los ojos, intentando a todas luces inculcar en ellos el ánimo más desfavorable respecto al señor Goliadkin. Por lo visto, la conducta del repugnante señor Goliadkin menor despertó la

indignación de todos los empleados que los rodeaban; incluso la frívola juventud mostró su descontento. Alrededor se alzaron murmullos y comentarios. Ese revuelo general no podía escapar a los oídos del señor Goliadkin mayor; pero de pronto una bromita muy oportuna acudió a la mente del señor Goliadkin menor y brotó de sus labios, destruyendo y aniquilando las últimas esperanzas de nuestro héroe e inclinando la balanza otra vez a favor de su mortal y despreciable enemigo.

—Este es nuestro Faublas ruso, señores. Permítanme presentarles al joven Faublas —zahirió el señor Goliadkin menor, brincando y escurriéndose entre los empleados con el descaró que le era propio, y señalándoles al pasmado y por demás indignado auténtico señor Goliadkin—. ¡Besémonos, encanto mío! —continuó con intolerable familiaridad, avanzando hacia el hombre que tan pérfidamente había agraviado. La bromita del despreciable señor Goliadkin menor pareció encontrar el eco que buscaba, tanto más por cuanto encerraba una artera alusión a una circunstancia por lo visto ya pública y notoria. Nuestro héroe sintió sobre sus hombros la pesada mano de sus enemigos. Por lo demás, ya había tomado una decisión. Con mirada ardiente, rostro pálido y rígida sonrisa logró escapar como pudo del grupo y con paso desparejo y rápido se encaminó directamente al despacho de su Excelencia. En la anteúltima habitación se encontró con Andréi Filíppovich, que acababa de salir del despacho de su Excelencia, y aunque había en ella bastantes personas del todo ajenas en ese momento al señor Goliadkin, nuestro héroe no quiso prestar atención a esa circunstancia. Directamente, con resolución y valentía, casi sorprendiéndose y elogiándose a sí mismo en su fuero íntimo por tal acto de arrojo, abordó sin perder un segundo a Andréi Filíppovich, que se asombró no poco ante semejante asalto.

—¡Ah!... ¿Qué... qué desea? —preguntó el jefe de departamento sin escuchar al señor Goliadkin, trabado en medio de una frase.

—Andréi Filíppovich, yo... ¿Puedo yo, Andréi Filíppovich, tener ahora, ya mismo y cara frente a cara, una entrevista con su Excelencia? —dijo con elocuencia y claridad nuestro héroe, lanzando la más resuelta mirada a Andréi Filíppovich.

—¿Cómo dice, señor? Por supuesto que no —contestó Andréi Filíppovich midiendo de pies a cabeza al señor Goliadkin.

—Yo, Andréi Filíppovich, digo todo esto porque me sorprende que nadie aquí desenmascare a ese impostor y canalla.

—¿Có-mo dice, señor?

—A ese canalla, Andréi Filíppovich.

—¿Y de quién se permite usted hablar así?

—De cierta persona, Andréi Filíppovich. Yo, Andréi Filíppovich, aludo a cierta persona; estoy en mi derecho... Creo, Andréi Filíppovich, que nuestros superiores deberían alentar estas iniciativas —añadió el señor Goliadkin, evidentemente fuera de sí—. Andréi Filíppovich... usted mismo verá, Andréi Filíppovich, que es una iniciativa noble y denota toda mi buena intención... de tomar a mi jefe como a un

padre, Andréi Filíppovich, quiero decir que tomo a la bienhechora autoridad como a un padre, y le confío ciegamente mi suerte. Quiero decirle así y asá... eso es todo... —la voz del señor Goliadkin tembló, su rostro se ruborizó y dos lágrimas asomaron a sus pestañas.

Andréi Filíppovich, al escuchar al señor Goliadkin, se sorprendió tanto que sin querer retrocedió dos pasos. Luego miró inquieto en torno suyo... Era difícil predecir en qué acabaría el asunto... Pero de pronto la puerta del despacho de su Excelencia se abrió y este apareció en compañía de algunos empleados. Todos los que estaban en la habitación lo siguieron. Su Excelencia llamó a Andréi Filíppovich y partió junto con él hablando de ciertos asuntos. Cuando todos se pusieron en marcha y salieron, el señor Goliadkin volvió en sí. Más calmado, buscó refugio bajo el ala de Antón Antónovich Sietóchkin, que iba cojeando por detrás de los demás y, según le pareció al señor Goliadkin, tenía un aspecto severo y preocupado. «Me fui de lengua y estropeé las cosas —pensó—. Bueno, no importa».

—Espero que por lo menos usted, Antón Antónovich, se digne escucharme y considerar mi situación —dijo por lo bajo, con una voz que aún temblaba de la emoción—. Rechazado por todos, acudo a usted. Aún no logro comprender qué significaban las palabras de Andréi Filíppovich, Antón Antónovich. Explíquemelas, si es posible...

—Todo se aclarará a su debido tiempo, señor —respondió severa y pausadamente Antón Antónovich, y, según le pareció al señor Goliadkin, con un aspecto que daba a entender claramente que no tenía el menor deseo de continuar la conversación—. Pronto lo sabrá todo. Hoy mismo será usted informado oficialmente.

—¿Qué es eso de oficialmente, Antón Antónovich? ¿Por qué oficialmente, señor? —preguntó tímido nuestro héroe.

—No nos incumbe a nosotros discutir las decisiones de nuestros superiores, Iákov Petróvich.

—¿Por qué nuestros superiores, Antón Antónovich? —dijo el señor Goliadkin, más tímido aún—. ¿Por qué nuestros superiores? No veo motivo para importunar a nuestros superiores, Antón Antónovich... ¿Usted quizás se refiere a lo sucedido ayer, Antón Antónovich?

—Pues no, señor, no me refiero a lo de ayer, sino al hecho de que se haya decidido a hacer algo malo, Iákov Petróvich; hay otras cosas que andan mal en usted.

—¿Qué es lo que anda mal, Antón Antónovich? Me parece, Antón Antónovich, que en mí todo anda bien.

—¿Y con quién se proponía emplear astucias? —cortó en seco Antón Antónovich al señor Goliadkin, que quedó estupefacto. El señor Goliadkin se estremeció y se puso pálido como un pañuelo.

—Por supuesto, Antón Antónovich —dijo con voz apenas audible—, que si se hace caso a la calumnia y se presta oído a nuestros enemigos sin escuchar la justificación de la otra parte, entonces claro... claro, Antón Antónovich, entonces

puede uno sufrir, Antón Antónovich, puede uno sufrir sin culpa y sin haber hecho nada.

—Ahí está la cosa, señor. ¿Y su indecente actitud en perjuicio de la reputación de una noble joven de una familia virtuosa, venerable y conocida que le hizo a usted muchos favores?

—¿A qué actitud se refiere, Antón Antónovich?

—Ahí está la cosa, señor. Y respecto a otra joven que, aunque pobre, lleva un honorable apellido extranjero, ¿tampoco está al tanto de su loable actitud, señor?

—Permítame, Antón Antónovich... Sírvase escucharme, Antón Antónovich...

—¿Y su pérfida actitud y calumnias dirigidas a otra persona? ¿Acusar a otro del pecado que uno mismo ha cometido? ¿Eh? ¿Cómo se llama eso?

—Yo, Antón Antónovich, no lo eché de mi casa —dijo nuestro héroe comenzando a temblar—. Y a Petrushka, o sea a mi criado, no lo induje a nada semejante... Él comió de mi pan, Antón Antónovich, gozó de mi hospitalidad —añadió con expresividad y honda emoción nuestro héroe, de modo tal que su barbilla se sacudió y las lágrimas otra vez estuvieron a punto de saltarle.

—Eso de que él comió de su pan lo dice por decir, Iákov Petróvich —respondió enseñando los dientes Antón Antónovich, y en su voz sonó una nota de picardía que hirió el corazón del señor Goliadkin—. Eso, Iákov Petróvich, lo dice porque sí, para decir algo.

—Por supuesto, Antón Antónovich..., tiene razón, Antón Antónovich —dijo ofendido nuestro héroe—. Ahora las virtudes están en decadencia y la hospitalidad no cuenta.

—Eso es precisamente en lo que se equivoca, Iákov Petróvich. Eso ya se llama librepensamiento, muy señor mío.

—En modo alguno es librepensamiento, Antón Antónovich. Yo huyo del librepensamiento, Antón Antónovich. Se trata de Petrushka, Antón Antónovich, siempre está borracho y no se puede contar con él para nada.

—Petrushka no tiene nada que ver en esto, señor. El asunto no pasa por Petrushka.

—Por supuesto, el asunto no pasa por Petrushka, Antón Antónovich, lo ha dicho usted con toda justicia. Permítame, Antón Antónovich, hacerle otra humilde pregunta: ¿su Excelencia está enterada de todo este asunto?

—¡Pues claro, señor! Pero ahora déjeme. No tengo tiempo para hablar con usted... Hoy mismo sabrá todo lo que debe saber, señor.

—Por Dios, permítame un segundo más, Antón Antónovich...

—Pues no, señor, no tengo tiempo para hablar con usted... después, quizás...

—Un minuto, una sola palabra, Antón Antónovich...

—Después me cuenta, señor...

—No, Antón Antónovich. Yo, vea, solo escuche, Antón Antónovich... Lo mío no es librepensamiento, Antón Antónovich. Yo huyo del librepensamiento. Por mi parte

estoy dispuesto, y hasta he contemplado la idea de...

—Está bien, señor, está bien. Ya he oído eso...

—No, señor, no ha oído usted eso, Antón Antónovich. Es otra cosa, Antón Antónovich, es algo bueno, en verdad bueno, y agradable de oír... Como le he explicado antes, Antón Antónovich, he contemplado la idea de que la providencia divina creó dos seres exactamente iguales, y los superiores, bienhechores, al ver la providencia divina, dieron cobijo a esos dos gemelos. Eso es bueno, Antón Antónovich. Puede usted ver que es algo muy bueno, Antón Antónovich, y que estoy lejos de ser un librepensador. Tomo a la bienhechora autoridad como a un padre. Quiero decirle así y asá, bienhechora autoridad, usted ya sabe... el joven necesita trabajo... Apóyeme, Antón Antónovich, interceda por mí, Antón Antónovich... Yo estoy bien, señor... Antón Antónovich, por el amor de Dios, una palabrita más... Antón Antónovich...

Pero Antón Antónovich ya estaba lejos del señor Goliadkin... Nuestro héroe no sabía dónde estaba, qué oía, qué hacía, qué le pasaba ni qué harían aún con él... así de desconcertado y conmovido lo había dejado todo lo que acababa de oír y de sucederle.

Con mirada implorante buscó entre la multitud de empleados a Antón Antónovich para seguir justificándose a sus ojos y decirle algo sumamente cargado de buena intención, algo muy noble y agradable respecto a sí mismo... Pero poco a poco una nueva luz empezó a brotar por entre su confusión, una luz nueva y terrible que iluminó de pronto ante él, de golpe, toda una perspectiva de circunstancias hasta allí absolutamente desconocidas e incluso insospechadas... En ese momento nuestro héroe, completamente extraviado, sintió que alguien lo empujaba en el costado. Se volvió. Ante él estaba Pisarenko.

—La carta, su Señoría.

—¡Ah!... ¿Ya fuiste, querido?

—No, esta la trajeron hoy a las diez de la mañana, señor. Serguéi Mijéiev, el ordenanza, la trajo de casa del secretario regional Vajraméiev.

—Está bien, amigo, está bien, te lo retribuiré, querido.

Diciendo esto, el señor Goliadkin guardó la carta en el bolsillo lateral de su uniforme y se abrochó este hasta arriba; luego miró alrededor y, para gran sorpresa suya, se percató de que ya se encontraba en el zaguán, en medio de una multitud de empleados que se apiñaba para salir, puesto que la jornada de trabajo había acabado. El señor Goliadkin no solo no había advertido hasta entonces esta última circunstancia, sino que ni siquiera había advertido ni recordaba cómo de pronto se encontraba con el capote y los chanclos puestos y con el sombrero en las manos. Todos los empleados permanecían inquietos y en respetuosa espera. Sucede que su Excelencia se había detenido en la parte inferior de la escalera en espera de su carruaje, demorado por algún motivo, y mantenía una conversación muy interesante con dos consejeros y con Andréi Filíppovich. Un poco más allá de los dos consejeros

y de Andréi Filíppovich se hallaban Antón Antónovich Sietóchkin y otros empleados que sonreían de buena gana al ver que su Excelencia se permitía bromear y reír. Los empleados que se apiñaban en la parte superior de la escalera también sonreían y aguardaban a que su Excelencia volviera a reír. El único que no sonreía era Fedoséich, el portero barrigón que sostenía la manija de la puerta en posición de firmes y aguardaba impaciente su porción cotidiana de placer, consistente en abrir con amplitud, de una sola vez, con un solo golpe de mano, un batiente de la puerta, para luego, doblándose por la cintura, dejar pasar reverentemente a su Excelencia. Pero, por lo visto, quien más alegre estaba y sentía el placer era el indigno e innoble enemigo del señor Goliadkin. En ese instante hasta se había olvidado de todos los empleados, había incluso dejado de aullar y brincar entre ellos, según su vil costumbre, se había incluso olvidado de aprovechar la ocasión para adular a alguien. Era todo ojos y oídos y se encogía de un modo extraño, quizás para escuchar mejor, sin apartar la vista de su Excelencia, y solo por momentos sus manos, piernas y cabeza se sacudían en contracciones apenas perceptibles que denunciaban los movimientos íntimos y secretos de su alma.

«¡Mira lo excitado que está! —pensó nuestro héroe—. ¡Luce como un favorito el muy embustero! Quisiera saber por qué prende en la alta sociedad. No tiene inteligencia, ni carácter, ni educación, ni sentimiento. ¡Tiene suerte el canalla! ¡Dios mío! ¡Pensar lo rápido que puede ir un hombre y ganarse la simpatía de todos! ¡Y llegará lejos, juro que llegará lejos el muy canalla! ¡Tiene suerte el cretino! Quisiera saber también qué es exactamente lo que les susurra al oído. ¿Qué secretos tiene con toda esta gente y qué confidencias pueden decirse? ¡Dios mío! Si yo también pudiera... hablar un poco con ellos... decirles así y asá... quizás deba pedirle a él... decirle así y asá, que no lo haré más, que bueno, yo tengo la culpa, y que un joven, su Excelencia, debe trabajar en nuestros tiempos, que por mi oscura situación no me hago mala sangre... ¡eso es! En cuanto a protestar de alguna manera, no lo haré, y sobrellevaré todo con paciencia y resignación... ¡eso es! ¿Acaso deba obrar así?... Pero nada lo afecta al muy canalla, con palabras no le entras; no hay manera de hacer entrar en razón al calavera... Pero igual probemos. Si se presenta la ocasión probemos...».

Presas de una gran agitación, con angustia y turbación, sintiendo que no podía quedarse así, que había llegado el momento decisivo, que tenía que explicarse con alguien, nuestro héroe quiso arrimarse un poquito al lugar en donde se hallaba su indigno y misterioso enemigo, pero en ese instante retumbó en la entrada el carruaje largamente esperado de su Excelencia. Fedoséich dio un tirón a la puerta y, doblándose casi hasta el suelo, dejó pasar a su Excelencia. Todos los que habían estado aguardando se precipitaron hacia la salida y separaron por un momento al señor Goliadkin mayor del señor Goliadkin menor.

—¡No escaparás! —dijo nuestro héroe abriéndose paso entre el gentío y sin apartar los ojos de quien debía. Finalmente, la multitud se dispersó. Nuestro héroe se

sintió en libertad y se lanzó en persecución de su enemigo.



## CAPÍTULO XII - 1846

*La cafetería. De cómo se expresó en grado superlativo la inmoralidad del señor Goliadkin menor y cómo se defendió el señor Goliadkin mayor. Engaño y perfidia. Torbellino, nevasca, ventisca y caída del señor Goliadkin mayor. Comparación del señor Goliadkin mayor con un saco de harina; el señor Goliadkin mayor decide, no obstante, que todo ello no importa y que aún todo puede arreglarse. De cómo, gracias a dos mujeres, un mozo y un hombre que leía La gaceta policial, el señor Goliadkin descubrió que lo querían envenenar. Golpe final al señor Goliadkin.*

Al señor Goliadkin se le cortaba la respiración; parecía volar en persecución de su enemigo, que se alejaba a paso rápido. Sentía la presencia de una terrible energía interior. Sin embargo, a pesar de la presencia de esa terrible energía interior, el señor Goliadkin podía confiar sin vacilar que en ese momento hasta un simple mosquito, siempre que este pudiera vivir en esa época del año en Petersburgo, lo habría derribado muy fácilmente con una de sus alas. Sentía también una extrema debilidad y agotamiento, y que lo que lo impulsaba hacia delante era una fuerza del todo singular y extraña, que no era él quien caminaba, que más bien sus piernas le flaqueaban y se negaban a obedecerlo. Pero todo aquello no era aún absolutamente nada y, pese a todo, sin duda podría ser para mejor. «Para mejor o no —pensaba el señor Goliadkin casi ahogándose por la carrera—, el asunto igual está perdido, de eso ahora no cabe la menor duda; que estoy definitivamente perdido ya es cosa sabida, cierta, resuelta y firmada». A pesar de ello, nuestro héroe pareció resucitar de entre los muertos, pareció haber ganado una batalla, pareció haberse alzado con la victoria cuando logró aferrar del capote a su enemigo en el momento en que este ponía un pie en el estribo de un *drozhki* y había dado ya la orden al cochero. Sin embargo, pese a la batalla ganada, nuestro héroe se turbó tanto en ese instante que, tras agarrar del capote a su acérrimo enemigo, se quedó con la boca abierta, sin decir palabra, inmóvil y apenas conteniendo el aliento.

—¡Muy señor mío! ¡Muy señor mío! —gritó al innoble señor Goliadkin menor una vez que lo atrapó—. Muy señor mío, espero que usted...

—No, usted por favor no espere nada —respondió evasivamente el insensible enemigo del señor Goliadkin, apoyando un pie en el estribo y agitando el otro vanamente en el aire, pugnando por meterlo en el coche sin perder el equilibrio, a la vez que trataba con todas sus fuerzas de desprender su capote de manos del señor Goliadkin mayor, quien, por su parte, se había aferrado a él con toda la fuerza de que la naturaleza le había dotado.

—¡Iákov Petróvich! Solo diez minutos...

—Disculpe, no tengo tiempo, señor.

—Convenga, Iákov Petróvich..., por favor, Iákov Petróvich..., por Dios, Iákov Petróvich..., de algún modo u otro tenemos que explicarnos... valientemente... ¡Un segundito, Iákov Petróvich!...

—Querido, no tengo tiempo —respondió con descortés familiaridad, pero aparentando bondad de alma, el falsamente noble enemigo del señor Goliadkin—, en otro momento, créame, con toda mi alma y de todo corazón; pero ahora en verdad no puedo.

«¡Canalla! —pensó nuestro héroe—. ¡Y todavía dices de todo corazón, villano! ...».

—¡Iákov Petróvich! —gritó angustiado—. Yo nunca he sido su enemigo. Malas personas me han descrito injustamente... Por mi parte estoy dispuesto... Iákov Petróvich, ¿no quiere que usted y yo, Iákov Petróvich, entremos ahora allí?... Y allí, de todo corazón, como usted acaba justamente de decir, y con un lenguaje franco y noble... allí en esa cafetería; entonces todo se aclarará por sí mismo... ¡Así es, Iákov Petróvich! Entonces sin falta todo se aclarará por sí mismo...

—¿A esa cafetería? Está bien. No me opongo, entremos a esa cafetería, pero con una condición, tesoro, con una condición: que allí todo se aclare por sí mismo. Así y asá, encanto —dijo el señor Goliadkin menor, apeándose del coche y dándole descaradas palmaditas en el hombro a nuestro héroe—; vaya amigazo que eres; por ti, Iákov Petróvich, estoy dispuesto a tomar el pasajito (como una vez usted, Iákov Petróvich, se sirvió señalar tan justamente). ¡Pues he aquí un bribón, realmente, hace con uno lo que quiere! —continuó el falso amigo del señor Goliadkin con una ligera sonrisita, volviéndose y haciendo gracias cerca de él, espiándolo por debajo del sombrero y, en una palabra, intentando por todos los medios hacerse pasar falsamente por un hombre ingenioso y amable, pero al mismo tiempo conduciéndose con todo el descaro de la inmoralidad a despecho del señor Goliadkin mayor, con el único propósito de engañarlo de alguna nueva e impúdica manera, para luego, en compañía de amigos y tras una copa de vino, decir algo mordaz y reírse de él. La cafetería a la que entraron ambos señores Goliadkin, alejada de las calles principales, estaba en ese momento completamente vacía. Una alemana bastante gorda apareció tras el mostrador apenas se oyó el sonido de la campanilla. El señor Goliadkin y su indigno enemigo pasaron a la segunda habitación, donde un niño regordete con el pelo rapado trajinaba junto a la estufa con un manojo de astillas tratando de avivar el fuego que en ella languidecía. Por pedido del señor Goliadkin menor, les sirvieron chocolate.

—Apetitosa la muchacha —dijo el señor Goliadkin menor, guiñando pícaramente un ojo al señor Goliadkin mayor.

Nuestro héroe se ruborizó y guardó silencio.

—Ah, sí, lo he olvidado, disculpe. Conozco su gusto. Nosotros, señor, gustamos de las alemanas delgaditas; digamos que tú y yo, Iákov Petróvich, alma cándida,

gustamos de las alemanas delgaditas, aunque no por ello privadas de encanto; les alquilamos departamentos, ponemos a prueba su moralidad, les entregamos nuestro corazón por sus *Biersuppe* y sus *Milchsuppe*, y nos comprometemos con ellas... eso es lo que hacemos. ¡Eres todo un Faublas! ¡Todo un traidor!

Todo eso lo dijo el señor Goliadkin menor, haciendo así una alusión completamente inútil pero maligna y astuta a cierto individuo de sexo femenino, mientras hacía gracias cerca del señor Goliadkin y le sonreía fingiendo amabilidad, mostrando falsamente, de esa manera, cordialidad hacia él y alegría por el encuentro. Pero al advertir que el señor Goliadkin mayor no era en absoluto tan tonto, ni estaba tan privado de educación y de buenos modales como para que le creyese sin más, el innoble hombre se decidió a cambiar de táctica y llevar el asunto con franqueza. Tras haberse expresado de manera tan vil, el falso señor Goliadkin acabó por dar una palmada en el hombro al adusto señor Goliadkin con una familiaridad y un descaro que sublevaban el alma; no contento con ello, se puso a jugar con él de un modo completamente indecente entre la gente de buen tono y se dispuso a repetir exactamente su anterior vileza, es decir, dar un pellizcón en la mejilla al señor Goliadkin mayor a pesar de la resistencia y los ligeros gritos de indignación de este. A la vista de tanta depravación, nuestro héroe se encolerizó y guardó silencio... hasta que llegara el momento, por cierto.

—Eso es lo que dicen mis enemigos —respondió al fin con voz trémula y conteniéndose prudentemente—. Eso es lo que dicen mis enemigos —añadió con dignidad nuestro héroe, sintiendo además que estaba en todo su derecho y herido en lo más hondo por la familiaridad y descaro de su indigno enemigo... Al mismo tiempo, nuestro héroe se volvió con inquietud hacia la puerta. Sucede que el señor Goliadkin menor se hallaba, por lo visto, en una excelente disposición de ánimo, listo para hacer diversas bromitas inconvenientes en un lugar público y, hablando en general, censuradas por las leyes de la alta sociedad, sobre todo entre la gente distinguida.

—¡Bueno, bueno, bueno, no seguiré, no seguiré! —dijo el señor Goliadkin menor, apartándose del señor Goliadkin mayor de modo conciliador, obrando así con astucia y falsedad ante este, colocándose una máscara y, con sutil engaño y bajo la apariencia de mansedumbre, atraerlo hacia nuevas redes. Por lo demás, nuestro héroe comprendía, y comprendía claramente, que su inmoral gemelo aquí, en una confrontación abierta y valiente con él, con una franqueza no privada de hidalguía, no se llevaría gran cosa. «Diré que tal y cual y te llevarás un chasco, diré así y asá y tú, muy señor mío y miserable, no te llevarás gran cosa, este... y eso».

—Bueno, está bien, en ese caso, como usted quiera —replicó con seriedad el señor Goliadkin menor al pensamiento del señor Goliadkin mayor, dejando sobre la mesa su taza vacía, que había bebido con indecente avidez—. Pues bien, no tengo mucho tiempo para hablar con usted... Y bien, ¿cómo está usted, Iákov Petróvich?

—Solo puedo decirle una cosa, Iákov Petróvich —respondió con sangre fría y

dignidad nuestro héroe—: nunca he sido su enemigo.

—Hum... bueno, ¿y Petrushka? ¿Cómo se llama él? Petrush-ka, ¿cierto?... ¡sí! ¿Y? ¿Cómo está él? ¿Bien? ¿Como antes?

—Él también está como antes, Iákov Petróvich —respondió algo sorprendido el señor Goliadkin mayor—. Yo no sé, Iákov Petróvich..., por mi parte... por mi noble y franca parte, Iákov Petróvich, convenga, Iákov Petróvich...

—Sí. Pero usted mismo sabe, Iákov Petróvich —respondió en voz baja y expresiva el señor Goliadkin menor, fingiéndose un hombre triste, lleno de contrición y digno de compasión—, usted mismo sabe que en nuestros difíciles tiempos... Cito sus palabras, Iákov Petróvich; es usted un hombre inteligente y razona con justicia —añadió el señor Goliadkin menor, lisonjeando vilmente al señor Goliadkin mayor—, razona con justicia cuando dice que yo no podía actuar de otro modo. La vida no es un juego, usted mismo lo sabe, Iákov Petróvich —concluyó con aire significativo el señor Goliadkin menor, fingiéndose un hombre inteligente y letrado que puede versar sobre temas elevados.

—Por mi parte, Iákov Petróvich —respondió animado nuestro héroe—, por mi parte, despreciando los rodeos y hablando con atrevimiento y franqueza, hablando en un lenguaje directo y noble, y poniendo todo el asunto en un plano de nobleza, le diré, puedo afirmar franca y noblemente, Iákov Petróvich, que estoy completamente limpio y que, usted mismo lo sabe, Iákov Petróvich, se trata de un error recíproco... todo puede suceder... el juicio de la sociedad, la opinión de la rastrera multitud... Le digo francamente que todo puede suceder, Iákov Petróvich. Le diré más, Iákov Petróvich: si se lo juzga así, si se lo mira desde un punto de vista noble y elevado, me atrevo a decir sin falsa vergüenza, Iákov Petróvich, que me será incluso agradable descubrir que me he equivocado, me será incluso agradable reconocer que me he equivocado, Iákov Petróvich. Usted mismo lo sabe, es usted un hombre inteligente y por sobre todo noble, estoy dispuesto a reconocerlo. Sin vergüenza, sin falsa vergüenza, estoy dispuesto a reconocerlo... con dignidad y nobleza —concluyó nuestro héroe.

—¡La fatalidad, el destino! Iákov Petróvich..., pero dejemos todo eso —dijo suspirando el señor Goliadkin menor—. Mejor empleemos los breves minutos de nuestro encuentro en una conversación más útil y agradable, como corresponde entre dos compañeros de trabajo... En verdad no he tenido ocasión de cruzar dos palabras con usted en todo este tiempo... No soy yo el culpable de ello. Iákov Petróvich...

—¡Ni yo tampoco! —interrumpió nuestro héroe con ardor—. ¡Ni yo tampoco! Mi corazón me dice, Iákov Petróvich, que yo tampoco tengo la culpa de todo esto. Acusemos al destino de todo esto, Iákov Petróvich —añadió el señor Goliadkin mayor en un tono completamente conciliador. Su voz comenzaba poco a poco a flaquear y a temblar.

—¿Y bien? ¿Cómo está en general su salud? —preguntó el descarriado con voz dulzona.

—Tengo un poco de tos —respondió nuestro héroe con voz aún más dulce.

—Cúidese. Ahora hay cada epidemia que no es extraño agarrarse una angina, y yo, debo confesarle, comienzo ya a abrigarme con ropa de franela.

—En efecto, Iákov Petróvich, no es extraño agarrarse una angina... ¡Iákov Petróvich! —dijo nuestro héroe tras una breve pausa—. ¡Iákov Petróvich! Veo que me he equivocado... Recuerdo con ternura los felices minutos que pasamos juntos bajo mi pobre aunque, me atrevo a decir, hospitalario techo...

—En su carta, por cierto, no escribió eso —dijo con aire de reproche el completamente justo (aunque completamente justo solo en este respecto) señor Goliadkin menor.

—¡Iákov Petróvich! Me equivoqué... Ahora veo claramente que me equivoqué también en esa dichosa carta mía. Iákov Petróvich, me da vergüenza mirarlo, Iákov Petróvich, no lo creerá usted... Deme esa carta para romperla, para romperla ante sus ojos, Iákov Petróvich, o, si eso es imposible, le ruego leerla al revés, totalmente al revés, es decir, con una intención expresamente amistosa, dándoles el sentido opuesto a todas las palabras de mi carta. Me equivoqué. Perdóneme, Iákov Petróvich, estaba completamente... penosamente equivocado, Iákov Petróvich.

—¿Dice usted? —preguntó bastante distraído e indiferente el pérfido amigo del señor Goliadkin mayor.

—Digo que estaba completamente equivocado, Iákov Petróvich, y que por mi parte, sin la menor falsa vergüenza...

—¡Ah, bueno, está bien! Está muy bien que estuviese equivocado —respondió groseramente el señor Goliadkin menor.

—Yo, Iákov Petróvich, tuve incluso una idea —añadió con aspecto noble nuestro sincero héroe, sin advertir en absoluto la terrible perfidia de su falso amigo—, tuve incluso la idea de que, como quien dice, fueron creados dos hombres perfectamente iguales...

—¡Ah! ¡Conque esa es su idea!... Es buena, es buena, ni que decir tiene, es muy buena; sin embargo, a pesar de que es buena, la... ya sabe, esa idea suya... —dijo con insolencia y descaro el señor Goliadkin menor, entornando los ojos, sonriendo y meneando la cabeza al señor Goliadkin mayor— esa idea suya la dejaremos para otra ocasión, y ahora...

Ahí el señor Goliadkin menor, conocido por su futilidad, se levantó y tomó su sombrero. Sin advertir aún el engaño, se levantó también el señor Goliadkin mayor, sonriendo con candidez y nobleza a su falso amigo, intentando en su inocencia de agradarlo, animarlo y trabar con él, de ese modo, una nueva amistad...

—Dejemos esa idea suya para mañana, y ahora, empleando su justa expresión, Iákov Petróvich, todos debemos trabajar —añadió el señor Goliadkin menor, diciendo evidentemente cualquier tontería para burlarse del señor Goliadkin mayor—. ¡Todos debemos trabajar! ¿Lo entiendes, Petrushka?... Bueno, no importa, no importa, no se haga mala sangre... Pues bien, adiós, Iákov Petróvich, ya he tenido bastante con

usted por el momento... Si llegáramos a encontrarnos en otra ocasión, beberemos una o dos botellitas de vino, de cervecita dulce, como dicen los campesinos (todo eso de paso), hablaremos, charlaremos, discutiremos —continuó el inmoral sujeto, sorprendiendo al señor Goliadkin con la inmoralidad y corrupción de su corazón—, seremos tiernos quizás con Petrushka y le diremos que todos debemos trabajar —añadió el descarriado sin visos de moralidad, guiñando un ojo al señor Goliadkin mayor, columpiándose y dando breves pasitos junto a él con cierto aire coquetón—. Restableceremos de paso la reputación algo mancillada por ciertos eruditos alemanes de nuestro común amigo Mahoma, el profeta turco —decidió agregar con una insolencia aún más descarada el depravado sujeto, dirigiendo una perversa sonrisa al digno señor Goliadkin mayor y burlándose de él ignominiosamente—. Y por último, por último, ¡deme su mano, héroe, deme su mano!

*Deme la mano  
que ya nos vamos, etc.*

Ahí el profano señor Goliadkin menor, que no creía en nada, imaginando quizás que mortificaría al orgulloso héroe de nuestro relato, ejecutó ante sus ojos un indecente trezado, lanzó una piernita al aire y, para colmo de oprobios, emitió un chasquido con ayuda del dedo y de la lengua queriendo hacer la pantomima de que descorchaba una botella de champaña; era evidente que se regocijaba del modo más inútil, como un niño de cinco años, pero sin la inocencia de este. Por último, para completar el repugnante cuadro de su escandalosa conducta, con la sonrisa más insolente, sarcástica y báquica tendió la mano al casto señor Goliadkin mayor (dicho sea como elogio) y gritó con voz desahogada a la vez que burlona:

—¡Adiós, su Excelencia!

Al ver una personificación tan fanática de la corrupción, nuestro héroe involuntariamente retrocedió... Pero el hijo corrupto de la naturaleza, el fútil señor Goliadkin menor, pareció darse palabra de llevar al extremo su ofensa contra el auténtico señor Goliadkin. Para librarse de él, nuestro héroe puso dos dedos en la mano que le tendía aquel fanático; pero entonces... entonces el descarado del señor Goliadkin menor superó toda humana medida. Tomando y estrechando primero los dos dedos del señor Goliadkin mayor, el indigno, ante los mismos ojos del señor Goliadkin, decidió repetir su descarada broma de la mañana. Aquello era más de lo que la paciencia humana podía tolerar...

Ya se guardaba en el bolsillo el pañuelo con el que se había limpiado los dedos cuando el señor Goliadkin mayor volvió en sí.

—¡Hombre ruin y perverso! —gritó nuestro héroe en un susurro, lanzando una tímida mirada a la puerta de la habitación contigua; temblaba de pies a cabeza en una malsana y angustiante agitación, y evidentemente estaba consternado por el inagotable descarado de su enemigo.

Entonces tuvo lugar una escena bastante extraña. El señor Goliadkin menor, tras cometer aquella indecencia y apurándose, fiel a su vil costumbre, a colarse en la habitación contigua, se volvió de prisa hacia el señor Goliadkin mayor con la expresión más siniestra en el rostro. Nuestro héroe involuntariamente retrocedió dos pasos. El inmoral dio dos pasos más hacia delante; nuestro héroe retrocedió otros dos pasos, intentando prudentemente elegir como blanco de la retirada un rinconcito que no fuera visible desde la habitación contigua, donde había terceros, ni se reflejara en el espejo, donde la gente que se hallaba en la habitación contigua podría verlo todo; debía evitar toda nueva broma indecente y abominable que pudiera zaherir su amor propio en presencia de terceros. Al fin, el señor Goliadkin mayor alcanzó su rinconcito. Los enemigos estaban ahora nariz contra nariz, y nuestro héroe intentaba por todos los medios mirar directamente, con resolución y sin pestañear, a los ojos de su indigno enemigo para mostrarle así que no le tenía ningún temor sino más bien lo contrario. El silencio y la expectación se prolongaron. «¡Para qué lo habré traído aquí! —surgió la cabeza del señor Goliadkin—. Porque ahora estamos nariz contra nariz —pensó, por cierto, nuestro héroe—, y ¿qué pasaría si nuestras narices crecieran y se unieran inseparablemente?...». Ahí recordó un cuento popular acerca de un embutido que se adhería a la nariz de la esposa de un viejo insensata en sus deseos<sup>[304]</sup>. «La codicia y la imprudencia de nuestros deseos acaban con nosotros», pensó el señor Goliadkin, siempre mirando con resolución, osadía y sin pestañear a los ojos de su enemigo.

—¿Faublas? —dijo al fin el inmoral en un susurro semimisterioso y con tono inquisidor.

Nuestro héroe miró angustiado la puerta de la habitación contigua.

—¿Eres Faublas, sí? —continuó con mayor insistencia el señor Goliadkin menor, presionando al máximo al señor Goliadkin mayor.

—Recapacite, no estamos solos. Salgamos a la calle, Iákov Petróvich. En la calle estaremos mejor, Iákov Petróvich...

Nuestro héroe no acabó la frase y se paró en seco. La medida del agravio superó todas sus angustiantes expectativas...

---

---

Mientras tanto nuestro héroe, privado de los sentidos a causa del asombro, no se movía de su sitio... Finalmente volvió en sí. Sucede que el señor Goliadkin menor, tras su último acto de infamia, al que pérfidamente llamó broma, se lanzó a toda carrera a la habitación contigua. ¡La perfidia no podía dejarse impune! Sin embargo, cuando nuestro héroe irrumpió exaltado en la habitación contigua, su inmoral enemigo, como si tal cosa, estaba lo más campante junto al mostrador comiendo empanadas y galanteando tranquilamente, como un hombre de bien, a la alemana de la confitería. «Delante de señoras no se puede», pensó nuestro héroe, y, fuera de sí de la agitación, se acercó también al mostrador.

—¡Pues en verdad no está mal la muchacha! ¿Qué cree usted? —comenzó otra vez con sus salidas indecentes el señor Goliadkin menor, seguramente confiando en la infinita paciencia del señor Goliadkin. La robusta alemana, por su parte, miraba a ambos visitantes con ojos turbios e inexpresivos, sonriendo con afabilidad y evidentemente sin comprender el ruso. Nuestro héroe se encendió como el fuego ante las palabras del señor Goliadkin menor, que no conocía el pudor, y, sin fuerzas para contenerse, se lanzó al fin sobre él con la visible intención de despedazarlo y acabar con él de una vez por todas; pero el señor Goliadkin menor, siguiendo su vil costumbre, ya estaba lejos: había puesto los pies en polvorosa y ya estaba casi en el soportal. Va de suyo que, tras un primer momento de natural estupefacción, el señor Goliadkin mayor se recobró y se echó a todo correr en persecución de su ofensor, que ya ocupaba su asiento en un coche que lo esperaba y que, evidentemente, estaba confabulado con él. Pero en ese mismo instante la robusta alemana, al ver la fuga de sus dos visitantes, lanzó un chillido e hizo sonar con todas sus fuerzas la campanilla. Nuestro héroe casi se volvió al vuelo, le arrojó, sin reclamar el vuelto, el dinero de su consumición y de la del descarado que se había ido sin pagar y, a pesar de que se había retrasado, consiguió, aunque otra vez al vuelo, atrapar a su enemigo. Aferrándose al guardabarros del coche con toda la fuerza de que lo había dotado la naturaleza, nuestro héroe corrió un momento por la calle intentando trepar al vehículo, mientras el señor Goliadkin menor trataba de impedirselo por todos los medios. Entretanto, el cochero arreaba con el látigo, las riendas, a patadas y a los gritos a su deslomado penco, que de repente se echó al galope como un torbellino, se desbocó y empezó a cocear, según su vil costumbre, con las patas traseras cada tres pasos. Finalmente, nuestro héroe logró pese a todo encaramarse al *drozhki* y sentarse de cara a su enemigo, con la espalda apoyada contra el cochero, las rodillas contra las rodillas del descarado, mientras con la mano derecha aferraba con todas sus fuerzas el raído cuello de piel del capote de su perverso y acérrimo enemigo...

Los enemigos marcharon cierto tiempo en silencio. Nuestro héroe apenas contenía el aliento; el camino era horroroso, y brincaba a cada paso con el riesgo de romperse el cuello. Además, su acérrimo enemigo no se avenía aún a darse por vencido e intentaba hacer caer al barro a su adversario. Para colmo de disgustos, el tiempo estaba horrible. La nieve caía en copos e intentaba por todos los medios colarse de algún modo bajo el capote desabrochado del auténtico señor Goliadkin. Alrededor todo estaba turbio y no se veía nada. Era difícil distinguir adónde se dirigían y qué calles tomaban... Al señor Goliadkin le pareció que le estaba pasando algo familiar. Por un instante trató de recordar si no había presentado algo el día anterior... en sueños, por ejemplo... Al fin, su angustia alcanzó el paroxismo. Apoyado contra su despiadado enemigo, tuvo deseos de gritar. Pero el grito se extinguió en sus labios... Hubo un momento en el que el señor Goliadkin se olvidó de todo y decidió que todo aquello no tenía la menor importancia, que aquello pasaba así porque sí, de un modo inexplicable, y que protestar por ello habría sido algo



innecesario y una pérdida de tiempo... Pero de pronto, y casi en el mismo instante en que nuestro héroe llegaba a tales conclusiones, una sacudida imprudente cambió todo el sentido del asunto. El señor Goliadkin cayó del *drozhki* como un saco de harina y salió rodando, reconociendo con toda justicia, al momento de caer, que en efecto se había enardecido un poco en una ocasión muy inoportuna, y que todo había salido así precisamente por haberse enardecido un poco. Se levantó de un salto y vio que habían llegado a un lugar; el *drozhki* se hallaba ante un patio, y nuestro héroe advirtió a primera vista que era el patio del mismo edificio en el que vivía Olsufi Ivánovich. En ese mismo instante advirtió que su amigo ya se encaminaba hacia el soportal y, probablemente, iba a visitar a Olsufi Ivánovich. Presa de una angustia inenarrable, se lanzó al alcance de su enemigo, pero para fortuna suya recapacitó a tiempo. Sin olvidar pagar al cochero, el señor Goliadkin se lanzó a la calle y echó a correr a más no poder, sin mirar adónde. La nieve caía como antes, en copos, y como antes, estaba turbio, húmedo y oscuro. Nuestro héroe no caminaba, sino que volaba, derribando a todos en el camino —hombres, mujeres y niños—, y él mismo rebotaba contra mujeres, hombres y niños. En torno a él y a sus espaldas se oían voces de susto, chillidos, gritos... Pero el señor Goliadkin, por lo visto, había perdido el sentido y no quería prestar atención a nada... Volvió en sí, no obstante, junto al puente Semiónovski, y eso solo porque se las había ingeniado para embestir y derribar a dos vendedoras ambulantes con sus mercancías y él mismo dar por tierra. «No importa —pensó el señor Goliadkin—, todo esto quizás aún sea para bien», y ahí mismo se llevó la mano al bolsillo deseando salir del paso con un rublo a cambio de los melindres, manzanas, guisantes y demás cosas desparramadas por el suelo. De pronto una nueva luz iluminó al señor Goliadkin; en el bolsillo palpó la carta de Vajraméiev. Arrojó un rublo y echó a correr otra vez sin detenerse ni mirar nada alrededor. Recordando de paso, al vuelo, que no lejos de allí había una taberna que conocía, se dirigió raudo a ella, sin perder un minuto ocupó una mesita iluminada por una vela de sebo y, sin prestar atención a nada, sin escuchar al mozo que apareció para tomar su pedido, rompió el sello y se puso a leer lo siguiente, que terminó de pasmarlo:

*Muy señor mío, Iákov Petróvich:*

*En mi última carta, muy señor mío, le daba a entender claramente que seguir teniendo relaciones con usted no solo me resultaría muy desagradable, sino que incluso iría en detrimento de mis intereses personales. Pues todo el mundo sabe que la compañía de individuos que no valoran la opinión de la gente bienintencionada, de individuos rechazados, en última instancia, por la sociedad de buen tono, puede no solo ser perniciosa para las personas no corrompidas ni contaminadas en su inocencia por el pestilente hálito del vicio, sino incluso llevarlas a la completa perdición. ¡A pesar de todo ello, no desiste usted y continúa buscando mi amistad! Como prueba clara de mi opinión sobre el pestilente veneno que usted destila sirve, en primer lugar, su*

mancillada reputación en el puente Izmáilovski y sus alrededores; en segundo lugar, la divulgación y revelación oficial de su desordenada vida; en tercer lugar, su constante entrometimiento por medio de terceros y, en cuarto lugar, los agravios y subterfugios de los que usted se vale contra individuos conocidos por su buena intención, franqueza de carácter y rectitud de alma. Porque algunas personas declaran falsamente su amistad a la cara mientras a las espaldas tienen la nefasta costumbre de difamar a aquellos que reconocen como amigos no solo de la manera más oprobiosa, sino incluso con palabras injuriosas y ofensivas, como, por ejemplo, llamándolos «Svish», quizás dando a entender con esa palabra que sus amigos son estúpidos y no tienen nada en la cabeza, y que por tanto su cabeza se asemeja a una nuez vacía, cosa que los campesinos llaman «svish». Todo eso lo hizo usted, muy señor mío, hace exactamente cinco meses, cuando vivía con nosotros en casa de nuestro común conocido Nikolái Serguéievich Skoropliojin, y encima ante la presencia de terceros. Lejos estoy de querer justificarme ante usted, pero sin embargo todo el mundo sabe que el exceso de ingenio no solo no es una necesidad imperiosa del hombre, sino que incluso es nocivo en la vida práctica, de lo que usted mismo constituye un ejemplo digno de lástima, puesto que sucumbe no por otra cosa más que por su exceso de ingenio. Yo soy aún inexperto, he llegado de la provincia de Viatka no hace mucho tiempo, no conozco las costumbres de aquí, y por eso evito con mucha prudencia el exceso de ingenio, intentando, por el contrario, ganar fama por la simpleza y franqueza de mi alma, cualidades de las que con toda justicia me enorgullezco. Por último escribe usted, muy señor mío, como a modo de autojustificación, que con la impostura en nuestros tiempos mercantiles e industriales (basados sobre todo en los buques de vapor y en los ferrocarriles) no se llega a ninguna parte, y, como se ha dignado afirmar acertadamente, que Griskha Otrépiev no puede aparecer otra vez. Esa observación es justa y estoy dispuesto a aceptarla; pero otra vez, con ese punto de su carta usted, muy señor mío, no solo no ha aportado nada en la justificación de sí mismo, sino incluso ha dirigido la acusación contra su propia persona, puesto que con ello ha demostrado, primero, que es usted un hombre educado y conoce la historia de nuestra querida patria, y por tanto, segundo, que a pesar de ser un hombre educado e ingenioso no se ha salvaguardado y ha incurrido en los mismos defectos que ahora censura en otros. Digo esto, muy señor mío, porque usted mismo actúa mediante el engaño y la impostura, aludiendo a ciertas personas, cargando sobre ellas todas sus transgresiones e intentando así salvarse de la implacable severidad de las leyes. Pero sus actos groseros y crueles en contra de un individuo de sexo femenino, cuyo nombre callo por respeto a él, no merecen más que el desprecio y arrojan sobre usted, muy señor mío, oprobio e ignominia. Pero si

usted, muy señor mío, habiendo olvidado el honor y el deber y habiendo hecho infeliz para siempre a ese individuo, reniega ahora de toda ulterior relación con él, quedan aún personas de carácter franco y cortés que considerarán un honor cargar sobre sus hombros, muy señor mío, todo el perjuicio causado por usted para repararlo definitiva y noblemente. Pues aquí todos dicen que solicitar la mano de ese individuo es algo honorable y ventajoso, porque ese individuo no tiene un origen vergonzoso ni servil, y le haría a usted un gran honor en ofrecerle la mano. Pues usted ya sabe que su padre sirvió como cadete en la artillería a caballo alemana. Además, en la avenida Obújovski ella tiene un conocido cercano y amigo que se dedica al arte de la cerrajería, quien, en palabras de ese individuo que usted bien conoce y al que ha ofendido de todos los modos posibles, no se parece en nada a un rústico cerrajero cualquiera, y por consiguiente es un hombre educado; luego tiene a un primo segundo, un hombre sincero y devoto que yo conozco en un sentido muy positivo, un panadero de la calle Bolsháia Podiácheskaia; luego tiene a un antiguo pastelero, un hombre que, aunque pobre, posee un carácter sólido y firme, y, finalmente, a un tío suyo, un señor culto y además químico que tiene su propia farmacia en la calle Serguievskaja. Por último, el doctor en medicina y cirugía Krestián Ivánovich Rutenspitz, conocido suyo, no se negará a hacer valer su gran influencia en provecho y protección de su ultrajada compatriota. Como conclusión le diré que la solicitud de Karolina Ivánovna respecto a su caso ya fue entregada hace tiempo; que nuestro conocido común Nikolái Serguéievich Skoropliojin actúa en este caso a favor de Karolina Ivánovna; que su caso ya ha sido divulgado y es de público conocimiento; que nadie le dará alojamiento en ninguna parte; que ha perdido todo crédito y confianza; que perderá en el trabajo, puesto que esta misma mañana todas sus maquinaciones fueron prevenidas y desbaratadas gracias a los pedidos y súplicas de Karolina Ivánovna a sus superiores; que, por último, todas sus esperanzas y absurdas fantasías respecto al puente Izmáilovski y sus alrededores quedarán por sí solas desbaratadas en cuanto se divulgue y haga pública su corrompida vida, y usted, rechazado por todos, atormentado por los remordimientos de conciencia, no sabrá dónde inclinar la cabeza, errará por el mundo entero y alimentará vanamente en su corazón la serpiente de la corrupción y la venganza.

Quedo así, muy señor mío, su humilde servidor,

N. Vajraméiev.

Tras leer la carta de Vajraméiev, nuestro héroe permaneció varios minutos como fulminado por un rayo. ¡Así pues, todo quedaba explicado, todo, todo! Todo quedaba

al descubierto, y la infamia de la infernal intriga prevalecía sobre la inocencia. Por lo demás, el señor Goliadkin no terminaba de entender todo completamente; seguía sin poder recobrase del estupor que se había apoderado de él. Con una angustia y una agitación terribles, pálido como un pañuelo, con la carta en sus manos, se paseó varias veces por la habitación; para colmo de desgracias, nuestro héroe no advirtió que en ese momento era objeto de la atención exclusiva de todos los allí presentes. Seguramente el desaliño de su ropa, la incontenible agitación, su modo de andar o, mejor dicho, de corretear, los gestos que hacía con ambas manos, acaso algunas palabras misteriosas dichas al viento y por distracción... seguramente todo ello hablaba bastante mal del señor Goliadkin a los ojos de los visitantes; incluso el mozo empezó a mirarlo con recelo. Cuando volvió en sí, nuestro héroe advirtió que estaba en medio de la habitación contemplando casi de un modo indecente y descortés a un viejito de aspecto muy venerable que, luego de comer y de rezar ante un icono, había vuelto a sentarse y tampoco apartaba los ojos del señor Goliadkin. Nuestro héroe miró confusamente en torno suyo y advirtió que todos, decididamente todos lo estaban mirando con un aspecto siniestro y sospechoso. De pronto un militar retirado, con cuello rojo, pidió en voz alta *La gaceta policial*. El señor Goliadkin se estremeció y se sonrojó. La carta de Vajraméiev y la divulgación oficial fulguraron en su mente. En ese mismo instante, nuestro héroe bajó sin querer los ojos al suelo y vio que iba vestido de un modo indecente, con ropa que ni en su casa hubiera podido permitirse, ya no solo en un lugar público. Las botas, los pantalones y todo su lado izquierdo estaban cubiertos de barro, la trabilla de la pierna derecha suelta y el frac rasgado en varios sitios. En su inagotable angustia, nuestro héroe se dirigió a la mesa donde había leído la carta y vio que se le acercaba el dependiente de la taberna con una expresión extraña e insolentemente pertinaz. Desconcertado y abatido, nuestro héroe se puso a examinar la mesa ante la que ahora se hallaba parado. Sobre la mesa había platos sin retirar, una servilleta sucia, y un cuchillo, un tenedor y una cuchara recién usados. «¿Quién habrá comido esto? —pensó nuestro héroe—. ¿Habré sido yo? ¡Todo puede ser! He comido y no me he dado cuenta. ¿Qué debo hacer?». El señor Goliadkin alzó los ojos y vio otra vez a su lado al mozo, que se disponía a decirle algo.

—¿Cuánto te debo, hermano? —preguntó nuestro héroe con voz trémula.

Una sonora risotada estalló alrededor del señor Goliadkin; hasta el mozo se sonrió. El señor Goliadkin comprendió que también en esto había metido la pata y cometido una terrible tontería. Quedó tan turbado que se vio obligado a hurgar en su bolsillo en búsqueda de su pañuelo, seguramente para hacer algo y no quedarse así sin más; pero, para increíble sorpresa suya y de los que lo rodeaban, en lugar del pañuelo sacó un frasquito con el medicamento que unos cuatro días antes le había recetado Krestián Ivánovich. «Los medicamentos en la misma farmacia», cruzó por la mente del señor Goliadkin... De pronto se estremeció y estuvo a punto de lanzar un grito de espanto. Una nueva luz emergía... En la etiqueta decía: «Farmacia \*\*\*, calle

Serguiévskaja». Sin prestar atención a otra cosa, el señor Goliadkin tomó la carta de Vajraméiev y... ¡horror!... entre los que intercedían por Karolina Ivánovna se contaban, entre los demás, Krestián Ivánovich y el farmacéutico de la calle Serguiévskaja. En la carta se decía además que esa misma mañana el asunto había tomado un nuevo curso y que sus superiores ya habían sido prevenidos. Esa misma mañana también había desaparecido Petrushka y, finalmente, el señor Goliadkin había dormido hasta el mediodía. «¡Quizás sea veneno! Y por efecto del veneno dormí hasta el mediodía», surcó la cabeza del señor Goliadkin; agitó maquinalmente el medicamento e inspeccionó el frasquito a contraluz...

El líquido negro, rojizo y repugnante brilló con un resplandor siniestro ante los ojos del señor Goliadkin... El frasquito se le cayó de las manos y ahí mismo se hizo añicos. Nuestro héroe lanzó un grito y saltó dos pasos hacia atrás ante el líquido derramado... A nuestro héroe le temblaban todos los miembros y el sudor le brotaba en las sienes y en la frente. «¡Quiere decir que mi vida está en peligro!». Entretanto, en la habitación se produjo una conmoción, un tumulto; todos rodeaban al señor Goliadkin, todos le hablaban al señor Goliadkin, algunos incluso sujetaban al señor Goliadkin. Pero nuestro héroe estaba mudo e inmóvil, sin ver nada, sin oír nada, sin sentir nada... Finalmente, pareció arrancarse del lugar y se lanzó fuera de la taberna apartando a todos y cada uno de los que intentaban retenerlo, se dejó caer casi sin sentido en el primer *drozhki* que le salió al paso y salió volando a su casa.

En el zaguán de su vivienda se encontró con Mijéiev, el ordenanza de la oficina, con un sobre oficial en las manos. «Lo sé, amigo, lo sé todo —respondió con voz débil y angustiada nuestro extenuado héroe—. Es oficial...». En el sobre había en efecto una orden dirigida al señor Goliadkin, con firma de Andréi Filíppovich, en la que se le exigía transferir todos los asuntos a su cargo a Iván Semiónovich. Tras recibir el sobre y dar al ordenanza diez kopeikas, el señor Goliadkin entró en su departamento y vio que Petrushka preparaba y amontonaba todos sus trapos y cachivaches, todas sus cosas, con la evidente intención de abandonarlo y mudarse a casa de Karolina Ivánovna, que lo había atraído para reemplazar a Evstafi. Sin decir palabra, Petrushka ayudó a su señor a quitarse el capote; quiso tomarle los chanclos, pero no había chanclos porque el señor Goliadkin los había perdido; acompañó a su señor a la habitación, le dio una vela y sin decir palabra le señaló un sobre que yacía sobre una mesita. El sobre había llegado por el correo de la ciudad. Maquinalmente y casi fuera de sí, nuestro héroe rompió el sello y, para gran asombro y definitivo aniquilamiento suyos, leyó lo siguiente:

*¡Noble hombre que sufre por mí y siempre caro a mi corazón!:*

*Sufro, sucumbo... ¡sálvame! ¡Un calumniador, un intrigante, un hombre conocido por la vanidad de sus pretensiones me enredó en sus redes y estoy perdida! ¡He sucumbido! (Pero él me repugna, mientras que tú...) Nos han separado, han interceptado las cartas que te escribí, y todo eso lo hizo aquel*

*inmoral valiéndose de su mejor cualidad: el parecido contigo. En todo caso se puede ser feo, pero cautivar con la inteligencia, los nobles sentimientos y los buenos modales... ¡Sucumbo! Me entregan a la fuerza, y el que más intriga aquí es mi padre, mi bienhechor, el consejero de Estado Olsufi Ivánovich, quien seguramente desea sustituirme en mi lugar y en mis vínculos entre la gente de buen tono... Pero me he resuelto y protesto con toda la fuerza de la que me ha dotado la naturaleza. Es decir, así y asá, protesto así y asá... y usted, muy señor mío y miserable, este... y los Otrépiev son inconcebibles en nuestros tiempos... ¡Así que sálvame, hombre caro a mi corazón! No me dejes sucumbir, espérame con un coche hoy a las nueve en punto bajo las ventanas del departamento de Olsufi Ivánovich. En casa otra vez habrá baile. Saldré y nos iremos volando, volando... y viviremos en una cabaña a orillas del mar Caspio. Además, hay aún otros puestos, como jefe de despacho en las provincias. En cuanto a nuestra anciana tía Pelaguéia Semiónovna, no la llevaremos con nosotros: no consiente en venir. Pero en cualquier caso recuerda, amigo, que la inocencia es fuerte ya por su sola inocencia. Es buena además esa idea moral acerca de los propios puestos y la idea histórica de que los Otrépiev son inconcebibles en nuestros tiempos. Adiós, acuérdate de mí y por el amor del cielo espérame con un coche junto a la entrada. Por mi parte, me arrojaré al refugio de tus brazos a las dos en punto de la noche.*

*Tuya hasta la tumba,*

*Klara Olsúfevna.*

## CAPÍTULO XIII - 1846

*De cómo el señor Goliadkin decide raptar a Klara Olsúfevna, reparando, no obstante, en que una educación inmoral arruina a las muchachas sin experiencia. Algo sobre las serenatas españolas y sobre diversas cosas que son inconvenientes en nuestro severo clima. De cómo el señor Goliadkin se explicó así y asá. Algo sobre los talleres de los pintores y sobre algunos apellidos nobles originarios de Ucrania. El señor Goliadkin se dirige al puente Izmáilovski.*

El señor Goliadkin, como suele decirse, quedó lívido cuando terminó de leer la imprevista carta, terrible y espantosa ya por el solo hecho de ser totalmente imprevista. ¡Cuántas circunstancias discordantes, cuántos golpes, cuántos horrores contradictorios! Pálido, conmovido y alarmado, el señor Goliadkin se levantó de la silla. La vista se le enturbiaba; se sentía mal. Al cabo de un momento, sin embargo, se recobró y llamó a Petrushka. Petrushka entró tambaleándose, sosteniéndose con extraña negligencia y con cierto ademán servil y triunfal en el rostro. Era evidente que Petrushka se había propuesto algo, que se sentía en todo su derecho y que tenía un aire completamente ajeno, es decir, como si fuera el criado de otra persona y no el antiguo criado del señor Goliadkin.

—Pues ya ves, querido —comenzó, ahogándose, nuestro héroe—. ¿Qué hora es, querido?

Petrushka, en silencio, se dirigió al otro lado del tabique; luego regresó y con un tono bastante independiente le informó que iban a ser las siete y media.

—Bueno, está bien, querido, está bien. Pues bien, mira, querido..., permíteme que te diga, querido, que entre nosotros, por lo visto, ahora todo está terminado.

Petrushka callaba.

—Bueno, ahora que entre nosotros todo está terminado, dime francamente, como amigo, dónde has estado, hermano.

—¿Que dónde he estado? Con buena gente, señor.

—Lo sé, amigo, lo sé. Yo siempre he estado contento contigo, querido, y te daré una carta de recomendación... Pues bien, ¿qué haces con ellos ahora?

—¡Qué dice, señor! Usted mismo lo sabe, señor. Ya se sabe, una buena persona no te enseña a hacer el mal.

—Lo sé, querido, lo sé. Hoy las buenas personas escasean, amigo; valóralas, amigo. Y bien, ¿cómo están ellos?

—Ya se sabe cómo están, señor. Solo que ahora, señor, ya no puedo ser más su criado; usted mismo lo sabe, señor.

—Lo sé, querido, lo sé; conozco tu celo y empeño; he visto todo ello, amigo, lo he notado. Yo te respeto, amigo. Yo a un hombre bueno y honrado lo respeto, por más que sea un lacayo.

—¡Pues sí, señor, ya lo sé! Ya se sabe, señor, que es bueno estar con una buena persona. Son muchas las cosas que pueden suceder, señor; todo depende de con quién caigas... Las personas como nosotros, por supuesto, y usted mismo lo sabe, se ganan el pan donde están mejor. Así es. ¿Yo qué puedo hacer? Ya se sabe, señor, que sin una buena persona es imposible. Dicen: «¿Qué haces allí, buen hombre? No tienes nada que hacer allí en su casa, buen hombre». Eso dicen. Y así son las cosas, este... no seré el primero ni seré el último; y las personas como nosotros encontramos lugar por todas partes... ya se sabe, señor.

—Bueno, está bien, hermano, está bien; lo comprendo, amigo, lo comprendo... Bueno, aquí tienes el dinero y la recomendación. Ahora besémonos, hermano, y despídámonos... Bueno, ahora, querido, quiero pedirte un favor, el último —dijo el señor Goliadkin con tono solemne—. Ya ves, querido, así son las cosas. Todo puede pasar en esta vida. La desgracia, amigo, se oculta hasta en los palacios cubiertos de oro, y no hay forma de escapar de ella. Tú sabes, amigo, que yo, creo, siempre he sido amable contigo...

Petrushka callaba.

—Yo, creo, siempre he sido amable contigo, querido... Pues bien, ¿cuánta ropa blanca me queda, querido?

—Pues todo está ahí, señor. Seis camisas de lienzo, tres pares de medias, cuatro pecheras, una chaqueta de franela y dos juegos de ropa interior. Usted ya lo sabe. Yo, señor, no he tocado nada de lo suyo... Yo, señor, cuido los bienes del señor. Yo, señor, a usted, este... ya lo sabe... no tengo ningún pecado... nunca, señor; usted mismo lo sabe, señor...

—Te creo, amigo, te creo. No me refiero a eso, amigo, no me refiero a eso. Pues mira, se trata de esto, amigo...

—Ya lo sé, señor, eso ya lo sé. A mí, cuando todavía vivía en casa del general Stolbniakov, me dejaban sin más y ellos se iban a Sarátov... a la propiedad que tenían allí...

—No, amigo, no me refiero a eso. No digo nada... no pienses cualquier cosa, querido amigo...

—Ya lo sé, señor. Es que a gente como nosotros, usted mismo lo sabe, señor, se la puede calumniar sin más. Y conmigo todos han quedado contentos. Hubo ministros, generales, senadores, condes. Estuve en casa de todos: del príncipe Svinchatkin, del coronel Pereborkin, del general Nedobárov; y ellos también nos visitaban, venían a la propiedad de mi señor. Ya se sabe...

—Sí, amigo, sí; está bien, amigo, está bien. Y yo también ahora viajo, amigo... Todos tenemos caminos diferentes, querido, y no se sabe en qué camino puede caer cada cual. Bueno, amigo, ahora ayúdame a vestirme; sí, también pon mi uniforme...



los otros pantalones, sábanas, frazadas, almohadas...

—¿Ordena que haga un lío con todo ello, señor?

—Sí, amigo, sí, haz un lío si quieres... ¿Quién sabe lo que puede pasar con nosotros? Bueno, amigo, ahora ve y llama un coche...

—¿Un coche, señor?...

—Sí, amigo, un coche, uno espacioso y por cierto tiempo. Y tú, amigo, no vayas a pensar...

—¿Y quiere viajar muy lejos, señor?

—No lo sé, amigo, eso tampoco lo sé. Me parece que también habría que poner el edredón. ¿Tú qué crees, amigo? Confío en ti, querido...

—¿De veras quiere viajar ahora mismo, señor?

—¡Sí, amigo, sí! Así se han dado las cosas; es un asunto bastante extraño... así es, querido, así es...

—Lo sé, señor; en nuestro regimiento pasó lo mismo con un teniente; a un propietario... le raptó a la hija...

—¿La raptó?... ¡Cómo! Querido, tú...

—Sí, señor, la raptó y se casaron en otra finca. Todo había sido preparado de antemano. Hubo una persecución; enseguida intervino el difunto príncipe... y bueno, el asunto se arregló...

—Y se casaron, vaya... Pero tú, querido, ¿cómo es que tú?...

—¡Pero si es cosa sabida, qué va! El mundo está lleno de rumores, señor. Lo sabemos todo, señor...

—¿Conque así es? ¿Conque tú también estás al tanto, querido? ¿Cómo es que tú? ... Bueno, está bien, está bien... confío en ti. Ya ves, amigo, las cosas se han dado así... Creo que no hace falta explicártelo...

—Lo sé, señor; ya se sabe que, por supuesto, todos tienen sus pecados. Le diré solo una cosa, señor, y permítame decírsela con llaneza, como siervo que soy; ya que estamos debo decírselo: tiene usted un enemigo, señor..., un adversario tiene, un adversario poderoso, eso es...

—Lo sé, amigo, lo sé; tú mismo lo sabes, querido... Pues bien, confío en ti. ¿Qué debemos hacer ahora, amigo?... ¿Qué debemos hacer ahora, y cómo lo haremos?

—Pues mire, señor, si usted ahora, por así decir, ha tomado esa dirección, deberá comprar algo... bueno, unas sábanas, almohadas, otro edredón, una buena frazada... aquí la vecina de abajo tiene; es mercader, señor, y tiene un buen abrigo de zorro; puede ir a verlo y comprarlo, señor, puede ir a verlo ahora mismo. Ahora lo necesita, señor; es un buen abrigo, forrado de paño, con piel de zorro...

—Bueno, está bien, amigo, está bien; estoy de acuerdo, querido, confío en ti, confío plenamente; que sea el abrigo si quieres, querido... ¡Solo que rápido, rápido! ¡Por Dios, rápido! Compraré el abrigo, pero por favor, ¡rápido! Pronto serán las ocho. ¡Por Dios, amigo, rápido! ¡Date prisa, amigo!...

Petrushka dejó sin atar el lío con ropa blanca, almohadas, frazadas, sábanas y

demás trapos que había juntado y salió corriendo de la habitación. El señor Goliadkin, entretanto, tomó una vez más la carta... pero no pudo leerla. Tomándose la desdichada cabeza con ambas manos, se apoyó pasmado contra la pared. No podía pensar ni tampoco hacer nada; ni él mismo sabía lo que le pasaba. Finalmente, al ver que el tiempo pasaba y que ni Petrushka ni el abrigo aparecían, el señor Goliadkin decidió ir por su cuenta. Al abrir la puerta del zaguán oyó abajo ruido, rumores, discusiones y voces... Varias vecinas estaban charlando, gritando, deliberando, disputando sobre algo... y el señor Goliadkin sabía exactamente sobre qué. Se oyó la voz de Petrushka; después se oyeron unos pasos. «¡Dios mío! ¡Van a reunir aquí a todo el mundo!», dijo en un gemido el señor Goliadkin, retorciéndose las manos de desesperación y regresando raudo a su cuarto. Al entrar en este se dejó caer casi sin sentido en el diván, con la cara hundida en la almohada. Permaneció un minuto así tendido; luego se levantó de un salto y, sin esperar a Petrushka, se puso los chanclos, el sombrero, el capote, tomó la billetera y bajó corriendo la escalera.

—¡No necesito nada, nada, querido! Lo haré solo, lo haré todo solo. Por ahora no me haces falta, y además puede que el asunto se arregle —murmuró el señor Goliadkin a Petrushka al tropezar con él en la escalera; después salió corriendo al patio y luego a la calle; tenía el corazón en vilo; no sabía aún qué decisión tomar... cómo obrar, qué hacer, cómo proceder en su crítica situación actual...

—Porque esa es la cuestión: ¿cómo proceder, Santo Dios? ¡Y vaya falta que hacía todo esto! —gritó al fin desesperado, cojeando por la calle adonde lo llevara el viento—. ¡Vaya falta que hacía todo esto! Porque si esto, precisamente esto no hubiera pasado, todo se arreglaría de una vez, de golpe, de un golpe hábil, enérgico y firme. ¡Que me corten un dedo si no se arreglaría! E incluso sé de qué modo preciso se arreglaría. Todo sucedería así: yo agarraría y este... le diría así y asá, que a mí, muy señor mío, dicho sea con su permiso, no me va ni me viene; que las cosas no se hacen así; que las cosas, señor, muy señor mío, no se hacen así, con la impostura no se nos engaña; el impostor, muy señor mío, es un hombre este... despreciable, que no aporta ningún beneficio a la patria. ¿Lo comprende usted? ¿Lo comprende usted, muy señor mío? Así es como sucedería... Pero no, qué va... no es en absoluto así, no es en absoluto así... ¡No hago más que mentir, tonto de remate! ¡Vaya suicida que soy! Eres todo un suicida, te digo, la cosa no es así... ¡Y sin embargo ahí tienes cómo suceden ahora las cosas, hombre depravado!... A ver, ¿adónde me meto ahora? A ver, ¿qué voy a hacer ahora, por ejemplo, conmigo mismo? A ver, ¿para qué sirvo ahora? A ver, ¿para qué sirves ahora, por ejemplo, pedazo de Goliadkin, pedazo de indigno? A ver, ¿y ahora qué? Hay que alquilar un coche; agarra y consíguele un coche, porque si no nos mojaremos los piecitos... Vaya, ¿quién lo hubiera imaginado? ¡Ay, señorita, ay, señora mía! ¡Vaya una doncella de buena conducta! ¡Ay, alabada nuestra! ¡Se ha distinguido, señora, se ha distinguido, ni que decir tiene!... Todo eso ocurre a causa de una educación inmoral; ahora que he examinado y comprendido el fondo del asunto veo que esto no puede más que provenir de la inmoralidad. Si desde niña la

hubieran... azotado alguna que otra vez... pero no, ellos la tienen a bombones, la llenan de dulces de todo tipo, y hasta el vejestorio llora por ella y le dice que eres mi esto y lo otro, mi cosita linda, te casaremos con un conde, excelencia mía... ¡Y así les salió la excelencia! Eres nuestra tal y nuestra cual, y ahora ella nos ha mostrado sus cartas, como diciendo: «¡A mi juego me llamaron!». Si desde niña la hubieran criado en casa... pero no, ellos la enviaron al internado, a lo de *madame* la francesa, a lo de la emigrante Falbalá o algo así; y en lo de la emigrante Falbalá aprendió muchas cosas buenas... y así es como terminó saliendo todo. ¡Venga y alégrese!, me dice. Que la espere con un coche a tal hora bajo las ventanas y que le cante en español una sentida romanza; lo esperaré, y sé que me ama, y huiremos juntos, y viviremos en una cabaña; y en cuanto a usted, señor mío, ¡trabajaré como jefe de despacho! Sí, pero a fin de cuentas, eso es imposible; eso, señora mía —si así son las cosas— no se puede. ¡Las leyes prohíben eso de raptar a una honrada e inocente doncella de casa de sus padres sin la autorización de estos! Y a fin de cuentas, ¿por qué, para qué, qué necesidad hay? Bueno, si se hubiera casado con quien corresponde, con quien hubiera elegido el destino, sería asunto cerrado. Pero yo soy empleado público y puedo perder mi puesto por una cosa así. ¡Yo, señora mía, puedo ir a juicio por una cosa así! ¡Eso es! Por si no lo sabía. ¡Y yo sé todo esto, lo comprendí todo! ¡Sé de dónde viene todo, quién está detrás de esto! Esto es trabajo de la alemana. Esa bruja es el origen de todo, ella es la que encendió la mecha. Porque han calumniado a un hombre, porque han montado contra él un comadreo, una mentira descarada a instancias de Andréi Filíppovich... ¡de ahí viene todo! Si no, ¿por qué Petrushka se habría involucrado? ¿A él qué le importa? ¿Qué necesidad tenía el granuja? No, no puedo, señora, de ninguna manera, por nada del mundo... Usted, señora, esta vez deberá disculparme de algún modo. Es usted la causa de todo, señora, no la alemana, no aquella bruja, sino únicamente usted, porque la bruja es una buena mujer, porque la bruja no tiene culpa alguna, mientras que usted, señora mía, sí tiene la culpa... ¡eso es! Usted, señora, me acusa sin razón... Aquí hay un hombre que va a la ruina, aquí hay un hombre que se pierde y no puede evitarlo... ¡qué boda ni boda! ¿Y cómo terminará todo esto? ¿Y cómo se arreglará y terminará todo esto ahora? ¡Daría lo que no tengo por averiguarlo!...

Así desesperado reflexionaba nuestro héroe. De pronto volvió en sí y advirtió que estaba sobre la calle Litéinaia. El tiempo estaba horrible: deshelaba, caía nieve, llovía... punto por punto como en aquel inolvidable momento en que, a esa terrible hora de la medianoche, comenzaron todas las desgracias del señor Goliadkin. «¡Qué viaje ni viaje! —pensó el señor Goliadkin al observar el tiempo—. Esto es la muerte, aquí todo está muerto... ¡Dios Santo! A ver, ¿dónde voy a encontrar un coche aquí, por ejemplo? Allá en la esquina parece que asoma uno. Veamos e investiguemos... ¡Dios Santo! —continuó nuestro héroe, dirigiendo sus débiles e inseguros pasos hacia el lugar donde le pareció ver algo parecido a un coche—. No, esto es lo que haré: iré, caeré a sus pies, si es posible, y pediré su mano humildemente. Diré así y asá, que

pongo mi suerte en sus manos, en manos de mis superiores, que, su Excelencia, proteja y beneficie a este hombre; que esto y que lo otro, que así y asá, que es un acto ilegítimo; que no me arruine, que lo tomo a usted por un padre, no me deje... salve mi amor propio, mi honor, mi nombre y mi apellido... y sálveme de ese malvado, de ese hombre depravado... Él es otro hombre, su Excelencia, y yo también soy otro hombre; él sigue su camino y yo el mío; en verdad, yo sigo el mío, su Excelencia, yo sigo el mío, así es. Le diré que no puedo parecerme a él, que lo sustituya, que tenga la benevolencia de ordenar su sustitución y acabe con un reemplazo impío y arbitrario... para que no sirva de ejemplo a otros, su Excelencia. Lo tomo a usted por un padre; los superiores, desde luego, los superiores bienhechores y venerables deben alentar iniciativas como la mía... Hay en ellas incluso algo de caballeresco. Lo tomo a usted por un padre, autoridad bienhechora, le entrego mi destino sin objeción alguna, me entrego por entero y me aparto yo mismo del servicio... ¡eso es!».

—Y bien, querido, ¿eres cochero?

—Sí...

—Un coche, hermano, para esta noche...

—¿Y desea viajar lejos, señor?

—Para esta noche, para esta noche; adonde haga falta, querido, adonde haga falta.

—¿No querrá usted salir de la ciudad?

—Sí, amigo, puede que salga de la ciudad. Todavía ni yo lo sé a ciencia cierta, amigo, no puedo decírtelo con certeza, querido. Pues ya ves, querido, puede que todo se arregle, que todo sea para mejor cuando a algunas personas se les haya caído la máscara y algo quede al descubierto. Ya sabes, amigo...

—Sí, ya lo sé, señor, desde luego. Dios dé dicha y alegría a todos...

—Sí, amigo, sí. Te lo agradezco, querido. Y bien, ¿cuánto me cobras, querido?...

—¿Desea viajar ahora, señor?

—Sí, ahora, es decir, no, me esperarás en un lugar... así, un poquito, no esperarás mucho tiempo, querido...

—Bueno, si lo alquila por toda la noche no puedo cobrarle menos de seis rublos, con el tiempo que hace...

—Bueno, está bien, amigo, está bien; te lo agradeceré, querido. Bueno, entonces ahora llévame, querido.

—Tome asiento. Permítame que arregle esto un poquito... sírvase sentarse ahora. ¿Adónde ordena viajar?

—Al puente Izmáilovski, amigo.

El cochero se encaramó al pescante, arrancó con esfuerzo a sus flacos jamelgos de la artesa de heno y los arreó en dirección al puente Izmáilovski. Pero de pronto el señor Goliadkin tiró del cordón, hizo detener el coche y pidió con voz suplicante volver atrás, no hacia el puente Izmáilovski, sino hacia otra calle. El cochero tomó esa otra calle y al cabo de diez minutos el recientemente adquirido carruaje del señor Goliadkin se detuvo ante el edificio en el que vivía su Excelencia. El señor Goliadkin

salió del coche, le pidió encarecidamente al cochero que lo esperara y con el corazón en vilo subió corriendo al primer piso, tiró del cordón de la campanilla, la puerta se abrió y nuestro héroe se encontró en el recibidor de su Excelencia.

—¿Su Excelencia tiene a bien hallarse en casa? —preguntó el señor Goliadkin, dirigiéndose así al hombre que le abrió la puerta.

—¿Y usted qué desea, señor? —preguntó el lacayo, midiendo de pies a cabeza al señor Goliadkin.

—Yo, amigo, soy este... Goliadkin, el empleado, el consejero titular Goliadkin. Anúnciame así y asá, di que he venido a explicarme...

—Aguarde. Imposible, señor...

—Amigo, no puedo aguardar, mi asunto es importante, es un asunto que no admite dilación...

—¿De parte de quién viene usted? ¿Trae documentos consigo?...

—No, amigo, vengo por mi cuenta... Anúnciame así y asá, amigo, di que he venido a explicarme. Te lo agradeceré, querido...

—Imposible, señor. Tengo órdenes de no recibir gente. En casa hay invitados, señor. Sírvase venir mañana a las diez de la mañana, señor...

—Pero anúnciame, querido. No puedo, me es imposible esperar... Usted, querido, responderá por ello...

—Pero ve y anúncialo. ¿Qué? ¿Te da lástima gastar suela en vano, acaso? —dijo otro lacayo que, tendido sobre un banco, no había dicho hasta entonces una palabra.

—¡Al diablo las suelas! Se ha ordenado no recibir, ¿entiendes? El desfile de gente es por las mañanas.

—Anúncialo. ¿Qué? ¿Temes perder la lengua?

—Lo que es por mí, lo anunciaría. No perderé la lengua. Pero hay órdenes. Así como lo digo: hay órdenes. Pase a la habitación.

El señor Goliadkin entró en la primera habitación; sobre una mesa había un reloj. Le echó un vistazo: las ocho y media. El corazón se le encogió. Tenía ya ganas de dar marcha atrás, pero en ese mismo instante un lacayo larguirucho, de pie en el umbral de la siguiente habitación, pronunció en voz alta el apellido del señor Goliadkin. «¡Qué garganta!... —pensó nuestro héroe con una angustia inenarrable—. A ver, si hubieras dicho: ‘este... que así y asá, que ha venido sumisa y humildemente a explicarse... este... tenga la benevolencia de recibirlo...’». Pero ahora el asunto es causa perdida, todo mi asunto se lo llevó el viento. Por otra parte... sí, bueno, no importa...’. Por lo demás, no había nada que reflexionar. El lacayo se volvió, dijo «por favor» y condujo al señor Goliadkin al despacho.

Cuando entró, nuestro héroe sintió como si hubiera perdido la vista, ya que no veía absolutamente nada. Dos o tres figuras, sin embargo, fulguraron ante sus ojos. «Ah, sí, son los invitados», surcó la cabeza del señor Goliadkin. Al fin, nuestro héroe empezó a distinguir claramente la estrella sobre el frac negro de su Excelencia; luego, gradualmente, pasó al frac negro, y por último recobró su plena capacidad de

percepción...

—¿Qué desea, señor? —dijo una voz conocida por encima del señor Goliadkin.

—Soy el consejero titular Goliadkin, su Excelencia.

—¿Y bien?

—He venido a explicarme...

—¿Cómo?... ¿Qué?...

—Pues eso. Digo que he venido a explicarme así y asá, su Excelencia...

—Pero usted... ¿usted quién es?

—El se-se-señor Goliadkin, su Excelencia, consejero titular.

—Bueno, ¿pero qué es lo que necesita?

—Decirle que así y asá, que lo tomo por un padre, que yo mismo me aparto del servicio, y que me proteja del enemigo... ¡eso es!

—¿Qué significa esto?...

—Es cosa sabida...

—¿Qué es cosa sabida?

El señor Goliadkin guardó silencio. La barbilla empezó a temblarle ligeramente...

—¿Y bien?

—Pensé que era algo caballeresco, su Excelencia... Me dije que había en esto algo caballeresco, y que tomaba a la autoridad por un padre... que así y asá, protéjame, se lo pido... pido con lá... lágrimas en los ojos, y que ini... iniciativas como la mía de... deben ser alen... alen... alentadas...

Su Excelencia le volvió la espalda. Nuestro héroe estuvo unos instantes sin poder distinguir nada con sus ojos. El pecho se le oprimía, se le cortaba la respiración. No sabía dónde estaba... Lo embargó cierta vergüenza y tristeza. Dios sabía qué iría a suceder... Cuando se recobró, nuestro héroe advirtió que su Excelencia hablaba con sus invitados y parecía deliberar en un tono seco y brusco con ellos. El señor Goliadkin reconoció de inmediato a uno de los invitados. Era Andréi Filíppovich. A otro no lo reconoció, pero su rostro también le resultaba conocido: era una figura alta, robusta, ya entrada en años, dotada de unas cejas y patillas bastante espesas y de una mirada expresiva y penetrante. El desconocido llevaba una condecoración en el cuello y un cigarro en la boca; fumaba sin quitarse el cigarro de los labios, asentía significativamente con la cabeza y de vez en cuando echaba un vistazo al señor Goliadkin. El señor Goliadkin empezó a sentirse incómodo; apartó los ojos a un lado y allí vio a otro invitado muy extraño. Junto a una puerta que nuestro héroe había tomado hasta entonces por un espejo, como ya le había pasado en otras ocasiones, apareció *él*... bien se sabe quién, el muy íntimo conocido y amigo del señor Goliadkin. El señor Goliadkin menor, en efecto, había estado hasta ese momento en otra pequeña habitación, escribiendo algo a toda prisa; ahora, por lo visto, se requería su presencia, y él apareció con unos documentos bajo el brazo, se acercó a su Excelencia y con mucha habilidad, aguardando una exclusiva atención hacia su persona, logró entremezclarse en la conversación y conciliábulo, ocupando un sitio

un poco a espaldas de Andréi Filíppovich y ocultándose a medias tras el desconocido del cigarro. Al parecer, el señor Goliadkin menor participaba con sumo interés en la conversación, que ahora escuchaba con aire noble, moviendo la cabeza, no dejando quietos sus pies, sonriendo, mirando a cada momento a su Excelencia como implorándole con los ojos que también a él le permitieran aportar su granito de arena. «¡Canalla!», pensó el señor Goliadkin, dando involuntariamente un paso hacia delante. En ese instante el general se volvió y con bastante irresolución se acercó al señor Goliadkin.

—Bueno, está bien, está bien, vaya con Dios. Examinaré su caso y ordenaré que lo acompañen... —ahí el general cruzó una mirada con el desconocido de patillas espesas. Este, en señal de aprobación, movió la cabeza.

El señor Goliadkin sentía y comprendía claramente que lo tomaban por otra cosa, y en absoluto como correspondía. «De algún modo u otro tengo que explicarme —pensó—, decirle que así y asá, su Excelencia». En su embarazo bajó los ojos al suelo y, para gran sorpresa suya, vio en las botas de su Excelencia una considerable mancha blanca. «¿Acaso se le rompieron?», pensó el señor Goliadkin. Pronto, sin embargo, el señor Goliadkin descubrió que las botas de su Excelencia no estaban para nada rotas, sino que reflejaban vivamente la luz, fenómeno perfectamente explicable por el hecho de que las botas eran de charol y brillaban con intensidad. «Eso se llama *realce* —pensó nuestro héroe—, nombre que se emplea sobre todo en los talleres de los pintores; en otros sitios a ese reflejo lo llaman *arista luminosa*». Ahí el señor Goliadkin levantó los ojos y vio que era hora de hablar, porque el asunto podía terminar muy mal... Nuestro héroe dio un paso adelante.

—Digo que así son las cosas, su Excelencia, y que con la impostura no se va a ninguna parte en nuestros tiempos.

El general no respondió nada, pero tiró fuerte del cordón de la campanilla. Nuestro héroe dio otro paso adelante.

—Es un hombre ruin y depravado, su Excelencia —dijo nuestro héroe fuera de sí y pasmado de espanto, pero, pese a ello, señalando con resolución y valentía a su indigno gemelo, que en ese instante daba pasitos junto a su Excelencia—. Así son las cosas, estoy aludiendo a una persona conocida.

Las palabras del señor Goliadkin fueron seguidas de una conmoción general. Andréi Filíppovich y el desconocido menearon las cabezas; su Excelencia tiró impaciente y con todas sus fuerzas del cordón de la campanilla para llamar a sus criados. Ahí el señor Goliadkin menor dio a su vez un paso adelante.

—Su Excelencia —dijo—, le pido humildemente permiso para hablar —en la voz del señor Goliadkin menor sonó una nota de extrema resolución; todo en él indicaba que se sentía enteramente en su derecho.

—Permítame preguntarle —comenzó de nuevo, anticipando en su celo la respuesta de su Excelencia y dirigiéndose esta vez al señor Goliadkin—, permítame preguntarle: ¿en presencia de quién se explica usted así? ¿Ante quién está? ¿En el

despacho de quién se encuentra?... —el señor Goliadkin menor era presa de una extraordinaria agitación, lucía todo encarnado y ardía de indignación e ira; incluso le asomaron lágrimas a los ojos.

—¡Los señores Bassavriúkov! —bramó a voz en cuello un lacayo que apareció a la puerta del despacho.

«Un noble y buen apellido, originario de Ucrania», pensó el señor Goliadkin, y enseguida sintió que alguien apoyaba muy amistosamente una mano sobre su espalda; luego se apoyó otra; el vil gemelo del señor Goliadkin se lanzó solícito hacia delante para mostrar el camino, y nuestro héroe vio claramente que, por lo visto, lo conducían hacia la gran puerta del despacho. «Punto por punto como en casa de Olsufi Ivánovich», pensó, y se encontró en el recibidor. Miró en torno suyo y vio cerca de él a los dos lacayos de su Excelencia y a su gemelo.

—¡El capote, el capote, el capote, el capote de mi amigo! ¡El capote de mi mejor amigo! —empezó a gorjear el perverso, arrancando de las manos de un criado el capote y arrojándoselo por la cabeza al señor Goliadkin, para someterlo al más vil y bochornoso escarnio. Mientras se quitaba de encima el capote, el señor Goliadkin mayor oyó claramente la risa de los dos lacayos. Pero, sin escuchar ni prestar atención a nada de lo que lo rodeaba, salió del recibidor y se encontró en la escalera iluminada. El señor Goliadkin menor fue tras él.

—¡Adiós, su Excelencia! —le gritó al señor Goliadkin mayor.

—¡Canalla! —dijo nuestro héroe fuera de sí.

—Y bueno, seré un canalla...

—¡Perverso!

—Y bueno, seré un perverso... —respondió al digno señor Goliadkin su indigno enemigo, y, fiel a su inherente vileza, miró desde lo alto de la escalera, directamente y sin pestañear, a los ojos del señor Goliadkin, como incitándole a que continuara. Nuestro héroe escupió de indignación y salió corriendo al soportal. Cuando llegó a este, estaba tan aniquilado que no comprendía quién ni cómo lo sentó en el coche. Al volver en sí vio que lo llevaban por el Fontanka. «¿Quiere decir que vamos al puente Izmáilovski?», pensó el señor Goliadkin... Entonces el señor Goliadkin quiso reflexionar sobre algo más, pero no pudo; era algo tan horrible que resultaba imposible de explicar... «¡Bueno, no importa!», concluyó nuestro héroe, y se dirigió al puente Izmáilovski.



## CAPÍTULO XIV - 1846

*De cómo el señor Goliadkin rapta a Klara Olsúfevna. De cómo sucedió todo lo que el señor Goliadkin presentía. Final de toda esta historia completamente inverosímil.*

[...] Parecía que el tiempo quería mejorar. En efecto, el aguanieve que hasta entonces había caído a cántaros empezó poco a poco a menguar y menguar, y por último cesó por completo. Se dejó ver el cielo, y sobre él, por aquí y por allí, chispeaban estrellitas. Pero todo seguía mojado, embarrado, húmedo y sofocante, sobre todo para el señor Goliadkin, que ya sin eso apenas podía contener el aliento. El capote empapado y más pesado le impregnaba todos los miembros con una humedad desagradablemente cálida, y con su peso doblegaba sus ya de por sí muy debilitadas piernas. Cierta temblor febril recorría como un hormigueo punzante y corrosivo todo su cuerpo; el agotamiento le producía un sudor frío, enfermizo, de modo que el señor Goliadkin esta vez olvidó, pese a lo oportuno de la ocasión, repetir con la firmeza y resolución que le eran inherentes su frase favorita, que en una de esas, a lo mejor, de algún modo, seguro y sin falta, todo aquello se arreglaría. «Por lo demás, todo esto no tiene aún importancia», añadió nuestro fuerte héroe sin perder el ánimo, enjugando de su rostro las gotas de agua fría que chorreaban en todas direcciones desde el ala redonda de su sombrero, tan calado que ya no podía contener el agua. Tras añadir que todo ello no tenía aún importancia, nuestro héroe trató de sentarse en un tocón bastante grueso cerca de un montón de leña en el patio de Olsufi Ivánovich. Por supuesto, en serenatas españolas y escaleras de seda no cabía ya siquiera pensar; pero en un rinconcito apartado que fuera, si no cálido, al menos acogedor y oculto, sí cabía pensar. Lo seducía fuertemente, dicho sea de paso, el mismo rinconcito en el zaguán del departamento de Olsufi Ivánovich, donde ya anteriormente, casi al comienzo de esta verídica historia, nuestro héroe había pasado sus dos horas entre un armario y unos biombos viejos, entre toda suerte de trastos, cachivaches y cacharros. Sucede que ahora también el señor Goliadkin estaba de pie y llevaba ya dos horas enteras esperando en el patio de Olsufi Ivánovich. Pero en cuanto al rinconcito apartado y acogedor de marras había ahora algunos inconvenientes que antes no se habían presentado. El primer inconveniente era que, probablemente, ese lugar estaba ahora marcado y respecto a él se habían tomado algunas medidas preventivas desde aquella historia en el último baile de Olsufi Ivánovich; y el segundo era que debía esperar una señal convenida de parte de Klara Olsúfevna, porque sin falta debía existir una señal convenida cualquiera. Así siempre ocurría y «por así decir, no somos los primeros ni seremos los últimos». El señor Goliadkin recordó a propósito cierta novela que ya había leído hacía mucho tiempo en la que la heroína dio una señal convenida a su Alfred en una circunstancia exactamente similar a esta, atando a la ventana una

cintita rosa. Pero una cintita rosa ahora, de noche y bajo el clima petersburgués, célebre por su humedad y destemplanza, poco tenía que ver en el asunto, y, en una palabra, era del todo imposible. «No, aquí no caben escaleras de seda —pensó nuestro héroe—. Yo mejor me quedo aquí, tranquilito, apartado y escondido... yo mejor me quedo aquí, por ejemplo», y eligió un lugarcito en el patio enfrente mismo de las ventanas de Olsufi Ivánovich, junto a un montón de leña apilada. Por supuesto, por el patio iban y venían muchas personas ajenas, postillones, cocheros; también traqueteaban las ruedas, resollaban los caballos y demás; pero igual el lugar era cómodo: primero, allí se podía actuar a hurtadillas, y segundo, lo advirtieran o no, al menos tenía la ventaja de que el asunto transcurría en cierto modo a la sombra, y al señor Goliadkin nadie lo veía, mientras que él podía ver decididamente todo. Las ventanas estaban vivamente iluminadas; se celebraba una reunión de gala en casa de Olsufi Ivánovich. Los músicos, sin embargo, aún no se oían. «Quiere decir que no es un baile, sino que se han reunido por otro motivo —pensó con cierta angustia nuestro héroe—. Pero ¿era hoy? —cruzó por su cabeza—. ¿No me habré equivocado de fecha? Puede ser, todo puede ser... Así es, todo puede ser... También puede ser que la carta haya sido escrita ayer y no me haya llegado, y que no me haya llegado porque Petrushka se entrometió en el asunto, ¡canalla que es! O quizás fue escrita mañana, es decir, que yo... que había que hacer todo mañana, es decir esperar con el coche...». Ahí nuestro héroe quedó definitivamente aterido de frío y hurgó en su bolsillo en busca de la carta para cerciorarse. «Pero ¿cómo es esto? —susurró medio muerto el señor Goliadkin—. Pero ¿dónde la dejé? ¿La habré perdido? ¡Lo único que faltaba! —dijo al fin en un gemido, como conclusión—. ¿Y si la perdí de alguna manera? ¿Y si ahora cae en malas manos? ¡Si no es que ya cayó! ¡Dios! ¡Qué consecuencias tendrá esto! ¡Qué consecuencias tendrá! Lo que pasará si... ¡Ay, qué destino aborrecible el mío!». Ahí el señor Goliadkin empezó a temblar como una hoja ante la idea de que, acaso, su indecente gemelo, al arrojarle el capote por la cabeza, tuviera precisamente el objetivo de hurtar la carta, de la cual se enteró, de algún modo, por los enemigos del señor Goliadkin. «Además, la intercepta como prueba... —pensó nuestro héroe—. ¡Y vaya prueba!...». Tras el primer acceso y pasmo de terror, la sangre afluyó a la cabeza del señor Goliadkin. Lanzando un gemido y rechinando los dientes se tomó la ardiente cabeza, se dejó caer en el tocón y se puso a pensar en algo... Pero las ideas no lograban hilvanarse en su mente. Fulguraron algunos rostros, acudieron, ora confusa, ora nítidamente, algunos sucesos largo tiempo olvidados, vinieron a su recuerdo motivos de estúpidas canciones... ¡Su angustia, su angustia excedía todo límite! «¡Dios mío! ¡Dios mío! —pensó cuando se recobró un poco nuestro héroe, reprimiendo un hondo sollozo en el pecho—. ¡Dame fortaleza de espíritu en la insondable profundidad de mi desgracia! Que estoy perdido, acabado por completo, no cabe ya ninguna duda, y eso está en el orden de las cosas, pues no puede ser de otra manera. En primer lugar, he perdido mi puesto, sin falta lo he perdido, es imposible que no lo haya perdido... A ver, supongamos que las cosas se

arreglen de alguna manera. Supongamos que mi dinerito me alcance para un primer momento; allá habrá que conseguir otro departamentito, harán falta algunos mueblecitos... Petrushka, en primer lugar, ya no estará conmigo. Puedo arreglármelas sin ese canalla... me ayudarán los otros inquilinos. ¡Bueno, está bien! Entraré y saldré cuando me dé la gana, y Petrushka no rezongará con que regreso tarde... eso es; por eso son buenos los inquilinos... Bueno, supongamos que todo va bien; solo que ¿por qué me pongo a hablar de cualquier cosa menos de la que debo hablar? Así es como será... es así como será...». Entonces la idea de su situación actual volvió a iluminar la memoria del señor Goliadkin. Miró en torno suyo. «¡Ay, Dios mío, Dios mío! ¡Dios mío! ¿De qué estoy hablando ahora?», pensó, desconcertado por completo y tomándose la ardiente cabeza...

—¿Piensa irse pronto, señor? —dijo una voz por encima del señor Goliadkin. El señor Goliadkin se estremeció, pero ante él estaba su cochero, también calado y aterido hasta los huesos, que debido a la impaciencia y al aburrimiento tuvo la idea de ir a ver lo que hacía el señor Goliadkin tras la leña.

—Yo, amigo, estoy bien... yo, amigo, pronto, muy pronto, tú espera...

El cochero se alejó murmurando entre dientes. «¿Por qué murmura? —pensó entre lágrimas el señor Goliadkin—. Si lo contraté por toda la noche, si yo... estoy en mi derecho ahora... ¡eso es! Lo contraté por toda la noche y asunto cerrado; así que, querido, es asunto cerrado. Aunque pases la noche ahí parado es lo mismo. Hago lo que quiero. Si quiero, viajo, y si no quiero, no viajo. ¡Así es, querido! Y que esté aquí parado detrás de la leña no significa nada... y no te atrevas a abrir la boca; si el señor quiere estar detrás de la leña, pues que esté detrás de la leña... no mancilla el honor de nadie... ¡eso es! Así es, señora mía, si eso es lo que quiere saber. Y en una cabaña, señora mía, es decir, así y asá, en nuestros tiempos nadie vive. ¡Eso es! Y sin buenas costumbres en nuestros tiempos industriales, señora mía, no se llega a ninguna parte, de lo que usted misma sirve ahora de nefasto ejemplo... Dirá usted que un jefe de despacho puede trabajar y vivir en una cabaña a orillas del mar. En primer lugar, señora mía, a orillas del mar no hay jefes de despacho, y en segundo lugar, el puesto de jefe de despacho no es algo que usted y yo podamos alcanzar. Porque, supongamos, por ejemplo, que presento una solicitud, que aparezco y digo así y asá, que quiero trabajar como jefe de despacho, que este... protéjame del enemigo... entonces le dirán, señora, que este... jefes de despacho hay muchos, y que no está usted en casa de la emigrante Falbalá, donde aprendió buenas costumbres, de lo que usted misma sirve de nefasto ejemplo. Buena costumbre, señora, es quedarse en casa, respetar al padre y no pensar en noviecitos antes de tiempo. Los noviecitos, señora, ya aparecerán a su tiempo... ¡eso es! Por supuesto, nadie discute que se necesitan diversos talentos, por ejemplo, tocar un poco el piano en ciertas ocasiones, hablar francés, saber algo de historia, geografía, religión y aritmética... ¡eso es!... pero no hace falta más. Y también cocina. ¡Sin duda la cocina debe formar parte del ámbito de conocimientos de toda doncella morigerada! En cambio, ¿qué tenemos aquí? En

primer lugar, hermosa mía, muy señora mía, no la dejarán fugarse; la perseguirán, la atraparán y la mandarán al monasterio. ¿Entonces qué, señora mía? ¿Entonces qué me ordenará hacer? ¿Me ordenará, señora mía, siguiendo el ejemplo de algunas estúpidas novelas, hacerme al monte más cercano y derretirme en lágrimas contemplando los fríos muros de su prisión para finalmente morir, según la costumbre de algunos horribles poetas y novelistas alemanes, señora? Pero, en primer lugar, permítame decirle como amigo que las cosas no se hacen así, y, en segundo lugar, que le daría unos buenos azotes a usted por leer libritos franceses y a sus padres por habérselo permitido; porque los libritos franceses no enseñan nada bueno. ¡Son veneno... un veneno putrefacto, señora mía! ¿O usted cree, permítame que le pregunte, o usted cree que, por así decir, huiremos así y asá, impunemente, y que... hay una cabaña esperándola a orillas del mar Caspio, y que por mi parte yo seré jefe de despacho? ¿Y que comenzaremos a arrullarnos y a hablar sobre diversos sentimientos, y que así pasaremos toda la vida, felices y contentos? ¿Y que luego, cuando aparezca el polluelo, nosotros este... diremos que así y asá, padre nuestro y consejero de Estado, Olsufi Ivánovich, nos apareció un polluelo, así que aproveche tan favorable ocasión para quitar la maldición que pesa sobre nosotros y bendiga nuestro matrimonio? No, señora, otra vez se lo digo, las cosas no se hacen así, y sepa ante todo que no habrá arrullos de ningún tipo, no se haga ilusiones. Hoy el marido, señora mía, es amo y señor, y una esposa buena y bien educada debe darle todos los gustos. Hoy, en nuestros tiempos industriales, las ternezas no son amadas, señora; ya pasaron los tiempos de Jean-Jacques Rousseau. Hoy, por ejemplo, el marido llega con hambre del trabajo y dice: ‘Encanto, ¿hay algo para picar, vodkita para beber, algún arenquito para comer?’. Y usted, señora, tendrá que tener el vodkita y el arenquito preparados al instante. El marido comerá con apetito, a usted ni siquiera la mirará y le dirá: ‘Ve a la cocina, gatito, y vigila la comida’, y a lo sumo le dará un besito una vez por semana, y encima con indiferencia... ¡Así es como hacemos hoy, señora mía! ¡Encima con indiferencia!... Así es como será si se lo piensa bien, si llegados a este punto miramos la cuestión desde ese ángulo... ¿Y yo qué tengo que ver? ¿Por qué me metió en sus caprichos, señora? ‘Noble hombre que sufre por mí y siempre caro a mi corazón, etc.’. Pero, en primer lugar, yo, señora mía, no le convengo, usted misma lo sabe; no soy un maestro en cumplidos, no me gusta decir bagatelas perfumadas a las damas, los falderos no son de mi estima, y mi aspecto, debo reconocerlo, no es el mejor. No encontrará en mí falsa jactancia y pudor, se lo confieso ahora con toda sinceridad. Pues así es, solo poseo un carácter recto y abierto, y sentido común; no me ando con intrigas. No soy un intrigante, y me enorgullezco de ello... ¡eso es!... Voy sin máscara entre la buena gente, y para decirle todo...».

De pronto el señor Goliadkin se estremeció. La barba pelirroja y empapada de su cochero volvió a asomarse tras la leña...

—Ya voy, amigo; yo, amigo, ¿sabes?, enseguida voy; yo, amigo, enseguida —respondió el señor Goliadkin con voz débil y trémula.

El cochero se rascó la nuca, luego se alisó la barba, luego dio un paso adelante... se detuvo y miró con recelo al señor Goliadkin.

—Ya voy, amigo; ya ves... amigo... todavía un poquito, ya ves, amigo, un segundito más... ya ves, amigo...

—¿No piensa ir a ninguna parte? —dijo al fin el cochero, acercándose al señor Goliadkin con aire firme y resuelto...

—No, amigo, ya voy. Yo, ya ves, amigo, estoy esperando...

—Sí...

—Yo, ya ves, amigo..., ¿de qué aldea eres, amigo?

—Soy siervo...

—¿De buenos amos?...

—Puede ser...

—Sí, amigo; tú espera aquí, amigo. Ya ves, amigo, ¿hace mucho que estás en Petersburgo?

—Pues ya hace un año...

—¿Y te va bien, amigo?

—Puede ser.

—Sí, amigo, sí. Da gracias a la providencia, amigo. Tú, amigo, búscate a un buen hombre. Hoy las buenas personas escasean, querido; uno que te mantenga limpio, te dé de comer y de beber, querido, un buen hombre... A veces ves que los ricos también derraman lágrimas, amigo..., ves algún ejemplo lamentable; así es, querido...

El cochero pareció sentir lástima del señor Goliadkin.

—Como quiera, señor, esperaré. ¿Piensa esperar mucho tiempo?

—No, amigo, no; yo, ¿sabes?, este... pues no voy a esperar más, querido. ¿Qué crees, amigo? Confío en ti. No voy a esperar más aquí...

—¿No piensa ir a ninguna parte?

—No, amigo; no, te lo agradeceré, querido..., eso es. ¿Cuánto te debo, querido?

—Pues lo que hemos convenido, señor. He esperado mucho señor; no ofenda usted a este hombre, señor.

—Bueno, aquí tienes, querido, aquí tienes —el señor Goliadkin le dio seis rublos al cochero decidido a no perder más tiempo y, concluyendo que todo aquello había sucedido exactamente de ese modo y que lo mejor era dejar las cosas así, es decir, irse sano y salvo, más aún por cuanto el asunto estaba definitivamente resuelto y el cochero había sido despachado, por lo que no tenía ya nada que esperar, abandonó el patio, salió a la calle, giró a la izquierda y sin mirar atrás, jadeante y alegre, se echó a correr. «Quizás todo se arregle —pensó—, y de este modo he evitado una desgracia». En efecto, de pronto el alma del señor Goliadkin experimentó un alivio inusual. «¡Ah, si todo se arreglara! —pensó nuestro héroe, aunque apenas dando crédito a sus palabras—. Entonces yo este... —pensó—. No, yo mejor lo encaro así, por el otro lado... ¿O mejor hacer así?...». De esta guisa, vacilando y buscando la clave para

resolver sus dudas, nuestro héroe llegó al puente Semiónovski, y una vez allí decidió juiciosa y definitivamente dar la vuelta. «Será mejor —pensó—. Será mejor que lo encare por el otro lado, es decir, de esta manera. Haré así: seré un observador ajeno y asunto cerrado; diré que soy un observador, una persona ajena... y listo, y pase lo que pase no seré yo el culpable. ¡Eso es! Así es como será ahora».

Una vez que tomó la decisión de regresar, nuestro héroe en efecto regresó, más aún por cuanto, de acuerdo con su feliz idea, era ahora una persona completamente ajena. «Así será mejor: no respondes por nada y verás lo que corresponde... ¡eso es!». Es decir, el cálculo era bien preciso y asunto cerrado. Así pues, como el asunto estaba totalmente cerrado y ya no había de quién quejarse, y como todos debían ser completamente felices y contentos, nuestro héroe a su vez acabó por tranquilizarse. Más calmado, volvió a deslizarse bajo el pacífico amparo de su tranquilizador y protector montón de leña y se puso a mirar atentamente las ventanas. Esa vez no tuvo que mirar y esperar largo tiempo. De pronto, en todas las ventanas a la vez, se dejó ver una agitación extraña, fulguraron figuras, se corrieron cortinas, grupos enteros de personas se apiñaban en las ventanas del departamento de Olsufi Ivánovich, todos buscaban con sus miradas algo en el patio. Parapetado tras su salvador montón de leña, nuestro héroe, a su vez, también se puso a seguir con curiosidad esa agitación general y a estirar con interés su cabeza a diestra y siniestra, al menos cuanto se lo permitía la escasa sombra del montón de leña que lo ocultaba. De pronto quedó pasmado, se estremeció y, del horror, a punto estuvo de dejarse caer. Conque así eran las cosas... Conque así sucedía todo ahora... Lo que buscaban no era algo o a alguien, sino que lo buscaban sencillamente a él, al señor Goliadkin. Y en efecto era así, no cabía duda alguna. Al parecer así eran las cosas, al parecer era así y así, estaban buscando al señor Goliadkin. Todos miraban y señalaban en su dirección. Huir era imposible: lo verían... Pasmado, el señor Goliadkin se apretó lo más posible contra la leña, y solo entonces reparó en que la pérfida sombra lo había traicionado, que no lo cubría por completo. Nuestro héroe en ese momento habría aceptado con el mayor placer escabullirse en alguna ratonera abierta en medio de la leña y quedarse allí tranquilito, si ello fuera posible. Pero era absolutamente imposible. En su agonía, nuestro héroe decidió al fin mirar resuelta y directamente todas las ventanas a la vez; ello sería lo mejor... Fue ahí que se consumió de vergüenza. Todos lo habían visto, todos al mismo tiempo, todos le hacían señas con las manos, todos le sacudían la cabeza, todos lo llamaban; crujieron y se abrieron varios postigos; algunas voces empezaron a gritarle algo al mismo tiempo... «Me sorprende cómo no azotan a esas muchachas desde la infancia», murmuró para sus adentros nuestro héroe, totalmente desconcertado. De pronto del soportal salió corriendo él (ya se sabe quién), sólo con el uniforme puesto, sin sombrero, sofocado, con aire ajetreado, haciendo gracias, dando pasitos y brincando, expresando pérfidamente la más terrible alegría de ver por fin al señor Goliadkin.

—Iákov Petróvich —gorjeó el hombre conocido por su futilidad—, Iákov

Petróvich, ¿está usted aquí? Se va a resfriar. Aquí hace frío, Iákov Petróvich. Sírvase entrar.

—¡Iákov Petróvich! No, estoy bien, Iákov Petróvich —murmuró con voz sumisa nuestro héroe.

—No, no se puede, Iákov Petróvich. Preguntan por usted, preguntan humildemente por usted, lo están esperando. «Háganos el favor de traer aquí a Iákov Petróvich», dicen. Eso es.

—No, Iákov Petróvich. Yo, vea, haría mejor en... Haría mejor en regresar a casa, Iákov Petróvich... —dijo nuestro héroe, ardiendo a fuego lento y estupefacto de vergüenza y terror, todo al mismo tiempo.

—¡No, no, no, no, no! —gorjeó el repugnante hombre—. ¡No, no, no! ¡Por nada del mundo! ¡Vamos! —dijo con resolución, y arrastró hacia el soportal al señor Goliadkin mayor. El señor Goliadkin mayor no quería ir en absoluto, pero dado que todos lo miraban y hubiera sido estúpido resistirse y porfiar, nuestro héroe se puso en marcha, si bien no se puede decir que marchara, ya que no tenía la menor idea de lo que le sucedía. ¡Después de todo, no importaba!

Antes de que nuestro héroe tuviera tiempo de arreglarse y recobrase un poco se encontró en una sala. Estaba pálido, desgredado, destrozado; con los ojos turbios echó una mirada a toda la multitud... ¡horror! Las salas, todas las habitaciones, todo, todo estaba abarrotado a más no poder. Había un sinfín de personas, toda una miriada de damas; todo eso se estrechaba en torno al señor Goliadkin, todo eso tendía hacia el señor Goliadkin, todo eso llevaba sobre los hombros al señor Goliadkin, que notaba claramente que lo conducían en cierta dirección. «Pero no es hacia la puerta», surcó la cabeza del señor Goliadkin. En efecto, lo conducían no hacia la puerta, sino directamente hacia el confortable sillón de Olsufi Ivánovich. A un lado del sillón estaba Klara Olsúfevna, pálida, lánguida, triste, pero pomposamente engalanada. Saltaron especialmente a los ojos del señor Goliadkin unas pequeñas florcitas blancas sobre sus cabellos negros, lo que producía un efecto magnífico. Al otro lado del sillón se hallaba Vladímir Semiónovich, de frac negro, con su nueva condecoración en el ojal. Al señor Goliadkin lo llevaban del brazo, y, como ha sido dicho, directamente hacia Olsufi Ivánovich: a un lado iba el señor Goliadkin menor, que había adoptado un aire en extremo decoroso y bienintencionado, lo que alegró indeciblemente a nuestro héroe; al otro lado iba Andréi Filíppovich con el gesto más solemne dibujado en el rostro. «¿Qué será esto?», pensó el señor Goliadkin. Pero, cuando vio que lo llevaban hacia Olsufi Ivánovich, fue como si lo fulminara un rayo. El pensamiento de la carta interceptada refulgió en su mente... Con una agonía infinita, nuestro héroe compareció ante el sillón de Olsufi Ivánovich. «¿Qué haré ahora? —pensó—. Desde luego, actuar con atrevimiento, es decir, con una franqueza no privada de hidalguía; decir así y asá y etc.». Pero lo que nuestro héroe al parecer temía no sucedió. Olsufi Ivánovich acogió, por lo visto, muy bien al señor Goliadkin, y aunque no le tendió su mano, al menos, al mirarlo, meneó su canosa cabeza que tanto respeto inspiraba, la

meneó con aire solemne y afligido, pero al mismo tiempo benévolo. Así por lo menos le pareció al señor Goliadkin. Le pareció incluso que una lágrima brillaba en los turbios ojos de Olsufi Ivánovich; levantó la vista y vio que en las pestañas de Klara Olsúfevna también parecía brillar una lagrimita; que en los ojos de Vladímir Semiónovich parecía suceder otro tanto; que, por último, la imperturbable y tranquila dignidad de Andréi Filíppovich también participaba del lagrimeo general; que, por último, el muchacho que una vez le había resultado tan similar a un importante consejero también sollozaba con amargura, aprovechando el momento... Aunque quizás todo ello solo le pareciera al señor Goliadkin, porque él mismo se había echado a llorar y sentía claramente cómo sus ardientes lágrimas corrían por sus frías mejillas... Con una voz plena de sollozos, reconciliado con la gente y el destino, lleno de amor en ese instante no solo por Olsufi Ivánovich, no solo por todos los invitados tomados en conjunto, sino incluso por su maléfico gemelo, que ahora, por lo visto, no era en absoluto maléfico y ni siquiera gemelo del señor Goliadkin, sino un hombre completamente ajeno y muy amable, nuestro héroe quiso dirigirse a Olsufi Ivánovich en una conmovedora efusión de alma; pero la abundancia de todo lo que había en él acumulado le impidió explicar nada, y solo se limitó, en un gesto muy elocuente, a señalarse el corazón en silencio... Finalmente, Andréi Filíppovich, quizás deseando compadecerse de la sensibilidad del canoso anciano, llevó al señor Goliadkin un poco a un costado y lo dejó, por cierto, en una posición de aparente independencia. Sonriendo, murmurando algo entre dientes, algo perplejo, pero en todo caso reconciliado casi por completo con la gente y el destino, nuestro héroe comenzó a caminar al azar a través de la densa masa de invitados de Olsufi Ivánovich. Todos le daban paso, todos lo miraban con extraña curiosidad y con un interés inexplicable y enigmático. Nuestro héroe pasó a otra habitación: la misma atención en todas partes; percibía vagamente que toda la multitud se apretujaba a sus espaldas, cómo reparaban en cada uno de sus pasos, cómo todos conversaban en silencio de algo muy interesante, meneaban las cabezas, hablaban, deliberaban, discutían y susurraban. El señor Goliadkin bien hubiera querido saber sobre qué deliberaban, discutían y susurraban todos. Por lo demás, sabía muy bien sobre qué. Nuestro héroe se dio vuelta y vio a su lado al señor Goliadkin menor. Sintiendo la necesidad de tomarlo de la mano y llevarlo hacia un costado, el señor Goliadkin le pidió encarecidamente al otro Iákov Petróvich que lo ayudara en todas sus futuras iniciativas y no lo abandonara en los momentos críticos. El señor Goliadkin menor asintió gravemente con la cabeza y estrechó con fuerza la mano del señor Goliadkin mayor. El corazón de nuestro héroe empezó a palpitar de la emoción. Pero al mismo tiempo se ahogaba, sentía una opresión cada vez mayor, sentía que todos esos ojos dirigidos a él lo abrumaban y agobiaban... El señor Goliadkin vio a la pasada a aquel consejero que llevaba peluca. El consejero lo observaba con una mirada severa, inquisitiva, para nada enternecida por la simpatía general... Nuestro héroe quiso ir derecho hacia él para sonreírle y explicarse en el acto con él, pero el asunto no



prosperó. Por un instante el señor Goliadkin se olvidó de todo, perdió la memoria y los sentidos... Cuando se recobró, advirtió que daba vueltas dentro de un amplio círculo de invitados que lo rodeaban. Como pudo, nuestro héroe se arrancó de ese amplio círculo y se dispuso a encaminarse hacia la puerta. De pronto, desde otra habitación gritaron el nombre del señor Goliadkin; el grito se extendió enseguida por toda la multitud. Todos se conmocionaron, todos levantaron bullicio, todos se precipitaron hacia la puerta de la primera sala; nuestro héroe fue casi llevado en alzas por el gentío, y el despiadado consejero de la peluca quedó codo a codo con él. Finalmente, tomó al señor Goliadkin de la mano y lo sentó a su lado, frente al sillón de Olsufi Ivánovich, aunque a una distancia bastante considerable. Todos los presentes se sentaron formando diferentes filas en torno al señor Goliadkin y Olsufi Ivánovich. Todos se callaron y calmaron, todos observaban un silencio solemne, todos miraban a Olsufi Ivánovich, aguardando evidentemente algo no del todo corriente. El señor Goliadkin advirtió que junto al sillón de Olsufi Ivánovich, y directamente enfrente del consejero, se habían instalado el otro señor Goliadkin y Andréi Filíppovich. El silencio se prolongaba; en verdad algo aguardaban. «Punto por punto como en una familia cuando alguno de sus miembros va a emprender un largo camino; solo falta que nos levantemos y elevemos una oración», pensó nuestro héroe. De pronto se produjo una conmoción extraordinaria que interrumpió todas las reflexiones del señor Goliadkin. Sucedió lo que habían esperado largo tiempo. «¡Ahí viene, ahí viene!», resonó entre la multitud. «¿Quién será el que viene?», resonó en la cabeza del señor Goliadkin, y se estremeció ante una sensación extraña. «¡Ya es hora!», dijo el consejero, mirando atentamente a Andréi Filíppovich. Este, por su parte, miró a Olsufi Ivánovich, quien asintió grave y solemnemente con la cabeza. «De pie», dijo el consejero, levantando al señor Goliadkin. Todos se pusieron de pie. Entonces el consejero tomó de la mano al señor Goliadkin mayor, Andréi Filíppovich hizo lo propio con el señor Goliadkin menor y ambos juntaron a los dos seres perfectamente iguales en medio de aquella multitud llena de expectación. Nuestro héroe miró perplejo en torno suyo, pero enseguida lo detuvieron y le señalaron al señor Goliadkin menor, que le tendió la mano. «Quieren reconciliarnos», pensó nuestro héroe, y, enternecido, tendió la mano al señor Goliadkin menor; después... después le tendió el rostro. Lo mismo hizo el otro señor Goliadkin... Ahí al señor Goliadkin mayor le pareció que su pérfido amigo se sonreía, que hacía un guiño fugaz y picaresco a la multitud que los rodeaba, que había algo siniestro en el rostro del indecente señor Goliadkin menor, que incluso hacía una mueca en el momento de darle su beso de Judas... La cabeza comenzó a zumbarle al señor Goliadkin y los ojos se le nublaron; le pareció que un sinfín, una fila interminable de Goliadkins perfectamente iguales irrumpían con estrépito por todas las puertas de la habitación; pero ya era demasiado tarde... Un beso estridente y traidor resonó, y...

Entonces sucedió algo completamente inesperado... La puerta de la sala se abrió con estrépito y en el umbral apareció un hombre cuya sola visión dejó helado al señor

Goliadkin. Sus pies quedaron clavados al suelo. Un grito se ahogó en su oprimido pecho. Por lo demás, el señor Goliadkin sabía todo de antemano y ya hacía mucho que presentía algo así. El desconocido se acercó con aire grave y solemne al señor Goliadkin... El señor Goliadkin conocía muy bien esa figura. La había visto, la había visto con frecuencia, la había visto ese mismo día... El desconocido era un hombre alto, robusto, llevaba un frac negro y una importante condecoración en el cuello, y estaba dotado de unas cejas y patillas negras bastante espesas; solo le faltaba el cigarro en la boca para completar el parecido... Sin embargo, la mirada del desconocido, como ya ha sido dicho, dejó helado de espanto al señor Goliadkin. Con gesto grave y solemne, el terrible hombre se acercó al lamentable héroe de nuestro relato... Nuestro héroe le tendió la mano; el desconocido se la tomó y lo arrastró tras sí... Nuestro héroe miró en torno suyo desconcertado, aniquilado...

—¡Es... es Krestión Ivánovich Rutenspitz, doctor en medicina y cirugía, viejo conocido suyo, Iákov Petróvich! —gorjeó una voz repugnante al oído mismo del señor Goliadkin. Este se dio vuelta y vio a ese hombre detestable por las abyectas cualidades de su alma, el gemelo del señor Goliadkin. Una alegría indecente y siniestra resplandecía en su rostro; con frenesí se frotaba las manos, con frenesí volvía la cabeza a su alrededor, con frenesí daba pasitos alrededor de todos y de cada uno; parecía dispuesto a ponerse a bailar allí mismo del entusiasmo; finalmente, dio un brinco hacia delante, arrebató una velita a uno de los criados y se puso a la cabeza, iluminando el camino al señor Goliadkin y a Krestión Ivánovich. El señor Goliadkin sentía claramente que todos los presentes en la sala se precipitaban tras él, que todos se echaban hacia delante, que todos se apiñaban, se apretujaban, y que todos juntos, al unísono, empezaban a repetir a sus espaldas: «No es nada, no tema, Iákov Petróvich, se trata de su viejo amigo y conocido Krestión Ivánovich Rutenspitz...». Finalmente salieron a la escalera principal, vivamente iluminada; en la escalera también había un sinfín de personas; las puertas del soportal se abrieron con estrépito y el señor Goliadkin se encontró en la escalinata junto con Krestión Ivánovich. Al pie había un coche tirado por cuatro caballos que resollaban de impaciencia. Embargado de una alegría maliciosa, el señor Goliadkin menor bajó de tres saltos la escalera y abrió la portezuela del coche. Krestión Ivánovich, con gesto persuasivo, le pidió al señor Goliadkin que se sentara. Por lo demás, el gesto persuasivo no era en absoluto necesario, ya que había bastante gente para hacerlo subir... Pasmado de espanto, el señor Goliadkin miró a sus espaldas: toda la radiante escalera estaba abarrotada de personas; ojos curiosos lo miraban desde todas partes; el propio Olsufi Ivánovich presidía la ceremonia desde el descanso superior de la escalera, sentado en su comfortable sillón, mirando con atención y gran interés todos los acontecimientos. Todos aguardaban. Un rumor de impaciencia recorrió la multitud cuando el señor Goliadkin miró hacia atrás.

—Espero que no haya aquí nada... nada censurable... o que pueda despertar el rigor... y la atención de todos... respecto a mis relaciones oficiales... —dijo

desconcertado nuestro héroe.

El rumor y el bullicio se levantaron por todas partes; todos meneaban negativamente la cabeza. Las lágrimas afloraron a los ojos del señor Goliadkin.

—En ese caso, estoy dispuesto, me entrego, me entrego por completo... así y así, yo mismo me desligo de mis obligaciones y confío mi destino a Krestián Ivánovich...

Apenas hubo dicho el señor Goliadkin que confiaba su destino a Krestián Ivánovich cuando un grito terrible, ensordecedor y alegre se arrancó de todos los que lo rodeaban y se extendió como un eco siniestro por toda aquella multitud expectante. Entonces Krestián Ivánovich, por un lado, y Andréi Filíppovich, por el otro, tomaron de los brazos al señor Goliadkin y lo empezaron a subir al coche; el doble, fiel a su vil costumbre, trajinaba y ayudaba por detrás. El desdichado señor Goliadkin mayor lanzó una última y turbia mirada a todos y a todo y, temblando como un gatito al que le han arrojado agua fría —si se permite la comparación—, entró en el coche; tras él se sentó enseguida Krestián Ivánovich. La portezuela se cerró bruscamente; se oyó el chasquido de la fusta, los caballos tiraron del coche... y todos se precipitaron tras el señor Goliadkin. Los gritos penetrantes y desaforados de sus enemigos lo perseguían a modo de despedida. Durante un tiempo siguieron fulgurando algunos rostros en torno al coche que llevaba al señor Goliadkin; pero al fin estos también fueron quedando rezagados hasta que, por último, desaparecieron por completo. El último en desaparecer fue el indecente gemelo del señor Goliadkin; con las manos metidas en los bolsillos del pantalón verde de su uniforme, corría con aspecto satisfecho, brincando ora por un lado, ora por el otro del carruaje, adelantándose en ocasiones a los caballos; a veces, aferrándose al marco de la ventanilla y suspendido de ella con todo su cuerpo, asomaba su cabeza y contemplaba con ternura al señor Goliadkin mayor, le sonreía, se despedía de él, meneaba la cabeza y a cada momento le enviaba besitos... Al fin él también pareció fatigarse y empezó a aparecer cada vez más raramente a los costados del coche, hasta que por último desapareció del todo. Un sordo pesar embargó el corazón del señor Goliadkin; la sangre bullía en su cabeza; se ahogaba, quería desabrocharse la ropa, descubrir su pecho, rociarlo todo de nieve y agua fría. Finalmente, perdió el conocimiento... Cuando volvió en sí vio que los caballos lo llevaban por un camino casi desconocido; a izquierda y derecha se divisaba el negro contorno de unos bosques; reinaban el silencio y la desolación. No había alrededor ni un alma viviente. Comenzó a nevar. La angustia oprimía como una pesadilla el pecho del señor Goliadkin mayor. Sintió miedo... Totalmente agotado, angustiado, en agonía, intimidado y abatido, apoyó su hombro contra el del silencioso Krestián Ivánovich... Pero de pronto, aterrado, se echó hacia atrás y se apoyó contra el otro rincón del coche. Los pelos se le pusieron de punta. Un sudor frío le corrió por las sienes. Miró y... quedó pasmado de espanto... Dos ojos de fuego lo miraban en la oscuridad, y esos dos ojos brillaban con una alegría siniestra, infernal... Esos ojos se acercaban más y más al señor Goliadkin... Ya sentía un roce sobre su cuerpo, una respiración abrasadora sobre su rostro, unas manos extendidas sobre él y dispuestas a

agarrarlo. ¡Este no es Krestían Ivánovich! ¿Quién es?... ¿O es él?... ¡Es él! Es Krestían Ivánovich, pero no el anterior, este es otro Krestían Ivánovich. «No hay que escaparle a la botella», surcó la cabeza del señor Goliadkin... Por lo demás, ya no pensaba nada. Lenta y temblorosamente cerró los ojos. Yerto, aguardaba algo terrible, aguardaba... pero ya lo oía, lo sentía y... finalmente...

Pero aquí, señores, termina la historia de las aventuras del señor Goliadkin.

**BORRADORES PARA LA PLANEADA  
REELABORACIÓN DE *EL DOBLE***

## CUADERNO 1, 1861-1862 (?)

### *En Goliadkin*

El señor Goliadkin sucumbe bajo ~~la carga~~ el cáliz de la pena y escribe una carta a Goliadk[in] menor, su mortal enemigo, sobre una mano de ayuda (carta caballeresca). (Yo en casa de los Bekétov<sup>[305]</sup>. Voy a casa de Turg[uéniev]<sup>[306]</sup>).

El señor Goliadkin menor se encuentra con el mayor. El menor se pierde en fantasías románticas y atrae al mayor al romanticismo. Llega casi hasta los generales de Manílov<sup>[307]</sup>. Por momentos muestra la *hilacha*, es decir, algún *interés vil*. Eso desagrade al mayor, pero calla *por camaradería* y se reprocha a sí mismo su silencio.

Sueños en voz alta del menor acerca de un duelo con el teniente, con el general (consejo práctico del menor: retar a duelo ~~al mayor~~ al general). Asombro del señor Goliadkin, pero acepta presa del romanticismo y de un arrebató gregario. El señor Goliadkin menor explica al mayor: eso significa que tomo a la bienhechora autoridad como a un padre y que en ello reside lo caballeresco. Trato jurídico y patriarcal con la autoridad y que el propio gobierno pretende ser tomado como *un padre*.

N.B. Aquí la anatomía de todas las actitudes rusas hacia la autoridad. Sueños mutuos de ambos Goliadkin bajo el mando del menor, cómo el general entiende lo caballeresco y se reta a duelo, cómo no dispara; *uno puede estar de pie en su marca y no hacer nada*, decir: «Estoy satisfecho, su Excelencia». Cómo luego Goliadkin se casa con la hija del general. Manílov. Eso *sería una vida paradisíaca*<sup>[308]</sup>.

Al otro día en la oficina el señor Goliadkin menor susurra al mayor, señalando al general: «Vamos, rétalo».

Goliadkin menor cuenta sobre el teniente, sobre el mayor, y haciendo viles zalamerías hace reír al grupo. El señor Goliadkin mayor oye. Duelo. Párgolovo<sup>[309]</sup>. El señor Goliadkin men[or] se bate en su lugar<sup>[310]</sup>.

### *En Goliadkin*

Élie de Beaumont<sup>[311]</sup>. Al otro día lo tomó de la oreja: «Tú y yo somos gente letrada, Iákov Petróvich, Élie de Beaumont».

El señor Goliadkin miraba con odio al *menor*, cómo resoplaba al salpicar en el lavabo.

Groserías de Petrushka respecto al lavabo, el señor Goliadkin se avergüenza de no tener un buen lavabo.

El señor Goliadkin con el cochero: «Los ricos también derraman lágrimas». El

cochero dice: «Pero si es un hombre, de lejos se ve que es un buen hombre. *Hace unos días le llevaron la vaca a Zajarka*».

Resoplidos de Petrushka (desarrollar).

Goliadkin a Petrushka sobre el menor: «Se está arrepintiéndose», otra vez resoplidos.

Cómo resoplaba y salpicaba en el lavamanos. Le parecía que resoplaba /~~en vano~~/ adrede para ofenderlo.

N.B. Desde el punto de vista jurídico, la autoridad solo actúa de acuerdo a la ley. Aquí solo hay burda subordinación y obediencia a la autoridad. Si se la toma como a un padre lo que hay es familiaridad, lo que hay, en lugar de autoridad, es subordinación total de la propia persona y de todos los suyos a ella. Principio de las relaciones infantiles con el padre. *Balbuceo infantil de inocencia, y eso es más agradable a la autoridad*.

Esa es la teoría del *menor*. El menor es la encarnación de la vileza.

Los secretos más arcanos del alma burocrática *à la* Tolstoi<sup>[312]</sup>.

*En /el may[or?]/ Goliadkin*

*Sueños de ambos*

Goliadkin en vísperas del duelo. El menor, padrino de duelo, puso pies en polvorosa temprano por la mañana. Lo engañó como un bandido. El padrino se batió en lugar del duelista.

*Petits jeux*<sup>[313]</sup> en casa de Klara Olsúfevna. Goliadkin es tomado como un bufón. Aquí el desafío del teniente.

A solas con el *menor*. Sueños de convertirse en Napoleón, en Pericles, en caudillo de un levantamiento ruso. Liberalismo y revolución que restaura con lágrimas a Luis XVI y lo obedece (por bondad).

El señor Goliadkin menor le reprocha al mayor que este le esconde pedazos de la comida.

El menor, en compañía de otros, cuenta sobre el mayor todas esas cositas (esas secretas e íntimas que todos tenemos y que todos ocultamos, como un secreto, a los demás) y menudencias graciosas que Goliadk[in] mayor ocultaba celosamente al menor, absolutamente convencido de que este no las descubriría; pero el menor sí las descubrió. El señor Goliadkin *menor* sabe y descubre todo sobre el mayor. Poder sobrenatural.

El menor resulta conocer todos los secretos del mayor, como si fuera la personificación de su conciencia.

En *Goliadkin*, gran escena, la *más capital*:

El menor se decide a ayudar al mayor respecto a Klara Olsúfevna. *Petits je[ux] innocents*, ambos son tomados como un *capricho de la naturaleza*. El señor Goliadkin vagamente comprende que será aceptado en sociedad como un *capricho de la naturaleza*, y no quiere que así sea. Observa que el menor también *se va de lengua* al decir que los invitan como *capricho de la naturaleza*, pero calla por espíritu gregario.

El menor, antes de los *petits jeux*, le arranca al mayor una declaración de amor a Klara Olsúfevna (el menor ya lo sabe sin que el mayor se lo haya dicho). Comienza a enseñarle cómo conquistar a Klara Olsúfevna, lo instruye para ser desenvuelto; teoría acerca de lo *extraño que asoman unas manos ociosas*<sup>[314]</sup>. Sobre la necesidad de decir un *bon mot*<sup>[315]</sup>; tratan de encontrar qué *bon mot* decir. Inventan retruécanos *à la Kuzmá Prutkov*<sup>[316]</sup>. Hallaron un *bon mot*. El señor Goliadkin mayor, ya en la velada (ve vagamente que es como un capricho de la naturaleza y que, cuando empieza a hablar, todos callan, pero cuchichean y se ríen, aguardando a que diga alguna estupidez), intenta intercalar su *bon mot*, pero no sabe cómo hacerlo. El menor lo ayuda, pero en realidad / pareciera que/ le impide hacerlo; sigue sin lograrlo.

Al fin, el menor cruelmente dice todo y cuenta cómo buscaban un *bon mot*, cómo querían cautivar a la señorita, etc.; en una palabra, todo lo que sucedió a Goliadkin, incluso lo del lavamanos y Petrushka. Risotada. *Élie de Beaumont*, etc.

Patética tirada del señor Goliadkin. Huye. En casa: todo el frac tiene pegados envoltorios de bombones.

Y después sigue la carta *patética* al menor. Duelo con el teniente y *ruina definitiva*, es decir el *manicomio*.

N.B. «Cuando tú (en el 1er. capítulo) invitaste a /Goliad[kin]/ Klara Olsúfevna a bailar la *polka*, te rebelaste contra la sociedad», dice el menor al mayor, en un consuelo patético.

Sueños del mayor: haber vivido como gemelos, como amigos; la sociedad nos habría mirado con ternura, y habríamos muerto, nuestras tumbas lado a lado.

—Quizás podamos estar en un mismo ataúd —observa *casualmente* el menor.

—¿Por qué haces esa observación *casualmente*? —pregunta quisquilloso el mayor.

N.B. Una alemana coja y pobre, muy pobre, que ofrece departamentos en alquiler, que alguna vez ayudó a Goliadkin y a la que el menor acecha, a la que el mayor teme reconocer. Historia de este con ella, contada patéticamente al menor, que lo traiciona y lo delata.



## CUADERNO 2, 1862-1864 (?)

Goliadkin. Puertas de la oficina, su terrible sonido y retumbar siempre angustiaban al señor Goliadkin y hacían de él un trapo.

El señor Goliadkin era vergonzoso.

El señor Goliadkin invita al director a ser padrino de duelo.

Proyecto de prosperidad para Rusia elaborado por el señor Goliadkin.

El señor Goliadkin tiende vínculos con la tierra junto a los amanuenses<sup>[317]</sup>.

El director en la Nevski de noche. Chanclos, escena fantástica.

El teniente bello.

El señor Goliadkin es acusado de ser Garibaldi.

El señor Goliadkin en casa de la condesa, en la alta sociedad.

El señor Goliadkin se une a los progresistas. Oxígeno e hidrógeno.

El señor Goliadkin escucha a hurtadillas y oye tras un tabique un cuento sobre las codornices (en casa de Lomovski)<sup>[318]</sup>.

Gatitos.

El señor Goliadkin en casa de [Petrashevski]<sup>[319]</sup>.

El menor pronuncia discursos. Timkovski<sup>[320]</sup> como alguien llegado a la ciudad. Sistema de Fourier. Nobles lágrimas. Se abrazan. Lo delatará.

Al otro día el señor Goliadkin va a casa de [Petrashevski]. Encuentra a este leyendo al barrendero y a sus campesinos el sistema de Fourier, y le informa que *aquel* lo delatará.

—No entiendo.

—Pues es que somos dos.

—Proteste.

—¿Y cómo voy a protestar?

—Bueno, por ejemplo, a los niños en las escuelas los azotan<sup>[321]</sup>.

—Sí, pero nada de eso responde a la pregunta.

—Bueno, señor, le diré que todo esto cambiará cuando se instauren nuevas relaciones económicas, pero no diré nada más.

P[etrashevs]ski ya fue advertido por el menor de que este lo delataría, y dice: «Usted es el delator».

[Petrashevski (?)] (1 *ilegible*)

El incidente psicológico más importante del poema:

Es de notar que el señor Goliadkin mayor en todos sus momentos de espanto y en todas las circunstancias embarazosas termina recurriendo /~~sin falta~~/ siempre al consejo y, si es posible, a la protección del *menor*, a la vez que intriga contra él; de ahí los encuentros (incluso fija los encuentros de antemano: en una confitería, en lo de la alemana, etc.).

Finalmente, el *menor* da su último consejo: «Pida perdón».

(Desconcertante noticia, primero, sobre Garibaldi, y segundo, sobre el oxígeno y el hidrógeno. El oxígeno y el hidrógeno le dan vuelta la cabeza. No hay más un ser superior). ¿Qué pasará con el ministerio y con las autoridades? *Sueño*. Todo ha sido abolido. La gente es libre. Todos *se golpean* abiertamente, en la calle. *Se abastecen* (ahorran sus kopeikas).

*Goliadkin, continuación, 24 de julio*

Goliadk[in]: «Permítame preguntarle qué significa todo esto. Sigo tratando de entender, quisiera tener al menos una mínima noción de qué significa todo esto».

El menor: «¿Para qué lo intenta? Quédese tranquilo y todo se arreglará».

—Quisiera tener una mínima noción.

—Pero ¿para qué? Y además puede que esto no signifique absolutamente nada.

—¿Cómo dice, señor?

—Así es, señor. Todo puede suceder y no significar nada en absoluto.

Sobre la aparición en la ciudad del célebre bandido Garibaldi.

En Goliadkin puede verse cómo una persona se confunde porque, salvo la administración, nadie sabe nada. (Aquí está por ejemplo ese Garibaldi y yo no sé nada de él).

Se informa sobre Garibaldi en distintos ministerios. Es un secreto, señor. Por diez kopeikas consigue la dirección: consejero de Estado retirado, en el pasaje Kirpichni N.º 31<sup>[322]</sup>.

Va al pasaje Kirpichni y aguarda. El lacayo lo echa. (Yo en casa de Gaiburski)<sup>[323]</sup>.

Luego un capítulo: noche, amanecer, muertos.

El señor Goliadkin piensa: «¿Cómo se puede estar sin padre? Yo no puedo evitar tomar a alguien como a un padre».

No somos la sociedad. El pueblo sencillo es la sociedad, nosotros somos el público (incluir en el proyecto).

El señor Goliadkin reta /~~es retado~~/ a duelo, habla con Petrushka sobre las reglas del honor y lo instruye (golpeé primero, es mi iniciativa). Pero Petrushka, por amor propio, lo interrumpe, no lo deja hablar y le enseña las reglas del honor.

# BIBLIOGRAFÍA

## FUENTES

*El doble*, 1846

F. M. Dostoevskii, *Polnoie Sobranie Sochinenii v 30 tomaj*, tomo 1, *Dvoinik. Prikliucheniia gospodina Goliadkina*, Leningrado, Izdatelstvo Nauka, 1972, pp. 334-431.

*Polnoie Sobranie Sochinenii Dostoevskogo. Kanonicheskie teksti*, tomo I, *Dvoinik. Prikliucheniia gospodina Goliadkina*, Petrozavodsk, Izdatelstvo Petrozavodskogo Universiteta, 1995, pp. 139-320.

*El doble*, 1866

F. M. Dostoevskii , *Polnoie Sobranie Sochinenii v 30 tomaj*, tomo 1, *Dvoinik. Peterburgskaia poema*, Leningrado, Izdatelstvo Nauka, 1972, pp. 109-229.

*Polnoie Sobranie Sochinenii Dostoevskogo. Kanonicheskie teksti*, tomo VI, *Dvoinik. Peterburgskaia poema*, Petrozavodsk, Izdatelstvo Petrozavodskogo Universiteta, 2005, pp. 147-300.

Borradores para la planeada reelaboración de *El doble*

*Nezdanni Dostoevskii. Zapisnie knizhki i tetradi (1860-1881)*, en *Literaturnoie Nasledstvo*, tomo 83, Moscú, Izdatelstvo Nauka, 1971, pp. 125-200.

F. M. Dostoevskii, *Polnoie Sobranie Sochinenii v 30 tomaj*, tomo 1, *Chernovie nabroski k predpologavsheisia pererabotke povesti*, Leningrado, Izdatelstvo Nauka, 1972, pp. 432-436.

## TRADUCCIONES AL CASTELLANO

Hasta donde sabemos, en nuestra lengua existen nueve traducciones de *El doble*, todas hechas de la versión de 1866. Son las siguientes:

*El doble*, Madrid, Editorial Atenea, 1920, traducción de G. Levachov.

*El doble*, Madrid, Ediciones La Nave, 1930, traducción de Alfonso Nadal.

*El doble*, Madrid, Editorial Aguilar, 1935, traducción de R. Cansinos Assens.

*El doble*, Barcelona, Editorial Maucci, 1945, traducción de J. Z. Barragán.

*El doble*, Barcelona, Ediciones G. P., 1959, traducción de Luis Trillas Gómez.

*El doble*, Barcelona, Editorial Vergara, 1969, traducción de Lidia Kúper de Velasco y Luis Abollado.

*El doble*, Barcelona, Editorial Bruguera, 1976, traducción de Julio Acerete.

*El doble*, Madrid, Alianza Editorial, 1985, traducción de Juan López-Morillas.

*El doble*, Buenos Aires, Editorial Losada, 2009, traducción de Fulvio Franchi.

## BIBLIOGRAFÍA SOBRE EL TEMA DEL DOBLE

Bessière, Jean (comp.), *Le double. Chamisso, Dostoïevski, Maupassant, Nabokov*, París, Honoré Champion, 1995.

Conio, Gérard (comp.), *Figures du double dans les littératures européennes*, Laussane, Éditions L'Âge d'Homme, 2001.

Frazer, James George, *The Golden Bough. A Study in Magic and Religion, Third Edition, Part 2, Taboo and the Perils of the Soul*, Londres, 1911, pp. 77-92.

Freud, Sigmund, *L'Inquiétante étrangeté et autres essais*, París, Gallimard, 1985.

Girard, René, *Des choses cachées depuis la fondation du monde*, París, Éditions Grasset & Fasquelle, 2009, pp. 398-431.

—, «Du désir mimétique au double monstrueux», en René Girard, *La violence et le sacré*, París, Grasset, 1972.

Guerard, Albert J., «Concepts of the Double», en Albert J. Guerard (éd.), *Stories of the double*, Filadelfia & Nueva York, J. P. Lippincott Company, 1967.

Herdman, John, *The Double in Nineteenth-Century Fiction*, Londres, Macmillan Press, 1990.

Herrero Cecilia, Juan, «Figuras y significaciones del mito del doble en la literatura:

- teorías explicativas», en *Cédille. Revista de estudios franceses (Monografías 2)*, Santa Cruz de Tenerife, 2011, pp. 17-48.
- Jourde, Pierre; Tortonese, Paolo, *Visages du double. Un thème littéraire*, París, Nathan Université, 1996.
- Keppler, Carl Francis, *The literature of the Second Self*, Tucson, University of Arizona Press, 1972.
- Kovacshazy, Cécile, *Simplement double. Le personnage double, une obsession du roman au XXe siècle*, París, Classiques Garnier, 2012.
- Miller, Karl, *Doubles. Studies in Literary History*, Oxford, Oxford University Press, 1985.
- Pérouse, Gabriel-André (comp.), *Doubles et dédoublement en littérature*, Publications de l'Université de Saint-Étienne, 1995.
- Porter, Laurence M., «The Devil as Double in Nineteenth-Century Literature: Goethe, Dostoevsky, Flaubert», en *Comparative Literature Studies*, vol. 15, N.º 3, Penn State University Press, 1978, pp. 316-335.
- Rank, Otto, *El doble*, Buenos Aires, Ediciones Orión, 1976.
- Rogers, Robert, *A Psychoanalytic Study of the Double in Literature*, Detroit, Wayne State University Press, 1970.
- Rosenfield, Claire, «The Shadow Within: The Conscious Use of the Double», en *Daedalus*, vol. 92, N.º 2, Spring, Cambridge, The MIT Press, 1963, pp. 326-344.
- Rosset, Clément, *Le réel et son double*, París, Gallimard, 1984.
- Troubetzkoy, Wladimir (comp.), *La figure du double*, París, Didier Érudition, 1995.
- Tymms, Ralph, *Doubles in Literary Psychology*, Cambridge, Bowes & Bowes, 1949.
- Živković, Milica, «The Double as the 'Unseen' of Culture: Toward a Definition of Doppelgänger», en *Facta Universitatis. Linguistics and literature*, Issue no. II-07, Niš, Universidad de Niš, 2000, pp. 121-128.

## **BIBLIOGRAFÍA SOBRE EL DOBLE DE F. M. DOSTOIEVSKI**

- Aksákov, K. S., *Moskovskii literaturni i uchioni sbornik na 1847 god*, Moscú, Izdatel V. A. Panov, 1847, pp. 33-36.
- Altman, M. S., «Gogolievskie traditsii v tvorchestve Dostoevskogo», en *Slavia*, N.º 3, tomo 30, 1961, pp. 443-461.

- Amoia, Alba, «*The Double (1846)*», en Alba Amoia, *Feodor Dostoevsky*, Nueva York, Continuum, 1993.
- Anderson, Roger B., «Dostoevsky's Hero in *The Double*: A Re-Examination of the Divided Self», en *Symposium*, vol. 26, N.º 2, Syracuse University, 1972, pp. 101-113.
- Annenski, I. F., «Viniетка na seroi bumage k *Dvoyniku Dostoevskogo*», en I. F. Annenski, *Kniga otrazhenii*, San Petersburgo, Izdanie Br. Bashmakovij, 1906.
- Arban, Dominique, «Le Statut de la Folie dans les oeuvres de jeunesse de Dostoïevski», en *Dostoevsky Studies*, vol. 2, University of Toronto, 1981, pp. 27-41.
- Avanésov, R. I., «Dostoevskii v rabote nad *Dvoynikom*», en *Tvorcheskaia Istoriia. Issledovaniia po russkoi literature*, Moscú, Izdatelstvo Nikitinskie subbotniki, 1927, pp. 154-191.
- Ayers, David, «Two Bald Men: Eliot and Dostoevsky», en *Forum for Modern Language Studies*, vol. XXIV, N.º 4, Oxford, Oxford University Press, 1988, pp. 287-300.
- Bajtín, M. M., *Problemi poetiki Dostoevskogo* [1963], en M. M. Bajtín, *Sobranie sochinenii v semi tomaj*, Moscú, Izdatelstvo Russkie slovari, 2000, tomo VI, pp. 235-254.
- Bambuliak, G. V., «Ideia cheloveka v rannem tvorchestve Dostoevskogo», en *Literatura i vremia*, Kishiniov, Izdatelstvo Shtiintsa, 1987, pp. 80-91.
- Belinski, V. G., «Peterburgskii sbornik, izdanni N. Nekrasovim» [1846], «Vzgliad na russkuiu literaturu za 1846» [1847], en V. G. Belinski, *Sochineniia v 4 tomaj*, San Petersburgo, Izdanie F. F. Pavlenkova, 1907.
- Bem, A. L., «Nos i *Dvoynik*» [1936], en A. L. Bem (red.), *Vokrug Dostoevskogo v dvuj tomaj*, tomo 1, Moscú, Izdatelstvo Russkii put, 2007, pp. 500-517.
- Berman, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1988, pp. 215-218.
- Bótnikova, A. B., *E. T. A. Gofman i russkaia literatura (Pervaia polovina XIX veka)*, Voronezh, Izdatelstvo Voronezhskogo Universiteta, 1977, pp. 159-174.
- Bourmeyster, Alexandre, «*Le Double* de Dostoïevski», en Gabriel A. Pérouse (comp.), *Doubles et dédoublement en littérature*, Saint-Étienne, Publications de l'Université de Saint-Étienne, 1995, pp. 121-132.
- Cadot, Michel, «Le Double de Dostoïevski et ses modèles hoffmanniens», en Wladimir Troubetzkoy (comp.), *La figure du double*, París, Didier Érudition, 1995, pp. 115-124.
- Chizhevski, D. I., «K probleme dvoynika» [1929], en A. L. Bem (red.), *Vokrug Dostoevskogo v dvuj tomaj*, tomo 1, Moscú, Izdatelstvo Russkii put, 2007, pp. 54-73.
- Chulkov, Gueorgui, *Kak rabotal Dostoevskii*, Moscú, Izdatelstvo Sovetskii pisatel, 1939, pp. 27-41.

- Conio, Gérard, «La dialectique du double chez Dostoïevski», en Gérard Conio (comp.), *Figures du double dans les littératures européennes*, Lausanne, Éditions L'Âge d'Homme, 2001, pp. 67-79.
- Dilaktórskaia, O. G., «Mitarstva greshnoi dushi (Dvoinik: peterburgskaia poema)», en O. G. Dilaktórskaia, *Peterburgskaia poviest Dostoevskogo*, San Petersburgo, Izdatelstvo Dmitrii Bulanin, 1999, pp. 127-237.
- Dobroliúbov, N. A., «Zabítie liudi» [1861], en N. A. Dobroliúbov, *Sobranie sochinenii v deviaty tomaj*, tomo VII, Moscú-Leningrado, Gosudarstvennoie izdatelstvo judozhestvennoi literaturi, 1963.
- Drizhakova, E., «Fenomen Goliadkina: otkuda i kuda», en *II Mezhdunarodni simpozium «Russkaia slovesnost v mirovom kulturnom kontekste»*. *Izbrannie dokladi i tezisi*, Moscú, Fond Dostoevskogo, 2008, pp. 204-213.
- Efrémov, V. S., «Fantasticheskie tituliarnie sovietsniki (Goliadkin: pravda “psijiatricheskaia”)», en V. S. Efrémov, *Dostoevskii: psijiatriia i literatura*, San Petersburgo, Izdatelstvo Dialekt, 2006.
- Ermílov, V. V., *F. M. Dostoevskii*, Moscú, Gosudarstvennoie izdatelstvo judozhestvennoi literaturi, 1956, pp. 57-77.
- Evnín, F. I., «Ob odnoi istoriko-literaturnoi legende», en *Russkaia literatura*, N.º 3, Moscú, Izdatelstvo Nauka, 1965, pp. 3-26.
- Fanger, Donald, *Dostoievski y el realismo romántico*, Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1970, pp. 165-169.
- Faurholt, Gry, «Self as Other: The Doppelgänger», en *Double Dialogues*, N.º 10, Summer, Melbourne, 2009.  
[http://www.doubledialogues.com/issue\\_ten/faurholt.html](http://www.doubledialogues.com/issue_ten/faurholt.html)
- Fiódorov, G. A., «Peterburg Dvoinika» [1974], «Sankt-Peterburg. God 1846» [1991] en G. A. Fiódorov, *Moskovskii mir Dostoevskogo. Iz istorii russkoi judozhestvennoi kulturi xx veka*, Moscú, Izdatelstvo Iaziki slavianskoi kulturi, 2004.
- Franchi, Fulvio, «Introducción», en Fiódor Dostoievski, *El doble* (Traducción de Fulvio Franchi), Buenos Aires, Losada, 2009, pp. 9-24.
- Frank, Joseph, «El doble», en Joseph Frank, *Dostoievski. Las semillas de la rebelión, 1821-1849*, México, FCE, 1984.
- Fridlender, G. M., *Realizm Dostoevskogo*, Moscú-Leningrado, Izdatelstvo Nauka, 1964, pp. 68-75.
- Gasperetti, David, «The Double: Dostoevskij's Self-Effacing Narrative», en *Slavic and East European Journal*, vol. 33, N.º 2, Summer 1989, pp. 217-234.
- Girard, René, *Dostoïevski: du double à l'unité* [1963], en René Girard, *Critique dans un souterrain*, París, Grasset, 1976.
- Green, André, «Le double double: ceci et cela», en Fédor Dostoïevski, *Le Double* (Traduction de Gustave Aucouturier), París, Gallimard, 1969, pp. 7-24.
- Guerard, Albert J., «Concepts of the Double», en Albert J. Guerard (ed.), *Stories of*

- the Double*, Filadelfia, Nueva York, J. B. Lippincott Company, 1967, pp. 1-14.
- Gus, M., *Idei i obrazi F. M. Dostoevskogo*, Moscú, Izdatelstvo Judozhestvennaia literatura, 1971, pp. 71-76.
- Harden, Evelyn, «Introduction», en Fyodor Dostoevsky, *The double. Two versions* (Translated by Evelyn Harden), Ann Arbor, Ardis Publishers, 1985, pp. IX-XXXVI.
- Herdman, John, «The Russian Double», en John Herdman, *The Double in Nineteenth-Century Fiction*, Londres, Macmillan Press, 1990.
- Jones, Malcolm, «Dvoinik: ideia Dvoinika Dostoevskogo», en Malcolm Jones, *Dostoevskii posle Bajtina*, San Petersburgo, Izdatelstvo Akademicheskii proekt, 1990.
- Kasavin, I. T., «Diskurs i jaos. Problema tituliarnogo sovietskogo Goliadkina», en *Psijologia. Zhurnal Vishei shkoli ekonomiki*, tomo 3, N.º 1, Moscú, 2006, pp. 3-18.
- Kirái, D., «Siuzhetni parallelizm v romane Dvoinik (K voprosu o vnutrennei forme vtorogo romana Dostoevskogo: razgranichenie realnogo i fantasticheskogo plana)», en *Studia Slavica*, Budapest, 1969, tomo 15, pp. 239-256.
- Kirpotin, V. I., «Dvoinik», en V. I. Kirpotin, *Molodoi Dostoevskii*, Moscú, Izdatelstvo Judozhestvennoi literaturi, 1947.
- Kohlberg, Lawrence, «Psychological Analysis and Literary Form: A Study of the Doubles in Dostoevsky», en *Daedalus*, vol. 92, N.º 2, Spring, Cambridge, The MIT Press, 1963, pp. 345-362.
- Kovach, A., «O smisle i judozhestvennoi strukture povesti Dostoevskogo Dvoinik», en *Dostoevskii. Materiali i issledovaniia*, Leningrado, Izdatelstvo Nauka, 1976, tomo 2, pp. 57-65.
- Kovacshazy, Cécile, «L'inflexion de Dostoïevski», en Cécile Kovacshazy, *Simplement double. Le personnage double, une obsession du roman au XXe siècle*, París, Classiques Garnier, 2012.
- Kramarenko, M., «Prostranstvo i vremia v povesti F. M. Dostoevskogo Dvoinik», en *Russkaia filologia*, IV, Tartu, 1975, pp. 11-26.
- La Rubia de Prado, Leopoldo, «Recursos narrativos y repercusiones filosóficas: el doppelgänger en la literatura de ideas (Gógol, Dostoievski y Kafka)», en *Éndoxa*, N.º 26, Madrid, UNED, 2010, pp. 107-135.
- Lomáguina, M. F., «K voprosu o pozitsii avtora v Dvoinike Dostoevskogo», en *Nauchnie dokladi vishei shkoli. Filologicheski nauki*, N.º 5, Moscú, 1971, pp. 3-14.
- López García, Guillermo, «La división del yo en los personajes dostoievskianos: el caso de *El Doble*», en *Actas de las II Jornadas de rusistas españoles*, Valencia, Universidad de Valencia, 1998, pp. 148-156.
- Máikov, V. N., «Nechto o russkoi literature v 1846 godu» [1847], en V. N. Máikov, *Kriticheskie opiti (1845-1847)*, San Petersburgo, Izdanie zhurnala «Panteon

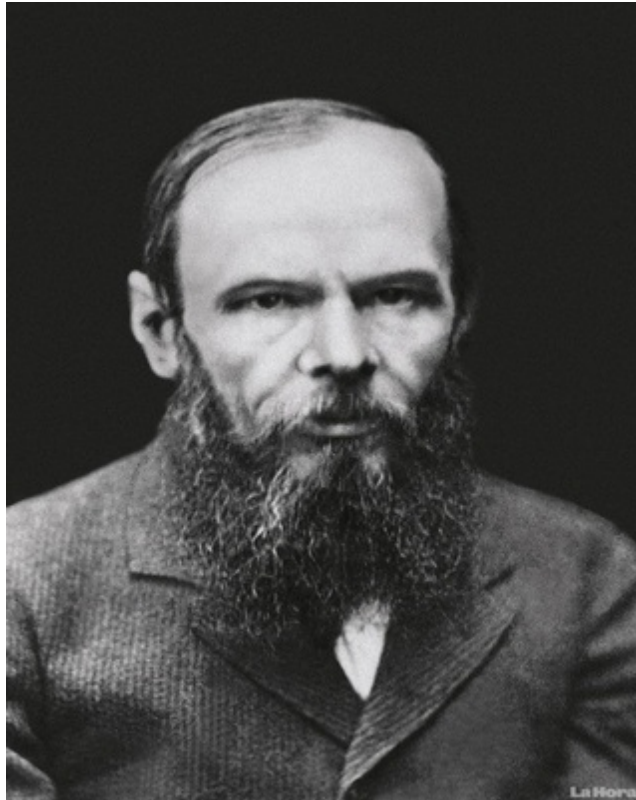


Literaturi», 1891.

- Mijáilovski, N. K., «Zhestokii talant» [1882], en N. K. Mijáilovski, *Literaturnaia kritika. Stati o russkoi literature XIX - nachala xx veka*, Leningrado, Izdatelstvo Judozhestvennaia literatura, 1989.
- Mijnoviets, N. G., «Dvoinik v istoriko-literaturnoi perspektive», en *Dostoevskii i mirovaia kultura*, Almanaj N.º 20, San Peterburgo, Izdatelstvo Serebrianni vek, 2004, pp. 105-131.
- Mochulski, K. V., *Dostoevskii. Zhizn i tvorchestvo*, París, YMCA Press, 1947, pp. 37-47.
- Necháieva, V. S., «Dvoinik», en V. S. Necháieva, *Rannii Dostoevskii. 1821-1849*, Moscú, Izdatelstvo Nauka, 1979.
- Novikov, L. A., «Dialektika misla, jarktera i slova v Dvoinike F. M. Dostoevskogo», en *Russkaia rech*, N.º 5, Moscú, RAN, 1981, pp. 22-30.
- Osífov, N. I., «Dvoinik, peterburgskaia poema F. M. Dostoevskogo (Zametki psijiatra)» [1929], en A. L. Bem (red.), *Vokrug Dostoevskogo v dvuj tomaj*, tomo 1, Moscú, Izdatelstvo Russkii put, 2007, pp. 74-90.
- Pachmuss, Temira, *F. M. Dostoevsky. Dualism and Synthesis of the Human Soul*, Carbondale, Southern Illinois University Press, 1963, pp. 18-42.
- Passage, Charles E., «Dostoevski the adapter: a study in Dostoevski's use of the tales of Hoffmann», en *Studies in Comparative Literature*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1954, pp. 14-37.
- Peace, Richard, «Gogol i Dvoinik Dostoevskogo», en *Dostoevskii v kontse xx veka*, Moscú, Izdatelstvo Klassika plus, 1996, pp. 501-517.
- Pekuróvskaya, Asya, «The Nature of Referentiality in *The Double*», en Alexej Ugrinsky, Frank S. Lambasa, Valija K. Ozolins (eds.) *Dostoevski and the Human Condition after a Century*, Nueva York, Greenwood Press, 1986, pp. 41-51.
- Poddúbnaia, R. N., «Dvoinichestvo i samozvanstvo», en *Dostoevskii. Materiali i issledovaniia*, San Peterburgo, Izdatelstvo Nauka, 1994, tomo 11, pp. 28-40.
- Poroshénkov, E. P., «Ob odnoi ideie povesti F. M. Dostoevskogo *Dvoinik*», en *Uchebnie zapiski Moskovskogo gosudarstvennogo pedagogicheskogo instituta N.º 256: Ocherki po istorii russkoi literature, Chast 1*, Moscú, 1967, pp. 128-150.
- , «O jarktere i znachenii fantastiki v povesti F. M. Dostoevskogo *Dvoinik*», en *Uchebnie zapiski Gorkovskogo gosudarstvennogo pedagogicheskogo instituta*, Vipusk 90, Gorki, 1970, pp. 79-97.
- Rank, Otto, *El doble*, Buenos Aires, Ediciones Orión, 1976, pp. 59-67.
- Rodzévich, S. K., «K istorii russkogo romantizma (E. T. A. Gofman i 30-40 gg. v nashei literature)», en *Russkii filologicheskii vestnik*, N.º 1-2, Petrogrado, 1917, tomo LXXVII, pp. 194-237.
- Ronner, Amy D., «Does Golyadkin Really Have a Double? Dostoevsky Debunks the

- Mental Capacity and Insane Delusion Doctrines», en *Capital University Law Review*, vol. 40, Issue 1, Columbus, 2012, pp. 195-263.
- Rosenshield, Gary, «Deconstructing The Bronze Horseman: Dostoevsky, The Double, and the Pushkinian Legacy on Madness», en Gary Rosenshield, *Pushkin and the genres of madness: the masterpieces of 1833*, Madison, University of Wisconsin Press, 2003.
- Rosenthal, Richard J., «Dostoevsky's Use of Projection: Psychic Mechanism as Literary Form in *The Double*», en *Dostoevsky Studies*, vol. 3, University of Toronto, 1982, pp. 79-86.
- Rozenblium, L. M., *Tvorcheskie dnevniki Dostoevskogo*, Moscú, Izdatelstvo Nauka, 1981, pp. 89-98.
- Shénnikov, G. K., *Dostoevskii i russkii realizm*, Sverdlovsk, Izdatelstvo Uralskogo universiteta, 1987, pp. 37-41.
- , «Dvoinik Dostoevskogo kak tvorcheskii dialog s E. T. A. Gofmanom», en *Dostoevskii i mirovaia kultura*, N.º 24, San Petersburgo, Izdatelstvo Serebrianni vek, 2008, pp. 58-65.
- Shklovski, V. B., «Dvoiniki i o Dvoinike», en V. B. Shklovski, *Za i protiv. Zametki o Dostoevskom*, Moscú, Izdatelstvo Sovietskii pisatel, 1957.
- Simmons, Ernest J., *Dostoevsky. The Making of a Novelist*, Nueva York, Vintage Books, 1962, pp. 27-32.
- Sízranov, S. V., «Imia kak formoobrazuiushii factor proizvidenii F. M. Dostoevskogo. (Na materiale povesti *Dvoinika*)», en *Izvestia PGPU*, N.º 23, Penza, 2011, pp. 259-264.
- Terras, Victor, *The Young Dostoevsky. 1846-1849*, The Hague, Mouton, 1969.
- Tiniánov, I. N., «Dostoevski i Gogol (k teorii parodii)» [1921], en I. N. Tiniánov, *Literaturnaia evoliutsia. Izbrannie trudi*, Moscú, Izdatelstvo Agraf, 2002.
- Tollinchi, Esteban, «El Doble de F. Dostoievski», en Esteban Tollinchi, *Romanticismo y Modernidad. Ideas fundamentales de la cultura del Siglo XIX (I)*, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1989.
- Toporov, V. N., «Eshe raz ob "umishlennosti" Dostoevskogo» [1982], en V. N. Toporov, *Peterburgskii tekst*, Moscú, Izdatelstvo Nauka, 2009.
- Troubetzkoy, Vladimir, «Ad te clamavi. La Nuit obscure de M. Goliadkine», en Jean Bessière (comp.), *Le double. Chamisso, Dostoïevski, Maupassant, Nabokov*, París, Honoré Champion, 1995, pp. 55-90.
- Trubetzkoi, N. S., «Rannii Dostoevskii», en *Novi zhurnal*, N.º 61, Nueva York, 1960, pp. 124-146.
- Tseitlin, A. G., *Povesti o bednom chinovnike Dostoevskogo*, Moscú, Tipografia Moskovskogo armianskogo literaturno-judozhestvennogo kruzha, 1923.
- Udófov, A. B., «K sporam o povesti F. M. Dostoevskogo *Dvoinik*», en *Individualnost pisatel'ia i literaturno-obshchestvenni protsess*, Voronezh, Izdatelstvo Voronezhskogo Universiteta, 1978, pp. 37-45.

- Vetlónskaia, V. E., «F. M. Dostoevskii», en *Russkaia literatura i folklor. (Vtoraia polovina XIX veka)*, Leningrado, Izdatelstvo Nauka, 1982, 12-75.
- Vinográdov, V. V., «K morfologii naturalnogo stilia (Opit lingvisticheskogo analiza peterburgskoi poemi *Dvoinika*)», en V. V. Vinográdov, *Evolutsiia russkogo naturalizma. Gogol i Dostoevskii*, Leningrado, Izdatelstvo Academia, 1929.
- Zajárov, V. N., *Sistema zhanrov Dostoevskogo: tipologia i poetika*, Leningrado, Izdatelstvo LGU, 1985, pp. 72-95.
- , «Zagadka *Dvoinika*», en V. N. Zajárov, *Problemi izucheniia Dostoevskogo*, Petrozavodsk, Izdatelstvo Petrozavodskogo Universiteta, 1978.
- Zeliánskaia, N. L., «Printsipi sobitiinosti v povesti F. M. Dostoevskogo *Dvoinik*», en *Vestnik OGU*, N.º 11 (117), Oremburgo, 2010, pp. 16-20.



FIÓDOR DOSTOIEVSKI nació en Moscú en 1821 y falleció en San Petersburgo, en 1881. Luego de estudiar ingeniería, se incorporó al ejército. En 1845, abandonó el ejército y comenzó a escribir la novela epistolar *Pobres gentes*, que se editó al año siguiente y que lo convirtió en una celebridad literaria con tan solo 24 años. Luego vendrían, entre otros, *El doble* (1846), *Noches blancas* (1848), *Memorias de la casa muerta* (1860-62), inspirada en su paso por un presidio de Siberia, adonde fue confinado junto a un grupo de intelectuales, acusados de conspirar contra el zar Nicolás I. En 1864, publicó *Memorias del subsuelo* y en 1866, *El jugador* y la novela que lo consagraría definitivamente como uno de los mayores genios de su época, *Crimen y castigo*. En 1880, aparece la que el propio escritor consideró su obra maestra, *Los hermanos Karamázov*, que condensa los temas más característicos de su literatura, entre ellos, la relación del hombre con Dios, la angustia moral del hombre moderno y las aporías de la libertad humana.

# Notas

[1] Para un análisis más detallado, cf. Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1988, pp. 174-183. <<

[2] Textos emblemáticos que nutrieron esta contraposición entre los años 1830-1840 son *Viaje de Moscú a Petersburgo* (1833-1834, publicado en 1841) de Pushkin, *Notas de Petersburgo de 1836* (1837) de Gógol, *Moscú y Petersburgo* (1842) de A. I. Herzen, y *Moscú y Petersburgo* (1845) de V. G. Belinski. <<

[3] *Polnoie sobranie sochinenii v 30 tomaj*, Leningrado, Izdatelstvo Nauka, 1972-1990, tomo 18, p. 36. En adelante, esta edición será citada como *PSS*. <<



[4] Las *Cartas filosóficas* fueron escritas en francés entre los años 1829-1831. <<

[5] *PSS*, tomo 28 (1), p. 92. <<

[6] F. M. Dostoevskii, *Polnoie Sobranie Sochinenii Dostoevskogo. Kanonicheskie teksti*, Petrozavodsk, Izdatelstvo Petrozavodskogo Universiteta, 1996, tomo II, pp. 37-38. En adelante, esta obra será citada como *PSS-KT*. <<

[7] William Mills Todd III, *Fiction and Society in the Age of Pushkin: Ideology, Institutions and Narrative*, Cambridge, Harvard University Press, 1986, pp. 3-4. <<

[8] *Ibíd.*, p. 33. <<

[9] Es de observar que, como afirma el autor a quien seguimos, al menos en un principio esa fragmentación impuesta a la personalidad y el carácter altamente convencional de los intercambios no eran vividos como insinceridad, sino como una actividad esencialmente moral y necesaria para la armonía social. <<

[10] *PSS-KT*, tomo II, p. 13. <<

[11] V. G. Belinski, *Sochineniia v 4 tomaj*, San Petersburgo, Izdanie F. F. Pavlenkova, 1907, tomo IV, p. 201. <<



[12] William Mills Todd III, ob. cit., p. 37. <<

[13] V. G. Belinski, ob. cit., p. 1284. <<

[14] «Lo fantástico crea una ruptura en la trama de la realidad. Eso implica que primero debe ofrecerse un cuadro real, o más bien realista, para luego hacer intervenir el evento que lo desbarata [...] El personaje que asiste a esa intrusión sorpresiva experimenta sentimientos contradictorios: por un lado reconoce la evidencia de un hecho, por el otro protesta contra la imposibilidad de ese hecho. De ahí la duda típica del personaje de cuento fantástico (a menudo personaje-narrador), que se transfiere al lector, entre dos explicaciones diferentes de un mismo evento». Pierre Jourde y Paolo Tortonese, *Visages du double. Un thème littéraire*, París, Nathan Université, 1996, p. 37. <<

[15] David Roas Deus, *La recepción de la literatura fantástica en la España del siglo XIX* (Tesis doctoral inédita), Universidad Autónoma de Barcelona, 2000, p. 439. <<

[16] Así llegaría el término *fantástico* a la lengua castellana, a través de las traducciones francesas, primer contacto de los lectores españoles con la narrativa de Hoffmann. <<

[17] Ejemplos de hoffmannismo ruso (en prosa y verso) los tenemos en *Segueliel, o un Don Quijote del siglo XIX* (1832, publicado en 1838) y *El improvisador* (1833), del príncipe V. F. Odóievski; *La dicha de la locura* (1833) y *El pintor* (1833), de N. A. Polevói; *La dama de picas* (1834), de Pushkin; *El retrato* (1834), *La Avenida Nevski* (1835), *Diario de un loco* (1835) y *La nariz* (1836), de Gógol; *El doble* (1837), de E. P. Grebionka; *Shtoss* (1841), de M. I. Lérmontov; *Saveli Grab, o el Doble* (1842), de V. I. Dal; *El doble* (1844), de A. N. Máikov. <<

[18] Recordemos que la primera obra de Dostoievski, *Pobres gentes* (1846), comienza con un epígrafe tomado del cuento *El difunto viviente* (1844), de V. F. Odóievski. <<

[19] A. G. Tseitlin, *Istoriia russkoi literaturi v 3 tomaj*, Moscú-Leningrado, Izdatelstvo Akademii Nauk, 1963, tomo 2, p. 712. <<



[20] V. V. Vinográdov, «Siuzhet i arjitektonika romana Dostoevskogo *Bednie liudi* v sviazi s voprosom o poetike naturalnoi shkoli», en la antología: *Tvorcheski put Dostoevskogo (pod redaktsei N. L. Brodskogo)*, Leningrado, Izdatelstvo Seiatel, 1924, p. 68. Respecto al escritor Iákov Petróvich Butkov (1820 o 1821-1856) cabe agregar que algunos investigadores han visto en él al prototipo de Goliadkin, guiados por su nombre y patronímico. Butkov fue un gran amigo de juventud de Dostoievski, con quien solía compartir lecturas. <<

[21] *Anales Patrios* publicó en 1839: *La princesa Zizí* de V. F. Odóievski, *Historia de dos chanclos* de V. A. Sollogub, *La hija de un funcionario* de I. I. Panáiev, *Un pobre tipo* de V. I. Dal, *El señor Jaliavski* de G. F. Osnoviánenko; en 1840: *Delirium tremens*, *Un hombre excelente* y *El reparto de la hacienda* de I. I. Panáiev, *Alta sociedad* y siete capítulos de *Tarantás* de V. A. Sollogub, *El cosmorama* de V. F. Odóievski, *Perplejidad* de P. N. Kudriátsev, *De las memorias de un hombre joven* de A. I. Herzen; en 1841: *Más de las memorias de un hombre joven* de A. I. Herzen, *El león* de A. I. Sollogub, *El onagro* de I. I. Panáiev, *La estrella* y *La flor* de P. N. Kudriátsev, *La salamandra* de V. F. Odóievski, *Una mujer avezada* de N. A. Nekrásov, *Ganancia y robo* de P. P. Sumarókov, *Apuntes de un estudiante* de E. P. Grebionka. Cf. V. I. Kuleshov, «*Otechestvennie zapiski*» i literatura 40 godov XIX veka, Moscú, Izdatelstvo Moskovskogo universiteta, 1959, pp. 38-39. <<

[22] Cf. V. I. Kuleshov, *Naturalnaia shkola v russkoi literature XIX veka*, Moscú, Izdatelstvo Prosveshenie, 1982, p. 23. <<

[23] Ya en 1841 se publicó en San Petersburgo una antología literaria editada por A. P. Bashutski con el nombre: *Nuestra gente, copiada al natural por los rusos*. El mismo autor había escrito en 1834 *Panorama de Petersburgo*, lo que según V. N. Toporov permite hablar de la existencia, ya en los años 1830, de un período «prefisiológico» en las letras rusas. El género «fisiológico» ruso, en palabras de este autor, se diferenciaría del modelo francés en la orientación a lo «empírico», a lo que es «tal como es» (carácter «daguerrotípico») sin que intervengan las fantasías del autor ni tampoco la más o menos natural elaboración artística del modelo, como tampoco la posición del autor respecto a lo descrito. Cf. «Proza budnei i poeziia prazdnika (*Peterburgskie sharmanshiki Grigorovicha*)», en V. N. Toporov, *Peterburgskii tekst*, Moscú, Izdatelstvo Nauka, 2009, p. 153. <<

[24] La antología *Fisiología de Petersburgo* estaba compuesta por *Petersburgo y Moscú*, de Belinski; *Rincones de Petersburgo* y *El funcionario*, de Nekrásov; *Los organilleros de Petersburgo*, de Grigórovich; *El lado de Petesburgo*, de Grebionka, y *El portero*, de V. I. Dal. <<

[25] A. G. Tseitlin, *Povesti o bednom chinovnike Dostoevskogo*, Moscú, Tipografia Moskovskogo armianskogo literaturno-judozhestvennogo kruzha, 1923, p. 8. <<

[26] *PSS*, tomo 28 (1), p. 112. <<

[27] Así lo relataba el propio Dostoievski en *Diario de un escritor*, en noviembre de 1877: «[...] creo que a principios de diciembre de 1845 Belinski insistió en que yo leyera en su casa al menos dos o tres capítulos de mi relato. Para ello organizó incluso una velada (lo que casi nunca hacía) e invitó a sus más allegados. En la velada, recuerdo, estaba Iván Serguéievich Turguéiev; escuchó tan solo la mitad de lo que yo leí, lo elogió y se retiró; tenía prisa por ir a algún lugar. Los tres o cuatro capítulos que leí gustaron muchísimo a Belinski (aunque no lo merecían). Pero Belinski no conocía el final del relato y se encontraba bajo el encanto de *Pobres gentes*». PSS, tomo 26, pp. 65-66. <<



[28] *PSS*, tomo 28 (1), pp. 115-116. <<

[29] *Ibíd.*, p. 116. <<

[30] *Ibíd.*, p. 118. <<

[31] *PSS*, tomo 1, p. 490. <<

[32] *Ibíd.*, pp. 490-491. <<

[33] K. S. Aksákov, *Moskovskii literaturni i uchioni sbornik na 1847 god*, Moscú, Izdatel V. A. Panov, 1847, pp. 33-34. <<

[34] *PSS*, tomo 1, p. 491. <<

[35] *Ibíd.*, p. 489. <<



[36] *Ibíd.*, p. 489. <<

[37] *Ibíd.*, p. 489. <<

[38] *Ibíd.*, pp. 489-490. <<

[39] V. G. Belinski, ob. cit., tomo IV, p. 272. <<

[40] *Ibíd.*, pp. 459-460. <<

[41] *Ibíd.*, p. 460. <<

[42] *Ibíd.*, pp. 460-461. <<

[43] *PSS*, tomo 28 (1), pp. 119-120. <<



[44] *Ibíd.*, p. 131. <<

[45] *Ibíd.*, p. 133. <<

[46] *Ibíd.*, p. 133. <<

[47] *Ibíd.*, p. 139. <<

[48] *Ibíd.*, p. 141. <<

[49] Seudónimo de N. D. Ajsharúmov (1819-1893). <<

[50] *PSS*, tomo 28 (1), p. 174. <<

[51] *Ibíd.*, p. 326. <<



[52] *Ibíd.*, p. 340. <<

[53] *Ibíd.*, p. 350. <<

[54] Al. Piatkovski, *Bibliograficheskoe obozrenie*, en *Severnaia Pchela*, N.º 176, 9 de agosto de 1861. <<

[55] *PSS*, tomo 21, p. 264. <<

[56] *PSS*, tomo 26, p. 65. <<

[57] Cf. Gueorgui Chulkov, *Kak rabotal Dostoevskii*, Moscú, Izdatelstvo Sovetskii pisatel, 1939, pp. 37-38. <<

[58] Por ejemplo, en la segunda edición desaparece todo este pasaje del capítulo 1: «Señalemos aquí, a propósito, una pequeña peculiaridad del señor Goliadkin. Sucede que a veces le gustaba mucho hacer conjeturas novelescas relativas a su persona; le gustaba figurarse a veces el héroe de una novela intrincada, perderse mentalmente en diferentes intrigas y dificultades, para finalmente sobreponerse a todas las contrariedades con honor, eliminando todos los obstáculos, venciendo las dificultades y otorgando magnánimamente el perdón a sus enemigos». <<

[59] Cf. Fyodor Dostoevsky, *The double. Two versions*, traducido por Evelyn Harden, Ann Arbor, Ardis Publishers, 1985, pp. xx-xxiv. <<



[60] Cf. R. I. Avanesov, «Dostoevskii v rabote nad *Dvoinikom*», en *Tvorcheskaia istoriia. Issledovaniia po russkoi literature*, Moscú, Izdatelstvo Nikitinskie subbotniki, 1927, pp. 154-191. <<

[61] Evelyn Harden, «Introduction», en Fyodor Dostoevsky, *The double. Two versions*, ob. cit., pp. IX-XXXVI; Richard Peace, «Gogol I Dvoinik Dostoevskogo», en *Dostoevskii v kontse xx veka*, Moscú, Izdatelstvo Klassika plus, 1996. <<

[62] «Pushkin está probablemente bajo la influencia de cuatro actitudes culturales distintas, si bien emparentadas, hacia la locura: 1) la mirada desacralizada de la locura de la cultura francesa del siglo XVIII, en la cual la demencia es vista como la antítesis del ideal, la Razón; 2) la ciencia psicológica de finales del siglo XVIII y principios del XIX, que intenta contrarrestar los estereotipos predominantes de la locura como maldición y redefinirla como enfermedad mental tratable; 3) la mirada romántica, que, en reacción a la Edad de la Razón, contempla nuevamente la locura, los estados mentales más irracionales o no racionales como fuente de una percepción superior, si no profética; 4) una reacción antirromántica que lanza una mirada escéptica —y a veces incluso sarcástica— sobre los poderes especiales atribuidos a la imaginación demencial». Gary Rosenshield, *Pushkin and the genres of madness: the masterpieces of 1833*, Madison, University of Wisconsin Press, 2003, p. 10. <<

[63] *Ibíd.*, p. 182. <<

[64] Cf. Charles E. Passage, «Dostoevski the adapter: a study in Dostoevski's use of the tales of Hoffmann», en *Studies in Comparative Literature*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1954, pp. 14-37. Sobre este tema también pueden consultarse S. K. Rodzévich, «K istorii russkogo romantizma (E. T. A. Gofman i 30-40 gg. v nashei literature)», en *Russkii filologicheskii vestnik*, N.º 1-2, Petrogrado, 1917, tomo LXXVII, pp. 194-237; A. B. Bótnikova, *E. T. A. Gofman i russkaia literatura (Pervaia polovina XIX veka)*, Voronezh, Izdatelstvo Voronezhskogo Universiteta, 1977, pp. 159-174; Michel Cadot, «Le double de Dostoïevski et ses modèles hoffmanniens», en Wladimir Troubetzkoy (comp.), *La figure du double*, París, Didier Érudition, 1995, pp. 115-124; G. K. Shénnikov, «Dvoinik Dostoevskogo kak tvorcheskii dialog s E. T. A. Gofmanom», en *Dostoevskii i mirovaia kultura*, N.º 24, San Petersburgo, Izdatelstvo Serebrianni vek, 2008, pp. 58-65; E. Drizhakova, «Fenomen Goliadkina: otkuda i kuda», en *II Mezhdunarodni simpozium «Russkaia slovesnost v mirovom kulturnom kontekste». Izbrannie dokladi i tezisi*, Moscú, Fond Dostoevskogo, 2008, pp. 204-213; Cécile Kovacshazy, *Simplement double. Le personnage double, une obsession du roman au XXe siècle*, Classiques Garnier, París, 2012, pp. 63-65. <<

[65] V. B. Shklovski, «Dvoyniki i o *Dvoynike*», en V. B. Shklovski, *Za i protiv. Zametki o Dostoevskom*, Moscú, Izdatelstvo Sovietskii pisatel, 1957, p. 57. <<

[66] *Ibíd.*, p. 60. <<

[67] Sobre la influencia de Gógol en *El doble*, cf. V. V. Vinográfov, «K morfologii naturalnogo stilia (Opit lingvisticheskogo analiza peterburgskoi poemi *Dvoinika*)», en *Evolutsiia russkogo naturalizma. Gogol i Dostoevskii*, Leningrado, Izdatelstvo Academia, 1929, pp. 101-140; A. L. Bem, «Nos i *Dvoinik*» [1936], en *Vokrug Dostoevskogo v dvuj tomaj*, Moscú, Izdatelstvo Russkii put, 2007, tomo 1, pp. 500-517; Richard Peace, «Gogol i *Dvoinik* Dostoevskogo», en *Dostoevskii v kontse xx veka*, ob. cit., pp. 501-517; Cécile Kovacshazy, ob. cit., pp. 65-67. <<



[68] A. L. Bem, ob. cit., pp. 505, 512 y 517. El investigador va más allá y estima que en la segunda edición de *El doble*, Dostoievski excluyó el motivo de la impostura porque en los años 1860 ya su polémica con Gógol había perdido vigencia. <<

[69] *Ibíd.*, p. 507. <<

[70] V. V. Vinogradov, ob. cit., p. 104. <<

[71] En rigor, G. A. Fiódorov retoma la tradición abierta por N. P. Antsíferov con sus obras *Dusha Peterburga* (1922), *Peterburg Dostoevskogo* (1923) y *Bil i mif Peterburga* (1924), dedicadas a explorar la semiótica urbana y su imbricación con los textos literarios. Dicha tradición sería luego ampliada con los trabajos de V. N. Toporov (*Peterburg i «Peterburgskii tekst russkoi literaturi»*, 1982), I. M. Lotman (*Simvolika Peterburga i problemi semiotiki goroda*, 1984) y D. S. Lijachiov (*Dostoevskii v poiskaj realnogo i dostovernogo*, 1984). <<

[72] M. M. Bajtín, *Problemi poetiki Dostoevskogo* [1963], en *Sobranie sochinenii v 7 tomaj*, Moscú, Izdatelstvo Russkie slovari, 2002, tomo VI, p. 72. <<

[73] *Ibíd.*, p. 192. <<

[74] «La precisión topográfica era en él [Dostoievski —A. G.] más bien un *método* de creación que un *objetivo* artístico [...] Dostoievski no ‘componía’ la realidad, sino que ‘anexaba’ a ella sus obras. Tomaba un hecho real, un lugar real, un encuentro casual, una noticia en el periódico sobre algún acontecimiento, un reporte sobre un proceso judicial y le añadía a todo eso una continuación; poblaba con su imaginación una calle que había visto, abría mentalmente puertas de departamentos verdaderamente existentes, ingresaba en antiguos sótanos, creaba biografías para los transeúntes reales que cruzaba por la calle [...] La referencia al lugar de la acción parece decir mucho de aquello que Dostoievski no alcanza a contar al lector, pero que era bien conocido por sus contemporáneos. Dostoievski no escribía para aquellos que vivirían muchos años después, sino para sus contemporáneos, y muy a menudo, para los petersburgueses». D. S. Lijachiov, «Dostoevskii v poiskaj realnogo i dostovernogo», en D. S. Lijachiov, *Literatura, realnost, literatura*, Leningrado, Izdatelstvo Sovietskii Pisatel, 1984, pp. 55, 57 y 70. <<

[75] Johann Wolfgang Goethe, *Fausto*, San Juan de Puerto Rico, Biblioteca de Cultura Básica, 2002, pp. 76-77. Dostoievski tenía muy presente este detalle, así lo confirma una de sus obras posteriores, *Humillados y ofendidos*, en la que el narrador, refiriéndose al estrafalario perro de Smith, dice: «Ese desgraciado perro también parecía tener ochenta años; sí, sin falta debía ser así. Primero, era en apariencia tan viejo como no suele serlo ningún perro, y, segundo, ¿por qué en cuanto lo vi acudió de inmediato a mi cabeza la idea de que ese perro no podía ser como los demás, que era un perro extraordinario, que sin falta debía haber en él algo fantástico, de hechicería, que quizás era un Mefistófeles cualquiera con forma de perro, y que su destino, de alguna forma misteriosa y desconocida, estaba ligado al destino de su amo?». *PSS*, tomo 3, p. 171. <<



[76] Es probable también que esta asociación le llegara a Dostoievski a través de Gógol, y en relación directa con el tratamiento grotesco del doble. En *La nariz*, cuando Kovaliov va a poner un anuncio en el periódico para encontrar su nariz, tiene lugar el siguiente diálogo entre el funcionario del diario y el protagonista:

—La semana pasada hubo un caso semejante. Vino un funcionario, igual que ha venido usted ahora, con una nota que le salió dos rublos con setenta y tres kopeikas, y todo el anuncio consistía en que se había escapado un perro de aguas de pelo negro. Al parecer, eso no tenía nada de malo, ¿verdad? Pero acabó siendo un pasquín: el perro no era otro que el tesorero de no recuerdo qué administración.

—Pero el anuncio que yo hago no se refiere a ningún perro, sino a mi propia nariz, cosa que equivale casi a mí mismo. <<

[77] Hoy funciona allí el Departamento-Museo Dostoievski de Moscú. <<

[78] No siempre el significado es inmediatamente percibido por el lector; muchas veces, el autor puede estar resolviendo para sí mismo problemas vinculados a la poética del texto, en un plano, por llamarlo así, criptogramático, y decide incluir elementos solo conocidos por él o incluso autobiográficos. Cf. «Eshe raz ob ‘umishlennosti’ Dostoevskogo», en V. N. Toporov, *Peterburgskii tekst*, Moscú, Izdatelstvo Nauka, 2009, pp. 453-457. <<

[79] Dostoievski solía referirse a la nobleza ilustrada surgida de las reformas de Pedro el Grande con el epíteto «polluelos del nido de Pedro», palabras tomadas del poema de Pushkin *Poltava* (1828). <<

[80] Dostoievski conocía a la perfección la obra del historiador ruso. En una carta escrita a N. N. Strájov en 1870, afirma: «Yo crecí leyendo a Karamzín». *PSS*, tomo 29 (1), p. 153. <<

[81] Los *berendéi* dejaron sus huellas no solo en las crónicas de los siglos XI-XIII, en algunos topónimos asociados a sus creencias (el pantano Berendéievo, sobre el que circulan muchas leyendas, entre ellas una que afirma que allí vivía el mítico zar Berendéi, protagonista de varios cuentos populares rusos) y en artesanías (*berendeiki* eran juguetes de madera con forma humana y animal tallados cerca del pueblo Berendéievo), sino también en la lengua: el verbo *berendérit* significaba «golpear», «azotar», «fustigar», y *berendit* «molestar», «obstaculizar», «disputar», «contrariar» (cf. V. I. Dal, *Tolkovi slovar zhivogo velikoruskogo iazika*, Moscú, Gosudarstvennoie izdatelstvo inostrannij i natsionalnij slovarei, 1955, tomo 1, p. 83); así quedó registrado en la memoria popular el servicio de los *berendéi* a los príncipes rusos. Cf. V. N. Zajárov, *Sistema zhanrov Dostoevskogo: tipologia i poetika*, Leningrado, Izdatelstvo LGU, 1985, pp. 90-91. <<

[82] Cf. I. M. Sneguiriov, *Moskva. Podrobnoie istoricheskoie i arjeologicehskoie opisanie goroda*, Moscú, Izdanie A. Martinova, 1865, tomo 1, p. 102. El historiador I. M. Sneguiriov era muy amigo del padre de Dostoievski, y solía frecuentar su casa en Moscú cuando el escritor aún vivía allí. <<

[83] Al final del libro ofrecemos una extensa bibliografía en la que el lector o investigador interesado podrá encontrar los trabajos más importantes sobre nuestro tema. <<



[84] Todavía en el siglo xx un escritor de la talla de Vladímir V. Nabókov afirmaba: «Este relato [*El doble* —A. G.] es una perfecta obra de arte. Pero los admiradores del Dostoievski profeta difícilmente acuerden conmigo, puesto que fue escrita en los años 1840, mucho antes de las llamadas grandes novelas; además, la imitación de Gógol es tan chocante que por momentos el libro parece casi una parodia». V. V. Nabókov, *Lektsii po russkoi literature*, Moscú, Izdatelstvo Nezavisimaia Gazeta, 1996, p. 210. <<

[85] V. N. Máikov, «Nechto o russkoi literature v 1846 godu» [1847], en *Kriticheskie opiti (1845-1847)*, San Petersburgo, Izdanie zhurnala «Panteon Literaturi», 1891, p. 327. <<

[86] *Ibíd.*, p. 325. <<

[87] *Ibíd.*, p. 327. <<

[88] *PSS*, tomo 1, p. 493. <<

[89] N. A. Dobroliúbov, *Sobranie sochinenii v deviati tomaj*, Moscú-Leningrado, Gosudarstvennoie izdatelstvo judozhestvennoi literaturi, 1963, tomo VII, p. 258. <<

[90] N. K. Mijáilovski, «Zhestokii talant» [1882], en *Literaturnaia kritika. Stati o russkoi literature XIX - nachala xx veka*, Leningrado, Izdatelstvo Judozhestvennaia literatura, 1989, pp. 210-211. <<

[91] Son muy interesantes las observaciones de Osípov acerca de la duplicidad y especularidad que recorren las páginas del relato: Iván Semiónovich (funcionario que ocupa el sitio de Goliadkin mayor) y Semión Ivánovich (difunto al que sustituye Goliadkin menor); Goliadkin tiene dos jefes directos (Antón Antónovich y Andréi Filíppovich), y dos superiores (su Excelencia y Olsufi Ivánovich); dos son los compañeros que encuentra Goliadkin por la calle, y dos son los encuentros con ellos; dos mujeres (Karolina Ivánovna y Klara Olsúfevna), dos criados (Petrushka y Evstafi), dos amanuenses (Ostáfev y Pisarenko); dos son las viejas que casi derriba Goliadkin en el baile; dos son las vendedoras ambulantes que derriba en la calle; dos son los rublos que debe a Vajraméiev; dos son las horas que espera en la escalera de servicio; dos tras la pila de leña; dos minutos; dos pasos; dos ojos de fuego lo miran en la oscuridad del coche que lo lleva al manicomio. Cf. N. I. Osípov, «*Dvoinik, peterburgskaia poema F. M. Dostoevskogo (Zametki psijiatra)*» [1929], en A. L. Bem (red.), *Vokrug Dostoevskogo v dvuj tomaj*, Moscú, Izdatelstvo Russkii put, 2007, tomo 1, p. 86. <<



[92] M. M. Bajtín, *Problemi tvorčestva Dostojevskogo* [1929], en *Sobranie sochinenii v semi tomaj*, Moscú, Izdatelstvo Russkie slovari, 2000, tomo II, p. 113. <<

[93] *Ibíd.*, p. 116. <<

[94] D. I. Chizhevski, «K probleme dvojnika» [1929], en A. L. Bem (red.), ob. cit., tomo 1, pp. 55-57. <<

[95] *Ibíd.*, p. 59. <<

[96] Citado en F. I. Evnín, *Ob odnoi istoriko-literaturnoi legende*, en *Ruskaia literatura*, N.º 3, Moscú, Izdatelstvo Nauka, 1965, pp. 4-5. <<

[97] K. V. Mochulski, *Dostoevskii. Zhizn i tvorchestvo*, París, YMCA Press, 1947, pp. 42-43. <<

[98] Hemos mencionado que V. B. Shklovski también sostenía esta idea. <<

[99] F. I. Evní, ob. cit., pp. 12-13. <<



[100] *Ibíd.*, p. 15. <<

[101] V. N. Zajárov, *Sistema zhanrov Dostoevskogo: tipologia i poetika*, Leningrado, Izdatelstvo LGU, 1985, pp. 75-76. <<

[102] *Ibíd.*, pp. 86-87. <<

[103] G. V. Bambuliak, «Ideia cheloveka v rannem tvorchestve Dostoevskogo», en *Literatura i vremia*, Kishiniov, Izdatelstvo Shtiintsa, 1987, pp. 81, 82, 84-86. <<

[104] Cf. D. Kirái, «Siuzhetni parallelizm v romane *Dvoinik* (K voprosu o vnutrennei forme vtorogo romana Dostoevskogo: razgranichenie realnogo i fantasticheskogo plana)», en *Studia Slavica*, Budapest, 1969, tomo 15, pp. 246 y ss. <<

[105] G. A. Fiódorov, «Peterburg *Dvoïnika*» [1974], en *Moskovskii mir Dostoevskogo. Iz istorii russkoi judozhestvennoi kulturi XX veka*, Moscú, Izdatelstvo Iaziki slavianskoi kulturi, 2004, p. 209. <<

[106] Otto Rank, *El doble*, Buenos Aires, Ediciones Orión, 1976, pp. 59-60. <<

[107] En 1920 Janko Lavrin, en *Dostoevsky and his creation: a psycho-critical study*, ya hablaba de Dostoievski como precursor de los psicoanalistas y como el primero en explorar el inconsciente; en 1935 Samuel Stephenson Smith y Andréi Isotoff, en *The abnormal from within. Dostoevsky*, daban un paso más allá y señalaban que las obras del escritor ruso ofrecían al estudioso de lo anormal la oportunidad de ver los fenómenos de la epilepsia, las alucinaciones, la personalidad histérica y demás tal como los percibe el enfermo. <<



[108] Joseph Frank, *Dostoievski. Las semillas de la rebelión, 1821-1849*, México, FCE, 1984, p. 385. <<

[109] *Ibíd.*, pp. 388-389. <<

[110] Cf. John Herdman, *The Double in Nineteenth-Century Fiction*, Londres, Macmillan Press, 1990, pp. 99-126. <<

[111] Cécile Kovacshazy, ob. cit., p. 74. <<

[112] Cf. Temira Pachmuss, *F. M. Dostoevsky. Dualism and Synthesis of the Human Soul*, Carbondale, Southern Illinois University Press, 1963, pp. 18-42. <<

[113] V. V. Vinográdov ya había reparado en que, de las cuatro partes en que se compone el relato —cada una de las cuales equivale a un día en la vida de Goliadkin (caps. I-V, VI-VII, VIII-IX, X-XIII (XIV))—, tres tienen un comienzo similar (Goliadkin se despierta a las ocho), mientras que la última se abre con la descripción de una pesadilla, lo que tiende a borrar los límites entre sueño, delirio y realidad. Cf. V. V. Vinográdov, ob. cit., pp. 135-136. <<

[114] Cf. David Gasperetti, «The Double: Dostoevskij's Self-Effacing Narrative», en *Slavic and East European Journal*, vol. 33, N.º 2, Summer 1989, pp. 217-234. <<

[115] Tzvetan Todorov, *Introduction à la littérature fantastique*, Paris, Éditions du Seuil, 1970, pp. 29-30. <<



[116] *Ibíd.*, p. 51. <<

[117] *PSS*, tomo 30 (I), p. 192. <<

[118] *PSS*, tomo 19, p. 88. <<

[119] «En *La princesa Brambilla* el momento culminante de la narración se ve súbitamente interrumpido, pero la interrupción de la acción es rica en contenido: precisamente en ese momento la sustancia espiritual buscada (el ‘príncipe Cornelio’) penetra en la conciencia del mediocre actor trágico Giglio Fava. Así es como advierte Hoffmann al lector sobre esa reencarnación: ‘En el original de este asombroso capricho, que el narrador imita con exactitud, hay en este lugar un claro. Expresándonos en lenguaje musical, aquí no hay transición desde una tonalidad a otra, por lo que el nuevo acorde se da sin la debida preparación. Sí puede decirse que el capricho parece interrumpirse en una disonancia insoluble. En otras palabras, el príncipe —por él debe entenderse, por supuesto, a Giglio Fava, que amenazaba de muerte al mismo Giglio Fava— de pronto empezó a sufrir intensos dolores en el vientre, que él atribuyó al guiso de Pulcinella. Pero Celionati le dio a Giglio unas gotas de calmante y este se durmió, tras lo cual en el palacio se levantó un terrible ruido. Así como no se sabe qué ruido era aquel, tampoco se sabe cómo Celionati y el príncipe, el mismo Giglio Fava, abandonaron el palacio’. Del mismo modo, al final del capítulo v de *El doble* hay un claro señalado con puntos suspensivos [...] En esa ‘disonancia insoluble’ se interrumpe el ‘suceso absolutamente inexplicable’. El siguiente capítulo, el VI, comienza con Goliadkin despertándose a las ocho en punto del día siguiente. En qué terminó la fantasmagoría del capítulo v, no se sabe, el texto del relato no ofrece ninguna respuesta [...] el doble fantástico del capítulo v se convierte en el capítulo VI en el prosaico funcionario consejero titular Goliadkin menor, también Iákov Petróvich». V. N. Zajárov, *Problemi izucheniia Dostoevskogo*, Petrozavodsk, Izdatelstvo Petrozavodskogo Universiteta, 1978, pp. 39-41. <<

[120] Agrega: «De cómo despertó el consejero titular Goliadkin. De cómo se preparó para viajar y se dirigió adonde el camino lo llevaba. De cómo el señor Goliadkin se justificó a sus propios ojos y cómo después infirió la regla de que lo mejor era actuar con atrevimiento y con una franqueza no privada de hidalguía. De por dónde pasó finalmente el señor Goliadkin». <<

[121] A lo largo de la obra aparecerán funcionarios de diversos rangos. Para orientar al lector, ofrecemos aquí la Tabla de rangos completa, lo que permitirá entrever las relaciones jerárquicas entre los distintos personajes:

1. Canciller / Consejero secreto efectivo de 1ra. clase
2. Consejero secreto efectivo
3. Consejero secreto
4. Consejero de Estado efectivo
5. Consejero de Estado
6. Consejero colegiado
7. Consejero de la Corte
8. Asesor colegiado
9. Consejero titular
10. Secretario colegiado
11. Secretario naval
12. Secretario regional
13. Registrador de gabinete / Secretario provincial / Registrador del Senado (desde 1764) / Registrador del Sínodo (desde 1764)
14. Registrador colegiado (N. del T.) <<

[122] Agrega: «por completo». <<

[123] Elimina: «Pero un momento después». Agrega: «Sin embargo, un momento después el señor Goliadkin». <<



[124] Elimina: «”». Agrega: «“Sería interesante saber, por ejemplo, adónde me llevaría a mí —concluyó el señor Goliadkin— si yo, por ejemplo, de buenas a primeras, por las causas que fueren, de golpe, por alguna casualidad, me retirara del servicio y, por tanto, me quedara sin ingreso alguno”. Tras formularse tan importante pregunta, el señor Goliadkin quedó serio y pensativo. Señalemos aquí, a propósito, una pequeña peculiaridad del señor Goliadkin. Sucede que a veces le gustaba mucho hacer conjeturas novelescas relativas a su persona; le gustaba figurarse a veces el héroe de una novela intrincada, perderse mentalmente en diferentes intrigas y dificultades, para finalmente sobreponerse a todas las contrariedades con honor, eliminando todos los obstáculos, venciendo las dificultades y otorgando magnánimamente el perdón a sus enemigos. Cuando volvió en sí de sus reflexiones, el señor Goliadkin, con un mohín serio y grave, colocó el dinero en la billetera, la billetera otra vez en el cajón y miró el reloj. Este se disponía a dar la hora. Eran las ocho en punto.» <<

[125] El color celeste y los escudos del coche denotaban el origen noble y el estatus elevado del pasajero. En ese detalle se advierte la pretensión de Goliadkin por aparentar lo que no es. (N. del T.) <<

[126] Coche ligero de cuatro ruedas para uno o dos pasajeros. (N. del T.) <<

[127] Agrega: «finalmente su influjo sobre el señor Goliadkin». <<

[128] Agrega: «me parece que no hay nada censurable». <<

[129] Agrega: «, no había necesidad alguna». <<

[130] Agrega: «De cómo entró el señor Goliadkin al departamento de Krestián Ivánovich. De qué habló precisamente con este; cómo después rompió a llorar; cómo después demostró claramente que posee unas cuantas y hasta muy importantes virtudes necesarias en la vida práctica, y que algunas personas saben a veces agasajarte con caramelitos, como dice el refrán; cómo por último pidió permiso para retirarse y, obteniéndolo tras mucho rogar, salió, dejando asombrado a Krestián Ivánovich. Opinión del señor Goliadkin sobre Krestián Ivánovich». <<

[131] Agrega: «, ya le he explicado la vez pasada,». <<



[132] Agrega: «, Krestían Ivánovich». <<

[133] Elimina: «, no he querido decir usted». Agrega: «, que ellos y yo». <<

[134] Agrega: «, Krestían Ivánovich». <<

[135] Elimina: «Continúe con los medicamentos de antes...». Agrega: «Los medicamentos son los mismos de antes. Continúe...». <<

[136] Agrega: «, sin embargo,». <<

[137] Elimina: «el». Agrega: «su». <<

[138] Agrega: «De exactamente cuántos rublos aceptó pagar el señor Goliadkin y cuántos gastó. Qué demostró luego a dos de sus compañeros de trabajo. En qué consiste la vida privada y la vida oficial del señor Goliadkin. De cómo, por último, el señor Goliadkin se dispuso a almorzar *sans façon*, como suele decirse entre la gente bien, y cómo terminó finalmente todo ello». <<

[139] Alusión al periódico *La abeja del norte*, que ya desde los años de Pushkin y Gógol era despreciado por los jóvenes intelectuales a causa de sus posiciones conservadoras y oficialistas. (N. del T.) <<



[140] Agrega réplica, en párrafo aparte: «—Pero de todas formas, Iákov Petróvich...».

<<

[141] Elimina: «dijo». Agrega: «respondió». <<

[142] Elimina: «no me han conocido.» Agrega: «me han conocido solo en parte y no del todo...». <<

[143] Agrega: «, señores». <<

[144] Agrega: «, esa misma mirada». <<

[145] Agrega: «Él está en casa.» <<

[146] Agrega: «Ya ves que soy yo.» <<

[147] Agrega: «Guerásimich... yo...». <<



[148] Agrega: «ya que». <<

[149] Elimina: «De todas formas». Agrega: «Pero de todas formas». <<

[150] Elimina la réplica anterior. Agrega: «No me pasa nada, Andréi Filíppovich, no me pasa nada. Estoy aquí por cuenta propia. Es mi vida privada, Andréi Filíppovich, es mi vida privada.». <<

[151] Agrega: «¿qué?...». <<

[152] Agrega: «casi». <<

[153] Elimina: «el». Agrega: «su». <<

[154] Elimina: «el». Agrega: «su». <<

[155] Agrega: «Cómo fueron exactamente la comida y el baile que ofreció el consejero de Estado Berendéiev. Algo sobre la utilidad de las escaleras de servicio. De cómo el señor Goliadkin demuestra que conoce al ex ministro francés Villèle. Opinión del señor Goliadkin sobre los jesuitas. De cómo el señor Goliadkin, asistido por los jesuitas, alcanza finalmente su objetivo; cómo después busca su justo estatus social e intenta ganarse la benevolencia del anfitrión. Cómo, en esa ocasión tan propicia, recuerda las cabezas calvas y a los emires árabes. Polka y desenlace de este capítulo absolutamente verosímil». <<



[156] Agrega: «, muy rara vez». <<

[157] Paráfrasis paródica a *Almas muertas*, de Gógol, donde esta imagen aparece en las palabras que el autor dirige a Rus': «¡Oh, Rus'! ¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Qué fuerza inescrutable y misteriosa me arrastra hacia ti? ¿Por qué miras así, y por qué todo cuanto hay en ti vuelve hacia mí esos ojos rebosantes de expectación?» (Primera parte, cap. XI). (N. del T.) <<

[158] Agrega: «¡No!». <<

[159] Agrega: «al fin». <<

[160] En *La casa de hielo* (1835), de I. I. Lazhénikov, el narrador habla del «piecito homeopático» de la protagonista. (N. del T.) <<

[161] Agrega: «de un libro,». <<

[162] Agrega: «sin embargo». <<

[163] Alusión a la obra *Historia de la aventura del milord inglés George y de la margravina Friederike Luisa de Brandenburg, seguida de la historia del antiguo visir turco Martsimiris y la reina Teresa de Cerdeña* (1782, octava edición en 1840), de Matvéi Komarov, cuya biografía se desconoce. En el curso de esta narración también se toca el tema de la sustitución de una persona por otra. (Cf. *PSS-KT*, tomo VI, p. 709). (N. del T.) <<



[164] Agrega: «me meto, así nomás...». <<

[165] Sobre el origen y significado del apellido Goliadkin, véase el estudio preliminar.  
(N. del T.) <<

[166] Agrega: «¿Si entra alguien?». <<

[167] Agrega: «¡agarrar y meterme!». <<

[168] Agrega: «ahora». <<

[169] Agrega: «en verdad, tomando un tecito.» <<

[170] Elimina: «rincón». Agrega: «rinconcito». <<

[171] Agrega: «¿Sabe qué?». <<



[172] Elimina: «él también quería bailar con Klara Olsúfevna». <<

[173] Elimina: «pero». Agrega: «Pero». <<

[174] Agrega: «Un suceso absolutamente inexplicable». <<

[175] Elimina: «terminado». Agrega: «por supuesto». <<

[176] Agrega: «que otro». <<

[177] Agrega: «sin embargo». <<

[178] Elimina «; en» Agrega: «. En». <<

[179] Agrega: «Entendió finalmente que se perdía por completo, que caía en un abismo.». <<



[180] Agrega: «al fin». <<

[181] Agrega: «De cómo el señor Goliadkin se esfuerza por explicar el inexplicable suceso, y cómo al fin parcialmente lo hace. Decisión del señor Goliadkin. Algo sobre los hermanos siameses. De cómo el señor Goliadkin casi se reconcilia con los hermanos siameses y concede, de paso, que Krilov es un gran fabulista. Encuentro y situación embarazosa del señor Goliadkin». <<

[182] Agrega: «, que algo malo estaban pergeñando». <<

[183] Agrega: «Era claro e indudable que todo aquello no había sido un sueño ni un delirio.». <<

[184] Agrega: «después de todo». <<

[185] Elimina: ««». Agrega: «Por su parte, estaba firmemente convencido de la certeza del asunto; lo único que no sabía era de dónde iba a venir el golpe. “¡Dios sabrá! — pensó—. Aunque bien mirado, ¿quién sabe? Puede que no sea en realidad nada”».

<<

[186] Elimina: «que lo llevo con resignación». Agrega: «que llevo con resignación mi vergüenza y aflicción». <<

[187] Elimina: «”». Agrega: «“Quizás, ¿quién sabe?, quizás me deseen el bien. ¡Ya pasará! Tal vez estoy atacando a buena gente”. Así reflexionaba el señor Goliadkin sobre su situación, y decidió en cualquier caso esperar pacíficamente las consecuencias, y con el tiempo, después, cuando, por ejemplo, el peligro lo amenace ya demasiado, ir quizás a ver a su Excelencia». <<



[188] Agrega: «cómo juzgará el asunto a su manera». <<

[189] Agrega: «El señor Goliadkin incluso albergaba la secreta y remota sospecha de que, acaso, era ese el lugar desde el que había que buscar la clave, la resolución del enigma.» <<

[190] Agrega: «Tendría que interrogarlo bien, sonsacarle algo, comenzar por algo lejano, delicadamente, obligarlo a que se vaya de lengua. Es testarudo el granuja... debería encararlo con amabilidad. Primero lisonjearlo así y asá, y después comenzar a interrogarlo». <<

[191] Agrega: «Ojalá todo se resuelva pronto —pensó—. Que sea lo que deba ser, pero ojalá todo este enredo se resuelva pronto». <<

[192] Elimina: «Y si mandan». Agrega: «Que manden». <<

[193] Agrega: «en extremo». <<

[194] Agrega: «Por lo demás, el señor Goliadkin sabía y comprendía claramente que sus asuntos marchaban mal y que la partida estaba perdida. Es por eso que una honda e interna inquietud no lo abandonaba ni un solo momento, hundiendo sus venenosas raíces más y más profundamente en su alma y extendiéndose más y más, de modo que, por más que luchara, no podía en modo alguno adoptar su aspecto habitual de trabajo, es decir, dejar de preocuparse por todo lo accesorio y, agachado como corresponde, sin levantar la cabeza del escritorio, pasar serenamente la pluma por el papel unas cinco horas o más.» <<

[195] Elimina: «Pero también era». Agrega: «Era». <<



[196] Agrega: «, intentaba mentalmente desenredar todos los nudos de sus dudas, desentrañar, descifrar toda la intriga y todas las distintas artimañas que lo rodeaban».

<<

[197] Agrega: «, pero que fuera cuanto antes.». <<

[198] Agrega: «Todo lo que sentía el señor Goliadkin se veía plenamente justificado por las circunstancias presentes.» <<

[199] Agrega: «el señor Goliadkin». <<

[200] Agrega: «Él, él mismo estaba sentado ante sí, como si delante de él hubieran puesto un espejo.». <<

[201] Agrega: «exactamente». <<

[202] Agrega: «lo señaló sin más,». <<

[203] Agrega: «; es un elefante, como suele decirse, y no se da uno cuenta, Iákov Petróvich». <<



[204] Agrega: «, no se haga mala sangre por esta singular circunstancia». <<

[205] Agrega: «ahora». <<

[206] Elimina: «.» Agrega: «...». <<

[207] Agrega: «. ¡Una maravilla, eso es!». <<

[208] Agrega: «¡Conque así es!». <<

[209] Agrega: «Por ese pasajito cortaremos camino.» <<

[210] Agrega: «Los dos señores Goliadkin. De cómo hablaron sobre distintos temas. De cómo un señor Goliadkin lloró y el otro compuso versos. El señor Goliadkin se considera plenamente feliz y se da palabra de comportarse bien en el futuro. Opinión del señor Goliadkin menor sobre el techo amigo. El señor Goliadkin mayor protesta y restablece la reputación algo mancillada del profeta Mahoma. Indecorosa conducta de Petrushka. De cómo el señor Goliadkin mayor se queda finalmente dormido». <<

[211] Agrega: «¿Qué irá a decirme?». <<



[212] Agrega: «Vaya una broma.». <<

[213] Elimina: «todos tienen». Agrega: «toda esta gente tiene». <<

[214] Agrega: «Solo finge este bestia, no hace más que fingir. ¡Lo sabe, lo sabe todo!».

<<

[215] Elimina: «al». Agrega: «a su». <<

[216] Agrega: «conociendo sus virtudes,». <<

[217] Cita de un poema de A. P. Sumarókov (1717-1777) dedicado a San Petersburgo.  
(N. del T.) <<

[218] Seudónimo del escritor y periodista de origen polaco Ósip Ivánovich Senkovski (1800-1858). Como señalan los redactores de *PSS-KT*, que el barón Brambeus sea objeto de conversación entre los dos señores Goliadkin, sobre todo cuando estos deciden «colaborar», es más que significativo: en 1834 Senkovski se convierte en editor y redactor de la revista *Biblioteca de lectura* (primera revista de gran tirada en Rusia), y el barón Brambeus en uno de sus más prolíficos colaboradores. En un juego de desdoblamiento, Senkovski, en la figura ficticia de Brambeus, escribía para el público de masas, simple y sin mayor formación, pero, para el lector avezado y culto, Brambeus cifraba bromas y mistificaciones. Sobre este emprendimiento llegó a decir Aleksandr Herzen: «Cuatro ojos ven más que dos. Sobre todo para la edición de una revista. Nuestras revistas más leídas y veneradas siempre fueron editadas por una pareja de literatos: *La abeja del norte*, *El faro*, *El moscovita*. El señor Senkovski sabía ello y, a falta de alter ego, se desdobló a sí mismo, como el Medardus de Hoffmann, y editó *Biblioteca de lectura* con el barón Brambeus; la época de gloria y esplendor de esa revista fue la época en la que Brambeus colaboró en ella» (Aleksandr Herzen, *Sobranie Sochinenii v 30 tomaj*, Moscú, Izdatelstvo Akademii Nauk SSSR, 1954, tomo II, p. 116). (Cf. *PSS-KT*, tomo VI, pp. 715-716). (N. del T.)

<<

[219] Agrega: «nos entenderemos;». <<



[220] Elimina: «En». Agrega: «Ahora tú y yo haremos causa común, y en». <<

[221] Diminutivo afectuoso del nombre Iákov. (N. del T.) <<

[222] Agrega: «, acéptalo y resígnate». <<

[223] Agrega: «y se tambaleaba». <<

[224] Agrega: «para que bueno,». <<

[225] *Petrusha, Petrushka*, diminutivos afectuosos del nombre Piotr. (N. del T.) <<

[226] Agrega: «De qué le pasó al señor Goliadkin cuando despertó. De cómo el señor Goliadkin sintió un poco de miedo. Encuentro de ambos Goliadkin. Cómo un señor Goliadkin embauca al otro señor Goliadkin. Diabólica traición del señor Goliadkin menor. Falta de decencia e instrucción del señor Goliadkin menor. Escandalosa conducta del señor Goliadkin menor. Opinión del señor Goliadkin mayor sobre los trapos, el amor propio y la reputación. De cómo termina este capítulo». <<

[227] Agrega: «auténtico». <<



[228] Elimina: «y no había querido esperar». Agrega: «, que no había querido esperar y que había prometido verlo a su debido tiempo, hablar y explicarse definitivamente». <<

[229] Agrega: «, también ultrajante para el honor de nuestro héroe,». <<

[230] Agrega: «y que por último Petrushka estaba en cierto modo en su derecho al hablar y actuar así, y que quejarsele o regañarlo por ello no era posible; por lo tanto, en ese sentido el señor Goliadkin podía por lo visto quedarse totalmente tranquilo,».

<<

[231] Agrega: «que otra». <<

[232] Elimina: «¿Eso también estaría mal?». Agrega: «¿Qué pasará entonces?». <<

[233] Elimina: «viene». Agrega: «no viene». <<

[234] Agrega: «Bueno, ¡me alegro mucho de que es usted!». <<

[235] Elimina: «lo vieron». Agrega: «nuestro héroe lo vio». <<



[236] Agrega: «Sin embargo, ¿qué es todo esto?... Si se lo piensa bien, no es un asunto tan extraordinario. En primer lugar, aquí seguramente hay un malentendido, y en segundo lugar, eso mismo le pasa a cualquiera; puede que eso mismo le pase a cualquiera...». <<

[237] Elimina: «¿a quién está aludiendo ahora?». Agrega: «¿a quién se refiere ahora con el sentido que da a sus palabras?». <<

[238] Elimina: «Estado». Agrega: «zar». <<

[239] Elimina: «no me ha comprendido bien». Agrega: «no ha comprendido bien el sentido de mis palabras». <<

[240] Agrega: «¡Dios mío! ¿No estaré durmiendo?...». <<

[241] Agrega: «y muy interesante». <<

[242] Agrega: «un borroncito,». <<

[243] Agrega: «usted solo permítame,». <<



[244] Agrega: «usted solo permítame;». <<

[245] Agrega: «, mientras susurraba para sus adentros: “Ya voy, Andréi Filíppovich, ya voy; ya estoy casi listo...”. Sin embargo, al instante cayó en la cuenta, si bien vagamente, aún pensando que aquello no era tan importante, que no era nada...». <<

[246] Elimina: «se negó a escuchar, afirmando resueltamente». Agrega: «se negó a escuchar resueltamente, afirmando». <<

[247] Agrega: «No es nada, no parece ser nada —pensó—.». <<

[248] Agrega: «Aunque esto tampoco es nada.» <<

[249] Agrega: «La realidad del asunto estaba matando por completo al señor Goliadkin.» <<

[250] Elimina: «sin cesar». <<

[251] Dimitri I «El falso», el primero de los tres impostores en reclamar el trono de Rusia durante el Período Tumultuoso (1598-1613). (N. del T.) <<



[252] Agrega: «, incluso a arrepentirse profundamente,». <<

[253] Agrega: «que todo se había desmoronado sobre el señor Goliadkin; parecía». <<

[254] Agrega: «Decisión del señor Goliadkin. Diversas consideraciones del señor Goliadkin, especialmente sobre los hermanos gemelos y sobre los diversos canallas que existen en el mundo. Cómo el señor Goliadkin devora once empanadas y no ve en ese incidente nada ofensivo para su reputación. Carta del señor Goliadkin a un hombre notorio por su conducta escandalosa y sus inclinaciones pasquinescas. De cómo después el señor Goliadkin corrió, se cansó y se fue a dormir. Cómo despertó más tarde y demostró a Petrushka que él, Petrushka, era un bufón en el noble sentido de la palabra. Correspondencia y decisión final del señor Goliadkin». <<

[255] Agrega: «, que en modo alguno cedería, que “si usted, muy señor mío, no quiere hacerlo de manera delicada, entonces tomaremos medidas drásticas”; que “¡así es, señor, así es, muy señor mío!”. El señor Goliadkin sintió incluso que era obligación suya alzarse con todas sus fuerzas contra la desgracia que lo amenazaba, destruir el cuerno de la arrogancia y llenar de oprobio la indecente malevolencia». <<

[256] Agrega: «Lo único que sabía era que no podía quedarse así, que eso no era posible, que en modo alguno era posible, que bajo ningún aspecto era posible, que sin falta debía hacer algo.» <<

[257] Agrega: «su valioso». <<

[258] Agrega: «No, hermano; las cosas van de mal en peor.» <<

[259] Agrega: «Goliadkin,». <<



[260] Agrega: «—concluyó, subiendo la escalera hacia su departamento—, hay que actuar y decirlo todo de una buena vez, hay que actuar con más vigor, con más crueldad, de un modo más franco, abierto y noble...». <<

[261] Agrega: «¿No sería mejor mañana?». <<

[262] Agrega: «, en modo alguno es posible, decididamente no es posible, ni que decir tiene». <<

[263] Agrega: «Pero ¿por qué miento como un tonto? ¿Por qué tengo miedo? ¿Qué es lo que quiero?». <<

[264] Agrega: «de esto, que todo hubiera quedado como antes y no hubiera habido nada». <<

[265] Agrega: «Pero ¿acaso hay aquí algo censurable? ¿Hay algo censurable? ¿Hay aquí algo que mancille el honor? Vamos, entonces no es nada; entonces todo está bien; entonces todo está como antes y todos deben guardar silencio... y darse por satisfechos... y no decir nada... y no hacer ninguna objeción...». <<

[266] Agrega: «¿Qué significa esto?...». <<

[267] Agrega: «; era como si dijera: “Deje ya de preocuparse por mí, señor, y punto”».

<<



[268] Agrega: «, casi como diciendo: “¡Qué ricas son las empanadas a cuenta de otro!”». <<

[269] Agrega: «Si no bien podría haberlo...». <<

[270] Agrega: «Quería ocuparse con algo, pero no había con qué ocuparse.» <<

[271] Agrega: «A ver, ¿qué voy a hacer aquí?». <<

[272] Elimina: «pícaro». Agrega: «picarón». <<

[273] Elimina: «...». Agrega: «. Eso lo halaga. Te llamo pícaro en el buen sentido...».

<<

[274] Agrega: «ahora dime,». <<

[275] Agrega: «, la dirección también me la dio». <<



[276] Agrega: «viven honestamente,». <<

[277] Agrega: «, mostrándole claramente cuán profundas eran las raíces de la calumnia, la traición, la intriga, la soplonería y, por último, cuánto terreno había ganado un hombre conocido por sus indecentes inclinaciones en la opinión de personas privadas y más aún en la opinión pública. Y la prueba de ello era Petrushka y el tono que le habían inculcado al granuja los detractores del señor Goliadkin». <<

[278] Agrega: «¡Y qué inclinación la de toda esta gente, qué inclinación la de este bandido! Ve que uno ha dado un traspíe, que uno ha metido la pata, que uno está hasta las orejas en un pantano, y enseguida aflora el despecho, como diciendo: “Si te metiste en el pantano, aquí tienes todavía más”, ¡y lo hieren a uno y lo mortifican!... ¡No hay compasión! ¿Y yo? ¿Y yo qué? ¡Yo tengo la misma vil inclinación! ¡Mi naturaleza es ruin!... ¡Sin falta tenía que defender mi honor! ¡Vaya que era necesario! ¡Y estar dispuesto a meterme con un borracho! Como si un niño de cinco años no supiera que un borracho todo lo que hace es mentir y decir groserías. Y las dice porque está borracho, porque su propia naturaleza dicta que debe ser precisamente así y no de otro modo. Por tanto, en cierto sentido él tiene razón; por tanto, tiene razón en todos los sentidos, y no es posible quejarse de ello. De quien hay que quejarse es del estúpido que está dispuesto a meterse con un borracho. ¡Eso es! ¡Así es como en verdad y justamente debía ser! Se emborrachó y empezó a decir groserías; así debe ser, el hombre insiste en esa actitud, esa es su naturaleza, y de eso yo no tengo la culpa... ¡eso es!...». <<

[279] Elimina: «”». Agrega: «“Por lo demás, ¿cómo es posible que esta carta?... ¿Quién pudo?... ¿Quién pudo haberme escrito así una carta?... ¡Daría cualquier cosa por saber qué contiene exactamente esta carta, por saberlo sin leerla!... ¡Señor, Señor!...”. El señor Goliadkin dejó por un momento la carta, sacó un pañuelo y se enjugó la transpiración de la frente; luego... luego se cruzó de brazos y estuvo largo tiempo murmurando cosas para sus adentros con inusual celo; luego, ya sin fuerzas para contener su impaciencia, rompió el sello, desplegó la hojita y leyó la firma.» <<

[280] Agrega: «todo esto ayer sin falta lo presentía,». <<

[281] Elimina: «”». Agrega: «“¿Y qué? ¡Da igual! ¡Ya que estoy!... ¡Bueno!... No importa...”. El señor Goliadkin se puso a leer». <<

[282] Agrega: «individuos». <<

[283] Agrega: «mujer». <<



[284] Elimina: «la». Agrega: «nuestra populosa». <<

[285] Elimina: «Como». Agrega: «Y como». <<

[286] Agrega: «, decidirse sin falta a algo y actuar con firmeza, en conformidad con la decisión tomada». <<

[287] Agrega: «acepto que debía ser así, que sin falta debía ser así, que tenía que tener un presentimiento de todo esto; pero,». <<

[288] Agrega: «¡Dios mío! ¿Adónde llevará todo esto?...». <<

[289] Elimina: «hubiera». Agrega: «hubieran». <<

[290] Elimina: «,». Agrega: «y». <<

[291] Agrega: «y habría hecho algo para agradarlo, y todo el asunto habría tomado mejor rumbo, y todos estarían contentos y felices». <<



[292] Agrega: «, ahora sé muy bien qué es exactamente lo que debo hacer». <<

[293] Agrega: «Hablo en general; estimo innecesario mencionar personas concretas, si bien considero deber sagrado precaver a la inexperta e impoluta inocencia de las putrefactas serpientes dotadas de venenoso aliento, que adoptan falsa y deslealmente apariencia humana y, con una desvergüenza que indigna el alma, se hacen pasar por otras personas que nada tienen que ver, que viven franca y noblemente, que van de frente, sin máscara, con el rostro descubierto, que desprecian los rodeos y las intrigas y se enorgullecen con justicia de ello.». <<

[294] En la mejor tradición gogoliana, Dostoievski da a sus personajes nombres y apellidos cargados semánticamente. En este caso, Pisarenko deriva de «písar»: escriba, escribiente, amanuense. (N. del T.) <<

[295] Protagonista de la novela *Los amores del caballero de Faublas*, publicada en tres partes (1787, 1788 y 1790), del escritor francés Jean-Baptiste Louvet de Couvray (1760-1797). Fue traducida al ruso entre los años 1792 y 1805. (N. del T.) <<

[296] «Sopa de cerveza» y «sopa de leche» respectivamente, en alemán. (N. del T.) <<

[297] Se reconoce aquí el comienzo del cuento *El puchero de oro*, de E. T. A. Hoffmann: «El día de la Ascensión, a las tres, penetraba un joven en la ciudad de Dresde por la Puerta Negra, metiéndose, sin advertirlo, en un cesto de manzanas y de bollos que vendía una vieja, de modo que toda la mercancía salió rodando y los chiquillos de la calle se apresuraron a apoderarse del botín que tan generosamente les proporcionaba aquel señor». <<

[298] Nombre de la dueña de un internado en el poema de Pushkin *El conde Nulin* (1825). (N. del T.) <<

[299] Alusión a los versos finales del poema de Schiller *El joven junto al arroyo*. (N. del T.) <<



[300] La vestimenta de Klara Olsúfevna y de Vladímir Semiónovich sugieren que se trataba de su desposorio o de su casamiento. (N. del T.) <<

[301] El detalle de los cuatro caballos tiene una fuerte carga simbólica: solían emplearse para tirar la carroza fúnebre de alguna persona ilustre en las exequias civiles. (N. del T.) <<

[302] *Licht* (en alemán), «luz». (N. del T.) <<

[303] Iván Aleksándrovich Balakírev (1699-1763), criado de Pedro el Grande, bufón en la corte de Anna Ioánnovna de Rusia. Se convirtió en un personaje famoso en la tradición popular rusa. <<

[304] Alusión al cuento popular *Los deseos ridículos*, cuya versión más famosa es la del escritor francés Charles Perrault (1628-1703). <<

[305] Alekséi Nikoláievich Bekétov (1823—?), compañero de Dostoievski en la Escuela de Ingenieros Militares. Dostoievski solía frecuentar su hogar, que compartía con su hermano Nikolái Nikoláievich Bekétov (1827-1911). Allí se reunía un círculo de jóvenes letrados imbuidos de un espíritu democrático y socialista. Entre octubre de 1846 y la primavera de 1847 Dostoievski compartió departamento con ellos. (Cf. *PSS*, tomo 1, p. 496). <<

[306] Por lo visto, Dostoievski se disponía a utilizar aquí un episodio autobiográfico vinculado al deterioro de sus relaciones con el círculo de la revista *El contemporáneo*, en el que desempeñó un papel decisivo un epigrama en su contra compuesto por I. S. Turguéniev y N. A. Nekrásov (en la primera mitad de 1846). Cuando se encontró con Turguéniev, Dostoievski —según el relato de D. V. Grigoróvich— «dio rienda suelta a su indignación», tras lo cual se produjo la ruptura definitiva entre él y el círculo de Belinski. (Cf. *PSS*, tomo 1, pp. 496-497). <<

[307] Alusión a las líneas finales del capítulo II de *Almas muertas*, cuando Manílov, luego de la partida de Chíchikov, imagina en sueños cómo «su Majestad, al enterarse de la amistad entre ambos, los nombraba generales». <<



[308] «Sería una vida paradisíaca», palabras de Chíchikov con motivo del proyecto de una vida conjunta con los Manílov, en el mismo capítulo de *Almas muertas*. <<

[309] Localidad veraniega en los alrededores de San Petersburgo en la que Dostoievski pasó el verano de 1847. (Cf. *PSS*, tomo 1, p. 497). <<

[310] «Al otro día [...] en su lugar». Agregado en los márgenes. <<

[311] Apellido de dos científicos franceses, Jean Baptiste Armand (geólogo, 1798-1874) y Jean Baptiste Jacques (abogado, 1732-1786). Por lo visto, Goliadkin menor, al mencionar este apellido, parece referirse a los Beaumont como a «dobles». (Cf. *PSS*, tomo 1, p. 497). <<

[312] En *Diario de un escritor* (julio-agosto de 1877) Dostoievski subrayó la «enorme penetración psicológica en el alma humana» y el «realismo sin precedentes de la representación artística» de Lev Tolstói. (Cf. *PSS*, tomo 1, p. 497). <<

[313] «Petit jeu» (en francés), juego, diversión. (Véase el episodio de los *petits jeux* en la novela *El idiota*, parte I, capítulos 13-14). <<

[314] Línea del poema de N. A. Nekrásov *Timidez* (1852). <<

[315] «Bon mot» (en francés), palabra justa, acertada; ocurrencia. <<



[316] Kozmá Petróvich Prutkov, poeta ficticio creado por Alekséi Tolstói y los hermanos Alekséi, Vladímir y Aleksandr Zhemchúzhnikov. <<

[317] Al parecer, se trataría de un episodio cómico; Goliadkin, como miembro de una burocracia desarraigada de los principios populares, quiere entablar contacto con el terruño, la tierra («pochva» en ruso). Desde luego, hacerlo con amanuenses no deparaba ningún éxito. La tesis de que la clase ilustrada rusa debía comulgar con los principios populares a fin de acabar con su desarraigo ocupa un lugar central en el programa literario y social de Dostoievski, Grigóriev y Strájov, cuyo órgano de difusión fueron las revistas *El tiempo* (1861-1863) y *La época* (1864-1865). (Cf. *PSS*, tomo 1, p. 498). <<

[318] Aleksandr Mijáilovich Lamovski (Lomovski) (?-1893), profesor de matemáticas en el internado Chermak de Moscú, donde Fiódor Dostoievski, junto con su hermano mayor, Mijaíl Mijáilovich, estudió en los años 1834-1835. <<

[319] Mijaíl Vasílievich Petrashevski (1821-1866), líder del círculo de intelectuales progresistas que frecuentó Dostoievski entre 1847 y 1849. <<

[320] Konstantín Ivánovich Timkovski (1814-1881), oficial retirado de la armada, residía en Revel (hoy Tallin). Si bien no era un visitante asiduo de las reuniones del Círculo Petrashevski, solía acudir a ellas cuando viajaba a San Petersburgo. <<

[321] Referencia a una polémica generada por los artículos de N. A. Dobroliúbov *Ilusiones panrusas destruidas a azotes* (1860) y *Sobre llovido mojado* (1861), dirigidos contra las inconsistencias de N. I. Pirogov y otros pedagogos liberales sobre la cuestión escolar. <<

[322] En ese pasaje vivió Dostoievski en la primavera de 1846. <<

[323] La identidad de esta persona no ha podido ser establecida. (Cf. *PSS*, tomo 1, p. 499). <<